

LUIS CARRANZA TORRES

MUJERES *de* INVIERNO

UNA HISTORIA DE HONOR, AMBICIÓN Y DESEO EN LA BERLÍN DEL III REICH
EN LOS AÑOS PREVIOS AL ESTALLIDO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.




VESTALES

LUIS CARRANZA TORRES

MUJERES *de* INVIERNO

UNA HISTORIA DE HONOR, AMBICIÓN Y DESEO EN LA BERLÍN DEL III REICH
EN LOS AÑOS PREVIOS AL ESTALLIDO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.



VESTALES

Carranza Torres, Luis Ramiro
Mujeres de invierno. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2017.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3863-96-7

1. Novelas. 2. Novelas Históricas. I. Título.
CDD 863

© Editorial Vestales, 2017.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-3863-96-7

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*A Susana Núñez Monasterio de Rial y
Roque Pitín Faulin, ambos in memoriam,
con el agradecido recuerdo por todo el apoyo,
generosidad y buen humor recibido
en los comienzos de mi carrera jurídica.*

*A mi hija Paulina María, in memoriam;
ese instante de alegría de quien nunca fue,
ni por asomo, una mujer de invierno.*

PRÓLOGO

*Un espíritu cultivado
es el que puede mirar las cosas
desde muchos puntos de vista.*

Henri-Frédéric Amiel

Los visitantes del otro lado del mundo arribamos finalmente a Chartwell ya bien entrada la tarde. No veníamos solo nosotros. Todos llegábamos rodeados de nuestros fantasmas, con nuestras heridas, viejas pero aún sin cerrar, todavía a cuestas.

No fue sino hasta mucho más adelante que entendería el peso de los eventos de ese día en todos los hechos que siguieron.

Nuestro obeso y desagradable anfitrión nos había esperado pintando la mayor parte de la jornada en el jardín de las rosas y había preguntado ya tres veces por nosotros. Debo decir que la hora tardía de nuestro arribo tenía mucho que ver conmigo. No albergaba el menor deseo de ir hasta allí y me esforcé por hacer desistir a Ignacio hasta el último minuto. No me hacía ninguna gracia dejar las tiendas de Londres para una reunión campestre con quien era un recalcitrante enemigo de esa nación que, sin ser la mía, era de dónde provenía.

Pero mi marido era un buen amigo suyo, se habían carteadado desde siempre, e Ignacio resultaba inmovible en ese tipo de cosas. Su culto a la amistad pudo más que mis sucesivas excusas y pedidos para cancelar la excursión.

El buque que nos transportaba desde Argentina había amarrado en Southampton para descargar y realizar unas reparaciones menores. Eso último trajo aparejado extender el tiempo en puerto por un par de días, y nos dio la oportunidad de un pequeñísimo periplo por tierras inglesas. Dejarme una jornada en Londres para hacer compras fue simplemente la forma de Ignacio de lograr mi aceptación para ir brevemente hasta Kent al hogar campestre de los Churchill.

Llegados allí, apenas supo de nuestro arribo, Winston Churchill dejó su trabajo en el caballete para mostrarnos el parque y los jardines.

Su esposa, Clementine, pronto se nos unió para anunciar que el té estaba servido en el comedor de la residencia.

Debo reconocer que todos allí, empezando por el dueño de casa, se esforzaban para hacernos sentir lo más cómodos posibles. Supuse que el cargo que iba a desempeñar mi esposo no era ajeno a ello.

La mesa, cubierta con un mantel con el mismo motivo floral que adornaba los asientos de respaldo, se hallaba colmada de diversos platos con los más representativos alimentos de esa tierra. Desde galletas y porciones de variadas tortas hasta escones. Había también pastel de café y nueces, pastelillos glaseados, y hasta los infaltables sándwiches de pepino, tan tradicionales como incomibles. Por fortuna, habían dispuesto varios otros: de berro y huevo, salmón y crema, roast beef y mostaza, y queso y tomate. Todos ellos más pasables que el anterior. He odiado desde siempre la forma sosa en que los ingleses preparan los pepinos. Todo un signo de su carácter. La cocina alemana ha captado mucho mejor la fuerza de su sabor.

Pedí que me sirvieran el té con un poco de crema. Debía demostrar a estos aristócratas que conocía sus costumbres, aun cuando no las siguiera. La señora de la casa me sugirió que lo mejor para

acompañar mi té era un panecillo con la excelsa clotted cream, una crema coagulada originaria del condado de Devon, cuya cremosidad se hallaba entre la nata y la mantequilla, y, acerca de la cual, los ingleses decían que, una vez probada, no se olvidaba jamás.

De mi parte, tras probarla, procuré olvidarme de ella. Todas esas particularidades en el comer, sumado a lo soso de cómo preparaban sus alimentos, no hacía más que recordarme que era una extranjera en un país totalmente distinto y extraño a mi modo de ser y pensar.

Churchill hablaba hasta los codos, dándole todo género de prevenciones y consejos a Ignacio sobre su puesto. Por fortuna para mis oídos, tenía también sus lapsus breves de silencio, cuando le preguntaba a mi marido sobre el estado de la opinión en América del Sud respecto de alguna cuestión particular de la situación europea.

Yo, por mi parte, fijaba mi vista en los ventanales enfrente de mí que remataban en arcos de medio punto cerca del techo, por lo que otorgaban una vista privilegiada del verde parque que rodeaba a la propiedad. Dejaba vagar por allí mi mente, desinteresada por completo de tales asuntos.

En un punto de la conversación, Clementine le pidió que tocaran temas más amables y menos aburridos que la política. Fue el suyo un pedido cortés pero firme, que el dueño de Chartwell aceptó a desgano. Sonreí para mis adentros. Quizás esa inglesa, con todo su abolengo y recato, diez años menor que su esposo, fuera la única persona en el mundo capaz de hacer cambiar de parecer a su insufrible marido.

Claro que, político sagaz como era, pronto se las ingenió para volver a lo que le caía en gana, pero disimulando sus verdaderas intenciones.

—Entiendo que es descendiente de alemanes, señora. —Esa vez, su comentario venía dirigido a mí. Lo dijo como si fuera algo parecido a una enfermedad contagiosa.

Asentí sin demostrar demasiada atención a la pregunta. Ignacio me dirigió una mirada de soslayo, de esas que marcan nuestras silenciosas diferencias.

—Es una pena lo que está pasando allí —prosiguió con la intención de sacar mi opinión a la superficie de las palabras.

—Tal vez los alemanes piensen distinto a usted, míster Churchill —repliqué para evitar, como siempre y en casi todo, dejar en evidencia lo que siento por dentro.

—La tierra es un solo país; la humanidad, sus ciudadanos, señora. Nadie puede pensar que oprimir a sus propios ciudadanos sea algo bueno.

Había algo en él que me exasperaba. Quizá la suficiencia y ampulosidad de sus modos. Al fin se salió con la suya y me hizo decir lo que pensaba:

—¿Lo dice por los millones de hindúes que no tienen ni voz ni voto en su propia tierra, subyugados por una administración colonial que todo lo importante lo decide en Londres? ¿O, quizá, sea por la situación de los negros en los Estados Unidos, que carecen de los más mínimos derechos, pese a decirse una democracia? Creo, señor mío, que deberían verse más a ustedes mismos, antes de ponerse a juzgar a otras naciones a las que nunca han entendido.

No le gustó mi respuesta e iba a controvertirla, pero no le di tiempo a ello. En pocos asuntos soy más hábil que para quedarme con la última palabra en una discusión. Alegué, apenas terminé mi frase, un súbito dolor de cabeza para retirarme de la mesa. Un poco

de aire en el jardín sería más que suficiente para reponerme, expresé a continuación. Clementine se ofreció para acompañarme. Decliné cortésmente el ofrecimiento.

Los caballeros se levantaron al hacerlo yo. Vi en la expresión de mi marido una muda mirada de reproche. Era evidente que no aceptaba lo dicho por mí, lo cual que no era ninguna novedad. No, al menos, en cuanto a la defensa del país de mis padres. Ignacio no comparte mis puntos de vista sobre lo que ocurre en Alemania. De hecho, poco nos une respecto de lo que piensa cada uno en casi todos los temas. Desde hacía tiempo nuestras ideas, como nuestras vidas, se habían distanciado.

Salí tan pronto pude de ese comedor. Abandoné el recio edificio de ladrillo rojo de doble planta y techo a dos aguas. Ignacio me había comentado que Churchill había gastado más del dinero que tenía en modernizarla hacía unos años. Me fijé en las ventanas, todas a la usanza moderna, de dos hojas e inmaculadamente pintadas de blanco. Por los menos, sus pésimas ideas sobre la política no se extendían a la arquitectura.

Vagué un rato por los verdes jardines, recorrí los dos lagos artificiales y el sector dedicado a las rosas. Todo era muy hermoso y se veía el cuidado puesto en mantenerlo impecable. Pero tal belleza que me rodeaba no contribuyó, en nada, a disipar mi enojo.

Me disgustaba que se hablara así del país de mis padres. Por algo, esa especie de bulldog inglés estaba solo en el parlamento, donde nadie prestaba demasiada atención a sus aburridos discursos respecto del peligro de Alemania y la probabilidad de una nueva guerra en el mundo.

Por suerte, pronto nos iríamos de esa casa e incluso de la misma Inglaterra. Nuestro destino final estaba cerca, a muy corta distancia. Y tal proximidad despertaba en mí un extraño entusiasmo, siendo

como soy, una persona difícil de entusiasmar en nada.

CAPÍTULO 1

Un arribo particular

*No somos criaturas de destinos.
Es el viaje el que nos da la forma.*

Brandon Sanderson

Nunca olvidaré ese día. Ya habíamos dejado atrás el Canal de la Mancha y el Mar del Norte. Inglaterra, al igual que el entredicho de mi madre con míster Churchill, había quedado muy atrás, como si nunca hubiera pasado.

Estábamos parados allí todos juntos contra la borda de la cubierta de primera clase del trasatlántico; veíamos acercarse el puerto de Hamburgo. Papá, mamá, mis dos hermanos y yo. En nada desentonábamos de las otras pocas familias o parejas reunidas allí, en ese lugar con una vista privilegiada. Pero no podíamos ser más distintos a cualquiera de ellos.

Ninguno podía prever, entonces, lo que luego nos sucedería. Hay viajes que solo nos trasladan de un lado a otro. Pero existen otros que nos llevan a nuestro destino. No lo sabía entonces, pero ese era uno de ellos.

Estábamos a bordo del buque Baden, uno de los orgullos de la línea Hamburg-Amerikanische Packetfahrt A.G., que hacía su recorrido entre Alemania y el Río de la Plata. Claro que por esa época,

jovencísima y aún más inocente, no podía siquiera retener en parte ese larguísimo e impronunciable nombre. Me contentaba con abreviarla como hapag, tal cual hacía todo el mundo.

Éramos, mi familia y yo, la parte más importante de sus diecisiete pasajeros de primera clase. Fiel a mi espíritu discordante, había dedicado mi tiempo de viaje no a trabar relación con los demás pasajeros, como mis hermanos, sino a conocer todo respecto del buque que nos transportaba. Deseaba, embelesada, ser ingeniera, una profesión mal vista para las mujeres. Mi madre ya había rechazado mis anhelos en tal sentido, pero papá todavía no tenía una opinión decidida. Yo confiaba tanto en su comprensión como en mi insistencia para poder lograr se me dejara estudiar esa carrera.

A la espera de la resolución paterna, y en tanto otras jovencitas se dedicaban a devorar las revistas de moda, yo había recorrido de proa a popa el barco, en todos sus niveles. Hasta pude convencer a mi padre que gestionara el permiso para ver la sala de máquinas, donde ese gigantesco motor de triple expansión transmitía a una sola hélice la fuerza suficiente para impulsar las ocho mil toneladas del buque hasta los trece nudos de su velocidad crucero.

No era como los demás. Nunca lo había sido, aun cuando siempre me cuidara especialmente por disimularlo todo cuanto fuera posible. Constanza López de Madariaga para la generalidad de las gentes, Coti para la familia e íntimos, invariablemente desentonaba, a la corta o a la larga, respecto de lo que hacían las jovencitas de su edad. Siempre, sin excepción, a causa de mis peculiares inquietudes.

Un pájaro raro. Sí, bien podía definírseme en tal forma. Había llegado a Europa poblada de aspiraciones e ilusiones. Claro que, por entonces, ni yo ni nadie podía saber hasta qué punto mi vida daría allí varios giros.

Por ahora, solo podía percibir que ese viaje, acunado en la moderna técnica naval, llegaba a su fin. Entrábamos a un país extraño para mis hermanos y para mí, pero más que conocido para mamá y papá, aun cuando ninguno de ellos hubiera nacido allí.

El viento se hacía sentir en la cubierta donde estábamos. No tenía una particular intensidad, pero contaba con la fuerza suficiente para incomodar. Por eso, todos deseábamos estar dentro, sin embargo papá se empeñaba por mostrarnos los detalles del puerto y la ciudad, más allá de ese río ancho en cuyo curso nos adentrábamos más y más. Íbamos contracorriente, en la última etapa del viaje surcando el curso del Elba. Mis hermanos disimulaban la falta de interés; en tanto yo observaba maravillada la fuerza de los dos remolcadores que arrastraban la mole de nuestra embarcación.

Algún día, pese a mi condición de mujer, diseñaría ese tipo de cosas. A mis cortos años, intuía que mi destino no pasaba por ser la esposa de alguien, ni buscaba que mi vida se agotara dentro de la organización de un hogar.

Era temprano, la cena de despedida la noche anterior, una típica y aburrida comida de adultos, se había extendido hasta tarde, y estábamos ya cansados del viaje por mar. Yo, por mi parte, arrastraba mis habituales pesadillas nocturnas que me habían hecho dormir poco y de modo pésimo.

A unos pocos metros a nuestra derecha, mi madre contemplaba el paisaje absorta con la misma expresión de indiferencia que siempre tenía ante casi todo. Conocía de memoria esa mirada suya, dura y helada, que, sin embargo, muchos encontraban por demás atrayente. Había algo en sus ojos que nunca revelaban su estado de ánimo. Ella era para mí, a pesar de ser su hija, una persona tan envuelta en el misterio como para los otros.

Era muy bella, bella por demás, absolutamente bellísima. Ese día llevaba el cabello rubio recogido hacia atrás, a la altura del cuello con ondas a los costados y armados rizos en la frente. Eso le destacaba aún más el azul de los ojos y la palidez de la piel. Se había pintado de rojo los labios y, con un tono verduzco, los párpados. Vestía un abrigo oscuro con cuello y mangas de piel; llevaba un sombrero de ala corta, blanco con un listón azul oscuro, levemente echado hacia adelante.

Aun bien entrada en sus cuarenta, conservaba razonablemente esa belleza que había engendrado toda una leyenda de perfección más de dos décadas atrás en Córdoba. Se decía, entonces y ahora, que era la mujer más bella y más glacial de la ciudad. Al igual que casi siempre, su rostro no revelaba la más mínima emoción por el final de nuestro largo viaje. Recordé las palabras de mi abuela, la madre de mi padre, oídas a las escondidas en nuestra ahora lejana casa, en el sur del mundo: “Tan perfectamente bella, y completamente fría, como la talla de un diamante”. No se trataba de un halago, sino de una acertada descripción. Había podido comprobarlo en carne propia a lo largo de mis pocos años de vida. No tenía, por tal motivo, muchos recuerdos infantiles de ella como madre. Siempre fui cuidada por niñeras y educada por institutrices. De todos modos, ninguno de los pocos hechos que podía recordar junto a ella eran felices. Solo acudían a mi memoria, nada más que saludos formales y reprimendas enérgicas.

Tenía perfectamente en claro que era una hija fallida, aunque nunca había sabido muy bien por qué. Durante todo el viaje, por la inevitable cercanía a causa de los contados espacios del buque para estar, había existido una tensión entre nosotras. Bastaba que hiciera un comentario para que ella dijera todo lo contrario o, directamente, me mandara a callar. Parecía como si hubiéramos sido adversarias desde siempre.

Papá era muy similar en su modo hasta la muerte de mi hermana mayor. Un acontecimiento del que nunca se hablaba en casa, pero que cambió todo, de raíz, en mi familia. Antes, ni siquiera lo veíamos durante la semana laborable. Se levantaba al alba y regresaba, del consultorio y visitas al hospital, entrada la noche. Lo conocíamos más a través de los comentarios de terceros, por su renombre como uno de los mejores médicos del país, que por propias experiencias como hijos suyos. Luego de fallecer Sofía, abandonó casi todo y se dedicó a nosotros. Yo era consciente de que, por ser la única mujer y la más pequeña, la mayor porción de su repentino afecto vino dirigida a mí. Habría adorado disfrutarlo más con esa dedicación, pero, pronto, se me envió internada a un colegio de monjas por decisión de mi madre. Papá nunca pudo, quiso o supo oponerse a cualquiera de sus deseos. Fue un tiempo de soledad marcada en mi vida que había culminado, a Dios gracias, al terminar allí mis estudios del secundario, justo antes de nuestro viaje a Europa.

Dos de mis hermanos mayores habían desembarcado en el puerto anterior que tocamos, en Southampton. Ellos cursarían estudios en Inglaterra; mis dos otros hermanos y yo, en Alemania. Era el acuerdo entre mi madre y mi padre, luego de un mes de idas y vueltas, ofertas y contraofertas, caras largas y trato distante, en medio de la mudanza de nuestra casa en Córdoba.

Permanecimos muy poco en Inglaterra. Un día en Londres para que mamá hiciera compras y casi todo otro en Kent con el amigo de papá que había hecho las gestiones para los estudios de mis hermanos. Solo había sido un mínimo intermedio, antes de llegar al destino final de nuestro viaje: Alemania.

Los remolcadores nos dejaron en una de las dársenas. Apenas terminaron de instalar la planchuela, desembarcamos. El capitán y sus oficiales estaban allí para despedirnos. Todavía no me acostumbraba a ese tipo de atenciones. Para mi natural timidez, resultaba algo torturante. También observé que pasaba algo similar

con mis hermanos. Vi entonces el rostro de mi madre, que devolvía los saludos con esa sonrisa glacial suya. Pocas cosas disfrutaba más que captar la atención de los demás con ese aire de indiferencia.

Al bajar, comenzamos a dirigirnos al sector de aduanas, junto a los demás pasajeros de la primera clase. Volví entonces mi vista atrás y dediqué una última mirada a esa mole inmensa, negra hasta la cubierta principal, blanca de allí hacia arriba, con los cuatro mástiles, las líneas de banderines ocupadas a pleno, que remataba la estructura central, poblada de ojos de buey, en una gigantesca chimenea ocre; esa que exhibía en su final tres gruesas franjas con los colores de la vieja bandera imperial alemana: rojo, blanco y negro.

A pesar de que el tiempo de navegación, de más de un mes, me había hartado por lo monótono del mar, no pude evitar cierto sentimiento de nostalgia al tener que abandonar el barco por la tierra firme tan anhelada. Vi que el rostro del más próximo de mis hermanos, Guillermo, tenía el mismo sentimiento en la mirada que yo.

Sobre las cubiertas inferiores, los otros setecientos pasajeros pertenecientes a la segunda y tercera clase esperaban, apiñados contra los barandales, el turno para bajar a tierra.

Le dirigí una última mirada a ese gran buque antes de encaminar mis pasos por el muelle. Me prometí entonces que, costara lo que costara, me saldría con la mía y llegaría a ser ingeniera. Haría entonces las máquinas más grandes que el hombre hubiera conocido. Pero construyera lo que construyera, siempre recordaría al Baden por ser el primer gran gigante de la técnica que había revelado ante mí sus secretos.

Al presentar nuestros documentos ante la aduana, la persona de uniforme que los revisó se fijó en una lista. Luego llamó a otro, quien nos pidió que lo acompañáramos. Mi madre observó a mi padre con

cierta expresión de extrañeza, pero él estaba igual de sorprendido.

Un par de decenas de metros más allá, sin salir del mismo salón, nos aguardaban una pareja de hombres en uniformes azules, con casacas de estilo moderno en cuyas solapas estaban bordadas hojas de roble en hilo de plata; en los hombros tenían una especie de charreteras con hilos blancos. Ambos llevaban gorras del mismo color, en cuyo frente se veía una gran águila dorada de alas extendidas.

El oficial de aduanas les hizo una seña, antes de retirarse, y los dos hombres uniformados caminaron hasta cuadrarse ante mi padre con un rígido taconeo, extendiendo los brazos derechos hacia adelante a modo de marcial saludo.

—*Heil* Hitler! —dijeron ambos, casi a un mismo tiempo con un alemán claro, alto y sobre todo, firme.

Papá no supo muy bien que responder a eso. Lo supe por la sorpresa en su rostro.

—*Herr* Doktor —dijo el que estaba más a nuestra izquierda, que era el mayor en edad de ambos y quien tenía más insignias en el uniforme—: Reciban a nombre de nuestro Führer, Adolf Hitler, usted y su familia, una cordial bienvenida al Reich Alemán.

Su castellano era impecable, salvo por el acento tudesco.

—Danke sehr —agradeció mi padre en alemán. Eso arrancó una sonrisa leve de satisfacción a nuestros recibidores.

A continuación, un hombre de traje, un poco más bajo que mi padre, calvo y con pequeños anteojos redondos se unió a nosotros junto a una joven de mi edad, impecablemente vestida, que llevaba su cabello oscuro y lacio en un bob corto hasta las orejas con flequillo apenas por encima de sus cejas, lo que le confería un cierto aire a la

actriz Louise Brooks. Llevaba puesto un sombrero redondo, su vestido tenía un cuello algo amplio, disimulado con un collar de perlas. En el largo, le llegaba solo un palmo por debajo de las rodillas y estaba hecho de esas telas estampadas de última moda, que había visto alguna vez en las revistas de mi madre.

Eran el embajador saliente y su hija María Fiamma. Al intercambiar saludos con ella, no pude evitar un sentimiento de inferioridad. Estaba, además, discretamente maquillada con un rubor rosáceo en la mejilla y un tono coral apagado en los labios.

Me quedé observándola con admiración y envidia. Ella llevaba puesto todo lo que yo aspiraba usar en mis fantasías juveniles femeninas. A pesar de mis dieciocho años, mis padres seguían considerándome una niña. Heredé de mi madre el cabello rubio oscuro y los ojos azules y, desde siempre, en mi familia, se ha ponderado mi supuesta belleza, pero cualquier ventaja en el ramo por lo general quedaba anulada a causa de las reglas estrictas que sobre mí se impusieron. Llevaba mi cabello largo, sujeto por detrás con un moño, mi cara lavada sin ningún tipo de maquillaje y mi vestido de un tono crema iba desde el cuello a los tobillos, sin ningún tipo de adorno.

Peinado de niña, vestido de niña. Mi madre, nada quería saber respecto de cualquier cosa que implicara darme cierta adultez. Envidié por eso a María Fiamma apenas verla. Era más que evidente que la dejaban ponerse vestidos a la moda; su corte de cabello era producto de ir a un salón de belleza y no la paupérrima obra de alguna empleada designada para que te cortara las puntas cada tres o cuatro meses.

El embajador al que debía reemplazar mi padre nos condujo con rapidez a lo largo de todos los trámites necesarios para poder abandonar el puerto. Era sumamente cortés con todos nosotros, pero

estaba segura de que, detrás de esa educación impecable, había un cierto apuro, un deseo no expresado de terminar con nosotros lo antes posible.

Estábamos por subir a los autos cuando un grupo de periodistas se acercó hasta donde estábamos, y comenzó a lanzarle preguntas a mi padre. Mamá, que hasta entonces lo había seguido a unos pasos de distancia con aire ausente, se le acercó, esbozó una sonrisa y lo tomó del brazo.

—¿Qué opina de los cambios en Alemania, señor embajador? —le preguntó en alemán uno de los reporteros.

—Acabo de llegar, deme tiempo para observarlos —papá le contestó también en ese idioma, pronunciado de forma impecable.

—¿Cuál es su misión? —le inquirió otro, en tanto un par de fotógrafos realizaban su trabajo, apuntando las grandes máquinas negras y haciendo estallar en nuestros ojos esas luces blancas, provenientes de las bombillas de los flashes circulares.

—La ordinaria de cualquier embajador: procurar que la tradicional amistad y lazos que unen al pueblo alemán y al argentino se traduzcan en acciones concretas de sus gobiernos.

“Mi padre es un hombre apuesto”, pensé con orgullo. Incluso, cerca de sus cincuenta, aparentaba una edad mucho menor. Su cabello se conservaba espeso, apenas si tenía algunas canas en sus sienes. Lo llevaba peinado hacia atrás, siempre impecable y lustroso con la ayuda de fijador.

Vestía un traje color azul oscuro cruzado con un corte de un saco más estrecho en la cintura que amplio en los hombros. A la moda, los pantalones eran anchos en la parte superior y estrechos a la altura de los tobillos.

Cuando papá consiguió dejar conforme a la prensa, abordamos los autos: salimos del puerto y entramos en una amplia avenida que conducía a la ciudad.

—¿Te gustan los trenes? —preguntó María a mi lado que hacía como si las miradas embobadas de mis hermanos no existieran. Al ver que yo asentía, agregó—: Tenemos boletos para el más interesante de todos ellos.

Papá, mis hermanos, mi madre y yo. Todos nosotros iniciábamos el más peculiar viaje de nuestra vida. Aunque entonces nada pudiéramos saber de hasta dónde nos conduciría.

¡Al fin en Alemania! Es lo único que importa, a fin de cuentas, en lo que a mí respecta. Si accedí para acompañar a Ignacio en este encargo, fue por el lugar adonde íbamos. Mi padre, a pesar de haberse ido a la Argentina, sin importar todo lo que había logrado allí desde la nada en tanto poder económico y estatus, nunca dejó realmente Alemania. De alguna forma, en espíritu, siguió aquí, a pesar de medio siglo viviendo primero en Buenos Aires y luego por toda la pampa con una carrindanga de mercaderías, hasta recalar en la ciudad Córdoba como próspero comerciante.

Nunca se nacionalizó, pese a haberle sido ofrecido mil veces, y hasta resultar más conveniente para los negocios. Jamás se dejó de hablar alemán en nuestra casa, de mantener las tradiciones, de vivir como alemanes. Solo cuando me casé con Ignacio, supe lo que era hablar español en la vida de entrecasa.

No, él nunca partió de esta tierra. En mi caso, soy una alemana que nunca había visto Alemania. Por eso, pese a mis pocas ganas de acompañar a mi esposo en otro de sus sacrificios por el país, accedí.

Por alguna causa, sentí que esta ocasión se presentaba como algo distinto a otros ejercicios de lo que mi marido entiende como “sus deberes públicos”.

Tengo emociones encontradas en mí. Debería estar aliviada de llegar al término de nuestro viaje a través de un océano tranquilo, pero sin las comodidades a que acostumbro en tierra firme. Aun cuando lo hayamos hecho en primera clase.

Puede que resulte extraño, pero no creo estar llegando a ningún sitio, sino que me parece que solo vuelvo a donde pertenezco. Nunca antes he visto el país que ahora se presenta ante mis ojos. Mi Alemania es la Alemania de los recuerdos de mi padre, de las anécdotas y añoranzas de familia. Un cúmulo de tradiciones orales que siempre han formado parte de mi vida, aun para una persona como yo, poco afecta a engendrar sentimiento o recuerdo alguno.

Pero no vuelvo sola. Ignacio cumplirá una función importante aquí para la Argentina. A pesar de mis reparos, él fue quien insistió en venir todos juntos, como familia. Tal vez ese título nos quede grande o, cuanto menos, no lo seamos en el sentido usual del término. Aunque, para fortuna y tranquilidad de mi espíritu, ante los demás parezcamos una de las más correctas y socialmente aceptables.

Pienso en mis hijos. Espero que puedan adaptarse a esta nueva tierra, a su lengua, a sus costumbres que también les pertenecen a través de mi sangre. Yo, por mi parte, no tengo mayores dudas que podré ocupar el sitio que corresponde a la esposa de un diplomático. Solo espero que Ignacio haga lo suyo sin entrar en sus particulares consideraciones sobre lo correcto y lo incorrecto, o como debería ser el mundo. En el fondo, y aunque le cueste reconocerlo, mi marido es, desgraciadamente, un idealista y hace un culto de la honorabilidad más clásica. No tiene en cuenta que ese mundo va camino a su muerte. Yo, por mi parte, siempre he gustado de ser pragmática y saber adaptarme a los tiempos que debo vivir.

Veo a mis hijos varones. Pese a estar ya crecidos, hombres de pantalón largo hecho y derecho, siguen viniendo a mí como cuando pequeños. Me quieren más de lo que yo a ellos. Eso a veces me provoca culpa.

Con Constanza es distinto. Es la única mujer que nos ha quedado a Ignacio y a mí, luego de la insensatez de Sofía. Es sobrecogedor su parecido a mí cuando tenía la misma edad. Se trata de algo que me impresiona profundamente. Es como verse a una misma, más de dos décadas atrás. Pero no deja de ser un aspecto, una imagen. No puede ser más distinta en su carácter de mí. Ha heredado a la familia de su padre a ese respecto. De su pérfida abuela, en realidad. La conozco, sé lo que está pensando con esas miradas subrepticias que me dirige cada tanto. Me temo que está desarrollando una habilidad casi idéntica a esa vieja maldita para salirse con la suya en toda idea que se le cruce por la cabeza.

Además, me juzga. Lo ha hecho desde que tiene uso de razón suficiente para ello. Y no solo eso, me condena. Ahora tiene la misma edad que Sofía cuando nos abandonó. También me inquieta eso.

Sofía... El tiempo ha pasado, pero no los sentimientos. Aun para una persona con tanto dominio de sí como yo, su recuerdo sigue inquietándome. Mi hija mayor, mi más grande motivo de orgullo y la mayor decepción a un mismo tiempo.

Ha sido la única mancha en nuestra reputación. Todavía ese maldito hecho suyo, ese egoísmo demencial de su parte provoca los susurros por lo bajo y cada tanto de algunos en nuestra lejana Córdoba. Por fortuna, nada se sabe aquí de todo eso.

Ignacio habló de un nuevo comienzo. Nuestro como matrimonio e incluso como familia. Tal vez lo sea. O, quizá, se trate de algo mucho mayor, que en mi caso intuyo, pero no alcanzo todavía a vislumbrar en su naturaleza y extensión para nuestras vidas.

CAPÍTULO 2

Camino a Berlín

*Las máquinas evolucionan y
se reproducen a velocidad prodigiosa.
Pronto será demasiado tarde
para resistirse a su dominio.*

Samuel Butler

El predecesor de mi padre en el cargo era una persona que buscaba sorprendernos a nosotros, sus invitados. Por eso, los doscientos ochenta y cinco kilómetros entre Hamburgo y Berlín, no los hicimos en coche por las modernas *Autobahnen* de las que tanto habíamos oído hablar, ni en la primera clase de un ferrocarril cualquiera, sino a bordo del *Fliegender Hamburger*, el primer tren diesel rápido del mundo, orgullo de la Deutsche Reichsbahn. El más veloz de su tipo en el planeta, que podía conectar la Estación Central de Hamburgo con la de Lehrter Bahnhof en Berlín en tan solo ciento treinta y ocho minutos, iyendo a la velocidad inaudita, de ciento veinticuatro kilómetros por hora!

Con mi pasión por las máquinas de avanzada, estar allí era lo más cercano a disfrutar de un sitio en el paraíso. Atiborré por ello de preguntas al guarda, cuando vino a sellar nuestros boletos. El buen hombre, un severo representante de la parquedad germana, contestó estoicamente y como pudo a mis interrogantes cada vez más técnicos.

Descubrí entonces que, a diferencia de los trenes normales, no se componía de una larga hilera de vagones de todo tipo, sino simplemente consistía en la unión de dos largos coches idénticos, cada uno con su cabina del conductor y la parte para los pasajeros. Tampoco existían compartimentos, ni se necesitaban, por lo corto del viaje. Íbamos sentados de a cuatro, en dos pares enfrentados de gruesos y cómodos asientos de cuero oscuro. Los mayores ocupaban el primer grupo de ellos, y nosotros en otro situado a un lado. Mis hermanos Guillermo y Otto, en un inusitado gesto de caballerosidad, de la que carecían en la vida diaria con su hermana, cedieron los asientos contra la ventanilla para María Fiamma y para mí. No dudé ni por un momento que los ojos almendrados y la sonrisita cómplice de ella habían influido para provocar dicho gesto.

En tanto Guillermo trataba de capitalizar a su favor el uniforme de oficial del ejército argentino que vestía, Otto, a quien le decíamos el científico loco de la familia, buscaba arrimar la charla por las cuestiones referentes a los microorganismos. El pobre nunca tuvo demasiado tacto al socializar.

En ninguno de los dos casos pudieron suscitar el interés de ella. Por lo menos, a Otto su intento de plática le había servido para cambiarle el humor. A diferencia del entusiasmo de Guillermo, él venía a este país muy a su pesar. Su idea original había sido estudiar en el Instituto Pasteur en París, pero sus solicitudes en tal sentido siempre habían sido incontestadas.

Exhaustos por el viaje y la indiferencia, mis hermanos no tardaron en dormirse, y yo habría hecho igual si no hubiera sido porque María Fiamma me dio charla. Se había sentado frente a mí y, en tanto los paisajes de la Baja Sajonia pasaban a toda velocidad por la ventana a un lado de nosotras, la conversación fue tomando un cariz cada vez más personal. Por alguna causa, quizá por ser mujeres de más o

menos la misma edad (aunque María Fiamma era solo un año y algo mayor que yo, ya tenía sus veinte), tuvimos una extraña afinidad desde el principio.

En el puerto, noté que ella me miraba y luego a mi madre. Ya a bordo del tren, me dijo la razón de ello:

—Tu madre y vos realmente se parecen.

No era la primera vez que alguien me decía eso. Al parecer, les resultaba un calco con menor edad de mi madre. Pasaba algo parecido con mi hermana mayor. Su recuerdo despertó, como era usual, ese dolor en lo profundo. No podía pensar mucho en ella sin experimentarlo. El recuerdo de Sofi aún era una herida abierta para mí. Pobrecita. Nunca entendí el porqué de lo que hizo.

—A mi papá no le causó ninguna gracia la noticia de ser reemplazado por el tuyo —lanzó Fiamma de improviso.

No supe qué contestar a eso. La noticia de su nombramiento había sido también repentina para nosotros.

—Dijo que no era momento para enviar a un amateur como embajador —continuó—. Alemania está con grandes cambios y tiene a toda Europa expectante. Hasta se habla de otra guerra. No es un tiempo ni el lugar para aprendices.

No me gustó lo que dijo de papá. Había herido en lo profundo mi orgullo de hija. María Fiamma entendió eso casi de inmediato a juzgar por la forma en que dulcificó luego de eso sus palabras.

—No lo dije para ofender. Simplemente es lo que escuché.

De su padre, por supuesto. Ni había que decirlo.

—Para que sepas, mi padre estudió aquí, en la universidad de Múnster. Fue colaborador de Gerhard Domagk, nada menos.

Ella me miró, extrañada, antes de decir:

—¿Y ese quién es?

La miré con gesto de suficiencia. Era la primera vez en nuestra charla que podía aventajarla en algo. Sentirme a su altura o, inclusive, por encima de ella.

—Un médico investigador muy famoso. Estudia fármacos que pueden sanar las infecciones.

Ella se encogió de hombros con cierta displicencia.

—No entiendo lo que me dices. Aun con eso, no va a tenerla fácil. Se sabe en la comunidad diplomática que es un anglófilo.

Iba a responderle algo, pero dudé. No tenía muy en claro qué significaba el término. Algo relativo a gustarle Inglaterra, pero no estaba segura. Una vez más, mi rostro debió de mostrarse hostil, pues ella pareció morigerarse de inmediato. No quería ofenderme, pero no dejaba de punzarme. Era más que claro que me estaba midiendo.

—Mi padre está maravillado con Hitler —me dijo en tono de confianza, como para quitar rispideces—. Supongo que por eso también es que lo relevan. Demasiada compenetración con el gobierno local no es buena para un diplomático.

—Papá tiene sus reservas con Hitler —le comenté yo para cambiar una confianza por otra. Me gustaba pensar que podíamos llegar a ser amigas. O algo así.

—Pues tiene toda la razón. En lo que a mí respecta, no me entusiasman en nada los nacionalsocialistas. Hindenburg estaba ya gagá cuando nombró a Hitler canciller, y le abrió el camino a su pandilla.

Por fortuna, sabía de lo que me hablaba o habría quedado como una tonta. Papá se había preocupado que supiéramos la mayor cantidad de información sobre el país al que íbamos.

Acuciado por una carencia de mejores opciones y sin mayor salida, después de que el nacionalsocialismo se convirtiera en la principal fuerza política del país en las urnas, al presidente alemán y héroe de la Gran Guerra europea, Paul von Hindenburg, no le quedó otra alternativa que incorporarlos al gobierno. Así el 30 de enero de 1933 tuvo que nombrar a Hitler como su canciller. Su edad avanzada y el continuo deterioro de su salud, hizo que el Partido Nazi consolidara aun más su poder. Cuando Hindenburg murió el 2 de agosto de 1934, Hitler fusionó los cargos de canciller y presidente en su persona, adoptando la denominación de Führer de Alemania. Algo parecido a un líder supremo a la vieja usanza imperial. El día 19 de agosto de 1934, mediante un referéndum nacional, Hitler fue confirmado por un amplísimo margen en tal decisión.

—No sé cuál será tu forma de pensar, pero no me gustan los nazis —continuó mi conversadora compañera de viaje—. Demasiado formales, demasiados uniformes y desfiles aburridos. La vida es otra cosa.

No supe qué decirle al respecto. En mi familia la política no era cosa de mujeres. Se trataba de un asunto vedado a nuestro género que, como todo lo que entraba en dicha categoría, ejercía una extraña atracción para mí.

Me pregunté en qué consistía la vida para ella, al tiempo que dejaba a un lado mis cavilaciones sobre la historia política reciente. Y ella pareció adivinar en mi expresión, por tercera vez en la charla, aquello que pasaba por mi mente, y me dijo:

—Divertirse. Para eso es que está la vida.

No sabía mucho al respecto. Hasta entonces, y desde que tenía memoria, mi vida había sido formada en las áridas tierras de cumplir con mis deberes y evitar el pecado. Tal forma de educación, como lo advertiría pronto, dejaba fuera muchas de las diversiones de la vida a esa edad. Claro está que, también, prevenía de algunos de sus peligros.

—Mi padre es un fanático de trabajo —me observó Fiamma—, lo que me hace bastante libre en mis cosas. Mamá murió poco después de nacer yo, y él nunca volvió a casarse. Creo que se culpa por eso y se le dificulta, por lo mismo, negarme algo. De todas formas, no es cosa de exagerar, ni perder las formas. Así que de día me comporto como buena hija de papá y de noche me divierto. Podríamos decir que es entonces cuando me porto mal.

Sus palabras me sonaron con un cierto sentido pecaminoso pese al tono casual y despreocupado con que fueron pronunciadas.

—Deberías probar, alguna vez —me dijo. Noté que sus ojos aguardaban con cierto toque de ansiedad cómo reaccionaría yo a su propuesta.

—¿Probar qué? —pregunté.

—Portarte mal de noche.

Sus ojos me observaban, insidiosos, como buscando dentro mío una respuesta. Evité seguir mirándola y volví mi vista hacia los asientos al otro lado del vagón, en los cuales mi padre y el suyo

hablaban en castellano por lo bajo, pero no lo suficiente como para no poder entenderles, aguzando la oreja.

El padre de María hablaba de alinearse con la nueva Alemania, aun en caso de guerra. O, especialmente, de darse ese caso. Papá negó con un gesto de desaprobación.

—De darse una nueva conflagración debemos permanecer neutrales, como en la anterior —dijo.

—Así nunca estaremos en la mesa de los vencedores —le protestó su interlocutor.

—La guerra mundial del 14 al 18 no tuvo vencedor alguno. Solo vidas perdidas para nada.

Era la clase de conversaciones que me atraían, luego de vivir encerrada en la burbuja del internado. Quería entender un mundo que hasta entonces veía pasar desde las ventanas de las aulas y talleres de costura y música. Buscaba además, tomar parte de todos esos avances técnicos en barcos, autos y aviones que se daban en ese tiempo. Pero María Fiamma interrumpió mi concentración, tras tomarme por el mentón para girar con delicadeza mi rostro hasta que mis ojos volvieron a estar en contacto con los suyos.

—¿Y bien, qué me contestas?

No pude responderle nada. No sabía qué decir para no quedar como una tonta.

—Yo... no he salido de noche —murmuré, tímidamente al fin.

Ella me miró con incredulidad.

—¿Nunca?

Negué con la cabeza.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿En un internado de monjas?

Sí, precisamente allí. Bajé la vista, un tanto avergonzada de mi inexperiencia en la materia. María Fiamma cayó en la cuenta que había acertado de pleno, sin quererlo ni remotamente con sus palabras.

—Mi padre me amenazaba con enviarme ahí, algunas veces. Pero nunca conocí a nadie a quien hubieran mandando realmente.

De nuevo no supe qué decir. Ella insistió en saber.

—Debiste hacer algo muy malo.

Sentí que la garganta se me atoraba de repente. Era demasiado lo que cargaba por dentro, como para contarlo a una recién conocida. Lo era incluso para hablarlo dentro de nuestra misma familia. No quise entrar en detalles.

—Yo no. Mi hermana mayor. Tuvo una... mala relación con un hombre.

María Fiamma pareció no comprender lo que le decía.

—¿Tu hermana mete la pata y te terminan castigando a vos?

En realidad se había escapado de casa... y terminado suicidándose cuando él la dejó. Pero no se lo dije. Me daba vergüenza decirlo. Además, se suponía que yo ni debía saberlo, pero me enteré escuchando a las escondidas. No siempre tus padres, tu abuela o tus tíos son discretos en las conversaciones familiares de adultos. Y por esa época, yo quería saber qué había pasado con mi hermana.

Todavía seguía teniendo pesadillas en las noches, por la forma en que murió Sofía y por todo lo que siguió después conmigo.

—Supongo que buscaron evitar que volviera a suceder —dije, buscando justificarlos, sin terminar de creerlo.

Mis palabras no solo sonaron poco convincentes, sino que tenían, también, un indeleble gusto a tristeza. Me asombré a mí misma tratando de justificar lo que me había alejado de mi familia, de mis amigas y afectos por larguísimos años. Una vida de estudio, monástica, poblada de prohibiciones y soledad, en el internado, por más de un lustro. Una existencia signada con la omnipresencia de una religión en donde casi todo era pecado, casi nada estaba permitido y siempre éramos débiles criaturas, condenadas de antemano a fallar.

Sí, había sufrido horrores todo ese tiempo. Por supuesto que en silencio, demostrando poco y nada, sin rebelarme ni discutir la decisión de mis padres. Supongo que era la sangre helada, heredada de mi madre, la que me hacía obrar de tal forma. Viví refugiada en las rutinas diarias, actuando como se esperaba que actuara, sin esperar nada de nadie, pero tampoco sin dar nada a persona alguna.

—Tus padres sí que tienen una forma un tanto drástica de manejar las cosas.

Asentí con tacto. Aun ahora, liberada ya de todo eso, me seguía doliendo en lo profundo.

—Ambos son algo particulares.

Era lo más cercano a un reproche que les había formulado desde que tenía memoria. María Fiamma sonrió, apoyándome su mano diestra un mi hombro. Un inesperado gesto afectuoso de comprensión, que agradecí.

—Todos los padres lo son —sentenció para luego agregar con cierto tono de picardía—: Pero existen formas de curarlos de esos defectos. Y, cuando estemos en Berlín, voy a mostrarte algunas de ellas.

Veo a Ignacio, tan decidido en sus posturas, y por un momento vuelvo a impresionarme con él. Ojalá se comportara en otras cuestiones de esa forma. Habría deseado que fuese tan firme conmigo y mis deseos, como lo ha sido con sus convicciones.

Me gusta su actitud, aunque no comparta sus palabras. Estoy más cerca del pensamiento del embajador Chávez. Alemania ha sido humillada, expoliada, marginada de la faz de la tierra por el Tratado de Versalles. Se le ha hecho pagar, moral y materialmente, por una guerra que otros iniciaron.

Para peor, todavía existen seres pérfidos como míster Churchill que pretenden alimentar la desconfianza sobre el nuevo orden de cosas en Alemania. A Ignacio no le gustó para nada lo que hice en Chartwell, y me lo ha dicho, pero no me arrepiento de ello. Volvería a actuar como entonces. Entre las pocas cosas que no me resultan indiferentes es que se hable mal de la patria de mis padres.

Al volver la vista hacia donde viajan mis hijos, veo a mis retoños, Otto y Guillermo, durmiendo como dos angelitos. Siguen siendo mis pequeños, y su afecto es de las pocas cosas que me reconforta. Ojalá pudiera devolverles otro tanto, pero me descubro incapaz de hacerlo. Hay demasiadas heridas en mí para poder dar cariño a otros.

También veo a Constanza, en ávida charla con esa irreverente de la hija de nuestro anfitrión. No me gusta. Demasiado vuelo para su edad, se nota que no tiene una madre que la discipline. Para peor parecen llevarse bien, en exceso para mi gusto.

Berlín, la ciudad de la que mi padre tanto hablaba, me espera. La gran capital de un gran imperio, en su tiempo, que parece estar recobrando ese brío nuevamente. Quizás ella tenga la cura para esta insatisfacción mía, que acarreo desde tan lejos.

CAPÍTULO 3

La noche de los aprendizajes

*Aquellos que eran vistos bailando
eran considerados locos
por quienes no podían escuchar la música.*

Friedrich Nietzsche

Julio Chávez Murúa, hasta entonces embajador argentino ante el Reich alemán, entró procurando no hacer ruido en la penumbra de la habitación. En dos camas, separadas por la distancia de una mesita de luz, su hija y su nueva amiga dormían. Fue hasta donde María Fiamma reposaba, cubierta por las frazadas hasta la misma nariz, y la besó en la frente. Luego de ello salió, con tanto sigilo como había entrado, cerrando tras de sí la puerta.

Cuando el sonido de sus pasos se perdió en el pasillo, María Fiamma saltó de su cama y me quitó las frazadas que cubrían mis ropas. Tanto ella como yo, nos habíamos acostado vestidas. En mi caso con uno de sus vestidos.

Tanto mis padres como el suyo, habían consentido a su deseo de que me quedase a pasar la noche con ella. A todos, menos a mi madre, les pareció una buena idea. No habrían sido de la misma opinión, de saber lo que realmente ella tenía en mente para ambas esa noche.

Tras reemplazar nuestro lugar en las camas con un par de almohadas y cubrirlas con las frazadas para mayor disimulo, me hizo señas que tomara mi abrigo y la siguiera. Bajamos por la escalera de servicio, una que recorría la casa por su interior y era usada por el personal que allí trabajaba para ir y venir cumpliendo sus tareas sin que los habitantes de ella repararan siquiera en su presencia. Daba acceso a cada uno de los pisos por puertas que normalmente, finalizadas las tareas del día, se cerraban hasta el siguiente. Solo que nadie contaba con que Fiamma tenía la llave de la que correspondía al piso de su cuarto.

Era en forma de caracol, pequeña y con una baranda de hierro. Por ella descendimos hasta la planta baja y alcanzamos la puerta que se usaba para entrar a la cocina las distintas vituallas por los proveedores. También la llave que franqueaba ese acceso estaba en manos de mi recién conocida. Por allí, ambas salimos al patio trasero de la residencia, donde el muro no tenía más de metro y medio. Con la ayuda de una escalera dejada como al descuido en tal pared, pudimos subirnos y descolgarnos al otro lado. Todo eso, lo hicimos con sumo cuidado para no estropear nuestras ropas.

La calle estaba desierta, y solo la luz de las farolas fue nuestra compañía al pasar por casas imponentes que rivalizaban en elegancia. Como la residencia ocupaba una franja a lo largo de toda la cuadra, caminábamos ahora en la calle paralela a la de ingreso a la casa. Una arteria tranquila, casi pueblerina, pero solo en esa parte. A unas cuabras de distancia, las luces y los sonidos de una avenida ganaban en detalles e intensidad al acercarnos a ella.

A medio camino, María Fiamma abrió los brazos y respiró a fondo. El gesto, un poco teatral, provocó mi curiosidad.

—¿Podés sentirlo en el aire? —me preguntó.

Negué con mi cabeza.

—Es el *berliner Luft*, el famoso aire berlinés. Libertad y diversión, el cóctel ideal para despreocuparse de la vida.

Habíamos llegado a la avenida que antes percibíamos desde lejos. El contraste no podía ser más marcado con la quietud de la zona residencial que acabábamos de abandonar. Todo eran carteles de luces, gente en las calles y vehículos con sus faros encendidos. Fiamma hizo señas a un taxi y nos subimos en él.

Yo la seguí, obediente. En el poco tiempo que habíamos compartido, se había transformado en mi figura de referencia. No era solo su ropa, su peinado o su maquillaje. Tenía esa seguridad de sí misma, era intrépida y no dudaba en mostrar sus sentimientos. Todo aquello que yo ambicionaba, y nunca había podido lograr.

Por suerte para mis deseos, ella estaba encantada de iniciarme en esas cuestiones; por propia iniciativa, además.

—Nollendorfplatz —le indicó al conductor.

Apenas arrancado el auto, me dirigió una mirada examinadora. Pude ver en su mirada que reprobaba su examen. Sacó entonces de su cartera unas horquillas y un pequeño cepillo.

Dios santo, hasta la dejaban tener cartera.

—No va a venirte mal un poco de sofisticación europea.

Aflojó un tanto la trenza con la que había arreglado mi cabello, y lo recogió hacia atrás, en forma de torzadas. Luego con sus estuches de maquillaje, dio color a mis mejillas, puso algo de sombra en mis párpados y me pintó los labios del mismo color rojo carmesí que ella tenía puesto.

—Mucho mejor —dijo al terminar con un dejo de indisimulable satisfacción.

Me pasó entonces un pequeño espejo circular para que me viese.

No pude evitar sorprenderme con el reflejo de mi imagen. Parpadee un par de veces, antes de convencerme de que era yo. Arreglada de esa forma, tenía un toque de realce, me veía más bonita y algo mayor. Tal como siempre había fantaseado.

—Estás hermosa —me confirmó ella y agregó con una sonrisa divertida—: Voy a tener que cuidarme de tu competencia.

Nadie parecía dormir en esa parte de la ciudad. Yo miraba por la ventanilla, maravillada del movimiento nocturno. Y conforme avanzábamos, más y más letreros luminosos, gente y autos poblaban el paisaje.

Al apearnos del taxi en el final de nuestro viaje, noté que un par de transeúntes me miraban de soslayo al pasar a mi lado. Uno de ellos, incluso, volvió su mirada sobre el hombro, luego de ello. Ninguno de ellos era mal parecido, y yo estaba encantada de captar su atención. También me hallaba sorprendida, aturdida, atemorizada. Estaba en un mundo nocturno desconocido y atrayente. La timidez y la curiosidad pugnaron dentro de mí durante el corto trayecto que María Fiamma, tomándome de lado por el brazo, me hizo recorrer, entre aceras atestadas de personas.

Nos dejamos fluir en medio de la marea humana nocturna, pasando por el edificio modernista Theater am Nollendorfplatz, una severa construcción gris con su remate superior con reminiscencias de frontispicio de templo clásico para perdernos en las callejuelas interiores.

Nos detuvimos, un par de calles después, frente a una pequeña entrada, que no tenía letrero sobre la parte superior de la puerta.

—Aquí es. Deja a un lado el convento al menos por esta noche. No juzgues ni condenes, solo observa. Tampoco te reprimas si te viene en gana hacer algo. Lo que se hace de noche, queda en la noche —me advirtió, sin perder la sonrisa, mi guía.

Entramos a una especie de vestíbulo, más grande y con detalles de cierto lujo que no guardaba relación con la modesta discreción de su entrada. Un hombre alto, calvo, regordete y con impecable uniforme saturado de galones en oro nos recibió en la entrada. Saludó serio pero amable a María. Se notaba en el trato que la conocía de antes. Tomó entonces nuestros abrigos y, tras dejarlos en el guardarropa, nos entregó dos máscaras negras a cada una, antes de hacernos una seña formal para que pasáramos al interior del local.

—¿Para qué es esto? —pregunté.

Fiamma me miró divertida.

—Para que no nos reconozcan, tonta.

Me ayudó a ponerme mi máscara, luego se colocó la suya y entramos. El local en sí, se componía de una barra muy vistosa, pintada de azul y plateado, una treintena de mesas y un escenario cubierto por detrás con un gran cortinado rojo carmesí. Había también, en las paredes, enormes espejos de marco dorado. El ambiente se hallaba cargado por los aromas de perfumes espesos y el humo de cigarrillos.

Un grupo de hombres y mujeres, todos ellos con máscaras, fumaban, bebían y conversaban animadamente junto al bar; estallaban cada tanto en alguna carcajada de invariable tono agudo.

El salón estaba repleto, y nos costó divisar una mesa vacía. Tuvimos que conformarnos con una que no era de las mejor ubicadas respecto del escenario, sino que estaba casi de lado, junto a una

pequeña puerta, que pasaba casi desapercibida por su ubicación en una esquina donde apenas llegaba la luz.

Fiamma ordenó una botella de champagne al camarero, luego de haber echado apenas una mirada a la lista de bebidas que el hombre le alcanzó.

—Se trata de una ocasión especial —le dijo en tono de complicidad. El hombre de bigote fino e impecable chaquetilla me miró a mí con expresión grave antes de brindarle una media sonrisa de asentimiento. Su rostro estaba descubierto al igual que el resto del personal del local.

El público era una variada mezcla de gente de todas las edades. Los hombres vestían de traje y algunos de smoking. Las mujeres sin excepción, tenían vestidos largos de noche, llevaban el pelo corto, brillante y lucían joyas espléndidas. Collares recargados de perlas y pendientes elaborados eran la norma. Algunas de las máscaras llevaban el agregado de pequeñas plumas o piedras brillantes. Todos lucían como gente que no debía preocuparse por los asuntos del dinero.

A diferencia de la barra, el tono de la conversación en las mesas era más discreto, pero no menos animado. Había grupos más numerosos, pero en la generalidad se trataba parejas.

El mozo trajo nuestro champagne y sirvió dos copas antes de disponerlo en el centro de nuestra mesa dentro de un trabajado y reluciente balde color plata.

Mi guía nocturna me alcanzó una de las copas y, tras alzar la otra, hizo un brindis:

—Por la vida divertida y las nuevas experiencias.

Chocamos las copas y luego tomé un trago de la mía. No recordaba la última vez que había tomado alcohol. Y, ciertamente, era la primera ocasión con ese líquido dorado y burbujeante que hizo cosquillas en mi garganta, dejándome un gusto ácido en la boca. Esperé que no se notase mi inexperiencia en la materia.

Un jovencito, tres o cuatro años menor que yo, pasó a un lado nuestro vestido con una immaculada chaquetilla blanca con botones dorados. Llevaba una bandeja rectangular en sus manos; voceaba sonriente:

—*¡Zigaretten! ¡Zigarren!*

Fiamma le hizo una seña y retiró uno de los paquetes que exhibía en rigurosas filas; luego le alcanzó un par de billetes de marcos del Reich.

La iluminación del lugar disminuyó hasta volverse penumbra, cuando el cortinado se abrió fugazmente para dar paso a un hombretón de bigote espeso y smoking que dio unas breves y animadas palabras de bienvenida antes de presentar a una orquesta. Entonces el telón se abrió por completo, para dejar ver a un conjunto de músicos sobre el estrado con sus rostros y manos ennegrecidos adrede para asemejar a personas de piel oscura, que comenzaron a tocar de inmediato. Los acordes de un piano, un contrabajo, dos trombones, un clarinete y un saxofón comenzaron a llenar de notas el aire cargado de aromas del salón.

Nunca antes había escuchado esa música. Obviamente, podía apostar lo que fuese a que entraba en el largo, indeterminado e inacabable listado de cuestiones pecaminosas de las que se esperaba me apartara. Pero el ritmo era intenso y pegadizo, así que pronto dejé mis prevenciones de lado y me dediqué a disfrutarlo.

—Es swing. La última moda del jazz. —Oí la voz de María Fiamma a un lado mío. El ritmo me había cautivado. Ligero, rápido, arrebatador. Tomé otro trago de champagne, que no me pareció tan ácido esta vez, y cerré los ojos.

Se trataba de una sonoridad cálida y apretada con un dejo de ritmo de marcha militar, totalmente regulares, de cuatro acentos rítmicos por compás. Sonreí para mis adentros. Nunca habría podido pensar que mis estudios de música en el internado llegarían a ser utilizados en un sitio como ese.

Cuando me volví a ver a mi acompañante, Fiamma estaba raspando un fósforo contra una caja de cerillos para encender el cigarrillo que llevaba en sus labios. Sobre la mesa, abierto, estaba el paquete que acababa de comprar.

—¿Te interesa uno?

—Papá nos lo tiene prohibido. Le parece un hábito desagradable. Dice que también es malo para la salud. Ni a mamá se lo permite.

María me miró con esos ojos inquisitivos.

—Tu padre no está aquí esta noche. Es lo que vos quieras; no lo que te manden.

La miré, indecisa. Ella exhaló una larga línea de humo por los orificios de la nariz, antes de hablarme:

—Ciertas personas lo encuentran bastante sexy. —Arrastró el paquete con su mano libre hacia mí—. Podrías probar.

La miré con cierta aprehensión, pero no la suficiente como para rechazar la oferta. Ya fuera por la música, el lugar o la copa de champagne que acababa de terminar, un estado de euforia crecía dentro del mí.

Al fin, me fue imposible luchar contra la tentación de experimentar con lo que había visto hacer a muchas personas, y que era una de aquellas cosas que separaban a los adultos de los niños. Saqué entonces un cigarrillo del paquete y lo llevé torpemente a mis labios. Divertida, Fiamma me instruyó sobre como encenderlo y fumarlo, así como ciertas posturas para mostrarse más glamorosa.

—Se lo sostiene apenas por la punta de los dedos índice y medio. Y cierras el resto de la mano, siempre lento y casual. Por favor, no eches el humo por la boca, es totalmente vulgar.

Procuré seguir sus avisos. Tosí un par de veces al aspirar el humo las primeras veces, pero pronto acomodé mis pulmones vírgenes a esa sustancia embriagadora que los llenaba. No quería pasar por una niña tonta, así que continué fumando aun cuando mi estómago comenzaba a revolverse, y luego de un inicial embotamiento, un ligero mareo ganaba mi cabeza.

—Sí que aprendes rápido —me elogió—. Conserva el brazo en alto a un lado de tu cabeza. Te hace ver más sofisticada.

Eso hice. La banda había acabado de tocar, y el telón se había cerrado en medio de los aplausos. Otra copa de champagne, contra todo pronóstico previo de mi parte, me ayudó a sobrellevar mis síntomas. Pronto, tanto mi estómago como mi cabeza se aquietaron lo suficiente como para seguir disfrutando de ese mundo, tan desconocido como excitante, del que era parte esa noche.

—Ser atractiva, en definitiva, es solo una cuestión de actitud. Y de mantener ciertas poses, en el momento apropiado —sentenció ella mientras encendía un nuevo cigarrillo. Me ofreció otro, pero esta vez me negué con un movimiento de cabeza. Aun padecía los efectos del anterior.

Todavía no terminaba mi primera noche en Alemania, y ya había logrado mentirle a mis padres, escapar a escondidas de la casa de una amiga, asistir a una fiesta de adultos, usar maquillaje y hasta fumar un cigarrillo. Todas cosas que nunca antes había pensado se pudieran hacer.

Me impresionaba ver el mundo que me había perdido por tanto tiempo. Pero aun más me sorprendía como lo estaba viviendo a pasos agigantados y como si encajara perfectamente en él.

Me terminé de quitar el maquillaje sentada frente al espejo de un dresseoir blanco, colocado en una esquina de nuestro cuarto. Me había quitado ya el collar y los pendientes, pero conservaba puesto el vestido largo plateado, que había usado en la cena con Ignacio. Pese a todos sus intentos de ser cordial conmigo, no tuvo éxito en conmover mi inexpresividad.

Antes de bajar a comer, en el hotel en que provisoriamente estamos instalados, hasta conseguir una residencia en la ciudad, hemos reñido otra vez. Constanza ha sido el motivo en esta ocasión. No quise que se quedase a dormir en lo del anterior embajador, pese al pedido de la hija del hombre y todas las seguridades dadas por su padre. No me gusta que esté cerca de esa mosquita muerta.

Ella tiene las mismas rebeldías que yo a su edad, pero carece de un padre enérgico que las contenga. Ignacio es demasiado bueno con ella. Por eso mi frialdad con él durante la comida. Odio cuando me contradice respecto de la conducta a observar por mis hijos.

Repaso mi imagen entre el espejo central y los dos laterales móviles colocados encima del dresseoir. No puedo mentirme a mí misma. Allí están, cada vez más marcadas, más difíciles de disimular conforme pasa el tiempo. Las huellas de una belleza que

principia a marchitarse están venciendo todos los intentos de mi parte por contenerlas. Pronto, ninguna de todas esas cremas, polvos de rostro y barras de labios, que se amontonan sobre la superficie de mármol en que se asientan los espejos, podrán atemperar más lo evidente.

Son los signos que preanuncian un declive que pronto será evidente para otros.

Envejezco. Me vuelvo rápidamente una mujer de edad. Hasta aquí mi vida ha sido presidida por una imagen de belleza, que aun mantengo, pero de la que en breve poco y nada tendré. No puedo aceptar eso. Me niego.

“La belleza existe solo en el ojo de quien la contempla”, dijo alguien, no recuerdo quien, alguna vez. Gran parte de mis logros se han debido a esa belleza mía. Siempre destacué por mis ojos claros, mi cabello rubio, mi piel blanquísima o mi silueta estilizada. No ha sido únicamente eso, nunca he sido una bella sin cabeza. Siempre tuve, aun disfrutándola en su abundancia, el suficiente tino como saber que solo resulta un instrumento de la voluntad; por eso, no he sido de esas mujeres vanas, prendadas de sí mismas y le he dado uso; me he apoyado en ella para lograr otras cosas.

Nací en una familia y un mundo que aprisionaba a las mujeres, las despojaba de toda opinión hasta en sus propios asuntos. Mi madre obedeció, en silencio, esos mandatos. Yo, en cambio, me rebelé contra ellos. Lo hice a mi modo, astuto y silencioso, eligiendo a quien podía servirme en mis propósitos. No digo que no amé a Ignacio. Me encandilaron sus condiciones personales, sus perspectivas de futuro. Amé la idea de estar enamorada de alguien que prometía tanto. Me deslumbró la posibilidad que tendría junto a él, tanto de destacar como de hacer mi propia voluntad.

A diferencia de muchos otros hombres, él nunca mostró ningún aire de superioridad conmigo. Todo lo contrario: siempre me trató como a una par suya. Una compañera de vida y proyectos. Salvo que su idea de la vida y tales proyectos distan ahora mucho de los míos. Con todo, conozco perfectamente que tanto su respeto, su cariño y hasta su deseo todavía me pertenecen. Me ha sido, todos estos años, escrupulosamente fiel hasta donde tengo noticia.

Tendría que estar conforme con mi vida. Tengo una posición más que acomodada por el dinero heredado de mi padre. Me he casado con uno de los hombres más respetados en la medicina argentina, miembro de una familia de abolengo e influencia. Le he dado hijos hermosos, que sé perfectamente el amor que me tienen. Mis amigas me envidian. Soy algo cercano a la perfección para ellas.

Y yo, sin embargo, cada vez estoy menos satisfecha con todo.

CAPÍTULO 4

Una vuelta agitada

*El humor se tiene o no se tiene
y es la manera de ver las cosas con claridad.*

Antonio Mingote

Pensé que ya nada podía sorprenderme, en ese lugar, aquella noche, pero el siguiente número artístico logró hacerlo. También, nos colocó a todos en una situación de riesgo, que nunca habría podido pensar.

No podía dar crédito a mis ojos, cuando los artistas iniciaron esa parte del espectáculo.

Sobre el escenario, había hombres vestidos como mujeres. Hombres pintados como mujeres. Todos ellos con poses, actitudes y hasta imitando voces como si fueran mujeres.

Danzaban formados en hilera a lo largo del tablado, vestidos como si fuesen bailarinas, en crinolina, una estructura ligera con aros de metal que, con forma de campana, bajaba desde la cintura hasta los tobillos, dejando ver por debajo bombachas brillosas y, por encima, sostenes bordados de pedrería. Ejecutaban movimientos perfectamente coordinados, levantando y bajando rítmicamente sus piernas cubiertas por medias de red negras, tomando con las manos ese armatoste que vestían, a uno y otro lado del escenario. Por delante de ellos, un cantante de pequeño bigote y cabello lacio que le caía a un lado de la frente, vestido con una camisa parda que llevaba

una gruesa franja roja con una esvástica en su brazo derecho, entonaba en berlinés vulgar, una canción respecto a lograr la paz por los golpes o algo así.

No prestaba mucha atención a la letra, asombrada como estaba.

Lejos de compartir mi sentimiento de estupor, el auditorio estallaba en aplausos, gritos y chiflidos mientras la canción y el baile seguían su curso.

Algo me llamó la atención, respecto de la disposición del público en las mesas. No había reparado en eso antes. Principalmente se trataba de parejas, pero invariablemente de un mismo sexo. Dos hombres, o dos mujeres... tal como nosotras.

Iba a comentárselo a Fiamma, cuando un griterío en la entrada estalló de improviso. Una treintena de hombres, todos uniformados con pantalones oscuros y camisas marrones, blandiendo palos y porras, entraron por allí de improviso, cantando una especie de himno o algo así, y atacando a todo el que se ponía delante. La desbandada fue general, pero la única salida estaba cubierta por los atacantes, y nadie podía irse. Uno de ellos pasó velozmente junto a nosotras y subió al escenario, de donde todos los artistas habían huido. Tomó, entonces, el micrófono de pie para decir con una pistola en alto.

—¡Basura infrahumana, debería darles vergüenza ofender así al Führer! —gritó al tiempo que disparaba hacia el techo su pistola.

Tras el disparo siguió gritando otros insultos, en tanto el resto de su grupo se dedicaba a golpear a todo el que pudieran echar mano y a destruir todo cuanto pudiera ser dañado en el local. Mesas, sillas, espejos, todo era hecho pedazos. Los que estaban más cerca del bar, sacaron algunas botellas de los estantes y bebieron de ellas, antes de terminar rompiendo el resto.

Los gritos, los empujones y la confusión generalizada nos ayudaron a pasar desapercibidas para salir del local. Por suerte, Fiamma tenía experiencia en este tipo de imprevistos. Me habría quedado azorada, mirando sin entender lo que pasaba con todo el maremágnum circundante si no fuese porque ella me tomó de la mano y, literalmente, me arrastró hasta la puerta que estaba a unos pocos pasos de nuestra mesa. Estaba abierta; daba a un corredor en penumbras. Por allí huían, al igual que nosotros, los bailarines y algunos músicos de la orquesta. Llevaban sus instrumentos de viento en las manos.

Tras un estrecho y corto pasillo, alumbrado pobremente por una sola bombilla eléctrica, salimos a un lado del guardarropa, justo enfrente de la puerta de entrada. Los sonidos del tumulto y las peleas nos llegaban desde el interior del local, pero no parecía haber nadie ni ocurrir nada en el vestíbulo, como si se tratase de otro mundo.

Quise correr a la puerta, pero ella me atajó.

—Los abrigos y nuestros sombreros —dijo, y con una sangre fría que me impresionó, se metió en el guardarropa por unos segundos eternos, hasta dar con ellos.

Bajamos corriendo, entonces, los pocos escalones que nos separaban de la acera. En la calle, a unos pocos metros de la entrada, encontramos un viejo camión, cargado de banderas rojas con la esvástica, depositadas en su caja posterior. Un adormilado conductor de camisa marrón y gorra, no nos prestó ninguna atención al pasar junto a él.

Había en las calles, mucho menos gente y menos autos que cuando llegamos.

—Solo finge tranquilidad y caminemos como si nada —dijo Fiamma mientras me sacaba la máscara que todavía llevaba puesta. Ella, en algún momento, ya se había quitado la suya.

Alcanzamos Nollendorfplatz sin ningún problema. Nos subimos allí a un tranvía solitario, y nos alejamos con él del lugar.

—Malditos brutos. Con sus palos y uniformes —protestó Fiamma—. Van a terminar por matar la poca diversión que todavía existe en este país.

—¿Quiénes eran?

—*Sturmabteilung* o SA. Las secciones de asalto de los nazis. Matones vulgares en uniforme.

—¿Y la policía no hace nada?

Fiamma me miró con esos ojos azorados que ponía, cuando se deba cuenta de mi inocencia.

—Desde que Hitler se hizo con el poder, son una fuerza auxiliar de la policía. Eso en teoría. En realidad, la controlan.

Debimos bajarnos del tranvía poco después, todavía a una cierta distancia de la casa de María Fiamma. Solo hasta allí nos acercaba esa línea. Es que en el apuro por poner distancia entre ellos y nosotras, mi anfitriona se había subido al primer transporte a mano, que resultó no ser el más conveniente de tomar para nuestro destino.

La salida a las apuradas del local, y el fresco aire nocturno de nuestra caminata posterior, hicieron que terminara de recuperarme. Mi estómago dejó de agitarse y la migraña, ya asordada, terminó por desaparecer luego de recorrer un par de cuadras.

Caminábamos ahora bajo la luz de la luna de un Berlín que comenzaba a dormir. El cielo estaba estrellado, y no podía dejar de contemplarlo. Era otro, muy distinto, del que acostumbraba a ver en Córdoba. Distintas estrellas, de las que desconocía hasta sus mismos nombres. Me sentí una extraña, fuera de lugar allí. Y de pronto, me encontré anhelando otro cigarrillo.

Fiamma no tuvo inconveniente en convidarme uno de los suyos. Encendió el mío y otro para ella, y así continuamos con nuestro camino. Le dije lo de las estrellas, y ella me contestó:

—Conozco ese sentimiento. Lo experimento cada vez más seguido.

Me quedé mirándola, buscando que me dijera algo más respecto de ello. Pero solo tras una cuadra en silencio, como si se tomara su tiempo para decidir qué contarme y que no, ella se explicó:

—No son solo las estrellas lo que es diferente aquí. Últimamente, todo parece estar volteado de cabeza. Nadie en Argentina entiende lo que realmente pasa acá. Muchos de quienes se oponen a Hitler lo ven solo como un payaso que se parece a Charlie Chaplin. Pero la verdad es que es mucho más peligroso que eso.

—Tu padre lo apoya.

—Mi padre siempre fue un ser muy cándido. Aun con mi edad, puedo darme cuenta de eso. Admira el orden y la jerarquía, sin ver lo que hay por detrás de eso. No fue raro que se sintiera subyugado por toda la parafernalia de los nazis. Tampoco ha sido el único que los ha apoyado por esos motivos.

—¿Y cómo es que a su hija le pasó exactamente lo contrario? —le pregunté.

Me contó entonces, sobre lo que había presenciado, poco antes de nuestra llegada, en la Opernplatz¹.

—Ocurrió justo delante de la Friedrich-Wilhelms-Universität², donde yo asistía. Salía de una de las últimas clases, cuando vi a la gente reunida en la plaza, y a un grupo de nazis formando una gran montaña de libros. Pregunté qué pasaba, y alguien me respondió que se trataba de un *Feuersprüche*, un decreto de fuego contra el espíritu anti-alemán.

El rostro de Fiamma había cambiado al comenzar su relato. Ya no era la joven despreocupada de la vida; estaba muy seria y se tomaba su tiempo para decir cada nueva frase. Se veía que buscaba hablarme del tema. Se notaba aun más que se trataba de algo que la había impresionado terriblemente.

—Todo el mundo parecía haberse vuelto demente. Vi a mis propios compañeros que llevaban libros de la biblioteca de la universidad para ponerlos en la montaña. La plaza estaba repleta, no cabía nadie más. Al caer la noche, el encargado de la propaganda del partido nazi, Joseph Goebbels, en medio de la quema, dio un discurso frente a la multitud. Todo lo que atentase contra el espíritu alemán debía ser purificado por el fuego, eso dijo palabras más, palabras menos. La gente lo aplaudió a rabiar.

La observaba en silencio, mientras me contaba. Solo fumada y la oía. Caminábamos a la par, por aceras desiertas. La oscuridad de la noche, la soledad de las calles, contribuía a tornar más impresionantes sus palabras.

—Prendieron fuego a los libros. Por horas, la gente pasó por allí arrojando cualquier escrito que les pareciera contrario al espíritu alemán. No solo fueron los SA o los tontos adoctrinados de la Unión Estudiantil Nacionalsocialista Alemana. Se trataba, mayormente, de gente como vos o yo a las que el discursito gritón de Goebbels parecía haber sacado de sí.

Mientras hablaba, yo observaba su rostro. Estaba sorprendida del estado emocional en que sus propias palabras la habían puesto. Esa imagen de joven alegre y despreocupada de la vida, tal vez no fuera sino una máscara. Algo similar a la mía, de niña tranquila, seria y obediente. Podía ver que, en ambos casos, solo se trataba de un camuflaje, de una mera apariencia donde poder refugiarte cuando uno aborrece la sociedad en que vive. Conocía, a mi modo, ese sentimiento.

A medida que avanzaba en su relato, noté que ese rictus de emoción se profundizaba en ella. Había dolor en él, pero también enojo.

—No solo ocurrió en Berlín, ni se trató de un hecho aislado. Hubo muchas otras quemadas de libros por toda Alemania esa misma noche. Múnich, Heidelberg, Fráncfort del Meno, Gotinga, Colonia, Hamburgo, Dortmund, Halle, Núremberg, Wurzburg, Hanover, Múnster, Königsberg, Coblenza. Todo este supuestamente culto país tiró esa cultura en esas llamas hasta retroceder a la barbarie.

María arrojó su cigarrillo a la oscuridad antes de seguir. Estaba más conmovida de lo que habría querido demostrar. Para entonces, yo estaba segura de que toda esa despreocupación suya, ese ansia de tomar la vida a la ligera, no era sino un modo para esconderse de otras cosas que le habían afectado en el pasado.

—No volví a estudiar allí, ni en ningún otro sitio. Era más fuerte que yo. No podía asistir a una universidad que quemaba sus propios libros o estudiar con gente que los había destruido ante mis propios ojos.

Casi habíamos llegado. Un par de lágrimas brotaron de sus ojos. Se las secó rápidamente, como si no quisiera que las viese.

—Nunca lo comenté con nadie... Hasta ahora. Ni mi padre sabe la verdad de por qué dejé los estudios. No quiero que ellos me enseñen nada. Temo que puedan contagiarme algo de su salvajismo.

Un sentimiento me provocó abrazarla. Se veía terriblemente desvalida, como quien acaba de mostrarse tal cual es, sin gustarle ser de ese modo. Permanecimos así, aferradas en silencio la una a la otra, por un rato. Luego ella se separó un tanto, y me sonrió.

—Sos una persona muy dulce, ¿sabías? —me dijo.

Esta vez fue ella quien se abrazó fuertemente a mí, y me dejó un beso cálido en la mejilla. Casi en la comisura del labio. Justo en esa frontera corporal, entre un tipo de afecto y otro.

Una inquietud me corrió por dentro.

Aún estoy sentada frente al espejo, cuando Ignacio entra en el cuarto. Se acerca a mí, me toma por los hombros desde atrás, y me besa en el cuello.

—Estás bellísima —me dice, pero yo no cedo en mi indiferencia. No quiero hacerlo. Sé que me halaga no solo para acortar distancias, sino porque verdaderamente lo siente. Siempre me ha puesto en un pedestal, solo que ahora no me interesa su pleitesía.

Me irrita que, apenas llegado, mi esposo haya adoptado sobre el país el punto de vista de ese regordete amigo suyo británico. No ha hecho más que repetir varios de esos cuentos sobre violencia contra los judíos o cualquiera que se oponga al gobierno. Alemania se halla en una etapa de renacimiento histórico que, quizá, también se extienda a otras partes del mundo. Pero él no entiende eso.

Puede ser que haya incidentes políticos. Pero hoy la política en este país no es más violenta que durante esa negra etapa de la República de Weimar. En comparación a las revueltas y batallas campales callejeras de ese tiempo, lo que puede suceder hoy es cosa de niños. Simples desbordes de este nuevo clima de entusiasmo que embriaga a todo el país.

—Yo no he visto nada que corrobore esos cuentos tuyos. Todo lo contrario. Veo el orden, la limpieza. Todo está en su lugar, donde debe estar. Mucho más, decididamente, que en Argentina. No nos vendría mal aprender un poco de lo que han conseguido por aquí.

Eso le había dicho, ante esos comentarios suyos poco favorables al país. Él solo se quedó mirándome, sin devolverme palabra. Es lo que siempre pasa, en los últimos tiempos. Él evita hablar de política conmigo. Yo, por mi parte, no hago otra cosa. Ignacio actúa de esa forma para evitar que riñamos. Mi intención, en cambio, es mostrarle lo equivocado que está y cómo resulta la verdad de las cosas.

Hace tiempo que escucha mis palabras sobre el tema con cansada atención, sin compartirlas. Luego vuelve a contarme sobre los casos de represión política y encarcelamientos caprichosos. Uno de sus puntos preferidos en dicha cuestión es referirse a esas nuevas prisiones, que dice en manos de las fuerzas paramilitares nazis a las que llama Konzentrationslager, campos de concentración. La primera, según él, fue abierta en las afueras de la villa de Dachau, y ahora proliferan por todo el país.

—Mitos. Meras habladurías, querido.

—Por Dios, Lucrecia, el mismo jefe de la Policía Secreta del Estado, Heinrich Himmler, ha reconocido su existencia en una conferencia con la prensa.

—Por favor, Ignacio. En todo caso, no hay país en el mundo que no tenga prisiones. No sé qué pueden tener de particular esos lugares que tanto los disguste a ti y tú amigo.

Traigo a colación a Churchill, sin mencionarlo. Todavía es el blanco de mi resentimiento, por la forma en que trata al Reich. A mi marido, tal insinuación no le ha pasado por alto, pero veo que descarta, de momento, hablar al respecto. No quiere ser desviado del asunto que entiende lo principal en la conversación: contradecir mis dichos sobre esos dichosos campos.

—En específico, tienen cientos de detenidos por sus ideas políticas, sin ninguna acusación específica, bajo esa difusa figura de “custodia preventiva”. De todos los partidos, salvo, claro está, el nacionalsocialista.

—Algo habrán hecho —replico. Lo hago de un modo que dejo clara mi intención de poner fin a la discusión. Mi marido era, de un tiempo a esta parte, sumamente injusto y exagerado respecto de la tierra de mis padres, la cual encuentro por demás fascinante.

Tras un par de minutos de silencio, Ignacio se me acerca aun más. Ya su rostro no tiene esa tensión de cuando discute conmigo. Lo observo mucho más calmado y hasta con algo de culpa. A diferencia mía, a él lo mortifica el hecho de que estemos distanciados.

Vuelve a besarme, sus brazos se deslizan por mi vestido, hasta juntarse en mi regazo. Lo rechazo con suavidad, sin perder la clase ni el estilo; luego de librarme de ellos, me levanto de mi asiento.

—No estoy de humor —le digo.

—Solo buscaba hacer las paces.

—Es lógico, supongo, ahora que sos un diplomático.

Él asiente para no contestarme. Lo he herido, como tantas veces antes. Acepta su derrota y va a su lado de la cama; en tanto, yo me cambio el vestido tras un biombo. Sé que no va a insistirme. A diferencia de los maridos de todas mis amigas y conocidas, nunca me ha forzado a nada, ni ha pretendido dirigir mi vida. Nunca ha querido tener la menor injerencia en las cuestiones referentes a mis bienes. He tenido de casada, como ya dije, mayor libertad aun que de soltera. Ignacio no podría ser más distinto a la personalidad dominante de mi padre con quien todos debíamos acompañar nuestras vidas a sus deseos.

Mi marido es un buen hombre y un caballero. Pretende un matrimonio en que ambos se hallen en un pie de igualdad, cuando no existe tal cosa. Siempre uno debe mandar. Él a mí o yo a él. Pero Ignacio nunca me ha ordenado ni ha dejado que yo lo haga.

Precisamente allí reside el problema.

CAPÍTULO 5

Un nuevo amanecer

Conócete a ti mismo.

Inscripción en el pronaos del templo de Apolo.

Al siguiente día, desperté de un modo extraño. Es decir, simplemente desperté, abrí los ojos y ya. Sin gritos, sin sofocamiento, sin el sudor o los temblores que normalmente me ocurrían. Giré los ojos hacia la luz, para descubrir el sol mañanero que se filtraba por las cortinas a medio cerrar de la ventana.

Parpadeé un par de veces, atónita porque no me había pasado nada de lo que usualmente me sucedía entre sueños: ninguna pesadilla en que rememorara a Sofía o a mi madre recriminándome algo. Había dormido de un tirón, sin despertar de forma abrupta, sobresaltada, a oscuras.

Escuché entonces ruido de zapatos contra el piso de madera en el pasillo y, Dios sabe por qué razón, me hice la dormida. Creo que todavía tenía un poco de culpa por esa escapada nocturna.

Oí el ruido de la perilla que giraba en la puerta, y el leve sonido de cuando se abría. Luego vinieron las voces, poco más que susurros, que apenas podía oír.

—Todavía duermen. Puedo despertarlas si quiere.

Reconocí la voz del padre de Fiamma.

—No es necesario. No tengo problema en volver después.

Papá, como siempre, me consentía de modo discreto. Lo hacía aun a sabiendas de la oposición de mi madre a ese tipo de relación que nos unía. Ella era partidaria del rigor como método de aprendizaje en la vida. Yo había pasado varios años en un internado por eso.

Supongo debió de sorprenderlo un poco que durmiera tan tranquila.

—Parecen dos angelitos —dijo el padre de Fiamma. Debí mordirme el labio para asegurarme que no se escapara ninguna risa al respecto. Por fortuna, estaba de espaldas a donde se hallaban—. Da gusto verlas dormir así, tan pacíficamente. Pero solo es una ilusión.

—Crecen muy rápido, ¿verdad? —Escuché entonces la voz de mi padre—. Temo haberla protegido demasiado a Constanza. Me asusta cómo habrá de ser cuando enfrente al mundo.

Me felicité por mi decisión de hacerme la dormida. Es muy interesante lo que uno escucha sobre sí mismo cuando quienes hablan creen que no se los está oyendo.

—Fiamma ha gozado de cierta dosis de libertad —admitió su padre—; no por mi convencimiento, sino porque es difícil negarle algo. Siempre se las ingenia para obtener lo que quiere. Mi esposa, Dios la tenga en la gloria, no habría compartido casi ninguna de esas concesiones. Pero nunca supe muy bien qué hacer para impedir las. Supongo que hay cosas que solo pueden ser aplicadas o entendidas por mujeres. Ha sido difícil criarla sin una madre. Esa falta creo que la aisló de mí y nunca pude romper esa distancia.

Pensé que, con mis padres, luego de la muerte de mi hermana, había ocurrido algo similar. Mi abuela dice que la adversidad y el dolor unen a la gente. En mi casa había visto todo lo contrario.

—Las veces que he querido hablar con ella, solo despierto su incomodidad, su enojo. Siempre me dice lo mismo: “Si te dijera lo que me pasa, no me entenderías”. Dice que, incluso, terminaría odiándola.

—Es complejo criar hijos en este tiempo.

—Usted parece llevarlo muy bien.

—No lo crea. Tengo mis días.

—He visto como lo sigue su hija a usted. Desearía tener ese vínculo con Fiamma.

—Constanza es una criatura adorable.

—Puedo notar eso y sé que Fiamma lo ha percibido también. No crea que mi hija es así de amigable con todos. De hecho, no lo es con casi nadie. Es muy huraña respecto de los demás. Por eso, me ha dejado asombrado de cómo se acercó a Constanza. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que quiso que viniera alguien a estar con ella.

Con esas palabras, pareció terminarse la conversación. Papá dijo que volvería más tarde y, tras oír la puerta cerrarse, el subsiguiente sonido de pasos en el corredor se hizo más y más asordinado.

Me quedé un rato más en cama con la vista fija en el techo, sumida en mis pensamientos. Del modo más impensado, en un instante había sabido mucho más de cómo pensaba mi padre que por haberlo estado viendo salteado por todos esos años de mi internado.

Me sentía como un preso al que liberaban luego de años de condena y, al volver al mundo y a los suyos, todo le parece extraño. Hasta allí, en nuestra casa, había podido disimularlo aferrándome a los obvios lazos de familia. Trataba a mis hermanos como se suponía socialmente que debía tratarse a los hermanos, igual hacía con papá y a mamá... Bueno, como podía. Ella siempre había sido una persona distante.

Me mortificaba pensar que todo el tiempo que había faltado de casa se había vuelto un recuerdo que no tenía, ocasiones para querer y ser querida que había perdido para siempre.

Fiamma me había contado, la pasada noche, acerca de su madre. Se trataba de una joven inglesa hija de un conde, a quien su padre había conocido en su primer destino en el exterior como tercer secretario de nuestra embajada en Londres. Ella desafió la oposición familiar para casarse con un plebeyo que, además, era extranjero. El matrimonio de sus padres había sido breve y atravesado por la tragedia, nacido de una pasión romántica de juventud, llevado a cabo contra la opinión de casi todos y concluido al morir ella en la flor de su juventud por complicaciones tras dar a luz a Fiamma.

Estaba visto que la mía no era la única historia de soledad materna. Fiamma también la tenía, a su modo, y creo que eso era lo que nos había hecho congeniar tan rápidamente.

Algo metálico cayó entonces sobre mi pecho y me sacó con sobresalto de mis cavilaciones. Lo tomé para observarlo. Se trataba de una moneda. Me interesó por el metal, luego averiguaría que se trataba de bronce de aluminio. Le daba un tono ocre pálido muy bonito. En una de sus caras tenía un águila alemana aferrando con sus garras una esvástica, rodeada con una corona de hojas de roble con la leyenda “*Deutsches Reich 1936*” por debajo. La otra cara, más despojada, solo tenía un gran número cinco con dos hojas de roble por debajo y la palabra “*Reichspfennig*” por encima.

—Debes contarme tus pensamientos. —Al volverme hacia la voz, vi a Fiamma ya despierta, vuelta de lado hacia donde yo estaba con la cabeza sobre el brazo, mirándome con los ojos muy abiertos.

Recordé que mi padre nos había contado respecto de esa costumbre, de dar una moneda a quien querías que te dijera lo que estaba dando vueltas en su cabeza. Pero la tenía por una costumbre más propia de los Estados Unidos que alemana. Quizás el padre de Fiamma estuvo destinado antes allí. O, tal vez, fuera otra de sus costumbres adoptadas del cine de Hollywood. La pasada noche me había comentado sobre sus sueños de ser actriz. “Te pagan por no ser vos. ¿Qué más puede pedirse?”, recuerdo que me había dicho.

—No valen tan poco —la esquivé todavía observando la moneda.

Por supuesto, ella no iba a quedarse con esa respuesta e insistió. Para no hablar de cosas que me ponían mal, le comenté respecto de la conversación de nuestros padres. Lo hice con picardía, como quien cuenta las cosas indebidas que, en el fondo, le encanta llevar a cabo. Pero ella no respondió a mi sonrisa culpable. Conforme avanzaba en mi relato, la veía ponerse más y más tensa.

Al terminar, parecía molesta. Se levantó de su cama, y la vi sacarse el camisón para ir a un ropero inmenso a buscar algo de ropa.

—Ni por asomo entienden quiénes somos —fue todo lo que dijo.

Que el anterior embajador sea viudo, ha supuesto el obstáculo de no tener a quien recurrir para ponerme al tanto de las actividades que debo desplegar.

Preferí caminar a tomar un taxi o pedir algunos de los autos de la embajada. Quería ser una más, en aquella ciudad de la que mi padre hablaba tanto. Simplemente caminé por sus calles, como un anónimo

peatón.

Mis pasos me llevaron hasta Potsdamer Platz, ajetreado en plena actividad de media mañana. El tráfico y los transeúntes se disputaban el ir y venir por el lugar. Coches y tranvías competían con carros tirados por caballos el dominio de la calle. Me sentí dentro de una gran colmena humana en frenética actividad. Por todas partes veía negocios y escaparates rebosantes de los más diversos objetos.

Se trataba de una ciudad de pulso mucho más agitado y cambiante que la Córdoba tranquila y doctoral de la que provenía.

Me había acostumbrado a escuchar noticias terribles de Alemania, a considerarla un país que no podía, a pesar del tiempo del transcurrido, salir de su derrota en la Gran Guerra de la primera década de este siglo xx.

Los gobiernos de la república subían y caían del poder antes de poder lograr algún cambio en un estado de cosas dominado por la inflación y la falta de empleo.

Nada de eso existe hoy. La economía ha resurgido y no he visto, en mi camino, la pobreza en las calles de la que antes me venía un aluvión de noticias. Tampoco veo la violencia entre rojos y nacionalistas. Desde que llegamos no he visto en las noticias del periódico huelga o reclamo alguno de los sindicatos. Un país en paz.

Veo los escaparates colmados de cosas a la venta, los grandes almacenes repletos de gente haciendo sus compras; he cruzado por el Landwehrkanal, atestado de barcazas repletas de fruta, madera y carbón. Son los signos de una economía que ha llegado a la gente y elevado sus vidas.

La nueva bandera, roja con la esvástica dentro de un círculo blanco, ondea por todas partes. Con frecuencia, veo el retrato del Führer colocado en las ventanas de los negocios que dan a la calle o dentro de ellos. Son los signos de un país que ha recuperado su orgullo, pujante y unido.

Empiezo a entender la admiración de la mayoría del pueblo por Hitler. El Reichskanzler ha devuelto a los alemanes la pompa, el colorido y la mística de los tiempos del imperio, rescatándolos de lo que fueron sus grises vidas durante la república con sus eternas discusiones y peleas de partidos sobre las cuestiones más nimias en las que se debatía todo eternamente para nunca llegar a nada.

Tomo un taxi para volver al hotel. Estoy exhausta, pero muy contenta. Alemania, nuestro hogar por los próximos tiempos, me ha sorprendido más que gratamente. Siempre supe que tenía razón al defenderla de los que atacaban este nuevo reverdecir de nuestro orgullo de ser alemanes.

Sé que se trata de una nueva era. Y nosotros, aquí, afortunadamente vamos a ser parte de ella.

Me gustan las bañeras, quedarse allí cubierta por el agua, enjabonándose sin prisas, limpiando la piel con esponja o cepillo, envuelta por el líquido.

Contiguo al cuarto que había ocupado esa noche, había un baño que tenía una esmaltada en blanco, estilo *tub* inglés.

Fiamma, al saber que en el internado únicamente había tomado estrictas duchas con la mayor rapidez posible para ahorrar el agua que debía repartirse entre muchas, insistió en que tomara un baño tal como ella. Más aun, se había encargado de llenarla a su gusto,

abriendo alternativamente por un cuarto de hora los grifos de agua fría y caliente para lograr la temperatura justa. Tras asegurarse, termómetro en mano, que estuviera a treinta y ocho grados, desparramó sobre el líquido varias sales de baño. La superficie clara pronto se pobló de una espuma espesa que, a la vista, no distaba en nada del color de la nieve. Todo allí comenzó a oler a rosas.

—¿No es mucho preparativo para tomar un simple baño? — pregunté. Nunca había hecho nada de eso.

—Nada es demasiado para nosotras —me replicó, sin dar muchas explicaciones respecto del sentido de ese “nosotras”. Luego salió de la habitación como quien va a buscar algo.

Me quité el camisón y entré a la bañera. Mi piel se estremeció con una sensación agradable al experimentar la tibieza de esa agua aterciopelada por las sales. En verdad, se sentía maravilloso.

Estaba dedicada a mi aseo cuando Fiamma volvió a entrar al baño. Todavía llevaba puesta una *robe de chambre* roja con dibujos búlgaros en negro abierta que dejaba entrever su cuerpo desnudo. Sostenía una jarra de porcelana entre ambas manos. Vi que se detenía a observarme.

—¿Sucede algo? —le pregunté al verla quedarse allí parada.

—Nada. —Ella pareció salir de su retraimiento de forma súbita—. Necesitás lavarte el cabello.

Fiamma deslizó los dedos bajo el abundante cabello rubio que cubría mi nuca y masajéó los músculos que rodeaban el inicio de mi columna. Se sentía bien, más que bien. Luego le echó agua tibia de la jarra, antes de dejar caer sobre mi cabeza el espeso contenido de un frasco en cuya etiqueta se delineaba el perfil de un rostro de mujer y sus cabellos.

—Pocas cosas ayudan más a la belleza femenina que un champú líquido. Y el mejor de todos se hace justo aquí, en Berlín, en la droguería de Hans Schwarzkopf.

Masajeó un buen rato mi cabello antes de enjuagarlo con la misma jarra que lo había mojado. Tenía unos dedos mágicos.

Había un pequeño espejo redondo, colocado en la pared a un palmo por encima del borde de la bañera. Rehuía, como de costumbre, de mirarme en él. Solo veía en mí una mala copia de mi madre.

—No tenés que sentirte así —dijo Fiamma como al pasar, mientras me ayudaba a salir de la tina y me alcanzaba una gran toalla blanca afelpada en la cual me enrollé. Luego, con otra más pequeña, comenzó a secarme el cabello. Me recordó, con sus acciones, a lo que mis niñeras hacían cuando pequeña. Pero, en su caso, había en sus ojos un extraño fulgor que no pasó desapercibido en mí.

Me quedé mirándola sin saber a ciencia cierta sobre de qué me estaba hablando.

—Vi cómo observabas a tu madre en el tren —me aclaró—: Como un patito feo a un cisne.

—No es cierto —me defendí.

—Claro que sí —sostuvo ella mientras me empujaba hacia su cuarto.

¿Cómo podía conocer María Fiamma ese oculto trauma mío? Me dejé conducir, sin saber muy bien por qué. Todavía estaba anonadada de cómo podía llegar a haber descubierto, en tan poco tiempo, los más incómodos aspectos sobre mí.

Una vez en el cuarto, me puso frente al gran espejo que tenía junto a la ventana. Se trataba de un *cheval mirror* de pedestal, ovalado, con marco y soporte de cedro lustroso.

Me quitó entonces la toalla, y en ese vidrio pulido se reflejó mi desnudez. Al principio, me sentí incómoda. Se me había instruido que todo lo que se relacionaba con el cuerpo estaba, invariablemente, atravesado por el signo del pecado. Fiamma me observaba por detrás, sin quitar sus manos de mis hombros. Quise cubrirme con una mano los pechos y la otra mi entrepierna, quitando la vista del espejo, pero ella lo impidió.

—No hay de qué avergonzarte. Tu cuerpo es muy hermoso.

Sus palabras me entusiasmaron, casi removieron un poco mis pudores. Lo suficiente como para poder mirarme de soslayo.

—¿De verdad pensás eso?

—Palabra de experta. El patito es ya un cisne, bello y deseable.

Volví entonces, por completo, la vista hacia el espejo y mi imagen. Quizás por sus palabras, quizás por todo lo pasado en la anterior noche, esa vez me percibí distinta. Ahora observaba cosas que antes no veía, o que no estaban allí. Un cuerpo femenino de alguien con el cabello color oro húmedo y enmarañado con sus curvas y protuberancias. Ya no reflejaba a la figura de una niña.

—Tienes pechos bonitos y duros, caderas anchas y nalgas paraditas. Serás muy deseada, francamente irresistible apenas corriamos un par de detalles. Nada demasiado importante. Solo quitar el vello de algunas partes y ordenarlo en otra. Tu monte de Venus necesita algo de jardinería.

Río por sus propias palabras. Pero apenas si reparé en ello. Deseada: esa palabra me conmovió. Hasta entonces, en mi vida, solo existían la indiferencia o los rechazos, sobre todo de mi madre.

Fijó entonces su mirada en mi entrepierna y los diminutos rizos color oro que estaban allí. Su contemplación al parecer, despertó la sorpresa en ella.

—Tendrás a quien quieras y lastimarás a muchos, maldita —me dijo con una sonrisa que no estaba exenta de cierta dosis de envidia.

Unos golpes en la puerta interrumpieron ese momento de confidencias. Al otro lado de la puerta cerrada, el ama de llaves le informó a Fiamma que mi padre había vuelto a buscarme. Ella contestó que bajábamos en unos minutos, que todavía yo no estaba lista.

Fui al clóset donde había dejado mis cosas, solo para descubrir que ya no se hallaban allí. Fiamma, sin decirme nada, había dado mi ropa para que la limpiaran.

—No te preocupes por ellas. Puedo prestarte algunas cosas mías. Tenemos, más o menos, las mismas medidas.

—No quiero molestarte, ni hacer esperar a papá.

—¿En qué mundo estás, Coti? —me preguntó, mirándome divertida—. Por supuesto que debés hacerlo. Es de mal gusto que una mujer no haga esperar a un hombre.

Fue entonces hasta su vestidor y comenzó a escoger algunas prendas de las muchas que había allí.

—Un cuerpo de mujer requiere ropa de mujer —me dijo al alcanzarme una ancha falda negra plisada y una blusa gris. Antes de eso me había ayudado a colocarme un conjunto de ropa interior

blanco de encaje y con puntillas, de seda, desde ya. Se sentían muy suaves sobre la piel. Mucho mejor que la de algodón que siempre había usado.

Tras ponérmelas, ella me sentó frente a su *dressoir*, me espolvoreó el rostro, pinceló un poco de sombra amarronada sobre mis párpados y pintó mis labios de un levísimo rojo.

—Podría ponerte algo más, pero tenemos que medirnos. No queremos que a tu padre le dé un ataque o algo parecido.

Luego peinó mi cabello, todavía húmedo, recogiénolo por detrás con una redecilla sujeta por horquillas a la altura de mis orejas y peinando el resto con una raya al costado derecho, bien pegado a la cabeza.

Al mirarme en el espejo central del mueble, no pude evitar la sorpresa. Me vi distinta, mejor. Me vi bella, como nunca antes, y me encantó verme de esa forma.

Cuando mi padre me vio bajar a la sala, media hora después, vi cómo la sorpresa superó a su incomodidad por la espera. Por poco no aplastó el sombrero que tenía entre las manos.

A mis prendas, Fiamma había agregado una chaqueta de idéntico color que la falda y un sombrero de mujer de fieltro gris con corona redonda y de ala estrecha. Un par de zapatos oscuros tipo topolino y unos guantes cortos de cuero completaban mi atuendo.

Supe que no sabía qué decir y mi entusiasmo cedió un poco casi hasta el umbral de la vergüenza. Por suerte, Fiamma intervino:

—Tiene una hija con mucho estilo, señor López.

Papá no quiso contestar eso; simplemente me ofreció su brazo. Saludó al dueño de casa y nos retiramos. Al caminar por el parque, rumbo a la verja de salida, se sinceró conmigo:

—Tengo que aceptar que el tiempo ha pasado y que mi hija ha dejado de ser una niña. ¿Te has divertido con tu nueva amiga?

Demoré en responder. Había vuelto la vista hacia la casa, solo para darme cuenta de que Fiamma nos observaba desde una de las ventanas de la sala. Su expresión, muy seria, se alegró de improviso al ver que me había vuelto a verla. Entonces, me guiño un ojo, cómplice.

—Mucho papá —le dije al fin—. Todo ha sido extrañamente maravilloso.

CAPÍTULO 6

Cartas credenciales

La mentira forma parte del arte de la diplomacia.

Richard Nixon

Ignacio terminaba de arreglarse su uniforme diplomático. En dos horas presentaría sus credenciales ante el gobierno alemán. A pesar de que rompía un tanto el protocolo, había pedido y obtenido del ministerio de relaciones exteriores que su familia lo acompañara en el evento. Lo hizo porque consideraba que lo suyo era un logro de todos, y no únicamente una conquista a título propio.

Fue un gesto que, obviamente, me encantó. Son de esas actitudes tuyas que me hacen olvidar nuestras diferencias en cuanto a casi todo.

No tuve mucho tiempo para prepararme. Mientras Ignacio se dedicaba a repasar todas esas tediosas reglas del protocolo diplomático para una presentación oficial, yo debí pasar por dos intensas jornadas dedicadas a qué vestido debería lucir y a cómo llevaría arreglado el cabello. Para lo segundo, con la ayuda del peluquero del hotel, me decidí por un recogido sencillo, que remataba por detrás en una especie de trenzado estilo nórdico, bastante en boga para los encuentros de etiqueta. En cuanto al vestido, no tenía tiempo de encargarme nada y tuve que contentarme con elegir entre lo ya hecho de algunos modistos de renombre. Ser la esposa de un embajador tiene sus ventajas, y conseguí que se acercaran al hotel,

sin tener que perder tiempo de atelier en atelier. Tras mucha búsqueda, resolví quedarme con un vestido rosa pálido hecho en seda ligeramente estructurado con pequeñas hombreras de cuello redondo y falda tipo flauta hasta la rodilla. En el centro del cuello, por todo accesorio, coloqué un prendedor de disco, decorado con motivos de dioses escandinavos.

Una ropa recatada, intrigante y de estilo. También en el color que dicen es el favorito de Hitler.

Comprobé en el espejo que nada luciera demasiado llamativo ni revelador, acatando el ideal nazi de una mujer distinguida en su sencillez con poco maquillaje. Una belleza que pase por natural.

Mi inspección terminó satisfactoriamente. No desentonaría del protocolo ni, tampoco, pasaría desapercibida. Una levísima sonrisa de satisfacción se insinuó en mis labios.

Cuando concluí con mis arreglos, me detuve a observar a Ignacio. Continuaba siendo un hombre apuesto a sus casi cincuenta años. Decididamente, el tiempo pasa de manera mucho más favorable para los hombres que para nosotras. Sigue teniendo, en forma más asentada, la misma estampa que me impresionó al conocerlo. Ese día en que fui gratamente sorprendida por él en esa presentación en sociedad de jovencitas de la que yo era parte destacada, hace ya tantos años que prefiero no recordar.

Casi todas le revoloteaban entonces, pero yo fui más inteligente y tenaz que ese conjunto de cabecitas huecas de mis amigas y conocidas. El hijo mayor de los López de Madariaga era un excelente partido, de los mejores que podía pretenderse en Córdoba. Llenaba a la perfección todas aquellas condiciones que debía poseer un hombre de los que mi padre me había instruido para no dejar escapar: apellido, posición social y grandes perspectivas de destacarse en cualquier cosa que se propusiera.

Conseguí que se enamorara de mí, merced a un par de cruces en apariencia casuales y una medida actitud distante de mi parte. Rechacé sus dos primeras invitaciones para bailar; acepté la tercera. Me las ingenié para mantenerme siempre cerca de él, pero sin ceder a sus pedidos, hasta verlo obsesionado con lograr algo de mí. Fue una actitud riesgosa de mi parte con tanta competencia dando vueltas, pero supe, al verle los ojos, en el primer cruce de miradas, que estaba interesado en mí.

Tal como yo esperaba, él se hallaba acostumbrado a que las mujeres reclamaran su atención, y quedó desconcertado ante mi rechazo. Se había habituado a que siempre le fueran por detrás, por lo que mi aparente falta de interés despertó de inmediato el suyo.

Más de dos décadas y media después, un matrimonio y seis hijos de por medio, aun con mis sentimientos conyugales bastantes devaluados, podía entender qué era lo que me había dejado prendada de él. Se trataba de uno de esos hombres que naturalmente alborotan los deseos en el mundo femenino. Lástima que su falta de ambición lo hubiera arruinado todo entre nosotros.

Era difícil sacarle la mirada de encima. Lo encontraba particularmente irresistible con ese uniforme de color azul: la casaca de cuello alto con una única hilera de botones dorados y bordado el pecho con complicadas figuras de palmas y arabescos le daba una estampa de aplomo y distinción, que se sumaba a la que tenía de por sí. El pantalón era del mismo color azul, los zapatos de riguroso negro y, de su costado derecho, pendía un espadín recto, absolutamente ceremonial, de un tahalí.

Ignacio terminó de cerrarse el cuello del uniforme, tomó el bicornio adornado con plumas blancas que marcaban su grado de embajador y se acercó a mí con expresión expectante, buscando mi opinión.

—Estás espléndido, querido —le dije sin que la emoción acompañara a mis palabras.

Me miró muy serio a los ojos. De esas miradas tuyas que incluso en estos días logran inquietarme.

—Espero que estés contenta. Si acepté este cargo, principalmente fue por vos. Por nosotros, en verdad. Tenemos una oportunidad más para estar juntos y empezar nuevamente muchas cosas.

Asentí, sin decir nada. Él siempre había creído que todo podía arreglarse. Yo, por mi parte, cada vez más asumía que la mayoría de las cosas que pasaban, para bien o mal, no tenían remedio ni enmienda.

Bajamos en silencio. Él tomó mi mano en la escalera. Ignacio odiaba bajar por los ascensores. El vestíbulo del hotel Esplanade, donde paramos hasta habitar la residencia que nos era destinada, nos envolvió con toda su magnificencia palaciega.

En la recepción esperaban nuestros hijos bajo una gran araña de cristal. Guillermo estaba especialmente apuesto con su uniforme de gala del Ejército Argentino, azul con cuello y puños rojos, capa y sable incluidos. Otto tampoco pasaba desapercibido enfundado en un chaqué negro, de estilo francés y con ese sombrero de copa que mantenía entre sus manos. Mi pequeño científico no ha dejado de marcar su inconformismo con vestir tan formal. Lo conozco perfectamente, y sé que por eso ha elegido ese chaleco gris, en lugar de un tono más oscuro para contrastar con todo este asunto que juzga extraño a él. A Otto, pese a todos mis esfuerzos, solo parecen entusiasmarle las operaciones con números, las fórmulas químicas y los organismos diminutos.

No pude evitar que un cierto desagrado me ganara el rostro al observar a Constanza. No se había puesto el vestido que le elegí, en color crema, largo, cerrado y discreto. En cambio, había conseguido otro azul, de cuello redondo y falda por encima de los tobillos. Su rostro se hallaba demasiado maquillado para mi gusto y para su edad, pintados con rojo sangre los labios inclusive. También se había recogido el cabello, en un peinado sumamente armado, estilo queue curl con el cabello enrollado por detrás de su nuca, y peinado en la parte superior de la cabeza hacia los lados y atrás en forma de apretados rizos. Seguro que la descarriada de Fiamma había tenido algo que ver en todo ello. No me gustaba, no era propio de una niña de su edad, pero ya se había hecho demasiado tarde para que pudiera hacer algo. Los autos nos estaban esperando para llevarnos a la cancillería del Reich.

Abordamos los vehículos en la sombreada Bellevuestrasse, y pronto la señorial fachada en piedra caliza de nuestro hotel, estilo *belle époque* fue alejándose de nosotros.

Moviéndonos entre tranvías y demás tráfico, salimos de la Potsdamer Platz. Papá y mamá iban en el primer auto y, por detrás, mis hermanos y yo, en el segundo.

Ya en las cercanías de la cancillería, alargadas banderas rojas con una negra esvástica rodeada por un círculo blanco, se agitaban por la brisa a ambos lados de la arteria por la que pasábamos; se alternaban con vistosas banderas argentinas.

Luego de un corto trayecto nos detuvimos en el número 77 de Wilhelmstrasse, el antiguo Palais Schulenburg, entonces sede de la Cancillería del Reich.

Allí había también las mismas banderas de ambas naciones, aunque, además, se mostraban otro tipo de estandartes nazis, que me recordaron a los usados por las antiguas legiones romanas: largas astas coronadas por recias águilas doradas de cuyas garras pendían cuadrados rojos con un disco blanco en el centro, dentro del cual había una esvástica negra en un ángulo de 45 grados. Y, por debajo de tal estandarte, podían verse las letras nsdap dentro de un rectángulo en oro.

—¿Qué significa nsdap? —preguntó Otto, siempre ignorante de todo lo que no se relacionara con sus estudios de biología, mientras miraba a través de la ventanilla del coche hacia aquel enjambre de estandartes.

—Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores —le aclaró Guillermo—. Es como se llama el partido de Hitler.

—Es un nombre curioso. Parece más de una agrupación de izquierda que de derecha.

Fue mi turno de intervenir; lo hice con algo que había escuchado a nuestra abuela en algunas de esas cenas familiares en que los mayores hablaban, y los chicos debían comer en silencio y mesa aparte:

—Claro. Inicialmente fue de izquierda, antes que Hitler pactara con los grandes empresarios y se volcara al otro lado.

Guillermo me miró, sorprendido por mi conocimiento sobre la política europea. Lo dejé que creyera que se trataba de algo elaborado por mí, y no repetido de lo escuchado a otro.

No hubo más tiempo para charlas. Papá y mamá habían bajado de su auto y nosotros debíamos hacer lo mismo. Un hombre de negro uniforme y gorra de visera con un grueso cordón de plata trenzado

que le caía desde el hombro sobre el costado del pecho nos abrió la puerta. Luego, con un rígido taconeo de sus botas altas, extendió el brazo hacia adelante y arriba, a modo de saludo.

También eso me recordó a lo estudiado sobre los romanos en el internado. A esta altura, pensaba si los nazis no eran, en gran parte, unos copiones de la antigua Roma.

—*Heil* Hitler!

Guillermo salió antes que todos y, tras colocarse la gorra, devolvió militarmente el saludo haciendo la venia.

Cruzamos la alta verja de hierro forjado y entramos en el jardín alrededor del cual de disponían las tres alas del edificio. Nos estaban esperando. El personal de protocolo nos indicó, a la comitiva familiar, que debíamos desviarnos hacia otra entrada; vi cómo mi padre ascendía solo por la parte principal del palacio, sobre el cual ondeaba una gran bandera roja con la esvástica. Llevaba puesto su bicornio de embajador y aferraba en sus manos una carpeta de lomos de cuero con el escudo argentino en oro, en donde permanecían las credenciales diplomáticas. Se volvió a vernos antes de pasar entre dos hileras de soldados con cascos y uniformes negros que le presentaban armas con sus fusiles con bayoneta calada extendidos. Mi madre no le devolvió la más mínima expresión. Yo, un tímido saludo. Esbozó una sonrisa, entonces, pero su expresión decía otra cosa. Se lo veía como triste, ausente. No pude evitar sentir que se trataba del ser más solitario sobre la tierra.

La gente de protocolo con los trajes negros y los brazaletes rojos con la esvástica en las mangas nos llevó adentro y acomodó en una sala interna, cuyas ventanas daban al exterior del edificio.

Mamá tomó asiento en uno de los sillones con el aire ausente de casi siempre. Mis hermanos se dedicaron a observar las pinturas que colgaban de las paredes de ese gran salón de espera, y yo quedé en medio de la habitación, sin saber bien qué hacer.

Había un largo pasillo tras una puerta de doble hoja abierta. Me asomé a ver, más para matar el tedio que por otra cosa. Vi entonces a los guardias con sus uniformes, sus cascos y altas botas de color negro –que contrastaban con los correajes blancos y largos de los fusiles marrones– apostados a estrictos intervalos a uno y otro lado del corredor.

—Su marcialidad es impecable —dijo la voz de mi hermano Guillermo que, sin que yo lo notara, se había situado a mi lado.

—¿Y eso te encanta verdad? —le dije un poco socarronamente. Desde siempre, Guillermo había sido un hermano a quien quería muchísimo y con quien peleaba mucho más por los motivos más disímiles.

—No se diferencia mucho de cómo hacemos las cosas en nuestro ejército.

—Mucho de los símbolos, y hasta ese saludo, parece copiado de los antiguos romanos.

—Veo que percibiste el sentido, hermanita.

—¿Qué sentido?

—El de un imperio. Uno fundado sobre la fuerza de las legiones.

—Prefiero los países edificados sobre cuestiones menos destructivas. En los que el arado sea más fuerte que la espada, como entre nosotros en Argentina.

Él me dirigió una mirada hostil. Mi frase, a partir de otra escrita en la Biblia, no le había provocado ninguna gracia. Aun así, no quería caer en mi usual juego de provocaciones. Pero le costaba un Perú evitar eso.

—Ya habló la antibelicista de costumbre —se limitó a decir.

—Y vos, como siempre, sos un militarista —le retruqué.

Nuestras discusiones tenían ese gusto especial que les impregna la rivalidad entre hermanos. Tratábamos de aparentar que sabíamos más de lo que realmente conocíamos, repitiendo frases y adoptando poses que alguna vez habíamos escuchados de nuestros mayores; yo en el internado, él en el ejército.

Y nada nos gustaba más que quedarnos con la última palabra. Por eso, mi hermano no iba dejar así las cosas. No sin insistir en su postura.

—Bueno, soy militar, por si no te has dado cuenta.

—Y yo, una amante de la paz, hermanito.

Guillermo esbozó, entonces y de improviso, una sonrisa.

—Creo que esa auto-denominación te queda muy larga, hermanita. Distás muchísimo de ser eso. Dentro de esa cabecita alocada tuya, no hay ninguna amante de la paz: solo existe una agitadora reprimida.

No supe muy bien que responderle a eso. A medio camino de abrir la boca, sin saber qué decir, me quedé sin palabras. Descubrir que él tenía razón me dejó huérfano de respuesta. Había hecho puntería muy dentro de mí mostrándome una faceta en que nunca antes había reparado.

—*Touchée* —me dijo ampliando aún más su sonrisa.

Sí, me había “tocado”, tal como en la esgrima al ensartar a un oponente. Se retiró de mi lado, más que alegre por la discusión ganada a su contestataria hermanita menor.

Volví a la sala y me eché casi sin decoro en uno de los sillones rumiando mi derrota. Dejé vagar mis ojos por las molduras del techo y las abarrotadas arañas de luces que pendían de ellos.

Luego fijé la vista en mi madre. Estaba allí sentada con la mirada perdida en ningún punto en particular, imperturbable.

Muchas veces había pensado en preguntarle por qué hizo lo que hizo conmigo. Pero algo se había roto entre nosotras y me impedía hacerlo. Sabía perfectamente por qué no hacía esa pregunta sobre todo lo pasado: no confiaba en que fuera a darme una respuesta sincera.

Después de un buen rato, cuando pensaba que iba a seguir muriéndome de aburrimiento por toda la eternidad, oímos un ruido de pasos al otro lado de la entrada principal de la sala. Un recio taconeo resonaba cada vez más próximo contra los pisos inmaculados en mármol.

El Führer es una persona encantadora. Nada más lejos de cómo lo trata cierta prensa maledicente. Ha tenido la deferencia de pasar a saludarnos luego de recibir las credenciales de Ignacio como ministro plenipotenciario y embajador en el Reich.

Lo primero que uno nota, nada más verlo es su pequeño bigote, que no superaba el ancho de su nariz. Tiene solo cuarenta y seis años de edad. Es la primera vez que Alemania está gobernada por alguien que no pertenece a la nobleza ni la burguesía acomodada. Tenemos los mismos orígenes, esa porción inferior de la clase media, que ha

escalado por su propio impulso y esfuerzo. Es, asimismo, un autodidacta. También en eso coincidimos. Yo he tenido que formarme en soledad, por la negativa de mi padre a instruirme en nada que no fuera buscar un marido.

Hitler no tiene más estudios que los elementales, nunca ha pisado una universidad, pero jamás he visto a nadie con ideas más firmes respecto de cómo debe reedificarse Alemania y aun el mundo.

Sus ojos azules me tienen impresionada. Son profundos, sumamente expresivos y hasta hipnóticos. Me cautiva casi de inmediato al entrar al salón.

Viste muy sencillamente, un simple uniforme del partido con pantalones oscuros y una especie de casaca militar cruzada, pero con una sola hilera de botones, color marrón, de cuello abierto como se usa ahora, y que deja ver la camisa y corbata. No lleva en ella más que sus condecoraciones militares por su participación en la Gran Guerra Europea, una cruz de hierro y la medalla al herido en combate. Sobre el brazo izquierdo, el bordado de un águila alemana con las alas extendidas aferra en sus garras una esvástica rodeada de una corona de hojas de roble. Se trata del Reichsadler, el águila imperial que lo identifica como Führer del III Reich.

Lo hemos impresionado. Pude verlo cuando nos observó al ingresar con ojos escrutadores, antes de la presentación de rigor. No es para menos. La presencia de sangre germana es evidente en todos nosotros. En mí, en mis hijos. El cabello rubio, los ojos claros, la palidez de la piel. Todos ellos elementos paradigmáticos en la raza nórdica a la que pertenecemos. Mi suegra solía bromear con cada nuevo nacimiento mío, que “solo podía dar a luz niños rubios”, tal como yo misma. Nunca supe a ciencia cierta si esa vieja insufrible lo decía como halago o velado reproche. Pues bien, como fuera, estoy

orgullosa de ello. Y convencida de que se trata de un signo del destino, un llamado de la sangre que no alcanzo todavía a precisar en su significado.

El Führer tampoco deja pasar tal detalle. Se lo ve encantado con esa particularidad nuestra. Nos llama con una gran sonrisa “Volksdeutschen”. Su traducción literal es “pertenecientes al pueblo alemán”. Personas alemanas por sangre, nacidas fuera de Alemania.

Al saludarme, ha sido un caballero. En lugar de solo estrecharla, toma mi mano con firmeza al estilo aristocrático, inclina un tanto hacia adelante el cuerpo, eleva la mano de la que recibe el saludo en dirección a su rostro pero sin llegar a besarla. Los modales de un caballero.

—Willkommen in Deutschland, Frau López de Madariaga —me saluda y deja de estrechar mi mano.

—Danke, Herr Reichskanzler —atino a responder apenas. Uso el título que Ignacio me ha indicado, el de canciller. Hubiera preferido utilizar el de Führer que el pueblo alemán le ha conferido, pero no discuto los detalles de la política. Sé que estoy en un gran momento, por lo que eso poco importa.

Me descubro súbitamente emocionada. Es una persona muy alejada del líder cuyos recios discursos con voz elevada y firme he visto en los noticiarios de los cines o escuchado por la radio. Se trata de un hombre sencillo, sonriente, que habla en voz baja y tono casi coloquial, desprovisto de cualquier forma de protocolo.

—Espero que se encuentre a gusto en Berlín.

—Me siento como en mi casa, Herr Reichskanzler —me apresuro a decirle.

Veo la simpatía en sus ojos. Me observa por unos breves instantes, antes volver a decir palabra. Mi respuesta ha sido de su agrado, tanto como el vestido que he elegido para la ocasión. Felizmente, he acertado con el estilo y el color.

—Es un hombre afortunando, embajador —le dice entonces a Ignacio, sin dejar de mirarme fijamente—. Se ha casado con la encarnación de una Valkiria.

He quedado encantada por el comentario. Aprovecho, entonces, para decirle que he leído su libro, en Córdoba, cuando ni soñaba con la posibilidad de venir a estas tierras como esposa de un embajador. Nada menos que la primera edición, en alemán, publicada en Múnich. Unos familiares míos me la habían enviado a la Argentina.

Alaba con humor mis gustos literarios, antes que todos posemos para unas fotografías. “Inmortalicemos el momento”, dice nuestro anfitrión. Luego, tras volverse hacia un ayudante de campo que se encontraba a su espalda, murmura unas cuantas palabras. El ayudante inclina la cabeza y, tras un rígido taconeo de sus altas y lustrosas botas, se aleja con paso firme de donde estamos.

Otro de sus ayudantes se acerca entonces murmurando algo sobre una reunión. Da, entonces, órdenes de retrasarla. “No voy a privarme de hablar con los más jóvenes de esta maravillosa familia.”

Me ha encantado que, a pesar de sus muchas ocupaciones, haya decidido tomarse el tiempo para hablar unas palabras con cada uno de mis hijos. Ignacio está asombrado de eso. No es algo que haga de ordinario, por lo que sabíamos. Claro que nosotros tampoco somos cualquier gente. Por su parte, el Führer quedó impresionado del perfecto alemán que hablamos.

A cada uno le toca un tema en particular. Con Guillermo, habla respecto de la vida en el ejército, recordando sus tiempos en el Reichsheer, el ejército imperial del Káiser durante la Gran Guerra Europea de los años 14 al 18. “Fue la época más feliz de mi vida”, se sinceró ante nosotros.

Luego cambia algunas palabras con Otto sobre los avances de la nueva ciencia alemana, y sobre la música clásica con Constanza. El Führer adora Wagner y, para mi tranquilidad, esa niñita díscola, que es mi hija menor, se comporta aceptablemente, mostrando la calidad de la educación que le hemos pagado. Aun cuando tiene que dar la nota discordante, porque responde con frases parcas, como si estuviese en un examen, a las inquietudes del conductor de los alemanes, que, pese a ello, no deja en todo momento de sonreírle ni de dar el tratamiento afectuoso de “gnädiges Fräulein”; es decir “querida señorita”.

Ha sido sumamente amable con todos. En la despedida, tiene el gesto de hacer traer para mí un ejemplar de Mein Kampf, en encuadernación de lujo, y autografiarlo. Al irnos, no puedo evitar abrir el libro de lomo y tapas forradas en cuero de cerdo con una gran águila alemana en oro y letras de tipo gótico en su portada. Las palabras que, de su puño y letra ha escrito para mí, eran las siguientes: “Para una Valkiria que ha retornado desde lejanas tierras. Con mi estima personal, Adolf Hitler”.

Entonces, la emoción humedece mis ojos. Habría deseado poder mostrarle eso a mi padre.

CAPÍTULO 7

Una nueva casa

*A algunos hombres los disfraces no los disfrazan,
sino los revelan.
Cada uno se disfraza de aquello que es por dentro.*

Gilbert Keith Chesterton

La toma de posesión por mi padre de su cargo como jefe de embajada no trajo tantos cambios como esperaba. Acordó con su predecesor reemplazarlo no solo en el cargo, sino también en su condición de inquilino de una casa señorial en el distrito al sur de Tiergarten.

Fue la mejor de las noticias para mi madre que no acertaba a decidirse por las varias propiedades que visitó en los barrios residenciales de la ciudad, tras haber ocupado en ello los diez días siguientes a nuestra llegada a Berlín. Por supuesto que nunca se le pasó por la cabeza preguntar por qué tantas mansiones amplias y completamente amuebladas con gran lujo, inclusive con colecciones de libros, cuadros y otros objetos personales, estaban disponibles a un mismo tiempo. Yo lo sabría un poco después.

Se trataba, la casa ocupada por Fiamma y su padre, de un gran edificio de piedra con tres niveles de edificación, ubicada justo enfrente del parque. Tiergartenstrasse 16 era su dirección. Árboles y

plantas llenaban el jardín que se extendía en derredor de la casa, rodeada por una alta reja de hierro, colocada sobre un muro de ladrillos que llegaba a la cintura.

Una placa de bronce con el escudo nacional argentino en la verja de hierro publicitaba el carácter de residencia oficial de un embajador en funciones.

Todo el que llegaba a pie atravesaba por una cancela de barras de hierro verticales; si venía en coche, ingresaba a través de un portón de dos hojas del mismo estilo y material, coronado con un arco de forja con un globo terráqueo en bronce en el centro del mismo.

El padre de Fiamma se llevó el mobiliario que le pertenecía. Lejos de complicarla, eso le encantó a mi madre. Podía decorar de cero, a su gusto y capricho, la residencia.

No fue la única noticia. Fiamma se quedaría con nosotros por el resto del año escolar, en tanto su padre volvía a la Argentina a rendir cuentas al gobierno de su actuación diplomática en el novísimo Reich alemán.

Los vientos en “la Casa”, como le decían a nuestra Cancillería en Buenos Aires, no eran los mejores para el padre de Fiamma. Desde su nueva ubicación, en el recién comprado palacio San Martín, antes perteneciente a la familia Anchorena, se le echaba en cara tener favoritismo respecto del ascenso al poder de Hitler. Si bien los nacionalsocialistas contaban en nuestro país con una importante corriente de opinión favorable, inclusive en altas esferas del gobierno, tanto el presidente Agustín Justo como su ministro de relaciones exteriores, Carlos Saavedra Lamas, no veían con los mejores ojos al régimen del Führer.

Me alegré de no perder a una reciente amiga. Sobre todo, una tan especial, que me había mostrado una parte del mundo que ignoraba. Luego de mi excursión a Sodoma y Gomorra (así lo habrían denominado mis educadoras) pensé que la culpa me devoraría. Pero no ocurrió nada de eso. Había quedado intrigada, asombrada, expectante por más. Ahora confirmaba que realmente existía ese mundo intrépido y peligroso, perfectamente a tono con la vida de una heroína, que solo podía intuir en el internado.

De pronto, en mi vida pasaban cosas. Me sucedían cosas. Era un cambio bienvenido por mí, respecto a su rígida monotonía anterior.

El vínculo con Fiamma también me había dejado pensativa. Nos conocíamos desde hacía escasos días, pero sentía como si nos hubiéramos tratado por años. La escapada nocturna y lo ocurrido el siguiente día nos había unido de una forma que todavía no alcanzaba a entender por completo.

Eran los momentos en que odiaba a todas las monjas y profesoras del colegio. Detestaba, en particular, todas sus aburridas clases sobre los ríos de África, las clases de latín y las interminables oraciones de todo tipo. Nada decían de todas estas cuestiones. Una noche me había bastado para ver que el mundo real tenía otros atractivos –y otros peligros– sobre los que nada me habían dicho. Quizás, encerrados en sus mundos donde únicamente existía una forma de ver las cosas, también lo ignoraran. En cierto sentido, reflexioné en algún punto de mi enojo, tal vez fuera lo mejor: que nada me hubieran dicho, y poder descubrirlo por mí misma.

Sabía muy bien que mi amiga se había revelado conmigo como con poca gente más. Acaso como con ninguna otra. Pero también me maliciaba que, a pesar de todas esas confesiones, me faltaban todavía otros aspectos por conocer de ella.

Es una residencia hermosa. El edificio y su parque tiene el destaque suficiente como para comunicar la importancia de la Argentina en el concierto de las naciones; sus espacios interiores son lo bastante amplios y arreglados como para permitir recibir a huéspedes del gobierno y diplomáticos con todo el decoro y hasta el boato necesario.

Ignacio y Chávez han firmado un «acuerdo entre caballeros» de solo una página, previa consulta con el propietario, por el que se traspasan el uno al otro el carácter de inquilino. También nos ha dejado al personal que venía cumpliendo tareas en ella. Tengo pues un chofer, un cocinero, un mayordomo y un ama de llaves, dos mucamas y un jardinero.

Quedaba pendiente la formalización del cambio por parte del propietario y para ello se acordó una cita en su casa. Ignacio insistió en que estuviera presente en la firma de los papeles de la propiedad, como lo había estado ya con la cesión de Chávez. A diferencia de la generalidad de los maridos, que manejan los bienes matrimoniales e incluso los de la propia esposa como si fueran suyos, él siempre me ha participado de todo y ha querido que manejemos en conjunto tales asuntos.

Herr Rosenthal, el propietario, nos recibió en su residencia particular, ubicada en uno de los suburbios al sur de la ciudad. Era una construcción pequeña, abarrotada de muebles y recuerdos, de mucha menor calidad a la íbamos a locar.

Se veía una persona sumamente educada, algo mayor, de alrededor de sesenta años con cabello gris y vientre prominente, vestido con un traje oscuro de impecable corte inglés, que se disculpó por anticipado, al hacernos pasar al interior de la casa, por la falta de orden.

—Espero partir en unos días a Estados Unidos y no he podido terminar de arreglar lo concerniente a ciertos asuntos, como los muebles de mi familia. Por eso, esto parece más un almacén que una casa.

Miró a su alrededor con timidez buscando el mejor sitio donde acomodarnos. Hizo entonces lugar en una mesa y acercó unas sillas para que nos sentáramos.

—Es una casa hermosa la que nos permite habitar —le dijo Ignacio en alemán. Justo lo que no debe decirse en este tipo de asuntos. No sin el riesgo de que te aumenten el canon locativo.

—Gracias, Herr Doktor. Tres generaciones de mi familia han vivido allí.

—Confieso, Herr Rosenthal, que me da cierta aprensión alquilar esa casa por la cifra pactada en el contrato.

No pude evitar observar a mi marido con extrañeza. Ignacio no tenía a costumbre de discutir o regatear precios. Por supuesto, sí era la mía.

—¿Por qué? —dijo nuestro locador, también asombrado—. Son ustedes unos inquilinos muy gratos. Tal vez podríamos discutir un alquiler un poco más bajo...

—¡No, por el amor de Dios! No es eso a lo que me refiero. No quiero ninguna rebaja, ni podría tampoco aceptarla. Es un alquiler increíblemente bajo, y ese es el motivo de mi preocupación. El canon debería ser más alto. No me siento cómodo pagando menos de lo que sé que vale esa propiedad.

Rosenthal lo observó, sin dar crédito a lo que escuchaba. Yo tampoco podía creerlo. O, más bien, no había esperado una reacción así. Una vez más, el sentido de justicia de mi marido ponía en riesgo

concretar una excelente operación.

Rosenthal miró con inquietud por encima de un hombro, a pesar de que solo estábamos nosotros allí, y luego hacia las ventanas, antes de explicarnos en voz muy baja.

—Créame, Herr embajador, que estoy más que conforme con la cifra pactada. No se está aprovechando de mí en lo absoluto. Todo lo contrario, me está haciendo un favor.

Fue hasta un mueble alto, a la izquierda de donde estábamos sentados, y volvió con una caja y un portarretrato. En él se apreciaba una vieja fotografía dos jovencitos de cerca de veinte años, ambos vestían uniforme militar con las insignias del ejército del Káiser.

—Estos son mis hijos, Gregor y Ferdinand. Ambos murieron en la Gran Guerra. Uno en Verdún y otro durante el Kaiserschlacht, la última ofensiva del conflicto.

Entonces nos mostró lo que contenía la pequeña caja roja que tenía en su otra mano. Se trataba de una Cruz de Hierro. Tenía una corona imperial, también podía observarse una letra “W” y por debajo en el extremo inferior un número: 1914.

—Yo mismo peleé en esa guerra. Me condecoraron con esto por asaltar una ametralladora británica en Ypres. En Francia me atravesaron el pulmón de un balazo durante la batalla del Marne. Perdí dos hijos, mi esposa murió de pena poco después de la guerra. Pero nada de eso parece valer ahora. Me he convertido en un enemigo de mi propio país; un indeseable, pese a todo ello.

—Lamento mucho escuchar eso, Herr Rosenthal —dijo Ignacio.

El tono de su voz contenía, a un mismo tiempo, rabia y desilusión.

—Ni siquiera soy un judío practicante. Pero cada vez la segregación es peor, así que quiero irme antes que empeoren más las cosas. No puedo llevarme casi nada conmigo, solo una suma ínfima. Pero, si dejo aquí mis cosas, es seguro que el Estado se apropiará de ellas, de una forma u otra. Claro que no se atreverán a nada si mi casa está alquilada y reside en ella un inquilino con inmunidad diplomática. —Rosenthal sonrió—. Es por ello lo módico de la suma de alquiler, Herr Doktor. Como verá, no le oculto nada y soy plenamente consciente de lo exiguo del monto.

Fue entonces a guardar la caja y dejar el portarretrato en el mueble de donde los había sacado. Cuando volvió, Ignacio le dijo:

—Le agradezco su sinceridad, Herr Rosenthal. Mire, a mi esposa le encanta la casa, pero no quiero aprovecharme de la desgracia de nadie.

—Hará usted exactamente todo lo contrario, ya se lo he explicado. Herr embajador, por favor, le pido que me permita alquilárselo.

—Solo si acepta que le pague lo que vale. Puedo enviarle la diferencia a los Estados Unidos, mes a mes, desde mi país, sin que nadie aquí tenga que saberlo.

El propietario parpadeó. Su rostro había dejado de lado el enojo y tristeza anterior para mostrar una expresión de cierta afabilidad.

—Es usted una buena persona. Mi propiedad no podría estar en mejores manos: las de un hombre justo.

—Diga entonces cuando es la diferencia y haré los arreglos pertinentes.

Nuestro interlocutor negó levemente con la cabeza, en un gesto no exento de solemnidad.

—Por supuesto que no. Lo que usted diga será más que aceptable. Como acabo de decirle, es un hombre justo. Eso es más que suficiente para mí. ¿Firmamos ahora?

Rosenthal se levantó entonces y extendió la mano. Ignacio se levantó a su vez y se la estrechó. Luego, ambos firmaron al papel en donde estaba la cesión con una pluma fuente.

Me parecía increíble haber visto y escuchado todo eso. Simplemente increíble. Ni uno ni otro tenían la más mínima noción de cómo es que se hacen los negocios.

Pocas veces vi a mi hermano mayor Guillermo más resplandeciente que en esa mañana, vestido con su *Ausgehanzug*, el uniforme gris verde de parada del *Wehrmacht*, de una única hilera de botones al frente y cuello cerrado. Sobre sus hombros, brillaban las charreteras de hilos color plata de *Leutnant*, el primer grado de los oficiales. El color blanco de su borde exterior, al igual que la presencia en la insignia rectangular del cuello, advertían de la pertenencia al arma de infantería.

Sobre la parte izquierda de su pecho, mostraba en color plata, la última modificación en el uniforme militar alemán, fruto de la realidad Nacional Socialista: la *Wehrmachtsadler*, o águila de las fuerzas armadas, un marcial pajarraco de esa especie con las alas abiertas y que se aferraba por las garras a una corona de hojas de roble con una esvástica en el centro. No era casualidad su parecido a la insignia que Hitler llevaba en una de las mangas de su casaca. Se trataba de símbolos partidarios nazis a los que se había elevado ahora al carácter de emblemas oficiales del país.

Botas negras altas y lustrosas, y una gorra del mismo color del uniforme y de negra visera, con la escarapela alemana rodeada de laureles y otra *Wehrmachtsadler* por encima de ella, que llevaba bajo su brazo derecho, le completaban el vestuario castrense. Solo la pequeña bandera argentina en el hombro izquierdo marcaba la diferencia con el uniforme de cualquier oficial alemán.

Estábamos todos reunidos junto a la puerta. Era la despedida. Mamá fue la primera en hacerlo. Se le acercó unos pasos y le acarició la mejilla con afecto. Un sentimiento que solo provocaban sus hijos varones. Luego lo besó en la mejilla, antes de decirle:

—Mi pequeño, todo un *Junker*. Si tu abuelo te viera, estaría orgulloso.

Podía ver, en el rostro de mi hermano, que el halago lo había impresionado en lo profundo de su ser. Es que, a pesar de haber nacido y haber sido criados en Argentina, a pesar del apellido de familia tradicional que nos venía por nuestro padre, muchas de nuestras cuestiones tenían que ver con las raíces alemanas.

Pese a los intentos de mamá por disimularlo, nuestro abuelo provenía de la clase campesina germana, de aquellos condenados a servir con modestia en las tierras de la nobleza. La élite de esa casta eran los nobles prusianos, llamados *Junkers*. El haber emigrado a Sudamérica y haber tenido éxito en sus negocios en la pampa argentina por parte del abuelo había proyectado a sus hijos a codearse con la parte más encumbrada de la sociedad cordobesa, una de las más cerradas e influyentes de la argentina. Sus nietos nacimos en ese sitio social de privilegio, que ahora permitía a uno de ellos, ser un oficial argentino agregado en el ejército alemán. Algo impensable para el nieto de un campesino alsaciano de haber permanecido en Alemania, donde solo la nobleza podía aspirar a esa clase de posiciones.

Por eso, la satisfacción de mi madre al verlo partir a su destino militar. Papá había tenido sus reparos en aceptar que se incorporase al *Wehrmacht*. “No se puede servir a dos señores”, dijo citando la Biblia. Pero era la única forma de tener a la familia completa en Europa en su nueva función diplomática. Mi hermano, apenas egresado del Colegio Militar, iniciaba su carrera en el ejército y carecía de la antigüedad para ser nombrado en algún puesto de la embajada.

Estuvo a punto de arrepentirse al enterarse del juramento de obediencia y lealtad personal que el Führer exigía a los miembros de las fuerzas armadas. Desde la muerte del presidente Paul von Hindenburg, y tras unificar Hitler en su cargo la presidencia y la cancillería, el denominado *Führereid*, el juramento al líder, había reemplazado, en las Fuerzas Armadas y en el Estado, a la antigua fórmula de compromiso de honrar el cargo en nombre de la patria.

Fiamma me había hablado de eso. Ella era mi fuente de casi todo lo que se relacionara con los nazis. Hasta lo había pronunciado, en tono de sorna, fingiendo solemnidad: “Juro por Dios este sagrado juramento, que yo debo obediencia incondicional al líder del Reich y pueblo alemán, Adolf Hitler, comandante supremo del *Wehrmacht*, y que, como un valiente soldado, estaré preparado en cada momento para defender este juramento con mi vida”.

Aun cuando los militares extranjeros estaban dispensados de realizarlo, papá temía estar enviando a su hijo a una organización política con uniforme. Pero mamá insistió con argumentos:

—En Inglaterra juran lealtad al rey, y nadie piensa cosas raras por ello.

—Es a la corona, Lucrecia —le replicó él—. A la institución, no a una persona como en este caso.

—Termina siendo una persona, Ignacio. Me parece que estás sobredimensionando el tema. Para la carrera de Guillermo es una oportunidad magnífica. Y es la única forma que podemos tenerlo cerca nuestro. Mucho más que si tuviera que quedarse en Argentina a causa de sus deberes militares.

Mi padre acabó por ceder, como pasaba casi siempre que mi madre difería con sus ideas sobre nosotros. Pero ese día, en sus palabras de despedida, la cuestión no dejó de estar presente:

—El militar tiene una única bandera, y sirve únicamente a su nación —le dijo muy serio a mi hermano mayor—. Por supuesto que se deben respetar los símbolos y las reglamentaciones del país que nos acoge. Pero tu lealtad, es únicamente para nuestra Patria, y nada más.

Cuando mi padre tenía algo que entendía especialmente serio para decir, dejada de lado el tuteo y nos trataba formalmente.

Guillermo asintió, más con respeto que por convencimiento. Era mi turno en las despedidas, y no pude evitar emocionarme ante la perspectiva de tenerlo lejos por un tiempo. La unidad a la que lo habían destinado estaba en Bavaria, al sur del país, muy lejos de Berlín.

Lo abracé de sorpresa, echando mi cabeza sobre su hombro, buscando que no viera las lágrimas que súbitamente surgían de mis ojos sin que pudiera impedirlo. Mojé, con ellas, sus flamantes insignias de grado.

Él retrocedió apenas, empujado por mi gesto, antes de decir.

—Por Dios, Coti. No me estoy yendo a una guerra.

Aun cuando quiso parecer firme, noté cierto dejo de emoción en la entonación de sus palabras.

No podíamos dejar de pelearnos cuando estábamos juntos, pero, tampoco, de extrañarnos cuando nos separábamos.

Me he enamorado del lugar, desde la primera vez que lo vi. Por fortuna, los escrúpulos de Ignacio no terminaron arruinando un fenomenal trato. Todavía lo es, aunque debemos pagarlo por lo que vale.

Tiene media docena de cuartos, sin contar los reservados al personal de servicio. Cuenta con toda la infraestructura para atender una vida social acorde a nuestra jerarquía: grandes depósitos y despensas, lavandería, un almacén de hielo, y una cocina inmensa, que me han asegurado puede preparar alimentos para un centenar de personas. A Ignacio le ha entusiasmado que tenga un despacho y que la biblioteca sea una habitación de dimensiones. Por mi parte, me quedo con el comedor para unas veinte personas y el salón de fiestas contiguo, en el que pueden acomodarse más de cien invitados.

Es más que una residencia soñada. Se trata de mi castillo, y yo soy su dueña.

El protocolo exigía dar una recepción al cuerpo diplomático por parte del embajador que se hacía cargo de sus funciones. Ignacio había dejado el tema en mis manos, y me ha entusiasmado realizarlo.

Debía llevarlo a cabo al mismo tiempo que terminaba de amoblar nuestra residencia.

Estaba abocada a ello, sin saber muy bien por dónde empezar, cuando recibí una llamada inesperada. Frau Goebbels, esposa del ministro del Reich para la Ilustración Pública y Propaganda. Ninguna había sido presentada a la otra, pero ambas teníamos

mutua noticia de con quién tratábamos. Me gratificó saber que el propio Führer le había hablado sobre mí y pedido que se encargara de ayudarme “en todas esas cosas de esposas”.

Le comenté de mi actual tarea de organizar la recepción por nuestra llegada. Me invitó entonces a tomar el té a su casa para discutir el asunto.

Había dado con la persona correcta, la aristocrática Johanna Maria Magdalena Ritschel, esposa de Joseph Goebbels, como parte de la alta sociedad alemana, sabía a quién recurrir y a quien invitar para que el evento se convirtiera en parte destacada de la actividad social de Berlín.

Por supuesto, gracias a su auxilio, la recepción fue todo un suceso. En toda su preparación, llegamos a congeniar, por lo que pronto ella me introdujo en los altos círculos sociales de esa nueva sociedad que emergía a la par del nuevo gobierno.

Era uno de los últimos días en que estábamos en el hotel, previo a mudarnos a nuestra casa. Mamá se dedicaba a recorrer cuanta mueblería de renombre existía en la ciudad: compraba todo lo que su antojo le dictara. Para que papá, fiel a su ascetismo, no pusiera el grito por el lujo del mobiliario, jarrones, alfombras y cuadros, mamá lo pagaba de su propio peculio. Heredera de una de las mayores fortunas de Córdoba, a diferencia de sus hermanos, había sabido administrar lo recibido, y hasta acrecentarlo. A pesar de tener una buena posición económica propia, a su lado papá era un pobre de solemnidad.

Harta de ir de mueblería en mueblería, de galería de arte a tienda de antigüedades, me excusé diciendo que tenía un dolor de cabeza y regresé al hotel. Mamá me miró no muy convencida –conocía bien

ese tipo de argucias, porque ella misma las utilizaba con frecuencia con mi padre—, pero aceptó mi partida.

Al volver al Esplanade, un hombre que estaba sentado en unos sillones contiguos a la recepción se dirigió hacia mí. Era calvo, usaba pequeños lentes de marco redondo y llevaba un sombrero gris, del mismo color que su traje, en una de sus manos. Con la otra, aferraba un sobre marrón.

Tenía cierta expresión de ansiedad y temor en el rostro. Cuando llegó hasta mí, o más bien interceptó mi camino hacia los ascensores, me preguntó:

—¿Sofía, verdad?

El oír pronunciar el nombre de mi hermana mayor muerta, me dejó petrificada. Se trataba de uno que evitaba decirse en casa. También era la causa de haber pasado mi tránsito de la niñez a la juventud en un internado de monjas. Me había querido, pero yo evitaba pensar demasiado en ella. Mi corazón se cargaba de rencor cuando lo hacía. Había pagado por sus pecados, bien sabía eso. Y era, asimismo, la causa que muchas de mis noches de sueño fueran atravesadas por terribles pesadillas. A pesar de los años pasados, todavía en mi interior todo lo ocurrido seguía estando tan fresco como lacerante.

De pronto reparé en que el hombre seguía allí, frente a mí, esperando por mi respuesta.

—No, Constanza —le corregí.

El hombre parpadeó un par de veces, pensativo, antes de decirme:

—Sí, por supuesto. La más pequeña hija de Ignacio. Discúlpeme, no tuve en cuenta el tiempo que ha pasado.

Alargó entonces su mano, y me entregó un sobre color marrón, lacrado.

—Por favor, dele esto a su padre lo antes posible.

Volvió sobre sus pasos, y salió del hotel presuroso, antes que pudiera pedirle ninguna aclaración.

Me quedé viendo el sobre. Salvo por estar precintado con lacre, no tenía otro signo exterior. Tampoco había escrito nada en él.

Indudablemente se trataba de un alemán. Todas sus palabras, habían sido pronunciadas en un español inseguro con marcado acento germánico.

El hombre que me había abordado no tenía idea que Sofía había muerto. Y hasta que me vio, pensaba en mí como una niña pequeña.

Era como si hubiera venido del pasado.

CAPÍTULO 8

Gleichschaltung

*Existe entre nosotros algo mejor que un amor:
una complicidad.*

Marguerite Yourcenar

Volvíamos con Fiamma de retirar los papeles para mi inscripción universitaria en el Ministerio de Ciencia, Educación y Cultura Popular del Reich. Mi *Abitur*, el certificado de graduación del nivel secundario, necesario en Alemania para poder ingresar en una Universidad, había sido finalmente expedido por las autoridades germanas, en base a los documentos del Ministerio de Educación argentino certificados por nuestra cancillería.

No cabía en mi alegría. Papá había decidido a mi favor con ese carácter inapelable que tenían sus decisiones como jefe de la familia. Una posición que rara vez usaba; lo usual en él era buscar acordar con mi madre. Pero, para mí fortuna, la que hacía a mi deseo de seguir estudios superiores, me había apoyado.

Iba a estudiar en una universidad, aunque aquí las llamaran, respecto de las ingenierías, *Technischen Hochschulen*, Escuelas Técnicas Superiores. Mamá apenas disimulaba su falta de aprobación en el asunto.

—No creo que esos lugares sean convenientes para una jovencita de buena familia —había dicho en una de las comidas familiares cuando yo di la feliz noticia.

Se trataba de una actitud típica suya, consistente en deslizar un comentario como al pasar, cuando en realidad estaba fijando una clara postura respecto del tema. Pero, si actuaba de tal forma, sabía que papá no iba a replicarle. Y con ello, dejaba su forma de pensar como algo incuestionado.

Mamá habría preferido que me dedicara a buscar marido. Justo lo que ella hizo al terminar la Escuela Normal de Maestras.

Su postura en eso, como en tantas otras cosas, me recordaba mi eterna condición de hija fallida, aunque no sabía entonces el por qué; desde que tenía uso de razón con mi madre fuimos adversarias. Por algo, no tenía recuerdos felices con ella.

Yo, por mi parte, hacía oídos sordos a tales palabras. La emoción del momento me dominaba, me hacía relativizar todo lo demás. Sería la primera mujer en la familia en asistir a una universidad. Mi hermana Sofía había muerto, o en realidad se había matado, justo antes de la edad para hacerlo. Por eso, el día de la inscripción, mis sentimientos fueron duales. Por un lado, el gozo de poder llevarlo a cabo; por otro, el recuerdo de Sofi, inescindiblemente asociado al dolor, que siempre se cruzaba en mi camino, aun en las partes de mi vida más extrañas.

Fiamma se ofreció para acompañarme. Dijo que necesitaba hacer unos trámites en la universidad. No podía saber entonces lo que eso iba a implicar.

Acepté de buen grado la compañía, pese a que había estado comportándose bastante extraña conmigo en los últimos tiempos. No se separaba un minuto de mí y buscaba hacer las mismas cosas que

yo.

Tomamos el tranvía, y pronto estábamos recorriendo el gran bulevar de la Staatsoper Unter den Linden, hasta apearnos en la Opernplatz.

Una vez allí, ni la magnificencia del edificio de la ópera, ni la sacralidad de la Catedral de Santa Eduvigis, la iglesia católica romana más antigua de Berlín, pudieron arrebatarnos un ápice de mi atención del edificio de la universidad, la Friedrich-Wilhelms-Universität, nada menos. Me quedé allí, por unos momentos, extasiada ante ese templo del conocimiento. Me deleitaba con la perspectiva de traspasar como estudiante ingresante sus puertas por primera vez.

No sé por cuánto tiempo más habría seguido allí, de esa forma, de no ser por una voz conocida que, al tiempo que sentía un leve codazo en mi costado, me decía:

—Despertá, Bella Durmiente. Nos espera una aburrida jornada de trámites.

—¿No es emocionante estudiar aquí? —le pregunté, girada para verla, casi en la puerta de entrada.

—No vas a estudiar aquí. Solo vengo a buscar unos papeles míos. Luego iremos a lo tuyo.

Hizo su trámite y volvimos a tomar el mismo tranvía de antes. Parecía como si estuviéramos volviendo a casa, pero pasamos de largo. Cuando finalmente llegamos a destino, entendí el porqué de eso: la *Technische Hochschule* Berlin-Charlottenburg, la Escuela Superior Técnica en que se estudiaban todas las ingenierías y hasta la arquitectura, estaba al otro lado de la parte oeste del gigantesco parque del Tiergarten.

Conforme me acercaba, la ansiedad me ganaba por dentro. Cuando cruzamos el Landwehrkanal, la vía artificial de agua paralela al río Spree, que servía para abastecer a la ciudad de casi todo desde barcazas, apenas podía hacer otra cosa que mirar por la ventanilla en busca del edificio de la universidad. En contraste, Fiamma se ubicaba a mi lado con una expresión de marcada apatía.

Pronto estuvimos antes ese descomunal edificio de estilo severo con todos sus ángulos rectos y varios pisos de ventanas de arco. No podía creer que estuviera allí, a unos pocos pasos de entrar por la puerta principal para convertirme en una de sus alumnas.

—Es hermoso —le dije a Fiamma.

Ella me miró con una expresión triste y cansada. Como si volviese sobre cuestiones ya pasadas que no le hacían ninguna gracia.

Acercó su boca a mi oído para casi susurrarme.

—Ya vas a padecer lo que es estar aquí con la maldita *Gleichschaltung*.

Y como vio mi expresión de extrañeza, me lo explicó en unas pocas, cortas y secas frases:

—*Ein Volk, ein Reich, ein Führer*.

Un pueblo, un Estado, un *Führer*. Uno, uno, uno. Todo ente o persona debía asimilarse a esa conducción suprema y única del país.

Fiamma me traía a tierra, una vez más, aun a costa de herir mis sueños. La llegada de Hitler al poder había cambiado las cosas para peor. En las universidades era donde más se notaba el rostro impiadoso del nuevo orden.

Una vez dentro del edificio, durante mis trámites de inscripción, pude ver varios ejemplos de ello. Estudiantes desfilaban con banderas rojas con las esvásticas, pertenecientes a la *Studentenbund*, la asociación nazi de estudiantes. Los símbolos del régimen estaban por todas partes en pasillos, patios y hasta las mismas aulas.

Fiamma volvió a susurrar en mi oído.

—Me crispa ver este teatro. Supuestamente son lo más educado de la juventud alemana, pero buscan comportarse como la resaca de esos brutos descerebrados de los SA. Son esas personas bien vestidas y pensantes lo que me saca. En vez de defender su libertad, se esmeran por entregarla. Parecen huérfanos con abstinencia de rigor en busca de un padre que les sea implacable. Supongo que siempre es más fácil dejar que otro te dirija la vida, en vez de hacerte cargo de ella.

Los camisas pardas, de los que habíamos huido en nuestra primera salida, estaban también allí. Vimos dos de ellos en la puerta de un aula, sosteniendo carteles que decían: “Los alemanes no nos dejamos envenenar la mente por judíos”.

La puerta estaba abierta; no pude evitar echar un vistazo allí al pasar junto a los dos hombres que la bloqueaban. Adentro, un profesor escribía en un pizarrón y hablaba animadamente a un conjunto de pupitres vacíos.

Una vez más, Fiamma comentó en mi oído:

—Todo profesor que no difunda las ideas nazis es despedido o boicoteadas sus clases.

Aquello que fuera diferente comenzaba a parecer sospechoso, desviado, indebido, inmoral, ilegal. En ese orden. Pude verlo ese primer día en las aulas universitarias. Luego, para mi desgracia y de otros muchos, lo vería en bastantes sitios.

Entendí entonces que la quema de los libros que me había contado mi amiga solo era un acto algo más destacado dentro de un rosario de múltiples injusticias. Un paso más de un proceso de opresión que, poco a poco, desde lo simple a lo más complejo, comenzaba a cernirse sobre todo el país. Y allí, ese docente enseñando a nadie, era un claro ejemplo de todo eso.

—Da pena observarlo —me dijo Fiamma—. Un acto tan heroico como inútil de resistencia, cuando la mayoría de sus colegas se han plegado a la *Gleichschaltung*.

Ella quiso seguir por el pasillo, pero descubrió tras unos pasos que yo no la seguía. Me había quedado mirando hacia el interior del salón de clases al percibir que un joven pugnaba por entrar desde una de las ventanas exteriores. Tras un par de esfuerzos, logró abrirla y entrar por allí a tomar la clase. Quedé hechizada por él, tanto por su rebeldía como porque era bastante apuesto. Tenía una postura altiva, bellos ojos almendrados y el cabello oscuro y espeso.

Mi corazón pareció detenerse cuando él descubrió que lo observaba a través del vidrio de la puerta y fijó sus ojos en mí.

—Vamos —me dijo Fiamma tomándome del brazo para sacarme de allí—. Es peligroso que nos vean tan interesadas en disidentes.

Al parecer, ella no había reparado como yo en el furtivo alumno. Tampoco los hombres que guardaban la puerta: compenetrados en disuadir a quien osara querer entrar por el acceso principal, no reparaban en lo que sucedía a sus espaldas.

En tanto me alejaba, a mi pesar, por el pasillo, percibí que, quizás, estuviera entrando a un mundo universitario que no iba a gustarme. Uno que podría llegar a ser por entero distinto al que contaba mi padre. Terminé los trámites de mi alta como alumna sin que mi ánimo mejorara. No veía por ningún lado las libertades ni las alegrías

de la vida estudiantil. Comenzaba a entender que se trataba de otra clase de universidad, mucho menos libre y nada alegre, dirigida férreamente, sin posibilidad de otras opiniones, ni otra forma de actuar que no fuera la oficial.

Por supuesto que el asunto, como todo lo trágico, no dejaba de tener sus aristas cómicamente ácidas. Una de ellas era el ver a los estudiantes y profesores en atestados pasillos, levantando el brazo y gritando “*Heil Hitler*” a cada paso. Fiamma empezó a parodiarlos, sobreactuando el gesto y el grito: yo, por detrás, no pude evitar sumarme a la tomada de pelo. Lo visto hasta entonces, me había puesto triste y furiosa a la vez. Ella hacía el saludo y levantaba el brazo tan solemne, con cara de tan poco amigos, que, si alguien reparó en lo que en realidad estaba haciendo, no se atrevió a decir nada.

Llegamos a la calle prácticamente sin poder contener las risas. Habíamos podido tener nuestra pequeña venganza frente a ese opresivo estado de cosas.

De pronto, vi cómo la alegría abandonaba el rostro de mi amiga, en tanto se encaminaba a la esquina. Al llegar allí, pagó por un ejemplar del *Völkischer Beobachter*, el periódico oficial del partido nazi, antes de tomarlo de la pila en la que un hombre de roído saco marrón y gorra aplanada lo había acomodado sobre un cajón de fruta.

—Veo que estás haciendo nuevos amigos —me amonestó en tanto me mostraba una de las fotografías de la portada.

Allí estaba yo: miraba muy seria a la cámara junto a mi madre, en el otro extremo, que sonreía como pocas veces la había visto, y a un Führer de expresión firme pero amable en medio de ambas.

La foto era, incluso, más grande que aquella en la que mi padre entregaba a Hitler sus credenciales de ministro plenipotenciario y embajador de la República Argentina ante Alemania.

Cuando me recuperé de mi sorpresa inicial, hice una mueca de desdén, por toda respuesta. Pese a mis arreglos, no dejaba de parecer una niña. Nada más distinto, a pesar de la semejanza de rasgos físicos, de la femineidad que exhibía mi madre. Me desagradó comprobar mi expresión seria y tímida frente a la gran sonrisa de ella. O mis hombros echados hacia adelante contra su altiva postura. Un cisne al lado de un patito feo.

—Veo que tu mamá no comparte tu opinión —insistió ella sin quitar los ojos del diario—. Parece encantada con la compañía.

Otro gesto de fastidio brotó de mí casi por inercia.

—Si hubiera estado frente a Jesucristo, creo que no se habría emocionado ni conmovido tanto.

Fiamma no agregó nada más, solo cerró el periódico y comenzó a caminar hasta la parada del tranvía que llegó pronto y, al igual que durante toda la espera, no cruzamos palabra al subir y acomodarnos en los asientos del fondo.

Me limité a seguir a su lado, sin entender esa repentina introspección. Cada tanto me miraba de reojo, cuando creía que yo no la estaba observando. Era una situación incómoda, cíclicamente repetida desde que nos abrazamos al final de nuestra primera salida nocturna.

Habíamos salido de contrabando en otro par de oportunidades, pero ni por asomo había sido algo tan intenso como la primera vez. Fuimos al Haus Vaterland, un reconocido club nocturno de cinco

pisos, donde además de divertirse con la música y el baile, se podía comer en cualquiera de sus doce restaurantes.

Pero aun sin las emociones y vanguardias de la primera salida, había vuelto a constatar que realmente existía ese mundo intrépido y peligroso, perfectamente a tono con la vida de una heroína, que solo podía intuir en el internado.

Bajamos del tranvía en Potsdamer Platz sin que me hablara todavía. Sus cambios de humor, desde la alegría más cristalina a la indiferencia, o desde la confianza personal a la mudez total, me estaban hartando. Por momentos, éramos amigas cercanas y luego parecíamos personas forzadas contra su voluntad a permanecer juntas. Alternábamos entre tales situaciones, sin que tuviera la menor idea de por qué ella se conducía de esos modos tan diversos conmigo.

Al fin, cuando nos sentamos en una de las mesas situadas en la acera del café Josty, no me contuve más; necesitaba una respuesta, y le pregunté con timidez:

—¿Te pasa algo?

—Nada —me contestó parca, con la vista perdida en el tráfico que las múltiples avenidas hacían converger a la plaza enfrente de dónde estábamos. Parecía como si los ciento veinte mil autos de la ciudad se hubieran dado cita allí, a esa hora.

—Algo te pasa conmigo —insistí sin dejar de mirarla; ni ella de evitarme la mirada— ¿Acaso es algo que dije? ¿Te ofendí de alguna forma?

—Inventos tuyos. Soy siempre la misma para mi desgracia.

Su obcecación, y el que me rehuyera la mirada, me enojó. Me levanté, de improviso. Ella se volvió, entonces, y me miró a los ojos. La suya me pareció una mirada afligida.

—Voy al baño. Cuando vuelva, quiero una respuesta sincera —le dije de mal modo antes de volverle la espalda.

Estaba refrescándome la cara, como una forma atemperar mi disgusto, cuando Fiamma me sorprendió al entrar al toilette. Se quedó a mi espalda. Me miraba a través del espejo que teníamos enfrente. Al principio, no le di importancia. Acomodé mi sombrero y peiné con un dedo mis cejas. Pensé que ella haría algo similar, pero me equivoqué. Solo seguía contemplándome absorta en el espejo, ajena a todo. Una mujer elegante entró y salió tras retocarse el maquillaje a mi lado, sin que Fiamma se moviera un ápice de donde se hallaba. Antes de retirarse, la mujer nos observó por unos instantes con una mirada entre curiosa y molesta.

—¿Vas a decirme finalmente qué te pasa? —le pregunté con severidad en el tono. Me disgustaba esa actitud que había adoptado.

No me contestó de inmediato. Parecía en trance, o algo así, como si no pudiera quitar sus ojos de mí.

—¿En verdad quieres saberlo?

Al fin, alguna palabra salía de sus labios, aun cuando se tratara de otra pregunta. Me di vuelta, y enfrenté sus ojos con los míos. Ella, siempre tan decidida, parecía atacada por una extraña timidez.

—Por supuesto.

—Esto es lo que me pasa...

El resto de la frase quedó inconclusa, por el envión de su cuerpo contra mí. Sentí el borde del lavabo contra mi cintura y su rostro se acercó al mío. Sus brazos, entonces, se deslizaron con suavidad por debajo de los míos para luego aferrarme con fuerza.

Sentí que me abrazaba con desesperación, que se apretaba hasta la asfixia contra mi cuerpo.

—Me tenés loca; eso es lo que me pasa —me dijo un instante antes de acercar el rostro y rozar mis labios con los suyos.

Fue una sorpresa total para mí. Nunca, ni remotamente, había esperado algo así. De hecho, no caí en la cuenta de lo que sucedía hasta que incrustó sus labios húmedos contra los míos. Me estaba besando con esa intensidad que solo traen las cosas largamente buscadas.

Dios, podía sentir la pasión, el arrebató, la necesidad de tenerme para sí. No le importó que la presión de sus labios se estrellara contra mi boca cerrada. Pujó y pujó, utilizando su lengua como si fuera un ariete hasta vencer esa resistencia y lograr abrirlos.

Fue un beso interminable. Ella estaba desenfrenada por mí. Podía sentirlo en sus caderas que encajaba lentamente entre mis muslos, en las profundas y lentas caricias de su lengua, en cómo se aferraba con las manos.

Cerré mis ojos como si esperara en vano que lo que estaba pasando se esfumara. Por supuesto, eso no sucedió.

Me separé de ella con brusquedad; puse mis brazos entre ambas. Descubrí entonces que tenía el estómago encogido y que me temblaban las piernas.

Vi la sorpresa en su rostro, un momento antes de empujarla para quitarla de mi camino y poder salir del baño. Estaba atónita, asqueada, me sentía violentada por lo que acababa de pasar. Apenas podía creer que hubiera ocurrido, que me estuviera sucediendo algo como eso. Sentí vergüenza, sentí ira.

Fui hacia la puerta y estaba a punto de alcanzar el picaporte cuando me detuve en seco. Me costaba respirar y podía sentir el latido de mi corazón en las sienes y en el pecho. Se trataba de un sonido rítmico que me embotaba. No quería estar allí, pero ese sonido repentino a mis espaldas me impidió irme.

Fiamma sollozaba. Trataba de disimular, sin éxito, sus lágrimas y su pena con la cabeza gacha para que nadie, ni ella misma, las viera reflejadas en el espejo. Lloraba con ambas manos aferradas con fuerza al mármol circundante del lavabo con los nudillos blancos por la presión. Las lágrimas le caían por las mejillas y se colaban por las comisuras de su boca entreabierta.

Todavía tenía en mí el efecto de la sorpresa por haber sido besada. Poco a poco, notaba cómo mi pecho iba aflojando su tensión, volvía a respirar con normalidad y el corazón dejaba de latirme en las sienes.

—No quise ofenderte —me dijo evitando mirarme.

Me pasaba algo que no terminaba de entender. Volvía a no ser dueña de mi vida, a constatar que ella era regida por hechos surgían de la nada, porque sí, como capricho del azar. Igual que el suicidio de mi hermana o el ingreso al internado, nada había tenido que ver en lo que acababa de suceder. O al menos, eso suponía. Odiaba estar así, a merced de acontecimientos que me excedían.

Salí de ese baño y del café con paso apresurado. No sabía qué pensar, ni qué hacer. Cientos de recuerdos se atropellaron en mi mente. Ahora entendía ciertas actitudes, ciertas palabras. Me sentí una tonta.

Seguía molesta con Fiamma. El día era perfecto hasta entonces. Pero su llanto había limado bastante mis malos sentimientos hacia ella de momentos antes.

Quería volver a casa y encerrarme en mi cuarto, pero recordé que me había comprometido con papá a visitarlo en su despacho de la Embajada. No tenía ningún ánimo, pero me aterraba que se preocupara y empezaran las preguntas sobre por qué había dejado de ir, tan repentinamente y sin previo aviso.

Quizás fue mi instinto, u otra cosa, lo que me hizo darme vuelta, cuando ya había cruzado un par de calles en mi huida. A veinte pasos de distancia por detrás de mí, Fiamma me seguía en silencio con el ejemplar del diario en una de sus manos.

Nunca le había visto esa expresión. Se veía afligida. Tanto como me sentía yo misma.

Finalmente terminé de amoblar y decorar la residencia. Gasté más de lo que inicialmente preveía, pero eso no es un problema. Mis finanzas pueden permitirse ese gasto y más aún.

A tono con el país y su actual tiempo histórico, deseché las tendencias de vanguardia para elegir un mobiliario estilo autóctono del Reich. Diseños funcionales y sencillos de maderas sólidas, como el pino y el roble, en lugar del cromo y el acero. Motivos medievales y renacentistas para los cuadros y estatuas, así como lámparas y demás accesorios de hierro forjado completaron mi concepto. Un hábitat que reflejaba el enfoque de la vida germana recientemente saneada y libre de estupideces abstractas por gracia de la revolución a la que asistía. Un lugar para vivir nuestra cotidianidad que hiciera honor a la raza alemana a la que pertenecíamos, pese al detalle de la nacionalidad de nuestros pasaportes.

En pocos lugares pude expresarlo mejor que con los muebles de la sala de estar de la residencia, un amplio ambiente de doble nivel: uno más elevado, que daba un gran ventanal al parque y otro

inferior, en uno de cuyos laterales se ubicaba la chimenea de piedra. Allí, un recio aparador de roble macizo, una vitrina estilo clásico para la porcelana, y enorme reloj coronado por un águila de bronce de serio y concentrado aspecto harían el contrapunto necesario para las llamas del hogar en invierno. Completé el lugar con sillones tapizados en rojo y una mesa baja en derredor del hogar. En la parte más elevada dispuse una mesa ovalada de roble de seis metros de longitud, justo delante de la gran ventana.

No es casual la actual preferencia por esa noble clase de madera. El roble, desde antiguo, se halla asociado a las virtudes del pueblo alemán. Desde los teutones en la Edad Media, resulta un símbolo de inmortalidad y constancia, cualidades que presiden nuestro carácter como raza germánica.

Pero el término de esa tarea no me ha deparado alegría sino tristeza. Al concluir he caído en la cuenta que no tengo otra cosa para hacer más que jugar a la esposa del embajador. Siempre quise tener esa posición; ahora que la he alcanzado, deviene en insulsa e insuficiente.

¿Dónde estuve, qué hicieron conmigo todos estos años? Casi tres décadas de matrimonio, y seis hijos parecen no haberme dejado nada. Todo lo contrario, me han vaciado de las legítimas ambiciones de esa joven que quería dejar su marca en la sociedad y el mundo. Pronta al ocaso de mi belleza, apenas si soy en el presente un rehén de mis deberes conyugales. Veo al pasado, y solo puedo observarme como una máquina de dar a luz hijos. Una reproductora de lujo. Solo eso siento que he sido, y poco, muy poco, nada más.

Para peor, nadie en la familia parece apreciar mis esfuerzos. Mis hijos se hallan enfrascados cada uno en sus cosas, respecto de sus nuevas vidas en Alemania. Ignacio, veladamente, en lugar de regocijarse por los resultados, me reprochó lo que entiende un lujo y hasta cierta ostentación que no comparte. ¡Por favor! No entiende

que estamos en una de las principales capitales de Europa y no en Córdoba. Si por él fuera, viviríamos solo con lo justo y necesario. Esa forma de vida suya, tan de asceta, me saca de quicio. Con todo, tampoco lo ocupó demasiado el asunto. Son muchos los problemas con los que debe lidiar en la embajada. Tiene, al igual que mis hijos, todo un cúmulo de cosas en que ocuparse.

Exactamente lo contrario a mí, vacía de alguna actividad con concite mi interés. Dueña de una vida plena de tiempo que no sé de qué modo ocupar.

Por fortuna, Magda Goebbels periódicamente me invita a los tés de su casa. Un encuentro que dista mucho de lo usual en tal tipo de reuniones. Allí se congregan no solo esposas sino también funcionarios del gobierno, lo que es muy útil para mantenerme al tanto de los progresos del Reich.

También allí conocí al Ministro de Agricultura y Abastecimientos del Reich, Ricardo Walther Oscar Darré, que resultó, como yo misma, un alemán nacido en Argentina.

Apenas pasaba de los cuarenta años, hablaba cuatro idiomas (inglés, castellano, alemán y francés), tenía en su haber un doctorado en filosofía y había escrito un libro muy interesante, titulado Neuadel aus Blut und Boden, sobre una nueva aristocracia basada en la sangre y el suelo.

Era, además, uno de los principales impulsores de la idea del Blut und Boden, sangre y tierra en alemán, a la que por lo general se alude solo como BluBo. En ella exalta la relación del pueblo con la tierra que ocupa y cultiva; reconoce las virtudes de la vida rural y al campesinado como origen racial esencial del pueblo alemán.

Resultó una persona muy interesante para conversar. Evocamos juntos recuerdos de Buenos Aires, en donde nació y vivió su primera infancia. Me explicó la necesidad imperiosa para el Reich de contar con una base territorial que permita vivir dentro de sus fronteras a toda la raza germana. Y que, hasta que ello suceda, la provisión de materias primas de países como Argentina resulta vital. Alemania no tiene los grandes territorios de Estados Unidos o la Unión Soviética, o colonias como Francia e Inglaterra, de donde proveerse tales insumos. El hierro de Suecia y los alimentos argentinos son dos necesidades cruciales para que el Reich de los mil años logre afianzarse en el mundo.

—Mi querida señora, con personas como usted se afirma mi idea sobre la íntima conexión entre nuestra raza y el país en que ambos hemos nacido. Nuestras ideas gozan de buena prédica en Argentina. Ya verá cómo, un día, la esvástica reemplazará a ese sol de indios de su bandera. Claro que todos los arios debemos colaborar para ello.

Me sorprendieron, inicialmente, sus palabras. Pero luego de pensarlo un momento, vi que no era algo que me disgustara en lo absoluto.

—Si puedo ser útil en algo, Herr ministro, estoy dispuesta —le dije entonces.

El destino había puesto ante mí el qué hacer con esos tiempos muertos que ensombrecían mi existencia.

CAPÍTULO 9

Problemas callejeros

*La palabra se ha dado al hombre
para que pueda encubrir su pensamiento.*

Charles-Maurice de Talleyrand

Caminábamos a corta distancia, ella por detrás mío, aparentando la una no reparar en la otra. Pero, en el par de ocasiones que me volví a ver si continuaba siguiéndome, encontré su mirada clavada en mí. Fueron momentos incómodos, creo que para ambas. Algo se había roto entre nosotras.

Cuando uno se halla conmocionado por algo, el mundo a su alrededor parece difuminarse. Por eso, no reparé demasiado en los letreros antisemitas que había casi a cada paso por esa zona. “*Deutsche! Kauft nicht bei Juden!*” “Alemanes, no le compren a judíos”.

Ya antes había visto ese tipo de cosas. La primera vez que fui de paseo en por el Tiergarten, llamaron mi atención los letreros de los bancos: “*Juden verboten*”, se leía en ellos. “Judíos prohibidos”, sería una expresión que luego vería en muchas otras partes. En cafés y restaurantes existía uno similar: “Aquí no se sirve a judíos”.

Todavía no me acostumbraba a ese tipo de cosas y esperaba no hacerlo nunca. Pero ese día, por lo ocurrido con Fiamma, no concitaron como usualmente mi rechazo. Tenía la cabeza ocupada en

entender lo que había pasado. También por eso, tampoco advertí el paso a mi lado de un grupo de la SA desfilando con sus banderas y consignas, vestidos con esas camisas pardas que comenzaban a desagradarme. Los peatones que los cruzaban se detenían y hacían el saludo hitleriano a la bandera roja con la esvástica.

—¿Qué pasa, queridita, que no saluda a la bandera del Reich? — rugió una voz en mi espalda. Al volverme, vi al hombre regordete que dirigía la columna, parado con cara de disgusto frente a mí. En la calle, a un par de metros de distancia, la columna de los SA se había detenido en su marcha, y me dirigían iguales expresiones hoscas.

Abrí la boca, sin saber bien qué decir. Me sentía intimidada. Había oído de mi padre, casos de personas insultadas o directamente golpeadas por estos tipos por no poner el suficiente fervor a su paso.

Para empeorar las cosas, el incidente había despertado la curiosidad de los otros transeúntes, que supuse que sí habían hecho el saludo, y comenzaron a agruparse detrás del líder de la SA, para formar una línea de caras tanto sorprendidas como disgustadas.

Para mi fortuna, Fiamma, en ese momento, llegó a donde estaba yo y se puso a mi lado.

—No somos alemanas —le dijo a quien dirigía a las SA, sin amilanarse en lo absoluto, en ese alemán suyo que no conseguía, a pesar de su tiempo transcurrido fuera del país, desembarazarse de su tonada porteña—, sino argentinas. Y los extranjeros están dispensados del saludo. Lo dice la ley.

La expresión del líder del grupo nazi no se modificó en lo más mínimo.

—Aun si fueran marcianas, esto es Alemania y deben saludar a su estandarte —le contestó. Hubo una serie de murmuraciones aprobadoras detrás de él, entre la multitud que se había congregado a ver lo que pasaba.

—Tenemos inmunidad diplomática. Somos parte del personal de la embajada argentina —dijo esta vez Fiamma. Al igual que lo anterior, era más o menos cierto. O, en realidad, la interpretación que nos convenía, a los efectos de salir de una situación que se tornaba cada vez más amenazante.

Tampoco logró efecto alguno con esas palabras. De entre la multitud, alguno gritó:

—*¡Freches Mädchen!*

Significaba algo así como “chiquilla impertinente”. Otro dijo, con educación y sin gritar, que deberíamos avergonzarnos. Y un tercero con el mismo anonimato, exclamó:

—¡Denles una lección!

Hubo un número de cabezas que se movieron en forma afirmativa, lo que refrendaba el acuerdo con lo dicho.

Cuando ya no parecía haber esperanzas de salir bien libradas, Fiamma sacó el ejemplar del *Völkischer Beobachter* y le mostró al jefe de los SA mi foto con Hitler.

—Mi amiga es una persona muy querida por el Führer —mintió—. Así que déjenos tranquilas de una buena vez.

El hombre uniformado con la camisa parda tomó el diario. Miraba con incredulidad la foto y luego a mí. Vi cómo algunos en la multitud estiraron sus cuellos para espiar lo que mostraba el periódico.

Cuando terminó con su examen y le devolvió el diario a Fiamma, su expresión se había transformado. Toda su hostilidad inicial hacia nosotras había desaparecido.

—Mis disculpas, *meine Damen*.

Acto seguido se cuadró ante nosotras y extendió el brazo en alto.

—*Heil Hitler!*

Por reflejo, convencimiento, o ese espíritu alemán de no desentonar, las personas congregadas allí, también imitaron el saludo. El hombre regordete con la camisa parda volvió junto a los suyos y reanudaron su marcha a paso de desfile y con las banderas en alto. La multitud comenzó a dispersarse.

Una viejecita, de vestido azul oscuro con la cartera en uno de sus brazos, se acercó a mí con un papel y un lápiz. Tenía una expresión bonachona. Quería mi autógrafo.

—¿Qué cree, que es una actriz de cine? —se interpuso Fiamma, que me tomó por el brazo y me llevó en dirección a la embajada.

—No tenías que ser tan brusca —protesté todavía enojada con ella por lo sucedido en el bar—. Parecía una buena persona.

Aún intentaba entender cómo de repente nos habíamos metido en un problema, y luego nos habíamos librado de él tan rápidamente.

Ella se mostró tan ácida como siempre que la contradecía.

—Sí, claro. Excelentes personas. Dispuestas a que nos lapidaran en público por no hacer un estúpido saludo. Despertá, Cenicienta. Esta abuelita encantadora, toda esa gente buena de traje, ávidos que les digan qué es lo correcto, son los que sostienen esta dictadura.

No le contesté. Quise seguir mi camino, hacia la puerta de la embajada, pero ella me lo impidió: se cruzó delante de mí.

—Tenemos que hablar.

—No tengo nada para decirte —le respondí con la altivez que me había faltado frente a los de la SA.

—Pero yo sí.

Me tomó de la mano y me llevó hasta una pequeña callejuela, entre dos grandes edificios. Yo, por algún motivo, me dejé llevar. Su voz no tenía la misma determinación con la que me había hablado momentos antes. Tampoco en su rostro quedaban trazas ya de esa expresión desafiante y altiva. En cambio, ahora me parecía inquieta y hasta culposa.

Cuando detuvimos nuestros pasos, me miró fijamente. No se trataba de la Fiamma que se llevaba el mundo por delante, sino otra, insegura, buscadora de afectos.

—No soy un monstruo, Coti.

—Nunca dije eso —me defendí. La misma persona que me había arrebatado un beso era la que me había salvado de pasar por un mal momento menos de una hora después. Sentía enojo y gratitud. Y no sabía por cuál de ambos sentimientos decidirme.

—Pero lo pensaste. Como lo piensan casi todos cuando se enteran.

Era cierto. Bajé la mirada, sin poder replicarle nada.

—Lamento si te sorprendí. Quizá debería habértelo dicho primero; no sé.

—No estuvo bien sorprenderme así —protesté débilmente.

—Creí que lo entendías. Nunca dijiste nada cuando... —Se detuvo, insegura, por unos instantes—. Cuando te lanzaba esas indirectas.

Sus palabras me exasperaron. No tanto por lo dicho, sino porque revelaban mi total inocencia respecto de ciertos temas. Nunca había detectado, ni por asomo, esas señales de las que me hablaba.

—Fiamma, nunca tuve la menor idea que lo eran. Se supone que las chicas no... Bueno...

—Coti, ¿en qué mundo vivís? La heterosexualidad no es algo obligatorio. Lamento mucho si malinterpreté algo, pero no me voy a disculpar por lo que siento por vos.

Caí en la cuenta en que, en realidad, no había vivido en ningún mundo. No todavía en lo que al romance suponía. Parecía sincera en sus palabras, en sus sentimientos respecto de mí. Eso, por supuesto, no lo hacía más fácil.

—No quiero que vuelvas a hacerlo —le dije, en voz baja, sin poder mirarla a los ojos.

—Está bien. Pero, si te ofendí o molesté de alguna forma, necesito que me perdones, Coti. Sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero te has convertido en una persona muy importante para mí.

Yo finalmente la miré. Pensaba en lo que iba a decir. Eran los momentos en que odiaba a todas las monjas y profesoras del colegio. A esa educación que nada me había dicho de cómo lidiar con este tipo de situaciones.

Una chica declarándole su amor a otra chica. Sabía muy bien que ella se había revelado ahora conmigo y abierto su corazón, como con poca gente más. Acaso, como con ninguna otra.

Se me había enseñado que casi todo lo relacionado al sexo era pecaminoso. Y que la sodomía, en cualquiera de sus formas, implicaba una aberración de la naturaleza. Sencillamente se trataba de “actos contra natura”, un nefando, un tipo de pecado que siquiera podía nombrarse. Pero al ver a Fiamma frente a mí con esa cara de culposa, que buscaba mi perdón, me sentí responsable, por alguna causa que desconocía, de la pena que tenía grabada en su expresión; me negué a condenarla. Más aun, frente a su sinceridad, me pareció una crueldad. Si es que había, en realidad, algo para tachar de incorrecto.

Ella me miraba con cierto afecto, en su rostro poblado de culpa y tristeza. Bajó su mirada antes de poder decirme:

—No me odies por esto que acabo de hacer. Yo no quise ofenderte, ni molestarte. Simplemente... te quiero. Despertás cosas en mí. Más de lo que podés suponer.

No supe qué contestarle a eso. Todo el asunto me tenía abrumada. Todavía sentía ese beso suyo en mis labios con sentimientos contradictorios. Todo había ocurrido demasiado rápido como para que pudiera entender en dónde me hallaba parada.

Ella pareció ofuscarse por mi silencio.

—No has entendido nada, ¿verdad? —me reclamó—. Creo que me he enamorado de vos, y como una imbécil. No puedo estar sin verte, sin escuchar tu voz, sin tenerte a mi lado. Ha sido realmente terrible tenerte tan cerca de mí, sentir el olor de tu cuerpo, sin poderte tocar y tenerte como quisiera.

—Yo también te tengo afecto, pero veo las cosas de otra forma; lo lamento.

Intenté parecer firme, mucho más de lo que realmente estaba mi cabeza en ese momento.

—¿Y eso que quiere decir?

—Seguimos siendo amigas, pero nada más que eso.

Ella volvió a mirarme. Seguía existiendo cierta tristeza en sus ojos, pero también pude percibir cierto alivio. Supongo que la idea de romper totalmente nuestro vínculo, fuera lo que fuera, la desilusionaba aun más que mi respuesta. Esbozó una sonrisa a medias.

—Acabás de romperme el corazón, ¿sabés?

El comentario provocó cierta aflicción en mí.

—Lo siento mucho. No fue mi intención.

Ella se encogió de hombros. Vulnerable como todos cuando nos hemos abierto sin reservas ante otro.

—Supongo que lo tuyo son los chicos, entonces. Va a ser difícil sacarte de mi mente. Más aun: no quiero hacerlo.

Había una inequívoca esperanza, en esas últimas palabras tuyas. No dejaron de inquietarme por el futuro de la relación con una amiga que, en corto tiempo, se había convertido en alguien muy querido por mí, aunque decididamente no en la forma que ella habría deseado.

No podía dejar de advertir lo paradójica que era, en ocasiones, la vida en el mundo real. Y cómo se encargaba de hacer trizas nuestros preconceptos. Nunca nadie me había besado en los labios y, desde hacía un tiempo, concretamente desde el último año en el internado,

mi cabecita romántica buscaba poner rostro al príncipe azul que lo haría. Fantaseé mil veces en cómo o con quien sería, pero nunca pensé que ocurriría de esa forma y... ¡con una chica!

No tuve nada que ver con su muerte, ninguna responsabilidad tengo en ella. Sofía se mató porque quiso hacerlo. Nadie más que ella es culpable por ese hecho.

Me reprochó no entenderla, cuando volvió a casa esa noche, desengañada de quien creía era su amor eterno. Solo se trataba de un farsante, que aparentaba lo que no era, un embaucador profesional en cuyas redes había caído.

Había huido de casa desoyendo mis órdenes y ahora buscaba regresar, así como así, sin más, como si nada hubiera pasado.

La señorita nos había metido en un escándalo de proporciones. Se había manchado a sí misma, había salpicado a la consideración pública de la familia con su escándalo, y ahora esperaba ser admitida como el hijo pródigo de la Biblia. No, señor.

Por favor, ¿qué conmiseración podía otorgarle? Nos había puesto como comidilla de toda la ciudad con sus extravíos. No podía ni pensar en lo que podrían estar pensando nuestras amistades y conocidos.

Pero, aun más que por eso, lo que me hizo perder los estribos fue el verla así, abatida por completo, entregada a lo que pudiera pasarle. Ninguna hija mía, nadie que lleve mi sangre en sus venas, tiene el menor derecho a actuar de esa forma.

Mi furia se exacerbó cuando me contó cómo había sido repudiada por ese pillo luego de haberle entregado todo. Yo no eduqué hijas para que cualquier mequetrefe les robe su honra y luego se dé el

gusto de descartarlas como un objeto usado.

Siempre he sido medida en mis palabras, calculadora hasta en los actos más cotidianos. Pude haber seguido siendo tan indiferente con ella como Sofía lo fue a mis consejos respecto de evitar ese tipo de escándalos. Pero verla así, tan derrotada, tan sumisa a su mala estrella, tan desesperada de afecto y comprensión, me puso fuera de mí.

Nunca alguien lo había hecho conmigo, compadecerse de nada, así que mal podía esperar, ni ella ni nadie, que yo hiciera algo de ese estilo.

Nada educa mejor que el rigor, mi padre me lo había demostrado. Eso es lo que les transmití a mis hijos. Y, si mi hija mayor había fallado tan grandemente, no era por mí sino por Ignacio, que siempre intercedió por ella. Los yerros solo merecen castigo, no entendimiento. Eso es para los débiles.

Le dije, pues, lo que pensaba. Que no se hiciera ninguna expectativa de comprensión de mi parte. Había errado y en grande, rebajándose al nivel de las prostitutas, manchando el nombre de la familia y hundiéndome en el fango de la vergüenza pública.

Se lo dejé claro: que estaba avergonzada y desilusionada de ella, que ya no me consideraba su madre. Que había dejado de ser mi hija.

Terminé mis palabras furiosa y al borde del llanto. No podía ser que, después de tantas atenciones de mi parte, ella me pagara de esa forma. Sofía, que hasta entonces me había mirado con asombro y entre lágrimas mientras le decía esas verdades, corrió escaleras arriba hacia su cuarto. No sé cuándo tomó la decisión de envenenarse. Acaso fue su último acto de debilidad.

Como he dicho: ninguna culpa me cabe por lo que ha ocurrido con ella.

CAPÍTULO 10

Conversando con papá

*Por severo que sea un padre juzgando a su hijo,
nunca es tan severo como un hijo juzgando a su padre.*

Enrique Jardiel Poncela

Nuestro ingreso, juntas, a la embajada, no dejó de sorprender a algunos. No entendí ciertas reacciones de indecisión entre el personal, por dirigirse a una u otra, pero Fiamma se encargó rápidamente de ponerme al tanto.

—La hija del embajador saliente y el entrante juntas. No saben a quién guardar preeminencia —dijo divertida.

Encontré a mi padre tras un escritorio inmenso de madera oscura tallada, poblado de carpetas y papeles. Fiamma lo saludó desde el marco en el umbral del despacho y dijo que me esperaría afuera; cerró tras de sí la puerta. Rodeé el mueble y me puse a su lado, le di un beso en la mejilla.

—Hola, papá.

Se suponía que los hijos no tutean a sus padres. No es algo correcto, ni respetable. Las monjas del internado se horrorizarían de saber que lo hacía. Y más aún, de conocer que mi propio padre era quien lo alentaba. Desde la muerte de Sofía había cambiado mucho con sus hijos. Se había acercado más y multiplicado sus gestos de cariño, pero no siempre lograba que nosotros le respondiéramos en la

misma forma. El respeto debido a los mayores siempre había obstaculizado para demostrarle afecto en nuestra familia, sobre todo respecto de mis hermanos varones. De mi parte, frente al desierto afectivo que tenía por parte materna y la distancia con el resto de mis hermanos que el internado impuso, me alegré de esa cercanía suya. Seguramente por todo eso, yo era la que más había podido saltar esas vallas sociales para lograr con él una complicidad como con nadie más.

Papá se sacó los lentes de lectura que estaba usando y me miró sin levantarse de su sillón.

—Supongo que no intentarás subirte al escritorio como cuando niña.

Negué con la cabeza. Mentía. La verdad era que dicha idea había pasado por mi mente, pero no me había animado a realizarla. Así que solo me afirmé a uno de sus lados, contra una hilera de cajones. No dejé de notar que, al frente suyo, tenía el sobre que ese hombre me había dado días atrás, en el vestíbulo del hotel.

Como persona perspicaz que era, papá reparó en dónde se habían detenido mis ojos.

—¿Pudiste saber de quién se trataba? Digo, la persona que me dio ese sobre.

Él dudó por un momento si contestarme o no.

—Se trata de un viejo compañero de estudios: Ludwig Luther.

—Parecía urgido de conversar sobre algo.

Vi que rehuía mi mirada.

—Coti, nunca me ha gustado mezclarlos a ustedes en las cuestiones de mi cargo.

Era claro que no quería hablar del tema. Pensé en una salida ocurrente para no caer en uno de esos silencios incómodos.

—No sería algo propio —le dije imitando la voz de mi madre.

Él sonrió, pero solo por un momento. Luego, la seriedad volvió a su rostro. Pero noté cómo, a pesar de ello, se mostraba aliviado de poder pasar a otro tema.

—Sabés que no está bien parodiar a tu madre. Ya no sos una niña.

Lo obedecí sin mediar otra palabra, desterrando cualquier otra idea de imitación que tuviera en mente. Casi nunca podía negarme a cualquiera de sus pedidos. Pero seguí con mi actitud desafiante, en lo que a mi madre se refería.

—Pues lo haría menos si se diera cuenta que he crecido.

—Lo sabe de sobra.

—Entonces, que me lo demuestre.

—Ella nunca ha sido buena en ese tipo de cosas.

—¿Vas a defenderla todo el tiempo? —le pregunté fastidiada.

—No tendría necesidad si no la atacarás de continuo, Coti.

Touchée. Tocada, una vez más. Nunca le he ganado una discusión a mi padre. Ojalá pudiera, en algunas cosas. Mamá lo hace todo el tiempo, pero nunca entendí cómo lo lograba.

Volví mi vista, incómoda por el reproche, hacia el escritorio. Allí mis ojos encontraron la foto de Sofía, dentro de un portarretrato con marco de plata. El parecido conmigo era estremecedor: me miraba con mis mismos ojos, sonriente con el rostro un poco vuelto de lado, y su cabello rubio mayormente oculto bajo un sombrero de ala ancha oscuro.

Se había tomado meses antes de pasar todo lo que pasó. Nada en esa imagen feliz podía advertir respecto de lo que luego sucedería.

—¿Todavía la extrañas? —le pregunté.

Vi entonces la tristeza en el rostro de papá, tal como siempre sucedía cuando hablábamos de ella. No quería apenarlo, pero necesitaba saber si él compartía ese sentimiento que tenía yo en lo profundo.

—Todos los días. Igual que tu madre.

Le dije, entonces, lo que estaba dando vuelta por mi cabeza desde hacía tiempo y nunca había tenido la oportunidad de plantearse.

—Yo no tuve la culpa de lo que hizo.

Él me miró algo extrañado.

—Nadie dice que la tengas.

—Pero actúan como si fuera así.

—Me temo, mi niña, que estás confundiendo un tanto las cosas. Somos padres y nos preocupamos por tu seguridad. No tiene nada que ver con lo que le pasó a tu hermana.

Claro que sí tenía que ver, como casi todo lo ocurrido en la familia desde entonces. Pero renuncié a discutirlo. No iba a conseguir en ese momento lo que antes no había logrado en múltiples ocasiones. Por convencimiento o vergüenza, papá nunca reconocería que actuaron como lo hicieron conmigo. Algo en mí me decía que él cargaba con pecados ajenos. Tal vez, no haberse impuesto a la decisión de mi madre.

En vez de seguir con tales temas aciagos, opté por concentrarme en mis necesidades más presentes. Egoísmo juvenil, le dicen. O, tal vez, que no me gustaba llevar ese tema más allá de ciertos límites.

—Papá, no puedo vivir en una caja de cristal.

—Nadie pide eso. De hecho, entiendo haber sido bastante —¿cómo es el término que tanto te gusta últimamente?— moderno con esas escapadas nocturnas tuyas y de Fiamma.

Me quedé helada, paralizada. Fue como si el tiempo se detuviera a mi alrededor. Me quedé mirando a papá, totalmente avergonzada y sin poder articular palabra. Y cuando, por fin, logré hacerlas salir de mi boca, no pude completar siquiera una frase corta.

—¿Cómo...?

—Secreto de padre, digamos.

—¿Mamá lo sabe?

El negó con la cabeza.

—No tiene idea. Y seguirá sin tenerla. No quiero preocuparla, ni discutir con ella. No creo que apruebe lo que voy a hacer.

Me quedé mirándolo. Aún no conseguía reaccionar del todo.

—No creo en las prohibiciones, aparte que ya no son dos niñas. Pero soy un firme convencido de los límites, así que vamos a tener un pequeño acuerdo secreto, los tres. Me dirán a donde van, y el chofer las lleva y las busca. Así como ustedes ponen el lugar, yo pondré el horario.

Apenas podía creer lo que escuchaba. Siempre había pensado que los padres debían ser, todos sin excepción, gentes de pensamiento parecido a cavernícolas.

—Eso es muy moderno papá.

—No me queda otro remedio. El paso de niña a mujer es bastante problemático para los padres, pero igualmente inevitable. Trato de tomármelo con filosofía. Es desesperante saber que, en el fondo, haga lo que haga, nunca podré protegerte lo suficiente. Ya lo sabrás, cuando tengas tus hijos.

No pude evitar conmoverme, ante esa declaración de preocupación por mí.

Él se incorporó para besarme en la frente. Lo abracé entonces con fuerza. Dios sabía cuánto le había costado llegar a esa decisión. Sí entendía que lo propuesto tenía como único objetivo no cortar mis alas, ahora que comenzaba a volar.

—Gracias, papá —fue todo lo que pude decirle, aferrada aún a él.

—Ahora, mi niña, tengo que hablar una palabra con tu amiga y compañera de escapadas —me dijo al separarse de mí.

Ignoro lo que habló con Fiamma mi padre, pues me hizo quedarme fuera. Sí pude observar, cuando salió, cómo la incredulidad se había posado en el rostro de mi rebelde y contestataria amiga.

—Una de dos —me dijo mientras salíamos del edificio—: O tu padre es algo cercano a un santo, o se trata del embaucador más hábil que haya conocido.

—Mi papá —le dije orgullosa, sacando pecho—, es un hombre muy bueno. Demasiado, en ocasiones.

—No creí que existieran hombres así —continuó ella sin ocultar su admiración.

Iba a decir alguna otra frase, laudatoria de mi progenitor, pero algo que vi apenas pusimos un pie en la acera, me sobresaltó. Enfrente nuestro, calle de por medio, estaba el mismo hombre que me había dado el sobre, respecto del que mi padre se había mostrado tan parco. Parecía dispuesto a cruzar hasta la embajada. Entonces, él advirtió mi mirada, y pude observar cómo eso lo sobresaltaba. Antes de que yo pudiera pensar en nada, él ya había dado media vuelta para perderse entre la multitud de peatones de esa hora, en esa calle de Berlín.

Encontré a Ignacio en la sala, cerca de la hora de la cena, enfrascado en la lectura de uno de sus libros. Siempre he sido pragmática, por lo que fui directamente al punto:

—No me parece que esa jovencita comparta cuarto con nuestra hija.

Pareció como si él estuviera esperando que le dijera eso. Tal vez, me conoce mejor que yo misma. Alzó la vista de las páginas que leía y me dijo:

—Constanza ha tenido una vida solitaria. Le vendrá bien un poco de compañía.

—No la conocemos en absoluto.

—Es de buena familia, como te gusta decir.

Obvié ese comentario suyo; insistí en mi postura.

—Si se queda con nosotros ha sido por tus arreglos con su padre, en los que no he tenido nada que ver. No es alguien de la familia.

—Siempre he entendido que, si se puede ayudar a alguien, uno está obligado a hacerlo.

Me lo quede mirando. Era cierto lo que decía, siempre había actuado de esa forma. Dar sin ver a quién y sin pedir nada a cambio. Por eso no había logrado llegar más lejos. Y cuando pudo hacerlo... Bueno, sucedió eso.

—Además, no es nada definitivo —continuó con su idea—. Una simple prueba.

—Constanza siempre ha tenido su propio cuarto.

—En casa, cuando venía. Ha pasado sus últimos años compartiendo un dormitorio común con decenas de otras chicas en ese internado. Lugar al cual fue por tus arreglos, Lucrecia, no los míos.

La frase tenía un indisimulado reproche.

—Vos estuviste de acuerdo si la memoria no me falla.

Él asintió con expresión sombría.

—Cierto. En ese entonces, te apoyé.

—No entiendo por qué sacar este tema ahora. Fue lo mejor para preservarla de un mundo poblado de peligros para una niña de su edad y que no le ocurriera lo mismo que a su hermana.

Como era usual, no estuvo de acuerdo con mi punto de vista.

—Cedimos a nuestros miedos, Lucrecia, a costa de arrebatarle a ella una vida en familia.

—Por favor, Ignacio. Nadie se muere por pasar un tiempo en un internado.

—No, solo se vuelve más triste. No era el lugar adecuado para una niña como ella con todas esas inquietudes sobre el mundo que mostraba.

—Creo que, precisamente por eso, hicimos lo que hicimos. Tenía, como su hermana, demasiados pajaritos en la cabeza. Por otra parte; lo hecho, hecho está. No sé por qué insistís en traer a colación cosas sin importancia que pasaron hace tiempo.

Él me miró con ojos desorbitados. Luego se puso de pie. Podía ver la tensión en todo su cuerpo. Estaba a punto de perder el control, lo sabía.

—Perdimos una hija, Lucrecia. Pusimos un muro y un foso entre nosotros. Nunca hemos podido recuperarnos de eso. ¿Te parecen cuestiones sin importancia?

—Vos no te habrás recuperado. Uno tiene que ver hacia adelante. Eso es precisamente lo que he hecho.

—Vas a decirme que nunca pensás en ella.

—No.

—Es difícil creerte.

—No tiene sentido recordar cosas feas. Se mató y ya. Hay que dar vuelta la página y seguir.

—No se mató, Lucrecia. La matamos, nosotros con ese modo de ser nuestro. No supimos ver sus tristezas, no estuvimos con ella para impedirle hacer ese acto desesperado.

No contesté nada. Era un momento por demás incómodo. Nunca le había contado lo que sucedió entre nosotras aquella noche que volvió. Él, como siempre, estaba fuera de casa para atender a uno de esos menesterosos pacientes suyos.

—Y esa fue tu excusa para no conseguir aquello a lo que tenías derecho. Y privarme de poder compartir a tu lado eso.

No me explayé más sobre el tema, ni él tampoco necesitó otras aclaraciones. Ambos sabíamos a lo que me refería. Su candidatura a gobernador. Luego de ello, Dios sabe qué. La presidencia de la república, quizás.

Ignacio me reprochaba como madre. Yo, por mi parte, le reclamaba como esposa. Siempre pensé que éramos un equipo, que buscábamos los mismos logros en la vida. Pero él abjuró de todo eso.

—No, Lucrecia. Ver muerta a mi hija solo me hizo darme cuenta de lo errado que estaba en cómo distribuía los tiempos en mi vida.

Él me miró y yo lo miré. Ambos nos rendimos a lo evidente: seguíamos cada cual en su lado de la realidad, sin poder tendernos puentes en nada.

Por fortuna, Ignacio salió de la habitación y se encerró en el estudio. Musitó algo como que debía atender ciertos asuntos de la embajada. Creo que fue lo mejor. No teníamos otras palabras para decirnos.

CAPÍTULO 11

Enojos de peluquería

El plagio humano del que resulta más difícil escapar para los individuos (e incluso los pueblos que perseveran en sus faltas y van agravándolas) es el de uno mismo.

Marcel Proust

Papá consiguió que acompañara a mi madre, en su siguiente visita, a uno de los *Friseursalon* de mayor renombre en la ciudad. Ella lo consintió muy a su pesar. La alternativa dada por mi padre era que fuera con Fiamma.

Yo aguardé aquella salida con la expectativa que se pone en lo que se cree que son los momentos importantes para su vida. Lo entendía como una especie de certificación que había crecido y no era ya más una niña. El equivalente a cuando mis hermanos varones comenzaron a usar pantalones largos. Supongo que era la respuesta de papá a mi pedido, días atrás en la embajada, de salir de esa caja de cristal. Pero mi madre estaba mucho de querer incorporarme a ese mundo. Se sentía invadida en un espacio y actividad que consideraba reservada en exclusiva para ella; no dejó de hacérmelo saber.

—Simplemente me estás acompañando. Nada de pensar en cosas raras.

Como percibí en forma inmediata, su idea era que me quedara sentada esperándola. Eso echó a pique mis ilusiones previas.

—¿Puedo al menos estar contigo mientras te atienden?

—No. Hay ciertas cosas que las mujeres debemos hacer solas. Ya lo entenderás cuando crezcas.

Desilusionada de ella, una vez más, me senté en la parte de espera general; no oculté mi fastidio, en tanto mi madre desaparecía tras la puerta de una de las partes más exclusivas de un salón ya de por sí exclusivo.

A corta distancia de donde estaba sentada, una multitud de mujeres con mejor suerte que la mía, alineadas en hileras, sentadas frente a grandes espejos, se hacían en el cabello las más diversas y complejas actividades. A medida que un lugar se desocupaba, uno de los peluqueros venía a la parte donde estaba, y atendía a la siguiente clienta en espera.

Tomé una revista que había dejado la anterior ocupante de mi asiento, y me sumergí en su lectura. Era un ejemplar de *Votre Beauté*. El texto estaba en francés, y yo no me había aplicado demasiado en esa lengua en el internado, pero las fotos y dibujos eran grandiosos. Nuevos estilos y colores magníficos para el cabello que nunca había siquiera pensado podían existir.

Absorta en la contemplación de tales fotografías, no reparé en la figura con un corto delantal blanco que estaba en frente mío.

—¿Va a atenderse, *Fräulein*, o solo vino como acompañante de su madre?

El rostro me pareció conocido. Tendría unos pocos años más que yo. Llevaba su cabello, espeso y oscuro, peinado hacia atrás con gomina. Me miraba y sus ojos tenían el color de las almendras. Tardé

unos momentos para darme cuenta que se trataba del mismo joven que me había quedado observando en la universidad.

—No sabía que trabajaba aquí, además de estudiar.

Él me miró, algo sorprendido. Entonces, le conté cómo lo había observado mientras entraba a esa aula por la ventana. Creo que solo entonces me ubicó. Al parecer, yo tampoco había pasado desapercibida para él.

—Uno debe ganarse la vida de alguna forma. Mis padres fueron peluqueros.

—Debe ser difícil trabajar y estudiar a un mismo tiempo.

Su rostro se entristeció.

—Mis días de universidad acabaron, *Fräulein*. Me expulsaron.

Yo me entristecí por sus palabras, lo mismo que él por decirlas.

—No lo sabía. Lo siento mucho.

Él se encogió un tanto de hombros. Procuraba disimular la importancia que el tema tenía para él.

—No tenía las ideas apropiadas. Por supuesto, la causa declarada de mi expulsión fue otra, tan tonta como poco creíble: entrar a clases por lugares no autorizados.

—Eso es injusto. Mi padre es el embajador argentino, quizás pudiera hablar...

—No, no. —Rechazó de plano mi propuesta—. Atraería sobre mí una atención que no me gustaría tener. Además, hay cosas que no tienen remedio.

Me quedé mirándolo, sin saber bien qué decir. Era un joven bello.

De pronto, el pareció sacudirse esa melancolía que había tenido en nuestra charla y recuperó su aplomo profesional inicial.

—Y bien, *Fräulein*, ¿seguirá mirándome como un cordero por degollar o va a decirme si hacemos algo con su cabello?

Vi entonces la oportunidad de hacer algo audaz para dejar de parecer una niña. Había un estilo en particular, de todos los vistos en la revista, que me había encantado.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué otra cosa me habría molestado en venir hasta acá? Querría algo más elaborado, a la moda. Un corte a la *garçon*.

Era el estilo de Fiamma. El antiguo estudiante devenido en peluquero me miró con ojos dudosos.

—¿Su madre sabe de esto? Es algo muy distinto de su estilo actual.

Intenté dar una respuesta sin mentir.

—Lo hemos hablado alguna vez.

—¿Puede tener la amabilidad de preguntarle? Así salimos de dudas. No querría perder el único trabajo que he podido hallar.

Asentí para parecer segura. Fui hasta la parte del salón en que había entrado mamá. Hasta para arreglarse el cabello en Alemania no dejaban de existir ciertas distinciones respecto de las clientas. La mayoría era atendida en la parte más amplia, en un ambiente común con asientos y espejos uno a continuación del otro. Un poco más allá, había un conjunto de cubículos separados por biombos y, en el fondo, subiendo una pequeña escalera, una serie de puertas tras las cuales

unas pocas clientas selectas tenían, solo para ellas y en la mayor intimidad, los servicios más caros que el establecimiento podía brindar. Esos eran los que a mi progenitora le agradaba prodigarse.

Toqué tímidamente en la puerta que había visto entrar a mi madre; sin éxito. Comprobé entonces que no estaba cerrada y la entreabrí lo suficiente como para entender que era inútil tratar de hablar con ella.

Mamá estaba sentada en un sillón de respaldo inclinado, cubierta sus ropas por una especie de túnica o bata de color crema. Su cabello y la parte superior de su cabeza hasta la mitad de su frente estaban ocultos debajo de un ruidoso secador de casco, de forma cónica y de brillante metal plateado. El rostro y el cuello estaban cubiertos por una gruesa capa de una espesa crema de color blanca, y dos rodajas de pepino se ubicaban sobre sus párpados. A su lado, una manicurista con delantal blanco, trabajaba afanosamente en las uñas de sus manos.

Volví sobre mis pasos sin que reparara en mi presencia. Cerré la puerta tan discretamente como la abrí. No es que me faltara valor para preguntarle, lo juzgaba una inutilidad: sabía que jamás me daría el permiso. Seguía siendo para ella, en todo, una niña. Incapaz, por ello, de poder decidir con razón sobre ningún aspecto de mí misma, mucho menos cómo debía lucir mi cabello.

El antiguo estudiante devenido en peluquero me esperaba ante un asiento vacío, dentro de una hilera de clientas que estaban ya siendo atendidas por sus colegas. Tenía una especie de capa color crema ente manos y me miraba con curiosidad en el rostro a la espera de mi respuesta.

—No opuso ningún reparo —dije; mentía sin faltar a la verdad del todo. Solo en aquello esencial a mis planes.

Me senté entonces con suficiencia en el sillón: buscaba esconder mis nervios tanto por la mentira como por lo que iba a pasar. Pronto escuché cómo un ruido de tijeras comenzaba su trabajo, en mi cabello.

—A propósito. —Escuché a su voz decirme, entre el sonido metálico—. Mi nombre es Hans. Hans Krauth.

—Constanza López de Madariaga —devolví, algo nerviosa, la presentación. Era la primera vez que iba a cortarme el cabello de esa forma.

—Es un lindo nombre.

Tales palabras no fue lo único por lo que quedé encantada de él. Fue fascinante ver mi transformación. La siguiente hora fue como ninguna otra hasta entonces. Jamás se me habían pasado por la cabeza todas las sensaciones que podía provocar dentro de mí un corte de cabello. Tal vez fue por la ansiedad en mi estado de ánimo. O tal vez fue porque yo había ambicionado hacer algo así durante tanto tiempo. Por la razón que fuera, yo estaba como embrujada al instante que me senté en esa silla, y él tomó sus tijeras.

Tras peinar mi cabello y aprisionarlo en una cola de cabello, lo cortó a la altura de mis hombros. Luego dejó esa coleta entre mis manos. La miré con extrañeza e incredulidad. Siempre había llevado largo el cabello. Algo nuevo estaba despertando en mí, desde mi llegada a este país, tan terrible como maravilloso. Quizás, eso fuera convertirse en una mujer.

El sonido metálico de las tijeras sonaba rítmicamente en mis oídos. Clip, clip, clip. Miré con incredulidad en el espejo los mechones rubios que caían de mi cabeza. Nunca creí que podía tener tanto

cabello allí. Uno de ellos se deslizó por la bata, hasta quedar sobre mi pecho. Por un momento, el miedo al cambio me asaltó y me encontré pensando si realmente había sido una buena idea meterme en eso.

Hans pudo percibir mi inquietud reflejada en el espejo. Detuvo por un momento el corte y apoyó sus manos en mis hombros.

—No debe preocuparse, *Fräulein*. Quedará magnífica —me dijo. Eso me confortó. Traté de aparentar calma y le agradecí. Por lo que fuera, mi mano se deslizó hasta tocar una de las suyas. Él no pareció darse por enterado del gesto y volvió a sus tijeras con la meticulosidad de antes.

No podía apartar mis ojos, a través del espejo, de esas manos y esa tijera que cortaban mi cabello. Pensé que, con cada nuevo corte de las tijeras, con cada mechón que caía al suelo, era una parte de esa niñez mía que quedaba atrás. Esa con sus miedos, su férrea imposición de obediencia y su tremenda soledad. Aquel tiempo en que estuve sujeta por completo a la voluntad de otros.

Tal perspectiva no me desagradó en lo absoluto. Era mi deseo más ferviente que esa niñita que aún tenía dentro, pudiera convertirse en una mujer moderna y llevar adelante esas tremendas ganas de vivir, de conocer y experimentar todo cuanto sucedía a mi alrededor. Como una oruga que puja por abandonar su crisálida para convertirse en mariposa.

Luego de concluir con el corte, me humedeció bastante el cabello con un vaporizador, aplicándome también bastante fijador con sus manos. Lo peinó entonces con una raya al medio para ensortijarlo luego con largas pinzas de metal. Una vez que estuvo seco y conforme me peinaba tras sacar todas las pinzas, noté que mi cabello, otrora lacio, se había ondulado.

Apenas pude creer que era yo, cuando miré en el espejo el trabajo terminado de Hans. Ahora el largo de mi cabello no pasaba de los hombros. Raya al medio, serpenteaba en suaves ondas hasta la base de mi cuello. Me sentí sofisticada y glamorosa, entusiasmada por mi nuevo aspecto.

Era muy bonito tener el cabello arreglado de tal forma. Por primera vez en mi vida me agradaba ver mi imagen en el espejo. Quizá no estaba tan lejos de llegar a ser esa mujer que siempre había ambicionado.

El corazón me saltó del pecho al verla. La dejo sola por un momento, y esta niñita no tiene mejor cosa en la cabeza, que cortarse el cabello como una impúdica actriz de variedades.

El cabello corto no es para mujeres sino para varones. No tenía ningún derecho a hacer lo que hizo. Debió preguntarme antes y esperar a que la autorizara. Por supuesto, jamás le habría consentido ese tipo de corte.

No entiendo esa rebeldía suya. En el internado era una alumna aplicada que nunca desobedeció ninguna orden que se le diera. Desde que llegamos a este país, no ha hecho más que incordiar con sus caprichos.

Las mujeres tenemos curiosas, disimuladas, formas de rebelarnos contra aquello que no nos gusta. Sabía muy bien que eso era precisamente lo que mi hija había hecho con su cabeza. No era para nada, una inexperta en la materia. Por algo llevaba mi sangre, aun cuando no la honrara en lo absoluto.

Verla así, con esas ondas de imitación hollywoodense, me choca de sobremanera. No tiene edad para estar peinada de ese modo. Es un modo de llamar impudicamente la atención, además de alzarse en contra de todas mis indicaciones en la materia.

Encima, tiene que hacerlo en el mejor salón de la ciudad, donde entran y salen casi todas mis nuevas conocidas. Es lo único que me restringe de castigarla aquí mismo como se merece. ¿Cómo ha podido actuar así sin mi permiso? Chiquilla rebelde. Debo rendirme a lo evidente: sigue los mismos errados pasos de su hermana.

Cuando mi madre vino hacia mí al término de su sesión de belleza privada, pude ver su expresión de sorpresa al verme. Supongo que tuve una actitud similar al caer en la cuenta que su cabello rubio era mucho más claro que de costumbre. Extremadamente claro, a decir verdad: prácticamente blanco.

—Rubio ario —me dijo el peluquero a mi lado, advirtiéndome mi sorpresa—. Es el color de moda.

—Haberlo sabido —le dije en un raptó súbito de rebeldía. Uno más en aquel día—. Me habría teñido el pelo de negro.

El peluquero me miró y, a juzgar por su expresión, estaba gratamente sorprendido por mi comentario.

—Es una mujer con carácter, *Fräulein*. Justo lo que hace falta por estos días. Será un gusto volver a atenderla.

No tuve tiempo de agradecerle. Cuando mi madre llegó hasta a mí, me lanzó una de sus silenciosas miradas de reproche para luego tomarme de la mano y sacarme casi a la rastra, luego de pagar por ambas.

—Ni tu padre ni yo gastamos tanto esfuerzo contigo para que luzcas como una cualquiera.

No intenté decir nada en mi defensa. Sabía que era inútil.

—Vas a tener que entenderte con tu padre, cuando lleguemos. Espero que estés contenta con el disgusto que vas darle.

Sabía dónde pegarme con sus palabras para que me doliera. Hacía tiempo que no me interesaba lo que ella pudiera decirme, pero con papá era distinto. La sola idea de apenarlo, me dolía en una forma casi física. Ella lo sabía y lo usaba en mi contra. Me castigaba por no ser como ella.

El chofer nos esperaba con la puerta del auto abierta cuando salimos del salón. Mamá se deslizó al asiento trasero furiosa y no me dirigió la palabra en todo el trayecto. Al entrar en casa, fuimos directamente hasta el estudio de papá, que se quedó sorprendido al ver el nuevo color en el cabello de mi madre. Tanto, que pasé desapercibida con mi propio cambio. Agradecí en lo más profundo ese lugar en segundo plano que difería, aunque fuera por unos instantes, la inevitable acusación sobre mis actos.

Ella percibió de inmediato su expresión dubitativa.

—¿No te gusta?

No hacía falta referir a qué. Era más que evidente. Papá no contestó de inmediato. Seguía sin poder sacar sus ojos del cabello de mi madre.

—¿No es algo... llamativo? —tanteó al fin.

—Ignacio, siempre tan conservador. Tenés que tener la mente más abierta. Es la moda. Quise cambiar un poco, ¿es algo malo?

Papá pensó unos momentos su respuesta:

—No, si es que solo es un tema relativo a la moda.

Vi una cierta nota de culpabilidad en el rostro de mi madre que evadió su mirada. Buscó salir del apuro presentando mi caso como una fiscal causa a un reo.

—Tu hija, Ignacio. La dejo sola unos minutos, y mirá como se arruina el cabello.

Siempre que hacía algo que ella entendía incorrecto, pasaba a ser solo hija de mi padre. Pero no pensaba quedarme callada esta vez. Delante de papá, sí tenía sentido defenderse. Sabía que contaba con su cariño y esperaba que eso bastara para librarme del castigo que mi madre tuviera en mente.

—No hice nada malo. Se usa así —dije.

Mi madre me cortó en seco, apelando a una frase que era ya clásica en nuestra casa.

—Cuando los grandes hablan, los niños se callan.

—No soy una niña —le respondí desafiante. Una mirada grave de mi padre me bastó para comprender que no le había gustado en lo absoluto que dijera eso. Bajé entonces la cabeza, y mi madre prosiguió haciendo caso omiso de mis últimas palabras.

—Ninguna mujer decente lleva el cabello corto como un hombre.

—La tía Julia tiene el mismo estilo —insistí.

—Mejor no hablemos de tu tía.

Tampoco mamá se llevaba bien con la tía Julia. Mi padre levantó los brazos, en un gesto de tratar de poner paños fríos entre nosotras.

Volví a mirarlo. Al parecer, no estaba cómodo en esa situación. Me miró primero a mí sin decirme palabra. Luego se dirigió a mi madre.

—¿Qué se espera que haga yo en medio de sus diferencias de peluquería? ¿Se supone que tengo algo que decir en estas cuestiones tan femeninas? —preguntó.

Papá siempre había sido muy tradicional respecto de ciertas cuestiones de mujeres. El arreglo del cabello era una de ellas. Entendía que se trataba de asuntos enteramente de nuestro género, vedados por tanto a la opinión de cualquier hombre.

—Quiero que la castigues por desobedecerme.

Papá la miró con incredulidad.

—¿Yo?

—Sí, vos. Estoy cansada de ser la mala de esta familia. Harta de renegar con esta criatura que no me hace ningún caso.

Mi padre volvió a posar sus ojos en sobre mí. En realidad, más que el rostro, observaba mi nuevo y controvertido peinado.

—A ver si estoy entendiendo. Concretamente, le dijiste que no podía hacerse eso... Bueno como se llame lo que se hizo en el cabello.

—Corte a la *garçon* y unas ondas *finger waves* —le aclaré, pero no me escuchó. Estaba pendiente de la respuesta de mi madre.

—No, no se lo dije... expresamente. Pero sabe que no me gustan esos estilos modernosos. Es demasiado chica para llevar así el pelo. Se presta a confusiones en los hombres.

—Lucrecia, hace menos de diez minutos me censuraste por ser conservador. Dijiste que tenía que ser más abierto. Muy bien, entonces. Voy a intentarlo con vos y con nuestra hija.

—Por favor Ignacio, parece una...

—... una mujer —la cortó mi padre con una severidad en el rostro que no admitía otras opiniones al respecto—. Ya no es una niña. No cometamos el error de tratarla como tal. Tampoco de darle a todo esto más trascendencia de la que tiene. Es solo cabello, Lucrecia. Ya crecerá.

Mi madre lo fulminó con la mirada.

—¿Vas a defenderla así, todo el tiempo? —le echó en cara visiblemente fastidiada.

No dijo más, y salió enojada de la habitación.

Vi la aflicción en el rostro de mi padre, la aflicción que el desplante de mi madre había logrado. Me sentí culpable por ello. En parte al menos.

—Lo lamento mucho papá. No quise faltar el respeto a nadie. Pero no es justo —le dije. Entonces, él me abrazó.

—¿Cuándo es que dejaste de ser mi niñita, Constanza? —me preguntó, afectuoso. Se sentía bien el abrazo. Cuando lo hacía, estaba segura que nada podía afectarme. Ningún mal podía alcanzarme estando como estaba, en sus brazos. Allí, como en ningún otro sitio, me sentía segura, invulnerable.

—Siempre voy a ser tu niñita, papá.

Él se separó un poco de mí para verme directo a los ojos.

—Eso no es cierto. Ya lo hablamos el otro día. Pero ojalá así fuera.

—Entonces, no deja de ser una linda mentira.

Buscaba su complicidad y dejar atrás lo sucedido, pero, a juzgar por la seriedad de su expresión, distaba mucho de haberlo logrado.

—Quiero ser claro en algo contigo: no deberías haberlo hecho. No sin preguntarlo antes; en todo caso a mí, si tu madre no te inspiraba confianza a hacerlo.

—Es solo un corte, papá. Como dijiste, va a crecer de nuevo.

Él me miró, y supe una vez más que me conocía mejor que yo misma.

—Y entonces te harás otra cosa. No fui enteramente sincero con tu madre. Ignoro cómo o por qué las mujeres se hacen todas esas cosas en el cabello. Pero entiendo perfectamente que no deja de ser, en lo poco o lo mucho, una manifestación de aquello que son o quieren ser. Y eso es lo que precisamente ha sido esta rebeldía tuya, Coti.

Por lo visto, no me quedaba otra salida que ser sincera, aun cuando eso me llevara a tener que reconocer cosas muy personales que me incomodaba decir.

—Es como me veo, o como quiero verme. Es algo que sentí e hice; puedo acertar o equivocarme, papá. Lo que no puedo, ni quiero, es seguir escondiéndome atrás de ustedes. Deseo empezar a decidir mis cosas.

Él me miró en silencio por unos momentos antes de decirme:

—Coti, cada día que pasa estás más y más semejante a tu abuela.

No supe si eso era algo bueno o malo. Él tampoco me lo aclaró.

—Solo prométeme que vas a cuidarte y a pensar tus pasos. Que esta exploración tuya de la libertad femenina no te haga hacer locuras.

Por supuesto que se lo prometí. Pero no estaba muy segura de poder cumplirlo. Y al juzgar por su expresión preocupada al despedirme con un beso en la frente, él también tenía esa misma duda.

Tardé lo más posible aquella noche en mis arreglos antes de enfrentar lo inevitable. Sabía perfectamente el efecto en él que mi cambio de aspecto provocaría. Si alguna duda hubiera tenido, sus miradas subrepticias durante una cena, tan tensa como silenciosa, habrían sido una acabada confirmación de ello.

Los hombres son absolutamente predecibles al menos para mí. Eso incluye, obviamente, a mi marido. Quizás, el hombre más simple que he conocido. Como a muchos, respecto de las mujeres, los excita en privado aquello que los descoloca en público.

Terminé de quitarme el maquillaje y contemplé mi imagen frente al espejo de cuerpo entero, en el cuarto de tocador, adyacente a mi dormitorio marital. Llevaba puesto un camisón largo, plateado, de seda. Pero era yo misma, y no lo que llevaba puesto, lo que capturó a mis ojos. El cabello rubio ahora casi blanco, que caía por debajo de mis hombros, mi tez de piel blanquísima en el rostro, cuello y brazos, las formas de mi cuerpo arropado en seda pálida. Sonreí con tristeza. No veía a la Valkiria con que el Führer me había comparado. Querría haberla hallado, pero no la encontré, por más miradas que me dirigí. Apenas si tenía la apariencia de un fantasma de mí misma.

Abrí la puerta que comunicaba al dormitorio. Ignacio estaba ya en la cama. Apenas entré, dejó el libro que estaba leyendo y me siguió con la mirada. Vi, entonces, el deseo en sus ojos. Fue un sentimiento

que se reflejó en mí, pero no lo suficiente para que olvidara la forma en que me desautorizó ante Constanza en ese día.

Entré en la cama, procurando parecer indiferente. Él entonces me tomó con cariño por la mano, y me acercó a donde estaba. Quedamos de lado, uno frente al otro.

—Puedo no coincidir con tus ideas, ni entender ciertos actos tuyos, pero no por eso dejo de quererte. Te amo y no puedo ni quiero dejar de hacerlo.

Lo miré, sin decirle nada, sin que sus palabras modificaran un ápice mi expresión. Como tantas otras veces, él tomó mi silencio como una aprobación a lo dicho. Se acercó más a mí, y pronto sentí sus labios húmedos en mi cuello. Me volteó lentamente de espaldas, y se encaramó sobre mí, delicadamente.

Pensé en rechazarlo, pero descubrí que buscaba esa intimidad con él. Aun estando resentida con mi marido, añoraba el placer que podía prodigarme.

Ignacio es un buen amante. Sabía, perfectamente, que eran sinceras sus palabras. Aún me ama, luego de todo lo dicho, de todo por lo que hemos pasado. Si no es más afecto a demostrarlo, es a causa de los muros que yo edifico entre nosotros. Vallas que se suman a otras que ya de por sí la vida nos coloca.

Sé mucho sobre levantar muros entre las personas y aislarme de todos. Pero desconozco cómo derribarlos, cómo volver a ser parte de algo luego que me retraigo. Por orgullo, culpa o lo que sea, desconozco el modo para tumbarlos una vez edificados.

Mi cuerpo se estremece. Pronto lo tengo dentro de mí. Y es mío en sus caricias, afectos y sentimientos. Soy su objeto de adoración, y sabe cómo satisfacerme. Conoce mi cuerpo, cómo colmar mis ansias

y hacer germinar placenteras sensaciones en casi cualquier parte de mí.

Pero solo es eso. Siempre ha podido hacer gozar a mi cuerpo. Pero mi espíritu, mi mente, nunca ha podido alcanzarla ni satisfacerla. No es su culpa si acaso tiene alguna. Yo nunca se los he franqueado.

Me incorporo un tanto, volteo de lado mi vista y busco mi reflejo en los espejos del dressoir. Ignacio, en tanto, cubre de besos y caricias mis pechos. El espejo central y los dos laterales reproducen por tres la imagen de mi desnudez, asediada, asaltada por la práctica de ese amor suyo que a mí no me llega.

Me detengo a observar sus movimientos al tiempo que los siento. Pero luego fijo la vista en mí. Mis ojos ven a mis ojos, a mi rostro, tan serio, tan etéreamente majestuoso, en los contraluces que solo la penumbra nocturna con luna llena puede llegar a provocar.

Es una imagen adusta que me enciende. Esos ojos bien abiertos, mirándome al espejo, me provocan.

Mi cuerpo se afiebra, mi respiración se hace más profunda y acelerada. Dejo escapar un gemido, antes de cerrar los ojos, ganada por el placer. La imagen deja de estar en el espejo para alojarse en mi mente. Me sigo viendo, sin ver, poderosa, misteriosa, triunfadora. Tal como me han dicho: una valquiria.

Me abandono al goce que me produce todo eso. Me agito por dentro, en un calambre sin dolor. El placer llega entonces a mí, desde lo profundo, estallándome por dentro.

CAPÍTULO 12

Viejos desconocidos

Para el investigador no existe alegría comparable a la de un descubrimiento, por pequeño que sea.

Alexander Fleming

Debía de resultar algo muy importante para mi padre, el asunto que lo llevó a cruzar media Alemania, desde Berlín hasta esa pequeña ciudad en ribera oriental del río Rin, a medio camino entre Colonia y Düsseldorf, muy cerca de la frontera con Holanda.

La pequeña ciudad de Leverkusen, en donde nos hallábamos, había sido fundada oficialmente tan solo unos pocos años antes, producto del crecimiento de siete aldeas cercanas entre sí, entre la que destacaba Wiesdorf, donde el boticario Carl Leverkus estableció a mediados del siglo xix su fábrica de tinturas. Treinta años después, fue comprada por la compañía Bayer, que trasladó allí sus oficinas centrales. Pronto el lugar se transformó en un polo de desarrollo para la industria química farmacéutica alemana.

Era claro que el viaje interesaba más a mi hermano Otto que a mí. Nada más lejos de mis inquietudes que discutir sobre microbios, procesos infecciosos y afines. Pero, por alguna razón, papá me había también incluido, sin darme la menor oportunidad para negarme.

El auto del conglomerado IG Farben, al que pertenecía Bayer, nos había pasado a recoger por la estación de tren. Tanto el Ministerio de Salud, como de Relaciones Exteriores del Reich, habían autorizado a mi padre a recorrer la parte de investigaciones bacteriológicas de la empresa, donde trabajaba un viejo amigo de sus años de universidad en Alemania.

—Dicen que es el cartel publicitario más grande del mundo.

Mi hermano Otto observaba el emblema luminoso de la compañía, situado como carta de presentación de sus instalaciones con una admiración equivalente a la de un creyente situado ante un lugar sagrado. Para mí, solo era una cruz inmensa, compuesta por la palabra “bayer”, dispuesta tanto horizontal como verticalmente, compartiendo ambas palabras la “y”, todo encerrado en un círculo. Según mi hermano, tal estructura circular tenía un diámetro de setenta y dos metros, fijada en lo alto de dos grandes mástiles de acero de ciento veinte metros de altura cada uno. Se necesitaban casi dos mil bombillas para iluminarla al completo.

Habíamos hecho allí un alto en nuestro camino, a su pedido, para contemplarlo con detenimiento.

Miré el emblema luminoso con marcado escepticismo, muy lejos del asombro de mi hermano. Esa obsesión generalizada por poseer lo más alto, más largo, más grande, escondía no solo un flagrante complejo de inferioridad, sino una muy peligrosa megalomanía, en la que, para valer algo, debía ponerse de manifiesto la superioridad respecto del resto del mundo.

Me sonreí para mis adentros, por primera vez en el día, acaso en la semana. Estaba pensado como Fiamma. Aun a la distancia, y habiéndose negado ella a abandonar la cada vez más escasa vida nocturna de Berlín por un viaje al confín de Alemania, sus modos de

ver la vida me acompañaban. Me estaba volviendo tan ácida como ella para juzgar ciertas cuestiones. No sabía a ciencia cierta si eso era algo provechoso o no.

Tenía perfecta conciencia de que mis problemas en la universidad guardaban mucha relación con esa nueva forma de ver las cosas que ganaba espacios en mi mente. Me había encapsulado nuevamente en mí, borrando todo ese ambiente que me rodeaba de esvásticas y uniformes. Me aboqué a mis estudios y rechacé toda invitación que tuviera algo que ver con la política. No hice amigos, sino simples conocidos de clases. No pasó mucho antes que me empezaran a catalogar como asocial. Claro que mi condición de extranjera hija de un embajador y la consecuente inmunidad diplomática que poseía, hizo que no se metieran mayormente conmigo.

Estudiar ingeniería era desafiante. También era la menos ideologizada de todas las carreras que conocía. Pero estudiar, finalmente, lo que pretendía se veía empañado por toda esa parafernalia nacionalsocialista que bullía a mi alrededor.

Creí que íbamos a quedarnos ante el dichoso cartel por el resto del día, pero mi padre sacó a mi hermano de su ensimismamiento admirativo y entramos nuevamente en el auto. Al sentarme junto a papá, tras observarme con detenimiento por unos instantes, me dijo:

—Has estado muy callada últimamente.

¿Tenía sentido preocuparlo con mis cosas? Sentía que solo lo había inquietado con mi conducta desde que llegamos al país.

—¿No soy la mejor compañía, verdad?

Fue mi mejor esfuerzo para esquivar darle una respuesta. También, se trataba de un pedido de tener su atención y afecto. Él lo comprendió al instante y me pasó el brazo por los hombros con un

gesto cariñoso.

—Muda o locuaz, siempre es un placer tenerte a mi lado.

—¿Por eso me pediste que viniera?

Papá asintió. El auto estaba entrando en lo que parecía ser una fábrica o algo así.

—Por eso... y porque supuse que alejarte unos días de Berlín podía darte cierta perspectiva para pensar algunas cosas.

Me quedé mirándolo, sin entender. Como era usual, mi padre parecía conocer todo cuanto pasaba dentro de esa cabecita mía. Me pregunté hasta qué punto lo sabría. Pensaba que la universidad era sinónimo de libertad y descubría estar en una versión militarizada y política de la rigidez del internado de mis años previos.

—Coti, no es necesario que sufras en silencio. A veces lleva tiempo adaptarse a la vida universitaria, más en otro país con otro idioma y costumbres.

—No es el idioma ni las costumbres, papá. Son esos malditos tratando de lavarte el cerebro todo el tiempo.

Vi cómo el conductor me miró con cierto nerviosismo a través del espejo retrovisor. Supuse que oír alguna frase no acorde con la nueva Alemania era tan peligroso como decirla. Papá, a mi lado, no pareció inmutarse por mis palabras. Aun cuando antes nos había aconsejado ser por demás reservados en casa. Se maliciaba que el personal de servicio era, en todo o en parte, informantes para el gobierno alemán.

—Sé que mi hija no va a tener otras ideas en la cabeza que las que quiera tener, pero tampoco va a olvidar en qué calidad estamos en este país.

Por toda respuesta, afirmé mi cabeza en su hombro. Él me estrechó un poco más en tanto Otto, indiferente a nuestra conversación, veía absorto por la ventanilla del coche las distintas partes del complejo como quien está arribando al paraíso.

Luego de la predecible recepción de las autoridades, nos condujeron a uno de los laboratorios, el que se hallaba a cargo del antiguo condiscípulo de mi padre, quien nos dio un recorrido por todo el lugar.

Heinrich Strasser era su nombre, y no podía ser más opuesto a lo que creía debe parecer un científico. Carecía de gafas, sonreía a cada paso, tenía un cuerpo espigado y atlético, producto de sus años universitarios, y no se extendía en las explicaciones, aun en las referidas a sus investigaciones. Tenía, más o menos, la edad de mi padre, y una mata de cabello castaño con un jopo rebelde que solo el fijador podía evitar cayera sobre su frente.

Luego de rememorar viejas anécdotas universitarias para delicia de Otto, el profesor Strasser comentó sobre las investigaciones que ocupaban su tiempo, y el de muchos, dentro de esas instalaciones.

—Te he recordado bastante durante nuestros experimentos, Ignacio.

—Espero que por buenas razones —bromeó mi padre sonriente.

Heinrich también sonrió antes de aclararle su comentario.

—Tenías razón sobre los estudios de Josef Klarer y de Fritz Mietzsch. Eran correctos.

—¿Sobre el uso de colorantes como antibióticos?

El alemán asintió.

—Nos estamos enfocando en uno en particular. El Prontosil es un compuesto que se muestra prometedor respecto de infecciones causadas por estreptococos. Se trata de una droga solo activa en seres vivos que puede destruir la infección.

Eso dejó pensativo a papá, en tanto mi hermano Otto hacía una decena de preguntas sobre el tema. Tan técnicas, que no entendí ni jota qué era lo que implicaban sus preguntas. Sí vi cómo nuestro anfitrión respondía tratando de ser lo más vago posible.

—Dios bendito —dijo mi padre para romper al fin su silencio—. Sería el primer fármaco efectivo contra infecciones bacterianas.

—Los “fármacos milagro”, como les decías, con capacidad de curar cualquier tipo de infección existen. No más amputaciones de miembros o muertes por infecciones ni gangrenas. Al menos, nuestras pruebas de laboratorio han comprobado esa fe tuya en el asunto.

—¿Qué tan cerca están de eso?

—Funciona con estreptococos en laboratorio. No se ha probado en animales ni personas, todavía. La nuestra es la única línea de investigación que avanza. Fleming y su equipo en el Hospital St. Mary de Londres no han dicho una palabra sobre algún avance en convertir a su moho del *penicillium* en un fármaco utilizable.

—Tal vez no quieran decirlo —aventuró mi padre.

—Entonces, Ignacio, ¿para qué publicar en el *British Journal of Experimental Pathology*, que había conseguido matar con él bacterias patógenas en una placa de Petri? Eso fue hace tiempo, en 1929, y ni una palabra más desde entonces. Están estancados.

—Puede ser —concedió mi padre. Pero, por su expresión, vi que no terminada de suscribir su propio comentario.

—Aun cuando consigan algo, no creo que un compuesto a partir de moho pueda tratar más que infecciones menores. Nosotros estamos en la senda correcta. Nuestro antiguo profesor, Gerhard Domagk está bastante entusiasmado. Él es quien dirige todo el proyecto.

Otto volvió a preguntar en serie, y el profesor a darle sus respuestas vagas. Terminamos poco después con el recorrido con las usuales promesas de viejos conocidos para volver a encontrarse en algún momento futuro e indeterminado.

—Hablando de antiguos miembros del equipo, ¿qué es de la vida de Ludwig Luther? —preguntó mi padre, como al pasar, antes de despedirse.

—Él ya no está más entre nosotros.

—¿En la empresa?

—Ni en la universidad tampoco. Hasta debió mudarse a Berlín, por sus nuevas responsabilidades.

—¿Qué serían?

Su amigo Heinrich lo miró extrañado. Como si no entendiera la pregunta.

—Pensé que lo sabías. Se hizo un ferviente nacionalsocialista. Está en muy buenas migas con Walter Gross, y hoy es uno de sus hombres de confianza en la *Aufklärungsamt für Bevölkerungspolitik und Rassenpflege*. La parte del gobierno dedicada a la pureza racial del Estado.

El hombre asustado que me había dado ese sobre, y que volvió sobre sus pasos al verme frente a nuestra embajada, era nada menos que un funcionario de la Oficina de Ilustración para la Política de Población e Higiene Racial.

Vi a mi padre tratando de disimular la sorpresa en su rostro. No entendí bien por qué, pero mi corta vida en Alemania me había enseñado a desconfiar de las siglas y los nombres rimbombantes de sus organismos estatales, ya que nada era tal cual como se denominaban.

El futuro le daría razón a ese sentimiento mío.

Supongo que he sido una tonta por pretender volver a montar como si tuviese veinte años nuevamente. Pero no pude resistir la libertad de un tiempo para mí, por el viaje de Ignacio y los niños a Leverkusen.

También en parte, puedo adjudicar mi repentina necesidad de hacer las cosas que hacía de joven, y he tenido abandonadas por años, a la proximidad de la fecha de mi cumpleaños. Antes me entusiasmaba, sobre todo por las muestras de atención y los obsequios, pero últimamente he llegado a detestar ese día.

Por lo que fuera, saqué del fondo de mi guardarropa mi traje de amazona y partí a Grunewald. Por desgracia, mi idea había sido la de bastantes otros, y en la caballeriza solo quedaba un caballo algo mañoso. Desde el vamos pareció inconforme con mi monta, pero supuse que dirigiéndolo con mano firme no tendría mayores problemas.

El día era hermoso, no hacía demasiado calor y soplaba desde el báltico un aire fresco. Anduve al tranco por los senderos del parque, sin conseguir que mi ánimo se despejase de las nubes negras que lo atormentaban.

La falta de satisfacción de una vida errada, supuse.

Estaba volviendo por una senda estrecha, cuando oí un ruido de cascos golpeando el suelo con ritmo de tambor marcial. Miré hacia atrás; tuve que erguirme un tanto en mi montura, apoyadas las manos sobre la crin del caballo.

Unos instantes después, apareció desde detrás de una las curvas del camino, un jinete en uniforme con gorra y pantalones de montar oscuros y una chaquetilla de un blanco inmaculado, que montaba un caballo negro.

El animal era un pura sangre, que movía la cabeza, resoplaba y se balanceaba rítmicamente en el galope. El jinete lo azuzaba con su fusta, y le aplicaba las espuelas al mismo tiempo.

Pasó tan raudo y cerca de mí que encabritó a mi caballo, que salió disparado tras de él, haciéndome oscilar hacia atrás de tal forma que por poco me salvé de caer de la montura.

Estaba tratando de acomodarme y dominarlo para que cesara en su carrera, cuando el jinete uniformado, disminuyó su velocidad hasta quedar a mi par, y tras tomar a mi corcel por el inicio de las riendas, le cerró el paso con el suyo para detenerlo.

—¿Está bien, madame?

No era mal parecido. Tenía la nariz recta, y unos ojos grises punzantes. Hablaba con cierto acento del este de Prusia, tenía modales de caballero (el trato de “madame” en vez del uso común del “Frau” lo evidenciaba); todo en él revelaba la postura de un hombre acostumbrado a ser obedecido.

—Nunca habría dejado de estarlo —le respondí molesta por haber perdido el control de mi animal— si no cabalgara como un desaforado, señor...

Me detuve en mis palabras al advertir que no sabía su nombre.

El entonces, se sonrió, y luego de una breve reverencia con su cabeza al uso de la nobleza de los Junkers, se presentó:

—SS Standartenführer Hermann von Meltka. A su servicio, madame.

Vaya, me dije. Un coronel de las SS con apellido noble. Una curiosa combinación. Por lo general, sus oficiales eran de la clase media, y no de la nobleza como hasta entonces ocurría en el ejército.

—¿Y siempre cabalga por aquí como un desquiciado?

Yo seguí con mi expresión seria. Él, en cambio, se sonrió.

—Siempre que puedo, madame. Estoy destinado en el Reiterstandarten siete de Berlín. Al menos, por ahora.

Sabía lo necesario para entender que hablaba de una de las unidades de caballería de las SS. Mi caballo parecía lo suficientemente sosegado como para tirar de las riendas para que siguiera su camino. Hice un breve movimiento de cabeza, para dar por finalizada nuestra conversación, antes de llevarlo a cabo. Él se quedó mirándome, impasible. Mi caballo había dado solo un par de trancos, cuando le escuché reclamarme:

—Todavía no me ha dicho su nombre, madame.

—No, no lo he hecho —le dije con mi tono cortante.

—Su rostro me parece conocido.

Estaba ya de espaldas a él, alejándome. Eso me permitió esbozar una sonrisa de satisfacción. Aun aquí no era una persona que pasara desapercibida.

—¿Ah, sí? Entonces, no debería serle difícil averiguar mi nombre —le dije mientras echaba a trotar mi corcel a los efectos de no darle tiempo a continuar con su conversación.

—No lo dude —escuché entonces decir, a mi espalda, entre el ruido de los cascos de mi caballo.

Volvimos a Berlín, en la víspera del *Führer*tag, el cumpleaños de Hitler, convertido en una celebración nacional. Tal fecha, el 20 de abril, era también, por esas raras casualidades, el natalicio de mi madre. Por eso, en tanto la ciudad y el país se embanderaban y ponían festivos, en nuestra casa, papá literalmente sepultó de regalos a mamá desde la primera hora del día, mientras desde la cocina nos llegaba el aroma de una torta de chocolate para agasajarla durante el almuerzo.

Yo, por mi parte, lidiaba con mi regla de cálculo y mis libros de matemática en el cuarto de estudio contiguo a sala, en un intento, además, de mantener a raya a Fiamma para que me dejara terminar con mis ejercicios para la universidad.

—Te extrañé viajera —me dijo con esos ojos soñadores. Era el tipo de mirada que me ponía invariablemente nerviosa.

Terminé por descubrir dónde estaba el error en un polinomio de segundo grado. Entonces le pregunté, sin levantar la vista de mis cálculos, cómo le había ido con mi madre en nuestra ausencia.

—De maravilla. Ambas nos ignoramos mutuamente, todo el tiempo.

Luego volvió a meter sus narices en mis cálculos. Odiaba cuando hacía eso. Estábamos sentadas una al lado de la otra y, al acercármeme, pude percibir el aroma a lilas de su perfume. Era

embriagador y me hizo perder la concentración de lo que estaba haciendo.

Malditos cálculos. Estaba harta de hacerlos. Sin embargo, debería lidiar con ellos por varios años más para conseguir mi título. Al principio, dudé si había elegido bien la carrera, ya que me costaba tanto el cálculo. Por fortuna, uno de los profesores de la *Technische Hochschule*, Konrad Zuse, le dijo que le pasaba igual. Los muchos cálculos rutinarios a mano durante su tiempo de estudiante lo habían aburrido tanto que ahora se hallaba en la búsqueda de diseñar una máquina que pudiera realizarlos de modo automático. Eso me dejó mucho más tranquila.

Pero, en tanto su invento no estuviera terminado, debía aplicarme por mí misma a llevarlos a cabo.

—Has hecho mal las gráficas, Coti. Las de grado cero son siempre rectas horizontales y las de grado uno, rectas oblicuas.

Revisé la parte que me decía, sin demasiado humor, solo para descubrir que tenía razón. Un error tonto, producto de que mi cabeza estaba en otro sitio. No por causa de la máquina a futuro del profesor Zuse, sino por algo más cercano a lo afectivo. Le había dejado a Hans, el responsable de mi nuevo peinado, el número de casa y esperado en vano, por días, una llamada suya. Estaba visto que las funciones polinómicas no toleraban la más mínima distracción en su cálculo. Supongo que eran tan insensibles a mis sentimientos como el mundo que me rodeaba. Sin embargo, no estaba segura de que esos números pudieran ganarle en frialdad a mi madre.

—No entiendo por qué—le dije a mi amiga— si tenés tantas condiciones para estas materias, siempre las aprobás raspando.

Ella se encogió de hombros como si le restara importancia al tema.

—Tener aptitud para algo no siempre va de la mano con querer hacerlo. No me interesan los números, aunque me entienda bien con ellos.

—¿Y entonces para qué te cambiaste de Friedrich-Wilhelms a la *Technische Hochschule*? Los números lo son todo para las ingenierías.

Ella me miró con cierta timidez en el rostro. El aire de suficiencia de hacía unos instantes parecía haberse evaporado de improviso.

—Ya te dije que no quería volver ahí, luego de lo que te conté. Pero también lo hice porque quiero estar cerca de vos.

Me incomodaba cuando decía ese tipo de cosas. Después de todo lo pasado y hablado entre nosotras, no podía seguir tomándolo como gestos de una amistad. Ella sentía algo más, lo que fuera, por mí. Me mortificaba de sobremanera no poder responderle como ella esperaría. En poco tiempo, ella se había convertido en alguien muy importante en mi vida.

Fiamma se inclinó hacia mí, despacio, buscando besarme. Era la primera vez que volvía a intentarlo después de aquella vez en el baño del bar. Pero esa oportunidad, por alguna razón, me quedé petrificada sin poder levantar los brazos y rechazarla. Ese maldito perfume de lilas y el aún más maldito Hans que no llamaba. Mis sentimientos estaban hechos un remolino en que ninguna emoción era fácil de ubicar.

—¿Interrumpo algo? Solo vine a ver si había dejado acá mi tabla periódica.

Sorprendida, levanté la vista hacia la puerta, de donde había venido la voz. Mi hermano Otto estaba allí, parado muy tieso y con los ojos muy abiertos, sin poder quitarnos la mirada de encima.

Fiamma se levantó de improviso. Llevaba el rostro enrojecido, no sé si de enojo o por timidez. Antes de salir, le espetó a mi hermano:

—Lo hiciste a propósito para fastidiarme. Así que no me vengas luego con eso que me querés.

Se fue sin decir más con Otto por detrás intentando disculparse. Balbuceó frases que no llegue a entender. Mi mente estaba en otro asunto: ¿De no habernos interrumpido, habría dejado que me besara? Era una pregunta para la que no tenía respuesta.

Me encontraba sumida en esos cabildeos mentales, cuando escuché el teléfono sonar en la sala. Era media mañana de un día festivo y, por lo tanto, sin actividad pública de ningún tipo que no fuera festejar al Führer.

Por mi estado de ansiedad, no pude resistirme a ir a ver quién llamaba. Pasé junto a mi madre, que hojeaba una de sus revistas femeninas. Esperaba que fuera esa llamada de Hans que nunca llegaba y quería atender por mí misma. Pero no conté con que Otto también se precipitara sobre el aparato. Le gané la carrera, pero cuando fui a tomar el teléfono, él empujó mi cuerpo a un lado con el suyo, y levantó el auricular.

Mi madre nos miró con cierta intriga respecto de ese comportamiento, tan poco acorde a nuestra edad.

—Yo iba a contestar—protesté.

El teléfono dio un timbrazo más.

—Pues yo te lo quité—me dijo Otto con malas formas. Luego me espetó con cara de enfado—: ¿Cómo se siente que te quiten algo que buscas tener, Coti?

Me dejó con esas palabras en la boca y descolgó el aparato. Vaya a saber lo que Fiamma podía haberle llegado a decir sobre lo que pasaba entre nosotras. No me atrevía ni a pensarlo. En cualquier caso, era claro que sus disculpas por detrás de ella, no habían funcionado en lo absoluto.

Luego que atendiera la llamada, vi que el rostro se le ponía más y más serio, en tanto le hablaban al otro lado de la línea.

Para entonces, nuestro padre había salido de su estudio por el alboroto, y nos miraba con ojos inquisitivos. Esperé que no hubiera llegado a ver todo ese número involuntario de la corrida y el arrebató del auricular.

—¿No les parece que están un poco grandes para pelear como chicos por un teléfono? —nos dijo.

Sí, para mi vergüenza, decididamente lo había observado.

Otto solo pudo murmurar, mientras tapaba la bocina con la palma de su mano, sin salir de su asombro:

—Es de la cancillería del Reich.

Mi padre se adelantó unos pasos.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —le preguntó a mi hermano.

Alargó entonces la mano para tomar la bocina, pero Otto negó con la cabeza.

—No es para ti. Preguntan por mamá.

Mi madre dejó su revista *Para Ti*, que se hacía enviar desde Buenos Aires, y se acercó a donde estábamos todos, junto a la mesita del teléfono.

—¿Para mí? —preguntó, sin salir de su asombro.

—Es la secretaria del Führer.

Vi entonces iluminarse el rostro de mi progenitora como tan solo sucede cuando uno recibe las mejores noticias. Tomó la bocina y se volvió contra la pared, como reclamando cierta privacidad. Nos alejamos unos pasos, pero ninguno de los tres quiso perderse detalle de lo que sucedía.

Hubo una corta conversación en alemán. Mi madre respondía a lo que fuera que le hubieran dicho al otro lado de la línea, que la estaba pasando muy bien y que nunca había pensado en que podía acordarse de ese detalle tan insignificante. Que era muy amable en decir todas esas cosas de ella.

Otto me susurró al oído, mientras la veíamos cómo hablaba con una expresión de alegría completamente inusual en ella:

—Dijeron que Hitler quería hablar con mamá.

Pensé que era otra de las tontas bromas de ese aspirante a científico loco que era mi hermano, pero, antes de cortar, mi madre lo confirmó con su última frase:

—*Ich bin sehr dankbar, mein Führer.*

¿Agradecida? ¿En verdad había dicho lo que escuché? Volví a traducir la frase en mi mente. Sí, era tal cual como lo había entendido: “Le estoy muy agradecida, mi Führer”.

Cuando colgó, todos nos quedamos viéndola. Ella nos sonrió, encantada no solo que estuviéramos todos pendientes de ella. Lo que fuera que le hubieran dicho al otro lado de la línea, le había arrancado una sonrisa como pocas veces le había visto.

—El Führer se acordó de mi cumpleaños —dijo con aire de indudable y gran satisfacción.

—Cumplen el mismo día, mamá —dijo Otto como si fuera algo obvio y ganándose, por tales dichos, una mirada suya de mudo reproche.

—Por lo que fuere, no deja de ser un lindo gesto llamar para felicitarme —se defendió ella para luego agregar con una sonrisa aun mayor—: Y no solo es eso, también quieren retratarme.

CAPÍTULO 13

Olimpia en Berlín

El deporte no construye el carácter, lo revela.

Heywood Hale

La capital del Reich se vestía con su mejor ropaje olímpico, faltaban unos pocos días para el inicio de la gran competencia. El Comité Olímpico Internacional le había atribuido la organización de los juegos un lustro antes, durante el congreso llevado a cabo en Barcelona en el año 1931.

Las otras sedes posibles eran la propia Barcelona y nuestra capital Argentina, la ciudad de Buenos Aires. Pero Alemania volvía al seno de la organización luego de la Gran Guerra y los juegos a celebrarse en 1916, suspendidos por dicha contienda, iban a celebrarse en Berlín. Ello fue determinante para ungirlos como sede.

Nadie pensó, ni podía imaginarse, el ascenso de los nazis al gobierno. A poco de su llegada al poder en 1933, diversos comités olímpicos nacionales empezaron a cuestionar que se participara en dichos juegos. Se le echaba en cara su política de segregación racial en el deporte, que no era sino el reflejo de la más general que abarcaba a todo el país.

Un año antes del inicio de los juegos, el séptimo *Reichsparteitag*, el congreso anual del partido nazi, había adoptado, por unanimidad, el 15 de setiembre de 1935, en la ciudad de Núremberg, las *Nürnberger Gesetze*, una serie de leyes destinadas a garantizar la pureza racial. La primera de ellas, denominada “Ley para la protección de la sangre y el honor alemanes”, prohibía el matrimonio y las relaciones sexuales entre arios y judíos. Otra de ella, la “Ley de la ciudadanía del Reich”, establecía una división entre alemanes considerados arios y alemanes judíos; se entendía a los primeros como “ciudadanos del Reich”, en tanto que los segundos encuadraban dentro de la categoría de “nacionales” sin pertenencia al Reich. Otros grupos como los gitanos, los negros y los eslavos también eran considerados como “*Untermensch*” o infrahumanos y, por ello, “potencialmente dañinos racialmente”.

Otras normas prohibían el ejercicio de las profesiones liberales a los judíos, ejercer el comercio u oficios menores como el de sastre. Se prohibió tener judíos dentro de las plantillas de personal contratado en empresas y hasta en el servicio doméstico, así como a los judíos contratar alemanes arios.

En el deporte, los judíos fueron expulsados de clubes y federaciones deportivas y tenían prohibido entrar en las instalaciones deportivas así como integrar el cualquier equipo olímpico. Era parte de la política de “solo para arios” que la Oficina de Deportes del Reich había implementado desde abril de 1933 en todas las organizaciones atléticas alemanas.

—Vaya, vaya —dijo esa mañana Fiamma, mientras caminábamos por la ciudad rumbo a la universidad—, sí que se han propuesto hacer buena letra por las olimpiadas.

La miré, sin entender lo que buscaba decirme. Ella quiso aclarármelo con una pregunta.

—¿No has visto nada extraño en las últimas tres cuadras?

Negué con la cabeza. No era mi estilo, observar lo que pasaba alrededor de donde transitábamos. Tenía la cabeza en mis obligaciones del día en la universidad.

—¿No te parece que falta algo en nuestro paisaje habitual?

Miré hacia atrás. Solo vi personas yendo y viniendo, casas y negocios, uno al lado de otro, así como autos y tranvías que transitaban por la calle. Nada parecía fuera de lo normal. Seguía sin entender lo que buscaba hacerme ver.

—¡Los carteles, despistada, los carteles! ¡No están los carteles!

Ahí sí caí. Volví nuevamente la mirada, sabiendo en esa ocasión, en donde fijarme. Los carteles del tipo de “no compre a judíos” o “fuera judíos de Alemania” habían sido quitados de los lugares donde solían estar. Tampoco se veían los miembros de la SA cuidando que nadie los quitara.

—Hasta han llegado a incluir a una esgrimista de origen judío en el equipo olímpico, Helene Mayer y volvieron a nombrar en el Comité Olímpico a Theodor Lewald, a quien echaron por tener un abuelo judío —continuó Fiamma—. Ya puedo escuchar a Goebbels o Göring diciéndoles a los corresponsales extranjeros: “¿Cómo pueden tratarnos de racistas si tenemos una media judía en nuestro equipo y otro es quien ha organizado estos juegos?”. Malditos hipócritas.

Como era usual, tenía que hacer señas para que bajase el tono y mirar culposamente a los cuatro vientos.

—Como sea, esto mejora las cosas.

—No te ilusiones. Solo es una charada, mientras duren los juegos. Al día siguiente de concluir la olimpiada, volverán a las andadas.

Esperé que no tuviera razón. Por ese tiempo, todavía era lo suficientemente inocente como para esperar que las personas enmendaran sus errores.

—Pareciera que los astros se alinean a su favor—prosiguió mi amiga—. Casi creo que puede ser obra de todos esos brujos y espiritistas que siempre son consultados por los funcionarios del partido y que hablan de una nueva era. Se trata de algo completamente injusto. Hitler usará a las olimpiadas para mostrarse al mundo como lo que no es.

No supe que contestarle. No me gustaba que los nazis sacaran partido de los juegos, pero tampoco podía disimular mi entusiasmo por asistir a las primeras olimpiadas de mi vida. Siempre las había visto como algo que ocurría en países lejanos y que solo podíamos ver a través de los noticiosos del cine.

—Papá tiene invitaciones especiales para la inauguración —le dije sin dominar la emoción que la perspectiva de asistir en un lugar de privilegio a ese acto me generaba—. Y puede conseguir lugares para cualquier competencia que queramos. Pero supongo que no vas a querer ir.

Ella me observó con ese aire canchero, tan pícaro a veces e inaguantable en otras, que su condición de porteña le proporcionaba.

—Preferiría estar en la inauguración de los juegos de Barcelona, pero bueno, tendré que conformarme con estos.

Entre las múltiples ideas que, fuera de Alemania, se discutían para boicotear a los juegos, había una que abogaba por realizar al mismo tiempo, otros juegos olímpicos alternativos, la denominada “Olimpiada Popular”, a celebrarse en Barcelona por ser la ciudad perdidosa frente a Berlín como sede. Allí participarían todos los atletas que eran rechazados por motivos raciales en la olimpiada de

Berlín. Fiamma se refería a ellos como “los verdaderos juegos olímpicos” en las pocas charlas que ocurrían alrededor de la mesa de nuestra cena familiar. Por supuesto, tales expresiones no le gustaban en lo más mínimo a mi madre. Para entonces, la falta de empatía entre ellas, se había tornado en una poco disimulada hostilidad mutua.

—¿Cómo se te pasa por la cabeza que voy a perderme todo ese circo? —le dijo mi amiga cuando escuchó la indicación de que, si no le gustaban los de Berlín, que no asistiera.

—La gente normalmente no va a los eventos que no cuadran con su forma de ser. —Me sorprendí a mí misma al decir eso. Era una típica frase de mi padre: medida, lógica, hasta algo formalista.

—Por favor, Coti, no seas aguafiestas —me respondió con una sonrisa pícar—. Soy demasiado joven para ser coherente. Ya tendré que serlo cuando crezca, por todo el resto de mi vida.

De improviso, esa sonrisa se le borró del rostro y pude ver que la causa de ello era el inmenso cartel publicitario que habían puesto en la esquina por la próxima olimpiada. Fiamma se quedó observándolo sin poder creerlo. Yo compartía un similar sentimiento.

Impreso en un fondo rojo brillante, una botella de Coca-Cola negra se elevaba al cielo aferrada por un águila nazi con las alas extendidas; en el cartel podía leerse la siguiente frase estampada en letras góticas: *“Ein Volk, ein Reich, ein Getränk Coke ist es Coca-Cola”*.

—Un pueblo, un imperio, una gaseosa: Coca-Cola —traduje al castellano sin saber bien por qué.

—Dios santo —dijo Fiamma sin salir de su azoramiento. Fue una de las pocas ocasiones en que la oí referirse a Dios—. Esto va a ser un circo de proporciones.

Ignacio es un magnífico anfitrión y ha contado con todo mi apoyo para organizar la recepción al equipo olímpico argentino que ha llegado a Berlín.

A su lado, estreché, una a una, las manos de nuestros cincuenta y un deportistas. Es la cuarta vez que Argentina participa en una olimpiada. La delegación llegó a Europa en el buque Cap. Arcona, poco menos de un mes antes de la iniciación de los juegos.

Han ocupado la casa Essen en la Villa Olímpica. El 9 de Julio, día de la independencia, hemos participado todos de un almuerzo criollo. Ignacio se molestó por la inmensa bandera con la cruz esvástica que hice poner en la mesa que presidió la comida, pero no tiene mayor trascendencia. Estamos en la propia capital del Reich, y todos los países acostumbran poner una enseña del país que los acoge. Sé que no le convencieron mis explicaciones, él es muy riguroso con todo eso de los símbolos patrios. Tampoco se me escapa que cree que soy demasiado proclive respecto al Reich, a un palmo de transgredir la neutralidad diplomática. No creo que sea algo incorrecto mostrar mis preferencias por este país y el régimen que lo gobierna. Es sangre enteramente alemana la que fluye por mis venas. No puede incordiarle que demuestre esa realidad racial que poseo.

Por otra parte, no soy la única que piensa de esa forma. La mayoría de los atletas de la delegación han alabado el orden, la limpieza y la pujanza de esta nueva Alemania.

Aun sabiendo lo que había por detrás, era difícil sustraerse a los fastos, la grandiosidad y la organización impecable de la apertura de los Juegos de la xi Olimpiada.

Para nosotras y nuestro feminismo libertario, la justa tenía un atrayente ingrediente adicional: por primera vez, una mujer integraba nuestra delegación olímpica e iba a competir en los juegos. Se trataba de Jeanette Campbell, una simpática joven de nuestra edad, campeona argentina de natación a los dieciséis años en 1932 y figura en el Campeonato Sudamericano de Natación de Río de Janeiro de 1935, el primero internacional que autorizó a competir a las mujeres, donde logró tres medallas de oro y tres récords sudamericanos. Y, como plus especial, obtuvo un lugar para competir en las olimpiadas.

Había nacido en Francia de padres argentinos, por lo que había debido naturalizarse. Llevaba su cabello castaño bien corto, mucho más incluso que nosotras, tal como lo usaban los varones, y la sonrisa nunca parecía borrársele del rostro. Compartíamos el mérito de ser las únicas mujeres jóvenes en esa reunión, por lo que encontrarnos y comenzar a charlar se dio de manera muy natural. Descubrimos entonces que nos unían, además, varias otras cuestiones, sobre todo en cuanto a pasatiempos, tal como las salidas a bailar. Jeanette era, además de bonita, muy simpática, por lo que casi de inmediato nos hicimos amigas.

—Me encanta tu peinado—le dijo María Fiamma—. Muy de vanguardia.

La nadadora se encogió un tanto de hombros, sonriendo inocentemente.

—No es por moda. Tiene que estar así de corto para que pueda usar la gorra de baño con comodidad.

La respuesta defraudó bastante a mi compañera de cuarto y escapadas nocturnas. Según advertí en lo que Jeanette nos comentó sobre su vida, giraba por completo alrededor de la práctica de la

natación. Sus horarios, sus estudios y hasta su tiempo libre eran determinados por la necesidad de entrenarse continuamente para el apretado calendario de competencias en las que participaba.

Al contrario de lo que pensábamos, su viaje en el Cap. Arcona, al ser la única mujer de toda la delegación, no le había dejado ninguna anécdota digna de mención.

—Como vine sin chaperona, durante el viaje siempre me colocaron en la mesa de los delegados del comité olímpico y tuve mi propio camarote. Todos fueron muy educados conmigo y sumamente medidos en los comentarios. Creo que todavía no se hacen a la idea que una mujer integre el equipo olímpico.

Fiamma me dedicó una de sus miradas. Supe, más o menos, lo que buscaba decirme, antes que lo expresara:

—Es decir, tuviste un viaje por demás aburrido.

Todas reímos por su ocurrencia.

Jeanette también nos contó que la pileta del barco en donde debía practicar durante la travesía era muy pequeña, de escasos diez metros, por lo que su entrenador, Juan Carlos Borrás, ideó un sistema muy particular para ayudarla a prepararse en la mejor forma. En Río de Janeiro había conseguido una especie de soga de goma, del estilo de una cámara de bicicleta, que enganchaba en los bordes de la piletita. Así que cada vez que ella nadaba hacia adelante, el artilugio la empujaba nuevamente hacia atrás, posibilitando que siguiera nadando y nadando en ese espacio tan reducido.

—¿Qué te parece Berlín? —le pregunté.

Nos reconoció que mucho no había podido ver de la ciudad, pero que la había asombrado lo sincronizado e impecable de la organización hasta en sus más mínimos detalles. Todo parecía estar

calculado meticulosamente.

Vi que Fiamma hacía un gesto de desdén. Era lo que pensaban casi todas las delegaciones que habían arribado a la capital del Reich. El plan de los nazis por mostrarse perfectamente humanos y maravillosos les estaba funcionando espléndidamente.

—No me han ubicado en la villa olímpica con el resto de la delegación argentina, sino en una pequeña casa, muy linda y tranquila, dentro del campo de deportes con todas las atletas mujeres. Está muy cerca de las piletas, así que puedo practicar todo el tiempo. Comparto el dormitorio con una nadadora australiana, Pat Norton, que es muy amigable, pero también hay japonesas y de otros países. Las pocas a las que nos han dejado venir.

—Me encantaría ver lo que sucede en esa casa —dijo Fiamma con ojos traviosos. Yo me seguía sobresaltando, sin saber a ciencia cierta por qué, cuando decía esas cosas.

En ese punto de la charla, ella nos invitó a visitarla y nosotros a mostrarle la ciudad. También prometimos estar en todas sus competencias. Vi que se alegraba por todo eso. La entendí perfectamente, en virtud de mis años de internado. Encontrarse en un país extraño, lejos de la familia con los nervios propios de competir ante el mundo que te observa, hacía que algo de cariño y apoyo por parte de quienes tienen tu misma edad fuera más que bien recibido.

Papá, que circulaba de grupo en grupo, no tardó en llegar a donde estábamos. Cuando le comenté que habíamos quedado en hacerle conocer la ciudad, él nos llamó aparte con Fiamma.

—Confío que van a portarse como corresponde.

Intenté parecer ofendida por ese comentario. Fiamma, por su parte, hizo como que no entendía.

—La señorita Campbell tiene muchas posibilidades de conseguir una medalla en nado para nuestro país. No quiero que nada interfiera con eso. Así que limítense a una salida tranquila y diurna. ¿Me captan, señoritas?

Ambas asentimos.

—Haremos nuestra parte para lograr esa victoria nacional, señor López —le dijo Fiamma, imitando el tono rígido con que veíamos a los alemanes dirigirse a sus superiores, ya fuera en la universidad o el Estado.

Lejos de ofenderse, la ocurrencia sacó una sonrisa a mi padre. Antes de dejarnos, volvió a recomendarnos prudencia sobre lo que tomáramos o comiéramos en nuestra salida. La preparación atlética tenía reglas muy estrictas sobre evitar ciertos alimentos.

Cuando partió hacia otro grupo, me quedé observándolo. Él iba por un lado y mi madre estaba en otro. A pesar de su vigor al estrechar las manos de todos, y la participación animada en todas las conversaciones, podía ver un sentimiento de soledad en sus ojos. Esa misma sensación que había percibido el día que fue a entregar sus cartas credenciales a la Cancillería del Reich.

—Un plomo tu padre con todas esas reglas tuyas, aunque me gustaría que mi papá me cuidara de esa forma.

Fiamma me sacó súbitamente de mis pensamientos. La miré sin entender. Siempre que hablaba de su padre se la notaba molesta. A mí, por lo poco que lo había conocido, no me parecía una mala persona. Claro que, ni de lejos, llegaba a ser como el mío: en esa época, mis sentimientos más fuertes por un hombre invariablemente pasaban por la figura de mi padre.

—Él nunca terminó de entender lo que soy. Y, como toda cosa desconocida, lo abruma, le da miedo y se termina alejándolo. Eso hizo al dejarme con ustedes.

—¿No sos un tanto injusta?

—Creo en ser realista, aunque duela. El día que encuentre alguien que me vea como realmente soy, va a ser el día en que me rinda a esa persona por completo.

Volví a sentir esa molestia en mí. Lo había dicho mirándome a los ojos. Esperé que no hablara de mí o, en todo caso, que yo no fuera esa persona. Aunque, tratándose de ella, nunca podía estar segura de nada.

El inicio de los juegos fue una ceremonia apoteótica, y nosotros la vimos en primera fila. Se llevó a cabo en el nuevo Estadio Olímpico, edificado con cemento gris claro en el corazón de la ciudad con capacidad para ciento diez mil espectadores. Pese a sus dimensiones descomunales, que dejan pequeño al coliseo romano, no cabe dentro una persona más. Fuera de la arena, otros miles de alemanes entusiastas pero sin entradas se apiñan en los accesos, esperanzados de poder captar aunque sea un atisbo de la ceremonia.

Cerca de nosotros, en el lugar reservado a las personalidades invitadas del extranjero, puedo ver al aviador Charles Lindbergh y a la famosa nadadora Eleanor Holm Jarrett.

Por dieciséis días, en los Juegos de la xi Olimpiada, competirán casi 4000 mil deportistas, 3632 hombres y 331 mujeres de 49 países, en 19 deportes y 129 especialidades.

Toda la ciudad de Berlín se halla decorada con banderas olímpicas y con la esvástica. El propio Führer ha presidido el desfile inaugural; recorrió con su auto la Via Triumphalis hasta el estadio y fue vivado continuamente.

Al ingresar al coliseo, continuó la aclamación por parte del público asistente que se puso de pie y extendió en alto sus brazos, como un solo hombre, para dar el saludo de rigor. Una orquesta de treinta trompetas llamó la atención de todos para luego surgir de cientos de miles de gargantas una misma frase:

—¡Heil Hitler! ¡Heil Hitler! ¡Heil Hitler!

Fue algo impresionante, que me erizó la piel. Me enorgullecí de estar allí; de formar, como ellos, parte de todo eso.

Hitler hizo su entrada al estadio en compañía de Theodor Lewald, organizador de las Olimpiadas Alemanas, y del conde Henri Baillet-Latour, presidente del Comité Olímpico Internacional.

En el palco oficial donde se ubicaron el Führer y sus acompañantes, presidido por una gigantesca esvástica, estaban además los principales miembros de su gobierno como el general Hermann Göring y el doctor Goebbels, así como miembros del Comité Olímpico Internacional y dignatarios de países extranjeros.

Tras su ingreso y hasta el inicio de la ceremonia, fue incesante el flujo de gente estirando sus brazos hacia el palco para que él o Goebbels, situado a su diestra, les firmaran un autógrafo. Ni las estrellas del cine generan tanto entusiasmo como ellos hoy día.

Cerca de cuarenta mil miembros de las SA con sus camisas pardas relucientes y de las SS con sus negros uniformes cuidaron la seguridad del evento. Las juventudes hitlerianas desfilaron por la

pista, antes de ir a formar el último cordón de honor por el que recorrerá su camino la antorcha olímpica.

Sobre el estadio flotaba el enorme dirigible Hindenburg, de 25 metros de largo, bajo cuyo fuselaje ondeaba la bandera olímpica.

La orquesta, dirigida por el afamado compositor Richard Strauss y acompañada por un numeroso coro, atacó con los compases de Deutschland über alles, además del himno nazi, Horst Wessel Lied, para luego pasar a interpretar el Himno Olímpico compuesto por el propio Strauss para la ocasión.

Más de diez mil palomas se liberaron sobre el cielo de Berlín, mientras que, en su discurso inaugural, el Führer se encargó de remarcar que los juegos se realizaban “en el comienzo de una nueva era”. También habló el organizador, Theodor Lewald, en el inmenso podio dominado por la figura de un águila del Reich con las alas plegadas, sosteniendo en sus garras los cinco anillos olímpicos.

Hitler, además, recibió un ramo de olivo, de manos de Spiridon Louis, el primer ganador del maratón moderno en 1896, que se encontraba vestido con típicas ropas de un pastor griego.

El desfile de las distintas delegaciones ha sido por demás emotivo. La mayoría de ellas han hecho el saludo hitleriano al pasar delante del Führer frente al palco oficial. En particular, la comitiva francesa lo ha llevado a cabo, lo que despertó la ovación de todo el estadio.

Nuestra delegación nacional, con el maratonista Juan Carlos Zabala como su abanderado, la ha imitado. Solo las participaciones de Estados Unidos y la británica han dado la nota discordante: no solo no llevaron a cabo el saludo, sino miraron al otro lado cuando pasaron por el palco.

Por todo el estadio se hallaban dispuestas cámaras fotográficas y de filmación para captar todos aquellos momentos épicos. Magda Goebbels, en alguna de las reuniones de té a las que me ha invitado, expresó que Hitler ha encargado a la talentosa directora Leni Riefenstahl, que ya había trabajado para el partido en la filmación del congreso partidario de Núremberg de 1936 para filmar los juegos y luego llevar a cabo una gran película documental sobre ellos.

Vestidos con sus uniformes blancos de verano, los miembros de las juventudes hitlerianas tuvieron a su cargo el último cordón de honor, por las escalinatas descendentes del estadio hasta el campo de justa para el final del recorrido de la llama olímpica.

Carl Diem, secretario del comité encargado de la organización, ha sido quien ha impulsado esta práctica de traer la llama desde la misma Olimpia. En alguna de las reuniones oficiales a las que he debido acompañar a Ignacio, escuché decir a Diem que lo propuso pues los antiguos griegos, en particular los espartanos, eran los antecesores arios de la Alemania nazi.

Al ver ingresar al estadio al corredor alemán de media distancia, Fritz Schilgen, alto y esbelto, que vestía pantalones cortos blancos y una musculosa de igual color con la esvástica en su centro, bien puedo creerlo. Dicho atleta ha sido el último de los 4322 relevos que trajeron la antorcha encendida en el campo de Olimpia en la lejana Grecia, hasta Berlín. Recorrió con trote firme el último tramo de un derrotero de 3422 kilómetros que ha unido media Europa del este, incluyendo Atenas, Sofía, Belgrado, Budapest, Viena, Praga y Dresde.

A su paso por Austria, en particular a través de su capital, miles de personas han salido a las calles, para vivar el nombre de Hitler y entonar Deutschland über alles.

Flanqueados por los miembros de las juventudes hitlerianas vestidos con sus uniformes blancos de verano, Schilgen trotó por las escalinatas del estadio hasta descender al campo de justa para, finalmente, encender la llama olímpica ante los vítores de todo el estadio.

Al encendido de la llama, siguió la ceremonia de apertura de los juegos. Poco después, un levantador de pesas alemán subió al podio y, aferrado a una bandera con la esvástica, tomó el juramento olímpico a los atletas allí reunidos.

Hemos cumplido fielmente nuestra promesa a papá. Nada de malos hábitos alimenticios ni trasnochada alguna para nuestra nueva amiga olímpica. Ni siquiera osábamos fumar en su presencia.

Pese a su natural tendencia a no obedecer reglas, para mi gran sorpresa, esa díscola compañera de cuarto que era Fiamma obedeció a pie juntillas las instrucciones de mi padre. Parecía la seguidora devota de un culto, hablando de su deidad preferida: “tu padre dijo esto, tu padre nos recomendó aquello”. Tanto encandilamiento empezaba a ponerme celosa.

Nuestros encuentros con la única mujer de la delegación argentina fueron en la Villa Olímpica de Berlín. Fiamma se dio el gusto de ver lo que era una casa únicamente femenina, y Jeanette nos invitó al único esparcimiento que existe en la Villa: los conciertos.

Todas las noches, en un teatro al aire libre ubicado al lado de la casa donde habitaban, podía ir a escucharse música. Estaba construido como si fuera la ladera de una colina al modo de los antiguos anfiteatros griegos, y el escenario se veía hacia abajo de nuestros asientos.

Ese verano se presentaba particularmente espléndido; las tardes eran casi siempre templadas.

—¿Estas preparada? —le había preguntado tras una de esas veladas musicales. Ella solo sonrió y asintió con timidez.

Era agradable; tenía una fresca y refinada belleza. No era raro que, en su poco tiempo en la villa olímpica, hubiera ganado la fama de la atleta más apuesta de entre todas las mujeres que tomaban parte de los juegos.

—Por supuesto que sí. Vas a brillar —le aseguró Fiamma a mi lado.

Días después, estábamos todas como un solo “hombre”, en nuestros lugares designados en las gradas de la piscina olímpica de *Reichssportfeld*, un natatorio con capacidad para veinte mil personas.

Jeanette competía en los cien metros libres, en los que demostraba una performance impecable. Todavía recordaba su debut, en esa tarde cálida del 8 de agosto, donde ganó su serie con un tiempo de un 01:06.08. Igualaba con ello el record olímpico en la prueba. En la siguiente jornada volvió a vencer, esa vez por dos décimas menos. Con Fiamma nos abrazamos como locas al conocer tales victorias. Por alguna razón, entendíamos también esos triunfos como nuestros. Jeanette no solo representaba a nuestro país, sino que, tras siglos de machismo, mostraba al mundo que, en el siglo xx las mujeres teníamos, por derecho propio, otros roles para ocupar en la sociedad.

Si hasta mi madre, siempre tan distante de todo, había dejado a un lado seguir los triunfos de nuestro equipo olímpico de polo para acompañarnos a la final de natación en cien metros libres. Papá era el único que no disfrutaba casi nada de los juegos, dedicado a tiempo completo a lidiar con todas las cuestiones que se presentaban en el

día a día de la delegación y que requerían de un enlace con el gobierno alemán. Pedidos, reuniones y coordinaciones varias impedían de continuo que estuviera con nosotras.

Ninguna de las tres podía disimular su ansiedad en esa tarde del 10 de agosto. El tiempo seguía espléndido y estábamos ya cerca de las tres de la tarde, hora establecida para comenzar la competencia. Antes de sentarnos, habíamos pasado un minuto por los vestuarios a saludar. Se trataba de una costumbre que se había transformado en cábala a causa de los triunfos previos, y por ello no queríamos dejar de llevarla a cabo.

Por fin largaron con los aspectos previos y las nadadoras hicieron su ingreso. La ovación fue impresionante. Jeanette vestía una malla entera oscura con el escudo del equipo olímpico argentino en su frente, y una gorra blanca de nado le cubría el cabello.

—Es increíble —dijo Fiamma mientras las competidoras ocupaban sus posiciones designadas—. Se ha entrenado durante años para esto: nadar poco más de un minuto en las olimpiadas.

—Hace lo que quiere y le gusta. Es una privilegiada —dijo mi madre como de la nada, sin cambiar su expresión distante de siempre.

Me sorprendieron un poco sus palabras. No estaba acostumbrada a que hiciera ese tipo de comentarios. En realidad, casi nunca había comentado nada conmigo. Pero no tuve mucha oportunidad para pensarlo. La prueba estaba a un tris de iniciar.

Nuestra compatriota y amiga ocupaba el andarivel seis en la pileta. Las otras dos favoritas, eran ambas holandesas: Willy den Ouden en el número cuatro, poseedora del récord mundial que Jeanette había igualado y Hendrika Mastenbrock en el cinco. El andarivel siete lo ocupaba la favorita de la mayoría de los asistentes, la alemana Gisela Arendt.

Tras la señal de largada, casi detuve mi respiración cuando vi que Jeanette tuvo un inicio flojo, pero enseguida entró en ritmo y mi respiración volvió a su normal agitación. Esa vez dejamos de lado todas las sutilezas y la arengamos como si estuviéramos en una pelea de box.

A la mitad de la pileta, ella pasó a empatar el liderazgo de la competencia, palmo a palmo con la alemana Arendt. Parecía que entre ambas se disputaría el oro, pero Mastenbrock comenzó a recuperar distancias, poniéndoseles a la par. Llegaron todas casi juntas; desde las gradas no podía saberse quién le había ganado a quién. Solo los jueces del comité olímpico en la llegada de cada andarivel y sus cronómetros podían conocerlo.

Por los altoparlantes se difundió entonces el resultado final: Mastenbrock se lazó con el oro, logrando una nueva marca olímpica de 01:05.09. La medalla de plata fue para Jeanette por un tiempo de 01:06.04. El primer lugar se había definido por solo un instante de diferencia. Arendt logró el bronce a dos décimas de nuestra amiga.

Joseph Goebbels, uno de los particulares destinatarios del odio de Fiamma por los nazis, fue quien colocó a cada una las preseas. Pero fuera porque mamá estaba allí o por la emoción que nos embargaba en el momento, mi amiga no dijo nada.

Habíamos asistido a un hecho histórico y lo sabíamos. Nunca antes el deporte argentino había logrado ese lugar al cual llegaba, para orgullo nuestro, de la mano de una mujer. Cuando la vimos tras la justa, Jeanette estaba tan contenta como si hubiera conseguido el primer lugar.

Y en realidad, lo consiguió, por la vía más impensada. Días después fue elegida, por amplio margen, como Miss Olímpic, la deportista más apuesta y simpática de los juegos.

—Eso sí que fue algo impensado. Nunca pensé obtener un título como ese —nos dijo en la despedida del equipo olímpico tras los juegos, que volvía a nuestro país.

—No para mí —le retrucó Fiamma, como si el premio se lo hubieran dado a ella—. Si algo es claro, es que las argentinas somos las más lindas del mundo.

Como regalo de despedida, Jeanette nos obsequió una de sus mallas a cada una con el escudo olímpico argentino en el pecho.

Fueron días que recuerdo a la distancia con especial cariño. Hasta mamá se acercó un tanto. La olimpiada nos había unido, nos había hecho dejar a un lado nuestras diferencias y los pesares de la vida ordinaria.

Pero ahora había terminado y la vuelta a la realidad, en mi caso, no pudo ser más brutal.

Los juegos olímpicos han concluido dejando en claro al mundo la fortaleza, determinación y carácter pacífico del Reich. Alemania es el país que más medallas ha ganado.

La delegación argentina ha dado muestras de sus capacidades. Se han obtenido siete medallas (dos de oro, dos de plata y tres de bronce) y siete puestos premiados, por lo que ocupó la posición trece de entre los cuarenta y nueve países participantes. El boxeo aportó cuatro de las siete medallas, inclusive una de oro. La restante preseada dorada ha pertenecido, como es usual, al equipo de polo.

Como de costumbre, la prensa extranjera ha buscado empañar esta fiesta impecable. En los periódicos estadounidenses, se habla de la victoria de atletas negros como si fuera una humillación para el país anfitrión. Hablan, en particular de la victoria de Jesse Owens.

El propio atleta, en declaraciones al diario The Pittsburgh Press, ha desmentido que el Führer lo haya destrutado: “Él me saludó y yo le correspondí. Creo que es de mal gusto criticarlo si no estás enterado de lo que realmente pasó”. Lo que poco dicen los estadounidenses es que en la recepción de la Casa Blanca a sus deportistas, luego de los juegos, se lo excluyó por orden del presidente Franklin Delano Roosevelt, que no quiso aparecer con él en una fotografía para no comprometer sus votos en los estados del sur.

Es extraño. Seguir en sus competencias a esa jovencita nadadora me acercó como nunca a mi hija. Hemos compartido verdaderamente algo, después de tantos años. Me impresiona cómo se ha convertido en una mujercita, aunque, cuando llegamos, solo meses atrás, era apenas una niña. Sigue sin gustarme casi nada de sus ideas y actitudes, pero no dejo de ver cómo ha crecido, al parecer, en un abrir y cerrar de ojos.

CAPÍTULO 14

Ojos que miran

*La astucia puede tener vestidos,
pero a la verdad le gusta ir desnuda.*

Thomas Fuller

La vida en Berlín de mi familia con el agregado de Fiamma volvió, luego de todo el ajetreo olímpico, a su peculiar normalidad. Fuera de nuestro mundo personal, en el otro se apagaban los ecos de los juegos y los países retomaban su habitual espiral de pujas, mentiras y resentimientos mutuos.

Hacía tiempo que mi hermano Otto mantenía conductas raras en presencia de mi amiga, comportándose como un tonto. Buscaba cualquier excusa para aparecerse por donde estábamos. Le hacía comentarios sobre el clima o le preguntaba cómo estaba. Ella lo padecía sin expresar el menor gesto de desagrado o rechazo, y siempre encontraba una forma de poner distancia entre ambos.

Papá la trataba como una más de la familia. Mamá todavía fingía no acusar recibo, en lo posible, de que vivía con nosotros. Fiamma, por su parte, gustaba al parecer de tener una vida de familia, aunque sin dejar de marcar su independencia, cada vez que podía.

En esa jornada que iniciábamos, rechazó sin preguntarme nada, la oferta de mi padre de acercarnos en coche a la universidad al tener que salir para la embajada.

—Es un muy lindo día, señor López, y no tenemos clases hasta la tarde. Queremos caminar.

Era así como le decía. No lo tuteaba, pero tampoco utilizaba los tratos más solemnes de “doctor” o “embajador”. Una forma intermedia entre la formalidad y la confianza, que evidenciaba ese deseo suyo de ser tenida como distinta.

Noté que Fiamma lo miraba de un modo particular. Como si esperara su aprobación, expectante. Era el tipo de actitud que le había visto con la poca gente que realmente le interesaba relacionarse.

Mi progenitor asintió, en silencio. No estaba muy convencido, pero tampoco se opuso. Nos deseó éxitos en los estudios a ambas, me besó en la frente y salió. Como era usual, mi madre todavía dormía, un piso arriba del ingreso a la casa.

La conocía lo suficiente a Fiamma como para saber la causa de su conducta: ella quería estar a solas conmigo. Tener un momento entre ambas con exclusión de todo el resto del mundo. Tomamos cada cual nuestros libros (ella había cambiado su universidad por la *Technische Hochschule* a la que asistía yo y hasta se había inscripto en mis mismas clases), y cortamos camino por el arbolado del Tiergarten hacia el alboroto céntrico de la ciudad.

Al pasar por las zonas en donde había bancos, noté que los letreros de “*Juden verboten*”, “judíos fuera”, habían sido colocados en los sitios de antes.

Iba a comentárselo a Fiamma, pero ella se me adelantó con una de sus novedades favoritas: le habían pasado el dato de un buen lugar para ir a bailar.

—Tu padre ya lo aprobó, así que iremos un día de estos.

La miré, algo sorprendida. Desconocía que hablara estos temas con él.

—Hablo de muchos temas con tu padre. Es alguien que sabe escucharte. No juzga ni condena. Me encanta comentarle ciertas cosas.

Por supuesto, no me dijo cuáles. El súbito ataque de celos que estaba experimentando se afianzó dentro de mí. A ella no le pasó desapercibido, y pareció extrañamente complacida de habérmelo provocado.

—Es la clase de hombre capaz de hacerme variar de gustos, supongo. ¿Tiene un aire a Clark Gable, verdad?

No sabía si sonreírme u horrorizarme, ante la perspectiva que ella insinuaba. Pronto, me decanté por esto último. Y decididamente no me gustó que comparara a mi papá con el actor por el que todas suspirábamos en ese momento. Gable había ganado un Oscar por la película *Sucedió una noche*, una comedia romántica que había logrado a su vez, cinco premios de la Academia de Artes de Hollywood. La primera en la historia en conseguir ese número de distinciones.

—No creo que seas su tipo —le dije, cautelosa, buscando disimular mis sentimientos de querer mandarla al diablo. No sabía si estaba hablando en serio o no. Eso me atajaba en tomar ciertas decisiones sin regreso.

—Podría teñirme si es que le gustan las rubias como tu madre.

—En realidad, tendrías que envejecer unos veinticinco años, cuanto menos. Nada está más lejos de él que ser un asaltante de cunas.

Aun cuando mi respuesta fue cortante, Fiamma se sonrió, pero algo nerviosa, ante mi expresión.

—Y además, existe el detalle nada menor de que es un hombre casado —agregué.

Iba a decir “felizmente casado”, pero deserté de mencionarlo a último momento.

Ella me miró con suficiencia. La muy canalla estaba disfrutando de sacarme de las casillas con el asunto. Luego me dijo con aires de mujer conocedora de la vida:

—Mi querida Coti, a la edad de tu padre, los hombres suelen dar sorpresas.

—Papá no es de esos —le contesté de inmediato, levemente ofendida.

—Más te vale que así sea. Sería una madrastra bastante perversa. Con vos, en particular.

Tenía una sonrisa un tanto enigmática en sus labios al decirme esas palabras. En el fondo tuve que aceptar, para mis adentros, que seguía siendo una nena de papá. De haberme confesado Fiamma que había tenido sexo salvaje con Hitler y Goebbels, no habría conseguido estremecerme tanto.

Habíamos dejado el Tiergarten detrás, y el ajetreo de las calles de Berlín empezó a desfilarse delante de nosotras. Las banderas nazis seguían como siempre en muchos edificios, escaparates de tiendas.

Cruzamos a un par de grupos de las SA a la suficiente distancia como para no meternos en problemas, desfilando con sus uniformes ocres y sus banderas rojas con la esvástica.

Al pasar por el edificio de los grandes almacenes Israel, una las tiendas más grandes de la ciudad, observamos a cuatro SA parados en la puerta de entrada para impedir el paso de los potenciales compradores. Llevaban colgados grandes carteles de sus cuellos, escritos con penumbrosa letra gótica. Todos decían exactamente lo mismo: “*Deutsche! Kauft nicht bei Juden!*”; “Alemanes, no le compren a judíos”.

Había tenido para con ellos diversas actitudes a medida que el tiempo pasaba. Al principio de asombro y luego de incredulidad. No quería aceptar que un país tan bonito y de gente mayormente encantadora sostuviera tan estúpidas segregaciones. Papá me había dicho que los judíos eran el solo el uno por ciento de toda la población. Mamá, también en la sala de casa, replicó a ello:

—Pocos o muchos, incordian bastante.

Vi en el rostro de mi padre que no le había gustado en lo absoluto ese comentario. Cerró su diario y se retiró a su estudio como hacía cada vez que tenían una desavenencia en público, lo que ocurría con frecuencia.

De mi parte no veía que importunaran a nadie, sino que era exactamente al revés: los nazis, de continuo, los hacían blanco de sus discriminaciones baratas.

Cuando hablaba del tema con mis nuevos y pocos amigos alemanes, algunos se molestaban, otros se encogían de hombros. Nunca encontré a nadie que discrepara abiertamente con lo que estaba ocurriendo. Unos pocos me dieron a entender que se trataba de una cosa pasajera, que se solucionaría con el tiempo.

—¿Hasta dónde van a llegar con este tipo de atropellos? — pregunté, a nadie en particular, indignada.

—Hasta donde puedan —me contestó, ácida, Fiamma—; nada los detiene ya. Las SA y SS ahora son, además los matones del partido, fuerzas auxiliares de la policía.

—Eso no es justo.

—El mundo nunca lo ha sido. Y el que estamos viviendo, menos que menos.

Pasamos por un puesto de periódicos. En contra de lo acostumbrado, esta vez Fiamma no compró el *Völkischer Beobachter*, sino el *Der Stürmer*, que quería decir “soldado de asalto”, uno de los más fervientes periódicos antisemitas nazi, que nada casualmente fue retirado de los kioscos de revistas durante las Olimpiadas, a fin de hacer buena letra ante el Comité Olímpico Internacional. Ahora retornaba a la venta pública con toda una serie de caricaturas racistas para denigrar a los judíos en su edición especial dedicada a las Olimpiadas.

En su título, en grandes letras rojas góticas se leía “Olimpia 1936”, seguida de una frase más pequeña en tinta negra: “*Die Wahrheit über Deutschland*”, la verdad sobre Alemania. En el dibujo de tapa, un ario coronado por los laureles olímpicos, de gran físico y abundante cabellera rubia, enfrentaba a un hombre regordete de traje en cuya solapa lucía una estrella de David.

—No son más que puras mentiras y frases de odio —me dijo Fiamma por lo bajo, mientras lo leía.

—No entiendo por qué, si detestás a los nazis, no te perdés palabra de lo que publican.

—Para estar al tanto de lo que hace el enemigo —me contestó sin dejar de ojear el periódico.

—No tiene sentido amargarse por lo que no podés cambiar —le dije.

Ella me miró como si la hubiera insultado. Luego, cerró el periódico y me tomó de la mano.

—Quiero que veas algo.

Fiamma escuchó entonces venir, con un apagado sonido metálico sobre los rieles, a un vagón amarillo de los tranvías eléctricos de Berlín. Prácticamente me llevó a la rastra hasta la parada para abordarlo. Luego de abonar nuestros boletos y ya acomodadas en un asiento al fondo, le pregunté a dónde íbamos.

—Ya verás —me dijo. Su sonrisa había desaparecido y no se le veía ningún gesto risueño en el rostro.

Fue un largo viaje, hasta bajarnos en alguna parte del sector noroeste de la ciudad. Un sitio prácticamente de extramuros, donde lo urbano de la ciudad perdía empuje hasta dejar paso a un paisaje cuasi rural.

Solo el largo muro de un cementerio, delante nuestro, se erigía en la construcción más destacada de la zona.

—¿Dónde estamos? —le pregunté, observando el cementerio a nuestro frente. Pensé que entraríamos allí, pero Fiamma me tomó por la mano y me hizo caminar a lo largo de su muro.

—Marzahn.

—Queda bastante lejos del centro. Prácticamente hemos salido de la ciudad.

—Esa es la idea de algunos.

Caminábamos ya no por calles, sino por huellas de tierra. Luego de unos pocos metros noté que el polvo había cubierto por entero el lustre de mis zapatos.

Un tanto más allá de donde el muro del cementerio culminaba, había una cerca de más de dos metros de altura, construida con grandes postes de madera por los cuales pasaban varias hileras de alambre de púas. Por detrás de ella, varios cientos de carromatos de madera con ventanas y techos levemente curvados, se desperdigaban sobre el terreno yermo, en medio de la nada. Algunos tenían pequeñas chimeneas, de las que salía humo. Entre otros existían cuerdas tensadas, de las cuales se había colgado ropa.

Alrededor de ellos, mujeres con vestidos de colores vivos con pañuelos anudados a la cabeza iba y venían, entre grupos de niños que corrían de un lado a otro en sus juegos.

La cerca los rodeaba por completo. A unos cincuenta metros de donde estábamos paradas había una entrada. Un auto de la policía se hallaba estacionado a un lado.

—¿Qué es esto? —le pregunté a Fiamma.

—Le dicen “Zigeunerrastplatz”. Un campo de internamiento para gitanos. Los trajeron a este sitio dos semanas antes que las olimpiadas comenzaran. Por siglos han ido de aquí para allá, libremente por todo el país, en sus carromatos. Ahora deben permanecer obligatoriamente aquí, fuera de la vista de todos.

Me señaló un punto a un lado de la cerca, en el lado opuesto a dónde estábamos.

—Allí existe un desagüe para las aguas residuales de la ciudad. Pronto las pestes los matarán a todos. Eso es lo que este maldito régimen les depara a todos los que considera “racialmente inferiores”.

—*Halt!*

Un par de policías se acercaban a nosotros; tras darnos la voz de alto, la obedecimos sin dudar. Vestían los nuevos uniformes verdes de la *Ordnungspolizei*, la nueva Policía del Orden del Reich en que Heinrich Himmler, nuevo *Chef der Deutschen Polizei*, había unificado a todas las policías municipales y estatales que existían antes en el país.

Debido al color de sus prendas, también se les decía “*Grüne Polizei*”, policía verde. A causa de lo extenso del nombre, se los abreviaba como “Orpo”. Todo en ellos, desde las botas altas negras, hasta el chacó oscuro, cilíndrico y con visera, adornado con el águila plateada rodeada de un círculo de hojas de roble, estaba pensado para infundir un sentimiento de autoridad. De momento y con nosotras, lo estaban logrando acabadamente.

—¿Qué hacen por aquí? —preguntó con tono cortante uno de ellos.

—Íbamos al cementerio y me temo que nos hemos perdido —respondió Fiamma sin dudar.

El policía se mostró desconfiado, mirándonos a uno y otra. Luego habló a Fiamma:

—¿Perdidás? No estarás tratando de burlarte de nosotros, pequeña mentirosa. Tal vez seas una Sinti o Roma que trata de engañar a una chica alemana inocente para hacerle algo malo.

—¿De dónde saca eso? —pregunté yo, molesta. Pero no me hicieron caso.

—Quiero ver sus papeles —le exigió el policía a Fiamma.

Fue la última vez que lo vi con esa expresión de hostilidad. Pocas cosas le gustaban más a mi amiga que dejar a la autoridad descolocada. Por eso, se aseguró de que viera todas y cada una de las partes de su pasaporte diplomático. Entendí entonces el porqué de su insistencia en que siempre lo lleváramos con nosotras.

—Ya le dije que estamos perdidas. Bajo las leyes internacionales de inmunidad diplomática, están obligados como funcionarios alemanes a asistirnos y ponernos a salvo. Así que deje de decir tonterías y llévenos a un lugar donde podamos volver a la ciudad. O sabrá lo que es una protesta de mi gobierno ante el Reich.

Fue el turno de los agentes de sentir el peso amedrentador que confiere la autoridad. Le devolvieron el pasaporte a Fiamma y fueron a traer el auto para llevarnos a donde quisiéramos.

—No entiendo por qué pidió solo tus papeles —le dije cuando en cuanto se alejaron de nosotras.

Ella me miró con algo de hartazgo. Sus oscuros ojos mediterráneos refulgían en un gesto de cierta molestia. Como si tuviera que explicar algo que debía resultarme evidente.

—Por lo mismo que su mente racista prejuiciosa imaginó todo lo que dijo. ¿Es que no me ves o no te ves, Coti? Mi cabello es oscuro, mis ojos son oscuros, mi piel no es translúcida como la tuya. La única que está más allá de toda duda, por tu aspecto de aria inmaculada, sos vos.

El auto de la policía llegó a donde estábamos. Antes de subir, reparé en que una niña de cabello y ojos oscuros se había acercado a donde estábamos. Desde el otro lado del alambre de púa nos miraba.

Tenía las manos y la cara sucia con tierra. No debía contar con más de cinco años.

La suya era una mirada atenta, como si esperara algo de nosotros. Había algo de inocencia y mucho de resignación en ella, como si viera a un mundo del que ya no era parte. Por alguna razón, me impactó que me observara de esa forma. Uno de los policías le dijo que se fuera, en tanto el otro nos indicó que subiéramos al auto.

Durante el trayecto al centro, no pararon de disculparse y de intentar darnos charla. Buscaban congraciarse con nosotras. Fiamma los mantuvo a raya con esa glacial cortesía de la que podía ser capaz. Yo, por mi parte, todavía llevaba los ojos de esa niñita dentro de mí.

Cuando la patrulla llegó a Leipziger Platz, ella les indicó que nos dejaran allí. Ofrecieron llevarnos hasta donde dijéramos, pero mi amiga se negó cortésmente.

—Aquí ya nos queda más que bien.

Los policías detuvieron el coche y nos apresuramos a bajar. Dejamos a medio movimiento a uno de ellos, que quiso bajar a abrirnos la puerta.

Caminamos unos metros entre la gente, antes que Fiamma me dijera algo con una hostilidad poco disimulada:

—Nunca más me digas que no pueden cambiarse ciertas cosas. Debe poder hacerse, y nosotras estamos obligadas a ver el modo de llevarlo a cabo.

En medio de mi búsqueda, no sé de qué, respecto de mi vida, de mis inseguridades e insatisfacciones, hoy ha sido un buen día. Aún perdura en mí, la emoción por ese inesperado encuentro.

Solo era otra aburrida recepción diplomática hasta ese momento. Una de esas en que las diferentes naciones se miden mutuamente, arreglan entuertos, ponen en claro algunas cuestiones. Todo ello, disimulado bajo la niebla engañosa del protocolo y modales tan rígidos como impecables.

Estaba a un lado de Ignacio, a mitad de mi segunda copa de champagne, siendo la parte pasiva de una conversación de otros, mi marido y el embajador húngaro, respecto de cuestiones médicas de nombre difícil y totalmente imposibles de entender.

Vestía para la ocasión, un vestido largo de corte simple, verde oscuro con zapatos de seda haciendo juego. Había renunciado a llevar un collar de esmeraldas, por juzgarlo demasiado llamativo. En cambio, me decidí por una gargantilla de oro con un pequeño camafeo. Era mucho más discreta, a tono con lo que dictaba la moda política en las esferas berlinesas. Una buena mujer aria debía lucir recatada, intrigante y bondadosa, sin echarse encima nada demasiado llamativo ni revelador. En ese sentido, el ideal nazi era que una llevase poco maquillaje, un peinado sencillo y elegante, todo ello sin destacar en demasía. Alguien para ser admirada, aunque no oída, cuya principal función era ser un apéndice que no desentonara del varón a quien acompañaba.

Ignacio seguía con el húngaro, totalmente atrapados ambos en sus temas médicos. El champagne o el aburrimiento me habían puesto de mal humor. Bajé la vista y observé mis zapatos. Por fortuna estaban sin mácula alguna. Estar forrados en seda los hacía muy difíciles de mantener en condiciones.

Distraída, miré en derredor de donde nos hallábamos, más por matar el aburrimiento que por interés en observar algo en particular. Las mujeres vestían de largo y los hombres de etiqueta. Las ropas

civiles estaban reservadas casi por entero a los extranjeros. Prácticamente todos los funcionarios alemanes vestían algún tipo de uniforme.

Fue entonces cuando lo descubrí al otro lado del salón. Vestía una chaqueta corta, llena de insignias, mezcla de smoking y guerrera militar, de cuello abierto que dejaba ver una corbata de moño negra. En las solapas se podía observar una solitaria hoja de roble, reveladora de su grado en las SS, equivalente al de un coronel del ejército.

El corazón pareció acelerárseme súbitamente, y un sudor frío ganó mi cuerpo. Empecé a respirar con cierto esfuerzo, y la copa empezó a temblar levemente en mi mano.

“Es él”, pensé, mientras trataba de serenarme. Ignoraba por qué había reaccionado de esa forma, tan a flor de piel al descubrir su presencia en la recepción.

Entonces, volvió su mirada hasta donde estábamos y la fijó en mí. Pareció un hecho casual, como al azar. No pude mantener sus ojos en los míos durante demasiado tiempo. Bajé entonces la vista, volviéndome hacia Ignacio y tomándolo por el brazo. Un gesto instintivo de resguardo. A ciencia cierta, no sabía muy bien de qué.

Pronto estaba junto a nosotros para materializar mis más incómodos temores.

—Su esposa está arrebatadora esta noche, Herr embajador.

Por primera vez en mucho tiempo, volví a ruborizarme por un comentario masculino. Tanto Ignacio como el representante húngaro interrumpieron su charla para ver al hombre que había pronunciado esas palabras. Por supuesto, la esposa allí y necesaria destinataria de la frase era yo.

—Se agradece, Standartenführer Von Meltka.

Vi en los ojos de mi marido que no terminaba de caerle en gracia lo que acababa de decirme.

El oficial de las SS se mostró sorprendido.

—No sabía que mi nombre le era conocido.

—Es usted una persona muy nombrada en Berlín por estos días — le respondió Ignacio sin perder la seriedad en el rostro.

—Solo soy un humilde servidor del Führer y la causa nacionalsocialista.

Nuestro acompañante húngaro musitó una disculpa formal antes de retirarse de nuestra compañía. Se veía que no gustaba de estar en la presencia del recién llegado. Por lo que podía observar, tampoco a Ignacio.

Él me miraba. Yo, por alguna razón, evitaba hacerlo. Me sentía como una tonta quinceañera en su primer baile de presentación.

—¿Se conoce con mi esposa?

Era una pregunta que temía hiciera.

—De vista, Herr embajador.

Ignacio levantó un tanto las cejas, un gesto reflejo en él cuando era sorprendido.

—¿De vista en dónde?

—Tuve un problema con mi caballo mientras montaba en Grunewald. El Standartenführer fue muy gentil al ayudarme — intervine.

No quería que revelara mayores detalles sobre ese encuentro. Aun me mortificaba cómo había perdido el control de ese caprichoso animal.

Por fortuna, nuestro imprevisto interlocutor se excusó pronto, dejándonos nuevamente a solas. Volvía a mirar el estado de mis zapatos para no ceder a la tentación de observarlo irse.

El que sí lo miró fue Ignacio, y con cara de pocos amigos.

—Una persona realmente oscura —dijo—, el señor de las sombras.

Me volví hacia mi marido con fingido desinterés. Mi propia evaluación no podía ser más distinta que la suya. Lo encontraba, debía reconocer, una personalidad atrayente.

—No entiendo.

—Es así como le dicen. Es una de las nuevas estrellas en ascenso, desde que Himmler se hizo con el control de la policía y seguridad del Reich.

—¿Y qué es lo que se supone que hace?

—Es uno de los que está reorganizando la policía secreta prusiana. La Gestapo.

—Lo tratabas como si fuera alguien de cuidado.

—Lo es, en verdad.

Dejamos atrás el tema y no volvimos a hablar sobre él. Sin embargo, yo no podía quitarlo de mi cabeza. En un par de ocasiones, me volví a mirarlo con disimulo, solo para descubrir que él hacía lo mismo conmigo. Y eso, por alguna razón, me estremeció más.

No se trataba de temor. Era excitación.

CAPÍTULO 15

La piel de la serpiente

Hay pocos lazos de amistad tan fuertes que no puedan ser cortados por el cabello de una mujer.
Ramón y Cajal

Por esos días, harta de ese mundo de arios superiores, cometí una nueva rebeldía. Lo hice en completo sigilo, sin anticipar nada a nadie, ni siquiera a Fiamma. No quería que me disuadieran de ello.

Ese día, en vez de ir a clases, pasé por el *Friseursalon*. En mi camino me crucé con varios carteles de la propaganda nazi. En uno de ellos, un niño de cabello rubio y unos diez años de edad, vestido con una camisa parda como los patanes de la SA, miraba al infinito con el rostro serio de Hitler por detrás. “La juventud tiene su líder”, rezaba el cartel, “si tienes diez años, únete a las juventudes hitlerianas”. Un par de calles más allá encontré otro de la Liga de Niñas Alemanas, que mostraba a una niña sonriente, también rubia y de la misma edad del niño, peinada con dos trenzas con el fondo de la bandera nazi, bajo la cual se leía: “Cuando cumplas diez años, únete a ellas”.

Si algo podía hacer afirmarme en llevar a cabo lo que tenía en mente eran, precisamente, propagandas como esas. Quizás fuera algo frívolo, pero era lo único que se me ocurrió hacer para tomar un poco de distancia respecto de esos razonamientos de una raza superior, y de que existieran tanto superhombres como infrahumanos.

Todavía los ojos de esa niñita del campo de internamiento seguían dentro de mí.

Como extranjera e hija de un embajador acreditado, tenía vedado tomar parte de las cuestiones ideológicas del país que nos acogía. Ni a favor ni en contra. Pero no podía seguir así como así ante ese tipo de cosas. “Una forma de protesta creativa”, habría dicho Fiamma si le hubiera comentado mi idea para mostrarme lejos de toda esa ola de ideología nazi.

Cada vez entendía más que vivía en un mundo gobernado por el aspecto. La altura, la contextura física, el color de ojos, de cabello, la forma del cráneo definían quien era quien respecto del otro. Se trataba de un nuevo orden que no creía en la igualdad de los humanos. Imponía un orden jerárquico, de tipo darwiniano, presidido en su cúspide por la raza aria. Superhombre, humano o infrahumano eran algunas de esas nuevas y terribles categorías para encasillar a las personas y definir cuáles eran sus derechos.

Percibía, desde hacía tiempo, que toda esa cháchara respecto de los rasgos que hacían que uno fuera ario u otra cosa, no eran tan inocentes ni superficiales y escondían por detrás ideas que, aunque no podía precisar, nada bueno traían aparejado. La ida a Marzahn con Fiamma me había confirmado todo el asunto de la manera más brutal.

Todavía recordaba, la conversación nada casual con mi madre, un par de días después de cortarme el cabello. Me había contemplado por un buen rato en casa, haciendo como que leía en tanto yo me dedicaba a mis estudios antes de decirme lo que le estaba dando vueltas en su cabeza:

—Yo no tendría problemas si quisieras volver a tu color de cabello.

Le miré, sin terminar de entender lo que me decía:

—Este es mi color, madre.

—Eras más rubia de niña.

De pronto todo estaba claro. No se trataba más que de otra de sus ridículas cuestiones raciales. Era como si una maldición la poseyera, nublando hasta el más mínimo sentido común respecto de tales temas. Me enfurecí por eso.

—¿Qué seguiría después mamá? ¿Peinarme con trenzas? ¿Hacerme ingresar en la Liga de Muchachas Alemanas?

—No tienes por qué ponerte desagradable conmigo.

—No tengo por qué pensar como vos, parecerme a vos, o hacer lo que las locuras que tu cabeza entiende como correctas.

Ella me miró, imperturbable. No hacía falta aclarar a quién me refería. Sin revelar ni por asomo lo que le habían causado por dentro mis palabras.

—Has dejado clara tu postura, hija —me dijo con brusquedad, antes de salir.

También ese recuerdo me llevaba a hacer lo que pretendía llevar a cabo.

Una vez llegada al salón, no hubo problemas en pedir ser atendida por Hans. Todavía estaba molesta con él por no responder a mi velada invitación a llamarme, pero sabía que era muy bueno en lo suyo. Yo solo podía pensar en él para llevar a cabo mis planes, no tenía confianza en ningún otro para poner en sus manos mi cabello.

Me sorprendí un poco al verlo: tenía un feo golpe en el rostro; lo percibí detrás de esos lentes algo oscuros que se había colocado y que quedaban terriblemente fuera de lugar en un ambiente cerrado como

el salón. Pensé en una caída, u otro tipo de accidente, hasta que me dijo:

—Pensar distinto es cada vez más peligroso en este país.

No pregunté más, ni él aclaró ninguna otra cosa más respecto de la cuestión. Inclusive, cuando me lo dijo, lo hizo en voz baja, acercando su rostro al mío. Era obvio que desconfiaba de quienes nos rodeaban.

Me había confiado sus palabras con amargura para luego arrepentirse de haberlo dicho, casi de inmediato.

Delación, violencia y represión en las ideas. Eso era lo que estaba sucediendo con el gobierno que mi madre entendía perfecto.

Le pregunté cómo me vería con el cabello oscuro. A él, entonces, se le animó la expresión.

—Ciertamente resaltaría sus ojos claros, más que con el rubio. Es un cambio importante, pero creo que la favorecería.

Le dije que estaba en sus manos y pude ver, casi de inmediato, una nota de orgullo en su expresión.

—No me equivoqué al pensar que era una persona con estilo propio, *Fräulein*.

Menos de un cuarto de hora después de ponerme en sus manos, tenía el cabello saturado de una sustancia negra, espesa y viscosa, que despedía un olor algo ácido y penetrante. Me miré en el espejo. Parecía que habían derramado petróleo sobre mi cabeza.

La incomodidad fue aún mayor cuando, bajo el calor del secador, su olor se hizo aun más fuerte.

—Es el precio de la belleza —me decía mi peluquero favorito al notar esa incomodidad con aires de sumo sacerdote que llevaba a cabo alguna especie de ceremonia de un culto atávico.

No dejé de advertir que había cambiado su ánimo sombrío de cuando empezamos. Ahora se lo veía risueño, animado. Quería pensar que yo tenía que ver algo con eso. Aun cuando, por más indirecta que le dirigiera, él no acusara recibo de mis intenciones de llevar nuestra relación más allá de mis visitas al salón de belleza.

—¿Quiere saber un secreto? —preguntó con ese tono formal que no me gustaba usara conmigo porque evidenciaba cierta distancia. Como me vio asentir, continuó—: Es paradójico si no ridículo. El famoso color rubio ario, que todas las buenas mujeres nacionalsocialistas buscan tener, como reivindicación de la propia esencia de la raza, es fruto de un colorante extranjero. Se trata de L'Oréal Blanc, traído desde Francia. Claro que puede decirse en su descargo, que el dueño de esa empresa, Eugène Schueller, es un fascista a ultranza. El nazismo tiene sus tristes equivalentes por media Europa, *Fräulein*.

Cuando, al término de esa sucesión de esperas e incomodidades, pude apreciar el resultado final en el espejo, me quedé con la boca abierta.

Mi cabello ahora era negro, de un oscuro intenso que, como Hans había predicho, destacaba el azul de mis ojos. Un sentimiento de extrañeza se apoderó de mí. Al principio, ni siquiera me reconocí en la imagen que me devolvía el espejo.

Tras la sorpresa inicial, y con la décima mirada observadora, comenzó a gustarme. Mi rostro, ahora enmarcado por el azabache, tenía un aire de misterio, profundidad, o algo parecido que no terminaba de precisar. Menos etérea que con mi cabello claro, me veía más concreta, más segura, más... mujer.

Con el cabello negro me parecía más a mi padre. O desentonaba menos a su lado. Ese pensamiento me gustó de sobremanera.

Mi peluquero seguía a mi lado esperando mi parecer sobre su trabajo. Más que conforme, estaba feliz y por eso lo sorprendí al levantarme para darle un abrazo y un beso en la mejilla. Rubia o morocha, seguía siendo la impulsiva de siempre en cuanto a expresar sentimientos se refería.

—Debo entender que ha quedado conforme, *Fräulein*. —Como persona formal que era, mi expresividad lo había descolocado un tanto, aunque solo por unos momentos. No debía de ser una reacción usual entre sus clientas germanas.

Me miré una vez más de pie ante el espejo. “Quizás esta sea realmente yo. Tal vez se trate de la persona que ha querido salir de dentro, por tanto tiempo”, pensé en tanto giraba la cabeza para verme de un lado y otro.

—Encantada, Hans. Lo adoro. Esa es la palabra.

Nuestro mayordomo me pasa el teléfono. Había sonado un instante antes, justo cuando cruzaba por la sala.

—*La policía, madame.*

—*¿Qué ocurre?*

—*No lo dijeron. Solo preguntaron por usted.*

Tomo el aparato sin entender nada.

—*¿Sí?*

Una voz que reconozco de inmediato, pero que nunca pensé en volver a escuchar, me responde:

—Como verá, he averiguado finalmente su nombre —me dice.

Sabía que la parte más difícil de lo que acababa de hacer no pasaba por las incomodidades en el proceso del teñido, sino por mostrar su resultado a los demás, comenzando por mi familia.

A mamá, incapaz de conmoverse por la mayoría de mis cosas, o de cualquier otro ser humano que no fuera ella misma, verme entrar con mi nuevo color la dejó boquiabierta; por supuesto, para mal.

Tardó en decirme algo. Fue momentos después que vi cómo la furia se evidenciaba en su rostro. Antes, la taza de café que tenía entre manos se había precipitado al piso.

—¿Hasta dónde vas a llevar esta patética revuelta estética tuya en mi contra, hija? ¿Qué sigue para demostrar tu odio hacia mí? ¿Oscurecerte la piel? ¿Un tatuaje de marinero en alguno de tus brazos? —No eran preguntas, sino los comentarios más mordaces que alguna vez le había escuchado.

No, perdón, sí se los había escuchado antes. La tarde en que mi hermana había vuelto a casa. Yo era la única persona de la familia allí, además de ellas dos. A escondidas, desde el barandal en el piso de los cuartos que daba al hall de recepción de nuestra residencia, había escuchado la pelea entre las dos. O, más bien, como mi madre descargaba su enojo con Sofía.

Es curioso cómo se comportan con uno los recuerdos. Había olvidado todo lo oído ese día, hasta ese momento.

Estaba fuera de sí. Mucho más, incluso, que lo que demostraba. Me di perfecta cuenta que se contenía para no decirme aun más cosas. Mi hermano Otto veía la escena con aflicción, desde detrás de sus lentes, parado como una estatua.

De nuevo fui llevada ante mi padre y acusada formalmente de indisciplinada. Vi la perplejidad en el rostro de papá, otra vez. Pero cuando todo parecía un *déjà vu*, mi madre se marchó sin esperar a que papá dijera nada. Supuse que ser una vez más desautorizada sería demasiado para ella.

—¿Qué te parece, papá? —le pregunté, tratando de hacerme la inocente. No sabía por qué, pero la culpa me invadía por dentro.

El recuerdo de lo ocurrido con Sofía no me ayudaba a mantener la mente calma. Pero estaba segura de algo: no iba a dejar que me quebrara la rabieta de mi madre. No iba a darle ese gusto.

Vi cómo mi padre me observaba con ese rostro serio tras el cual ocultaba muchas veces sus propios sentimientos. No pude evitar inquietarme un tanto. Yo era de cristal para él, translúcida, incapaz de poner a resguardo de su observación atenta ningún aspecto de mi existencia.

No pedía con mi pregunta su opinión sobre el nuevo color oscuro de mis cabellos. Buscaba su aprobación. Un paraguas protector bajo el cual guarnecerme de los embates de mi madre, de quien cada vez me separaba más. Que me dijera que estaba bien lo que en realidad hacía, y que nada tenía que ver con la estética. Corroborar de él que no había nada de malo en mis actos.

—¿Te importa acaso mi opinión? No la pediste antes de hacer lo que sea que te hayas hecho para tener el cabello de esa forma.

Estaba molesto. Me preguntaba por qué, en realidad, pero no estaba segura de querer averiguarlo.

—No entiendo a las mujeres —me dijo más enojado con ese ignorar que conmigo, quise creer—. Nunca entendí a tu madre, pagué el precio más alto por no entender a tu hermana, y ahora me sucede lo mismo con mi pequeña Coti, que ya no es para nada una pequeña. Todo el tiempo se la pasan dando señales inentendibles, en lugar de decir claramente lo que les pasa por la cabeza. Podrían, con tu madre, tenerme un poco de consideración. Ya de por sí es difícil dejar bien librado a nuestro país en las circunstancias europeas actuales para entretener mi tiempo con sus peleas.

—No es por mamá que hice esto. Y, si no te lo dije, es porque sabía que eras el único que podía disuadirme.

Él me miró sin dejar a un lado un ápice de su seriedad.

—Coti, ¿cuántas veces tengo que repetirlo? Somos simples observadores de lo que ocurre aquí. Estamos para representar los intereses argentinos, no para tomar partido por las cuestiones propias de este país que, para bien o para mal, solo le competen a los alemanes.

—Papá, no podemos ser neutrales antes ciertas cosas.

—Es muy idealista de tu parte, Coti, pero inaceptable para un diplomático. En particular, para la hija de un embajador.

—Son los ideales que me inculcaste, papá. Empezando por el respeto a la dignidad de los seres humanos.

—Espero que encuentres aquello que estás buscando —me dijo al fin tras unos momentos de indecisión, acercándose y besándome en la frente. Sus labios se sintieron cálidamente reconfortantes frente a

mi mar de dudas. Lo tome como una versión cariñosa, del espaldarazo que los reyes daban antaño a los caballeros que salían al combate.

Pude haber dejado allí las cosas, pero no, no podía.

—Entonces, ¿te gusta?

No iba a irme sin una respuesta suya. En realidad, sin tener la contestación a que aspiraba.

—Coti, por más que tengas los rasgos de tu madre, decididamente has heredado esa terquedad típica de mi familia.

—Papá...

—¿En verdad querés que te diga lo que pienso?

—Sí.

—¿Sobre el hecho de intentar hacer una declaración política encubierta respecto de ciertas políticas del estado alemán que nos hospeda?

Negué con la cabeza, inquieta. Para no entender a las mujeres, por lo menos en lo que se relacionaba a mi persona, mi progenitor parecía arreglárselas bastante bien.

Él, entonces, sonrió a medias. Por lo menos, ese gesto incompleto relajó la anterior severidad de su expresión. Sabía que no podía pasar mucho tiempo enojado conmigo y, en ocasiones, debo reconocerlo, me abusaba de ello. Claro que tal imposibilidad suya iba pareja a mi necesidad de tener su aprobación en casi todo. Por supuesto que mi aspecto estaba en los primeros lugares de la lista.

—Jamás le pediría eso a un embajador. Sería comprometerlo. Solo quiero que mi papá me diga...

—... que le gusta. Eso, y no otra cosa, es lo que esperarás escuchar. A modo de una suerte de bendición patriarcal respecto a tu inconsulta actuación.

No pude negar lo evidente. A pesar de mi rebeldía, tanto la que yo expresaba, como la que me reservaba por dentro, ambos sabíamos que una sola indicación suya hubiera bastado para yo regresara al *Friseursalon* y volviese tan rubia como antes. Habría puesto mala cara, pero no habría dejado de obedecerlo. Pero papá, pese a sus palabras, no había dicho nada semejante. Y ese también era un detalle que no se me escapaba.

—Quizá no soy tan rebelde como me consideran.

Me quedé allí, esperando una respuesta. Pese a declamar y empezar a actuar en ciertas cosas como mujer emancipada, en otras me comportaba como una niña.

—Soy un tanto antiguo sobre estas cosas. Tu cabello natural es muy bonito. Creo que uno debe ser lo más natural posible, pero también sé que, a tu edad, probar cosas nuevas es algo necesario. — Sonrió un poco, en un intento por brindarme una complicidad que atenuara un tanto sus palabras—. Hasta diría que irremediable, mal que le pese a mis nervios.

—No te gusta, entonces.

Podía ser persistente. Lo era, de ordinario. Nadie podía culparme de eso. Se trataba de un signo característico en las mujeres de la familia.

Y por supuesto, que él como diplomático que era, contestó en tal forma:

—No dije eso. Es algo exótico, tal vez. Pero no te queda mal. En todo caso, a tu abuela le encantará saber que finalmente se le ha cumplido su deseo de tener un nieto con el cabello oscuro.

Fiamma me observó, embelesada. Vi cómo mi nuevo color de cabello la inquietaba, le sacudía esa cabecita fantasiosa suya, aunque procurara disimularlo.

Estábamos esa noche en el *Ciro's*, uno de los pocos lugares que quedaban en Berlín donde podía escucharse música de jazz con músicos negros. La obsesión, de parte de los nazis, por depurar a la raza superior de elementos inferiores conllevaba la condena al jazz, como música “degenerada”, un invento “negro-judío”.

Mi ánimo no era el mejor. Hans había vuelto a rechazar una velada oferta de mi parte para encontrarnos y tener una relación más allá de las necesidades de mi cabello.

Me parecía un hombre por demás interesante y buscaba conocerlo un poco más. En ese tiempo, no abrigaba más sentimientos que eso. O, al menos, eso entendía. Cándida de mí, era por entonces poco más que una aprendiz de exploradora en el mundo de los adultos. Poco y nada podía tener en cuenta sobre las consecuencias que disparaban mis actos.

Hans se había mantenido inflexible frente a todas mis propuestas de amistad. Cortés pero firme, me había dejado en claro que él no era alguien conveniente para una joven de mi posición.

No entendía tal negativa ni las razones que esbozaba. Debo reconocer que, ni por ese tiempo ni en el presente, supe manejar bien los rechazos de los hombres. En virtud de eso, por aquellos días, mi

interés por Hans se trocó en cierto grado de desdén y en la búsqueda de alguna revancha.

Fiamma percibía mi estado emocional y supongo que buscaba aprovechar esa debilidad para acarrear agua para su molino. Podía ser tan calculadora a veces como abierta y generosa en otras. Una persona dual.

Esa noche no había aceptado un “no” por respuesta sobre salir, y no había parado de derrochar toda clase de amabilidades hacia mi persona a lo largo de la velada.

Hasta entonces, mi amiga se había mostrado bastante medida con mi último cambio. Pero una vez solas, luego de una buena cena y dos tercios de una botella de champagne, mostró más abiertamente sus intenciones. Hasta me tocó un par de mechones, delicadamente, sin poder sacar la vista de ellos, como durante toda la cena no la había apartado de mi cabello.

—Supe la primera vez que te vi —me dijo tras encender un cigarrillo e invitarme otro, ofrecimiento que, por supuesto, acepté—, que detrás de esa carita de inocente existía una seductora, que más tarde o más temprano finalmente se revelaría.

Me lo dijo con su usual aire de suficiencia. Por alguna razón, sus palabras me sonrojaron. Luego de todo lo pasado, y a pesar de todo lo vivido junto a ella, todavía, en ocasiones, sus palabras tenían ese efecto en mí. Ese era uno de tales momentos.

—Con cada día que pasa estás más y más bella —prosiguió—. ¿Cómo se supone que mantenga mis manos lejos de vos?

No contesté. Su comentario hizo brotar rubor en mis mejillas. No sabía qué decirle que no pusiera en peligro nuestra amistad. O, en realidad, la mía con ella. Miré en derredor nuestro, más para escapar

de sus ojos que otra cosa. Mi atención se detuvo entonces en un hombre alto, de cabello oscuro muy corto y unos ojos maravillosamente luminosos, que charlaba amistosamente con otro amigo en la barra. Gesticulaba y reía todo el tiempo, como si el mundo esa noche careciera de problemas. Tendría unos veinticinco años, tal vez.

Él entonces volvió su rostro hacia nosotras, se había dado cuenta de que lo estaba observando. Me sonrió, finalmente, tras un momento de extrañeza. Entonces descubrí que no podía seguir sosteniéndole la mirada. Volví, sonrojada por segunda vez en la noche, a los ojos de Fiamma.

—Primero te cortas el cabello como yo, luego lo tiñes de mi color. Después, no quiero quejas tuyas si das esas alas a mis fantasías.

Sus palabras me incomodaron y no tarde en reaccionar.

—Las fantasías son solo eso: cosas que nos gustaría que fueran reales, pero no lo son —le contesté, un poco cortante. Entre sus miradas y las que de soslayo veía que me dirigía el buenmozo de la barra, me sentía algo arrinconada.

Ambas apagamos los restos de nuestros cigarrillos en el cenicero de la mesa, casi al mismo tiempo. Podía ver en sus ojos que estaba algo inquieta.

—Sos una perversa, al menos conmigo. Aun cuando no lo hagas adrede. Te sale natural. Me hacés sufrir en silencio, y estoy empezando a pensar que te encanta ponerme así.

Me lo dijo con una sonrisa, como para destacar que era un sentimiento que entendía traía aparejado algo más por detrás: que sus sentimientos románticos, no me eran enteramente indiferentes.

—¿Baila, *Fräulein*? —dijo una voz que se acercó a nuestra mesa.

—No, gracias. Tal vez en otro momento —se apresuró a decir Fiamma.

Se trataba del hombre que había mirado en la barra. Me quedé paralizada. Estábamos sentadas con Fiamma muy juntas para poder hablar a pesar de la música de la orquesta, y yo también pensé que era a ella que le había hecho la pregunta. Por suerte, él lo aclaró de inmediato:

—Me refería a su amiga.

Esa era yo. Pensé que el corazón iba a parárseme. La belleza de su voz, de tenor, sumada a la de su aspecto físico, me había cautivado con la primera mirada.

—Sí, por supuesto —contesté. Él me tendió la mano y yo la tomé. Me levanté de mi silla ante una Fiamma con expresión hosca.

Fuimos a la pista de baile y, a pesar de estar atestada de parejas, él se las ingenió para llevarme entre ellas, sin tropiezos ni pasos en falsos.

Bailamos un par de piezas. Cometí algunos errores en los pasos, como la novata que todavía era en esas lides, pero él no pareció inmutarse.

—Disculpe mis pisadas —le dije.

—No tengo nada para disculpar. Sus pies son una seda, *wunderliches Fräulein*.

Me había dicho señorita maravillosa. Tenía una hermosa sonrisa y un aura de caballerosidad que me subyugaba. Dios, parecía que estuviera en una nube de satisfacción.

—Soy Sergei Anatolyevich Turguenev —se presentó—. Trabajo en la agencia tass aquí en Berlín.

Le dije mi nombre, y le pregunté qué era tass.

—*Telegrafnoe agentstvo Sovetskogo Soyuza.*

Lo había dicho en ruso. Por supuesto, no entendí nada. Él se rio ante mi cara de perplejidad.

—Se podría traducir como Agencia de Telégrafos de la Unión Soviética. Es la agencia de noticias oficial en mi país.

Conocía lo suficiente de Rusia como para entender que era la única agencia de ese tipo, dirigida desde el Estado y sometida a las reglas del partido comunista. En mi familia, todo lo que concerniera a los soviéticos era tenido como el diablo mismo, pero evité meter la política en un encuentro que me tenía subyugada.

Terminamos el baile y volvimos a nuestra mesa. No acabábamos de salir de la pista, cuando Fiamma se presentó ante nosotros con los abrigos de ambas.

—Es casi la hora de volver, Coti. El auto ya debe estar esperándonos afuera.

La miré. Nunca había tenido prisas por irse de un lugar, en ninguna de nuestras salidas anteriores.

Le dije a Sergei que debía partir, y él me preguntó si podía llamarme y verme nuevamente.

—Sí, claro.

Le di el número de teléfono de nuestra casa antes de que Fiamma me tomara por el brazo, muy seria para dirigirnos a la salida.

CAPÍTULO 16

Una Navidad bajo la esvástica

*La Navidad agita una varita mágica sobre el mundo y, por eso,
todo es más suave y más hermoso.*
Norman Vincent Peale

"*Wunderliches Fräulein*", señorita maravillosa. Así se refirió a mí la primera vez. Cuando volví de la universidad con Fiamma al día siguiente, todavía soñando despierta sobre lo ocurrido en la noche anterior con Sergei, nuestro mayordomo me esperaba con una sorpresa.

Tras tomar nuestros sombreros, me alcanzó un ramo de flores precioso. Eran una docena de grandes rosas color fuego con moño y todo. Fiamma, a mi lado, no podía disimular su desagrado.

—¿Seguro que son para mí? —le pregunté. Nunca antes había recibido flores.

—Tiene una tarjeta con su nombre, *Fräulein*.

Cuando la tomé e intenté leerla, no pude hacerlo en lo absoluto: salvo por mi nombre, estaba escrita con caracteres cirílicos. A pesar de ello, casi salté de la alegría. Más allá de lo que dijera, una cosa era segura: mi bailarín ruso realmente se mostraba interesado en mí.

Me pasé el día viendo como una tonta las flores, tras ponerlas con agua en un florero y llevarlas a mi cuarto. En vano revisé la biblioteca de mi padre en busca de un diccionario ruso-español o ruso-alemán. No lo había.

Fiamma no estaba nada contenta con mi situación sentimental. Y tal como era su costumbre, no demoró en hacérmelo saber.

—Va a romperte el corazón —me dijo tras la décima vez que me acerqué a las flores para aspirar su aroma y tocarlas—. Así que, cuando lo haga, no vengas a pedirme consuelo.

—Estás celosa —le respondí sin dejar de contemplar las rosas. Eran tan rojas, tan bonitas.

—Son todos así de caballeros y adorables al principio. Luego, cuando te tienen bien enganchada, es cuando empiezan a mostrar las garras.

Lo dijo con tristeza antes que con desdén.

—Pareciera que hablaras desde la experiencia. —Mi tono fue algo cortante.

—Lamentablemente, sí.

Una parca afirmación de su parte, que me dejó con gusto a saber más. Me moría de ganas de preguntarle al respecto, pero no lo hice. Estaba fastidiada que se pusiera así, de esa forma tan negativa conmigo. Parecía como si buscara boicotear todo lo hermoso que me estaba pasando.

Pero ella, imperturbable a mi creciente rostro de hosquedad, siguió hablándome del tema.

—Además, de todos los hombres del mundo, un ruso sería en el último que confiaría. Son como sus muñecas matrioskas: una caja de sorpresas con una personalidad dentro de otra, cada cual más pequeña y oscura.

—Aunque así fuera, tomaré el riesgo.

Ella se molestó conmigo por esas palabras.

—No digas que no te previne —me dijo antes de enfrascarse en la lectura de uno de los libros de la tarea. Fiamma jamás hacía eso, nunca los leía y casi siempre me pedía se los explicase camino a la universidad. Con tan poco, le alcanzaba para aprobar raspando.

Actuaba muy extraña en todo este asunto hasta para ser ella misma en un ataque de celos.

Cuando Sergei me llamó más tarde, me preguntó si había recibido su ramo de flores y yo le pregunté sobre el contenido del mensaje.

—“Para una encantadora y adorable mujer”, eso es lo que dice.

Me fascinó. Y lo mejor de todo era que había utilizado esa palabra tan cara a mí en esa época iniciática mía: “mujer”.

Quería salir otra vez conmigo. Por supuesto, acepté.

Sin nada mejor que hacer, repaso el diario. Viajo en un compartimiento de primera clase en el tren que va desde Berlín a un pueblecito en la Alta Baviera, llamado Bad Aibling.

Las noticias hablan del triunfo aplastador de Franklin D. Roosevelt en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. En España sigue esa cruenta guerra civil. Es de esperarse que pronto

acabará y con los mejores resultados: el gobierno ha huido de Madrid a Valencia y las tropas de Franco se hallan ya a las puertas de la capital. Antes de eso, ha podido levantar el asedio sobre el Alcázar de Toledo. Mucho de ese resultado cabe al apoyo que el Reich ha proporcionado a los militares sublevados del bando nacional.

Dejo el diario a un lado y observo el paisaje verde, bucólico, que pasa velozmente a través de la ventana. Ignacio no ha opuesto reparos a esta nueva aventura mía. Pero soy yo la que no estoy muy segura de llevarla a cabo.

Naturalmente, me siento halagadísima por que se haya pensado en mí. El propio Führer me lo ha pedido. Por la pureza de mis rasgos arios, quieren que sea el modelo para un cuadro del renovado arte del Reich. Se me ha dicho, incluso, que forma parte de las obras que se están realizando para ornamentar el interior de la nueva cancillería que se tiene en proyecto de construcción.

He aceptado, pero no sin dudas ni condiciones. No me conformo con ser una simple modelo y he pedido poder elegir al pintor y dar mi opinión sobre el cuadro. Ambas cosas han sido aceptadas por el gobierno alemán.

Nunca pensé en ser tan agasajada en el país de mis padres. Es una sensación extraña, por primera vez se me reconoce como parte de algo. Con todo, sigo teniendo mis reservas, aun ahora, a punto de llegar a ese lugar remoto donde el maestro pintor Sepp Hilz tiene su atelier, retirado de la vida mundana de las grandes ciudades.

Temo que posar para que mi imagen sea capturada, en trazos y colores sobre un lienzo, equivalga a tener que mostrarme tal como soy. Eso me inquieta, pues todo este tiempo he jugado a las escondidas con todos, sobre lo que realmente llevo por dentro. Odiaría que alguna de mis debilidades quede en evidencia sobre esa tela.

Estábamos a las puertas de la Navidad. Ya me había acostumbrado a vivir con las estaciones cambiadas para todo. Aquí era un festejo de invierno y no veraniego como en nuestra Argentina. En ningún lugar como Berlín, de toda Alemania, se percibía más ese hecho de encontrarnos en la etapa más fría del año. El sol invernal, cuando brillaba en la ciudad, subía solo en parte por el cielo desde el este y arrojaba unos rayos mínimos a mediodía. Por meses, desde la llanura prusiana no llegaban más que vientos gélidos.

El frío glacial, por ese tiempo, paralizaba a la ciudad en un absoluto silencio, luego que la oscuridad volvía a media tarde para tornarse absoluta. No había entonces sitio, ni objeto público que escapara al efecto de la escarcha y la nieve. El hierro de verjas y luminarias se crispaba al contraerse; las construcciones de ladrillo o yeso se resentían bajo el efecto de las continuas bajas temperaturas.

Si algo de ese período del año resultaba prenda común de toda la ciudad, era, sin lugar a dudas, la nieve. Merced a continuas nevadas se la podía hallar por todas partes: en las calles y veredas, en las estructuras ferrosas del ferrocarril aéreo, en la herrería de los balcones, en los puentes, en las copas de los árboles y hasta en las farolas que iluminan a duras penas las calles.

A pesar de todo, nada de eso me perturbaba en demasía. Pronto me acostumbré a tan particular periodo invernal con días con pocas horas de luz y largas penumbras, bajísimas temperaturas, vientos helados y nieve por doquier.

De acuerdo a mi madre, nosotros llevábamos, como seres nórdicos, el frío en nuestra naturaleza. No me gustaba darle la razón en nada, pero comenzaba a pensar que podía ser así.

Volvía sola a casa ese día de mis compras navideñas. Fiamma era una más de la legión de resfriados que dejaba en sus hogares la severidad acentuada de la estación en ese año. Transitaba por una ciudad en penumbras, apenas aligerada por las luces que se dejaban ver encendidas en mi camino por calles y aceras bajo un manto blanco: farolas en las aceras, escaparates de las tiendas, faros de automóviles y los interiores claramente iluminados de los varios tranvías que pasaron a mi lado.

Había, también, otras luces que se agregaban a las normales, propias de la Navidad. Aparecían velas en todas las ventanas, y grandes árboles iluminados con luces eléctricas adornaban plazas, parques y las esquinas más transitadas de cada calle. Me sentía bien al ver todo eso, lo tomaba como una confirmación de mi idea que nada podía trastornar a ese espíritu de la Navidad, fuera en donde fuera que uno se hallara.

Mi fe en la bondad humana por esos días era tal que ni siquiera los nazis lograban cambiarme el ánimo. Más aun, me encantaba verlos dejar de lado su tradicional hosquedad en pos del sentido que implicaba la proximidad de la fecha. Era muy joven por ese tiempo, así como excesivamente inocente. Me sentía inclinada a darles el beneficio de la duda al ver a las tropas uniformadas de las SA que monopolizaban la venta de árboles de Navidad, ofreciéndolos en inmediaciones de las estaciones ferroviarias, a beneficio de la *Winterhilfswerk des Deutschen Volkes*, la campaña anual de ayuda para el invierno del pueblo alemán para los pobres y los desempleados. Cuadra tras cuadra, estratégicamente ubicados, grupos de las juventudes hitlerianas y de la liga de jóvenes alemanas, armados de una alcancía roja cilíndrica con una esvástica al frente, recogían donativos. Con sus birretes y abrigos de grandes botones, parecían soldados en miniatura. Desde ese año, todos los niños y niñas del Reich, entre diez y diecisiete años, debían formar parte obligatoriamente de dichas organizaciones.

Coloqué un billete de cinco marcos en una de ellas y un niño de las *Hitlerjugend* prendió una pequeña insignia en la solapa de mi abrigo. Se trataba de un pequeño pin circular con la esvástica, el año y el nombre de la colecta.

Tenía prisa por llegar a casa, pero las compras y los paquetes que cargaba demoraron mi trayecto. Me había asignado a mí misma la tarea de adornar el árbol que papá había conseguido un par de días antes. Se trataba de un abeto enorme, de casi dos metros, que había colocado en el salón que usábamos para brindar las recepciones oficiales. Mamá se había desentendido del tema, luego que mi padre no compartiera sus planes de una gran fiesta. El clima en Europa distaba de ir hacia tiempos de paz, incluso en nuestro hogar.

Arribé a casa con cuatro paquetes de luces y adornos solo para encontrarla desierta con la excepción de Otto y Fiamma. Papá estaba en sus asuntos de la embajada y mamá había salido, invitada por Magda Goebbels para participar en la *Deutschlandhalle* de un acto en que se daría una comida caliente a dos mil personas necesitadas de Berlín.

Mi amiga leía, recostada en el sofá, esa nueva revista estadounidense, *Life*. Se trataba de una publicación en que, a diferencia de los diarios, primaban las grandes fotografías por sobre los espacios de texto. Fotoperiodismo, le decían a esa modalidad de presentar las noticias. Poco para leer y mucho que observar era una combinación que a Fiamma se la antojaba insuperable, sobre todo si se trataba del mundo de las estrellas de cine que adoraba seguir. Alguna vez me había contado respecto de sus sueños, nunca llevados a cabo, de actuar. Por su parte, mi hermano simplemente estaba sentado en un sillón contiguo, procurando leer uno de sus libros de biología, aunque de continuo a la espera que ella le comentara o le solicitara algo.

Les pedí entonces, a los dos, ayuda con la cuestión del árbol. Mi hermano, como ya era su costumbre, la miró a ella antes de pronunciar una palabra. María Fiamma, entonces, se negó de plano. Por sus ojos llorosos y sus fosas nasales enrojecidas, creía que iba a escudarse en su condición de salud para zafar de la tarea. En cambio de eso, invocó una suerte de objeción de conciencia. Le parecía una gran hipocresía festejar la Navidad.

—Todos juegan por unas horas a ser buenos alrededor de ese bendito pino. Luego, al siguiente día, vuelven a ser tan cretinos como lo eran antes.

A veces, me exasperaba esa negatividad suya. No podía creer que también estuviera en conflicto con la Navidad.

—Tal vez el clima de esta Navidad cambie las cosas a futuro.

Mis palabras tenían la nota de esperanza que sentía internamente. Le conté entonces lo que había visto durante esa jornada en la calle, así como en los días anteriores: miembros de las SA vendiendo árboles de navideños y los chicos de las juventudes hitlerianas recogiendo donaciones para ayudar a los pobres a pasar el invierno.

Ella me miró con incredulidad. Luego volvió a lo alto su vista, elevando sus manos muy juntas, como si estuviera en una especie de oración con el cielo. Fue un gesto muy teatral, de esos que acostumbraba a realizar a veces. En el fondo, Fiamma todavía conservaba sus aspiraciones de artista.

—*O sancta virginitas simplicitasque* —exclamó en su tono más solemne.

Sabía lo que significaba que dijera eso. Se trataba de una frase en latín: “¡santa inocencia virginal!” Pronunciada por alguien que no creía ni en los santos ni, menos aún, en las vírgenes, resultaba claro

lo que buscaba decirme con esa teatralidad suya: que era una estúpida por pensar de esa forma.

—Todo ese asunto de la venta de abetos navideños y las donaciones para la *Winterhilfe* es un modo de financiar la ayuda a los necesitados con dinero de otros y disponer de los respectivos marcos fijados en el presupuesto para otras cosas como cañones, tanques y aviones. Nada es inocente. Si hasta esos prendedores que te dan cuando donás son un modo de saber quién les ha hecho caso y quién no. Tal como ese que llevas prendido en tu abrigo.

La vehemencia con que había pronunciado sus palabras cerró toda posibilidad de insistirle en participar del armado del árbol.

Fui hasta la sala de baile, desierta salvo por aquel pino de poco más de dos metros, que parecía tocar el techo y se ubicaba en el centro del recinto. Dejé a un lado los paquetes traídos para decorarlo. Había comprado, a tales fines, bolas blancas, azules y amarillas, espumillón plateado, una enorme y nívea estrella para coronarlo, así como tres cajas de luces eléctricas.

Me situé justo frente al árbol, dudando si podría llevar a cabo sola lo que me había propuesto. Probablemente, me llevaría todo día.

—¿Necesitás ayuda?

Me volví con una sonrisa al reconocer esa voz. A mi espalda, mi hermano Guillermo, aun con su uniforme alemán de oficial de infantería, me sonreía. Su rostro tenía también un gesto de sorpresa.

Un sentimiento de tranquilidad me recorrió por dentro.

—Claro que sí —le dije mientras corría a abrazarlo.

Como de costumbre, él se mostró un tanto molesto por esa impetuosa manifestación de mi afecto.

—No he vuelto de una guerra, Coti —protestó sin que por eso cediera la fuerza de mis brazos alrededor suyo—. Por cierto, ¿qué has hecho con tu cabello? Parecés la melliza de esa actriz, Hedy Kiesler.

La comparación de mi hermano ponía en evidencia haber cometido algún hecho poco confesable. Dicha artista había actuado tres años antes en una película llamada *Éxtasis*, en la que aparecía completamente desnuda; al borde de un lago, primero y, luego, echándose a correr por la campiña checa. Era la primera vez que una mujer era filmada sin ropas en un film y no dudaba ni un instante de que Guillermo la conocía por haber visto esa “indecorosa” película a escondidas de nuestros padres.

—Quise cambiar un poco. —Lo dejé en paz y terminé con mi abrazo.

—Pensaba que no ibas a llegar hasta dentro de unos días.

—Logré un permiso especial. Tengo algunos asuntos en Berlín.

Me contó la idea que le rondaba por la cabeza. Estaba a punto de terminar su período en el regimiento de montaña bávaro y obtener de esa forma la especialidad de *Gebirgsjäger*, pudiendo prender la insignia de la *Edelweiss*, propia de los soldados alpinos, en su uniforme. En lugar de volver a la Argentina, luego de eso, quería permanecer allí, a la espera de poder rendir para cursar la *Kriegsakademie*, la escuela para oficiales de estado mayor en Berlín, el siguiente año. Se trataba de la primera de su tipo en el mundo, fundada en 1810 y prohibida en 1919 por el Tratado de Versalles, que había sido reabierto por Hitler el año anterior con gran pompa.

—Son muy selectivos allí —me explicó—. Este año, de mil oficiales candidatos solo ingresaron ciento cincuenta.

—Capacidad no te falta, hermanito. Estoy segura que, de presentarte, lograrías entrar.

—Es más un sueño que otra cosa. No tengo el rango de capitán con que en general se ingresa. Soy todavía demasiado joven, supongo.

Recordé mis pasadas vivencias, en las aulas y fuera de ellas, desde que Guillermo partió a su unidad en Bavaria.

—No pierdas las esperanzas —le dije como al pasar—. En nuestra familia, todo lo llevamos a cabo demasiado jóvenes.

No tuve la intención de espantarlo, pero logré precisamente eso. Se me quedó mirando, como si dudara de profundizar en la cuestión o no. De mi parte, comencé con la tarea de adornar el pino para escapar a esa mirada escrutadora suya. Decidía para mis adentros si contárselo o no. Pronto, él se me unió en silencio, sin hacer preguntas. Eso me alivió de sobremanera.

Con la ayuda de Guillermo todo fue más fácil en cuanto a la decoración navideña. También, más llevadero. No solo fue un alivio contar con su ayuda, pude tenerlo para mí por un buen tiempo. No había reparado, hasta entonces, en cuánto había echado de menos su compañía. Creo que sonreí todo el tiempo viéndolo trabajar junto a mí subido a una escalera para terminar de ornamentar las partes más altas del pino. Cuando todos los adornos estuvieron en su sitio, abrí otra de las cajas que había comprado y empecé a preparar las luces. Vi entonces cómo Guillermo ponía cara de espanto.

—¿Vas a ponerle luces eléctricas al árbol en lugar de colgar velas?

A juzgar por el tono con que me lo dijo, parecía creer que estaba llevando a cabo una herejía.

—Es más limpio y seguro. Y no tenés que afean toda la escena con esos cubos de agua cerca por si algo se prende fuego.

Él me miró, no muy seguro de mis razones.

—Nunca hemos tenido un árbol con luces de electricidad.

Siempre tan conservador. Lo adoraba, pero ese rasgo suyo me sacaba a veces.

—Es el futuro, hermanito. Así que mejor te vas acostumbrando.

—Ni lo sueñes, Coti. Solo se trata de una moda pasajera. Le gente nunca dejará de adornarlo con velas.

Mientras colocábamos las luces en el árbol, me puso al corriente de su vida. Él siempre fue, de todos mis hermanos con quien más confianza tenía y con el que más reñía. Comenzaba a pensar que ambas cosas estaban interrelacionadas.

En tanto terminábamos de armar el pesebre traído de casa a un lado del tronco del árbol, me decidí por contarle sobre el periodista ruso. Sentía que le debía eso, por toda su respetuosa reserva en tanto trabajábamos.

—Por lo que me estás contando, es algo serio —me tanteó él, luego de darle la noticia, usando menor cantidad de palabras posibles.

Solo asentí, presa de una timidez sorprendente. Entonces tomé de su caja la gran estrella que había conseguido para coronar al árbol y subí a la escalera para colocarla.

—Es comunista, supongo.

Guillermo era decididamente un opositor de todo lo que se relacionara a los bolcheviques y el estado que habían creado en el antiguo imperio ruso.

—Eso creo —le respondí al bajar.

Vi que no aprobaba esa relación mía, solo con ver la expresión en su rostro.

Desde la calle llegaba el eco apagado de unos villancicos. Los cantaban, en alguna parte, un grupo de niños.

Guillermo se había quedado mirándome con un signo indudable de aprensión en el rostro. Sabía lo que decían sus ojos, aunque todavía no pronunciara palabra. Que era una romántica sin experiencia alguna en la materia, enfrentada a la perspectiva de un amor difícil.

—Por Dios, Coti, no va a serte fácil lidiar con un hombre de otra cultura y otras ideas. Espero que ese espíritu rebelde tuyo no vaya a llevarte a realizar alguna tontería de la que luego te arrepientas.

Me molesté por la advertencia. Claro que, en ese entonces, no sabía cuánta razón tenía.

CAPÍTULO 17

Sentimientos extraños

*Las mujeres han sido hechas para ser amadas,
no para ser comprendidas.*

Oscar Wilde

Era un lugar idílico, como todos esos sitios que se describen en los libros respecto de los Alpes. Ubicado más allá de Garmisch-Partenkirchen, en el sur de Bavaria y casi en la frontera con Austria. Un pequeño hotel de dos pisos y gran techo de tejas a dos aguas, establecido a un lado del camino a las montañas, no lejos de la Gebirgs-Brigade en la que mi hijo Guillermo estaba destinado.

Casi por donde miraras, podías ver la magnificencia de esas montañas Bávaras vestidas de blanco por la nieve y cubiertas de pinos en la parte baja de sus laderas y valles.

Habíamos venido, junto a Otto y Constanza desde Berlín para la entrega de las insignias de Gebirgsjäger a Guillermo. Había completado su instrucción como oficial de tropas de montaña.

Solo éramos nosotros. Ignacio tuvo que quedarse en Berlín, prisionero de asuntos de último momento impostergables. Parecía que cada semana estalla una crisis nueva en Europa.

Era un día de sol espléndido que pasamos en los cuarteles de su unidad. Mi hijo estaba impecable en su uniforme de gala con su guerrera Waffenrock grisácea de lana, en el cuello y mangas,

pantalones ajustados en las perneras que llevaba metido dentro de sus altas botas negras, y casco de acero. Los adornos del cuello y las mangas, consistentes en Litzen, o pequeñas barras color plata, estaban ribeteadas en color verde, distintivo de las tropas de montaña. Sobre el brazo derecho, exhibía, con todo orgullo, la insignia circular de la flor de la nieve o Edelweiss, propia de esas unidades, que solo crece en pequeños grupos en las praderas alpinas y roquedos a gran altura de los Alpes.

Seguí con atención toda la ceremonia de entrega de insignias y el infaltable posterior desfile. Pero me excusé con el comandante de la unidad de tomar parte en la reunión posterior, en la que sí se quedaron mis hijos. Se me había tratado maravillosamente, había ocupado un lugar destacado en el palco de autoridades y, como siempre, había capturado un número de miradas masculinas, pero el hecho de ver a mi hijo al pasar desfilando con paso de ganso, dirigiendo una sección imponente de soldados, me había hecho comprender bruscamente que los años habían pasado, mi vida tenía casi medio siglo y ya era una madre de hijos mayores.

Mi belleza se evaporaba. Mientras el coche me llevaba al hotel para pasar la noche, un sentimiento de desesperanza se posó en mí. Me sentía joven todavía, pero lo era en un cuerpo bello que no dejaba de envejecer.

“Qué será de mí en los próximos años”, pensé. Pronto mis hijos formarán sus propias familias. La soledad me parecía un destino natural. Tenía muchas cosas, salvo las que yo quería.

Di la noche libre al chofer, y cené en el salón del hotel. Era la única allí. Una situación perfectamente a tono con mi estado de ánimo. Apenas si probé bocado, interrogándome sobre cómo sería mi futuro, sin poder obtener algún signo alentador.

—Volvemos a encontrarnos, madame.

Ensimismada en mi pena, no había reparado en la persona que acababa de entrar, y que ahora estaba frente a mí.

Hermann von Meltka. El impetuoso jinete y organizador de policías secretas.

Vestía, salvo por la camisa marrón, el uniforme negro de las SS. Corbata, pantalones, gorra y botas altas de cuero pulido, todos en negro. La chaqueta, también negra con cuatro botones de color plata, exhibía en el centro de la manga izquierda, una banda roja, blanca y negra con la esvástica; y, casi al final de la derecha, se veía la insignia de un rombo dentro del cual se ubicaba las letras "SD". Llevaba, debajo del brazo, su gorra de plato con la calavera plateada y el águila del partido, así como sus guantes de cuero.

—No me diga nada. Casualmente pasaba por aquí.

Él rio. La risa lo volvía aún más atractivo.

—En este caso, la casualidad tiene nombre, madame: el suyo. Estaba en una inspección de rutina cuando me enteré de su presencia en una ceremonia militar, y he averiguado en dónde me hospedaba.

—Algunos juzgarían un tanto atrevida su actitud.

Él se encogió de hombros.

—Todo está permitido por una mujer hermosa.

Acepté de buen grado sus galanteos. Habían conseguido cambiarme el humor, algo que muy pocas cosas o personas pueden lograr.

Le hice un gesto con la mano para que se sentase. Le trajeron de cenar, y pidió otra botella de vino, ya que la mía iba por la mitad. Pronto hubo sobre la mesa dos Bocksbeutel, botellas ligeramente

abombadas y planas en el fondo, conteniendo el mejor vino alemán de la región de Franconia.

El recién llegado miró con gusto su Schweinebraten, un asado de cerdo, acompañado por Semmelknödeln, una especie de bolas elaboradas con pan, características de las cocinas del sur de Alemania, de las que dio cuenta prontamente.

Comimos en silencio al principio, sin dejar de mirarnos, cada cual midiendo al otro. Luego intercambiamos nuestras historias personales. La suya era la de una familia noble a la que la redefinición de fronteras de la primera guerra mundial había dejado sin nada. Las tierras y el castillo familiar eran ahora parte de Polonia.

—Mis padres murieron de tristeza. La postguerra no fue buena con nosotros. Mudados a lo que quedaba de Alemania, hubo que empezar de cero. Conocí las largas e inútiles colas para conseguir un trabajo, que siempre le daban a otro. Y una inflación que se lo devoraba todo. Solo al unirme al partido pude comer con regularidad y volver a dormir en una cama.

Su historia no era muy distinta de otras que encontraron, en el ascendiente partido nacionalsocialista y sus crecientes necesidades de organización, un escape a la crisis económica imperante. En 1933, al llegar Hitler a la cancillería, tenían empleo ocho millones menos de alemanes que en 1929.

—Debió de ser muy duro para usted pasar por eso.

Él sonrió; pretendía disimular lo mucho que lo afectaban esos recuerdos amargos que acababa de confiarme.

—Humillante, más bien. No sabe cómo. Pero lo que no nos mata nos hace más fuertes. Me puso en la senda correcta. Ahora sé quién soy y lo que pretendo.

No me dijo qué implicaba ninguna de ambas cosas. Lo observé con envidia. Yo dudaba cada vez más de lo que era y a dónde quería que fuese mi vida.

Tomamos café luego de la cena. Siguió hablándome de la revolución nacionalsocialista y de los peligros que enfrentaba. Edificar un Reich para mil años no era una tarea fácil. Todo debía ser modificado, comenzando por las podridas raíces de la sociedad.

—Debemos olvidar todo en lo que creíamos, aquello que, en realidad, nos hacía débiles e infelices.

—Suenas un poco drástico —le acoté mientras terminaba mi taza.

—Lo es, madame. Como todo en una nueva era.

Nuestra cena se había extendido más de lo prudente, y ya estábamos cerca de la medianoche. Me excusé, muy a mi pesar, explicándole que al día siguiente debía levantarme temprano, pues debíamos volver a Berlín.

Hermann me había acompañado hasta la escalera que conducía a los cuartos. Incluso subió hasta el rellano, donde había una ventana que dejaba ver las boscosas laderas de los Alpes. Una luna redonda e inmensa se reflejaba sobre la nieve de sus cumbres y los pinos. Era un paisaje sobrecogedor.

No quedamos allí por unos instantes, absorta por mi parte en la contemplación de ese paisaje dormido. Creí que él observaba también a las montañas. Pero, al volverme a verlo, advertí que sus ojos no miraban a la ventana, sino a mí.

Me dijo entonces que, bañada por la luz de la luna, mi piel parecía tener el blanco del mármol, más cercana a las estatuas que los seres humanos. Una diosa de los clásicos, esculpida por la mano de algún maestro. Perfecta y majestuosa como solo pocas cosas podían llegar a serlo.

Me fingí indiferente a tales palabras laudatorias, musitando con torpeza una despedida, antes de seguir subiendo hasta llegar a mi cuarto. Entré en él tan pronto pude. Tal vez fuera por el vino, que estaba haciendo sus efectos, o por mi estado interno de profunda soledad interior, pero sabía que, de haber estado allí un momento más, no habría respondido por ninguno de mis actos.

Hasta en mi respiración me hallaba algo agitada.

Terminada la fiesta en su unidad, Guillermo nos acercó a Otto y a mí hasta el hotel en la montaña donde nos hospedábamos. Pero, antes de ello, militar al fin y al cabo, había insistido en cambiar su uniforme por el de salida, a fin de no infringir las reglamentaciones.

Protesté que ya pasaba de la medianoche, y los únicos que podían advertir su error de vestuario eran un par de centinelas en el puesto de ingreso al cuartel. Estaba cansada, luego de un día de viaje y otro de ceremonias y festejos, pero mi hermano, como era usual, no atendió mis razones. Siempre era así, sumamente formal con sus cosas militares. Así que con Otto no tuvimos otra salida que permanecer esperándolo a la entrada del alojamiento de oficiales solteros, donde vivía.

Reconozco que estaba fastidiosa. Suelo ponerme así cuando estoy cansada. Pero esa vez tenía dos razones adicionales: la conducta de mis hermanos. Cada cual por un distinto motivo, me habían exasperado durante la velada. Guillermo se había dedicado, para pesar

de su acompañante, una bávara de mi edad llamada Ingrid, a controlar mis parejas de baile. Prevalido de su grado y autoridad militar, y sin que nadie se lo encargase, había espantado a los oficiales subalternos que juzgaba, a su exclusivo e inapelable criterio, inapropiados para su hermana. Es decir, a todos los que, esa noche y en la fiesta, se atrevieron a pedirme que bailara con ellos.

Mi enojo con Otto corría por un distinto carril. Me había acercado a las jóvenes de mi edad, y participado de sus insípidas charlas respecto de los logros del Führer y los atractivos de la mitad de los oficiales apetecibles de la unidad, solo para simpatizar con ellas y poderles presentar a mi hermano científico, el cual parecía preferir quedarse parado en un rincón, como si estuviera en un experimento de observación. A pesar de mis múltiples intentos de acercarle una agradable *Fräulein* para divertirse, ninguna pareció interesarle ni mínimamente.

—Vas a terminar siendo un solterón por el camino que vas —le dije mientras aguardábamos. Mi hermano solo se encogió de hombros, indiferente.

Siempre había sido el más cercano a mamá, y no le gustaba mi actitud con ella. Eso nos había distanciado en los últimos tiempos.

—No te haría mal ser un poco más sociable —insistí.

Fue entonces que me confesó sus sentimientos por Fiamma.

—La amo.

No fue una sorpresa para mí. Pero sí me puso ante un problema de lealtades. ¿Debía ser sincera con mi hermano o resguardar los gustos íntimos de mi amiga?

—Por más que intento acercármele; ella actúa como si no existiera.

“Típica actitud suya cuando no está interesada en alguien”, pensé. Pero no le dije nada. No tenía el valor para hacerlo.

—Me dijo que gustaba de alguien más. Una persona que la rechazaba continuamente —dijo tales palabras fijando sin disimulo sus ojos en mí—. Quienquiera que sea, no sabe la fortuna que tiene. Ni cuánto la envidio.

Temí saber más sobre esa cuestión. No quería seguir esa charla que conducía a lugares cada vez más inquietantes y, de seguro, no exentos de reproche. Una senda que, probablemente, condujera a alguien que no me fuera para nada desconocida. Por suerte, Otto no pareció interesado en hablar más sobre el tema.

Luego de unos momentos de incómodo silencio, me dijo:

—Nunca te he dicho por qué me gustan tanto los microorganismos.

Así era mi hermano aspirante a científico: te sorprendía de tanto en tanto con las frases o las actitudes más inesperadas. Y el resto del tiempo, se lo pasaba ensimismado en sus libros y experimentos, ajeno a todos y a todo. Tenía una rara forma de relacionarse. El último de los ejemplos de su particularidad, había estado vinculado con el cambio en mi color de cabello. Cuando le pregunté, como a todos, qué le parecía, se dedicó por veinte minutos a explicarme la serie de reacciones a nivel químico que mi visita a la peluquería había implicado para terminar pidiéndome un mechón para observarlo en su microscopio.

Sí, era extraño. Pero no más que yo, o casi cualquiera en la familia. Por eso frente a sus palabras y sin decidir si quería saber a qué venía su manifestación, solo negué con la cabeza y me quedé esperando su respuesta.

—Una bacteria o un estreptococo no te traiciona —me explicó—. Nunca te abandonan, ni te rechazan o te incumplen promesas. No se sienten incómodos contigo ni te reclaman nada. Son mucho mejores que nosotros, las personas.

Sonreí un tanto; buscaba tomarlo como otra más de sus excéntricas ocurrencias científicas suyas. Él siguió tan serio como cuando me lo había expresado.

—¿Es en serio lo que me estás diciendo? —le pregunté finalmente.

Él continuó imperturbable con la misma seriedad que me había hablado desde un principio.

—Por supuesto. Y te digo más, Coti. No importa qué hagamos para defendernos o cuántas sustancias nuevas descubramos para enfrentarlos. Esos bichos maravillosos van a terminar ganándonos la partida y acabando con nosotros un día no muy lejano. Y va a ser algo ampliamente merecido por nosotros, débiles criaturas que solo somos capaces de mortificarnos entre nosotros mismos.

Lo que fuera, en su vida y respecto del género humano que le molestara, era algo de la suficiente magnitud como para preocuparme. Me engañaba a mí misma, pensando que se trataba de algo superficial y pasajero. Tenía la leve sospecha de que no solo se trataba del rechazo de Fiamma. Hablaba también respecto de nosotros, su familia.

No tuve tiempo de seguir en esa extraña conversación. Al fin, Guillermo llegó hasta donde estábamos nosotros cambiado con el atuendo de salida. Aunque quisiera disimularlo, tenía un cierto aire de preocupación en el rostro. Por eso había estado algo sombrío en la ceremonia y luego impiadoso con aquellos que se me acercaban en el baile.

Me propuse averiguar qué era lo que le estaba sucediendo.

CAPÍTULO 18

Encuentros imprevistos

*Las pasiones son como los vientos,
que son necesarios para dar movimiento a todo,
aunque a menudo sean causa de huracanes.*

Bernard Le Bouvier de Fontenelle

Me desvestí sin ganas. No estaba cansada, sino más bien decepcionada por alguna razón que no terminaba de comprender. En lugar de colocarme alguno de mis camisones, solo me puse un salto de cama color perla, sin siquiera preocuparme de cerrarlo. Liberé mi cabello, desarmando el rodete en donde lo había aprisionado, y comencé a cepillarlo.

La puerta del cuarto se abrió entonces, despacio. Vi entrar a Von Meltka. Se había quitado la guerrera del uniforme, desabotonado el cuello de su camisa parda y olvidado la corbata en otra parte.

Por algún motivo, verlo dentro de mi habitación no me sobresaltó, como tampoco me inquietó cuando vi que cerraba la puerta tras de él y le echaba llave.

Llevaba la cabellera suelta sobre los hombros y me apresuré a cerrar el salto de cama que tenía puesto: crucé los extremos del lazo que tenía a la altura de la cintura.

—No es de buenos modales entrar sin llamar. ¿Qué necesita Standartenführer?

Quise parecer agraviada, pero no lo logré demasiado. Él se sonrió.

—Lo mismo que usted. O no habría dejado sin llave.

Sus palabras me inquietaron. Empecé a sentir esa avidez en mis entrañas. Tal vez fuera por el vino, por mi estado de ánimo o por el paisaje observado a la luz de la luna: ahora caía en la cuenta que nunca había querido separarme de él tras la cena.

—No es algo propio —insistí.

—Lo realmente impropio —me contestó acercándose— es que la mujer que impresionó al mismo Führer con su belleza se contenta con tan poco.

Retrocedí unos pasos hasta que mis pantorrillas tocaron el borde de la cama.

—Guarde las formas. Soy una mujer casada.

Él negó con la cabeza.

—Es un espectáculo sumamente triste ver a una aria perfecta escapar a su destino y contentarse con permanecer detrás de un ser inferior. No digo que los latinos no tengan cierto mérito. Después de todo, los españoles, como su esposo, tienen cierto aporte germánico de los visigodos. Pero no deja, a pesar de eso, de resultar una sangre diluida.

No supe qué contestarle. El uniforme oscuro, el tono decidido de su voz: había algo en él que me atraía. Aunque mi sentido común estallase en toda suerte de prevenciones y alarmas.

Él alargó los brazos y soltó el lazo que mantenía cerrado el salto de cama. La prenda se abrió, reveló mi desnudez. Me quedé inmóvil, absolutamente incapaz de decir palabra o hacer algo. Estaba como

hechizada. Tiró entonces de la fina tela hasta que la tela se deslizó, silenciosa, para caer al suelo.

—Sé que lo siente —me dijo mirándome directamente a los ojos—. Es el llamado de su sangre, de esa raza superior a la que pertenece. Vi perfectamente su insatisfacción durante la cena, como antes en la recepción en Berlín, y no tiene remedio. Ningún inferior podrá conformarla nunca.

Comenzó a desabrochar los botones de su camisa.

—Somos conquistadores. Tomamos lo que nos plazca, sin las culpas miserables de la mentira judeo-cristiana. Hay un texto antiguo, hispánico paradójicamente, que dice “qué buen vasallo sería si tuviese un buen señor”. Su problema, mi estimada Frau, es que no la han poseído como corresponde a su sangre.

Me sentí insultada y halagada al mismo tiempo si es que eso era posible. Su cercanía, la naturalidad con que se desvestía frente a mí, me sacó de mis cabales. Quién se creía que era.

Lo abofeteé en la mejilla. Fue una sonora cachetada que me sorprendió a mí misma. Él solo sonrió y, tras sujetarme los brazos, me arrojó a la cama. Un instante después su cuerpo estuvo encima del mío. Intenté forcejear, pero era inútil. Su fortaleza física anulaba cualquier movimiento de mi parte. Fue algo recio, atávico, bárbaro, sin la menor conmiseración. Me poseyó como un animal en celo. Me sostenía al principio por los brazos, inmisericorde. Dejé de insultarlo para suplicarle, pero pronto la respiración comenzó a entrecortárseme, y no pude emitir más sonidos que exhalaciones y jadeos. Sus labios eran cálidos y recios. Mi cabeza era un desorden, pensaba fragmentariamente, enturbiada por el vino y las pasiones. Dejé de luchar, y me rendí a lo que más temía. Unos momentos más tarde, era yo quien lo besaba y mis brazos, ahora liberados, buscaban de estrecharlo. Gozaba de lo que me estaba haciendo.

Lo empujé, entonces, por los hombros, hasta tenerlo tendido debajo de mí; lo agarré por sus muñecas y se las mantuve apretadas contra la almohada, como antes él había hecho conmigo. Él me miró fijamente con una sonrisa de satisfacción, mientras me montaba sobre él, apretando mis rodillas con fuerza contra sus muslos.

—Como le dije, madame. Es el llamado de la sangre.

Tuve que admitir, pese a mi enojo con él, que mi hermano lucía más que apuesto en ese nuevo y sencillo uniforme que llevaba, compuesto de una simple guerrera y pantalones gris campo. Sobre su cabeza lucía la *Bergmütze*, esa gorra alpina propia de las tropas de montaña, de visera corta y solapas a los lados sujetas con botones que en las alturas se bajaban para cubrir toda la cabeza y el cuello del frío extremo. En su lado izquierdo, podía verse una pequeña insignia *Edelweiss* metálica. Calzaba unas gruesas botas bajas de doble suela, atadas con cordones de cuero, sobre las cuales llevaba puestas unas polainas de lana.

Subimos en el Citroën Traction Avant de cuatro puertas negro que mamá le había regalado con motivo de su ingreso en el ejército alemán. No pude evitar un suspiro de envidia al situarme en el asiento del acompañante. Esa berlina, modelo A7, de tracción delantera, transmisión de tres velocidades y suspensión independiente, era quizás el auto más avanzado del mundo.

Nunca tendría algo parecido. Papá era por entero indiferente a los autos, y mamá reservaba este tipo de obsequios únicamente para sus hijos varones.

Él personalmente lo había elegido. Decidirse en Alemania por un auto francés y dejar a un lado los productos automovilísticos del país no dejaba de mostrar que el carácter de Guillermo, más allá de su

marcialidad castrense, era tan provocador como el mío en cuanto a mostrar una personalidad propia.

Guillermo lo conducía con la misma pasión y temeridad con que esquiaba, escalaba montañas o hacía casi cualquier otra cosa en su vida. Pronto la aguja que marcaba la velocidad estuvo casi al final del disco de números que la referían, en tanto serpenteábamos por cerrados caminos de montaña. Eso no que no impidió a Otto dormirse en el asiento trasero del vehículo, indiferente a la rapidez que nos desplazábamos por la magnificencia del paisaje nocturno alpino.

Sabía que mi impiadoso hermano mayor exageraba en su conducción por el sinuoso camino de altura para ponerme los pelos de punta. Supuse que buscaba, en tal forma, hacer que dejara a un lado mi hosca indiferencia por su posesivo comportamiento en el baile. Y muy a mi pesar lo estaba consiguiendo, sobre todo con esos giros cerrados en las curvas. No quise darle la satisfacción de verme el susto en la cara, pero, en la siguiente curva, no pude evitar dejar escapar una exclamación de peligro.

—Manejás como un demente —le dije, y él solo se sonrió.

—¿Asustada hermanita?

—Enojada, más bien. Sé perfectamente por qué lo hacés. Es una forma de desahogarte conmigo de lo que sea que te está molestando. Como antes en el baile.

Vi que la sonrisa abandonaba su rostro, y reducía la velocidad. Di gracias a Dios, por eso último. Pero no me dijo nada más, así que tuve que volver a preguntárselo.

—¿Pasa algo malo?

Él no se volvió a mirarme, pero, aun así, pude ver una expresión de duda en su rostro. Estaba decidiendo, dentro suyo, si me lo contaba o no.

—¿Qué puedo decir? Hago lo que me gusta, en una unidad de élite.

—No parecés muy feliz por eso.

No me contestó nada a tales palabras mías. Vi que dudaba aún más si decírmelo o no, sin sacar su vista del camino. Su rostro se había vuelto más serio. Disminuyó más la velocidad.

—Se están preparando para una nueva guerra.

Me quedé mirándolo, incrédula. Todos hablaban de eso recurrentemente: si la habría o no. Era la discusión que se instalaba en todas partes, cada vez que estallaba una crisis por algo. Tanto se hablaba, que yo y muchos otros, comenzábamos a descreer de todo el asunto. Y ahora mi hermano lo daba como un hecho consumado.

—No me dijiste nada de ello, antes, en Berlín.

—No estaba muy seguro entonces.

—Y ahora sí lo estás.

Guillermo asintió con pena.

—Nadie me lo ha asegurado directamente si eso es lo que estás pensando. Pero al ir a la *Kriegsakademie*, pude escuchar algunas conversaciones por lo bajo y volví aquí entendiendo por qué están haciendo las cosas de cierta forma. A cada militar se lo entrena para poder estar en condiciones de ocupar de inmediato su grado superior. Todas las unidades del ejército están siendo preparadas para aumentarse hasta el siguiente nivel superior. Nosotros somos una brigada, pero pronto estaremos en condiciones de tener el tamaño de

una división. La fuerza aérea, independiente del ejército, tal como la de los ingleses, que mantuvieron en secreto y revelaron hace un par de años, tampoco para de crecer en número de aviones. Buscan con eso triplicar su poderío militar, solo para empezar.

Pensé en papá y en todos los esfuerzos por calmar los resentimientos alemanes que podían encender la llama de la guerra. Personalmente, había escuchado a Hitler hablar de paz cuando fue la presentación de cartas credenciales y en varios discursos por la radio. Al parecer, solo eran palabras.

—También en Berlín asistí a una conferencia de un coronel, Heinz Guderian. Ha sido agregado militar en Suecia. Es un entusiasta de las formaciones de tanques. Sigue las teorías de los ingleses John Fuller y Liddell Hart sobre el tema, pero les ha incorporado la idea de combate en profundidad del mariscal soviético Mijaíl Tujachevsky. Hablaba de una formación nueva, la *Panzertruppe*, formada por tanques, infantería motorizada y artillería móvil, apoyada con formaciones de aviación. Se trata de un tipo de ejército en miniatura, capaz de avanzar grandes distancias y conquistar amplios territorios en cuestión de días. Hitler ha autorizado la formación de las primeras unidades de ese tipo. Cuando se decidan a usarlas, la guerra habrá cambiado para siempre. Será más móvil y terriblemente implacable, más que ninguna otra que hayamos visto antes.

—Espero que te equivoques.

Fue más una expresión de deseo que otra cosa. No descreía de nada de lo que acababa de explicarme. Mi hermano podía ser aquel que hasta no hace mucho me tiraba de las trenzas cuando mis padres no lo veían o el tonto protector que buscaba resguardarme de la maldad de los hombres, intimidando a cualquiera que me viera como una mujer. Pero, en cuestiones militares, sabía que estaba frente a todo un experto, pese a sus pocos años de servicio.

—No tengas falsas esperanzas, Coti —me desengañó—. En esa academia de guerra de Berlín están planeando precisamente eso. La guerra vendrá, se trata de algo inevitable. Y será la más terrible de todas. Solo falta saber cuándo y por qué va a iniciarse.

Ya es de día. La luna se ha ido, y también él de mi lado. Me he despertado sola en la cama, en esta mañana.

Mi último recuerdo antes de cerrar los ojos, exhausta, es tenerlo sobre mí, susurrando en mi oído sobre el futuro. Un Reich de mil años en donde pudiéramos vivir como quienes realmente somos.

Aún ahora sus palabras resuenan, embriagadoras, en mi mente. Una mezcla atrayente de conceptos políticos y loas a mi persona. Con mis manos recorro mi cuerpo, en los lugares que él se ha detenido con particular gozo. Rozo mi piel, buscando recordar la forma en que aquel hombre me ha recorrido.

Salgo de la cama, abrumada. Sé que he cruzado algún tipo de límite y que, quizá, no haya retorno de lo pasado.

Mi distancia con casi todo en la vida ha incluido a los hombres. Hasta entonces, había coqueteado con algunos, pero sido fiel a mis votos matrimoniales. No había yacido con ningún otro que no fuera Ignacio.

Caigo, entonces, en la cuenta que ese era el primer día de mi vida, como temía que pudiera ser.

De pronto, me encuentro temblando. No sé por qué, no puedo atribuirle una causa concreta. Quizás, por el enfado por que se hubiera ido de mi lado de esa forma, la culpa por lo hecho o el resentimiento con Ignacio por no ser el hombre que había imaginado para cumplir con mis ambiciones de grandeza y renombre.

Vuelvo a ser la joven a la que se dejaba a un lado, como pasó con mi padre. No me gusta esa posición. He jurado no estar nunca más en esa situación.

Acaso lo ocurrido haya sido algo inevitable. No estoy orgullosa de lo que he hecho, pero tampoco arrepentida. A pesar de la culpa que me crece por dentro, sé que soy perfectamente incapaz de torcer este camino que transito ahora.

A pesar de haber llegado tarde, a la mañana siguiente estuve en pie desde temprano. Las palabras de Guillermo me habían inquietado y no pude dormir demasiado. Cuando la claridad del amanecer se coló a través de la cortina blanca de la ventana, ya no pude seguir en la cama.

La puerta del cuarto de mi madre seguía tan cerrada como en la noche. Bajé al salón a desayunar. Una de las empleadas, se hallaba ataviada con el *Dirndlgewand*, la versión para las mujeres jóvenes del tradicional vestido del *Dirndl*. Una vestimenta ampliamente extendida por esta zona, muy asociada a la propia identidad de la región.

Tendría aproximadamente mi edad, llevaba su cabello recogido hacia atrás con una trenza y su vestido era negro con gran escote cuadrado, decorado por ramas verdes y flores blancas y amarillas bordadas, que se extendían desde los gruesos breteles en los hombros hasta el final de la falda, más abajo de las rodillas. Estaba acordonado por delante en el pecho, y llevaba, a la cintura, un delantal blanco. Por debajo del vestido tenía una blusa blanca, lo que se notaba en la parte del escote. Se había colocado, además, un pañuelo por encima de los hombros.

Mamá, además del idioma, nos había inculcado lo suficiente de las costumbres germanas, como para saber que el modo en que llevaba el delantal, daba noticia sobre el estado civil de la portadora. Atado en el lado derecho, como lo llevaba la empleada que observaba, significaba que estaba casada o comprometida, y al lado izquierdo, que se encontraba soltera y disponible. Las viudas usaban el lazo atado atrás.

La muchacha llevaba un buen ramo de flores silvestres, que comenzó a colocar en una serie de floreros de cristal, ubicados en un rincón de la sala, reemplazando las que estaban de antes. Estaban dispuestos en una repisa de madera, por sobre la cual se ubicaba un pequeño cuadro del Führer. Cercado por un grueso marco de madera podía verse al hombre más admirado por mi madre. La imagen solo mostraba su rostro, mirando al frente, pintado en lápiz, reproducción de alguna lámina popular.

Estos llamados “rincones de Hitler”, podían verse en cada vez más casas o lugares de albergue; se decía que tener uno otorgaba buena suerte a las personas que habitaran o trabajaran allí.

Los bávaros siempre se habían mostrado especialmente orgullosos de sus tradiciones. Y, en el presente, de ser nazis. Acababa de presenciar una buena prueba de ambas cosas.

Ellos eran como eran. Habían permanecidos resentidos con Europa por el trato recibido tras la Gran Guerra. Hitler, sin ser siquiera alemán, mucho menos bávaro, se había engarzado como parte de ellos. Su presencia de autoridad era ya algo que formaba parte de sus costumbres, como si hubiera sido así desde siempre. Me estremecí por dentro al comprobarlo y recordar lo dicho por mi padre al respecto: “nada bueno trae aparejado para nadie tratar a un hombre como si fuese un dios”.

Una mujer mayor, probablemente su madre, ataviada en similar forma, me trajo una bandeja de madera con el desayuno. Bavaria era uno de los lugares de mayor raigambre tradicional en toda Alemania, y el primero que había incorporado en esas tradiciones a las ideas nazis. Luego, como una epidemia, tal forma de pensar de había extendido por todo el país hasta capturarlo por completo.

Miré lo que había dejado en mi mesa. Se trataba del *Weisswurstfrühstück*, el desayuno típico por esa parte del país y en general en toda Alemania. Tenía ante mí un *Weisswurst*, la salchicha blanca hecha de carne de res, un pan con figura de lazo que recibía el nombre de *Bretzel* y un poco de mostaza dulce.

Pedí un vaso de leche tibia para su sorpresa. Me la alcanzó sin decir palabra. Vi que me observaba a la distancia, aun perdida como estaba en mis meditaciones. No pasó mucho tiempo antes que esa curiosidad se transformara en cierto desdén. Todo lo distinto era sospechoso primero, e indebido después, tanto aquí como en Berlín.

Solo di un par de pellizcos al *Bretzel* y ni toqué todo lo demás. Tampoco bebí demasiado la leche que había pedido. No tenía mucha hambre, y busqué librarme de esa mirada escrutadora, por lo que decidí salir a dar un paseo. Pasé junto a la muchacha que parecía ensimismada en su tarea de dejar immaculado dicho rincón con la imagen de su líder. Quizás el aire de la montaña mejorara mi humor.

Pensaba en Sergei, y en cómo le habría caído mi repentino viaje, cuando divisé a mi madre.

Ella estaba parada en medio de una suerte de recodo del camino, que se extendía formando una plataforma natural desde la cual podía apreciarse uno de los cordones montañosos de los Alpes. Llevaba un vestido largo, muy blanco. Había peinado hacia atrás su cabello rubio, recogéndolo en un sencillo rodete, sobre la nuca.

Pensé que estaba mirando el paisaje de pinos entre las montañas que se extendía delante de nosotros. Llevaba sus manos cruzadas por delante, y solo se había quedado allí, inmóvil.

No fue sino hasta que estuve casi a un lado de ella, que vi las lágrimas que rodaban en silencio por sus mejillas. Su expresión era de una tristeza que pocas veces le había visto en un rostro que normalmente no reflejaba emociones.

No estaba admirando el paisaje, sino llorando en silencio. Nunca la había visto hacerlo antes. Habíamos enterrado a ambos abuelos, a su madre y a Sofía, su hija mayor, sin verle nunca derramar ni una sola lágrima.

—¿Qué pasa, mamá?

Se colocó rápidamente sus lentes negros, al advertir mi presencia, para ocultar las lágrimas.

—*Ich bin eine Nutte.*

Lo dijo más como un acto reflejo que como una respuesta pensada. Más aún, vi cómo inmediatamente después de expresarlo, se arrepintió de haberlo dicho.

Sus palabras me intranquilizaron. No por el idioma. Hacía tiempo que mamá usaba el alemán con nosotros, aun en las cuestiones de diario, cuando mi padre no estaba presente. Era lo que implicaba su traducción. “Soy una...” La última palabra tenía varias posibilidades de traducción en el alemán, todas ellas desagradables para una mujer como mi madre. En realidad, para cualquier mujer: prostituta, ramera, zorra, fulana, maldita, bruja, alegrona o, directamente, puta.

Permanecimos ambas allí, una junto a la otra, sin hacer ni decirnos otra cosa. La nuestra siempre había sido una relación marcada por la distancia.

Cuando, finalmente, volvió a dirigirse a mí, en lugar de aclararme por qué estaba así, se dedicó a referirse a su relación con mi padre. Se veía que no le era de lo más agradable tener que hablar ese tipo de temas, pero también me percaté que necesitaba imperiosamente decírselas a alguien, y yo era la única persona a su alcance. Tal vez, todo fuera para salvar aquella frase que había pronunciado sin quererlo.

—Tu padre fue el único hombre que nunca quiso dirigir mi vida. Nunca me exigió ni me impuso nada. —Agregó con la voz a punto de quebrarse—: Ojalá lo hubiera hecho. Es un buen hombre, y me habría mantenido buena.

Seguí sin entender a qué se refería, ni por qué decía ese tipo de cosas. O, más precisamente, no quería saberlo. Me negaba a pensar en el tema.

—Siempre envidié el trato que les dispensaba a sus pacientes. Acompañándolos, confortándolos, diciéndoles exactamente lo que tenían que hacer. Dándoles paz y tranquilidad.

A pesar de sus sollozos, había una nota de inequívoco rencor en sus palabras. Yo estaba pasmada. Nunca había sido tan directa conmigo sobre mi padre, o respecto de cualquier otro tema.

—Él se negó a ser mi sol, mi dios. Me abandonó a mí misma.

No pude seguir callada por más tiempo.

—Siempre pedís todo de los demás, mamá —le dije—. ¿Por qué no empezás por darles algo?

Ella se volvió a mirarme con expresión hosca.

—Siempre tan dura conmigo. Un poco de comprensión con tu madre no estaría mal para variar.

—¿Qué es lo que se supone debo entender, mamá?

Vi que se debatía, detrás de sus anteojos oscuros de marco dorado, sobre si decirme o no algo. Estaba en eso, cuando comenzamos a escuchar los acordes de la *Horst Wessel Lied* detrás nuestro, procedente del camino.

Die Fahne hoch!

Die Reihen fest geschlossen!

SA marschiert

mit ruhig und festem Schritt

Me volví para ver de qué se trataba. Al principio pensé que era una formación militar. Tenían idéntico uniforme a los del ejército, incluso vestían su misma guerrera, botas altas y mochilas. Marchaban con paso militar, formando en largas hileras de tres hombres a la par. Pero, en lugar de fusiles, cargaban al hombro palas, y en las mangas izquierdas de sus uniformes, por sobre la esvástica, exhibían en color negro, la insignia de una pala apuntando hacia arriba flanqueada por dos espigas.

Comprendí entonces que se trataba de un grupo del *Reichsarbeitsdienst*, el Servicio Alemán del Trabajo, establecido con el objetivo de reducir el desempleo, y que se encargaban de llevar a cabo las obras públicas en los lugares más dificultosos o vitales para el país.

Formado en julio de 1934, a partir de la fusión de las numerosas organizaciones laborales creadas en Alemania durante la República de Weimar, prestaba desde entonces sus servicios en distintos proyectos civiles, militares y agrícolas, por todo el país.

Con sus uniformes, banderas y paso marcial, salvo por la ausencia de armas, en nada se diferenciaban de los militares. Recordé las palabras de Guillermo sobre la guerra por venir, inevitable a su juicio, y supuse que esa militarización en casi todos los ámbitos del país era una consecuencia de ello. Hasta en las organizaciones que debían promover el empleo.

Pronto, las filas de hombres del *Reichsarbeitsdienst* pasaron a un lado de donde me encontraba, cantando a los gritos y, por lo mismo, sin la menor entonación. Su presencia me distrajo por unos momentos. El tiempo suficiente para que, al volverme, viera cómo mi madre ya no estaba a mi lado. La divisé varias decenas de metros más allá, caminando, como si nada, de vuelta al hotel.

Se había tratado de una conversación extraña, que no terminaba de entender. La reina del hielo y de los silencios que era mi madre había abdicado momentáneamente de ambos rasgos para mostrar ante mí una faceta que no solo me resultaba desconocida, sino que nunca había imaginado pudiera existir.

Vivíamos un tiempo en extremo peculiar. Lo que no podía ni siquiera avizorar entonces, es hasta qué punto terrible llegarían tales particularidades. No solo respecto de mi madre, sino en cuanto a todos nosotros.

CAPÍTULO 19

Visitas desde el fin del mundo

*¿Por qué contentarnos con vivir a rastras
cuando sentimos el anhelo de volar?*

Helen Keller

Observé la escena como una más del numeroso público presente con ese sobrecogimiento casi religioso que los adelantos técnicos me producían por entonces.

La proa cilíndrica del gran dirigible cabeceó un par de veces antes de ser finalmente detenida en el mástil de amarre. Se trataba de una operación delicada y compleja para la cual debían mantenerse a mínima velocidad las hélices de sus cinco motores, ubicados en las barquillas externas, en las fases finales de la detención y del amarre a tierra.

A popa, cuatro grandes timones, dos horizontales y dos verticales, todos ellos decorados con esvásticas gigantescas, sometían dirección y altura a la voluntad del timonel de turno.

Sus enormes dimensiones eran sobrecogedoras. Una forma cilíndrica de doscientos treinta y seis metros de largo, más de ochenta de diámetro y cien toneladas de peso, que nos hacían sentir a quienes la contemplábamos desde la tierra, poco menos que hormigas. Era el

más grande y pesado artefacto que hubiera volado sobre la faz de la tierra hasta entonces. Y por eso mismo, la Alemania de Hitler lo presumía con inocultable satisfacción.

El aerostato en sí era una gigantesca armazón de aluminio, dividida en diecisiete secciones intercomunicadas por pasillos y cubierta con tela de algodón de alta resistencia que mantenía confinado al hidrógeno que le permitía sustentarse en el aire. Merced a sus cinco motores, podía transportar quince toneladas de carga útil a una velocidad máxima de sesenta y siete nudos, más que el triple de cualquier barco, con un alcance de diez mil kilómetros.

Sobre la superficie del campo de aviación de Zeppelinheim, cercano a la ciudad de Fráncfort del Meno, cuando finalmente la inmensa nave estuvo inmóvil y sujeta, la banda a un lado nuestro rompió con los acordes del himno alemán, y la muchedumbre lo entonó en voz alta y con el brazo derecho rígidamente extendido.

Había gozo en los rostros de todos. El LZ 127 Graf Zeppelin, orgullo de la línea de dirigibles alemana, acababa de cumplimentar con todo éxito un nuevo viaje interoceánico por aire entre Sudamérica y Europa.

Deutschland, Deutschland über alles,

Über alles in der Welt,

Wenn es stets zu Schutz und Trutze

Brüderlich zusammenhält.

Von der Maas bis an die Memel,

Von der Etsch bis an den Belt,

Deutschland, Deutschland über alles,

Über alles in der Welt!

De las tres estrofas de *Das Deutschlandlied*, la canción de los alemanes, solo la primera de ella había sido conservada como himno nacional por parte de los nazis luego de hacerse con el poder. En su reemplazo le habían adosado, sin solución de continuidad, la letra del *Horst Wessel Lied*, el himno del partido nacionalsocialista. Estado y partido eran una misma cosa, hasta en las canciones oficiales, y ya casi nadie se atrevía a discutir tal hecho.

Entre los pocos que no cantábamos ni extendíamos el brazo, estábamos mis padres y yo. En el caso de mi madre, podía ver su incomodidad por tener que guardar las formas y no poder acompañar a sus amiguitos nazis en el saludo.

Había escuchado ese himno muchas veces antes, pero luego de mi conversación con Guillermo, sus estrofas tenían un significado particular, aun cuando las sabía de memoria. Mi madre se había encargado de enseñárnosla, a mis hermanos y a mí, cuando niños. Supe cantarlo, en su anterior versión, aun antes que el propio himno nacional argentino para contrariedad de mi padre cuando se enteró del asunto. Por ese tiempo, mucho antes de que pasara lo que pasó con mi hermana Sofía, él estaba dedicado de una forma que lo absorbía a sus pacientes e investigaciones médicas. Nuestra educación era una cuestión reservada en exclusiva a mi madre y él tenía poca noticia sobre ella.

Todo estaba dicho allí. Una Alemania que abarcara a todos los alemanes, desde el río Mosa al Niemen y del Adigio al Belt. Es decir, un Reich que se extendiera desde las partes germanoparlantes de

Francia, Luxemburgo, Bélgica y Holanda a Rusia, y desde el noreste de Italia hasta los estrechos daneses entre los mares Báltico y del Norte.

Guillermo tenía razón. Habría guerra. No era algo que ocultaran demasiado: lo cantaban en el propio himno. Todos aquellos que redoblaban sus esfuerzos por soluciones de compromiso, en pos de la paz, estaban condenados al fracaso. Y en ese listado, podía incluir a mi propio padre.

El desembarque del pasaje, desde la barquilla que se ubicaba debajo del fuselaje y hacia la proa, logró sacarme de esos pensamientos tristes. Allí no solo se ubicaba el puesto de mando, estación radiotelegráfica y los alojamientos de la tripulación de la nave, sino también todo lo necesario para transportar cómodamente a sus pocos pasajeros.

Dichas instalaciones nada podían envidiar a la primera clase de cualquier transatlántico, salvo por sus menores dimensiones, e incluían un salón de estar, un comedor de pasajeros servido por una cocina eléctrica contigua, una bodega de dimensiones para equipajes, carga y correo, un recinto aislado para que los fumadores pudiesen satisfacer su vicio, servicios sanitarios y diez camarotes, separados por tabiques de lona recubierta por tela de tapicería. Un tanto por detrás de los cuales, flanqueado por grandes ventanales, se hallaba el alojamiento común de los tripulantes.

Entre el poco más de medio centenar de personas que habían sido transportadas desde Río de Janeiro, reconocimos a dos casi de inmediato. Un hombre y una mujer de alrededor de cuarenta años, que vestían elegantemente y lucían tan sonrientes como despreocupados. Eran mis tíos queridos.

La tía Julia bajó primero desde la barquilla apenas sin ayuda y con un estilo que pocas mujeres podían emular: segura y firme en sus pasos con un leve, casi imperceptible, balanceo de piernas y caderas, que hacía ondear la falda de su vestido de viaje color marrón claro. Tenía puesto, como era usual, el último grito de la moda: una prenda de una pieza, de cuello cerrado y que destacaba las formas delgadas y esbeltas de su cuerpo con un único y enorme botón en la cintura, lo que lo hacía más entallado, y cuya falda llegaba justo debajo de la rodilla.

Sobre su cabeza de rizos oscuros, llevaba un sombrero de terciopelo estilo *adrian's*, ligeramente ladeado sobre uno de sus ojos, color marrón con un lazo durazno pálido, que combinaba con sus guantes cortos de día, y un bolso de mano también en ese tono.

Tenía un *charme* muy particular. Alguna vez, durante las campañas políticas de mi tío, un diario había escrito sobre ella: “Increíblemente hermosa, cálida, honesta y simpática”. Y pese a que se trataba de un medio acólito a las ambiciones políticas de nuestra familia, el comentario no dejaba de ser cierto.

Ella podía perfectamente rivalizar en belleza con mi madre. Ambas tenían en común el ser hijas de inmigrantes, españoles en el caso de Julia. Pero allí acababan las diferencias, que trascendían a su distinto aspecto, por ser trigueña una y rubia la otra, de ojos claros de mi madre contra los oscuros de mi tía. Julia era de las primeras abogadas recibida en nuestra Universidad de Córdoba y había trabajado como segunda de mi tío en el Ministerio Público, antes de casarse con él. Aún no tenían hijos. Todo lo contrario del camino de seguido por mi madre de no haber cursado ninguna carrera universitaria, y solo se había dedicado a la casa y los hijos. O, más bien, a dirigir al personal de servicio, niñeras y afines que se ocupaban de la casa y de los hijos.

Luego bajó mi tío Mariano. Flaco, ojos oscuros, vestía un traje gris oscuro a rayas, estilo *gangster wear*, que se había popularizado desde los Estados Unidos. Por debajo del sombrero de fieltro de color gris estilo fedora que llevaba puesto, se dejaba ver su cabello negro peinado hacia atrás con ingentes cantidades de gomina.

Por esas cuestiones cambiantes del destino hasta no hace mucho mi tío era el calavera de la familia, más dedicado a los placeres de la vida, que a seguir el *cursus honorum* que se esperaba de cualquier López de Madariaga. Pero tía Julia se cruzó en su camino y, contra la regla en la materia, consiguió reformarlo lo suficiente como para ponerlo en la consideración pública de la sociedad cordobesa.

Mi abuela había conseguido, por ese entonces y merced a sus conexiones, nombrarlo a cargo de los fiscales del crimen. Era un puesto en el que, vistos sus antecedentes, no se esperaba demasiado de él, salvo que no se metiera en líos. Pero pasó todo lo contrario. Se desempeñó lo suficientemente bien como para resolver a gusto de la sociedad varios casos resonantes. Otra vez, la tía Julia estuvo por detrás. Todavía no estaban casados y era su segunda en la fiscalía. Puesta con toda clase de recelos por ser mujer, nombrada únicamente por la tozudez de mi tío, la inteligencia de la joven abogada y el domino de las nuevas técnicas de investigación criminal fueron las que en definitiva lo hicieron exitoso en su puesto.

También, contra todo pronóstico, se había candidateado luego de eso a gobernador de Córdoba y ganado las elecciones. Ya casado con Julia, su gobierno fue emprendedor y progresista. Tanto que, a su término, se lo eligió casi por unanimidad para representar a la provincia en el senado nacional.

Caminamos a su encuentro y, al llegar hasta ellos, tuvieron lugar los saludos de rigor. Papá y su hermano fueron bastante formales, como lo eran usualmente. Por lo menos, se sonrieron. Mamá ni eso. Saludó muy seria a los dos, sin cambiar otras palabras que las

estrictamente necesarias. Con Julia, además, hubo un cruce áspero de miradas que no se me pasó por alto. En contraste, mi tía me abrazó y besó en ambas mejillas, a la francesa. Ella siempre había tenido por mí un cariño que contrastaba con la aridez afectiva general de mi familia. Yo misma, a veces, no sabía muy bien cómo reaccionar a ello. No estaba muy acostumbrada a tener familiares que me prodigarán afecto de ese modo, tan abierto y espontáneo.

—Hola, Coti —me saludó tío Mariano, apenas rozándome con el beso. Se notaba que él estaba tan incómodo como yo por estar nuevamente tan cerca. Vi en sus ojos con cierto pánico que busqué disimular, que le corrían los mismos fantasmas por dentro que a mí y por idéntica causa: el modo en que mi hermana cometió su suicidio.

Mamá lo había llamado, en lugar de mi padre, esa mañana en que encontraron a Sofía muerta en su cuarto. La noche anterior, ella se había acercado a mi habitación para despedirse de mí y dejarme su diario. No entendí allí que ese adiós con forma de beso era para siempre.

Cuando mi tío llegó a casa para hacerse cargo de la cuestión, yo le entregué ese diario. Supe que había discutido también con mamá. Como para no hacerlo. Fue especialmente fría y distante ese día: hizo lo mismo que siempre sin variar un ápice sus compromisos previos.

Mi tío todavía estaba a cargo de los fiscales y, con el diario de Sofía que le entregué, consiguió presentar cargos contra su antiguo amado. Al parecer no era trigo limpio, y hasta había complicado a mi hermana en algunas de sus actividades delictivas.

Cuánto hubo en esa persecución de justicia y cuánto de venganza es algo que siempre me preguntaba y nunca pude contestarme. Todo lo relacionado a los últimos días de Sofía y su amorío con ese hombre estaba hundido en lo más profundo de los secretos familiares.

Era entendible la incomodidad de uno con el otro. Ambos sabíamos que el otro sabía, sobre tal terrible asunto, más de lo que conveniente para no rememorarlo cada vez que nos veíamos.

Por eso, apenas pude, me retiré un tanto del grupo. Una casualidad del destino me proporcionó la excusa perfecta para ello. Había alguien más allí que conocía y al que acababa de divisar entre el cúmulo de asistentes a la llegada. Estaba entre los periodistas, vuelto de espaldas, pero inconfundible para mí a esta altura. Le pedí a papá unos momentos para ir a saludarlo y me acerqué a él; le toqué el hombro para llamarlo.

El ruso con quien salía, y de quien gustaba cada vez más, me dijo con una sonrisa al volverse y descubrirme detrás de él:

—Creí que te habías olvidado de mí.

Le devolví la sonrisa tratando de parecer misteriosa.

—He tenido mis ocupaciones.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles han sido esas, *wunderliches Fräulein*?

Sergei siempre estaba interesado en saber hasta las cuestiones más triviales de mi existencia diaria. Eso me encantaba, además de proporcionarme tema para hablar con él por largo rato. La comenté la razón de estar allí, y la llegada de mi familia de Argentina.

—Deberías entrevistar a mi tío. Acaba de terminar su periodo como gobernador de Córdoba, está ahora en el senado nacional y su nombre suena como posible presidente del país.

No sabía si en la Unión Soviética interesaba eso, pero, de todos modos, se lo dije. A él le interesó casi de inmediato.

—Supongo que alguien podría gestionar ese encuentro para mí.

Me sonrió aún más. Yo le contesté esa sonrisa, mientras procuraba disimular que me encantaba captar su atención de esa forma.

—Supongo que podría hacerse. Obviamente, no prometo nada. Es una persona ocupada y, además, está exclusivamente en plan de visita privada.

Eran excusas, simples excusas de mi parte, para darme aires. Por supuesto que se lo conseguiría a como diera lugar.

Papá me llamó entonces. Debíamos ir hasta los autos. A desgano, me separé de Sergei. Que debiéramos conservar los modos en público no ayudó en lo absoluto. Apenas si me dio la mano, a modo de formal despedida.

En vez de tomar el tren en la estación de ferrocarril, mi padre había preferido hacer el recorrido hasta Fráncfort en auto para mostrar la nueva autopista Fráncfort-Mannheim a nuestros tíos visitantes. De allí, tomaríamos un tren a Berlín.

Ellos continuaron tomados de la mano, como estaban antes. Reían y se veían felices, comentando con nosotros los detalles del viaje.

—Solamente Julia podría haberme convencido de esta extravagancia —dijo el tío Mariano.

Lo hizo en tono de afectuoso reproche. No la iba con todo lo moderno, en particular con cualquier artefacto que volase por los cielos. Más aun, le aterraba volar. Ella reaccionó de inmediato, sonriente, a lo que sabía que era una queja velada por hacerlo subir a un dirigible interoceánico.

—¿Extravagancia? Hemos hecho en tres días y veinte horas con similar comodidad, el trayecto que en barco nos habríamos tardado casi dos meses. Desde Rio de Janeiro a Fráncfort con una sola parada

en Recife. No pasará mucho tiempo, antes que todos los viajes de larga distancia se lleven a cabo por aire.

Así era mi tía. Siempre buscando probar los nuevos adelantos de la ciencia y la técnica. La única capaz de convencerlo de algo a mi tío, luego de la abuela. Los veía juntos, y ya no podía concebirlos separados. Eran más que un matrimonio, saltaba a la vista que formaban una pareja muy particular, un equipo, un tándem en cualquier cosa que llevaran a cabo. Siempre hacían todo de a dos, y parecían no poder estar alejados por mucho tiempo el uno del otro.

Nada más distinto a la relación entre papá y mamá en la que cada quien llevaba sus actividades por su lado y apenas coincidían en la cena o algún evento oficial.

Papá seguía con atención la conversación e intercalaba algunas preguntas. Mamá, en cambio, no dijo palabra ni participó en nada. Se dedicó a mirar por la ventanilla al paisaje por el que atravesábamos como si ellos no existieran.

Los veía felices, y el paso del tiempo parecía haberlos unido aún más. Irradiaban un magnetismo difícil de explicar, pero sumamente atrayente. A diferencia de la formalidad de mis padres, con ellos se entraba de inmediato en confianza. Tras cambiar un par de palabras, parecía como si fueras una persona por demás cercana.

Tal vez no todos los matrimonios fueran como el de mis padres. Ver a mis tíos actuando de esa forma me hacía envidiar, a veces, no haber nacido en esa parte de la familia.

Si alguna vez cometía esa locura de casarme, quería que mi vida marital fuera de esa forma: con felicidad y un hombre al lado que fuera un verdadero compañero de vida. También, sin tener que elegir entre tener un marido o una carrera fuera de la casa.

No entiendo por qué Ignacio se toma tantas molestias con su hermano y ella. Insistió en que se alojaran en nuestra casa, despejó su agenda para poder pasar el mayor tiempo posible juntos y, si no les organizó una fiesta, es porque ellos no quisieron.

Me es imposible divorciar mis sentimientos de lo pasado entonces, en Córdoba. Era mi esposo, y no mi cuñado, quien estaba candidateado al cargo de gobernador. Ignacio siempre había sido muy correcto con su vida, desinteresado con todos y receptor del cariño de la mayoría de la sociedad cordobesa. Había cuidado la salud de pobres y ricos que acudían a su consulta, sin la menor aspiración material.

Pero luego de lo que pasó con Sofía, no quiso hacerlo. Por más que le insistí, no pude conseguir que cambiara de idea. Todas sus ambiciones anteriores, las que habíamos pergeñado en común, fueron de pronto dejadas de lado de su parte.

Fue una de nuestras peores discusiones. Apelé a todos mis recursos para convencerlo de no desistir, pero fue inútil. Nunca antes estuvo tan firme en algo y se trató de la primera vez que no logré conseguir de él lo que yo pretendía.

Todavía hoy experimento un cierto sentimiento de enojo con mi marido al recordarlo. Dicen que una mujer debe respetar y aun admirar al hombre con el que está casada para que la relación perviva. Que sin eso, ya nada puede construirse en pareja. Pues bien, fue ese día en que yo perdí la admiración y el respeto por Ignacio. Fue el momento en que me defraudó, cuando abjuró de aquel destino al cual debía aspirar.

Mariano y Julia recogieron las migajas de nuestra claudicación e hicieron suyo lo que debía ser nuestro. No les guardaba la más mínima consideración por eso. Encima, ahora debía esperarlos en la sala de estar, en incómodo silencio, a que terminaran de cambiarse para cenar juntos.

Miré al ventanal que daba al parque en tanto Ignacio preparaba unos tragos. La noche había caído sobre Berlín. Su negritud con un cielo sin estrellas, estaba por demás a tono con mi ánimo. Pocas cosas me sacaban en peor forma que tener que compartir algo con ellos. Con ella, en especial.

Sí, es cierto. Nunca he tenido afinidad con Julia. Una trepadora impúdica que, con sus aires de mujer moderna, atrapó en sus redes a ese tonto de Mariano. Nunca entendí qué le vio a esa. Mi sentimiento por él es un tanto distinto al desprecio que tengo por su mujer. Nace, mal que me pese, de cierta desilusión personal. Lo conocí cuando ya noviaba con Ignacio. Fue de los pocos hombres por los que me interesé, pese a ser un tanto menor que yo, así como el único que me rechazó.

Negué con un gesto de cabeza la oferta de mi marido, parado ante el gabinete de bebidas, de prepararme algo. Tras eso, Ignacio se sirvió un coñac. No se acercó a donde yo estaba ni tomó asiento en otro sitio. Simplemente se quedó allí con su copa en forma de tulipán en la mano. Pude observar el color entre dorado oscuro y caoba del líquido, signo de su largo añejamiento.

Lo miré como si esperara que me dijera algo. Tal vez, seguía pretendiendo una disculpa de su parte por renunciar a su candidatura o una explicación o qué se yo. Lo cierto era que la cuestión, pese a los años pasados, al igual que lo de Sofía, seguía enfrentándonos el uno al otro.

Ignacio dejó que el coñac se entibiara por el calor de su mano en la copa para acercarla después a su nariz y percibir el olor montant. Agitó entonces levemente la copa, antes de volver a sentir ese aroma. Luego bebió muy despacio un sorbo, tras lo cual se le dibujó una expresión de satisfacción en su rostro.

—Tiene un buen olor frutal a ciruelas y deja una textura agradable al beberlo. Creo que va a encantarle a Mariano.

Bebió otro sorbo más con idéntica parsimonia al anterior. Era su modo de evitar contestar a lo que mi miraba le demandaba.

—Vos, y no él, tendrías que haber sido gobernador de Córdoba —le dije, sin poder contenerme más, respecto de los eventos del pasado que me hacían tenerles tan poca consideración.

Ignacio me miró con fastidio. Ya antes habíamos discutido al respecto.

—Él no me quitó nada. Yo no quise serlo.

—No veo por qué. Si te preocupaba lo de Sofía, la gente habría entendido y separado las cosas.

—Simplemente no vi apropiado tomar esa responsabilidad tan poco tiempo después de su muerte. Ustedes, mi familia, eran la prioridad. La siguen siendo.

—A mí no me habría importado. Era tu carrera política, Ignacio.

Él negó con vehemencia.

—Sabés perfectamente que nunca quise serlo. Y, si me dediqué a esa idea, fue por vos, Lucrecia.

Me molestaron sus dichos. La gran grieta en nuestro matrimonio: si, para él la había provocado la muerte de nuestra hija; para mí, había ocurrido cuando renunció a ser lo que debía por destino. Algo se quebró en mí en relación a Ignacio en la jornada que abjuró de esa candidatura suya a gobernador para poner en carrera a su hermano menor.

—Ahora resulta que la culpable soy yo.

—No dije eso.

—Nadie te puso una pistola en la cabeza para que pensaras en postularte.

—Me hiciste saber perfectamente, que te encantaría ser la esposa de un gobernador. Y yo siempre he buscado darte el gusto, Lucrecia. Quizás esa sea mi mayor culpa en nuestro matrimonio.

No acusé recibo de sus palabras e hice que no las había escuchado, como tantas otras veces. En cambio, le pregunté lo que me había estado preocupando desde que ese dirigible sobrevoló nuestras cabezas:

—¿A qué han venido?

—No lo sé.

—No te creo —le dije todavía molesta por sus anteriores palabras.

—Nada me ha dicho todavía. Mariano solo me comentó que tiene algo importante que conversar conmigo antes que sigan viaje a París.

CAPÍTULO 20

Revelaciones

*El éxito no es el final, el error no es fatal:
es el coraje para continuar lo que cuenta.*

Winston Churchill

Encontré a la tía Julia saliendo del estudio de mi pa-dre. Cerraba la puerta tras de sí, para dejar a los dos hermanos a solas, sentados en sillones enfrentados, cada uno con una copa de coñac en la mano.

No pude evitar sentirme desilusionada. Había buscado todo el día un momento para hablar con mi tío sobre la posibilidad de una entrevista con Sergei. Sabía que debía tratar el tema con bastante discreción, dado que mis padres no conocían mi relación con él. Estiraba cualquier tipo de presentación, aun informal, por puro temor. No me hacía ninguna ilusión de cuál iba a ser el parecer de mi padre, un católico conservador, respecto de que saliera con un comunista. Ni qué hablar de mi madre: conocía perfectamente que la sacaría de quicio. Con toda probabilidad debería enfrentarme a otra de sus rabietas.

—¿Pasa algo malo, Coti?

No me decidí a contárselo. Por suerte, ella lo resolvió por mí, al responder en voz alta a su propia pregunta:

—Por supuesto que sí, y te tiene preocupada. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar tranquilas? De mujer a mujer si no es algo que una tía deba escuchar de su sobrina.

Salimos a dar un paseo por el parque. Para ese tipo de cuestiones, la casa siempre me parecía un lugar amenazante. Nunca sabías quién podía aparecerse o si alguno de los empleados estaba escuchado. Después de todo, papá decía que informaban al gobierno de todo cuanto hablábamos.

No estaba muy segura por dónde podía comenzar con mi pedido. Pero el aire fresco del parque y el verde de los árboles parecieron darme los bríos necesarios. Brevemente, le expliqué lo de la entrevista.

—Creo que puedo convencer a tu tío. Estamos cortos de tiempo, en un par de días salimos en el *Fliegender Hamburger* —nunca me perdería un viaje en un tren como ese— hacia Hamburgo, y de allí a París. Pero supongo que tu amigo periodista puede venir mañana y conversar aquí o en algún otro sitio con Mariano.

No dejé de percibir que ella lo organizaría todo, tal vez sin que mi tío tuviera la menor noticia al respecto.

—Gracias, tía.

—No hay de qué. Suerte con tu amigo si es que así cabe decirle.

Prácticamente me quedé boquiabierta, sorprendida por completo. Vi en sus ojos que tras mi pedido había adivinado casi todo lo mío con Sergei.

—¿Te ha tocado el alma, verdad?

Nunca lo había pensado en esos términos, pero sí, esencialmente era una buena forma de describir lo que me pasaba con él.

—Puede ser.

—Es. Te veo tan mujer, Coti, y me alegro mucho por eso.

—Mamá no tiene esa idea. Y sé que papá todavía, pese a todas sus palabras, me considera muy joven para ciertas cosas.

No aclaré de qué tipo de cosas se trataba. Tampoco hacía falta. Mi tía era más que inteligente para pescar al vuelo lo que implicaban tales palabras.

—¿Quién puede saber eso? Muchas cuestiones no son tema de edad, sino de madurez. Pero nunca olvides que ser mujer es una condición esencialmente riesgosa. No hagas nada por un hombre de lo que luego puedas arrepentirte. No siempre se te cruza en el camino el indicado.

—En tu caso, sí.

Ella me sonrió, cómplice.

—De mujer a mujer, Coti, digamos que he tenido que ayudarlo un poquito. Me había prometido venir a París tantas veces, sin cumplir ninguna, que terminé dándole un ultimátum al respecto. No iba a perderme la *Exposition Internationale des Arts et des Techniques appliqués à la Vie Moderne* por nada del mundo. —Hizo una pausa, sin perder la sonrisa para luego decirme, en tono de aun mayor complicidad—: Eso para no hablar de su alergia al matrimonio. Si no se lo proponía yo, todavía estaríamos en veremos.

Decididamente, mi tía era una mujer con la clase de audaz irreverencia que aspiraba a tener yo misma algún día. Hasta dónde sabía, era la única mujer que había propuesto casamiento a un hombre al revés del uso social establecido.

—Me parece que lo llevás más que bien.

Mi tía asintió con indudable aire de satisfacción.

—Eso creo y es lo que espero seguir haciéndolo en el futuro. Tu tío no es un hombre fácil de llevar en el día a día, aunque sea el sinvergüenza más encantador sobre la faz de la tierra. Y eso que lo amo más que cualquier otra cosa en este mundo.

Ya que estábamos en diálogo de mujeres, aproveché para sacarme la duda que me rondaba desde hacía rato.

—¿Que tenían que hablar papá y el tío Mariano?

Ella se mostró indecisa. Miró un cantero con la tierra recién removida por el jardinero, antes de contestarme:

—Aburridas cuestiones de política.

La miré desconfiada.

—Tía, nadie se encierra de ese modo para hablar cuestiones aburridas de la política u ninguna otra cosa que no sea importante.

Ella simplemente calló a esas palabras mías sin que ninguna respuesta brotara de sus labios.

—Tampoco creo que nada de lo que tenga para decir mi tío sea desconocido por vos —insistí.

—La posición de tu padre no es muy cómoda en Buenos Aires —me dijo al fin.

Me quede mirándola a la espera de una explicación más detallada. Y me la dio.

—Tu madre es demasiado cercana al partido nazi. Eso siembra desconfianza en algunos sobre la ecuanimidad de tu padre.

—Papá nunca haría nada contra los intereses del país, sea cual sea la forma que mamá piense.

—Yo lo sé, querida. Vos también. Pero no son pocos los que preguntan hasta qué punto puede ser influido por su esposa. Siempre se ha esforzado por complacerla en todos sus caprichos.

Eso era algo que no podía desmentir, porque era totalmente cierto.

—Si se desata una nueva guerra, como en la anterior, lo mejor para Argentina es permanecer neutral, y comerciar con todos. Puede haber preferencias de algunos sectores por quien gane, pero la mayoría está de acuerdo en no tomar formalmente partido por ningún bando. Por eso, quedar demasiado alineado con uno u otro, es nefasto para esa política.

Lo entendí. Las preocupaciones oficiales debían de haber llegado a un cierto orden de importancia para que mi tío hiciera un alto en su viaje de placer para hablar en persona el tema con su hermano mayor. Supuse que la abuela, matriarca de la familia, estaba también al corriente de todo esto. Estaba en manos de mi madre poder aventar esos temores, y no me hacía muchas ilusiones al respecto. Mi tía tampoco, por lo que pude leer en su rostro.

Cuando creía que lo peor del mal trago con mis cuñados había pasado, Ignacio me cita en el estudio y me cuenta la conversación con su hermano.

—Es injusto —le digo.

—Se supone que un embajador y su familia deben evitar mezclarse en cuestiones políticas internas del país que los recibe.

—No he hecho nada malo.

—Podrías ser un poco más discreta.

Pienso entonces por qué dice lo que dice y hasta qué punto lo sabe. Por suerte, la siguiente aclaración suya me devuelve la tranquilidad.

—Saben que has donado sumas de dinero al partido nazi. Importantes sumas.

—Es en Argentina que se han hecho esas operaciones y no acá. Siempre dijiste que podía hacer con mi dinero lo que quisiera.

—Sigo pensando de esa forma. Pero te agradecería, Lucrecia, que me avisaras en caso de que pueda afectar a la familia. No es grato enterarse de lo que hace la esposa de uno por otros. Aunque sea mi hermano.

Lo miro sin dar mi brazo a torcer. Parece afligido, más por mí que por él. Tal vez se haya sentido así antes cuando renunció a ser gobernador.

No tiene derecho a pedirme eso, ni ninguna otra cosa. Ya no estamos unidos, al menos en lo que respecta a los asuntos que implica la política.

Sergei se había acercado a mí al acompañarlo hasta la reja. Más de lo socialmente permitido. Caminábamos en silencio, luego de haber conocido mi casa y mi familia.

Entendí que, tras entrevistar a mi tío, no podía demorar mucho más la presentación a la familia. Fue entonces cuando se me ocurrió matar dos pájaros de un tiro. Mi ruso favorito sería conocido en calidad de amigo, y nada más. Arreglé con papá para invitarlo a tomar el té con las menores precisiones posibles acerca de nuestra relación. Sergei había traído flores tanto para Julia como para mamá, pero no

logró conmover la expresión seria de esta última durante todo el encuentro, espacio de tiempo en el cual ella solo rompió su mudez para preguntarle, en tres ocasiones, lo siguiente: si era comunista, si estaba afiliado al partido comunista y si era ateo. Exactamente en ese orden.

En cambio, tía Julia se dedicó a sonsacarle hasta los menores detalles respecto de su existencia. Lo hizo con mucha discreción. Al verla obtener respuestas a cuestiones que yo misma había pasado por alto, como de dónde venía, su crianza y cosas así, entendí por qué mi tía era tan buena en lo suyo. Conocía cómo averiguar de las personas lo que realmente importaba.

Para mi completa sorpresa, y pese a la indisimulada hostilidad de mi madre, papá lo invitó a quedarse a cenar. Fiamma, por su parte, directamente lo ignoró todo el tiempo.

Fue una tarde de nervios ampliada a la cena, que, gracias al cielo, había ya quedado atrás. Por eso me apresuré a darla por concluida, antes que a mamá se le ocurriera alguna otra pregunta incómoda.

Estábamos todavía en el jardín, lo suficientemente resguardados de la casa por el grueso tronco de unos de los pinos que se elevaban en forma de agujas apuntando hacia el cielo.

—No te agradecí por la entrevista, *wunderliches Fräulein*.

Inclinó la cabeza de lado un tanto para no chocar con mi nariz, mientras sus labios tomaban los míos. Cerré los ojos. Sentí una mano suya en mi nuca y la otra deslizándose por mi cintura.

El beso tan ansiado por mí fue como la nieve que se desprende de lo alto de las montañas, y comienza a caer por sus laderas. Imperceptible, primero; arrolladora, después. Había visto un alud

cuando fuimos a visitar a Guillermo a Bavaria. Ahora lo experimenté dentro de mí.

La punta de su lengua me hacía cosquillas en la parte interior de mis labios, lo que me erizaba la piel y hacía que me retorciera por dentro. Incliné la cabeza algo hacia atrás hasta que tuve a la superficie rugosa del árbol en mi nuca. Respiraba profundo y mi corazón latía con fuerza, desconectado del mundo. Era como ser arrastrada desde dentro, merced a un cúmulo de sensaciones que, salvo por lo gozosas, no podía precisar mayormente.

Sentí que las piernas me flaqueaban, pero no me importó. Él me tenía aferrada a sí con uno de esos abrazos de oso con los que me había amenazado en nuestros anteriores encuentros, que ahora experimentaba en todo su vigor.

Fue un largo beso. Cuando él se retiró finalmente de mis labios y el vigor del abrazo se distendió un poco, me miró con ternura por unos momentos para luego besarme la punta de la nariz y en la frente.

—Hermosa hechicera. Voy a tener que cuidarme contigo o no podré responder de mis actos.

Lo dijo con una sonrisa, en tanto se dirigía a la puerta en la verja. Me saludó con la mano, rápidamente, antes de desaparecer en la oscuridad de la acera de enfrente.

Descubrí entonces que seguía agitada y que el sudor invadía mi frente. Una súbita tristeza me embargó cuando lo dejé de ver, tragado por la noche. Me afirmé en el tronco del pino, dirigí mi vista a las estrellas del cielo.

Todavía estaba embriagada por el beso. Había fantaseado con eso muchas veces, pero nada de lo sucedido se le había parecido. Continuaba fuera de mí, arrastrada en un mar de sentimientos. No

podía sacar su imagen de mi mente. Estaba, para mi fortuna o desdicha, a su merced.

Recordé las palabras de la tía Julia, y esperé que se tratara del hombre correcto.

En la oscuridad de nuestro dormitorio, de pie junto a su lado de la cama, Ignacio deja caer la bata a sus pies y palpa a ciegas el camino hacia mí. Sé que continúa sentido por nuestra conversación. No le he dirigido la palabra desde entonces. Solo finjo dormir, aunque esté completamente despierta. Vuelta sobre el costado izquierdo del lecho, de espaldas a su parte de la cama con las rodillas algo flexionadas. Tal como dormía cuando niña.

Ignacio se acomoda a mi lado y me rodea con un brazo la cintura. Me besa la nuca, y consigue, muy a mi pesar, que mi cuerpo le responda. Siento cómo el calor de su cercanía se extiende en mí, a través de la seda del pijama.

Desde que pasó aquello en Bavaria, estoy muy sensible en cuanto a este tipo de estímulos. Mi espíritu sigue hostil a él y mi mente prohíbe cualquier tipo de respuesta, pero el cuerpo no me obedece. Siendo el olor de su piel mezclado con el jabón que usa, y eso me lleva a recuerdos de otros tiempos, cuando estaba orgullosa de tenerlo a mi lado, de excitarlo y gozarlo.

Cambio un tanto de postura; luego de un pequeño giro de los hombros, apoyo mi espalda contra su pecho. Pienso en todo lo que he hecho y en lo que he dejado de hacer por él. Lucho, entonces, porque la culpa no se apodere de mí. Dejo correr mis emociones para ello. Me remuevo en sus brazos para volverme a él. Siento su excitación al hacerlo. Y, a pesar de la oscuridad casi absoluta, puedo adivinar en su rostro que me desea como siempre.

Respondo desde las sombras con una sonrisa anodina y neutra a su mirada, preguntándome si llega a verla.

—Te amo —me dice en un susurro. Luego me besa varias veces en el cuello, en el nacimiento de mis pechos, en los labios.

Exhala un cariñoso vigor en su deseo que me conmueve. Una vez más, pienso por qué no puedo conformarme con todo lo que tengo y dejar de vagar por allí en busca de conseguir otras cosas que no termino de entender.

—Me alegro de que me ames. Más te vale luego de tantos años.

No sé por qué le digo eso. Bajo mis manos hacia su cuerpo excitado de mí, lo aferro y lo atraigo aún más. Se introduce en mí, gozoso él y provocando lo mismo en mí. El sexo es una distinta atmósfera, un estado que te transporta a otra parte, más allá del tiempo y el sentido usual de las cosas, tal como los sueños. Me sumerjo en él.

Sus caricias me arrullan y sus besos salpican mi cuerpo. Es una sensación inmensamente placentera. Me dejo llevar para luego responderla. Me aferro a su pecho, clavando mis uñas un tanto en su piel, y luego de besarlo, le muerdo brevemente el cuello, por debajo de la oreja.

—Herm...

Perdida en ese mundo de placer, apenas si reparo en el desliz que acabo de hacer. No recuerdo si pronuncié su nombre, o pude detenerme antes de terminar de hacerlo. Espero que la respiración lo haya disimulado. O él no haya reparado en ese sonido, entre otros gozosos que salían de mi boca.

Era tarde cuando salí de la universidad sin hallar a María Fiamma por ninguna parte. Me había quedado luego de clases, invitada por el profesor Zuse para mostrarme sus avances con la máquina de cálculos. Se trataba, me explicó mientras recorriamos con la vista una multitud de planos y croquis dispuestos sobre una gran mesa, de una calculadora mecánica binaria operada con electricidad y que leería instrucciones desde una cinta perforada. Confiaba, pese al escepticismo de casi todos, en tenerla construida pronto. Trabajaba en el departamento de sus padres, a salvo de los comentarios académicos jocosos y hasta tenía ya un nombre para la máquina: Z1, usando la primera letra de su apellido para denominarla.

Mi entusiasmo por haber visto ese mundo que ni podía imaginar hasta hace poco se desvaneció al comprobar la ausencia de mi amiga. Usualmente, la inseparable María Fiamma habría venido conmigo o esperado en algún sitio para volver juntas a casa. Pero en esa ocasión no había ni rastros de ella. Supuse que era parte de su política de vacío, desde que salía con Sergei. Ahora cada cual iba por su lado.

Salí de la escuela y crucé el puente sobre el Landwehrkanal, bordeando el Tiergarten. Tenía una descomunal distancia hasta casa, pero quería al menos estirar un poco las piernas. Tomaría el tranvía en la siguiente parada. Para esas horas, la arbolada Charlottenburger Chaussee⁵, la arteria en que la avenida Unter den Linden se continuaba al oeste, estaba desierta con la noche iniciándose sobre la ciudad. Conforme pasaba el tiempo, Berlín se convertía en una ciudad más retraída sobre sí misma. Ya la noche no era la que podía verse cuando Fiamma y yo solíamos compartir nuestras salidas.

Absorta en mis pensamientos, no lo vi venir. Todo sucedió muy rápido. Llegó desde atrás, me aferró por el brazo una mano, otra cubrió mi boca y ambas me empujaron hacia lo profundo del parque.

—Por favor, *Fräulein*, icálmese! Prometo no hacerle daño.

Era el mismo hombre que en el hotel Esplanade me había dado la carta para papá y que me había rehuído frente a la embajada. Ahora lo tenía frente a mí, tan nervioso como yo, inmovilizándome contra el tronco de un arce.

Volví la cabeza a un lado y vi que sostenía en su mano una jeringa cuya aguja apuntaba a mi cuello.

—Voy a quitarle las manos de encima, pero por favor no grite ni intente huir. Le aseguro que no querrá experimentar lo que hace el contenido de esta jeringa; su efecto es casi inmediato.

Eso hizo. Retiró sus manos, sin dejar de bloquearme cualquier movimiento con el cuerpo. Para asaltarme en plena calle, era bastante atento hasta en su forma de amenazar. Por lo demás, todavía me encontraba aturdida como para poder pensar cómo evadirme. O juntar el valor necesario para llevarlo a cabo.

Vestía de civil y había inclinado su sombrero sobre el rostro, cuestión de revelar lo menos posible de su fisonomía.

—Solo haga lo que le digo, quédese quieta, y no le ocurrirá nada.

Mantuvo la aguja cerca de mi cuello, en tanto me observaba el rostro. Luego la bajó, al parecer satisfecho de su examen.

—No sabía si era usted en verdad. Ha cambiado su cabello. ¿Le dio el sobre a su padre?

Me preguntaba por algo ocurrido hacía ya meses. Se lo notaba ansioso, pero más tranquilo ahora que había descubierto que yo era yo. Asentí en silencio, a lo que me preguntó:

—¿Le dijo algo?

—Nada. No quiso hablarlo conmigo.

Él me miró. Se lo notaba un tanto desolado, como si hubiera esperado otra noticia de mi parte.

—Supongo que es lo correcto. Lamento tener que recurrir otra vez a usted *Fräulein*, pero no tengo otra alternativa.

—No le entiendo.

—Me vigilan y también a su padre. Es difícil acercarse directamente. He dejado, por eso, pasar el tiempo. Hasta asegurarme de que no corría riesgos.

—Sigo sin entender de qué se trata todo esto, *Herr* Luther.

Me miró sorprendido, por unos instantes, por haber dicho su nombre. Luego recobró el estado de ansiedad previa. Al hablar conmigo, miraba hacia la calle más allá de los árboles.

—Veo que le dijo mi nombre. Necesito que hable con su padre. Asegúrele que me pondré en contacto con él cuando no haya tanto riesgo. ¿Se lo dirá?

Asentí.

—Puedo tardar un poco en hacerlo, dígame eso también. No estoy en una posición fácil. No quiero complicarlo con mis problemas si puedo arreglarlo de otra forma. Pero, si no es así, recurriré a él.

Iba a irse, y quizás debí dejar que hiciera eso. Pero mi curiosidad pudo más que mi prudencia, como casi siempre en mí, y no pude evitar preguntar:

—Es por esos experimentos médicos, ¿verdad?

Me miró extrañado.

—¿Qué sabe de eso?

—Acompañé a mi padre a Leverkusen hace un tiempo. Preguntó por usted a sus antiguos compañeros de universidad.

Él guardó la jeringa en uno de los bolsillos de su traje y sacó entonces un pañuelo: se secó el sudor que tenía en la frente y el rostro.

—Pensé que se refería... Bueno no importa. Quizá sea mejor que no lo sepa. Yo mismo a veces no creo que nos esté pasando lo que nos pasa. Todos los días pido a Dios que me perdone por ser parte de todo esto.

No me especificó sobre eso que lo mortificaba. Seguía ansioso con el pañuelo en la mano, alternando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. Se debatía entre irse y decirme algo más.

—Intenté muchas veces justificar mis actos, convencerme que no estaba haciendo nada malo. “Solo seguimos órdenes”, me han dicho. “No podemos estar haciendo nada malo si somos el Estado”, también escuché y quise creer eso. Solo que sé que no es así y que no hay nada bueno en este condenado asunto.

No me decía esas cosas porque confiara en mí. La tensión de la forma en que me abordó había sido de tanta magnitud para él como para mí, supuse. Ahora necesitaba desahogarse con alguien. Su aflicción era incluso superior a sus prevenciones, a las mínimas consideraciones de precaución. Necesitaba sacársela de dentro, aunque fuera en parte, para no ser aniquilado por las culpas que le nacían desde lo profundo. Tan simple y tan terrible como eso.

—Es espantoso lo fácil de como uno puede meterse en estas bestialidades. Todo está arreglado para que uno pueda auto engañarse, y creer que está haciendo lo debido. La planificación, las

normas, los cargos, los honores, la importancia y la influencia que ellos te traen aparejado. Muchos encuentran más fácil mentirse, pero yo no.

Parecía sincero en su desesperanza. Miró nuevamente a uno y otro lado, de donde nos hallábamos, buscando entre las sombras, antes de seguir:

—Me educaron como católico, aunque no fui muy religioso desde que entré a la universidad. Creí que la ciencia tendría mejores respuestas. Es curioso, ahora pienso todo el tiempo en un Dios que abandoné hace mucho al que le pido me ayude sin saber si en realidad me escucha.

—Si mi padre puede ayudarlo, lo hará—intenté, vaya a saber por qué, consolarlo.

—Su padre es un buen hombre, siempre lo ha sido. No sé en quién más confiar. Todos ahora piensan distinto ¿Quiere saber algo extraño? Hitler fue educado como católico, igual que Himmler y Goebbels. Tal como yo mismo. Supongo que nada es más terrible que una persona que extravía la fe.

Empezó entonces a caminar, sin despedirse, luego de advertirme que no lo siguiera. Fue una aclaración inútil. Era lo último que tenía en mente. Pronto, se perdió entre la oscuridad de los árboles. Apenas dejé de verlo, empecé a caminar con paso presuroso en la dirección contraria.

CAPÍTULO 21

Los problemas de la tía Julia

*Bienaventurados los que padecen persecución
por causa de la justicia,
porque de ellos es el reino de los cielos.*

Jesús de Nazaret

En tanto mi tío desafiaba a mi padre a un partido sabatino de tenis, oficié de intérprete y guía por Berlín para mi tía Julia. Ella, fiel a sus inquietudes intelectuales, buscaba agregar algunos textos legales alemanes a su ya numerosa biblioteca jurídica.

Por mi parte, deseaba dejar a un lado todo lo ocurrido la noche anterior. Quitar de mi memoria el encuentro con ese hombre que parecía no estar en todos sus cabales. Tanto me había incomodado, que todavía no había hablado con mi padre al respecto.

Quería hacerlo a un lado, borrarlo, aunque fuera por un rato, de mí. Salir con mi tía era algo inmejorable a tales efectos. Al conversar con ella en el parque días atrás, había descubierto que teníamos mucho en común, por lo que quise pasar algún tiempo más con ella antes que partiera a París.

Anduvimos por varias librerías jurídicas, a la caza de la mejor obra que comentara el *Bürgerliches Gesetzbuch*, el *Código Civil* de Alemania vigente desde los tiempos del emperador, que empezó a regir justo con el inicio del siglo xx. En uno de esos sitios le

mostraron un libro que trataba sobre el proyecto del *Volksgesetzbuch* o código del pueblo con el cual los nazis querían reemplazar al código civil vigente por un texto que reflejara la ideología nacionalsocialista en reemplazo del liberalismo jurídico del viejo código.

—Me parece una tontería —me dijo mi tía en español. Su alemán se reducía a las lecturas que hacía con auxilio de un diccionario.

Era un sitio con bastantes libros, prolijamente ordenados en repisas. Pero su dueño, un hombre maduro de lentes redondos y tupido bigote, solo nos mostraba aquellos que habían escrito los juristas nazis. Más aun, dejó una gran pila de ellos en una mesa de lectura que puso a nuestra disposición. Estuvimos allí un rato más, preguntando ella por otros libros y hojeando algunos.

Algunas veces, Julia me pedía que le tradujera los índices o le leyera alguna parte que le interesaba, lo que llevaba a cabo con gusto de mi parte.

—“El papel del juez en el proceso es el de salvaguardar el orden concreto de la comunidad racial para eliminar los elementos peligrosos, para enjuiciar a todos los actos perjudiciales para la comunidad, y para arbitrar en los desacuerdos entre los miembros de la comunidad. La ideología nacionalsocialista, especialmente en lo que se expresa en el programa del partido y en los discursos de nuestros líderes, es la base para la interpretación de las fuentes legales”.

La abogada de la familia me miró con asombro.

—¿Quién ha escrito eso?

Miré la solapa y luego busqué en los datos de autor en la contraportada.

—Hans Frank. Es jefe de la Asociación Nacionalsocialista de Abogados, Presidente de la Academia de Leyes alemana y ministro del Reich sin cartera.

—Por Dios, Coti —me dijo por lo bajo—. Este país está peor de lo que pensé.

Acababa de decirme eso, cuando entraron a la librería dos hombres, muy serios y de traje. Ambos se quitaron sus sombreros al ingresar. Fueron directamente a quien nos había atendido al otro lado de la librería. Tras cambiar con él unas palabras que no llegué a escuchar, vi cómo nos señalaba. Ambos hombres vinieron entonces a donde estábamos.

Se identificaron ante la tía Julia como de la Gestapo, mostraron sus insignias de metal circular con el águila nazi y su número de identificación. Luego le dijeron que tenía que acompañarlos a una comisaría de policía cercana debido a que “personas tenían quejas contra ella”. En medio de mi asombro, me apresuré a traducirle a mi tía todo eso.

No quise separarme de su lado, aun cuando al principio no me dejaban ir con ella. Cuando llegamos a la *Polizeiwache*, vino una mujer de civil que le sacó su abrigo, la cartera y los zapatos. Todo ello lo dejó sobre la mesa del cuarto cerrado en donde estábamos. Un poco después ingresó allí uno de los dos hombres que la había llevado hasta allí y se puso a revisar sus cosas. Cuando encontró su pasaporte argentino, le pregunto qué hacía en Alemania.

A esa altura yo no sabía si decir o no quién era mi padre. Mostré mi pasaporte diplomático y lo dije junto con que mi tía era esposa de un destacado miembro del parlamento argentino y miembro del partido gobernante. Esperé que eso los impresionara.

Mi tía hizo que le preguntara si estaba detenida. Me impresionó la sangre fría con que llevó todo el asunto. Se mostraba firme, pero sin enojo alguno. Supuse que es cómo deben actuar los abogados en situaciones de este tipo.

Cuando el policía contestó que sí, Julia pidió que notificaran su arresto al consulado argentino y le informaran en virtud de qué delito es que la habían arrestado.

Traduje lo que me contestó aquel hombre:

—La Gestapo no tiene por qué presentar cargos cuando se trata de una *Schutzhaft*, una custodia preventiva. Alguien dijo que te habías expresado de mal modo sobre las leyes alemanas.

Julia lo pensó durante un momento, antes de pedirme:

—Deciles que quiero carearme con mis acusadores, porque los están engañando.

Eso hice. Sin darnos ninguna seguridad al respecto y no muy convencido de hacer lo que le pedíamos, el policía salió del cuarto.

Julia entonces se volvió a mí, me tomó el rostro con sus dos manos.

—Coti, mejor te vas de acá. Esto puede complicarse.

Me mostré inflexible en mi respuesta.

—No voy a dejarte sola. Además, no sabés una palabra de alemán.

—Pediré un traductor.

—¿De la misma policía que nos tiene aquí? Por supuesto que no, tía. Saldremos juntas o no saldrá ninguna.

Ella entonces me abrazó.

—Por Dios, Coti; sos igual en el carácter a tu abuela.

Se separó de mí, luego de unos instantes, sin poder disimular, a pesar de su aplomo, que el asunto realmente la preocupaba.

—Todo va a salir bien, tía.

Cuando ella me miró, supe que no había conseguido convencerla en lo absoluto.

—Eso espero. En los países sin justicia, siempre es peligroso tener la razón.

Vi la preocupación en su rostro cuando terminó su llamada.

—¿Qué pasa, Ignacio?

—Llamaron de la oficina consular. La Gestapo detuvo a Julia.

—Tu cuñada siempre dando la nota, creyendo que puede hacer lo que quiere, violentando todo el tiempo las reglas.

Él me miró con indisimulada reprobación.

—Lucrecia, creo que podemos esperar para emitir un juicio a que sepamos qué es lo que ha pasado.

—Si la policía se la llevó, es porque ha hecho algo indebido.

—La Gestapo no es cualquier policía, se ocupa de los delitos políticos. Coti está con ella, pero no tienen cargos en su contra.

—Entonces, no es nuestro problema. Solo debemos decirle a Mariano y que se encargue él. ¿Es su marido, no?

—Son parte de la familia, Lucrecia. Aparte, no quiero meter a mi hermano en esto. Él es demasiado impulsivo y perdería la cabeza; terminaría por hacer algo estúpido.

Sí, pensé. Tenía la razón en eso. “Él tiene esa decisión y arrojo que a vos te falta”, podría haber agregado. Pero no se lo dije. Siempre tuve la sensación de haberme equivocado de hermano. Una pena, realmente.

—No entiendo qué podés hacer —dije para no seguir pensando en lo que tenía en la cabeza—. ¿Llamar a un juez?

—No serviría de nada. La actuación de la Gestapo está sustraída de la esfera de actuación de los tribunales. Uno de los logros de ese jinete de las SS amigo tuyo.

La mención a Hermann me hizo inquietar. Nunca estoy muy segura de si lo dice por decirlo o sabe que existe algo más entre nosotros.

—Voy a llamar al Ministerio de Relaciones Exteriores para hablar a Von Neurath directamente. Espero poder encontrarlo, es sábado.

—¿Vas a molestar a un ministro por esta tontería un fin de semana?

—No creo que la detención injusta de un ciudadano argentino sea una tontería, Lucrecia. Más allá de que se trate de mi única cuñada.

—Si no sabés la causa, tampoco podés decir que sea injusta —le repliqué.

Me miró con cierto hartazgo. Pocas veces ha logrado ganarme una discusión en tantos años de casados. Me rendí a lo evidente al verlo discando el número del ministerio. Ignacio movería cielo y tierra por esa maldita mujer.

Fui hasta la cocina para avisar que aplazaran el almuerzo. Estaba visto que toda la actividad de mi propia casa pasaría a estar en función de lo que ocurriera con esa advenediza.

—¿Pudiste conseguir algo? —le pregunté con fingido interés al volver a la sala y verlo cortar el teléfono. Sus palabras de despedida, a quien sea que hubiera hablado, habían sonado ásperas.

—Verán de ubicarlo y me devolverán el llamado.

Lo veía preocupado como pocas veces. Vi la oportunidad de poder congraciarme con él. Después de todo, no vendría mal un poco de distensión en nuestro matrimonio. Me daría una mayor libertad de movimientos para reunirme con Hermann.

—Podrías probar con Joachim von Ribbentrop —le sugerí.

—¿El embajador en Inglaterra?

—El Führer le ha encargado otras tareas diplomáticas. Tiene su propia oficina en relaciones exteriores, la llaman la “Dienststelle Ribbentrop” y tiene tanto o más poder que el propio ministro.

Él me miró como si decidiera si creerme o no.

—¿Cómo es que sabés eso?

—Su esposa Anna va al mismo salón de belleza que yo. Somos buenas amigas.

Vi que consultaba su agenda telefónica forrada en cuero. Mientras seguía pasando las páginas, yo tomé el teléfono y marqué el número de la residencia de los Ribbentrop. Luego le pedí a Anna que pusiera al habla a su marido, donde fuera que estuviese. Me había comentado de la vida errante de este, entre Londres y Berlín. No estaba en su casa, pero ella prometió ubicarlo. Cinco minutos más tarde, Joachim llamó a casa y le pasé a Ignacio.

Conforme hablaba, veía que la expresión en el rostro de mi marido se tranquilizaba. Sus palabras fueron firmes, pero más relajadas que en su anterior intento por dar con Von Neurath. Al colgar, vi que me dirigía una mirada de gratitud.

—Prometió ocuparse del tema y solucionarlo.

De mi parte, el regocijo me hinchaba por dentro. No solo mi marido volvía a deberme favores, sino que había confirmado, una vez más, que mi toque para la intriga gozaba de muy buena salud.

Volví a la cocina para que sirvieran el almuerzo.

El tiempo se hacía eterno en ese cuarto en el que nos dejaron. Tres horas y cuarto más tarde, los dos agentes de la Gestapo volvieron con el librero de lentes redondos y bigotes. Traían un papel, que leyeron, en el cual constaba su declaración. Según lo mecanografiado en el documento, el hombre aseguraba que tía Julia había cuestionado la legislación del Reich al serle exhibidos unos libros de derecho.

Me impresionó el comportamiento de mi tía. Llevábamos desde la mañana con el bendito asunto, y yo ya estaba exhausta. Pero ella, a pesar de la barrera del idioma y de encontrarse, claramente, a total merced de lo que quisieran hacerle, no se amilanó en lo absoluto.

Se plantó entonces frente a su acusador y lo trató de mentiroso. Luego me hizo preguntarle si él sabía castellano.

—*Nein* —respondió.

Volvió a pedirme que le preguntara, esta vez si la había oído hablar en alemán.

—*Nein* —volvió a responder el hombre.

Se lo notaba amedrentado. Lo entendía perfectamente al ver la vehemencia y seguridad con que mi tía había tomado las riendas de aquella extraña reunión. Los hombres de la Gestapo la miraban a ella y al hombre que habían traído sin perderse detalle del cruce entre ambos.

—Entonces, ¿cómo puede haber entendido palabra alguna de lo que dije?

Me apresuré en traducir eso al alemán. Los agentes de traje enfocaron su mirada al librero, que empezó a sudar por la frente y a explicar que Julia ponía mala cara cuando le alcanzaba algún libro relativo al derecho nacionalsocialista. Hablaba bastante rápido y cada vez con mayor nerviosismo. Yo procuraba resumir y traducirle a mi tía lo principal de su fárrago de palabras.

La puerta se abrió entonces. Entró un hombre con el uniforme negro de las SS. Tenía el pecho poblado de insignias y una hoja de roble en las solapas. Los hombres de traje se cuadraron e hicieron el saludo hitleriano apenas advirtieron su presencia.

Se quitó la gorra negra con la insignia de la calavera, colocándola bajo su brazo izquierdo. Luego se paró enfrente de la tía y, tras un rígido taconeo, extendió su mano a la usanza del saludo nazi.

—*¡Heil Hitler!* Permítame presentarme, *Frau* López de Madariaga. SS-Standartenführer Hermann von Meltka, a su servicio.

Había hablado en perfecto castellano. Julia lo miró con desconfianza.

—Y cuál es su participación en todo esto, señor.

—Primeramente, ofrecerle las disculpas oficiales si todo este malentendido le ha causado alguna molestia.

Lo miré con dureza. ¿Molestia? Estaba detenida desde hacía ya seis horas. Por favor... Estaba por decirle algo, cuando mi tía me puso una mano en el hombro, para sosegarne. Como pude ver entonces, a más de excelente abogada, tenía dotes para manejarse en las cuestiones de la política y el poder. No por nada, su aceptación popular en nuestra tierra era tanto a más que la del tío Mariano. Quizás, el ascendiente público de mi tío fuera, en no poca medida, por virtud suya.

—Supongo que el malentendido de que habla, señor, es lo referente a mi detención.

El oficial nazi sonrió, conciliador.

—Como le he dicho, señora. Ha sido un malentendido. —Hizo una seña a los hombres de traje, que se apresuraron a desalojar de allí al librero, que mostraba ahora su rostro lívido. Luego sacó del bolsillo interno de su casaca, un papel con el águila nazi en su parte superior —: Podrá irse tan pronto firme esto.

Se lo entregó a tía Julia que me lo pasó a mí, pues estaba redactado en alemán. Me apresuré a leerlo en voz alta. Era una declaración bajo juramento de mi tía en la que manifestaba haber sido bien tratada durante el tiempo pasado en las oficinas de la policía y que nunca “sería enemiga del Estado alemán”. En el final del documento se le

ofrecía que, si en el futuro alguna vez sentía que su seguridad estaba en peligro, podía presentarse para ser arrestada bajo custodia preventiva.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó mi tía.

Von Meltka exhibió su sonrisa más encantadora.

—Una simple formalidad, señora. Coincidirá conmigo en que la cuestión no amerita más pérdida de su valioso tiempo. Veo también que su sobrina está agotada, y es entendible. Las cuestiones burocráticas muchas veces alargan los tiempos en demasía. Tampoco queremos complicarla en todo esto a una joven tan encantadora. O a su padre, el embajador.

¿Cómo sabía quién era yo? Dios, debía reconocer que eran más que eficientes en sus sucias tareas. Parecían saberlo todo y podían hasta amenazarla a una en la cara sin levantar un tono la voz.

—Yo no... —intenté decir, pero Julia me pateó discretamente en la pierna para callarme.

—Terminemos de una buena vez con esto —dijo y aceptó la pluma que Von Meltka le ofrecía. Garabateó su firma en el papel y le devolvió ambas cosas.

—Tengo un auto esperándolas afuera para llevarlas a la residencia del embajador.

Julia lo fulminó con la mirada antes de tomarme del brazo y dirigirse a la puerta.

—Preferimos volver a pie, señor.

Salimos sin que nadie nos lo impidiera. Conforme caminábamos por la vereda, Julia perdió algo de su aplomo, mostrando sus sentimientos de preocupación. Me estreché aun más a su brazo.

—Tendrás que decirme cómo hacemos para regresar a tu casa. No tengo ni idea de dónde estamos —me dijo. Su voz había perdido bastante de su firmeza anterior.

Ubiqué un taxi y lo tomamos. Pero al entrar en la zona de Tiergarten, me preguntó si podíamos caminar el resto del trayecto. Le dije que sí, que no estábamos muy lejos de casa. Pagamos y nos bajamos del auto, cortando hacia el sur por el parque.

—Necesito caminar un poco y tranquilizarme. —Su rostro mostraba ahora los signos del miedo y la tensión acumulados por horas—. No quiero que Mariano me vea así.

Sacó un cigarrillo de su cartera y lo encendió. Hicimos un trecho en silencio. Ella mantenía la vista fija en algún punto en la lejanía, sin mirar en realidad a ninguna parte.

—Estuviste estupenda, tía. Sí que supiste defenderte.

Ella me miró con dulzura. Me acarició el brazo, antes de responderme.

—El derecho tiene sus límites, Coti. Y únicamente funciona entre seres civilizados. Solo tuve suerte. Todavía hoy en día, aunque estemos en el siglo xx, a la fuerza solo puede enfrentársele con fuerza.

Me asombró su sencillez y fragilidad. No era, ni se creía, nadie extraordinario. Se mostraba ante mí como era: una persona común, que renunciaba a cualquier pretensión de ser tenida por heroína de nada. Eso me hizo admirarla aún más. No podía ser más distinta de mi madre, a la que nada parecía afectarle nunca y siempre nos veía a los demás como desde arriba de un pedestal.

—¿Cómo podés vivir acá, Coti?

Su pregunta era más de curiosidad que por reproche. Me encogí un tanto de hombros, mientras meditaba la respuesta. ¿Qué podía decirle? No éramos propiamente del país y, por lo tanto, mucho de lo que allí pasaba lo veíamos desde fuera, sin estar involucrados. De no ser por Fiamma, buena parte de la realidad nazi me habría pasado directamente inadvertida. Pero no éramos unos ignorantes. Sabíamos lo que ocurría, teníamos una idea de ello, lo quisiéramos aceptar o no, como en el caso de mi madre.

Respecto a eso, recordé alguna vez una frase de mi padre sobre sus experiencias médicas, acerca de la magnitud del daño que muchos cuerpos revelaban poder aguantar. Creo que nos pasaba lo mismo con nuestra vida diaria allí. Uno se acostumbraba hasta a lo que no debía acostumbrarse. Actuábamos así por comodidad, por egoísta conveniencia o por simple resignación. Nos pasaba a todos, me pasaba a mí y hasta ocurría con Fiamma. No hacíamos el saludo hitleriano en la universidad, aduciendo nuestra condición de extranjeras y familiares de diplomáticos, pero, más de una vez, en nuestras salidas nocturnas, habíamos elevado el brazo ante un barman o un mozo, a sabiendas de que te trataban mejor de esa forma. Tenía muchos ejemplos de ese tipo, de consentir cosas que juzgábamos nimias. Pero me temía que, con eso, también poníamos nuestra cuota para que siguiera pasando lo que ocurría.

No respondí a la pregunta porque no sabía qué contestar. Por alguna extraña causa, me sentía en parte responsable de lo que estaba pasando en esa Alemania. Mi abuela habría dicho que los pecados de omisión son inmensamente peores que todos los otros. Pero, ¿tenía sentido rebelarse contra la injusticia sin tener la menor posibilidad de éxito? Por fortuna, las siguientes palabras de mi tía me relevaron de tener que dar algún tipo de contestación a su pregunta.

—Te estoy muy agradecida, Constanza. No sé qué hubiera podido decir sin tu ayuda con el idioma. Aparte, también me siento muy orgullosa. Fuiste muy valiente.

Esas palabras me llenaron de júbilo. No era usual que alguien en mi familia me alabara en sentido alguno. Reñía con mis hermanos, mi madre me había recriminado por todo desde siempre. Si hasta papá, de cuyo afecto no dudaba, siempre ponía el acento en mi aquello que debía corregirse o perfeccionar antes que en mis logros.

Era extraño recibir esa clase de reconocimiento. Tan extraño como agradabilísimo.

Como es usual en la familia de mi marido, cuando Julia volvió a nuestra residencia, todos dirigieron sus atenciones a ella. Solo una llamada del Ministerio de Asuntos Exteriores, que otorgaba las más completas seguridades de que se las había liberado y estaban en camino a nuestra residencia, disuadió a Mariano de ir en persona a las autoridades a reclamar por su inmediata liberación.

Nadie parecía recordar mi papel en el asunto. Como también es usual.

¿Qué tiene ella para provocar ese tipo de sentimientos en los demás? Su vida ha dejado bastante que desear. Es hija de un simple bolichero, fue a la universidad contra el deseo de sus padres, vivió en secreto con Mariano antes de estar casados siendo su amante antes que esposa y, luego de casada, ha seguido con sus cosas de abogada como si no tuviera una casa de qué ocuparse.

Veo a Mariano abrazándola para luego besarla allí mismo, delante de todos nosotros, con esa intensidad que solo las pasiones pueden provocar. Me habría gustado sentir eso, alguna vez.

Ellos viven discutiendo, pero en los términos más cariñosos. Muestran su afecto en público y se besan delante de otra gente como lo más normal del mundo, sin importarles lo que piense nadie. No creen en los formalismos y disfrutan de estar juntos. Todo lo contrario de lo que ocurre entre Ignacio y yo.

Ella ha sido primera dama de Córdoba y ahora es la esposa de uno de los políticos más influyentes del país. No es improbable que, en un futuro, sea también la primera dama argentina. Ha sido todo lo que yo habría querido y puede aspirar a lograr lo que ya no podré ser.

Por eso, es duro verla así, tan sonriente, contando sobre su experiencia en esa comisaría con la total atención de todos a cada palabra que sale de sus labios. Constanza no se mueve de su lado y la observa como hace con aquellas contadas personas a las que admira. Mi hija nunca permanece por mucho tiempo a mi lado, solo el indispensable para despachar el asunto que se trate. Y, desde ya, jamás me ha prodigado una mirada de ese tipo.

Te odio, Julia. Te odio con todo mí ser, te detesto como a pocas cosas sobre esta tierra.

Entonces, la muy maldita repara en mí y se acerca para, sin aviso previo, saludarme con un beso en la mejilla.

—Ignacio me comentó que conseguiste que hablara con gente del gobierno por mí. Te lo agradezco mucho, Lucrecia, de verdad.

Debo esforzarme para esbozar una sonrisa de ocasión.

—Por favor, Julia querida, no hay nada que agradecer. Somos familia, ¿no?

CAPÍTULO 22

París era una gran fiesta

*El pasado ya no tiene remedio,
así que déjenlo en paz y aprovechen cada día por vivir.
Dejen de pensar que son unos desgraciados
y asuman que son unos supervivientes.*

Carmen Amoraga

Mi tía me prometió una sorpresa y cumplió acabadamente. Pocos lugares son más mágicos para ver una ciudad como la capital gala, ya mágica de por sí, que la torre Eiffel.

Mis tíos me llevaron París con ellos. Fiamma, como era usual, no quiso separarse de mi lado y vino también con nosotros. El tío Mariano no solo soportó estoicamente esa triada de mujeres liberadas, sino que hasta pareció gustarle. A diferencia de muchos hombres, no esquivaba el compartir tiempo con nosotras sin plantear imposición alguna, de esas que son típicas en los hombres, como empezar a querer dirigir las cosas.

Ni aun cuando caía la tarde, casi noche, estábamos solos allí, en ese símbolo por antonomasia de la ciudad. Es que el promedio de sus visitantes, por causa del evento que nos convocaba, había trepado hasta duplicarse.

Para la Exposición Internacional de Artes Aplicadas, André Granet, el arquitecto encargado de engalanarla para la ocasión, había diseñado una nueva iluminación de relieve para la estructura de

encaje de la torre, la cual hacía un excelente contrapunto de luz con los de los jardines de Trocadero.

Estábamos allí las dos, a causa de la obcecación de Fiamma por subir por las escaleras. Debía estar, de acuerdo a nuestros cálculos, en algún punto entre el primer y segundo nivel. Ninguna de las dos quiso adivinar cuántos de los mil seiscientos escalones llevaba pisados. Como fuera, su aventura finalizaría en el ascensor hacia donde estábamos, única forma de llegar a la cúspide de esa estructura maravillosa de hierro, tecnología y sueños.

A la espera de verla finalmente llegar, contemplábamos la maravillosa vista de ciudad en miniatura, como si se tratase de una maqueta, merced a la perspectiva que la altura nos prodigaba.

Tío Mariano nos sacó un par de fotos con su chiche más reciente: la nueva cámara Contax II de rollo de 35 milímetros, la primera que combinaba un telémetro y el visor en una sola ventana. Para variar, esa tecnología de punta era alemana. Apenas había sido lanzada al mercado en el año anterior, producida en la fábrica de Ica en Dresde.

Estábamos en exterior del tercer nivel de la torre. Parecía no poderse llegar más alto al cielo. A nuestros pies, se dejaban ver los distintos pabellones de la exposición internacional.

El viento ponía a prueba la resistencia de nuestros peinados. Siempre glamorosa, Julia me había advertido sobre peinarse ese día con una dosis extra de laca.

Mi tío fue a sacar fotos al otro lado, y Julia aprovechó para sonsacarme el porqué de mi actitud distante de los últimos dos días. De mi parte, únicamente atiné a decir, a modo de explicación sobre mi conducta:

—Ella amaba París. Aquí conoció ese terrible amor suyo, ¿verdad?

No hacía falta, en nuestra familia, nombrar a quién me estaba refiriendo. Mi tía asintió, se puso seria de repente.

—Sí, todo sucedió aquí. Sus sueños de juventud y el hallar a ese mal hombre, un perverso de la peor calaña.

Era fácil hablar con ella. Por eso me atreví, por primera vez, a decirle mis miedos a alguien. Antes, ni con Fiamma había hablado de estas cosas.

—Todos me dicen lo mucho que me parezco a ella. Eso me aterra. Pienso si no terminaré en la misma forma: matándome por tener el corazón destrozado.

Mi tía me miró con ojos compasivos, como si supiera el calvario de sueños terribles que llevaba por dentro.

—Es no pasará —me dijo al tiempo que me acariciaba el cabello con su mano.

—¿Cómo podrías asegurarlo?

—Sos mucho más fuerte que ella.

—Me gustaría creer eso.

—No vas a tener que hacerlo, Coti. La vida se encargará de demostrártelo. Primero para tu lamento y luego para tu satisfacción.

No contesté de inmediato a sus palabras. Lo había dicho con demasiada seguridad como para que no me corriera un cierto escozor por la piel.

—Me trajiste a París por alguna razón, ¿no? —Pregunté con miedo, me temblaba la voz al hacerlo.

Ella me miró, buscando una respuesta aceptable para darme.

—La única manera de matar a tus demonios es enfrentándolos. No es algo agradable, pero sí necesario.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Terminarán devorándote desde dentro. Pero eso no va a pasar, Constanza. Sé que vas a luchar contra ellos y salir triunfante. Probablemente no hoy, ni mañana. Pero vas a hacerlo.

—¿Cómo podés estar tan segura?

—Solo lo sé. Veo las señales. Yo mismo he pasado por eso y las conozco muy bien.

Se descubrió entonces el pañuelo que llevaba al cuello hasta revelar una cicatriz que lo marcaba por entero. Había oído de ella, en las conversaciones familiares por lo bajo de mis mayores, pero nunca antes había podido observarla desde cerca. Julia siempre se las ingeniaba para cubrirla con algún tipo de accesorio, en concordancia con la moda de ese momento. Algún collar, grueso y ajustado al cuello, vestidos de cuello alto, entre otros modos de disimulo.

—Ese hombre que provocó todas esas cosas en tu hermana, iba tras de Mariano y de mí. Quería vengarse de nosotros, por un asunto en el tiempo que Mariano era Fiscal. Esto también es obra suya.

Se refería a su cicatriz, que volvió a cubrir con el pañuelo casi de inmediato.

—¿Y qué pasó con él?

—No teníamos las pruebas para ligarlo a lo ocurrido con tu hermana ni con lo que me hizo a mí. Era muy hábil, siempre actuaba desde las sombras. Mariano lo enfrentó, en un estúpido duelo en el

que casi terminan matándolo a él. Por suerte pude llegar a tiempo con la policía, allí donde luchaban.

—Lo salvaste.

—Esa vez, sí. Al igual que otras. Pero también, él me ha salvado a mí otras. Siempre fui muy apasionada, de ir directamente a los problemas, de no dejar ningún combate por librar, aun los inútiles. Mariano me enseñó a ser más cauta en muchas cosas.

Se volvió para verlo. Mi tío estaba sacando fotos a nosotras, a distancia, desde el otro extremo del mirador, sin ninguna advertencia previa. Supongo que buscaba captar esas escenas informales de la vida diaria, tan en boga por esos días.

Julia le sonrió, se aseguró que el pañuelo estuviera en su sitio y agitó levemente su mano, a modo de saludo. Nunca tenía su mirada más radiante que cuando lo veía.

—No te engañes con él, Coti. Parece un *bon vivant*, despreocupado de todo. Pero es el hombre más cariñoso y protector que conozco. — Sonrió para sus adentros—. Amén del cretino más irresistible que pueda existir.

Se volvió a mirarme.

—Lo que pasó fue con otros. Ninguna responsabilidad te cabe, eras una niña. Tampoco es algo que pueda condicionarte en tu vida. No podrías ser más distinta de Sofía. La vida puede ser terrible muchas veces, pero siempre sigue siendo algo emocionante que vale la pena sobrellevar.

El cuadro se llamará La valquiria triunfante. Es el resultado de meses de trabajo arduo por parte del maestro Sepp Hilz. Es uno de los pintores del momento en el Reich, galardonado con el prestigioso premio Lenbach. Una de sus obras, Nach Feierabend, ha sido adquirida por el propio Hitler en la importante suma de diez mil marcos.

Lo he preferido a Adolf Ziegler, aunque este sea el pintor más cercano al Führer y presida la Reichskammer der bildenden Künste, la Cámara de Artes Visuales del Reich, encargada de vigilar que las obras se ajusten a los parámetros raciales del país. Su trabajo no me impresiona, como sí el del maestro Hilz. Más aún, Ziegler no me parece un artista demasiado brillante. En sorna, hasta sus compañeros de arte lo llaman “maestro del vello púbico alemán”, por su naturalismo burdo, incapaz de la sugerencia o la metáfora plástica. Hasta se dice que pinta sus modelos, calcados de estatuas clásicas griegas, a los que vuelve arias con cabellos rubios.

Creo firmemente, estoy segura, que merezco algo más que eso para mis deseos. Por eso pugué por Hilz y he conseguido que sea quien lleve a cabo los deseos del Führer.

—Espero sea de su gusto, madame.

Su estudio se halla desierto, surcado por la última luz del día. No he podido llegar antes de Berlín hasta ese pueblecito.

Me acerco al lienzo, sin enmarcar, todavía clavado en su tablero de trabajo, dispuesto sobre un caballete especial. Lo primero que me impresiona son sus dimensiones. El maestro parece advertir mi sentimiento.

—Es un óleo de dos metros por un metro y medio, madame.

La figura femenina que se plasma en el lienzo no es la de una dísir, esas deidades femeninas menores que servían a Odín bajo el mando de Freyja, en la mitología nórdica. Se trata de una mujer de carne y hueso, una guerrera como lo fueron las que supieron reflejarse en los antiguos cantos heroicos germánicos. Por lo general, la hermosa hija de un gran rey que se rebelaba a la pasiva posición de espera en el reino que le adjudicaban para partir también a la batalla acaudillando un grupo de mujeres guerreras, que, por su fiereza en los combates, hacían nacer la leyenda de que tenían habilidades sobrenaturales.

Allí está ella, apenas desmontada de su caballo tras la batalla con los cuerpos sin vida de los vencidos a sus pies. Todavía su diestra aferra una gran espada dorada tallada con serpientes y runas mágicas, en tanto su mano izquierda ha quitado de su cabeza un yelmo alado, dejando a la vista su largo cabello rubio, que cae acunado en el viento, libre de su prisión de metal.

El maestro en su obra ha dejado de lado el aspecto guerrero de la valquiria y la representa, en cambio, como una bella y joven mujer que solo se halla arropada con una túnica corta y etérea de color azul. Puesta a un lado suyo, contra una gran piedra, se encuentra su coraza, las protecciones para sus piernas, su lanza y escudo, que ya se ha sacado antes de quitarse el yelmo.

Me explica el pintor que la valquiria retratada es Sváva, la más bella de todas ellas: hija del rey Eylimi, luego esposa del príncipe Helgi, muerta en combate y luego renacida bajo el nombre de Sigrún, cuya historia se narra en el poema de la Edda Poética, llamado Helgakvida Hjörvardssonar.

Me acerco un tanto más al lienzo. Veo el rostro de la mujer, que es el mío propio. Los mismos ojos azules, igual palidez en su piel, idénticos rasgos por doquier. Es aún más bello que ahora, cuando ni llegaba a los veinte años en mi edad. Es como volver hacia atrás mi

vida, hasta ese tiempo en que parecía poder lograrlo todo. Acaso fue el único momento en mi existencia en que me sentí satisfecha y plena. Emancipada por muerte de un padre rígido e indiferente, dueña de una fortuna, una cultura y una belleza con la que ninguna otra mujer podía rivalizar.

Ha valido la pena todo ese esfuerzo de ir y venir por meses para posar. Es tan perfecto ese rostro plasmado allí, que me sobrecoge. Recorro las formas de su cuerpo joven, las piernas que deja ver lo corto de la túnica, los brazos desnudos. Lo translúcido del ropaje que se le ha pintado en los demás sitios permite también darse una idea acabada lo que se halla por debajo. No puedo menos que sorprenderme. Ese artista parece haber adivinado mi cuerpo tal como lo era en esos años.

Sé que el cuadro ha sido pedido para adornar la nueva cancillería en Berlín por deseo expreso del Führer. Resta acordar con el maestro el porcentaje que me toca del precio como modelo de la obra. Conforme el pacto firmado entre nosotros, nada puede venderse sin mi aprobación en donde se haya utilizado mi imagen.

Hilz vuelve a preguntarme si es de mi gusto. No contesto, no puedo ni quiero hacerlo. Solo busco perderme por un buen rato en esa contemplación de mis mejores años, antes de pasar a las áridas cuestiones de la realidad. Por caso, discutir mi parte en este trabajo artístico.

Por ahora, solo quiero verme a mí misma, a esas cortas alturas de mi vida en que nada podía oponerse a mis deseos y creía poder conseguirlo todo.

A uno y otro lado de la avenida que culminaba en la majestuosa Torre Eiffel, desde el Palacio de Chaillot, erigido al efecto en el Trocadero y hasta el Campo de Marte, se levantaba la *Exposition Internationale des Arts et des Techniques appliqués à la Vie Moderne*.

A medio camino, enfrentados como en casi todo lo demás, se erigían a uno y otro lado, los pabellones de la Unión Soviética y del Reich Alemán. Banderas rojas con la esvástica e igualmente rojas con la hoz y el martillo rivalizaban en su ondear al viento.

Estábamos frente a la obra gigantesca que presidía el ingreso al pabellón alemán, obra del arquitecto favorito de Hitler, Albert Speer. Una torre prismática que se elevaba a sesenta y cinco metros del suelo, rodeada de nueve columnas, decoradas con mosaicos de oro y esvásticas rojas. En lo más alto de la torre, un águila alemana con una esvástica entre sus garras contemplaba desde tales alturas la escultura realizada por Vera Mukhina que se hallaba en el tope del edificio soviético, aunque a menor altura: las figuras de un trabajador y una *kolhoz*, una campesina de las granjas colectivas rusas, que caminaban a la par en tanto sostenían la hoz y el martillo con sus brazos entrelazados para formar el emblema de la bandera soviética.

En derredor de la torre germana, separadas del suelo solo por sus pedestales, se ubicaban las estatuas de Thorak que simbolizaban la familia y la confraternidad nacionalsocialista. Mi amiga se había detenido en la última, compuesta de dos musculosas figuras masculinas retratadas desnudas a la usanza de los antiguos griegos.

Fiamma estudió ambas figuras con serio detenimiento. Luego de un rato, me dijo:

—Me gustan sus penes. Pero si tendría que quedarme con uno, sería el de la izquierda.

Asentí mecánicamente a su comentario, perdida en mis propios pensamientos. Cada vez ese tipo de frases tuyas me escandalizaba menos. Me estaba acostumbrando a ellas.

Volví entonces mi vista a esos dos musculosos hombres de piedra desnudos que, en pose marcial, unían reciamente sus manos. Formaban el conjunto escultórico que recibía la denominación de *Camaradería*, emplazado en el exterior del pabellón alemán.

—No logro verlo bien —le dije. El apretón de manos entre ambas figuras justo tapaba esa parte de la estatua que Fiamma me había indicado.

—Exacto. Por eso puedo imaginarlo más grande que el otro.

Ella se rio de su comentario y yo supe que era otra de sus bromas. Pero no, me engañaba. No estaba con su usual humor sino con otro, sobreactuado, destinado a encubrir que algo le pasaba y no era, ciertamente, una cuestión agradable.

—Pensé que tus gustos eran otros —le respondí levemente molesta. Ni yo misma sabía por qué causa: si por su mala pasada de hacerme esforzar en ver lo que no se podía, o por no contarme lo que ocurría dentro de su complicada cabeza.

—No dije que quisiera tener sexo con ellos, o él más bien. Solo que me gustaba su cosita. ¿Nunca has pensado cómo sería tener uno?

La miré, ahora algo ruborizada. Ella y sus ocurrencias. Sabía que yo sabía que algo le sucedía y se encaprichaba en sacarme de eje para que no le tocara el tema. Fiamma volvió a reírse, tras comprobar que sus palabras habían logrado el efecto deseado por ella en mí.

—Maldito músculo —dijo, tomándome de la mano, sin soltarla luego mientras caminábamos al ingreso del pabellón alemán—. Nos han sojuzgado con eso por más de dos mil años.

Desde dentro de aquel recinto, mis tíos nos hicieron señas que entráramos. Nos habíamos quedado más de la cuenta frente a esas estatuas. Al parecer era un morbo que compartíamos con vastos sectores de los asistentes a la exposición, que hacían exactamente lo mismo que nosotras.

Pasamos por el dintel que señalaba el ingreso al pabellón presidido, cuando no, por otra esvástica reluciente. Antes de eso, mi amiga reparó en los gigantes reflectores que se habían colocado discretamente en la base de la torre.

—Dicen que proyectan un haz de luz particular, haciendo ver en la noche como que fuera un cristal que asciende a los cielos con el maldito pajarraco nazi presidiéndolo todo.

Íbamos unos diez pasos por detrás de tía Julia y tío Mariano, que caminaban muy juntos, tomados de la mano, conversando y riendo entre ellos. Los miré con envidia, deseando alguna vez tener alguien con quien pudiera sentirme así. Al volverme vi que mi amiga los observaba también con una expresión sombría.

—¿Vas a decirme qué te pasa?

Ella fingió sorpresa.

—¿A mí? Nada.

Era el tipo de contestaciones que me daban la pauta que efectivamente algo le estaba sucediendo.

—Somos amigas, podés confiar en mí.

Ella procuró hacerse la desentendida, mientras dirigía su mirada al escaparate de uno de los lugares que exhibían productos de Renania, uno de los tantos lugares de Alemania que había venido a mostrarse a la exposición.

Por delante de nosotras, mis tíos ahora se estaban besando, allí en plena calle central del pabellón, a la vista de todos. Los otros visitantes simplemente se sonreían y pasaban a una prudente distancia para no molestarlos. Los franceses, como ningún otro pueblo, saben respetar el romance del prójimo, aun cuando se les cruce delante de sus narices.

Me sentí un tanto incómoda por lo que hacían. Había pasado demasiado tiempo en el Reich como para poder lidiar de buenas a primeras con la espontaneidad de hacer lo que uno sintiera. Vi que a Fiamma le pasaba lo mismo. Volví a preguntarle si le estaba ocurriendo algo.

—No es nada, simplemente que París no me parece tan magnífico. Preferiría volver a Berlín.

Me sorprendió que lo dijera. Y más, cuando lo repitió ante los tíos. Al siguiente día tomaba un tren de vuelta a la capital alemana, tan hermética en sus causas como siempre. Era de esas personas que quieren que les confíes tus cosas, pero ellas hacen contigo todo lo contrario.

La conocía lo suficiente como para saber que algo se traía encima. Estaba segura de eso, más allá de no tener la más remota idea acerca de lo que podía tratarse.

Esa jovencita descocada ha vuelto de París sola y sin dar mayores explicaciones. Luego, se ha encerrado en el estudio con Ignacio por más de media hora.

Me molesta que mi marido le otorgue tanta importancia. En primer lugar, no sé qué hace aquí entre nosotros. No es parte de la familia.

Trato de controlarme. Nunca una mujer ha sido competencia para mí en cuanto a mi marido. Tampoco lo será ella, pese a sus miradas y la forma en que acata cada cosa que le dice. Pero es una niña impulsiva, que no sabe lo que quiere, y eso la hace particularmente peligrosa.

Espero que salga para entrar al estudio. No tengo nada en particular que hablar con Ignacio, supongo que únicamente busco mostrar mi presencia. Nos cruzamos sin dirigirnos palabra, pero cada una le mantiene la mirada en la otra. Nunca nos hemos caído en gracia, aunque ahora hay algo más en esos ojos oscuros que no pierden detalle de mí: un aire a desafío.

No podía moverme. Sentía como si mi cuerpo estuviera congelado, aprisionado en frío cemento. Mi cerebro era un torbellino de imágenes borrosas y horripilantes. Sofía, mi hermana me pedía ayuda. Mi madre me sacudía de mis trenzas, prohibiéndome que hiciera nada. Pedía a gritos por papá, y nadie me hacía caso. Le imploraba a mi hermana que no muriera, pero ella se moría lo mismo. Siempre, una y otra vez, las imágenes terminaban con ella tendida, sin vida, en su cama con el vaso de agua con veneno depositado como si nada en su mesa de noche.

A veces, veía que era ella. Otras veces, al observar ese rostro, descubría que era yo.

No podía moverme porque había muerto y estaba ahora en un sarcófago estrecho, oscuro, revestido de un acolchado gris por dentro, sin poder salir, asfixiándome.

Esperaba que solo se tratara de un sueño y buscaba despertar, pero no lo conseguía. Ya me había pasado otras veces. Nada de eso estaba pasando, solo se trataba de un horrible sueño. Debía despertar.

Ocurrieron muchos intentos, hasta que parpadeé y pude finalmente abrir mis ojos.

El corazón me latía con fuerza y estaba empapada por el sudor. Esperé no estar nuevamente en el sueño. Observé todo a mí alrededor con detalle. El sitio se parecía a mi cuarto, pero no podía estar segura. Todavía me duraba un sentimiento de terror por lo soñado, aunque ya no conseguía recordar muy bien lo ocurrido.

Fue cuando vi a mi tía Julia, sentada a un lado de mi cama, con una visible preocupación en el rostro.

Llevaba puesto sobre su camisón color musgo, un kimono de seda que mostraba un tsunami en varios tonos de azul y celeste. La prenda era de mangas largas y lo llevaba abierto. No tenía maquillaje, y sus oscuros rulos se desparramaban a ambos lados de su rostro.

Aun con el miedo que no me abandonaba, incluso con la expresión de sorpresa y constricción que me miraba, su rostro me pareció la imagen de alguien que irradiaba serenidad y confianza. Una tabla a la que asirse en esos momentos en que arreciaba la tempestad del espíritu. Es decir, en ese preciso momento. Ella abrió los brazos hacia mí, y yo no dudé en precipitarme dentro de ese abrazo que siempre se sentía tan bien.

—Ya pasó, mi chiquita —me dijo—. Todo está bien ahora, solo fue un mal sueño.

Me besó en la frente y nos quedamos así, de esa forma, por un buen rato. Vi a mi tío en la puerta, contemplándonos en silencio, y cómo ella le hacía una seña discreta para que se fuera. Observé también como él le prodigaba un beso al aire antes de volver sobre sus pasos en el pasillo.

Me encantaba que alguien me abrazara luego de mis pesadillas. Ni las monjas en el internado, ni en casa mi madre lo habían hecho antes.

Le conté entonces sobre mis sueños, tan terribles como recurrentes. Nunca lo había hecho con nadie, ni siquiera con Fiamma. Me avergonzaba de ellos, me habían perseguido intermitentemente, luego del suicidio de mi hermana. En forma cíclica, volvían para trastornar mi dormir.

Ella me escuchó con atención, sin juzgar, sin decir siquiera palabra. Eso también se sentía muy bien: ser atendida y entendida.

Terminé de contarle con los ojos llenos de lágrimas. Ella volvió a acariciarme y me dio un beso en la mejilla antes que nos separáramos. Se trataba de un sentimiento sincero. No creía que mi tía, siempre tan alejada de nuestras vidas, pudiera tenerme tanto afecto.

—Nunca me había pasado esto antes —le dije al separarnos.

Julia me miró con esos ojos fabulosos suyos conquistados por la intriga.

—¿Despertar por una pesadilla?

No, no era eso.

—Que alguien viniera a consolarme —le confesé un tanto tímidamente.

Mi tía volvió a abrazarme. Se sentía muy bien que la abrazaran a una con esa fuerza.

—Nunca pude llorar por ella. Nunca.

Lo dije con vergüenza. Era una incapacidad que me había atormentado. Quizá no la había querido lo suficiente. Quizá estaba tan falta de corazón y sentimientos para el sufrimiento de los demás como mi madre.

Sentí entonces la voz cariñosa de mi tía, que me susurraba al oído.

—Podés hacerlo ahora. No es nada malo llorar por algo como eso. Nos libera de muchas cosas.

Y eso hice. No necesitaba ser fuerte y, por primera vez, tenía alguien a mi lado que me sostenía. Lloré. Las lágrimas brotaron desde adentro, como si hubieran estado allí desde siempre, esperando para derramarse. Me dejé caer, porque sabía que ella estaba allí para abrazarme.

No sé por cuánto tiempo lo hice. Al terminar, experimenté un extraño sentimiento de sosiego, como si hubiera hecho las paces con algo o con alguien del pasado. Julia puso mi cabeza sobre la almohada, y se acostó a mi lado. Su caricia sobre mi cabello y el arrullo de una vieja canción de cuna, fue lo último que sentí antes de volver a dormirme.

Fue, también, la última vez que ese tipo de pesadillas asolaron mi sueño.

CAPÍTULO 23

Complicaciones

*La creatividad nace de la angustia,
como el día nace de la noche oscura.*

Albert Einstein

Me indigné cuando Fiamma me lo contó, mientras el auto nos llevaba a la universidad. Era parte de las nuevas medidas de protección que papá había dispuesto, luego de que le hubiera comentado finalmente de mi encuentro con Luther.

Había vuelto de París liberada de muchas cosas de mi pasado, solo para ver que debía lidiar con otras tantas de mi presente. Regresar de París a Berlín era cambiar, y para mal, de aires. El retorno al amado Reich de mi madre significó caer en la cuenta de lo opresivo del ambiente en que vivíamos. A diferencia de la jovial Francia, informal y espontánea, aquí todo era regulado, todo era sospechoso y debían mostrarse los papeles personales en todos lados .

Para peor suerte mía, había terminado por contarle a mi padre respecto de ese encuentro con su antiguo discípulo. La noticia lo molestó de sobremanera, con él claro está. Pero aun así tuvo el efecto sobre mí de imponerme una mayor firmeza en el control de los actos de mi vida diaria.

—No es justo —le dije a mi amiga luego de que habláramos sobre el tema.

—Casi nada lo es por estos días. No te enojés conmigo. Simplemente hago lo que me pidió tu padre. Juntas a sol y sombra.

No sabía qué alimentaba más mi cólera: si las restricciones que me imponían o que mi padre me hubiera puesto a Fiamma de chaperona sin decirme una palabra.

—Parezco una prisionera.

—Todos lo somos en algún sentido, aquí y en estos tiempos.

Fiamma miró por la ventanilla; dejaba vagar su mirada por la ciudad que pasaba a toda velocidad. Actuaba de forma extraña, y no solo por esas frases cuasi metafísicas que estaba empleando conmigo. Seguía sin querer hablar ni una palabra de aquello que le pasaba, tal como en los días que estuvimos en París.

El chofer nos dejó en la misma puerta de la universidad y esperó hasta que entráramos para reiniciar su marcha.

Yo aguardé hasta estar dentro para pedirle lo que tenía en mente desde que me había enterado de mi nueva situación de acompañamiento permanente.

—Necesito un favor.

Ella me miró sin mucho interés. La conocía, y ya sabía que haría eso. Ponerse en estrella, sabiendo que dependía de ella.

—¿De qué clase? —preguntó con inocencia.

—Sergei y yo...

—Querés que te cubra para que puedas salir con ese rusito...

—No le digas “rusito” —la interrumpí, molesta.

—Para estar pidiéndome algo, estás algo susceptible.

Jugaba con mi paciencia haciéndose la suficiente. Sabía la posición de ventaja que tenía. Probablemente lo haría, pero no sin primero hacerme remar contra la corriente. Fiamma era así: siempre su ego se imponía a sus afectos.

—No soy yo la que está enojada porque salgo con un hombre.

Ella lo negó, obviamente. Yo habría hecho lo mismo.

—Yo no estoy enojada —me mintió.

—Sí, claro, simplemente es una casualidad que no me hables desde hace días.

—Por supuesto. —Me miró con cierta expresión cómplice. Fiamma era como esas tormentas de verano en las sierras de mi lejana Córdoba. Pasaba de improviso, en su carácter, de los más negros nubarrones a un humor de día soleado—. No tenía nada interesante que decirte. Yendo a tu pedido...

—¿Lo harás?

Procuré disimular la ansiedad que contenía la pregunta. Y ella guardó silencio unos momentos, a propósito, para dilatar la respuesta.

—Eso supondría mentirle a tu padre.

—No necesariamente. Solo no le dirías toda la verdad.

Hubo un tiempo más de tiras y aflojes. Como había supuesto, no me la iba a hacer fácil, pero tampoco iba a fallarme.

—Está bien. Pero me debes un favor, uno grande. Y voy a cobrármelo algún día.

Estaba casi segura de eso y era exactamente lo que me temía: lo que fuera a pedirme a cambio.

Todo el lugar estaba lleno, a rebotar, de gente de todo tipo, enfervorizada, se mirara a donde se mirara. El orador gritaba “*Sieg*” y el público respondía “*Heil*” repetidas veces, aumentando cada vez más el tono. Acompañaban el grito con el brazo derecho en alto, la mano extendida mirando al cielo. Todo era parte de un elaborado decorado: las banderas rojas con la esvástica, los hombres de las SA y las SS acordonando los distintos sectores, los atrios descomunales desde donde se hablaba a una gran masa reunida en un espacio aún más inmenso.

—*¡Sieg!*

—*¡Heil!*

—*¡Sieg!*

—*¡Heil!*

Todavía faltaba que hablara otro nazi más antes de que el Führer coronara la noche con su aparición; ya nadie estaba en sus cabales. Tan medidos y serios en su vida diaria, todos allí habían sido

arrasados por el mismo sentimiento colectivo. Era mucho más que emoción o cualquier otro tipo de sentimiento: se trataba de un fanatismo histérico, escindido de toda racionalidad.

Sieg significaba victoria; y *Heil*, salve. El grito brotaba de todas las gargantas con indudable y profundo resentimiento. Eran muchas cosas, no solo una. Todas ellas, muy difíciles de explicar. Se trataba de revancha, contra lo que entendían todos, unánimemente, como las heridas en el alma del pueblo alemán. Una factura a cobrarle al resto de Europa y, probablemente al resto del mundo.

Era lo que había llevado a Hitler y al nacionalsocialismo al poder. “El sentimiento más poderoso del mundo no es el amor, sino el odio”, me había dicho Fiamma alguna vez. Ahora, siendo solo un punto junto a ella, tragadas por la extensión de la multitud, podía apreciar la corrección de su pensamiento.

—*¡Sieg!*

—*¡Heil!*

No me gustaba estar allí jugando a parecer una nazi. Pero era el precio que mi amiga había puesto a su silencio y complicidad en mi asunto sentimental con Sergei. Fiamma, por su parte, se hallaba absorta de todo cuanto sucedía: buscaba no perderse detalle. Nunca entendería esa fascinación, desde el rechazo, que el nacionalsocialismo provocaba en ella.

Sobre el escenario apareció un hombre bajo, de cabellos oscuros peinados hacia atrás y ojos penetrantes. Era joven, no tenía siquiera cuarenta años. Claro que para nosotras, en esa época, con nuestra edad por entonces, ya nos parecía por demás mayor. Vestía esa especie de cruza entre el traje de calle y el uniforme militar que era una constante en el vestuario de la dirigencia del partido: un atuendo de color marrón, parecido a un saco largo con doble hilera de botones

por encima de la camisa y corbata. En el antebrazo derecho llevaba un gran brazalete con la insignia nazi. Movía con dificultad una de sus piernas, herencia de una deformidad congénita en su pie derecho, más grueso y corto que el izquierdo, así como desviado hacia adentro. Eso le provocaba cojear al caminar, así como tener que llevar de por vida un aparato ortopédico de metal y zapatos especiales. Se trataba de Paul Joseph Goebbels, Ministro del Reich para la Ilustración Pública y Propaganda.

Fiamma, a mi lado, esbozó una mueca de reprobación. No era lo mejor, rodeadas de fanáticos nazis como estábamos, intentando pasar por dos más de ellos. Pero pude ver que el sentimiento era incluso superior a su instinto de auto preservación. Luego de Hitler era, por lejos, el miembro de la pandilla más odiado de su parte.

Por fortuna nadie a nuestro alrededor pareció caer en la cuenta de su gesto. Estaban demasiado concentrados en lo que pasaba en la gran y muy distante tribuna que se hallaba frente a nosotros, casi en el límite con el horizonte. Debía haber allí, cientos de miles de personas. Quizá, cerca de un millón.

Durante los años de la República de Weimar, el Lustgarten fue escenario de manifestaciones políticas por lo general de socialistas y comunistas. En el lejano febrero de 1933, en ese mismo lugar en que Hitler daría el discurso que habíamos ido a ver, unas doscientas mil personas se habían manifestado en contra de su ascenso al poder. Había podido contemplar al llegar los nuevos cambios del régimen nazi que el lugar exhibía: un pavimento había cubierto al césped del suelo y la gran estatua ecuestre de Federico Guillermo III había sido retirada. Ahora se trataba de un inmenso espacio gris, más próximo a un patio de ejercicios militares que a un paseo de recreo en la ciudad rebotante de gente a la espera de que su máximo e incondicional conductor los adoctrinase.

El inmenso palco estaba ubicado contra el frente del edificio neoclásico del *Altes Museum*. El edificio apenas podía verse, por el mar en el cielo de banderas nazis que lo cubrían todo. En el centro de la plataforma, por sobre todo, destacaba el gran atril desde donde el Führer se dirigiría a la multitud.

Goebbels, más bajo que el micrófono circular que tenía enfrente, con los brazos en las caderas para mostrar su autoridad a la audiencia, hablaba a la masa con voz estentórea. Se trataba de las tonterías usuales de la fraseología del régimen: una nueva era, la necesidad de reencontrarse con sus raíces arias y de ocupar el lugar que les correspondía en el mundo, la urgencia de depurar a la sociedad y a su cultura de elementos contaminantes del alma alemana.

Nada de eso significaba algo para mí. Pero a mí alrededor, sus palabras eran seguidas como una verdad revelada. Goebbels era de los pocos que podía cautivar al pueblo en similar forma en la que Hitler lo hacía en sus discursos.

Me pregunté una vez más qué hacía allí. No estaba, claro, por mi propia iniciativa. Una vez más, había sido arrastrada, pese a todas mis prevenciones, por Fiamma. Esa fascinación por el desprecio que tenía por los nazis la había llevado a hacerme acompañarla hasta esa concentración en el Lustgarten. Fue justo después de caer en la cuenta que nunca yo nunca había asistido a uno de esos actos de masas.

De nada valieron mis tibias objeciones. Ella sabía cómo torcer mi voluntad cuando se lo proponía. Había un sentimiento entre nosotras. El de ella, según propia confesión, era amor por mí. De mi parte, no estaba segura de lo que sentía. Decididamente, en materia de sentimientos no tenía claro casi nada. Mi mente vagó, sin atender lo que decía el orador, como si Goebbels fuera un aburrido maestro de escuela hasta detenerme en la imagen mental de Hans. Todavía, cada tanto y, a pesar de estar progresando con Sergei, fantaseaba con él. Lo

odiaba por haber desaparecido así como así de mi vida, por su rechazo disfrazado de caballerosidad, por su indiferencia frente a mis sentimientos. Me había propuesto mil veces olvidarlo, dar vuelta esa página de mi vida y, sin embargo, cíclicamente pensaba en qué sería de él.

Un repentino rugido de la multitud, me sacó de esos pensamientos. Los aplausos y aclamaciones eran moneda corriente a mí alrededor. El ideólogo del poder nacionalsocialista había culminado con su discurso. Volvieron los brazos en alto y los “*¡Sieg!* “*¡Heil!*”. Debí, al igual que Fiamma, actuar como los demás. Todos allí parecieron caer en una histeria colectiva cuando Hitler apareció en escena. Solo se quedó allí, tras el atril, en tanto todos lo aclamaban. A pesar de todas mis prevenciones y lo que pensaba de él, no pude evitar sucumbir a cierta atracción, casi magnética, más allá de lo racional, que su presencia despertaba.

—*¡Sieg!* *¡Heil!*

Trataba de no desentonar con mi actuación frente a los demás en tanto pugnaba en mi interior por mantener fría mi mente y no sumarme a esa convulsión sentimental colectiva. Las mujeres lloraban y los hombres gritaban hasta quedar sin voz. Estaba en eso cuando una mujer muy rubia, enfundada en un tapado de piel llamó mi atención, algo a la derecha nuestra. A pesar que allí estábamos todos apretujados y no caía un cuerpo más, ella se destacaba del sinnúmero de rostros a su alrededor. También lloraba, haciendo el saludo hitleriano al compás de la monótona frase de victoria eterna de la multitud.

Se trataba de mi madre. Nunca antes la había visto tan emocionada.

No me encuentro bien, últimamente. Me siento cansada, y el mundo parece empezar a dar vueltas a mí alrededor en ocasiones. Empezó al día siguiente de asistir al magnífico mitín de Lustgarten.

No puede ser. No es posible que me esté pasando esto. Justo cuando el evento más importante del año en la embajada se acerca. Quería dejar mi impronta en la recepción por la independencia argentina. En lugar de eso, desganada y apenas sin poder levantarme de la cama, he tenido que empezar a delegar algunas cuestiones.

Debe haber sido ese pescado de la cena de hace unos días, cuando mi marido quiso agasajar a su hermano y a esa. Terminé vomitándolo todo, luego de un día de andar sintiéndome pésima. Para peor, Ignacio se dio cuenta de mi indisposición en el baño. Fue humillante cuando entró. Odio que me vean débil, en esos momentos de fragilidad.

Mi esposo puede ser tan buen samaritano a veces. Ha modificado toda su agenda en la embajada para poder estar más tiempo en casa. Aunque lo intenta, carece de todo tacto para disimular que se preocupa por mí. Me cuida en persona, controla mi pulso, mi respiración, lo que como y dejo de comer, a pesar de mis quejas, y deja expresas instrucciones cuando no está.

Otras mujeres lo encontrarían encantador, un signo del amor que se les profesa. Yo lo entiendo invasivo, me disgusta mostrar mi debilidad. Solo quiero que me dejen sola, hasta que me recupere de aquello que padezco.

Espero que solo sea una vulgar enfermedad. Algún resfrío, alguna intoxicación. Y nada mucho más riesgoso.

Respiré profundo. No podía, no quería echarme atrás. Había esperado mucho, demasiado tiempo. Mi ansiedad había llegado al punto de lo inaguantable. Mis fantasías al respecto solo habían conseguido exacerbarla aún más.

Otra vez sola con mis cosas de mujer. Me dieron vuelta en la mente, las palabras de mi madre: existen cosas que hay que hacer solas. Y bien, esta era una de ellas.

Sergei con esa sonrisa compradora suya con sus ojos oscuros esclavos, se había abrazado a mí y susurraba en mi oído que deseaba tenerme. Podía sentir sus manos, mientras me lo decía, deslizándoseme por mi cuerpo, inundándome de un placer que no había conocido antes.

Sabía que la invitación a su departamento conduciría a esto. Llevarme hasta allí había tenido todos los visos de una película de espías: salí de clases subrepticamente con la complicidad de Fiamma de no informar de mi escapada a la autoridad paterna. Esto, claro está, a condición de volver a tiempo para estar como dos estudiantes modelo en la puerta cuando el coche nos recogiera.

—Mi pequeña *wunderliches Fräulein* —me dijo mirándome a los ojos. Los suyos tenían un brillo particular—. Ahora sé que eres una brujita que me hechizaste desde el primer momento en que nos vimos.

No le contesté nada, no podía hacerlo. Estaba aturdida, temerosa de hacer algo mal. Podía sentir mi respiración pesada, y a mi corazón desbocado, bombeando con fuerza mi sangre a través de un cuerpo sobrecogido por el miedo y la excitación. Estaba a su merced. Consentiría lo que él me hiciera.

Para agitar más mis nervios, recordé lo que Fiamma había dicho alguna vez, sobre los rusos. No le gustaban y no se preocupaba por disimularlo. Decía que eran dominantes y mandones, que se servían de las mujeres como algo más dentro de sus cosas, y que eran tan apasionados en el arte del amor que, luego de estar con uno de ellos, quedabas extenuada y adolorida durante días. Nunca tuve el valor para preguntarle de dónde sacaba todas esas opiniones.

Traté de convencerme a mí misma que no tenía motivos para temer nada, entregándome a él. Tenía todo lo que podía desearse de un hombre. Era increíblemente apuesto para empezar. También, sumamente inteligente. Era simpático y siempre me colmaba de atenciones. Un hombre así jamás podría defraudarme, decidí.

Apenas entrados en su departamento, Sergei llenó dos vasos con vodka. Me alcanzó uno y tomó el otro.

—*Nasdrovia* —dijo al levantar el suyo—. Por nosotros, Constanza.

Parecía agua, pero, al tomarlo, supe que era mucho más fuerte que cualquier cosa que hubiera probado antes. El alcohol raspó mi garganta y me hizo toser.

—Legítimo vodka Moskovskaya de la madre Rusia. No apto para espíritus débiles, ni pequeños amores, *wunderliches Fräulein*.

Quedamos ambos con las copas en la mano. Nos miramos a los ojos en un silencio incómodo. Él dejó su vaso sobre la mesa y se acercó lentamente a mí. Luego me besó tan impetuosamente que escuché el sonido de sus dientes chocando con los míos. Mi vaso cayó al piso: se destrozó al impacto con un agudo estrépito.

Solo había bebido un par de sorbos, pero pronto me había dado cuenta que ni siquiera esa medida me libraba de sus efectos. Estaba acalorada en el cuerpo y con mi ánimo envalentonado. Le contesté su

beso: le tomé el rostro entre mis manos.

—Sabés a fruta —le comenté risueña como si degustara su beso.

—Es el vodka.

Volvimos a besarnos, una y otra vez. Él estaba echado sobre mí, y debía arquear mi espalda hacia atrás para mantener un tanto el equilibrio. Intenté retroceder un paso, pero él me aferró por los cabellos con una mano en la nuca y me atrajo aun más hacia él.

Me cargó en sus brazos sin dejar de besarme, voraz y apasionadamente.

De camino a donde fuera que me llevaba, me despegué por un instante de sus labios. Sentía culpa de no decirle algo. Intenté explicarme:

—Yo no...

No pude seguir. Él me dedicó una de esas sonrisas tuyas, capaces de parar mi corazón y ponerme de cabeza hasta el alma.

—Lo sé.

Continuó su camino cargándome con firmeza, mientras yo comencé a besarlo.

La puerta del dormitorio se encontraba a medio cerrar; él la abrió de un puntapié. Yo continúe besándolo hasta que me dejó sobre la cama; comenzó entonces, entre caricias y besos, a quitarme la ropa. Lo hizo con cierta premura, como si algo lo apresurara.

Pronto estaba desnuda, tendida a lo ancho de su cama. Él se erigió delante de mí, y me observó con intensidad.

—Así te imaginé muchas veces, *wunderliches Fräulein*. Desnuda sobre mi cama. Tan hermosa, y mía.

Comenzó entonces a sacarse de encima la ropa: se desabotonó primero la camisa. Como una tonta, instintivamente cerré mis ojos. Un momento después caí en la cuenta de la estupidez que eso implicaba y volví a abrirlos. Sergei estaba ahora quitándose el cinturón con el torso desnudo. Lo recorrí con la mirada, maravillada de las formas masculinas de su pecho y abdomen con todos esos músculos que el sudor en su piel parecía destacar y hacer brillar.

Tenía también algunas marcas poco profundas, como si hubiera sido cortado con algo filoso. Además, un par de escoriaciones, una circular a un lado del abdomen y otra algo más ovalada junto a la clavícula.

Él vio que las estaba observando; me tomó por el mentón con una de sus manos, elevó mi cabeza hasta que mis ojos coincidieran con los suyos.

—La curiosidad mató al gato —me dijo antes de echarse encima de mí, ya fuera de sus pantalones.

Me besó, no una sino muchas veces y en distintos sitios. Luego de la boca siguió con mi cuello y, tras ello, entre mis pechos. Sus manos primero se enredaron en mi cabello para luego recorrerme todo el cuerpo. Provocaba el placer en mí y yo lo dejé hacer. Me entregué por entero a esa sensación tan sublime. Respiraba con dificultad: tenerlo encima mío me aplastaba, pero nada de eso importó luego de los primeros instantes. Simplemente me perdí en él.

—Oh, Sergei... sí —me escuché murmurar como en un sueño lejano.

Él me miraba, como se mira a un objeto sagrado que busca profanarse. Dios, la metáfora religiosa que acababa de pensar no era la más adecuado para mantenerse enfocada en las presentes circunstancias.

Tapó mi boca con la suya, acariciándome cada vez más rápido, moviéndose sobre mí con vigor, hasta hacerme estallar en un frenesí de placer, ya dueño de mi cuerpo, mi mente y hasta mi espíritu. Único señor de todas mis sensaciones y deseos.

Quería y no quería hacerlo. Sentía deseo y tenía miedo a la vez. Todas mis ganas de explorar los sentimientos parecían haberme abandonado y solo era, de nuevo, una niña temerosa.

Sergei parecía deleitarse con mi indefensión. Verme así, a su merced, despertaba su excitación. Su respiración se hacía cada vez más pesada y eso a mí se me antojaba algo amenazador.

De pronto, todas sus amabilidades previas, todos sus gestos medidos parecieron desaparecer y arremetió contra mí como un animal que embiste a su presa. Apreté mis piernas, en un gesto instintivo. Pude ver la contrariedad en su rostro.

—No te hagas rogar —me advirtió con voz ronca. Luego, suavizó un tanto la expresión y me susurró en la oreja—: No tengas miedo, nada malo va a pasarte, *wunderliches Fräulein*. Solo relájate y disfruta.

Sus manos se apoyaron en mis muslos, separaron mis piernas. Ya no opuse resistencia, hice a un lado ese temor a lo desconocido. No quería pasar por tonta o frígida. Necesitaba creer en lo que me decía. Al abrirlas, descubrí que mi monte de Venus se había humedecido.

Sentí entonces cómo Sergei introducía su falo en mí. Había perdido la memoria de las veces que había pensado en cómo sería este momento. Él me tomó por la cintura, sin dejar de besarme y

morderme en el rostro y cuello. Me empujó contra él, como si buscara penetrarme hasta el infinito. Dolía, vaya que si dolía. Me ardía, me raspaba y me hacía ver las estrellas, aunque descubrí que no me importaba demasiado el dolor. Al parecer, mi creciente excitación había desalojado a todos los temores previos.

Empujaba y cedía, cedía y empujaba. El dolor y las molestias quedaron atrás, salvo por el ardor. Me enloquecía de placer que hiciera eso, y comencé a acompañar sus movimientos, a hundir los talones en sus nalgas y cruzar los brazos por su espalda para aferrarlo a mí. Sergei tomó por detrás mi cabello, forzándome a volver mis ojos a él. Antes de que estampara un recio beso en mi boca, pude ver su rostro transfigurado por el placer que experimentaba. Ya no era un hombre, sino un animal en celo, tanto o más que yo. Se trataba de una bestia fuera de sí, gruñendo, buscando aún más el placer, antes de acabar. Yo estaba aturdida, desbordada por la suma de sensaciones placenteras e intensas. Lo oí gruñir de nuevo, balbuceando unas palabras en ruso. Eso me excitó aún más, perdiéndome en mí, gimiendo de placer. Me humedecía por dentro. Él arremetió una vez más en mis entrañas y entonces llegué con la respiración entrecortada al mismo clímax del amor.

Cuando se disipó el placer, todavía jadeantes, Sergei se hizo a un lado y continuó acariciándome el cabello con una de sus manos, en tanto me observaba con su cabeza apoyada en la otra.

Yo, por mi parte, estaba como en otro sitio. Ida de la realidad, extasiada por lo vivido. Tardé algo en volver a mis sentidos normales. Estaba completamente sudada, todavía con ardor por dentro y por fuera con ganas de reír y de llorar.

Había sido algo tan intenso y primitivo, tan animal, desde el cortejo hasta la consumación. Una suerte de batalla cruenta, más que entre nosotros con nuestras sensaciones: una mutua posesión y una

conquista. Yo lo había tenido a él, y él me había tenido a mí, en una amalgama furiosa y maravillosa de nuestros cuerpos.

Por un instante, sentí culpa de cuánto había gozado y pudor por mi desnudez. Alargué una de mis manos para alcanzar las sábanas revueltas a un lado nuestro, buscando cubrirme, pero no llegué a cumplirlo. Fue cuando me di cuenta de la contradictoria tontería que implicaba esa timidez virginal después de haberla perdido.

Sergei dejó de acariciar mi cabello, por unos momentos para decirme:

—Lo siento si he sido un poco brusco. Así somos en la madre Rusia: como osos siberianos.

Intentó reírse de sus palabras con poco éxito.

Me dolía casi todo el cuerpo, desde las partes más expuestas a las más íntimas, pero por alguna razón no quise decírselo.

—Estoy bien —le dije; le rodeé con mis brazos el cuello—; ha sido maravilloso.

Y mientras él hundía el rostro en mi cabello, se lo dije:

—Te amo.

Sergei me echó sobre la almohada, situándose sobre mi otra vez. Sentí como retiraba mi cabello hacia atrás. Me acariciaba para luego morder con suavidad una de mis orejas.

—Igual yo, mi *wunderliches Fräulein* —murmuró por respuesta, pero sin el vigor de sus anteriores palabras. Miraba en su reloj el tiempo que nos quedaba—. Igual yo.

Ignacio me mira, sobre la copa de coñac que agita levemente, en círculos perezosos, en su mano. Ha vuelto temprano de su trabajo para toparse con la noticia que estoy levantada. La primera vez, luego de varios días, en que puedo poner un pie fuera de la cama.

—Me alegra que estés mejor —me dice.

Yo por mi parte no le contesto nada. Dejo que crea lo que desea creer. No estoy bien, todo lo contrario, aunque las molestias hayan menguado en mi cuerpo. La maldita gripe con sus fiebres con esos dolores de cabeza y en el cuerpo me han dejado en una situación que nunca es agradable para mí. Me hace ver débil, vulnerable. Detesto ambas cosas.

Mi marido casi nunca toma algo fuerte a media tarde. Supongo que hay una razón. Veo en sus ojos que tiene algo para decirme. Pero que no logra o no se decide a hacerlo.

Al fin lo dice:

—El día que enterramos a nuestra hija, también sepultamos nuestro matrimonio.

Su comentario me sacude. Tanto, que quedo algo aturdida por unos momentos. Tocada, sobrecogida. Nada te mueve más por dentro que una verdad incómoda. De aquellas de las que intentamos huir por años y que, finalmente, nos alcanzan en el momento y lugar menos pensado.

—Fui un tonto al pensar que podríamos superarlo juntos. O que venir hasta aquí, lejos de todos los recuerdos, iba a ayudarnos en algo con eso.

Supongo que es su modo de tirar, luego de tantos años, la toalla.

Me enojo. Siempre me pasa cuando estoy frustrada.

—¿Querés decir que lo nuestro todos estos años ha sido una mentira? —le recrimino.

Él vuelve a desarmarme con sus palabras.

—No. Únicamente un fracaso.

No digo nada, no hago gesto alguno. Procuró no demostrar los sentimientos que me corren por dentro. Que los tengo, pese a lo que Constanza o cualquier otro puedan pensar. Aun así, se me escapa una mueca de desagrado.

No me gusta pensar en esa parte de mi vida junto a él como la historia de un fracaso. Yo no fracaso. Mi padre estricto no educó a su hija para que fracasara.

—No es muy caballeroso de tu parte.

—Dejé de serlo, cuando vos dejaste de ser una dama conmigo.

Un escozor recorre mi piel. ¿Sabrá lo mío con Hermann? No puede saberlo. Hemos sido, en general, muy discretos con el asunto.

—No te entiendo, Ignacio.

—Creo que sí, y más que bien.

Insisto en mi fingido desconocimiento.

—Te aseguro que no tengo idea de lo que estás hablando.

—Entonces pueden ser tres cosas: sos una gran negadora de la realidad, no estás en tus cabales para ver lo que pasa o has resultado ser una total mentirosa.

Sigue con su rostro serio y taciturno, con su mirada clavada en la mía. No me habla con odio ni desdén, sino, simplemente, con desilusión.

A mí, por mi parte, al inicio me ha ganado la sorpresa. Nunca antes hemos tenido una conversación de ese tipo. Sigo sin entender por qué me dice tales cosas. Algo dentro suyo ha cambiado, pero no estoy muy segura de querer averiguarlo.

En algún punto del cruce de miradas, cada vez más incómodo para mí, el orgullo le gana a la vergüenza. Quién se cree que es para tratarme de ese modo para dar por sentado tantas cosas. Mi rostro se endurece de improviso. La valquiria dentro de mí se niega a aceptar sus términos. Más aun, ni siquiera busca discutirlos. Él no va a decirme cuando acaba mi matrimonio. Yo lo elegí y seguiré siendo su esposa en tanto me venga en gana.

Salgo en silencio sin decir una palabra. Aparento que nada ha pasado, que nunca he escuchado lo que dijo. Muchas veces en el pasado, he obrado en idéntica forma frente a otras crisis. Pero se trataba de asuntos menores sin comparación a este.

—No confundas cortesía y buenos modos con debilidad, Lucrecia —dice a mi espalda, enigmático.

Apresuro la mano para cerrar la puerta detrás de mí. Por primera vez en mucho tiempo, Ignacio ha logrado conmoverme. No para bien, por cierto. Siento próxima una derrota que tal vez haya buscado. Pero no voy a dejar así las cosas. No voy a rendirme a su auto aflicción sin luchar antes. Creo conocerlo lo suficiente como para torcer su voluntad, una vez más.

Como me enteraría luego, no parecía quién era. Se trataba de un hombre tan poderoso como particular. Usualmente vestía de civil y casi nunca salía a ningún lugar sin sus perros. Solo se colocaba su uniforme cuando el protocolo así se lo exigía. Tampoco se asemejaba al ideal ario: era bajo de estatura, su cabello canoso y el rostro afable le conferían un carácter bondadoso, muy lejos del recio guerrero germánico que la propaganda nazi exhalaba. Tenía un porte aristocrático, ojos francos, mirada penetrante y aspecto de caballero. Apenas con dieciocho años había iniciado su servicio en la marina, que se extendía desde los días del viejo imperio al actual régimen nacionalsocialista. Ahora, transcurrido ya medio siglo de su vida, los hombres bajo su mando le apodaban con dosis iguales de respeto y cariño como “el pequeño almirante”.

Era muy diplomático, buen conversador, poseedor de un innegable don de gentes y acentuadamente hábil en el trato. Gustaba además de la austeridad severa: tenía una oficina tan sencilla que no daba la menor idea sobre la importancia de su cargo. Dominaba perfectamente el idioma español, por estudios y por haber estado como internado de guerra en Chile durante la gran conflagración europea que principió en 1914.

Apoyados los codos en los brazos del sillón con las piernas elegantemente cruzadas, terminaba de hacerle algún tipo de comentario a mi padre cuando entré yo. Solo buscaba regresar a su sitio un libro que había usado en mis estudios, pero me topé con la reunión que se celebraba en nuestra biblioteca. Mi mala costumbre de dar las cosas por supuestas y no tocar por creer que el lugar se hallaba vacío me dejó petrificada al advertir mi error, a unos metros de una conversación que, evidentemente, revestía la mayor importancia.

—Han perdido la confianza en tu amigo, es definitivo. Era una de sus estrellas en ascenso en el partido, y ahora hacen como si no existiera. No hay quien lo haya visto en el último tiempo.

—No son buenos indicios —concluyó mi padre.

—No, por cierto. Se halla en un aprieto y bastante grueso. Lamento no poder ayudarte más. Todo respecto de él se ha vuelto impenetrable —expresó la visita con cierto aire de decepción en sus palabras. Miraba a su alrededor en la cómoda sala biblioteca recubierta de paneles de palisandro en la que se encontraban hablando. A sus pies, dos galgos dormitaban, indiferentes a la charla de su amo.

Entonces fue cuando reparó en mi presencia antes que mi padre se apercibiera de ello. Noté una severa expresión de sorpresa en su rostro.

—¿Quién es esta jovencita, Ignacio?

Papá levantó la vista, sorprendido. Luego de las palabras de su visitante había quedado ensimismado en sus pensamientos con la vista fija en la alfombra que cubría esa parte del piso.

—Es Constanza, mi hija menor. Nunca he conseguido sacarle esa mala costumbre de no tocar antes de entrar.

Me miró con un gesto de reproche. Por mi parte, bajé la vista para esquivar esa mirada reprobatoria. Gracias al cielo, su invitado dulcificó un tanto su mirada inicial.

—Sé muy bien lo que pueden hacer las hijas. Tengo dos, Eva y Brigitte. Soy el único varón en mi casa.

A esa última frase, la pronunció con algo de resignación. Se levantó entonces de su asiento y vino a saludarme en un perfecto castellano.

—Wilhelm Franz Canaris, a su disposición, señorita Constanza.

Se veía, en sus modales impecables, que era un perfecto caballero. Devolví el cumplido, a la espera de poder irme. Pero entonces vio el libro que tenía entre manos.

—Ah, ingeniería naval. Veo que le gustan los barcos.

Asentí sin saber muy bien el porqué de su pregunta encubierta. Él se volvió a mi padre.

—Tendremos que mostrarle la realidad de todos esos dibujos y fotos alguna vez, ¿verdad Ignacio?

—Querría ver un submarino por dentro —dije yo sin detenerme a pensar en lo apresurado e imprudente, socialmente hablando, de mi pedido.

Pude ver, por su expresión, que a papá no le gustó nada lo que dije. Siempre decía que era de mal gusto pedir cosas a los demás que no nos hubieran ofrecido primero.

Canaris lo pensó por unos momentos.

—Supongo que puede arreglarse. He sido comandante en Swinemünde antes de mi actual destino.

—No queríamos importunarte, Franz —le dijo mi padre: le brindaba una excusa para volver sobre su promesa. Sinceramente, esperé que ese hombre no se retractase. Hacía tiempo me apasionaba por entender todo sobre eso de navegar debajo y por sobre el agua.

—No, no es ninguna molestia. Podría arreglar una visita informal a la base. Quizás, hasta dentro de una de esas naves. Los submarinistas son sujetos muy particulares e independientes. Si les caes bien, harán lo que sea para hacerte sentir como en casa. Ya me encargaré de ello y te avisaré.

Se despidió; papá lo acompañó a la puerta. Los seguí a ambos a una corta distancia. En el parque de casa lo esperaba un auto particular con chofer. Cuando subieron él y sus perros, le pregunté a papá quién era.

—Un oficial naval.

—No parece marino.

—Ninguno en su tipo de trabajo lo parece. Es el jefe de la *Abwehr*, el servicio de inteligencia de los militares alemanes.

CAPÍTULO 24

Una celebración muy particular

Dime, amigo: ¿La vida es triste o soy triste yo?

Amado Nervo

La recepción fue en nuestra casa. Concretamente, en el salón de fiestas que poco usábamos, contiguo a la sala. Se lo pobló de inmensas telas con los colores de la bandera argentina y se puso un escudo nacional en la pared sobre la tarima que se levantaba junto a una de las paredes.

Como era su costumbre, Fiamma se auto adjudicó el papel de mi asesora de vestuario; eso no me molestó en lo absoluto, ya que me permitió contar con su consejo en materia de modas para la ocasión. Ella dominaba mucho mejor que yo las tendencias en boga, lo que se llevaba y lo que no debía ponerse una.

El lugar elegido para proveernos de lo necesario, fue el Kaufhaus des Westens –“Grandes Almacenes del Oeste”, nombre que los berlineses contraían nombrándolo simplemente KaDeWe–, en la Tauentzienstrasse. Un severo edificio de cinco plantas, plantado como un gran bloque oscuro sobre el terreno que daba a la plaza, rematado en un imponente techado a la mansarda de dos planos inclinados. En lo que nos interesaba, el mayor centro comercial de la Europa continental. Sin nada que envidiarle a las Galerías Lafayette de París y digno rival de Harrods de Londres.

Papá siempre había sido un hombre medido en sus gastos, pero, por alguna razón, esta vez dio vía libre con el monto. Estoicamente, nos acompañó en nuestra expedición, junto a mi hermano Otto, y hasta cargó buena parte de la multitud de paquetes que fue su resultado.

En la sección de moda femenina, me probé y desfilé para él varios vestidos. Todavía me incomodaba la culpa por andar ocultándole mi relación con Sergei, nominalmente solo un amigo. Era un asunto que no sabía cómo blanquear, por lo que dejaba pasar el tiempo esperando que las cosas se ordenasen por sí solas.

Fue bonito cambiarme todos esos vestidos de fiesta en los probadores, y pasar ante él, acomodado en ese sillón aparentando interés para recabar su opinión. Volvía a ser la nena de papá, completamente a salvo de los peligros y las decisiones del mundo de los adultos. Protegida y satisfecha con su sola presencia a mi lado, disfrutando además de su atención y del tiempo que pasaba conmigo.

Me empeñaba en vivir por un rato un espejismo para no tener que lidiar con esas preocupaciones que la adultez trae forzosamente consigo.

Para mi sorpresa, Fiamma también le mostró algunos vestidos y pidió su consejo. Vi en sus ojos y en sus gestos que se esforzaba por despertar su atención. Varios timbres de alerta sonaron en mi cabeza. Más aun, cuando terminó por decidirse por el que le había gustado más a mi padre: un vestido blanco, largo y de escote redondo que, por lo que sabía yo, no era en absoluto su estilo.

De mi parte, entre las innumerables opciones, me decidí por un vestido color crema con cuello *halter* atado al cuello, que dejaba al descubierto mis hombros y espalda. El corte de la tela estaba

realizado con el estilo que popularizó Vionnet, en forma diagonal, al bias, lo que aseguraba una mayor caída y que se adecuaba mejor a las curvas del cuerpo.

Cuando terminamos de elegir los vestidos, dejamos a Otto midiéndose, muy a su pesar, trajes. Papá le pidió a Fiamma que lo ayudase, y ella accedió sin demora, aunque tenía a mi hermano por el hombre más aburrido del mundo. Supuse que había sido la misma velocidad para aceptar que cuando le encargó no separarse de mí.

De mi parte, estaba encantada de tenerlo solo para mí. Quedamos en encontrarnos con ambos en una hora en el salón de té. Dicho lo cual, partí junto a papá, aferrándome a su brazo. El actuar previo de Fiamma había despertado en mí un extraño sentimiento de celos.

—Lamento que hayas tenido que pasar ese mal momento con Luther —me dijo, una vez que quedamos solos. Haber dejado a Fiamma con Otto quizá solo había sido una excusa para hablar a solas conmigo.

Recorrimos la parte de joyería. Me hizo elegir unos pendientes y un collar maravillosos, en plata y perlas, antes de retomar el tema.

—No es un mal hombre, pero me sorprenden ciertos actos suyos últimamente. Todavía no puedo creer que te abordara de esa forma. Lo que sea que quiera contarme, debe desesperarlo.

Asentí y le pregunté si tenía alguna idea sobre lo que se trataba. Negó con la cabeza, en tanto me contemplaba con el collar y los pendientes de perlas puestos.

—En absoluto. Tampoco creo que te lo diría si lo supiera.

—En su carta debió decirte algo.

—Vaguedades. Un tema terrible. —Se detuvo por un momento, como tratando de recordar—. Algo inhumano y bestial. Sí, esas fueron las palabras. Nunca se las había escuchado emplear antes.

Pagamos; una vendedora nos entregó los estuches con las joyas. Papá miró su reloj de cadena, que llevaba colocado en el ojal del bolsillo izquierdo del chaleco. Faltaba todavía una media hora para el horario en que habíamos quedado de encontrarnos con los otros. Salimos de allí, caminando sin un rumbo fijo.

—Esa noche me dijo que rogaba a Dios que lo perdonase —le acoté.

—También eso es algo que no entiendo. Nunca fue religioso. Él siempre creyó que la ciencia tenía todas las verdades, y que ese tipo de creencias eran solo supercherías. Me tomaba el pelo, discretamente, por asistir a misa. No lo sé. Es como si se tratara de otro Luther, que emplea otras palabras y hasta ha mudado de creencias.

Sofiqué un bostezo con mi mano. No porque no me interesara lo que me decía. Había otras causas. Papá, como usualmente pasaba, no dejó de advertirlo.

—¿Cansada?

Asentí. Él se quedó allí parado, me miraba fijamente a la espera de una explicación. Me horroricé ante las perspectiva de tener que decirle o que él supiera algo de lo ocurrido con Sergei.

—Papá, son cosas de chicas. No voy a contártelo.

—Hasta no hace mucho, me lo contabas todo.

Lo miré con pesar. Era cierto. Crecer implicaba pasar a tener los propios secretos. Ya tenía los míos, aunque el que mi padre quería que le revelara no era de los más terribles.

Pero seguía allí frente a mí esperando que se lo dijera. Y eso hice.

—Desde hace unos días, no duermo demasiado cómoda. Fiamma me martiriza todas las noches, enroscando los mechones de mi cabello en pedazos de papel y sujetándolos con horquillas para que pueda lucir un estilo *pin-curl* en la recepción. Dice que así quedan mejor formados los rizos, pero te diré que es una incomodidad apoyar la cabeza en la almohada o moverla con todo eso en el cabello.

No exageraba. Ondular mi pertinaz cabello lacio era toda una epopeya, no exenta de tales incordios. Podría haberlo hecho en el *Friseursalon*, pero, desde lo ocurrido con Hans, o, mejor dicho, lo que no había pasado con él, ese sitio me despertaba malos recuerdos.

Papá sonrió, aliviado. Pensaba algo peor. Lo había, pero no tenía el valor para decírselo. Tal vez no lo tuviera nunca, probablemente. ¿Qué clase de hija le cuenta a su padre que ha dejado de ser virgen sin estar siquiera comprometida?

—Fiamma es una buena chica. No hagas caso de los comentarios que corren por ahí. Se trata de una persona valiosa, y creo que tu amistad la ha ayudado bastante en sus cosas.

Celos. Tontos y repentinos celos. Eso es lo que me provocó escuchar a papá hablando de ella. Y no pude evitar irme de lengua.

—No soy la única en quien encuentra apoyo.

Papá parpadeó un par de veces mientras me miraba al parecer sin entender por qué había dicho eso.

—Habla contigo como si fueras su confesor. Y sigue al pie de la letra cualquier indicación tuya con una escrupulosidad de un soldado prusiano del Káiser.

—Su padre la dejó a mi cargo. Tengo la responsabilidad de ocuparme de ella y procuro honrarla. Por Dios, Coti, ¿estás celosa?

Por supuesto que sí. Pero no iba a reconocérselo. Papá conocía el significado de esos silencios de mi parte, y se apresuró a explicarse.

—Ella me cuenta sus cosas, simplemente. Debo decir que es muy valiente en encarar ciertos aspectos de su vida. Y muy madura para su edad. A veces no busca un consejo, sino simplemente que la escuchen. Está muy sola y llena de dudas. No ha sido fácil crecer sin una madre a su lado.

Tampoco para mí, pensé para mis adentros. Pero no quería desviar el tema. Lo que hablábamos era mucho más importante. Al menos, de momento.

Le dije lo que pensaba, aquello que temía que estuviese pasando.

—Creo que está enamorada de vos.

Cómo compatibilizaba eso con que le gustaran las chicas, francamente, no lo entendía. Quizá fuera más abierta de lo que ella misma me hubiera dicho, en ese sentido y para intranquilidad de mis nervios.

Papá me miró, perplejo. Luego sonrió, un tanto nervioso.

—Por favor, Constanza. Las cosas que se te ocurren en esa cabecita tuya. Perfectamente podría ser mi hija.

A medida que decía sus palabras, descubría que ellas encerraban más un tono mayor de disculpa que de rechazo.

—Pero no lo es.

—Aun así, creo que tu amiga tiene prospectos mucho más acordes a su edad y mejores que yo.

—¿Qué mujer no querría tenerte a su lado, papá?

Él me miró por unos momentos como si la pregunta lo hubiera sorprendido o tuviera una respuesta incómoda. Luego me dijo:

—Tu madre.

Fueron palabras teñidas de tristeza. Aquellas que tienen el gusto a los fracasos de la vida, aunque no podía saberlo cabalmente entonces. Un momento después de pronunciadas, un rictus de vergüenza se apoderó de su rostro, como si se arrepintiera por lo dicho. Puede que mi expresión de sorpresa haya contribuido a ello.

—Constanza, olvidemos por favor lo que dije. —Había un tono de súplica en su voz y de vergüenza en sus ojos; tal vez por eso había bajado la vista y no me miraba directamente a los míos—. No le des importancia a mis dichos. Pasa el tiempo, y me vuelvo viejo y tonto con las palabras.

El primer baile, luego del brindis por la patria, pertenece al embajador y su esposa. Me he preparado para este momento, desde hace días. Los últimos dos, en forma exclusiva. Dieta, arreglos con la modista, una visita al Friseursalon. Todo en mí ha sido cuidadosamente planeado: el vestido, los zapatos, el peinado y el maquillaje. Para brillar entre todos, como siempre me he propuesto.

Me aferro a él con mucha mayor firmeza que en otras ocasiones y dejo que me guíe. Empezamos a conocernos en un baile, hace ya casi tres décadas. Nunca hemos tenido una desavenencia, una contrariedad, un mal paso, cuando bailamos. Si la vida fuera un baile, seríamos la pareja perfecta.

—Nunca nadie pudo superarnos en esto —le digo acercando mi boca a su oreja.

Ignacio no me contesta. Ha estado distante desde esa última conversación, la del fracaso de lo nuestro matrimonio. Un estado de cosas que me niego a consentir. No soy de las personas que fracasan en nada.

—Te conquisté con un baile —insisto y pienso en esos primeros días. Miro al pasado a falta de una mejor época nuestra para referir.

Él asiente. Me mira con esos ojos suyos, que antiguamente me hacían vibrar. Siempre ha sido bueno en eso. Pero ahora, de un tiempo a esta parte, tienen otro matiz. Ya no me ven como antes. Hay tristeza en ellos, y hasta diría que nostalgia. Espero que sea solo eso y no que haya perdido interés en mí.

—Brillabas entre todas las jóvenes de aquella presentación en sociedad. Era difícil no invitarte a bailar, aunque sí me costó conseguir que aceptaras.

—Una dama no acepta primeras invitaciones, esposo mío. Deberías saberlo. Para tu fortuna, insististe.

Esposo mío. Hacía más de una década que no usaba ese modo de llamarlo. Era como lo hacía en los primeros años. Él no dejó de advertir eso.

—No solo eras hermosísima. Tenías... ¿cómo se decía entonces? Charme, sí eso era precisamente.

Asentí, encantada del elogio. Usualmente me decía palabras por el estilo, pero en esa ocasión me conmovieron particularmente.

—Eras un ser silencioso, mágico —continuó—, con una atrayente nota de misterio. Podía ver en tu cara, en tus modos, ese ansia por disfrutar de la vida.

Sí, era una descripción acertada de mí en esos años. Esperaba que ahora siguiera conservando lo mejor de eso, tan intangible, que determina que una mujer sea reconocida por encima de otras. Resultaba algo difícil de definir, pese a que siempre, por ventura del destino y aplicación personal, lo he tenido. Es que el charme, como le dice Ignacio, no pasa solo por lo físico, es más bien una actitud, se trata de algo casi metafísico. Tiene que ver con la alquimia de los sentidos, de cómo se puede lograr que te perciban los otros. Especialmente, aquel por quien una busca ser percibida.

—Son palabras muy bellas, querido. Te agradezco.

—Lo que más me atrajo de ti fue la inocencia que tenías. Podía verla tras esa máscara de seguridad que llevabas. Incluso, detrás de esa cabecita calculadora tuya. Todos me decían que estaba haciendo el tonto por pedirte de nuevo tras dos rechazos. Yo sabías que ibas a aceptarme a la tercera.

Me mostré sorprendida. No podía creer, después de tantos años, que él hubiera de buenas a primera adivinado mi estrategia de conquista de esa noche. Nunca le había dicho palabra al respecto.

—¿Cómo podías estar tan seguro de ello?

—Habías rechazado a todos tus otros proponentes y me miradas con discreción cada vez que podías. Supe entonces que solo esperabas que volviera a pedirte un baile.

Asentí, un tanto desconsolada. Los hechos, en realidad, no habían ocurrido tal como lo pensaba. No lo había sorprendido en ese día, tanto como creía, ni había caído en mis redes de conquista. Nunca

habría pensado que él conociera de modo tan exacto mis intenciones.

*—¿Qué fue de esa jovencita inocente, pero tan segura de sí misma?
—me pregunta de improviso sin dejar de mirarme.*

Era el hombre que mejor me conocía. Y que, a pesar de ello, de saber todos mis defectos, me amó profundamente. Al menos, hasta ahora. El único capaz de decirme todas esas verdades incómodas.

—La vida le devoró ambas cosas —contesto.

Me enoja darle una respuesta. Desde siempre, hay cosas en mí que preferiría reservarme. Esa parte oscura por la que tiemblo yo misma al advertir.

Volvemos a dónde estábamos, luego de recordar tiempos mejores: a nuestro actual fracaso.

Caigo entonces en la cuenta que hemos parado de bailar. Constanza se acerca, reclamando a su padre. Lo pide con educación y con educación se lo entrego.

Voy a donde se encuentran las bebidas. Necesito algo fuerte, pero no me decido por nada de lo que se me ofrece. La mayoría de lo exhibido me provocaba náuseas. Quizá sea mejor ir al jardín a tomar un poco de aire.

Estoy a un paso de salir del iluminado salón para entrar en la penumbra del parque. Entonces, ese sexto sentido de mujer que hay en mí, se inquieta. Vuelvo la vista hacia atrás sin saber qué es lo que ha despertado ese sentido oculto hasta que miro al centro del salón. Ahora Ignacio baila con esa advenediza de Fiamma. Por un momento, quedo paralizada, cuando en un giro coinciden mis ojos con los de la muchacha. Creo encontrar en ella esa misma mirada mía, ávida de conquista, del baile de debutantes de sociedad en que pesqué a mi esposo, mucho tiempo atrás.

En ese momento, solo podía ver que conversaban mientras bailaban. Debo admitirlo, hacían una buena pareja de baile. Parecían entenderse a la perfección, en los pasos y el ritmo, incluso más que con mi madre. En lo que no parecía haber ninguna armonía era en lo que fuera que estuvieran conversando.

Más tarde, mi amiga me contaría el tenor de esa charla. Un intercambio de palabras que no le gustó ni a ella ni a mí, aunque por diferentes razones.

Como era usual en ella, Fiamma había seguido los impulsos de su contradictorio ser, echándose al mar sin prevenirse de averiguar cuán profundo era.

—¿Es feliz?

Papá se mostró sorprendido, por esa interrogación a mitad de la pieza.

—¿A qué viene esa pregunta?

—No me rehúya esa contestación. Estoy preocupado por usted.

Mi padre la miró, perplejo. No estaba acostumbrado a que las jovencitas amigas de su hija le hablaran en esa forma.

—¿Acaso estoy obligado a contestarla?

Ella le sonrió con picardía. Fue una sonrisa no exenta de cierta dosis de tristeza.

—Ya lo ha hecho.

—¿Ah sí? ¿De qué modo?

Fiamma se aferró aún más a él sin decirle nada.

—¿Cómo podés saber si soy o no feliz?

—No se puede serlo con alguien que hace mucho tiempo se enamoró de sí misma y nunca será infiel a eso.

Fue el turno de papá de no decir palabra.

—Quiero que sepa que puede siempre contar conmigo para lo que sea —le dijo mi amiga sin volver sus ojos para mirarlo. Rompía de esa forma un silencio incómodo que se había apoderado de ambos.

—Lo tendré presente.

—Se lo digo muy seriamente.

Juntó fuerzas y lo miró con esos ojos avellana suyos, supongo que de la misma forma que alguna vez me miró a mí. Volvió la incomodidad. En ese punto, papá se sintió obligado a poner en claro ciertas cosas.

—Fiamma, no debes hacerte ninguna expectativa.

—¿Expectativa de qué?

—De lo que ande dando vueltas en tu cabecita respecto a mí.

—Deje de hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Tratarme como una niña.

—No creo que seas una niña.

—Entonces, deje de hablarme como si fuera una jovencita tonta. Tampoco soy eso.

—Nunca he pensado que seas tonta. Todo lo contrario. Y, ciertamente, algo adelantada a tu edad.

La última frase fue un velado reproche que Fiamma captó de inmediato. Su expresión se endureció. Era como yo. Nada nos sacaba más que los sentimientos no correspondidos.

—Soy una adulta. Voy adonde quiero. Hago lo que me place y elijo a quién quiero.

La música dejó de sonar y el baile concluyó. Papá le tocó suavemente la mejilla. Su mano, me contó luego Fiamma, era increíblemente cálida.

—No mientras estés en mi casa. La vida, y este hogar, tienen sus reglas.

Ella acercó su rostro al suyo.

—¿Por qué deben seguirse las reglas? —Su tono volvía a ser conciliador, aunque herido por la falta de correspondencia.

—Evitan muchos dolores de cabeza.

—Alguna vez me preguntó si había alguien que me interesara.

—Fue una falta de delicadeza por mi parte. Lo siento si te importuné.

—¿Se habría sentido decepcionado si le hubiera dicho que sí?

Él vaciló. La tomó gentilmente por el hombro para sacarla de la pista. La música había iniciado nuevamente.

—Bien, pues no lo hay —continuó ella—. Pero me gustaría tenerlo.

—Estoy seguro de que a muchos jóvenes les gustaría eso.

—Hasta ahora no había conocido a nadie...

Había... Utilizaba el tiempo pasado. Papá arqueó las cejas, como siempre que algo lo sorprendía.

Ella se detuvo, para volverse a verlo directo a los ojos.

—Sé lo que siente por mí, aunque lo oculte de todos. No voy a renunciar a eso, incluso si pone todos sus miedos y esas tontas formalidades sociales entre nosotros. No va a conseguir que desista.

Se fue luego de decir eso sin esperar respuesta alguna. Tenía miedo de lo que pudiera decirle papá en ese momento.

CAPÍTULO 25

Conversaciones con mi madre

*Una hija es al mismo tiempo una copia de su madre
y una persona totalmente distinta y única.*

Simone de Beauvoir

Salí al parque, busqué un lugar apartado y encendí un cigarrillo. El ver bailar a Fiamma con mi padre con tanto entendimiento, me había molestado. Más aun, cuando ella apenas si me dejó una pieza con él, antes de ir decididamente a reemplazarme.

Si en ese momento hubiera sabido lo que luego me contó, habría estado decididamente furiosa. Por suerte, tenía por entonces tal ignorancia.

Miré al cielo oscuro, salpicado de estrellas, pensando en lo vertiginoso y loco que habían sido los últimos tiempos. Busqué la Cruz del Sur por unos instantes, hasta que caí en la cuenta que estábamos en otro hemisferio. Era otro cielo, otras estrellas... Otro mundo. Sí, verdaderamente era así. Como si hubiéramos pasado a otra dimensión, tal como frecuentemente narraban esas historias espantosas sobre mundos paralelos que tanto gustaban a mi hermano Otto.

Bajé mi vista a la tierra, y entonces la vi. Había llegado casi frente a mí sin que reparara en su presencia, absorta como estaba en la visión del cosmos.

Mamá había elegido para la ocasión un vestido negro con los hombros al descubierto y escote en “V” que remataba en un camafeo de oro y marfil, que mostraba de perfil el relieve de una valquiria. El corte impecable de la prenda, se ajustaba a los contornos de su cuerpo y le cubría hasta los pies. La llevaba entallada a la cintura con una pequeña faja. Su cabello rubio ario inmaculado brillaba, recogido tirante hacia atrás, y precedido de una pequeña tiara en el frente. Su piel de porcelana relucía, y el maquillaje oscuro en los párpados le destacaba los ojos azules así como los pómulos, que habían sido sonrojados. Rosa coral era el tono usado en los labios.

Era, sin dudas, la más bella de todas las mujeres que habían asistido a la recepción. Quizá, de la totalidad de las esposas del cuerpo diplomático acreditado en Berlín.

No pude evitar, como casi siempre, sentirme inferior. Aunque mi vestido nuevo me sentase de maravilla, y Fiamma hubiera empleado más de una hora en maquillarme para darle a mi piel ese tono bronceado tan de moda en el verano alemán o que hubiera perfilado mis cejas con sombras tenues para mis párpados o pintado de rojo intenso mis labios. Nada de eso podía volverme, siquiera, una pálida competencia para ella.

Mi madre me observaba con esa expresión glacial suya que nada revelaba acerca de lo que pensaba. Con el cigarrillo en la mano, pensé que iba a reñirme por fumar. Papá siempre había sido, a contracorriente de la inmensa mayoría, muy estricto respecto de eso.

Pero, en lugar de eso, me pidió uno. Le alcance el paquete, tan sorprendida como ella. Por unos momentos, su rostro pétreo mostró emoción, una sombra de ansiedad. De algún lugar de su vestido, sacó

un encendedor de oro. Al parecer no era la única que ocultaba el hábito de la vigilancia paterna. Para mi sorpresa teníamos, entre nuestras muchas diferencias, algo en común. Un vicio, nada menos.

Tal vez eso nos uniera más que el carácter, o las virtudes que pudiéramos tener. Ambas fumamos en silencio, por un par de minutos, mirando al cielo o a la cercana oscuridad que nos rodeaba. Únicamente la luz de una luna nueva nos daba algo de claridad. Supuse que no sabíamos muy bien qué decir la una a la otra. Al menos, en mi caso era así.

—Tu padre se horrorizaría de encontrarnos ahora —dijo ella y comenzó a sonreír algo nerviosa. Yo la imité y pronto estábamos riendo ambas. Eso aflojó un tanto la situación. Lo suficiente para que ella, tras exhalar el humo de su última pitada, me acariciara en la mejilla con su mano libre.

—Has crecido. Y cómo.

Era el gesto de mayor cariño y la frase más íntima que hubiera compartido conmigo en mucho tiempo. Quizá, en todos los tiempos. Asentí en silencio sin saber bien qué contestar a eso.

Miró mi cabello oscuro y corto, ahora ensortijado a fuerza de noches mal dormidas, cubierta de papeles y horquillas. Me acomodó un par de mechones rebeldes, que, pese a lo que pusiera para fijarlos, siempre se salían de sitio.

—A veces digo ciertas cosas, simplemente por estar enojada. No me siento orgullosa de eso. —Volvió a mirarme, una vez que terminó con su arreglo. Al parecer, había quedado satisfecha—. No te queda mal. Hagas lo que hagas, tenés ese estilo, ese signo de belleza de mi familia. —Observó por un momento hacia dentro de la residencia, en la cual la recepción seguía—. Indudablemente, llevás dentro tuyo esa rebeldía que yo habría querido exhibir a tu edad. La que tenía y me

guardé muy adentro. —Hizo una pausa. Parecía estar orgullosa de mí o satisfecha de encontrarme parecida a ella. En todo caso, era una actitud distinta, que no sabía bien cómo responder. Supongo que tampoco era fácil para ella. Iba a decirme algo, pero se calló de improviso y, cuando retomó sus palabras, fue en otra dirección. Me habló naderías, respecto de lo demandante que era mantener un color de cabello tan distinto del natural—. Vas a convertirte en una esclava de las peluquerías, como yo. Tendrías que retocararlo cada tres semanas cuanto menos. Las raíces pueden ser algo terriblemente delator. Puedo arreglar para que vayamos juntas la semana entrante si te parece.

Estaba segura de que no era aquello que buscaba decirme al principio de todo. Tampoco era usual lo que acababa de decir. Mi madre me proponía hacer algo juntas. Decididamente era una actitud desconocida en ella.

¿Buscaba acercarse a mí? ¿Por qué ahora?

Nunca habría pensado en mamá como una rebelde. La suponía todo lo contrario, una amante de no desentonar socialmente con nada. Uno de los nortes en su vida era el de no dar nunca motivo al comentario en esa sociedad privilegiada en la que se sabía una recién llegada, merced al éxito económico de mi abuelo.

—Pienso lo que me habría ocurrido con mi padre de haber tenido el valor de haberme hecho a tu edad algo por el estilo en mi cabello. Supongo que, cuanto menos, me habría dado una buena zurra y dejado encerrada en casa por semanas. Era un hombre simple y terrible que vivía en un mundo de negros y blanco, edificado por él mismo. En casa era como en su comercio. Gastar lo mínimo posible para ganar lo más que se pudiese. Y ser completamente tradicional y llano en las costumbres. Cualquier pretensión en una mujer de arreglarse, además de superfluo y costoso, la convertía en una prostituta —dijo mirando su cigarrillo a medio consumir.

—No hablás mucho del abuelo.

Su voz se tornó dura, de improviso. Tampoco estaba exenta de rencor.

—Qué puede decirse de alguien que solo te imponía deberes y que te castigaba con dureza cuando no cumplías sus órdenes. No existen buenos recuerdos. Lo único que me dejó fue muchísimo dinero, nada más.

Bajó un poco su cabeza.

—Quiero creer que me quería. Ojalá me lo hubiera demostrado de cualquier forma, alguna vez.

—Tal vez no sabía cómo hacerlo.

Mi madre sonrió tristemente sin volver a mirarme.

—¿Será un mal de familia, verdad? Pero no me hago ilusiones al respecto. La verdad es que nunca me perdonó por nacer mujer. Los hijos varones pueden ayudar con las tareas; las mujeres solo traen problemas. Y de los peores si son bellas. Esas eran sus creencias. Hiciera lo que hiciera, nunca mostró orgullo por mí.

Creí ver una lágrima a punto de salir de sus ojos. Pero por la poca luz que teníamos, no pude estar segura de ello.

—En el fondo, hija, no has hecho más que lo que yo hubiera querido a tu edad. Pero no pude, no tuve el valor. O no acepté los sacrificios que eso implicaba. Elegí la comodidad a la libertad. Qué más da ahora. Por eso, en realidad, mi enojo. —Me miró con ojos ansiosos. Decidía si decirme o no algo—. No he sido una buena madre, Coti. Lo sé perfectamente. Tantos niños, tu padre siempre ocupado en sus cosas. La realidad me desbordó. Dicen que los padres no deben pedir perdón a los hijos, pero yo sí quiero hacerlo.

Jamás habría podido creer que mamá me dijera eso. Desde hacía rato, su inusual actuar me tenía mentalmente petrificada. No sabía qué hacer o decir. Tampoco entendía por qué me lo estaba diciendo. Así que solo asentí, a falta de poder llevar a cabo otra cosa.

—Ojalá me entiendas y podamos tener otro tipo de relación.

—Es difícil compartir ciertas cosas con vos, mamá.

—Nunca lo intentás, Constanza.

—Nunca me animaste.

Volvíamos a nuestro eterno juego de reproches mutuos. Ella lo advirtió tanto como yo y cambió de tema.

—Desearía tener tu edad. Tu libertad, sin marido, sin hijos, sin responsabilidades. Dueña por completo de tu destino. —Suspiró con pesadumbre por un instante. Seguramente, se acumulaban en su mente más de un recuerdo poco feliz para ella. Creo que buscaba elegir entre ellos cuáles iba a contarme antes de proseguir—: Nunca encajé en ningún sitio. Con mi padre, por ser mujer. Solo podía aspirar a casarme bien. Ni hablar de participar, ni ayudarlo en ninguna de sus actividades mercantiles. A pesar de la inutilidad de todos mis hermanos varones o mi facilidad para las operaciones con números.

Terminé de fumar, deseando otro cigarrillo. Mamá seguía disfrutando el suyo. Estaba nerviosa sin saber muy bien el porqué de tantas confesiones. Ver a mi madre diciendo esas cosas me sacaba de todo eje. Pero ella parecía decidida a expresarlas. Quizás, no particularmente a mí.

—Nunca la familia de tu padre terminó de aceptarme —prosiguió—. Para tu querida abuela, viuda ilustre de uno de los hombres más respetados de Córdoba, nada era suficiente para su amado hijo mayor.

Y por supuesto, yo menos que nadie. Hija de inmigrantes, sin apellido de prosapia.

—Tía Julia es también hija de inmigrantes y carente de prosapia para usar tus palabras mamá, y la abuela la quiere como si fuera una hija.

La sola mención de mi tía, bastó para encolerizarla.

—Esa mosquita muerta se compró a la vieja. —A esta altura, toda nota de urbanidad en sus palabras había huido a causa de una repentina e intensa ira—. Con su título de abogada y sus modos modernos. ¿Sabías que convivía desde antes de casarse con tu tío Mariano, el otro valor familiar? “Son otros tiempos”, la escuché justificarla a tu abuela. Si yo hubiera hecho eso con tu padre, me habría tachado de perdida, por lo menos. Pero no con ella. Yo... Podría haber sido un poco más ecuánime y haberme dado al menos una parte del afecto que tenía con ella.

—Nosotros te queremos, mamá. Papá, mis hermanos, todos en la familia —le dije. Pero ella no me escuchó. O no quiso hacerlo.

—Nunca supe quién era, nunca terminé de encajar en ningún sitio. Aquí y ahora, por primera vez en mi vida, sé quién soy y de qué formo parte.

A buen entendedor, no hacían falta mayores palabras para saber a qué se estaba refiriendo. Era el asunto que más nos separaba: su encandilamiento por las ideas del nacionalsocialismo. Nunca le había dicho que la había visto en ese mitin multitudinario de los nazis. Tampoco lo hice ahora.

—Es un espejismo, mamá. Y uno peligroso.

—Se trata de un nuevo mundo. Mil veces superior a cualquier cosa vista antes. Una era distinta que exige ciertos sacrificios, que estoy dispuesta a hacer de mi parte.

Negué con la cabeza, un poco desilusionada. No solo debía aguantar la propaganda nazi en casi todos los sitios. Ahora también, de mi propia madre.

—Solo quiero que entiendas por qué hago lo que hago. Y aquello que pueda tener que llevar a cabo en el futuro.

De pronto comprendí todo. O creí hacerlo. Buscaba en mí a una aliada.

—¿Me estas pidiendo permiso para ser egoísta? ¿Es eso, mamá?

Ella se ofuscó un poco.

—No tengo por qué hacerlo. Simplemente espero que entiendas ciertas cosas que pueden llegar a pasar.

—El que estés lastimando a papá, por ejemplo.

—Yo no lastimo a nadie. Solo intento ser feliz.

—Destruyendo una familia.

—Veo que heredaste la grandilocuencia de tu padre para tratar los temas aciagos. No es nada que ya no esté roto, y desde hace tiempo. La vida debe seguir, es demasiado corta para andar afligiéndose por lo que no ha ido bien.

—Podrías intentar arreglar lo que se ha roto, en lugar de pretender dejarlo de lado y seguir.

—Hija, solo se vive una vez. No sé a quién le escuché la frase: “Es como una película, en la que solo tenemos una oportunidad para cada escena”. Es cierto. Por eso, lo pasado no tiene remedio. Solo se lo supera y se sigue adelante.

Volvía a ser la misma de siempre. Tan fría y decididamente implacable con cualquier persona o cosa que le entorpeciera sus ambiciones.

—Papá es un buen hombre.

Ella me miró con ese aire condescendiente que adoptaba algunas veces, y que cada vez me gustaba menos.

—Nunca he dicho lo contrario. Tú padre no es un mal hombre. Pero es un hombre débil.

—No me parece —protesté.

—Siempre ha esquivado ser el líder en todo cuanto ha emprendido. Y, sin dudas, no sabe gobernar mujeres.

—Has hecho lo que has querido, mamá. Te ha respetado en tus cosas, jamás quiso un centavo de tu dinero. Pocas mujeres son tan libres en su matrimonio.

—Cuando crezcas un poco más hija, cuando la vida te golpee un par de veces, vas a entender que a nosotras las mujeres, a diferencia de los hombres, no nos importa la libertad. La búsqueda de seguridad es lo que anima nuestras vidas. Nos encanta estar encadenadas a alguien que nos la procure. Solo buscamos elegir la calidad de esas cadenas.

—No creo que sea así.

—Hacé como te plazca. Vas a comprobarlo a su debido tiempo. Como yo misma.

—Encima, papá te quiere mamá. A pesar de tus cosas. Aunque no lo merezcas.

—Siempre estuviste de su lado.

—Es el único que me dio cierto cariño y me ha entendido.

Ella negó con la cabeza, luego de terminar su cigarrillo y arrojar la colilla al suelo.

—No te confundas, Constanza. Te entiendo a la perfección. Por eso nos llevamos como nos llevamos. —Vio de inmediato en mi rostro el rechazo a sus palabras, pero aun así continuó—: No te hagas el angelito conmigo. Ninguna somos víctimas de nada. Vos, tu hermana, yo: somos todas iguales. Nos gustan los hombres peligrosos. No podemos contentarnos con un hombre tranquilo, aunque sea la mejor persona del mundo. Tenemos que estar siempre jugando con lo prohibido, en el límite de lo aceptable y lo respetable para poder sentirnos vivas.

Sostuve la mirada desafiante con que me observaba. La misma que yo ponía en ocasiones, cuando tenía la plena seguridad respecto de alguna cuestión.

—Es algo superior a nosotras —me dijo entonces—. Es una necesidad, un vicio y, una vez llegada a este país, descubrí que hace tiempo que no lo satisfago.

Se alejó entonces, tan repentinamente como había llegado. La vi desaparecer sutilmente entre las sombras del parque. No volvió a entrar en la casa.

Sinceramente, esperé que se equivocara. Que no fuera así, de esa forma. O, al menos, que todo eso no estuviera dentro mío. Pero no estaba tan segura que errara en lo que me había dicho.

Pobre hija mía. En el fondo, no te conocés a vos misma. No me rechazás por lo que soy, sino por ver en mí lo que no te gusta ser. Pues bien, la sangre es la sangre y vos llevás la mía. Te guste o no: somos iguales.

Nada podrá cambiar eso. No es algo de lo que se pueda huir, viene dado dentro de uno mismo, impregna nuestras entrañas, desde nuestro mismo origen.

Hacé lo que quieras. Podés intentar rebelarte, negarlo, mentirte a vos misma al respecto. Más tarde o más temprano, deberás rendirte a lo evidente.

No reñimos ni nos enfrentamos por ser distintas. Lo hacemos, precisamente, por resultar idénticas. Yo te di la vida, tomaste forma dentro de mí, en mi matriz, a mi imagen y semejanza.

Si fueras honesta con vos misma, sabrías que toda esa pantomima sobre tu cabello, sobre la forma de vestirte, sobre esas salidas clandestinas tuyas solo son una forma de huir de tu destino. De creer que podés ser distinta de cómo sos.

Un modo tan primitivo como inútil de no aceptarte cómo realmente sos. Y en particular, que sos tal como yo.

Si hasta tu rechazo al Reich y al partido no resulta una cuestión de convicción, sino el llevarme también en eso la contraria.

No solo tenemos un aspecto similar. Compartimos los rasgos de nuestro carácter y, en especial, nuestros vicios. No sos una mujer distinta de tu madre. Nunca lo has sido y nunca lo serás.

Somos ambas, Constanza, mujeres de invierno.

CAPÍTULO 26

Planteos

El mundo ridiculiza las pasiones que rara vez siente.

Ann Radcliffe

Sentadas de piernas cruzadas sobre mi cama, una enfrente de otra, ambas en ropa de dormir, Fiamma me quitaba el maquillaje del rostro. Usaba para ello un gran trozo de algodón que remojaba en un cuenco de líquido que olía pésimo.

—Es mucho mejor que cualquier otra cosa para quitarlo.

—¿Qué es? El olor me está descomponiendo.

Olía a vinagre de a ratos. En otros, su aroma se parecía al del agua oxigenada. Quizá, contuviera ambos.

—Mejor no te enteres, no va a gustarte saberlo. Pero limpia en profundidad y deja la piel de maravilla.

—¿Podrías apurarte? Aparte del olor, me muero de sueño.

—¿Cabría la posibilidad de que dejaras de quejarte? Hay que asegurarse de quitarlo todo, antes de eso. O mañana vas a parecer un espectro.

Mi amiga estaba de un humor inmejorable. Yo no. Mi ánimo era exactamente el opuesto. Y aun a riesgo de resultar mal pensada, sabía que la causa en ambos casos de nuestros estados, era el mismo: el par de piezas que ella había bailado con mi padre.

Cuando terminó de pasarme ese líquido espantoso por el rostro, me alcanzó una toalla para que me secara, y se quedó pensativa. Me miraba como si no se decidiera a decirme algo.

Le pregunté qué le pasaba, después de ver cómo esos ojos color almendras suyos se posaban sobre mí de continuo. Tenía la expresión más seria que alguna vez le había visto.

Me contó entonces lo que había conversado con mi padre en el baile la noche pasada. Conforme avanzaba en su relato, más crecía mi sensación de estupor. Al terminar me dijo muy seria:

—Te lo cuento porque no quiero ocultarte cosas. Deseo, además, que lo sepas por mí. Siento cosas por tu papá. Creo que estoy enamorada de él.

Me quedé tiesa sin saber qué responderle. Apenas podía aceptar haber oído esas palabras. A pesar de todos mis celos y mis malos pensamientos, no estaba preparada para que me dijera eso.

—Tendría que habértelo dicho antes, quizás en París o antes de la fiesta, pero nunca se me presentaba la oportunidad.

—Estás loca —le dije al fin.

—Puede ser. Pero eso no quita lo que siento por él.

Dios, lo decía con una seguridad, con una firmeza, con ese mismo temple que casi siempre le envidiaba en los momentos complicados. Sus palabras me enojaron, aunque también me avergonzaron. En

ambos casos, desconocía por qué me sentía así. Me parecía increíble estar hablando de esto con ella.

Me hallaba, igualmente, exasperada. Un sentimiento que se evidenció en mis siguientes palabras.

—¿Cómo se supone que te tome en serio? Antes dijiste lo mismo sobre mí.

Ella asintió con levedad. Seguía muy seria. Podía llevar este tipo de situaciones un tanto más calmada que yo, pero era obvio que también la incomodaba, aún más que a mí, tener esta charla.

—Es que te pareces a él. Solo que te conocí antes.

Me llevé las manos a la cabeza al tiempo que un bufido de frustración se escapaba de mis labios. No era suficiente con que todo el mundo alrededor, la civilizada Europa al completo, se estuviera desquiciando. Tenía que pasarnos a nosotros también, en esta casa. Y a mí con la amiga más cercana que nunca había tenido. No, decididamente no. Ella no podía hacer esto.

—Primero te atraen las jovencitas de tu edad, luego los hombres mayores. Tus gustos me parecen un tanto amplios, por no decir erráticos.

No quise decirlo así, no conscientemente al menos, pero hubo un tono sarcástico en mi voz. Mi pena se hizo mayor cuando vi en su expresión cómo le habían dolido mis palabras, si bien buscó disimular ese hecho. La había herido y mucho. Y conforme pasaban esos momentos observándonos, que se me antojaban eternos, podía advertir cómo la había afectado.

Esa era yo, cuando me sentía dolida o amenazaba. Reaccionaba atacando. Es curioso lo mucho que pueden herir unas pocas palabras. Descubría que, tal como mi madre, tenía ese rasgo en mí. No era algo

deliberado, solo me surgía actuar de esa forma, frente a esta particular circunstancia. Aunque fuera algo mayormente instintivo, no me sentía precisamente orgullosa de ello en ese momento.

—Tengo muy pocas cosas claras en mi vida —me dijo con su voz afectada, refrenándose para no llorar—. No es fácil vivir dudando de casi todo. Tal como si fueras un engendro que muta permanentemente de gustos y actitudes sin que nada termine de conformarte.

—Y ahora es el turno de experimentar con mi padre.

Ella negó con la cabeza con marcado énfasis antes, incluso, de decirlo.

—No. Lo que siento por él es una de las pocas certezas que tengo. Por eso me da paz, cuando estoy cerca de él. En París descubrí que no podía permanecer tanto tiempo tan lejos suyo. Me hace sentir segura, querida, a salvo de todo.

Era lo mismo que sentía yo con papá. Por algún motivo, lejos de entenderla, eso me enojó aún más. Mis siguientes palabras, no fueron ya sardónicas, sino directamente cáusticas.

—No es más que un capricho para hacerme sufrir a mí.

Ella también se enojó.

—Constanza, no sos el centro del mundo.

—No te entiendo. Antes te gustaban las mujeres, ahora resulta que te pierden los hombres...

No pude terminar la frase. Ella puso las manos en ambos lados de mi rostro, y me obligó a mirarla a los ojos. Era lo que estaba evitando hacer desde hacía unos minutos, cuando que me había enojado con

ella. Pude ver la furia por no ser entendida que anidaba en sus pupilas.

—Me gustan los seres humanos, Coti. Se-res hu-ma-nos. ¿Es tan difícil de comprender?

No le contesté nada. Seguía de malas. Ella empezó a lagrimear. Entonces, se abrazó a mí, fuerte, muy fuerte.

—Que los demás piensen sobre mí lo que les venga en gana. No me importa. Pero vos no, Coti. Sos muy especial para mí. No toleraría que pensaras cosas feas de mí.

Terminó llorando, sobre mi hombro. Y yo, sintiéndome la peor de las malditas.

Ignacio no ha vuelto a ser el mismo desde la recepción por el día de la Independencia. Estaba algo distante antes, pero después de eso profundizó la distancia. Lo conozco demasiado bien como para no saber que ha surgido algo nuevo que interfiere entre nosotros. Un algo que no solo lo preocupa, sino que le molesta. Contadas veces lo he visto así a lo largo de nuestro matrimonio. La última de ellas, cuando murió nuestra hija.

Como suele pasar cuando se encuentra en ese tipo de situaciones, cambia los hábitos. Hoy por ejemplo, no almorzó en casa como acostumbra, pero volvió más temprano de la embajada. Y a diferencia de su rutina usual, no llamó para avisar; fue su secretaria quien dio el recado a nuestra ama de llaves.

Cuando llega a casa, yo estoy en el salón de té. Me acerco al vestíbulo para encontrarlo colgando su sombrero e impermeable, ambos mojados por completo. Una lluvia de verano se ha

descargado sobre Berlín esta tarde, humedeciéndolo todo y trayendo más temprano de lo usual la oscuridad.

A diferencia mía, no es de su gusto darles a otros para que se ocupen de sus cosas, aun cuando ese sea precisamente su trabajo. Por eso no tiene ni ha querido tener valet que lo asista cuando se viste, ni deja sus cosas de salir con el mayordomo para que las guarde.

Me quedo entonces allí, como una tonta, mirándolo. Nunca lo había visto tan afligido. Miento, sí otra vez había tenido esa expresión sombría: cuando volvimos de enterrar a Sofía.

Él me saluda, pero sin besarme como habitualmente hace. Decididamente, algo pasa con él y no tengo idea de qué puede ser.

—Llegás a tiempo para el té, amor. —Casi nunca le digo “amor”, pero esta vez me ha salido sin pensarlo. Es como siempre le ha gustado que le diga. Pocas veces antes, le había dado con ese gusto. Él solo asiente y entramos juntos al salón.

Nos sentamos uno frente al otro, en los extremos de la mesa ovalada de caoba, cuya firme base que remata en tres gruesas patas. Ignacio se acomoda en silencio en su silla. Idéntica a las otras cinco del juego: de caoba con respaldos de estilo veneciano en forma de ocho, soberbiamente talladas con todo tipo de líneas, curvas y contra curvas. Tan bellas que hice una excepción con ellas, en su tiempo, respecto de mi intención de amueblar la casa con el estilo de los nuevos tiempos.

Toco la pequeña campana dorada sobre la mesa para que nos traigan el té, y pronto tenemos sobre una gran bandeja de porcelana blanca decorada con escenas rurales en tonos de azul, la tetera humeante, las tazas con sus platos y el bol de plata con el colador de té.

Helga vuelve luego con una tarta de limón, en otra bandeja junto a dos platos, tenedores, cucharas y una espátula. Es la preferida de mi marido. Una combinación de bizcocho, crema de limón y merengue en su cúspide.

La despido luego de que coloca la segunda bandeja en la mesa.

—Está bien, Helga. Yo misma voy a servirle al señor.

Una vez solos, cumplo meticulosamente con todos los pasos del ritual, en la forma que es de su gusto, usando todas las piezas de rigor del juego de porcelana Spode's Imperial. Pero ni la taza de té humeante, ni la porción de su tarta adorada en el plato adjunto sacan a Ignacio de su silencio. Mantiene la vista fija en el ventanal que, más allá de nosotros, deja ver nuestro parque de lánguidos pinos, azotados por una casi invisible pero pertinaz llovizna.

Al fin, mi curiosidad puede más que mi natural reserva, y no puedo evitar interrogarlo:

—¿Te pasa algo?

—No.

Su respuesta es seca, automática. Sé, al instante, que la verdad es todo lo contrario. Décadas de convivir con la misma persona, la transforman en alguien transparente. Al menos, en ciertas cosas.

—No me querés contar.

Me mira, decidiendo qué hacer. Al fin, lo hace. Y entiendo el por qué esta de esa forma. El motivo de su carácter sombrío es un cable de Buenos Aires, de carácter urgente y confidencial, en el que le piden un informe sobre mi vinculación el partido nacionalsocialista o cualquiera de sus organizaciones.

La razón de lo solicitado es que al presidente Justo le han llegado ya demasiados datos como para seguir haciendo caso omiso del asunto. Es decir, de mis cercanos vínculos y actividades con el partido nazi.

Se trata de una forma de echarle en la cara mi conducta, de comprometerlo con ella. Se lo fuerza a elegir entre su puesto o yo.

—¿Y qué vas a contestar?

Lo veo mirándome de nuevo, decidiendo si compartir o no sus pensamientos conmigo.

—Lo que se debe: mandé mi renuncia. No tengo nada para decir respecto de mi esposa. No a otros al menos.

—Sos demasiado bueno. Otro se habría hecho el zonzo o puesto el grito en el cielo y conservado el puesto.

—En este caso, mi bondad excesiva empieza con vos.

Finjo que no he escuchado su último comentario.

—Se trata, además, de una actitud muy honorable. De todo un caballero.

Me mira con enojo.

—Dejemos aparte la honorabilidad en todas estas cuestiones. Cumplo con mis deberes de esposo, nada más.

Tengo sentimientos encontrados. Por una parte, gratitud por cómo se comporta respecto de mí. Por la otra, enojo de que trate de meterse en mis cosas, en cómo pienso o actúo.

Supongo que esta es otra de las razones por las que se ha vuelto frío conmigo, últimamente. Nunca me agradaron demasiado sus muestras de afecto, pero ahora que no las tengo, me sorprende añorándolas. No tolero ese trato distante que tiene conmigo. Aunque sea idéntico al que yo le he prodigado a él muchas veces. Supongo que no hay sabor más amargo, que el de la propia medicina.

—Lamento mucho todo esto, amor —le digo al fin, tras romper un silencio de minutos entre nosotros, luego de tomar mi té.

Él niega con la cabeza.

—No es cierto. No lo lamentás en lo absoluto.

—Supongo que Mariano podría hablar con el canciller o el presidente sobre esto. Es tu hermano.

—Ya habló varias veces. Esto viene de largo, como bien sabrás.

Es mordaz en sus palabras. Tal vez, tenga el derecho de serlo.

—Quizá tu madre podría intervenir. Siempre le he escuchado hablar de lo cercanas que eran ambas familias, cuando Justo estaba destinado en Córdoba como comandante de una unidad de artillería.

—No me gusta pedir ese tipo de cosas, aun cuando sea mi madre. Pero tal vez deba hacerlo. Irnos ahora implicaría muchas cosas, empezando por dejar a Constanza a medio camino de su carrera en la universidad.

Lo observo en tanto me habla; mide sus reacciones. Sí, lo hará. A desgano, sintiéndose mal consigo mismo por infringir una de sus estúpidas reglas sobre el honor y lo debido, pero hablará con la vieja finalmente. Mi hija es la luz de sus ojos y nunca le ocasionaría ningún pesar si puede hacer algo para obviárselo.

Ojalá mi padre hubiera actuado de esa manera conmigo alguna vez. Siento, como otras veces, celos de mi propia hija. Me hubiera gustado que dijera que lo haría por mí.

—Si pudiera evitarte pasar por este tipo de cosas, lo haría —le digo antes de beber el último sorbo del contenido de mi taza.

Él me mira con expresión seria, sombría. No ha tocado su té, ni la tarta.

—Que me haya negado a poner tus errores por escrito, no hace que deje de pensar que estás equivocándote de manera terrible.

Dejo a un lado mi taza y lo contemplo con una expresión glacial. Como siempre hago al sentirme invadida en mis cosas. A diferencia de otras veces, por alguna razón que no alcanzo a comprender, trato de conciliar.

—Ojalá pudieras entender. Es una nueva era.

Él se levanta de su silla, de improviso. Una reacción súbita, abrupta, que me sobresalta en un primer momento.

—Por Dios, Lucrecia, te han lavado el cerebro. No se trata de nada nuevo. Es lo más viejo del mundo: la maldad de un puñado de mediocres, ayudados por cientos de estúpidos, que van a arrasar con muchas cosas valiosas y hacer sufrir a mucha gente incauta o desprevenida, nada más que para edificar poder.

—No soportás que piense distinto de vos. Es eso.

—Ni siquiera creés en el nacionalsocialismo realmente. Solo es que sus demonios se entienden muy bien con los tuyos.

Sale sin decir nada más. Nunca lo he visto así de furioso.

Hago sonar la campanilla para que retiraran las cosas. Luego que ocurre eso, me acerco a la ventana, contemplo el parque. La fina cortina de la lluvia vuelve todo grisáceo y fantasmagórico. Pronto vendrá el otoño y todo allí se teñirá de ocre antes que la nieve del invierno lo cubra con su espesa capa blanca.

Sí, tal vez sea mejor que lo haga por Constanza y no por mí. No me gustaría sentir que le debo algo. No justo ahora, cuando nuestros caminos se hallan tan separados.

El Aeropuerto Central de Berlín-Tempelhof exhibía, por todas partes, obreros y estructuras en construcción. Era una parte central de los planes de reconstrucción de la capital en la mente megalómana del Führer, que había encargado a su arquitecto favorito, Albert Speer.

Se edificaba una nueva y gigantesca estación aérea con forma de una especie de semicírculo de más de un kilómetro de longitud, donde los aviones podrían realizar el rodaje y desembarcar pasajeros directamente hasta el edificio terminal. La obra se llevaba a cabo a toda marcha, como otra muestra palpable de la capacidad constructiva germana.

Era raro ver cómo otros edificaban grandes estructuras con materiales, en tanto sentía, por dentro, que nuestra familia se desmoronaba espiritualmente.

Papá y mamá apenas se dirigían la palabra. Otto había rechazado que Fiamma viniera a despedirse y tampoco hablaba con papá más que lo justo y necesario. Yo continuaba con la actitud distante respecto a mi madre. Solo Guillermo estaba exento de las riñas familiares.

Ese día, despedíamos a mis dos hermanos. Cada cual partía por sus propias circunstancias.

El Ministerio de Guerra y Marina, en Buenos Aires, no había accedido a prorrogarle a Guillermo su comisión militar en Alemania. Su solicitud para quedarse a cursar la *Kriegsakademie* había sido rechazada sin mediar mayores explicaciones. Nos sorprendió un poco a todos, pero de mi parte me alegraba por ello. Lo alejaba de un posible escenario de guerra.

Claro que, sabiendo que debía partir, Guillermo se las arregló para demorar un tanto la fecha, a fin de llevar a cabo el curso de paracaidista que había logrado en tanto esperaba para rendir en la academia. Mamá en persona se había entrevistado al efecto con el general Hermann Göring, todopoderoso Ministro del Aire del Reich. Con su ayuda, el papeleo administrativo para el paso del ejército a las unidades de *Fallschirmjäger* en la nueva fuerza aérea, la *Luftwaffe*, se operó en tiempo record. En tal forma, Guillermo pudo completar su entrenamiento en la escuela de paracaidistas de Stendal y llevar a cabo los seis saltos necesarios para portar la preciada insignia que ahora lucía en su pecho: un águila lanzada en picada con la esvástica en sus garras, rodeada de una corona de hojas de roble. Se decía que el propio Göring la había diseñado.

Mi hermano me había escrito, mientras estuvo en la escuela de saltos, varias cartas describiéndome sus avances en eso de arrojarse desde un avión en vuelo en el cielo confiando en que un pedazo de tela se desplegara para atajar tu caída, cientos de metros abajo en el suelo. Sin excepción, cada una de ellas me había puesto los pelos de punta. Quizá también por eso, me las envió.

Respecto de Otto, cuando ya se había olvidado de su solicitud para el Instituto Pasteur, recibió una carta con su aceptación. Se trataba de una respuesta a una de las últimas solicitudes de su parte, respecto de la cual un año antes ya había recibido noticia de su rechazo.

Decididamente, los franceses no eran tan cuidadosos en los asuntos administrativos como lo eran los alemanes. Le habían contestado dos veces y de muy distinto modo. En todo caso, lo que hubiera ocurrido era claramente ventajoso para mi hermano. Así que, más allá de la perplejidad inicial, no se tocó más el asunto.

En las caras de ambos podía observar que la perspectiva de partir les producía sentimientos muy distintos a cada uno.

Guillermo no podía ocultar su contrariedad por no poder estudiar en la *Kriegsakademie* y continuar como observador privilegiado de esa transformación que, día a día, experimentaban las fuerzas armadas alemanas. Por lo menos había logrado su premio consuelo al sumar una especialidad más a la que ya había obtenido con las tropas de montaña.

Otto, por su parte, no podía disimular su alivio por irse. Los afectos de Fiamma respecto de papá habían terminado por colmar su paciencia. Claro que, procuraba muy bien disimular haber renunciado a ella, mostrándose de exagerado buen humor. Hablaba hasta por los codos de las bondades de adónde iría, merced a una inesperada beca otorgada junto con su admisión, cuando ya había perdido toda esperanza al respecto.

El Instituto Pasteur en París, era la más renombrada institución en el mundo dedicada a la investigación de todos esos bichos pequeñísimos que a él le fascinaban. Varios científicos que trabajaban allí habían obtenido un Premio Nobel de Fisiología o Medicina, en poco menos de medio siglo de fundado. Otto pronunciaba sus nombres con admiración casi religiosa: Alphonse Laveran, Elie Metchnikoff, Jules Bordet, Charles Nicolle. Yo por mi parte, era por demás ignorante de lo que hubieran hecho cada uno de ellos.

Tomarían juntos el avión de Lufthansa, un trimotor *Junkers Ju 52*, hacia París. De allí Guillermo tomaría un barco en El Havre con destino a Buenos Aires.

Ambos abrazaron a mamá como si fueran niños que nunca hubieran crecido. Tal vez eso pasa con los varones respecto de sus madres. Me impresionó entonces ver lo inusualmente emocionada que estaba ella, como si no fuera a volver a verlos.

Con papá fue todo mucho más formal y, en el caso de Otto, hasta distante. Luego se encaminaron, muy gallardos ambos, tras la fila de pasajeros que subían a esa aeronave blanca con el morro y los motores en negro y una gran bandera nazi pintada a lo largo de toda su cola.

De regreso a casa, ninguno de los tres emitió palabra. Cada cual se hallaba enfrascado en sus propios sentimientos. Por mi parte, caí en la cuenta que ya no tendría hermanos en Alemania y que solo seríamos mujeres las que viviríamos en casa junto a mi padre.

Por algún motivo, esa constatación me hizo despertar sentimientos angustiosos.

Antes, temía al pasado. Ahora descubría, la multitud de incertidumbres que me provocaba el futuro.

CAPÍTULO 27

El puerto de los secretos

*Si quieren guerra,
construiré submarinos,
submarinos, submarinos.*

Adolf Hitler

En la entrada de la base de Swinemünde nos esperaba un oficial junto a un pequeño coche. Vestía el atuendo típico de los *Ubootwaffe*, un mono de cuero tratado color gris pálido, que les confería ese aspecto peculiar que era la razón de ser apodados como “lobos grises”.

Llevaba puesto un chaquetón de tres cuartos cruzado con abotonadura doble con cuatro botones en color gris a cada lado más otro debajo de las solapas para cerrar el cuello. Forrado por dentro, como supe después con lana gris oscura, el abrigo dejaba ver cuatro bolsillos, dos verticales en el pecho y otros dos interiores con solapa rectangular en la cintura.

Bajo dicha prenda podía verse el cuello alto de un suéter de lana blanco. Ocultas en parte por el pantalón, también de cuero y gris pálido, llevaba unas botas cortas negras con gruesos cordones y suela fuertemente reforzada. Tenía en sus manos unos guantes gruesos de piel negra y un birrete azul le cubría parte de la cabeza.

—Parece preparado para ir a vivir al polo —le comenté, por lo bajo, a mi padre.

—El clima del báltico nunca es demasiado caluroso. —Sonrió él al contestarme.

Reparé, recién entonces, en el viento húmedo y frío que venía desde esa masa de agua color plata que se extendía más allá de las construcciones sobre la costa. Era una mañana gris con grandes nubes plomizas cubriendo el cielo y amenazando con lluvia.

El oficial se cuadró marcialmente ante mi padre. Noté que hizo el típico saludo militar, llevando su diestra abierta a la altura de la sien, en lugar de gesto nazi del brazo extendido.

No era mal parecido. Tenía algunos años más que yo y un cuerpo erguido, que se adivinaba atlético. Sus facciones denotaban una firmeza no exenta de amabilidad. Me llevaba media cabeza de altura, tenía el rostro ovalado, los ojos grandes y tranquilos, cejas gruesas y boca amplia. Su cabello castaño, cortado en los laterales conforme dictaba el reglamento de la marina, había crecido en su frente lo suficiente como para proporcionarle una suerte de pequeño jopo que peinaba hacia atrás.

—*Oberleutnant zur See* Dieter Lüth a sus órdenes, *Herr* embajador. Se me ordenó guiarlos por la base.

Supuse que era parte de los arreglos del amigo marino de papá en respuesta a mi pedido de ver esos buques que se sumergían. Al menos para eso habíamos tomado temprano un tren desde Berlín.

Mi padre le agradeció por su amabilidad y, sin más, lo seguimos. Fue allí que le pregunté por el título que nos había dicho antes de su nombre. Supuse, y estaba en lo correcto, que se trataba de un grado militar. A pesar de que Guillermo me los había explicado una decena de veces, nunca terminaba de entenderlos.

—Tiene el mismo rango de un teniente de fragata de nuestra armada. Equivale a un teniente primero del ejército —me dijo mi padre por lo bajo, verificando una vez más, mi falta de pericia para aprender todos los tipos de grados y rangos que intervenían en los eventos de los que tomábamos parte. Fiamma, en cambio, los sabía cómo si hubiera pasado toda su corta vida en las fuerzas armadas. Pero una gripe la había dejado de cama y no pudo ser, para su evidente pesar, de la partida. No me afligí mucho por ello. Tendría a mi padre para mí sola. Tal perspectiva siempre ha sido capaz de sacar de mi mente cualquier otra cosa.

Con escrupulosidad germana, nuestro guía nos llevó por las diversas partes de la base, nos mostró desde fuera las barracas para el personal, almacenes, depósitos y muelles. Si se hacía a un lado los carteles en alemán y las banderas, esa llana y arenosa base era muy parecida a la de nuestra marina en Puerto Belgrano. Todas, de una u otra forma, imitaban a la armada británica, la primera en aplicar los avances de la técnica producto de la era industrial a la construcción de buques.

Pero, por lo que veía, aun en cosas tan estandarizadas, los alemanes se afanaban por marcar su impronta. Al recorrer los diques secos, observé cómo utilizaban la técnica de la soldadura para unir el metal, en lugar de los remaches. Eso debía aligerar bastante el peso, lo que podía hacer barcos más veloces o más pesadamente protegidos sin necesidad de colocarles motores más poderosos.

Papá soportó estoico mis preguntas y paradas varias para observar las distintas actividades de reparación que se llevaban a cabo sobre los submarinos que descansaban sobre plataformas. Yo, por mi parte, estaba encantada de estar allí sin importarme el olor a alquitrán, el calor del metal, el rechinar y el crujido de las grúas, el resplandor de los sopletes o el ensordecedor martilleo de los remachadores.

Enjambres de hombres con sus monos de trabajo, gafas y cascos de protección iban y venían al compás de las órdenes que se impartían, trabajando con planchas de acero planas o curvadas, pintadas de gris o rojo, tuberías y cables.

La actividad era particularmente intensa en los diques secos en que se veían cuadernas de buques a medio terminar, sostenidas en seco por tablones de madera sobre carriles que bajaban hacia las sucias aguas.

Nuestro acompañante nos brindó, todo el tiempo, solo datos muy básicos. La mayoría ya los sabía por los diarios.

Cuando terminamos de ver por allí, nos dirigimos a la parte del muelle en donde se hallaban apostados los submarinos en servicio.

—Querría saber —murmuró papá cerca de mi oído— ¿cómo es que mi hija adquirió semejante gusto por todas estas cosas?

Sonreí. Ni yo misma lo sabía. Al común de la gente le parecía algo fuera de toda lógica, que una mujer se interesara por la ingeniería. Tal vez fuera una persona apartada de la lógica que todo el mundo tenía. Considerando el actual estado de ese mundo, ser de esa forma no me preocupaba en lo absoluto.

—Podría ser peor, papá —le repliqué—, y haberseme ocurrido ser una estrella de cine o radioteatro.

Vi, en el silencio pensativo que siguió en mi padre, que compartía ese punto de vista mío.

Llegamos a la parte en que un grupo de achatados submarinos grisáceos que apenas si sobresalían del agua estaban amarrados, de a dos, a lo largo del muelle. Eran los famosos, *Unterseeboot*, más conocidos por la abreviatura de *U-Boot*, las naves sumergibles que por su efectividad en la Gran Guerra de 1914 a 1918 habían sido

prohibidas a Alemania por el Tratado de Versalles. También por eso fue uno de los primeros aspectos del acuerdo que se desobedecieron, una vez que Hitler se hizo con el poder. Aunque si debía dar crédito a las malas lenguas, la cosa venía de mucho antes, pero en riguroso secreto.

Casi en el cenit del mediodía, la luz del sol se abrió paso entre las nubes grises, alargando nuestra sombra sobre la cubierta del submarino más próximo a dónde nos hallábamos. Una pasarela con pasamanos por la parte de proa y un alargado y manchado tablonado de madera por la parte de popa lo comunicaban con el muelle.

No parecía estar preparado el *U-Boot* para una revista naval ni nada que se le pareciera. Solo un grupo de cuatro o cinco marineros cumplía tareas sobre cubierta, limpiando el montaje del cañón que tenía hacia la proa o ayudando a cargar cosas por la torre de mando.

—Bueno, este es el final del recorrido por tierra —dijo nuestro guía—. Si desea embarcar, *Herr* embajador, puede hacerlo. En caso contrario, el comandante lo espera en su despacho.

Papá vio con desconfianza al pequeño buque que se hallaba un tanto por debajo de nosotros. En algún punto de esa observación, decidió que no iba a subirse a un barco capaz de hundirse. No compartía, en modo alguno, mi fascinación por los adelantos técnicos.

—Creo que voy a cederle ese honor a mi hija.

Vi cómo nuestro acompañante dudaba qué responder. Papá también observó eso.

—¿Pasa algo malo, *Oberleutnant zur See*?

—No es algo común que una mujer aborde un submarino, *Herr* embajador.

—Para bien o mal, mi amigo, no tengo una hija común.

—Hay ciertas costumbres...

—¿Costumbres? ¿Qué clase de costumbres?

Yo seguía esa conversación con mal ánimo, como si imaginara que no iba a gustarme adónde estaba llevando. Por supuesto, tenía toda la razón.

—Es de mala suerte embarcar mujeres, *Herr* embajador.

Lo dijo con vacilación en sus palabras por primera vez desde que nos conocimos. Parecía como que estuviera obligado a seguir una regla, en la que, muy en el fondo, no creía.

Pensé que mi padre lo iba a mandar al diablo o hacer valer su rango de embajador. Pero en lugar de eso, apoyó amistosamente una mano en el hombro del marino.

—Conozco esa tonta superstición. Pero no creo, mi amigo, que la *Kriegsmarine* alemana haga caso de esas tonterías inglesas.

Tras un par de palmadas de complicidad de mi padre y por estar frente a dos personas que veía iban a quedarse ahí hasta salirse con la suya, Dieter Lüth, oficial de la marina del Reich, me invitó a embarcar.

—En tanto satisfacés tu curiosidad con esta especie de *Nautilus*, Constanza, yo iré a saludar al comandante de la base.

Al parecer, el haber forzado la voluntad de nuestro guía había puesto de inmejorable humor a mi padre. Vi cómo se alejaba con buen paso, tras recabar de nuestro atribulado oficial las indicaciones para dar con la *Kommandatur*.

Reí un poco, por la comparación de estos buques con el imaginado por Julio Verne en su novela *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Aquel podía desplazarse sumergido por larguísimos períodos de tiempos. No era tan así, respecto de estos largos escualos de metal. Solo podían estar bajo el agua contadas horas, avanzando a muy poca velocidad. El resto del tiempo, debían navegar por la superficie como cualquier otro barco.

Como seguía molesta con el asunto de ese tonto hábito machista, omití tomar la mano que me brindaba el oficial y caminé por mis medios a lo largo de la pasarela que descendía. Se trataba de una pendiente acusada como de unos diez metros. La madera de la base de la pasarela tenía cierta oscilación, así que salvé la distancia procurando aparentar más indiferencia de la que realmente sentía. Los pocos marineros en cubierta, vestidos de modo semejante al oficial cuyos pasos oía detrás de mí, me miraban desde abajo con ojos impávidos. Siguieron observándome al pisar sobre el submarino sin dar crédito a sus ojos. Al llegar mi guía, todos se cuadraron en posición de firmes. Lüth giró sus talones a popa para saludar a la bandera de guerra de la marina que ondeaba sobre la torre de mando, por gracia de los vientos gélidos del norte, antes de indicarme que debíamos subir a esa torre. Esa vez sí acepté su ayuda.

El *U-Boot* hacía honor a la leyenda de profesionalismo, dedicación y meticulosidad que se asociaban a la marina en general y al arma de submarinos en particular. Todo allí destacaba por la limpieza, el brillo y el orden que se observaba. Sus partes metálicas estaban todas pintadas de un gris azulado que adquiría un tono plata en las superestructuras, aunque se podía verificar que por debajo de la línea de flotación cambiaba al color rojo.

Una vez en lo alto de la torre de mando, Lüth me pasó unos binoculares. Con su índice señaló algunos lugares sobre la costa de la Pomerania Occidental, los que observé sin mayor interés. Estaba a un palmo de ingresar a la nave y no podía pensar en otra cosa. Detrás

nuestro, en una especie de balcón metálico que daba a la parte de popa, estaba instalado el afuste para dos pequeños y largos cañones gemelos que apuntaban al cielo. Claramente debía ser algún tipo de armamento antiaéreo.

Bajamos por una estrecha escalerilla, hacia las entrañas del submarino. Mientras lo hacíamos, mi guía recitó, algo mecánicamente, como si lo hubiera hecho ya en muchas otras ocasiones, los datos técnicos de rigor.

—El sumergible Tipo VIIB tiene un desplazamiento de alrededor de ochocientas toneladas, su propulsión es diésel en superficie y eléctrica cuando se sumerge. Tiene una velocidad de treinta nudos y seis mil quinientas millas náuticas de autonomía. Posee cuatro tubos lanzatorpedos a proa y uno a popa, puede combatir arriba o debajo del agua con una variedad de armas. Su tripulación es de cuarenta y cuatro hombres.

Una vez dentro, y luego de breve pasaje por la sala de mando, el teniente de fragata Dieter Lüth me dio un recorrido rápido, que no incluyó ni la sala de radio ni los cuartos de torpedos de proa y popa. Sí en cambio me mostró los cuartos principales de la tripulación a lo largo del pasillo central, donde se compartía cada dos hombres una litera de 1,8 metros por 58 centímetros de ancho.

El poco espacio obligaba a ciertos sacrificios. De los dos baños de la nave, solo se utilizaba uno conforme a su función cuando estaban de navegación, ya que en el restante se acumulaban víveres.

Fiel a mi amor por la mecánica, pedí ver la sala de máquinas. No hubo problema en ello. Los motores diésel parecían que no se habían usado nunca; su pintura roja y sus conexiones metálicas no mostraban ni una sola mancha de grasa y las baterías eléctricas estaban recién salidas de fábrica.

—Huele muy bien —dije al pasar ante la diminuta cocina, luego de salir de la sala de máquinas diésel. Allí, dos hombres con delantales blancos por sobre sus uniformes estaban preparando la comida, trabajando sin entorpecerse, a pesar del espacio mínimo.

—Está equipada con todo lo necesario para brindar comidas a medio centenar de hombres, incluyendo una nevera y una pileta con agua caliente y fría. Puede verla si quiere.

—No gracias. No soy de las mujeres que se interesan por las cocinas.

—Eso salta a la vista, *Fräulein*. —Hubo a mis espaldas algunas risas cortas por la ocurrencia de mi guía, que agregó—: Puede comer a bordo si no le importa hacerlo en un espacio reducido.

Supuse que papá habría arreglado algo con el comandante de la base, pero no dudé en contestar de inmediato:

—Será un placer.

Vi en sus ojos que jamás había pensado que aceptaría, y el júbilo me creció por dentro. Descubrí que me gustaba sacarlo de sus poses rígidas y aplomadas, generando su desconcierto.

La comida ocurrió poco después en el estrecho cuarto de oficiales. La mesa era tan pequeña que, a pesar de ser solo cinco, nos tocábamos los codos. El menú consistió de sopa de col, salmón fresco hervido, cerdo asado, budín de patata y *Kuchen* —torta— de grosellas blancas a modo de postre. Por toda bebida, solo sirvieron agua en una jarra de cristal.

Al principio todos fueron muy reservados conmigo, comían en silencio sin quitarme los ojos de encima, pero luego se aligeró el clima. Me cuidé de hacer varios cumplidos sobre el barco, que por otra parte eran ciertos. Todo lo visto me había dejado impresionada.

Eso pareció gratificarlos y motivarlos a preguntarme sobre mis estudios en ingeniería y algunas otras cosas. A todos les sorprendía que una mujer se interesara en ese tipo de menesteres. En algún momento, luego del cerdo asado y antes de la torta de grosellas, comenzaron a contar historias sobre sus primeros tiempos de adiestramiento y algunas navegaciones con el submarino.

Me enteré entonces de que estaban preparándose para unos ejercicios con la flota en alta mar y que mi guía, el teniente Dieter Lüth era, a pesar de su aspecto juvenil, un ingeniero naval de cierto renombre en la armada. En su momento, había integrado la tripulación de ese submarino, antes de ser reasignado al sector en la base que se encargada de fabricarlos.

—Es nuestra estrella en ascenso —dijo el capitán.

—A Dieter no lo dejan navegar con nosotros —agregó el segundo oficial, no sin cierta sorna—. El alto mando prefiere tenerlo construyendo nuevas naves en tierra firme. Lo entienden demasiado valioso para arriesgarlo a las tempestades del mar abierto.

No tenía idea de que quien me guiaba en la visita se dedicara a eso, ni él me había dado la menor pista al respecto. Al volverme a observarlo, vi una cierta mirada de tristeza en mi guía. De esas que uno manifiesta cuando se ha dicho una verdad que no nos gusta, pero que tampoco tiene remedio.

Cuando terminó la comida, estreché la mano de todos a modo de despedida. Una llamada al capitán por el intercomunicador le informó que me estaban esperando afuera y, casi de inmediato, recorrimos nuevamente ese estrecho pasillo rumbo a la sala de mando.

Una vez allí, me saqué la pañoleta que llevaba en el cuello y con la que usualmente resguardaba el orden en mi peinado durante los viajes. Seguía siendo el centro de todas las miradas. Fui entonces

hasta uno de los periscopios y la anudé allí.

—En los tiempos del sacro imperio romano germánico era costumbre que las damas dejaran una muestra de su agradecimiento a sus paladines que partían al combate. Si me lo permiten, en gratitud por su tiempo y las molestias que se han tomado conmigo, he de hacer lo mismo.

Esperé que la historia fuera más o menos de esa forma. Había repetido algo que había escuchado alguna vez de mi padre. A juzgar por sus rostros, el gesto les encantó.

En el muelle me esperaban papá junto a un oficial naval con cuatro gruesos galones dorados en sus mangas. Debía tratarse del comandante de la base con toda seguridad.

Tras saludar a su superior y pedirle autorización para hablar con mi padre, Lüth le dijo:

—Tiene una estupenda futura ingeniera en la familia, *Herr* embajador.

Me encantó escuchar eso, más si provenía de alguien que era ya había logrado mucho de lo que yo podía, por entonces, solo soñar con realizar. Decididamente, y por varias razones, ese marino empezaba a caerme simpático.

No fue el único cumplido que recibí de su parte. El teniente de fragata me entregó entonces, a nombre de la tripulación un *Bordmütze*, una especie de birrete azul oscuro con las insignias bordadas al frente y un fino ribete dorado sobre su solapa lateral. Sobre un costado tenía prendida la silueta en latón de un pez espada. Como nos explicó el comandante de la base, ese ribete indicaba que la prenda pertenecía al comandante y la figura de latón, la insignia del barco.

Le agradecí: me sentía en verdad halagada. No debían existir muchas mujeres que hubieran recibido ese tipo de presente. Lo guardé con todo cuidado en mi cartera. Tal vez fuera solo una impresión mía, pero la mirada de nuestro guía parecía haberse dulcificado un tanto conmigo.

Luego de la despedida, caminamos hacia el auto que el comandante había puesto a nuestra disposición para llevarnos a la estación de tren que nos devolvería a Berlín. A mitad de camino, me volví sobre mi hombro. Dicen que nunca debe hacerse eso, que no corresponde a una mujer educada, pero lo hice. Y pude ver cómo esos ojos, tan inmensos y tan pacíficos de Dieter Lüth, no me quitaban la vista de encima.

Sin mayores cosas que hacer en casa, aproveché el viaje de Ignacio y Constanza a esa base naval para invitar a tomar el té a Magda Goebbels. Me sentí obligada a llevarlo a cabo. He ido muchas veces a su casa, a esas informales reuniones políticas que organiza. Todos quienes cuentan para algo en la nueva Alemania han pasado por esas reuniones en su mansión. He conocido allí muchas personas de gran importancia a quienes luego he podido recurrir para mis cosas.

Tenemos mucho en común. No solo se trata de una mujer muy bella, sino que, además, posee una inteligencia y sagacidad poco común. Tal como yo, ha debido formarse y abrirse paso en un mundo de mandatos masculinos.

Desde temprano ha volcado su espíritu apasionado a favor de la causa nacionalsocialista. No por nada, el Führer siempre la destaca como el paradigma de la mujer nazi, el modelo de mujer aria y su familia resulta el ejemplo a seguir para todos los hogares de Alemania.

Se la conoce, informalmente, como “la primera dama del Tercer Reich”. Dado que Hitler es soltero, totalmente dedicado a conducir el país, dicho rol, en la práctica, ha sido ocupado por ella.

Adoré su sinceridad, la vez que dijo, sin falsos pudores, ni mojigatería hipócrita:

—Amo a mi marido, pero mi amor por Hitler es más fuerte. Por él estaría dispuesta a dar mi vida. Cuando tuve claro que Hitler no podía amar a ninguna mujer, sino, como él mismo dice, solo a Alemania, acepté el matrimonio con el doctor Goebbels. Así podía estar más cerca del Führer.

Prueba de ese amor incondicional es que todos los hijos que ha tenido con Goebbels han recibido sus nombres con una h inicial en homenaje a Hitler, tanto las cinco niñas, Helga, Hildegard, Hedwig, Holding y Heidrun, como al único varón, Helmut.

La admiraba. A mí, a quien pocas cosas pueden llamar mi atención y, menos aún, si se trata de personas. Entendía que tenía una vida perfecta, una familia perfecta, la más plena aprobación del Führer. ¿Qué más podía pedirse?

Magda Goebbels me cae bien. Su personalidad crea toda una atmósfera de distinción en donde esté. Es imposible que esta mujer de rasgos tan acabadamente nórdicos, aspecto señorial e indudable cultura pase desapercibida. Llegó, como era de esperar, puntual y, tras saludarnos, pasamos a tomar el té en el jardín cubierto de invierno.

No la noté muy animada ese día. Parecía ausente con la mente en otra parte. Alguna otra vez me había dicho que veía reflejada en mí algunas cosas de su vida. Al parecer, también compartíamos ese modo de apartarnos del mundo cuando algo nos preocupaba.

Nunca esperé que su problema fuera de ese tipo, me sorprendió de sobremanera lo que me reveló aquel día. Antes de eso, había hablado poco y de nada en particular. Solo había tomado un par de tragos de té sin probar bocado alguno.

—Ese maldito mujeriego de Joseph lo ha hecho de nuevo.

Me quedé helada al oír esas palabras. No pudo explicarse mucho más, pues rompió de inmediato en abierto llanto. No supe qué hacer. Carecía de la suficiente confianza para ir a consolarla. Además, nunca he sido buena en ese tipo de cosas. Nunca he pedido consuelo porque nunca pido lo que sé que no doy, aun cuando lo necesite.

Simplemente me quedé allí y le alcancé un pañuelo que ella aceptó de buen grado. Todavía buscaba saber si efectivamente había escuchado lo que entendí. Me parecía algo increíble que hubiera entre ellos una traición de ese tipo. Magda y el doctor Goebbels formaban un matrimonio que se veía perfecto por donde uno lo mirara. Ambos declaraban que la familia, luego del partido, era su preocupación esencial. Ella misma dijo no recordarse a sí misma en otro estado que no fuera el de gravidez.

—Me tiene harta con sus desplantes. Ahora anda como un jovenzuelo enamorado por esa checa, Lida Baroova, una prostituta disfrazada de actriz. Solo tiene 24 años, casi dos décadas menos que él.

Recordé el nombre de inmediato. Era la estrella del momento de la Universum Film AG, más conocido como UFA, la empresa cinematográfica más importante de Alemania y una de los mayores en Europa, cuyos estudios se ubicaban en Babelsberg, cerca de Potsdam.

Se decía que la Baroova era una de las mujeres más hermosas del mundo. Mi pequeño Otto tenía una relación platónica con ella tras haberla visto en la película Patriotens, hacía algo así como un año. Al parecer, el impulsivo Joseph había pecado en grande.

—Hasta habla de casarse con ella e irse a vivir a otro país. Cuando lo enfrenté, al principio quiso negarlo, pero después terminó confesando que estaba enamorado de ella. Ahora la ha instalado en una de nuestras casas de campo. Pues bien, que se la quede. Voy a pedirle el divorcio.

Mi estado de sorpresa aumentó aún más. El hogar de los Goebbels siempre había sido presentado al público como la familia modelo del Tercer Reich. Era inevitable que todo el asunto terminara convirtiéndose en una cuestión política a manos de nuestros enemigos.

—¿Por qué no hablas de esto con nuestro Führer? —le sugerí—. Él sabrá qué hacer.

Al principio parecía avergonzarla pensar en hablar semejante cuestión con él. Pero pronto accedió a llevarlo a cabo. Secó sus lágrimas y agradeció mi consejo. Me sentí halagada.

Cuando la acompañe a la puerta para despedirla al término de nuestra charla, vi a Fiamma cruzar por el otro extremo de la sala, haciendo como que no reparaba en nosotras. Presa de su problema, Magda apenas percibió su presencia, pero yo sí.

De improviso, al ver su perfil, caí en la cuenta que ella también tenía el cabello oscuro y esos rasgos que envuelven con su sensualidad a los hombres, tal como Baroova.

Antes de subir a su auto, Magda volvió a agradecer todas mis atenciones. Dijo que no olvidaría la comprensión que le había demostrado.

—Es lo menos que podía hacer —le dije—. Todas podemos tener una de esas malditas, acechando a nuestros tontos maridos.

CAPÍTULO 28

Constataciones

*Si no anhelamos lo imposible,
¿cómo vamos a alcanzar lo posible?*

Hermann Finsterlin

Sergei Anatolyevich Turguenev, el ruso de quien estaba perdidamente enamorada, dormía sonoramente a mi lado, boca arriba, despertándome con sus ronquidos intermitentes. Observé por un momento su perfil inmóvil. Tenía un mortificante campanario en mi cabeza que no me dejaba dormir. Tan, tan, tan. Primero una punzada leve, en la parte frontal, luego otra más aguda por detrás. Con toda seguridad, se originaba en el vodka que habíamos compartido, luego de cenar.

A él le gustaba que bebiera con él, antes de mantener nuestros encuentros íntimos, y yo carecía de su resistencia con la bebida. Así que de ordinario, a mi excitación se le sumaba cierto grado de embriaguez, que luego devenía en este tipo de desagradables consecuencias.

Me levanté en busca de bicarbonato y un vaso con agua. Lo hallé en su desprolija cocina, a un lado de los condimentos.

Estaba descalza y desnuda, incapaz de atender a otra cosa que no fuera calmar esas puntadas en mi cabeza, y el gusto ácido en mi boca.

Tomé dos vasos de agua con bicarbonato. Tragar eso no fue algo agradable, pero a esa altura, cualquier cosa era preferible a seguir con el campanario encima. Mientras esperaba me hiciera efecto, volví al dormitorio a oscuras, guiada por los ronquidos.

Me acerqué a la ventana que daba a la calle. La cortina era lo suficientemente translúcida como para poder ver el paisaje sin tener que apartarla. La luz de un farol, se colaba desde afuera, en donde las aceras y la calle estaban desiertas con excepción de unos pocos autos estacionados.

De uno de ellos, vi entonces iluminarse la llama de un fósforo o, quizás, un encendedor. Tal vez estaban haciendo lo mismo allí que nosotros en el cuarto. La oscuridad de su interior no me dejaba apreciar mayores detalles. Me dieron ganas de fumar, pero la náusea que cargaba me hizo desistir del deseo. El bicarbonato parecía estar funcionando finalmente: ya no me dolía tanto la cabeza.

Consulté el reloj de cadena de Sergei, que había dejado en la mesa de luz a un lado de la cama. Lo acerqué a la luz de la ventana para contemplar la hora: once y cuarto. Debía comenzar a vestirme y bajar. Fiamma en cualquier momento llegaría y hacerla esperar la pondría con un carácter de mil diablos. Apenas si lograba que me cubriera como que salíamos juntas para tener estos encuentros con mi enamorado ruso. Y todavía faltaba ir al lugar donde le habíamos dicho a papá que íbamos a estar para que nos recogiera el auto.

Contemplé una vez más el cuerpo desnudo de Sergei extendido entre las sábanas revueltas y arrugadas de la cama. Había dejado de roncar. Justamente ahora, que debía irme. Cuando acabé de vestirme el silencio, me acerqué con una sonrisa de enamorada, a contemplarlo un poco más de cerca.

Nunca había amado de esa forma a un hombre. Estaba subyugada por él. Me resistí a la tentación de quitarme la ropa y tenderme nuevamente a su lado. Lo besé rápidamente en el rostro, sin sacarlo un ápice de su sueño, y fui hasta la puerta de su departamento. Aferré, cuando pasé por la única biblioteca, casi a tientas el primer volumen a la mano. Era un libro escrito por Lenin, titulado *Materialismo y empiriocriticismo*, de 1909. Me ayudaría con el ruso que estaba aprendiendo con él a veces, y sola en otras ocasiones para poderle hablar en su idioma. Pensaba que eso nos podría unir aún más. Había visto como miraba a otras mujeres, y las otras mujeres lo veían a él. Yo nunca le había podido decir nada al respecto. La cólera de mis celos, era de corta duración, ante el miedo de exponerme a perderlo.

Ya había anochecido cuando terminó con un cerrado aplauso y a teatro lleno, la obra de Wagner Tristán e Isolda, en sala de la Deutsches Opernhaus.

Ignacio, a mi lado, se ha levantado de su asiento para aplaudir, más por guardar las formas que porque la representación verdaderamente lo haya impresionado. Él prefiere obras más contemporáneas como las de Ernst Krenek o Kurt Weill.

Tampoco ha estado de acuerdo con el cambio de nombre del edificio, por parte del ministro Joseph Goebbels. Prefiere la anterior denominación de Städtische Oper, como la conociera en sus tiempos de estudiante e investigador. Lo he oído también lamentar la partida de su director general, Carl Ebert, enfrentado a las nuevas reformas.

De mi parte, creo que es tiempo de volver a los orígenes, y reflejar la grandeza de nuestro pasado, como el cimiento de lo que habrá de hacerse en el futuro. No entiendo, ni quiero entender todas esas

obras nuevas, que tan acertadamente el Führer ha denominado como “arte degenerado”. Esta debe ser una ópera alemana con obras que reflejen nuestra raza. Todo lo demás sobra, no interesa.

Al finalizar el saludo de la compañía, los más de dos mil asistentes comenzamos a desalojar la sala, presidida por ese telón que cerraba el escenario. Las mujeres seguimos vistiendo como siempre, aunque un tanto más despojadas, pero no demasiado, en arreglados vestidos de largo con sus joyas, sus pieles y demás accesorios. Pero los hombres, cada vez más dejan sus ropas civiles para vestir sus recientes uniformes. El nuevo orden de cosas impuesto por el Führer ha tenido la consecuencia en materia de vestimenta, de dotar de un uniforme a casi todas las áreas del Estado u organizaciones, como sindicatos o asociaciones de la más diversa índole.

Es una verdadera suerte poder permanecer aquí, en Berlín. La renuncia de Ignacio, como lo referente a mis actividades en el gobierno, son tormentas que ya han cedido. La intercesión de mi suegra ante el propio presidente argentino, Agustín Justo, ha resuelto el problema. Un escueto telegrama oficial cifrado, rechazando su dimisión, y una sugerencia extraoficial de moderar mis simpatías y apoyos económicos ha sido todo.

Por primera vez, desde que tengo memoria, cedí en algo y acepté lo que se sugería. He procurado hacer buena letra, por un tiempo al menos. La alternativa hubiera sido mucho peor: dejar el Reich.

Tomé a mi marido por su brazo para salir. Era lo que él había hecho siempre conmigo, hasta ahora. Últimamente, se comportaba distante conmigo, y muy parco en sus palabras. Nunca he sido una sentimental, pero descubrí con cierto asombro que la ausencia repentina de esos pequeños gestos, me afectaba más de lo que habría podido pensar. Nunca antes les había dado importancia, y ahora los añoraba.

Hacía no mucho, al verme observar a las demás mujeres, sabiendo que siempre me mido respecto de ellas, habría dicho su trillada frase de que soy “la más bella entre las bellas”. Ahora me ve haciendo esa comparación mental y nada me dice. En esta ocasión, no pude contestar lo que siempre, a esa expresión suya: “Gracias, querido. Muy amable de tu parte”. Que recuerde, siempre le he respondido de esa forma. Tal vez debería haber empleado otras palabras. O usado otra frase con algo más de afecto. No lo sé.

Luego de abandonar la sala, en el ingreso, vimos que las puertas a la calle se hallaban todas abiertas. Salimos por una de ellas a la Bismarckstrasse, convertidos en dos seres más dentro de una ordenada multitud conversadora, todavía eufórica por la obra que acabábamos de presenciar.

La acera no era amplia ni mucho menos, así que cruzamos para esperar el auto enfrente, pasando el angosto divisorio central de la calle, en donde estaban dispuestas las luces. En tanto Ignacio divisaba si ubicaba a nuestro auto, me detuve por unos instantes a contemplar el edificio. Una compacta, alargada y majestuosa mole que dejaba pequeños a nosotros los humanos con grandes ventanales en la parte superior y anchas puertas en su planta baja, todas ellas flanqueadas por gigantescos pares de columnas jónicas que iban desde el suelo al frontispicio del edificio, por encima del cual una serie de estatuas culminaba su fachada.

Elegante, firme, frío, tal como la mayoría de los edificios en la ciudad. Quizás, al igual que yo misma.

El auto no llegaba. Un hombre de edad similar a la de Ignacio se acercó a nosotros. Tenía el cabello oscuro con entradas, y usaba unas gafas circulares. Vestía el uniforme marrón de los líderes del partido nazi a nivel nacional, la Reichsleitung, y llevaba en la parte superior de las solapas de su chaqueta, las insignias de Hauptstellenleiter. Dos largas columnas doradas, encerradas dentro de un rectángulo

de fondo rojo con un rombo en medio, que acreditaban a su portador como miembro de uno de los rangos más altos en el partido, los que tenían la dirección de sectores claves en sus organizaciones o en el gobierno alemán.

—Herr embajador, Frau López de Madariaga —dijo a modo de saludo con una leve reverencia de cabeza, al viejo estilo prusiano.

—Doctor Gross —contestó el saludo mi marido, muy serio. Ni al aludido, ni a mí se nos escapó que no había usado su rango o posición en el Estado o partido.

—Es un honor conocer a un médico de su reputación, Herr embajador. He leído varios de sus trabajos, cuando investigaba en la universidad de Múnster.

—Le agradezco.

Nuestro auto estacionó a un lado de la calle, justo donde nos encontrábamos. Ignacio hizo un ademán como para dar por terminada la conversación, pero la siguiente frase de Gross lo atajó:

—Entiendo que conoce a Ludwig Luther.

Si quiso sorprenderlo, no lo consiguió en absoluto. Ignacio dio su respuesta con una naturalidad por demás sospechosa.

—En efecto. Estábamos en el mismo grupo de investigación en Múnster. Pero supongo que ya sabe eso.

—¿Lo ha visto últimamente, o ha intentado ponerse en contacto con usted?

—No.

—¿Está seguro, Herr López?

—Sé a quién veo y a quién no, Gross.

En ese punto, veo que ambos están a un palmo de perder toda sutileza. No se caen bien, y no lo disimulan en lo absoluto.

—Es muy extraño —le responde Gross—. Trabajaba con nosotros, en la organización de política racial. Desapareció hace unos días. Entre sus papeles encontramos su nombre y el número de la embajada.

—Ambos datos son del conocimiento público.

—Le agradecería que, si se pone en contacto con usted, nos avise. Estamos intranquilos por él. Era una parte importante de nuestro organismo y tenemos que pueda haberle pasado algo. Son tiempos complejos.

La despedida entre ambos fue cortés aunque fría. Parecía que se estuvieran midiendo, decidiendo cuanto creerle o no al otro.

Una vez en el auto, le pregunté a Ignacio de qué se trataba el asunto, pero evadió responderme.

—Lo que sea que pase con ese Luther no es un asunto tuyo —le dije.

Me miró con una de esas miradas que delataban que no estaba muy de acuerdo con lo que le decía, pero se lo callaba.

—Es su país. No debemos meternos —le insistí.

—Para que el mal triunfe, solo es necesario que los hombres buenos no hagan nada —me contestó al fin.

—Eso es una tontería —le repuse.

—Se trata de una frase clásica, de Edmund Burke. Un pensador inglés, en tiempos de la Revolución Francesa, cuando guillotinaban a medio mundo en nombre de la libertad.

Callé, ante la inesperada lección de historia. ¿Qué quería decirme con ello? Nunca antes lo había visto de esa forma con esa ira silenciosa, que solo había tenido en contadas ocasiones. Cuando murió su padre o al volver de enterrar a nuestra hija.

Algo había que lo desencajaba de ese modo, pero desconocía de qué podía tratarse. También, temía llegar a enterarme.

Mamá entró en el cuarto de estudio sin golpear la puerta cerrada, tal como entendía que era su prerrogativa. Justo en el momento que estaba en la parte más álgida de unos ejercicios de estática y resistencia de materiales.

—Tenés visita, hija.

—No he invitado a nadie a venir, madre.

—Pero han venido a visitarte. No va a pasarte nada por dejar esos benditos libros unos minutos. Y, por favor, arreglate un poco antes de venir a la sala.

Debí suponer que era algo a lo que le asignaba particular importancia. Había subido ella en persona sin mandar a nadie del personal de la casa.

Fiamma me miró, incrédula.

—¿Qué se trae tu madre esta vez?

Me encogí de hombros, al tiempo que iba busca de un peine.

Cuando entré, diez minutos después, a la sala, me alegré de haberle hecho, por una vez, caso. De perchero junto a la puerta colgaba una azul gorra de plato con la escarapela rodeada de laureles dorados, el águila de rigor también dorada y que en el borde de su visera mostraba un grueso ribete de igual color.

Allí estaba el alto y esbelto oficial naval que había guiado mi visita al submarino en Swinemünde. Departía muy amablemente con mi madre, sentado en uno de los sillones. Vestía el uniforme azul con esa chaqueta larga con doble hilera de botones dorados. En el extremo de sus mangas, dos gruesas franjas bordadas en hilo color oro y, por encima, una estrella de cinco puntas, mostraban su grado de teniente de fragata y la pertenencia al cuerpo general de la armada. En el borde inferior de la chaqueta asomaba el correa de cuero oscuro del que colgaba su daga reglamentaria.

Entré justo cuando mi madre, siempre interesada en las genealogías de abolengo, descubrió que mi visitante era pariente, por parte de madre, del almirante imperial Franz von Hipper. También, provenía por parte de padre de una familia de industriales, parientes de los Krupp.

Al verme aparecer, él se paró de inmediato. Mamá, por su parte, murmuró rápidamente una excusa para dejarnos a solas.

—Espero no importunar —me dijo él al cerrar mi madre tras de sí la puerta.

—No en realidad. Realmente necesitaba un descanso de mis estudios.

Una sonrisa de alivio se dibujó en su rostro de modo que reemplazó a la anterior expresión, marcada por cierta seriedad no exenta de tensión.

—Vine a decirle que su pañuelo dio resultado. Fue el sumergible que obtuvo las mejores calificaciones en las últimas maniobras.

Sonreí con satisfacción. Si eso ayudaba a romper con todas esas tradiciones machistas carentes de cualquier sentido que no fuera relegar a las mujeres, estaba más que conforme.

—Me preguntaba si podría visitarla. Es decir, formalmente.

Me quedé de una pieza ¿Cómo se suponía que debía rechazar educadamente ese tipo de pedidos? Hice memoria para no parecer una ordinaria.

—Estoy actualmente con una relación.

—Su madre no me comentó nada al respecto.

La cosa iba de mal en peor. No sé por qué, pero fui directa y sincera con él. Quizás, lo hice más por nerviosismo que por tener carácter o querer ser honesta.

—Mi madre no lo sabe.

Me sonrojé al decirlo. A veces, no me entendía ni yo misma. Tan arrojada para algunas cosas y tan vergonzosa con otras.

El rostro del marino recuperó su anterior severidad.

—No lo sabía. Disculpe mi atrevimiento.

—No, por favor. Está bien. Sé que cuento con su discreción.

No podía dar esta por sentado, en realidad, pero algo me hacía confiar en él. Al menos, lo suficiente como para decir eso. Mi visitante no dudó su respuesta:

—Por supuesto. No quiero quitarle más tiempo. En estos casos el protocolo social dicta ofrecer un té y aconseja que se rechace de mi parte. Dígale eso a su madre, así pensará que ha sido un cambio mío de parecer y no tendrá que brindarle demasiadas explicaciones.

Me emocionó comprobar que ese hombre, además de ser apuesto, tenía sentimientos más profundos que los dictados por la buena educación. Buscaba ponerme a resguardo socialmente, aun cuando lo hubiera rechazado. Era una agradable revelación que me hizo perder parte de la calma que había intentado reunir.

—Le agradezco.

Me saludó con una leve inclinación de cabeza para luego ir a buscar su gorra. Tan apuesto y tan caballero. Demasiado, quizás para que una conservara la cabeza en su sitio.

Cuando pensé que iba a salir, se volvió a verme. Pude observar que mostraba una dosis de aflicción en la mirada.

—No puedo irme sin decirle que la admiro.

Al parecer, iba de sorpresa en sorpresa con este hombre. Me quedé mirándolo, a la espera de alguna palabra más, procurando disimular el hecho que su comentario me había dejado absolutamente encantada.

—Se debe tener mucho valor para ser como es usted —se explicó—. Supongo que casi todos deben verla como alguien extraño, pero eso no le importa. Sabe lo que quiere y no va a detenerse hasta conseguirlo. No es común encontrar hoy en día a una persona, hombre o mujer, con tales virtudes.

Lo observé detenidamente solo para corroborar en su rostro que creía con firmeza en las palabras que había pronunciado. Se trataba de un hombre muy atractivo y sumamente educado, pero, en ese

momento, a mi impredecible cabecita todavía le duraba el efecto embriagador que sus palabras habían tenido. Era agradable encontrar a alguien que no me considerara como un bicho raro y que no hiciera distingos entre lo que hombres y mujeres pudieran conseguir.

—Creo que deberíamos tomar ese te, después de todo —dije con una sonrisa; me descubría que buscaba que aceptara ese ofrecimiento—. Si no le importa, necesito un amigo como usted.

CAPÍTULO 29

Desilusión

*En la vida no existe una respuesta correcta o equivocada.
Tendemos a hacer elecciones,
y cada elección tiene una consecuencia.*

Robert Kiyosaki

Esa tarde de sábado, apenas el sol asomó entre las nubes grises, saqué a mi bicicleta de su letargo y me dispuse a dar un largo, largo recorrido por el Tiergarten.

Quería alejarme un poco de todo lo que ocurría en casa. Los dos días anteriores habían sido lluviosos en extremo sin poder ir a ninguna parte sin empaparse. Pasar más tiempo juntos, solo había tornado aún más manifiestas nuestras distancias.

Para peor, Fiamma había caído en una de sus fases de taciturnidad. Estaba a tu lado sin estarlo realmente. Su mente e interés se hallaba en otro sitio. Contestaba a toda pregunta o comentarios con monosílabos. Era decididamente insoportable cuando se ponía de esa forma.

Mamá había salido a una de sus muchas reuniones de sociedad. Papá estaba encerrado en su estudio y no quise molestarlo, así que le dejé recado con el ama de llaves y salí junto a mi bici hacia el parque. Una de las inmejorables ventajas de la ubicación de la residencia era que tenía el parque a un palmo, bastándote con cruzar la

Tiergartenstrasse para estar allí. Apenas hice eso, caí en la cuenta que cientos de berlineses habían tenido la misma idea de una tarde sabatina en ese lugar. Me pareció algo curioso lo que eso podía implicar: que pensaba como alemana sin serlo. O, quizás, ya me había convertido en una berlinesa más, aun sin ser del país.

Como fuera, había llegado hasta las proximidades del lago, perdida en el verde y la gente sin haber todavía montado en mi bici. El “parque de ocio para el pueblo”, tal como había sido construido por el príncipe elector Federico III a partir de un antiguo coto de caza, cumplía cabalmente, aun luego de varios siglos con la misión encomendada. Observé con envidia el rostro despreocupado y alegre de casi todos. Me habría encantado sentirme de ese modo.

Estaba montando a mi bicicleta cuando una ciclista se me puso a la par.

—¿No ibas a dejarme sola en la casa? —Fiamma formuló la pregunta sacando los pies de los pedales para no perder el equilibrio, tras detener su vehículo. Tenía el rostro serio, aunque no enojado.

—Pensé que querías estar sola, como en los últimos días —le contesté mirándola a los ojos, tanteando lo que se traía por dentro.

Lo mío en realidad de no era una respuesta, sino un pedido de explicaciones. Ella lo captó de inmediato.

—Mi padre quiere que vuelva a vivir con él. Acaban de destinarlo a Portugal.

La noticia me entristeció y le dije que lo lamentaba. Era cierto. A pesar de nuestras diferencias, de lo distintas que éramos, nunca antes había tenido una amiga como ella. Me costaría habituarme a que no fuera parte de mi vida diaria.

—Ya lo hizo antes en otras oportunidades y conseguí darle largas al asunto, pero esta vez fue terminante.

Me sorprendí por lo que escuché. No sabía nada respecto de esas otras veces. Ella nunca hablaba sobre su padre, ni respecto de nada que se relacionara con su familia. También me impresionó lo que me dijo a continuación:

—No quiero ir con él.

—Es tu padre.

—Sí, pero ustedes son los más parecido a una familia que tuve alguna vez.

Me habló entonces, sobre su abuelo, el conde de Gotham. La oposición al matrimonio de sus padres determinó que, tras la muerte de su madre, se la ignorara como si no existiera. El detalle de ser la única nieta de su única hija no varió la decisión de ese sexagenario aristócrata, que alternaba sus días entre un castillo en las tierras altas escocesas y una residencia en Londres. Fiamma no tenía recuerdo alguno de haberse encontrado en su vida con él.

Toda la familia materna de noble abolengo, luego de la muerte de su madre, la habían dejado al margen, como si no existiera, algo que Fiamma no les perdonaba. La conocía lo suficiente como para saber que jamás lo haría. Con ella, serle indiferente conllevaba peores resultados que un abierto enfrentamiento.

—Nunca me habías dicho nada de todo esto.

—No es algo fácil para contar.

—Si tu abuelo es conde, entonces, como su descendiente más cercana, sos una lady o algo así.

Ella mostró un abierto desagrado ante mi comentario.

—No lo sé y me importa un rábano. En mi lista de odios, luego de los nazis, se ubican los nobles ingleses.

Luego vino la otra parte de la historia: la relación con su padre. Al revés de la indiferencia de la rama inglesa de sus orígenes, con su padre le pasó exactamente lo contrario: la atesoró consigo, como el único y más palpable recuerdo de su desventurada esposa. Por eso no quiso desprenderse de ella ni enviarla a educarse en colegios como pupila, más allá de sus amenazas de llevarlo a cabo frente a sus cada vez más recurrentes rebeldías. Los varios destinos de su carrera diplomática, sumados a la carga de tareas que implicaban los cargos cada vez más elevados, determinaron que mi amiga creciera mayormente sola y como ella misma decía “en un estado casi salvaje”.

—Sé que me quiere, y yo lo quiero también —me dijo con el rostro sombrío—. Pero ninguno de los dos entiende al otro. Somos como dos desconocidos cuando nos hallamos cerca. Sin nada que decirnos, ni poder compartir nada con el otro. Solo podemos dañarnos, desilusionarnos mutuamente.

Esbozó, entonces, una de esas sonrisas tristes suyas, capaces de conmover a la más dura de las personalidades.

—Creo que por eso hemos estado separados todo este tiempo. Preferimos el recuerdo afectuoso del otro a tener que lidiar con la persona de carne y hueso todos los días. Nos extrañamos en lugar de soportarnos.

Luego de eso, puso los pies en ambos pedales y siguió por el sendero que bordea el lago sin previo aviso.

Yo hice lo mismo, descolocada por su súbita partida. Así era ella, pasaba del silencio a las confesiones más íntimas.

No podía molestarme porque fuera contradictoria. Yo misma lo era. Los cambios de carácter eran una constante en ambas. Estábamos en esa edad en que íbamos y veníamos por el camino de la madurez.

Impulsadas por pedaleadas vigorosas y acompañadas por un viento fresco que soplaba de lado, sorteamos pequeñas piedras, los baches en la tierra creados por la reciente lluvia, los pocos charcos que iban quedando y alguna rama caída. No estábamos yendo a ninguna parte, solo vagábamos por el puro gusto de andar por allí sin rumbo deliberado, por esos caminos arbolados interiores del parque.

Ninguna cambió palabra con la otra durante todo ese tiempo. El ejercicio me relajó en mis preocupaciones y enojos previos. También estaba mejor dispuesta con ella, y hasta comenzamos esa complicidad de miradas que siempre hemos tenido.

Luego de dejar atrás una amplia curva del camino, en apariencia interminable, Fiamma frenó con los pies su bicicleta, tras echar una rápida mirada hacia donde yo veía. Su parada sorpresiva me tomó tan desprevenida que solo pude hacer lo mismo varios metros más adelante.

Volví hasta donde estaba ella, pedaleando sin apoyarme en el asiento. Pero cuando vi a Fiamma, al ponerme con la bici al lado de la suya, no pude evitar ser mal pensada, y suponer que había fabricado adrede esta situación de nosotras dos a solas, en la profundidad del bosque.

—¿Cómo vas con Sergei? —me preguntó. En ese momento supuse que disparó el tema para evitar seguir hablando de sus cosas. Le evadí la respuesta con un gesto de hombros. No quería entrar en detalles. No con ella. Era incómodo.

—No me gusta ese ruso.

—Nunca te ha caído en gracia.

—No es solo un tema de piel. Esconde algo. Había preguntado por nosotras en Ciro's, antes de esa noche en que lo vimos. Cuándo íbamos, hasta cuándo nos quedábamos, si alguien nos hacía compañía.

Me sorprendí.

—No te entiendo.

—Uno de los mozos me lo dijo. Sergei sabía perfectamente quiénes éramos cuando se acercó a nuestra mesa esa noche. No fue una impresión a primera vista, amiga.

Me negué a seguir escuchando. Planté mi vista en el camino, como si no le llevara el apunte con la esperanza de que eso la desalentara. Pero Fiamma no desistía tan fácilmente de sus temas.

—Sé que sentís algo muy fuerte por él. Pero no estás viendo todo. Coti, las mujeres solo vemos una parte de los hombres. La que nos interesa, la que nos dejan ver, da lo mismo. Y cuando nos enamoramos, vemos solo aquello que nos gusta observar. El resto de la fotografía, de esa personalidad oculta, puede no ser muy agradable.

No, no había sacado el tema para dejar atrás el suyo. Probablemente, era todo lo contrario: me había contado sobre sus cosas para luego poder meterse en las mías.

Me eché a andar nuevamente y ella fue atrás mío. Tal como esa otra vez, luego de lo que pasó en el bar, pero montadas en bicicletas. Tal vez me habría peleado con ella, en ese momento, de no haber visto lo que vi. Habíamos llegado en nuestro periplo hasta uno de los extremos del parque lindante con una calle transitada por unos pocos autos. La figura de una mujer rubia, alta, que subía al asiento del

acompañante de uno de ellos, una media cuadra por delante de nosotras, me llamó la atención. Me resultó conocida, hasta que pude comprobar, cuando giró la cabeza que se trataba de mi madre.

—¿Qué estás mirando? —me preguntó Fiamma.

No le contesté nada. No pude llegar a hacerlo. Dentro del auto había un hombre. No pude verlo muy bien, pero vestía una especie de uniforme oscuro. El coche era cerrado con techo macizo, pero la ventana trasera era lo suficientemente amplia como para ver para mi total estupor, como sus cabezas se juntaban y ellos se besaban.

—Coti, ¿no es esa tu madre?

La lluvia podía haber cesado en Berlín, pero diluviaba en mi espíritu con la fuerza de cien huracanes. Hay cosas que descolocan tu mundo y te dejan como un trompo sin control. Haber visto a mi madre con otro hombre había tenido ese efecto en mí.

Vi alejarse el coche con incredulidad y una creciente furia.

—Volvamos —le dije secamente a Fiamma sin agregar nada más.

Hicimos el camino de regreso, desandando lo andado, en silencio y tristísima de mi parte. Mi amiga se colocó a mi lado. Me miraba más a mí que al camino con ojos muy preocupados durante todo el trayecto. Pedaleé con fuerza; buscaba llegar pronto a casa, como si eso me hiciera olvidar lo visto. Algo me dijo Fiamma, pero yo solo tenía atención para mi angustia.

Entonces lo vi. Estábamos a un par de cuadras de casa. Decididamente era un día en que las sorpresas no terminaban.

Sergei fue a nuestro encuentro desde una esquina. Como si hubiera estado esperándonos. Fiamma le puso mala cara desde el vamos. Habíamos dejado el parque y bajado de las bicis; caminamos

por la vereda edificada de nuestra calle. Apenas si me saludó antes de preguntar:

—Coti, te llevaste uno de mis libros.

Lo miré sin entender. ¿De qué libro hablaba? Todavía seguía con mi mente recordando una y otra vez, cómo mi madre entraba a ese auto y se besaba con su conductor.

—Lo necesito para un artículo. Quiero que me lo devuelvas.

Parecía inquieto, nervioso. Caminaba hacia atrás delante de nosotras que no habíamos dejado de caminar con las bicis aferradas a un lado por los manubrios.

Fiamma lo apartó de nuestro paso.

—¿No ves que no está bien?

Sergei echó a andar en dirección opuesta a la nuestra. No sin antes, volver a decir, que llamaría por el libro.

Al entrar en casa, Helga nos abrió la puerta. Luego de lo cual, me informó que un joven había estado preguntando por mí. Por las señas que dio sobre él, supe que era Sergei.

Seguía en otro mundo. Uno triste y mortificante. Fui hasta mi cuarto, y me tiré en la cama, cubriéndome con la almohada la cabeza, como cuando era niña. Lloraba.

Sentí un cuerpo que se sentaba a mi lado y procuraba consolarme. Era Fiamma.

No era el mejor momento entre nosotros para hacerle un planteo de ese tipo, pero no me quedaba más remedio. Al llegar desde la embajada, le pedí hablar a solas. Nos encerramos en el estudio e Ignacio me miró, tan serio como atento.

De mi parte, no anduve con preámbulos. Se lo dije y ya. Traté, sin completo éxito, de disimular mi vergüenza.

—Tu hija anda con un comunista.

—Supongo que un nazi se adaptaría mejor a tus preferencias.

Su respuesta me sorprendió: la noticia no pareció afectarlo demasiado. Su calma y el indisimulado reproche me enfurecieron. Fingí no entender el comentario.

—Actúa como una perdida —insistí; rogaba para que no me forzara a decir cómo era que lo sabía.

—Que salgan juntos no me parece mal.

—Por favor, Ignacio. Sos tan cándido. Se están acostando como si fueran conejos.

Él me miró con disgusto. No le agradaba que hablaran de esa forma de su hija, ni siquiera cuando fuera yo.

—Veo que estás muy informada.

—Me preocupo por nuestro buen nombre y honorabilidad.

Vi que él endurecía su expresión, antes de decirme:

—Creo que sos la menos indicada para reclamar por esos temas.

—No te entiendo, y me parece insultante lo que das a entender.

—No, Lucrecia. No estoy dando nada a entender. Te lo estoy diciendo. Y quien es insultado soy yo, por estar acostándote como coneja con un nazi.

Quedé helada. Lo sabía. ¿Cómo? No creía que lo hubiera oído cuando se me escapó, a medias, su nombre una noche.

Él vio mi cara de perplejidad. Pareció disfrutarla, antes de decirme:

—Es peligroso ser infieles para aquellos que hablan dormidos. Vos misma te delataste, querida.

Procuré desentenderme de lo que me estaba diciendo.

—Te estoy hablando de tu hija. La están usando.

—Igual pasa con vos, Lucrecia.

—No podes permitir que la engañen de esa forma.

—Hay tantas cosas que me encantaría no permitir.

—No tenés que mostrarte sarcástico conmigo. Puedo... aclarar todo.

—No te he pedido ninguna explicación. Lo entiendo perfectamente. A decir verdad, no has sido demasiado original. Solo has hecho lo que muchas antes.

—Veo que ya estoy ya juzgada sin que pueda decir nada al respecto.

—Si no me equivoco, tampoco vos me diste ninguna posibilidad de opinar nada, antes de empezar tu affaire.

Estuve a punto de perder los estribos. No estaba acostumbrada a que me enfrentara de esa forma con mis propias debilidades.

—Sos un maldito a veces conmigo —le espeté—. Como ahora.

—Considerando las alternativas, creo que estoy siendo bastante razonable.

No entendía adónde iba con lo dicho. Lo miré, como lo hacía cuando tenía que negociar algo. Había iniciado la conversación por un problema y ahora me enfrentaba a otro.

—¿Qué pedís a cambio?

Él pareció no entender.

—¿A cambio de qué?

—Supongo que buscas algún tipo de compensación. De otra forma, me habrías hecho un escándalo.

—No quiero nada. Y, si te preocupa el qué dirán, podés estar tranquila. No pienso hacer nada que te lapide en público.

—Te lo agradezco.

—Tampoco agradezcas nada. No voy a enlodar a la madre de mis seis hijos.

—¿Simplemente es eso? ¿Solamente por nuestros hijos?

Él se mostró sorprendido como si le preguntara una molesta obviedad.

—¿Por qué más? Es lo único que queda de nosotros.

Algo estaba sucediendo fuera de lo normal y no tenía la menor noticia acerca de qué podía ser.

Mamá había hecho una cita para ambas en el *Friseursalon*. Pensé en negarme para no cruzarme con Hans. Pero habría suscitado su curiosidad y habría debido darle explicaciones que me avergonzarían. Además, necesitaba de una visita allí para mantener oscuro mi color de cabello.

Seguía sin entender a los hombres. Mucho de lo sucedido con Sergei era por ese tonto rechazo de Hans a que pudiéramos conocernos más. Supongo que busqué cubrir un rechazo con una conquista. O me deslumbró el hecho de que un hombre se interesara en mí, de una buena vez, como mujer. Algunas veces, me descubría pensando que me habría gustado tener eso mismo... con Hans.

Recordé, de camino al *Friseursalon*, una frase de mi abuela Aurelia, tan respetada por mi padre y detestada por mi madre: “Solo se vive enfrentando los problemas que la vida nos depara”. Sí, señor. Hans todavía me provocaba cosas y debía hacer frente a ese hecho, aunque no tuviera la mejor idea de cómo.

Me sorprendió que mamá me incluyera en sus planes, también lo hizo el que despidiera a nuestro chofer cuando llegamos al salón. Toda la vida lo había hecho esperar, por varias horas normalmente, hasta que ella terminara con sus cosas. Pero en mi estado de sentimientos cruzados y ansiedad por lo que fuera a depararme el reencuentro, confieso que presté poca atención a eso.

No hablamos en el viaje de ida y, una vez dentro, cada cual fue atendida como si hubiéramos llegado por separado. No quise aceptar ir con ella, al lugar particular en que la atendían. Ella tampoco insistió en su ofrecimiento.

Mis lágrimas se habían secado, pero la tristeza en mi espíritu seguía allí. Estaba sólidamente instalada, dominando cada cosa que llevara a cabo. Una súbita melancolía se había posesionado en mí.

Nunca había tenido una relación cercana a mi madre, menos en los últimos tiempos, pero lo visto en ese auto, sacó mi mundo de eje. No solo era que traicionara a mi padre, sino la constatación de que las cosas en la familia no eran como parecían y de que, en realidad, no conocía a las personas más cercanas a mí.

Ella mantenía su habitual introspección, sin poder, de mi parte, ser capaz de hablarle sobre nada de lo ocurrido. En la recepción del salón, como antes en el auto, había sido igual. Por más que estuviéramos una al lado de la otra físicamente, había demasiada distancia sentimental entre nosotras. Incomodidad, vergüenza, orgullo, desconfianza. Esas eran las palabras que nos separaban. Yo las experimentaba y, por lo que podía ver, ella también, por más que se esforzara por disimularlas.

Ella partió a su sitio de atención y yo al mío, en el gran salón general, donde para mi sorpresa, no encontré a Hans, confidente y mentor de mis ansias respecto del cabello. Solo eso era, y nada más, para mi pesar.

Pregunté por él a la mujer que me atendió en su lugar sin sacar nada en claro. Solo se encogió de hombros, antes de decirme que no trabajaba más allí. Por la expresión que puso, en tanto oscurecía con un pequeño pincel las nacientes de mi cabello, y que capté a través del espejo que tenía enfrente, pude saber que no le interesaba hablar mucho del tema.

Fue mientras estaba sentada en la hilera de secadores, en tanto la peluquera ajustaba la intensidad del calor que me esperaba, antes de que bajase esa especie de casco de brillante metal sobre mi cabeza, que capté sin proponérmelo, una conversación entre dos mujeres

sentadas a mi izquierda, y que tenían sendas ajustadas redecillas negras sobre sus cabellos. Cuchicheaban por lo bajo, pero creí escuchar el nombre de Hans, y afiné mi oído.

—Parecía tan buena persona. Lo han detenido por sus ideas en contra del Reich —dijo una de ellas.

—Quien diría. Una lástima, aquí era muy bueno en sus tareas.

No salía de mi asombro. Entonces el secador cubrió mi cabeza, y el ruido de su motor ahogó toda posibilidad de seguir escuchando su charla. Un monótono zumbido y un calor fortísimo me envolvieron. No pude ni abrir la revista *Vogue* que tenía entre manos. Primero, pensé con incredulidad: ¿qué clase de gobierno podía poner en prisión a un peluquero? Luego recordé una frase suya, en mi anterior visita, cuando renegué de mi rubio germánico: “Es peligroso pensar distinto”, me había dicho, o algo así. Entonces, empecé a temer de verdad por su suerte y a rogar que se tratara de otro Hans. A pesar de su rechazo, le guardaba algún sentimiento que no terminaba de entender. Pero solo ese día, supe cuánto afecto le profesaba.

Todo mi enojo hacia Hans se evaporó de repente. Entendí que no exageraba cuando me dijo que no era conveniente tener una relación, aun de amistad, conmigo. “No me estaba rechazando”, pensé, “solo buscaba protegerme”. Lo adoré por eso. Para mi regocijo, yo no le era indiferente. Pero pronto reparé en su situación actual y me entristecí como pocas veces antes en la vida.

Cuando terminó de volver a la total oscuridad el tono de mi cabello, frente al espejo, la reemplazante de Hans me preguntó si estaba satisfecha mientras me ayudaba a sacarme las mangas de la bata blanca que había tenido puesta mientras me teñía; solo pude ver una cara triste y preocupada en el espejo: la mía. Le agradecí mecánicamente y fui hasta la recepción, en donde mi madre me esperaba.

Ella musitó algo como que me quedaba bien. Trataba de ser amable conmigo, supongo. Solo asentí en un gesto imperceptible. Tenía todavía encima la sorpresa por lo de Hans.

Pagó y salimos a la calle, donde tomamos un taxi. Seguía perdida en mis pensamientos sin advertir hasta mucho después que estábamos haciendo un distinto camino que a casa. El viaje concluyó, finalmente, en una zona cercana al distrito gubernamental, no lejos de Potsdamer Platz.

Caminamos por la Wilhelmstrasse, pasando el antiguo Palacio Prinz Albrecht. Tras sus jardines arbolados, se erigía un edificio señorial de tres plantas con grandes ventanales rectangulares. Coronaba su techo, en la terraza, un gran barandal clásico con macetones situados a intervalos regulares. Una gran bandera con la esvástica sobre su entrada principal indicaba su nuevo uso. El partido nazi había instalado allí el *Sicherheitsdienst*, el servicio de seguridad e inteligencia del movimiento, destinado a detectar, investigar y neutralizar posibles enemigos de sus líderes. Fiamma me había contado las peores cosas sobre lo que se hacía en tal sitio.

Al llegar a Prinz-Albrecht-Strasse6, doblamos hacia la izquierda. Pasamos entonces el Hotel Prinz Albrecht, donde ahora se situaban las oficinas de los líderes de las SS para detenernos en la gran puerta del edificio contiguo, flanqueada por dos macizas columnas lisas sobre las que se asentaba un inmenso frontón con bajorrelieves, en la Prinz-Albrecht-Strasse 8. Se trataba de una inmensa mole de estilo ecléctico, de cuatro plantas, en cuya fachada destacaban pilastras con capiteles muy sencillos y que concluida hacia arriba en un importante techado a la mansarda de un solo plano inclinado, poblado de grandes ventanas.

No pude evitar un escozor, al darme cuenta adónde estábamos entrando. Se trataba de la antigua Escuela de Artes Industriales y Artesanos, que ahora ocupaba la sede del más nuevo de los

organismos de seguridad del régimen. Mi madre me tomó por el brazo, más para sujetarme que por afecto. De esa forma entramos juntas al cuartel general de la *Geheime Staatspolizei* o Policía Secreta del Estado, más conocida por todos como Gestapo.

CAPÍTULO 30

Una charla incómoda

El que busca la verdad corre el riesgo de encontrarla.

Manuel Vicent

Miré irritada a mi madre. Ella desvió su vista, incómoda. Eso terminó por confirmarme, por si alguna evidencia faltase, que ella sabía desde el principio lo que yo acababa de entender: me entregaba a la Gestapo, prácticamente con un moño en la cabeza. Dios sabe lo que papá iba a hacerle cuando se enterase. E incluso así, lo había llevado a cabo de todas formas.

Supuse que la salida juntas al salón de belleza, el despedir a nuestro chofer y hasta sus palabras amables sobre el remozado color de mi cabello, todo había sido parte de la misma estrategia para terminar llevándome hasta allí. Mi madre era una mujer de la que nunca terminaba de desilusionarme. Tampoco de poder detener mi animosidad a ella.

Precedidas por un hombre de uniforme negro y botas altas con el brazalete rojo con la esvástica en el brazo izquierdo, atravesamos los anchos pasillos de techos abovedados, ornamentados con relieves en estilo de origen rococó, de los que colgaban a intervalos exactos, una gran esfera luminosa. Las paredes tenían largos ventanales divididos en pequeños rectángulos y daban a un patio interior. Cada tanto, sobresalía de los muros una columna que terminaba en forma de arco

sobre el techo; en otras partes, pasábamos delante de un busto de Hitler o de una bandera nazi desplegada en la pared. La poca gente que se cruzaba en nuestro camino, ya en las entrañas del edificio, vestía de civil; no vi ninguna mujer, todos eran hombres jóvenes con trajes impecables, perfectamente peinados con fijador y con sus zapatos igualmente lustrosos.

—Le dije a tu padre que arreglara este problema y no hizo nada. He tenido que buscarle yo misma una salida al asunto.

A medio camino entre la ira y el desprecio, entendí el porqué de sus palabras. Nada le echaba en cara a papá en realidad, solo era una simple necesidad de justificación propia. Como cuando había insinuado que debía teñirme como ella de rubio ario el cabello, o con su charla mientras fumábamos, en el patio de la residencia, ese 9 de Julio. Ella nunca cejaba, de un tiempo a esta parte, respecto de sus propios actos, de pretender justificar lo injustificable.

Llegamos al fin hasta una puerta inmensa al término de un larguísimo corredor. Había a su lado otra de menores dimensiones, que daba a una sala de espera. El hombre de negro nos indicó que permaneciéramos allí dentro hasta que se nos llamase.

Me negaba a mirarla o dirigirle palabra. Ella sintió ese rechazo.

—No soy un monstruo, sino tu madre. Y actúo como tal.

Otra vez, solamente mi silencio siguió a sus palabras.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. El hombre uniformado pronto volvió para indicarnos que podíamos pasar. La gran puerta estaba abierta ahora, y por ella entramos a un enorme despacho, bien amueblado y cuyo piso estaba cubierto por una lujosa y amplia alfombra. Se hallaba iluminado con luz artificial, proveniente de grandes esferas de vidrio refulgentes situadas en el cielorraso. Las

ventanas, tanto las que daban al exterior como a un patio interior, estaban forradas con una tela metálica. Posiblemente, algún tipo de alarma, quizás de esas nuevas células fotoeléctricas.

Dentro del amplio recinto, había algunos cuadros en las paredes revestidas en madera, pero la mayoría de los lugares estaban ocupados por grandes paneles, que, cubiertos por un lienzo blanco, impedían ver qué había debajo. Cerca de ellos, había una mesa con ruedas, cubierta de teléfonos y micrófonos.

En el fondo había un gran escritorio y sillas de elegante respaldo. Sobre la pared, un inmenso cuadro de cuerpo entero de Hitler con su uniforme marrón de, por lo menos, dos metros de altura.

La persona que estaba allí sentada se levantó para ir a nuestro encuentro y saludarnos. Era alto, dueño de una figura atlética que su uniforme negro de las SS no llegaba a disimular. Llevaba su cabello castaño peinado con raya a la izquierda. En su rostro destacaba una expresión inquisitiva, quizá por sus ojos grises. Pero, cuando sonrió, pude ver que era perfectamente capaz de tener una expresión afable si se lo proponía.

No tardé en reconocer de quién se trataba. Lo había visto antes, no una sino dos veces: la primera cuando estuve con la tía Julia en la policía; la otra, junto a mi madre, dentro de un auto, en el Tiergarten.

—Estaré afuera por si me necesitan —le dijo mi madre con toda familiaridad al oficial de uniforme.

—Por supuesto, *Liebchen*.

Salió sin decir más. Cerró la inmensa puerta tras de sí. Pese a mi enojo con su partida me asaltó un sentimiento de desprotección.

Quedé sola con ese hombre, que amablemente me indicaba que me sentase en una de las sillas de respaldo delante de su escritorio de caoba. Hasta apartó una, y la arrimó mientras lo hacía. Luego de ello, fue a sentarse al otro lado del escritorio, en el sillón cuyo respaldo remataba en un águila de brazos extendidos con una esvástica en sus garras. Justo de donde se había levantado cuando ambas entramos en el despacho.

El trato que le había dispensado a mi madre también despertó mi inquietud. Salvo por la última palabra, había hablado en castellano. *Liebchen* significaba “querida”. Una referencia demasiado familiar como para no hacerme caer en los peores pensamientos.

Tenía ojos grises escrutadores, implacables. Pero quiso suavizar su expresión sonriendo un tanto. Siguió hablándome en castellano. Hasta castellanizó su grado en las SS.

—Si no me recuerda, soy el coronel Hermann von Meltka. Es un placer volver a encontrarla, *Fräulein*. Su madre me ha dicho mucho sobre usted.

No lo dudaba. Me mordí la lengua para no preguntarle, ácidamente, si esas conversaciones tenían lugar dentro de autos o en otros sitios.

—Soy parte de la legación argentina —le dije con mi voz más resuelta—, con inmunidad diplomática. No puede retenerme ni interrogarme de esta forma.

Él se sonrió aún más.

—Tiene toda la razón. Ni puedo, ni lo estoy haciendo. ¿Le di en algún momento esa impresión, *Fräulein*? Le pido disculpas entonces. Es una simple charla para conocernos un poco más. Hasta donde yo

sé, usted ha venido hasta aquí por su propia voluntad, en compañía de su madre.

—Entonces, supongo que puedo irme.

—Por supuesto. Pero me gustaría mostrarle algo que sé que será de su interés.

Me levanté de mi silla con toda la intención de irme en ese mismo momento de ese despacho.

—No creo que pueda tener nada que me interese.

—Solo tratamos de mantener al Reich libre de elementos perniciosos, así como también de creencias peligrosas, *Fräulein*.

—Yo soy católica. ¿Acaso catalogo dentro de su definición de pernicioso? ¿También eso es de su competencia?

Procuré ser hiriente. A pesar de que casi nada en los últimos actos de mi vida estaba de acuerdo con los predicados del catolicismo.

—No en realidad. De los católicos se ocupan al otro lado del corredor, en la sección 4B1. En esta parte nos entendemos con los espías marxistas, *Fräulein*.

—Yo no soy marxista, ni espía.

—Pero tiene una relación con uno de ellos.

Sacó entonces unas fotos del cajón central de su escritorio y las puso delante de mí. Eran tres fotos que mostraban a Sergei con un uniforme. En una de ellas, miraba al frente con expresión seria, del tipo que se sacan para los documentos de identidad. En otra, estaba

dentro de un grupo con otros tres igualmente uniformados. En la última, recibía un apretón de manos de otro uniformado, sumamente sonriente: lucía en el pecho una condecoración en forma de estrella.

Me volví a sentar, sorprendida. Observé de nuevo con mayor detalle las fotografías. Eran relativamente recientes. Sí, era él, fuera de toda duda.

—No sé qué le ha dicho su amigo ruso, pero su nombre es Iván Petróvich Orlov. Tiene el grado de capitán en la MKVD soviética y es uno de sus agentes de campo aquí en Alemania.

No supe que responder a eso.

—Creemos que el servicio de inteligencia soviético lo envió para infiltrarse en su embajada y estar al tanto de la relación de su país con el nuestro.

Recordé entonces el constante interés de Sergei respecto de todo lo que se hacía en casa o en la embajada. Y yo se lo contaba encantada de concitar su atención a tales relatos. Estúpida de mí.

—Tiene que haber un error —dije, al fin, luego de varios intentos malogrados, de articular alguna frase.

—Lamentablemente, no, *Fräulein*. Se aprovechó de usted; la usó para sus propósitos.

Esperaba que no fuera de esa forma, que hubiera otro tipo de explicación a todo el asunto, pero no ponía demasiada esperanza en ello. ¿Cuánto sabrían sobre mi relación con Sergei? Me avergonzaba de solo pensar en las opciones.

—En todo caso, eso es asunto mío.

—Se trata un asunto concerniente a la seguridad del Reich. Lo que me lleva al motivo de nuestra conversación. Su madre habla de un libro que este individuo le ha pedido reiteradamente.

¿Qué no les había dicho mi madre? No tenía fuerzas, ni voluntad para discutir sobre el tema.

—Sí, todavía lo tengo. Quédese con él. O se lo traigo si es que ya no lo ha visto.

El oficial de la Gestapo ignora mi último comentario.

—Queremos que se lo devuelva. Apresarlo con el libro en su poder es la prueba de que es un espía.

Al parecer, conocía ese libro e incluso lo que había oculto dentro y lo tornaba valioso; lo conocía mejor que yo misma, que no lo había ni abierto todavía.

—¿Desde cuándo necesita pruebas para detener a alguien?

—Su amigo es ruso, no alemán. Y trabaja para el gobierno ruso, aunque sin cobertura diplomática. Su detención provocará repercusiones. Debemos asegurarnos de que las cosas se hagan de modo impecable.

—Ese no es mi problema.

—A cambio de su cooperación, dejaríamos a un lado los aspectos referidos a la relación que mantuvo con usted...

—¿Relación? Me enamoré como una estúpida de un canalla y un farsante. Pero sé muy bien que no he hecho nada malo que usted pueda usar en contra mío o de mi padre. Porque es allí donde vamos, ¿no?

Me sorprendía a mí misma de las cosas que acababa de decirle. Mi pena y la frustración me llevaban a ello. En el fondo esperaba que Sergei Anatolyevich, Iván Petróvich o como fuera que en realidad se llamase, aun con todo lo que me había mentido, no hubiera sido falaz en cuanto a sus sentimientos para conmigo.

En todo caso, emboscarlo de ese modo, no me parecía algo correcto, aunque él me hubiera mentido y utilizado en la forma que el amiguito de mi madre procuraba hacerme creer.

No, no lo haría. Lo tenía decidido con toda firmeza. Pero no conté con que en su ignominioso oficio, Von Meltka sabía sobre las debilidades de los humanos y cómo explotarlas en su beneficio. Eso fue precisamente lo que hizo conmigo. Supongo que mi estado en ese momento con los sentimientos heridos a flor de piel, le facilitó bastante las cosas.

Sacó entonces del mismo cajón central de su escritorio una serie de papeles. Me los alcanzó con expresión grave. Parecían documentos oficiales. Uno era ruso. Los otros dos, sus traducciones al alemán y castellano.

—Su amado Sergei no solo la engañó sobre lo que es. También está casado. Tiene, además, dos hijos.

El mundo vibró bajo mis pies cuando escuché la noticia. No podía ser, me negaba a aceptarlo. Lo negué mil veces hasta que tuve, entre lágrimas, que rendirme ante lo inevitable. Me había engañado. Había sencillamente jugado conmigo. Mi amor, no era mi amor, sino un traidor de todo cuanto me había dicho y hecho. Basura. Maldito. Lo habría matado, de poder hacerlo, de tenerlo ante mí en ese momento. No fui nada más para él que una pieza de su engaño.

Todo en él para conmigo, a fin de cuentas, no había sido más que una suerte de cálculo perverso. Algo por entero planeado y maquiavélicamente ejecutado. Se había tomado su tiempo para llevarme exactamente al lugar en que me encontraba: dispuesta a responder cualquiera de sus preguntas. Lo había hecho con una perversión en el cortejo típicamente rusa. Gestos románticos, palabras bonitas, lugares vistosos, comidas sabrosas y hasta acostarse conmigo. Todos los momentos pasados con él, los veía ahora bajo un cristal muy distinto.

Maldito.

Sé que estás herida conmigo, hija. No espero que me entiendas, nunca lo has hecho.

A veces la implacabilidad es la mejor muestra de mi afecto. Este es uno de esos casos. Debí hacer lo que hice. No habrías entendido razones de ningún otro modo. Ese farsante no te convenía. Es algo que resulta más que obvio a la luz de lo que en realidad era.

Comprendo tu silencio, al volver a casa. Veo en tu rostro esa desilusión, tan característica en nosotras las mujeres, cuando nos defraudan en los sentimientos.

No han sabido quererte. Sé lo que es. Aprendí con mi padre, tuve con él sobradas muestras al respecto.

Hoy has aprendido una valiosa lección, quieras agradecerlo o no. Has visto lo que en realidad son los hombres: te mienten, te usan y luego te descartan. En el fondo todos son iguales. Solo podemos confiar en nosotras mismas.

—Ni una palabra a tu padre de todo esto —le advierto. Sé por tu expresión, que no te gusta nada que lo diga.

Por qué debo callar, me preguntan tus ojos. Pero, afortunadamente, tus labios siguen inmóviles.

Es lo mejor. Así no tengo que contestarte que no es por mí, sino por él. O decir algo respecto de toda la pena que la noticia le ocasionaría. Muchas veces, ser feliz es ignorar. Esta es una de ellas.

Tu padre, Constanza, ya tiene suficiente con mis renunciados, como para también tener que lidiar con los tuyos. Lo pienso, pero no te lo digo. Veo en tus ojos que entendés. Sé que no vas a comentar nada con él sobre lo ocurrido. No por él, ni para ahorrarle pesares, aunque probablemente quieras mentirte y creer eso. Es por tu vergüenza. Sos como yo, incapaz de admitir una herida en el orgullo.

Somos iguales, en eso y muchas otras cosas, hija, mal que te pese.

CAPÍTULO 31

Frente a frente

El espionaje casi siempre implica traicionar la confianza de alguien.

Aldrich Ames

La estación del metro junto al jardín zoológico de Berlín, la Zoologischer Garten, popularmente conocida como Berlin Zoo, a un paso de la Hardenbergplatz, fue dónde nos encontramos finalmente.

—Te ves bien —me dijo. Mentía. Solo era una frase de circunstancia. Tal como había sido todo lo nuestro para decirlo con todas las letras. Algunas verdades no pueden ser más dolorosas.

Quiso besarme en los labios, pero solo encontró mi mejilla. Moví mi rostro con rapidez para evitar su gesto mendaz. Eso lo sorprendió un poco, aunque no lo demasiado, como para preguntarme si le había traído el libro.

No le contesté y empecé a caminar en dirección al zoológico. Él se puso a mi par. Entramos por la peculiar Puerta de los Leones y comenzamos a recorrer los diferentes recintos en que se alojaban a los animales, diseñados a semejanza de su hábitat natural. Intentó hacer un par de chistes respecto de los monos, cuando pasamos frente a la gran jaula cerrada, de negros barrotes, que los albergaba.

También, al atravesar por el costado de la inmensa planicie amurada donde pastaba perezosamente un rinoceronte. En ambos casos, sus ocurrencias se estrellaron en la seriedad de mi rostro.

—¿Pasa algo malo? —preguntó al fin.

Solo seguí caminando sin contestarle, sin siquiera volverme a mirarlo. Él parecía sorprendido. Más adelante, había un lugar abierto, en donde confluían los senderos que conducían a los distintos sectores con un bar y mesas al aire libre. Era el lugar que había estado buscando con ojos nerviosos. Me senté en una de ellas y él me imitó.

Lo miré entonces, por primera vez desde que entramos, procurando estar tranquila. Busqué, sin mucho éxito, disimular la furia, el despecho, la ansiedad y la desilusión que cargaba por dentro.

—¿Vas a decirme por qué estás molesta? Aunque esa expresión enfadada te sienta, *wunderliches Fräulein*. Te da cierto aire de esplendor.

Me sonreía. Persistía en sus intentos de parecer simpático. Tampoco lo logró esta vez. No lo conseguiría nunca, luego de saber yo quién era él realmente.

—Lo sé todo, Sergei —le dije tratando de ser parca en las palabras sin sacarle los ojos de encima.

Me conmocionaba por dentro al tener que hablarle, pero me había jurado a mí misma que no me vería llorar por su culpa. No le daría ese gusto. Soportaría lo que fuera, dentro mío para no demostrarle cuánto había sufrido por él.

Apreté el bolso que colgaba por su correa de mi hombro, hasta comprobar al tacto, por el volumen, que el libro de Lenin seguía allí. Él, al llamar para encontrarse conmigo, me había pedido específicamente que se lo llevara.

Me sostuvo la mirada, al parecer sin saber muy bien qué decir. De todas formas, se lo veía contrariado antes que afligido.

—No entiendo.

—Por supuesto que sí. No soy la única, Sergei.

Trataba de sacarle de mentira a verdad. No podía decirle lo que sabía sin entrar en detalles que no quería mencionar. No me afectaba para nada ocultarle cosas. Él tampoco había sido sincero conmigo.

Lo negó al principio para luego darlo por tácitamente aceptado en sus silencios. Me pregunté si habría otras, además de su esposa. Tonta de mí, por supuesto que las había. Yo era una de ellas. Pude ver en sus ojos, que no era la única incauta. Tal comprobación, no me ayudó en lo absoluto con la pena que me embargaba.

—Soy un tonto sentimental —dijo al fin.

Es curioso como las cosas cambian súbitamente en la vida. Hasta hace contados días, ese comentario me habría enamorado aún más de lo que lo estaba de él. Ahora, solo acrecentaba mi ira. Mal podía hablar de sentimientos quien no los había tenido, pese a todas las apariencias, conmigo.

En un punto, dejó de insistir para convencerme de su sinceridad e inocencia. Creí saber por qué. Había arrojado la toalla al convencerse que mi animosidad era tal que ya no podría obtener nada de mí.

Me miró, serio. Y me pidió que le diera el libro. Yo solo le pregunté con rabia:

—¿Qué se supone que fue lo nuestro? ¿Un vulgar engaño?

Aun como estaba, aun al sentir lo que sentía por él, quería realmente darle el beneficio de la duda. Ansiaba poder creer que todo había sido algo más que una mentira.

—Fue agradable —dijo al fin. Lo odié de inmediato por esas palabras.

—¿Agradable?

—Sí, y es mejor dejarlo así. Por consideración a los buenos momentos que pasamos juntos.

—Muy romántico lo tuyo —le eché en la cara la frase con rencor.

—Son tiempos difíciles, querida. Hacemos lo que resulta necesario. Muchas veces no existe sitio para el amor; es algo que sale sobrando.

—¿Necesario para qué?

—Para sobrevivir en este mundo hostil. Tendrías que recordar que vengo de un país que no es más que una revolución amenazada.

—Me importa nada tu revolución.

Había levantado el tono, y eso me había colocado al borde de la histeria. Debía controlarme o iba a quedar mucho más estúpida de lo que ya me había mostrado con él.

—Y a mí, Constanza, me importa nada lo que pienses de mí. Dame de una vez el libro y terminemos con esto.

Lo dijo molesto. Quería librarse de mí de una buena vez por todas, supongo. Era claro que ni habría aceptado volver a verme si no fuera por el dichoso libro.

Pero no iba a darle el gusto tan fácil. No sin asegurarme hasta dónde podía llegar, hasta qué punto me había engañado. Decididamente, una parte mía estaba más que dispuesta a sufrir, a infligirse pesares ese día.

—¿Y si no quiero, qué?

Noté cómo su rostro se enfurecía. Su expresión se volvió menos amable. Despiadada, diría. Se trató de un cambio tan repentino que, aun en mi estado de sentimientos cruzados, no dejé de percibir.

—Esto no es un juego, así que no lo tomes por tal. Podemos hacerte mucho daño si no me das el libro ahora mismo. O, tal vez, dañar a alguien de tu familia.

No tenía sentido alargar las cosas, pensé. Debía rendirme a lo evidente: me había usado para llegar a mi padre.

Dejé el libro sobre la mesa. Él lo tomó sin demora y comenzó a hojearlo. Pasó una a una sus páginas para luego cerrarlo con aire de satisfacción.

Pero yo ya no estaba a su lado. Me había levantado, había caminando por donde vinimos hacia la salida. Él no me detuvo.

Me había jurado también que no volvería la vista a ver qué le pasara. Pero el sentimiento de venganza pudo más en mí y, al mirar sobre mi hombro, vi cómo esos dos hombres con sombrero y traje igualmente oscuro lo sacaban de su silla tomándolo cada cual por un hombro, forzándolo a ir con ellos. Aun tenía el bendito libro entre manos, cuando lo obligaron a ponerse de pie. Volteó a verme con expresión desconsolada. Por mi parte, volví la vista hacia adelante mientras experimentaba un desconocido tipo de satisfacción, no exento de cierta dosis de revancha.

Von Meltka me esperaba al trasponer la salida. Estaba parado en el final de la vereda, unos metros más allá de la puerta del zoológico, al lado de un Mercedes negro con la puerta trasera de ese lado abierta. Vestía un traje gris que se adivinaba había sido hecho a medida.

—¿Puedo llevarla a alguna parte?

No quería nada de él.

—Prefiero caminar. Hice mi parte, espero que haya cumplido con lo que me prometió.

Él asintió.

—Por supuesto. Hans Krauth fue liberado esta mañana del campo de Dachau. Ya no está bajo detención preventiva, y es libre de ir y venir por donde le plazca.

—¿Y qué prevenían con su arresto? —le pregunté con tono mordaz.

—Había tenido ciertas expresiones impropias acerca del partido.

“Preso por pensar distinto”, me repetí mentalmente.

—Me tomé la molestia de ordenar que lo llevaran en auto a su casa. Como ve, pese a lo que piense sobre nosotros, no somos unos salvajes.

Evité pronunciar palabra respecto de lo que consideraba que eran, pero supongo que mi cara lo dijo todo.

Iba dar por terminada la charla sin siquiera saludarlo, pero él me atajó con sus palabras:

—Como sea, incluso habiendo pedido a cambio por la libertad de ese hombre, ha prestado un gran servicio al Reich.

Intentaba parecer amable cuando no lo era en lo absoluto. Como Sergei o como fuera su nombre que antes había pasado por ser mi enamorado. Malditos espías. Eran todos iguales. La mentira es la materia prima de sus actos.

—No he servido a nadie salvo a mí misma. Lo hice por mis propias razones.

—Como sea, *Fräulein*. Tenemos una exitosa asociación.

—Teníamos —lo corregí mientras lo pasaba por el lado para seguir mi camino—. Recuerdo lo que acordamos, y yo ya he cumplido con mi parte. Terminamos.

Pude dar un par de pasos antes de escuchar su voz a mis espaldas. Aun sin haberlo observado, podía jurar que las dijo con una sonrisa perversa.

—Se equivoca, recién estamos empezando.

Volví a casa esa tarde luego de almorzar en el Kaiserhof con Margarete Weber, la esposa del arquitecto preferido de Hitler, Albert Speer. Ni ese hotel grandioso ni su soberbia cocina, que había sido el hogar de Hitler hasta su ascenso a canciller, pudo despejarme de las molestias que experimentaba por aquellos días: una pertinaz jaqueca que iba y venía, sumada a un descomunal cansancio.

Por eso, terminé lo antes posible el encuentro y volví a la residencia con la idea de recostarme un buen rato. Me encontré, entonces, con la noticia de que Ignacio se hallaba en nuestro cuarto con una de sus maletas, poblada de chalecos, zapatos y camisas. La tenía abierta sobre nuestra cama cuando entré. Nada me había dicho sobre un viaje.

Si no estuviéramos en un momento tan particular de nuestra relación le habría reñido. No son tareas para que un embajador lleve a cabo. Para eso tenemos un mayordomo: para que se ocupe de tales cuestiones. Alguna vez se lo había dicho. Él me respondió entonces: “No creo que sea ninguna vergüenza, Lucrecia, que una persona se haga ella misma sus maletas”.

Pero no lo hice. No quería entrar en polémicas con él y, además, no me sentía nada bien.

—¿Te vas a alguna parte? —le pregunté, inquieta. Supongo que estaba sorprendida por su conducta. Nunca antes se había movido de esa forma, tan autónoma, sin decirme nada.

—A Londres. Necesito renovar mis trajes y deben tomarme las medidas.

Él nunca le ha prestado mucha atención a eso. Es extraño que lo haga ahora. Nunca he entendido esa preferencia suya por vestirse allí, a la moda británica. En Berlín los sastres son iguales o mejores que en esa dichosa isla.

—¿Estarás mucho tiempo en Inglaterra?

—Supongo que una semana a lo sumo. Constanza irá conmigo. Quiero que cambie un poco de aires, que vaya al teatro, o salga con sus hermanos, que hace tanto que no ve. Está hecha una ermitaña últimamente.

Al parecer, ese viaje que aún no había comenzado, no terminaba de darme sorpresas. Constanza era también de la partida sin tampoco haberme dicho nada al respecto. Procuré disimular mi molestia. Esa niña, no paraba de suscitar cuestiones entre Ignacio y yo. El tiempo pasado, desde que la hice entrar en razón con la ayuda

de Hermann, ha estado muy sombría. Apenas si hemos cruzado palabra. Estoy descubriendo que mi hija puede ser tan distante e inexpresiva como yo.

—Creo que terminó con ese ruso, por fortuna. Tal vez se deba a eso.

Él no contestó nada. Dejó por un momento de acomodar sus cosas para verme con ojos inquisitivos.

No dijo nada, ni tuvo por qué hacerlo. Comprendí perfectamente lo que traía aparejada esa mirada.

Ignacio sabía del asunto, pude advertirlo. No me diría nada y yo tampoco haría comentario alguno. El quiebre de los últimos lazos de confianza entre nosotros determinaba que los silencios reemplazaran a las palabras.

CAPÍTULO 32

Susurros en Savile Row

*Las palabras precisas no son necesariamente elegantes.
Las palabras bonitas no siempre son dignas de confianza.*

Lao Tsé

Papá nos acompañó hasta Harrods en Brompton Road para luego seguir con el taxi a su sastre en Savile Row. Era la primera vez que entraba en esa tienda, pero lo sentí un ambiente familiar casi de inmediato. La disposición de las cosas, los arreglos de los distintos sectores y pisos de ese gran comercio eran prácticamente iguales a la que existía en Buenos Aires.

Todo eso me resultaba un cambio bienvenido si consideraba el sitio cada vez más extraño en que se había convertido mi propia existencia en Alemania.

Nuestra estancia en Londres no se trataba, esta vez, de un viaje oficial, ni de negocios, ni por placer. Simplemente, papá, al igual que yo, escapaba del angustioso ambiente que se había posesionado de nuestra residencia en Berlín.

Como era usual entre nosotros, todos disimulábamos hasta la negación lo que pasaba. Nadie cruzaba palabra al respecto. De hecho, papá y mamá apenas si se hablaban para las cosas más formales e inevitables. Yo casi no cambiaba palabra con mi madre. Después de su

encerrona para conmigo con el asunto del miserable de Sergei, la relación entre nosotras había llegado a un punto de no retorno. Nunca antes había sido demasiado franca, abierta o afectuosa. Pero, cuanto menos, aun con nuestras rispideces, podíamos mantener algún tipo de vínculo. Ahora, ni siquiera esa relación de velada rivalidad existía entre nosotras. Solo la mutua indiferencia era todo cuanto existía en los pocos momentos que coincidíamos en algún lugar de la casa.

Por eso, cuando papá habló de ir a Londres toda una semana para una visita a su sastrería de siempre, me apresuré a pedirle que me llevara. No sé en qué momento Fiamma se nos unió. Mi madre, al principio molesta por no ser preguntada si quería venir, volvió enseguida a su habitual indiferencia. Supongo que debe haber suspirado con alivio cuando nos fuimos. Podría hacer a sus anchas en la casa, y no tendría que generar excusa alguna para verse con su amigo alemán.

Por eso, nadie dijo palabra acerca que en dicho negocio, uno de los mejores del ramo no solo en Londres, sino en buena parte del mundo, los talles de los clientes se guardaban, por lo que papá no tenía necesidad de ir allí para medirse nuevamente.

Aun como estaban mis sentimientos respecto de ella, no pude evitar asombrarme de la frialdad y deseo de conservar las formas de mi madre. Despidió a mi padre con un casto beso en la mejilla y luego quiso hacer igual conmigo. Papá conservó las apariencias; yo no. Saqué la cara para privarla de llevar a cabo su intención. Lo único que sentía por ella, a esa altura, era animadversión.

Procuré alejar todo eso de mi mente y disfrutar de ese paraíso de las compras en el que podía hallarse todo lo imaginable. Fuimos de un lado a otro, recorriendo los distintos pisos, como niños en una dulcería.

Estábamos viendo abrigos, en la sección de vestuario para mujeres, cuando Fiamma tocó mi hombro.

—Allí está tu apuesto oficial naval.

Fruncí el ceño levemente incómoda. Desde que lo conocí al venir a casa, ella cada tanto introducía su nombre en nuestras charlas. Al contrario que con Sergei, Dieter Lüth contaba con la plena aprobación de mi amiga para avanzar sobre mí o lo que tuviera en mente hacerme. Y ella no cejaba en sus esfuerzos, persistente como era su hábito, de mostrarme esa opinión suya.

Por eso, al principio, pensé que me estaba tomando el pelo, que se trataba de otra de sus habituales chanzas. Pero, al levantar mi vista, allí estaba. Al otro lado del salón, en la parte de sombreros para damas. ¿Qué hacía en ese sitio? La pregunta no duró demasiado en mi mente. Lucía muy elegante en su traje gris a rayas y lo encontré mucho más atractivo de lo que me habría gustado admitir.

—Vamos a saludarlo —dijo mi amiga al tiempo que me tomaba por la mano para no darme la opción de contradecirla.

—¿Qué hace un marino alemán en Londres? —me susurró al oído mientras nos acercábamos—. Debe de ser alguna clase de espía o algo así.

Fruncí el entrecejo. Ya era difícil para mí mantener la cabeza en su sitio cuando estaba con él para que ella pusiera más elementos en esa impredecible ecuación que eran mis sentimientos por Dieter. Además, todo lo que relacionara el espionaje era un asunto especialmente detestado por mí en esos días.

Todavía no me recuperaba de la traición de Sergei, y sentir algo por un hombre me ponía en guardia. También me sentía avergonzada de hasta donde había llegado con ese maldito ruso, pese a todas las

advertencias de Fiamma. Pero, por sobre todo, esa repentina aparición de Dieter me provocaba sentirme una tonta por no haberle correspondido en su momento.

En tanto eso pasaba por mi mente, ya habíamos salvado la distancia entre nosotros y tenía a Dieter enfrente mío. Su rostro se iluminó al verme, se le despertó una sincera y amplia sonrisa que me hizo sentir un poco culpable de todas mis cavilaciones anteriores.

—*Hello, stranger* —le dijo Fiamma con la frase estadounidense para cuando uno se encuentra de improviso con un conocido al que no ha visto en cierto tiempo.

Me sorprendió su confianza con él. Me provocó, también, un impensado sentimiento de celos. Apenas si se conocían y tan solo de pasada. Yo los había presentado, cuando mi amiga se apareció mientras tomaba el té con Dieter. Pero él apenas si reparó en lo que Fiamma le dijo. Solo tenía ojos para mí.

Sentí como el calor ganaba mis mejillas por la forma que me miraba. Me sentía una tonta sin poder decir nada medianamente lógico.

—Vamos, tortolitos. Digan algo o van a cerrar la tienda con ustedes dentro.

Entonces, él se acercó y me besó en la mejilla. No medió palabra, ni saludo antes de llevarlo a cabo tan sorprendentemente como supuse que acostumbraban a llevar a cabo casi todo en su oficio silente.

—Bien, creo que alguien sobra por esta parte —dijo, de improviso, Fiamma, un tanto impresionada. No sé si obedecía al hecho de no ser el centro de la atención o por lo abiertamente galante que Dieter se mostraba conmigo.

Como fuera, caminó a la parte opuesta de la tienda donde estábamos, dedicándose a curiosear lo que había allí. Se quedó lo suficientemente lejos como para no incomodarnos, pero también, lo convenientemente cerca para no perder detalle de lo que pasara. Cada tanto, mientras hacía como que veía los vestidos de temporada, se volvía a observarnos con disimulo.

—Está muy bella, *Fräulein*. Me recuerda a alguien que creía haber dejado en Alemania.

Pronto me olvidé de mi amiga. Dieter era un poderoso imán que atraía con la mayor facilidad toda mi atención.

—Papá tenía algunos asuntos personales en Londres y nos invitó a acompañarlo.

Lo dije para decir algo, para no quedar como una boba que espera a ver qué palabras salían de su boca. Y agregué en una concesión a los impulsos de mi curiosidad:

—Es toda una sorpresa encontrarlo en Londres, Dieter. Nunca se me hubiera ocurrido. Espero que sus asuntos en esta ciudad, los que sean, anden bien.

La pregunta, muy poco encubierta, respecto de la causa de su presencia allí fue hecha de mi parte con todo recelo. El tono formal que empleé para formularla no dejó de hacerme sentir algo ridícula. Fiamma había llenado mi cabeza con esos comentarios suyos sobre el tema de los espías.

Él se sonrió antes de decir nada. Se trataba de unas de esas encantadoras sonrisas tuyas, tan peligrosas para mi estabilidad mental. Había algo en mí que adoraba a ese hombre, en tanto la otra

parte encendía todas las alarmas posibles. Se trataba de ese aspecto práctico dentro de mí que sabía que el precio a pagar por estar con él sería, sin remedio, muy alto para mis objetivos de vida.

—No es ningún secreto el motivo que esté en Londres, *Fräulein*. Al menos, no uno que no deba compartir con usted. Habrá una conferencia naval en Berlín hacia fin de año, y el almirante Canaris me encargó afinar algunos detalles técnicos aquí. Aburridas cuestiones sobre límites de tonelajes y categorías de buques que deben establecerse para poder discutirlos luego en Alemania.

Se encogió de hombros al terminar sus palabras, como si no fuera de su agrado tal tarea.

—No parece muy entusiasmado.

—El almirante insiste en usar su mando para demostrarme que soy más útil en este tipo de cosas. Pero yo...

—Usted extraña estar en un submarino. Y navegar por debajo de los mares dentro de esa lata de arvejas con motor.

Sonreí, al usar la expresión con que los marineros tradicionales usaban para los submarinistas. El propio Dieter me la había dicho, alguna vez. Él asintió, levemente sorprendido.

—Veo que me conoce mejor de lo que creía.

—Lo entiendo más de lo que parece, Dieter.

Fue mi turno de sorprenderme, luego de escucharme decir, como de la nada:

—Y también, le tengo mucho cariño, a mi distante y frío modo. Siempre se ha comportado tan encantador conmigo.

A Dieter le maravilló escuchar eso, mucho más de lo que hubiera imaginado. Terminé arrepintiéndome de esas palabras, apenas salidas de mi boca, al ver el efecto que causaban. Por alguna razón, esa parte de mí que contenía el sentido común, parecía haberse acallado súbitamente. Por otro motivo, aún más desconocido, tenerlo cerca me convertía en un ser mucho más sonriente y cariñoso de lo que era en forma usual.

Para mi fortuna, siempre podía contar con que Dieter fuera en mi rescate en tales ocasiones. Incluso, en contra de sus propios sentimientos y conveniencias.

—Después de esas palabras, no me deja más remedio que pedir tutearla. ¿Está de acuerdo? —Concedí su pedido con un leve gesto tras lo cual él prosiguió—. No has sido ni fría ni distante conmigo, Coti, tan solo precavida. Es por esa creencia tuya de que un marido es el peor de los obstáculos para llevar a cabo lo que ambicionas en la vida.

Asentí, nuevamente sorprendida. Ese marino encantador me tenía perfectamente contadas las costillas, como diría la abuela.

Entonces, nada casualmente, cambió de tema. Por supuesto que fue algo hecho completamente adrede. Lo sabía él, lo sabía yo: estábamos por traspasar un umbral riesgoso en nuestra relación. En el fondo, Dieter actuaba conmigo como lo haría en una batalla: solo iba en pos de su objetivo cuando estaba seguro de obtenerlo.

—En verdad, es providencial encontrarte por aquí. Los sombreros de dama no son mi fuerte y tal vez puedas ayudarme.

—Claro, en lo que sea, Dieter.

—¿Qué sombrero elegirías para una joven como de tu edad? —me preguntó.

Al principio no entendí por qué me lo preguntaba. ¿Para qué buscaría mi opinión sobre un sombrero de mujer? Luego mi cerebro acosado de sentimientos comenzó a funcionar y no me gustó lo que estaba pasando.

Fiamma tenía razón: sentía algo por él. Acometí mi tarea con el corazón que pretendía salirse del pecho. La velada percepción que tenía a una mujer en su vida me intranquilizó. Tal vez estaba más interesada en él de lo que yo misma quería admitir.

Busqué entre las hileras en exhibición aquel que fuera especialmente chillón, llamativo al exceso y presuntuoso. Me decidí por uno rojo furioso con una gran pluma negra y una gran rosa blanquísima que sobresalía de la cinta por un costado. Dios, no había ojos para verlo, debía haber estado allí por varias temporadas. No sé qué me pasaba, por qué obré de esa forma tan mezquina. Hasta Fiamma me miraba, desde lejos, con los ojos muy abiertos, pero sin atreverse a decir palabra respecto de mi actitud.

—Este —le dije y puse ese adefesio en sus manos.

Él lo observó por unos momentos algo inseguro. Pero, por alguna razón, no me contradijo en mi elección.

—Se hacen cosas raras cuando se está enamorado —dijo simplemente.

El corazón me golpeó contra el pecho. Odié a quien fuera que le hubiera provocado ese sentimiento. Todo ese galanteo conmigo en tanto tenía a otra. Los hombres estaban, sin excepción, cortados por la misma tijera. Tuve extraño sentimiento de alegre crueldad, cuando fue a pagarlo y pedir que se lo prepararan para regalo. Sentía como si le estuviera devolviendo parte del engaño que tenía conmigo.

Una vez que nos reunimos con Fiamma, ella lo invitó a tomar algo con nosotras. Él abrió su saco y consultó el reloj de cadena que guardaba en un bolsillo de su chaleco.

—No tengo mucho tiempo ahora —nos dijo en tanto bajábamos por el ascensor. —. La agenda de reuniones es apretadísima, pero no quería dejar de hacer esta compra. Es alguien muy especial para mí.

Lo dijo mirándome a los ojos, sin dudas buscaba mi reacción a sus palabras. Había hecho muy bien en actuar como lo hice, pensé para mis adentros.

—No tengas miedo en apostar a que vas a impresionarla —le dije con fingido desinterés en todo el asunto.

A la salida de Harrods, íbamos a despedirnos cuando él me entregó el sombrerero envuelto para regalo.

—Espero lo disfrutes, Coti.

Me quedé de una pieza sin saber qué decir. Me despedí mecánicamente de él, antes que desapareciera en un taxi. Apenas si sentí su beso: procuraba todavía entender cómo habían sido realmente las cosas, el sentido del regalo y sus palabras. Me quedé allí parada luego de eso: saludé tímidamente al taxi negro que se perdía en el ajetreo del tránsito londinense sin saber bien qué otra cosa hacer. Me sentía una estúpida por mi anterior comportamiento. Una fuerte culpa se había apoderado también de mí por todo lo que había pensado de él. Los celos eran una cosa de cuidado en mí hasta respecto de mí misma.

Fiamma entonces me tomó por el brazo para llevarme de nuevo hacia la tienda.

—Espero que podamos lograr cambiar esta bazofia, aprendiz de mesalina. O vas a tener que ponértelo en serio.

No me volví a ver su rostro. Estaba segura que reía disfrutando con perversidad de cómo mi crueldad disimulada se había vuelto en mi propia contra.

Mi jaqueca me ha abandonado, pero no me he restablecido en lo absoluto. Sigo cansada y ciertos vegetales en las comidas, como el coliflor, me provocan náuseas. Duermo bastante y me estoy quedando en cama más de lo acostumbrado. No tiene sentido levantarse como siempre, ahora no hay nadie en la residencia para quien pueda o deba hacerlo.

Mi única alegría son las noticias que leo en los diarios. Eso me levanta el humor por las mañanas. Admiro la sagacidad del Führer. Antes con Austria, luego los Sudetes y ahora Checoslovaquia. Ningún obstáculo puede interponerse en su meta de restaurar al Reich su Lebensraum, ese espacio vital para poder disponer de un territorio acorde a nuestras necesidades.

Ya lo dijo en Mein Kampf: “Los alemanes tienen el derecho moral de adquirir territorios ajenos gracias a los cuales se espera atender al crecimiento de la población”. Debemos conjurar el riesgo que implica la desproporción entre nuestra gran población y la poca superficie territorial que ocupamos. Debemos contar con el espacio suficiente y los recursos necesarios para albergar en un único lugar a toda la raza aria, dispersa por el mundo.

No soy la única en pensar de esa forma. Tampoco es solo aquí en Alemania que se tiene tal opinión. Argentina se halla entre los lugares fuera del Reich en que más se reconoce eso. Es algo que me alegra especialmente.

Releo la crónica del diario La Prensa, sobre lo ocurrido aquel domingo 10 de abril de 1938, que al fin ha llegado a mis manos, especialmente pedido a Buenos Aires. La suscripción que ha hecho Ignacio es solo del diario La Nación. Y, por supuesto, el periódico de su familia en Córdoba.

Las imágenes, cedidas por la administración del Luna Park, son conmovedoras. Muestras a unos quince mil argentinos nazis festejando allí el Anschluss.

Según da cuenta la nota adjunta, las columnas comenzaron a llegar pasadas las nueve de la mañana, siendo “un público numeroso y entusiasta”, compuesto tanto de delegaciones austríacas como alemanas, las que arribaron portando las banderas y uniformes del partido.

Dentro del estadio, el escenario se hallaba adornado con banderas alemanas con la cruz esvástica y argentinas; se destacaba en la parte posterior del telón de fondo en rojo la inscripción “Heil Führer” y otra que decía: “Un pueblo, una nación, un conductor”.

“Muchos miembros de las entidades nazis, quienes vestían camisas pardas y llevaban brazaletes con la cruz esvástica, tuvieron a su cargo la ubicación del público realizada en un orden casi militar”, proseguía el relato.

El delegado comercial de la embajada alemana, Erich Otto Meynen, arengó a la concurrencia que respondía “¡Heil Führer!” saludando con el tradicional saludo nazi, brazo en alto. Meynen destacó la anexión de Austria “sin violencia ni sangre” y “el afecto de los austroalemanes hacia la Argentina”, al que definió como un “país hospitalario en el cual se sienten cómodos y orgullosos de cobijarse bajo sus instituciones y bandera”.

Helga me alcanza el teléfono. Es Hermann. El hecho de tener lejos a mi familia me brinda una mayor libertad para encontrarme con él sin tener que aparentar ni dar excusas.

Me propone encontrarnos en el departamento que ocupa, no lejos del sector gubernamental de la ciudad. Podría comentarle de mi estado, pero no lo hago. En cambio, acepto.

Por fortuna, pude hacer el cambio de sombrero. La dependiente de ese sector de la tienda me reconoció de antes, y no pudo evitar cierta sonrisa al respecto. Volví a salir del edificio de compras con uno mucho más tradicional, aunque debí pagar tres libras y diez peniques de diferencia de precio. Era una cuestión ínfima para llevar algo que estaba tanto dentro de la moda como del buen gusto: un pequeño sombrero marrón oscuro con ala, ideal para tenerlo apenas encajado en la cabeza, ladeado y hacia adelante, como dictaba la moda actual.

De Harrods caminamos hasta la estación Knightsbridge del metro; bajamos tres estaciones más allá, en Piccadilly Circus. Zigzagueamos entonces a pie por las callejuelas del barrio de Mayfair, entre señoriales edificaciones, hasta la calle Savile Row.

Ubicamos allí a la sastrería Henry Poole & Co, en el número 15. El cartel de la firma revelaba que estaban allí establecidos desde 1806.

Caminar con Fiamma era como hacerlo con una enciclopedia andante. Solo ella sabía todos esos datos curiosos por donde fuera que anduviéramos. Y no se privó, allí donde estábamos, de hacer honor a esa fama suya.

—La que está allí —me dijo Fiamma señalando a la cercana vidriera donde podía leerse en el vidrio Dege & Skinner—. Es la encargada de diseñar los uniformes para muchos de los regimientos del ejército

británico. Tal como Hugo Boss ha hecho para las SS. La más antigua y tradicional es Gieves & Hawkes, al final de la calle en el número 1. Como verás, hasta en cuando a sastres los británicos conservan un sistema de jerarquías.

Luego de entrar, saludamos a uno de los empleados que vino a atendernos. Podíamos ver en su expresión el asombro por la presencia de dos mujeres allí. Todos los demás allí, empleados y clientes, eran hombres. Casi parecía que hubiéramos profanado algún tipo de prohibición misógina no escrita.

Tras mencionar el nombre de mi padre, el empleado nos guio a través de mostradores de vidrio y madera lustrosa. Lo seguimos por el piso alfombrado en púrpura imperial hasta el lugar donde estaba llevando a cabo sus ajustes de vestuario.

—Extraño mi vida como médico. Adoro esa simplicidad.

Reconocí la voz de mi padre, aunque estuviera hablando en inglés, y me guíé por ella hasta la sala de prueba en donde estaba.

En tanto tomaban las medidas de mi padre, subido a una banquetta, a un lado Winston Leonard Spencer Churchill fumaba uno de sus puros Romeo y Julieta, sentado cómodamente en un sillón. Debía ser la única persona a la que mi padre toleraba que fumara en su presencia.

—Nadie entiende el peligro de Hitler —le decía su amigo británico entre grandes bocanadas de humo que echaba hacia el techo—. Chamberlain ha hecho una vez más el papel de tonto con la anexión de Checoslovaquia, como antes pasó con Austria. El problema es que seguimos sin hacer nada.

—Tal vez quiere darle una oportunidad a la paz, Winnie.

—Tonterías. Hitler es un patán. Lo único que se consigue mostrando buena voluntad, es que te golpee con más fuerza. El primer ministro se ha equivocado de cabo a rabo en la relación con Alemania.

—Creí que eras su amigo personal.

—Sí, bueno, no siempre los amigos piensan como uno. Neville es un caballero inteligente y bienintencionado, pero fatalmente ciego y débil ante el expansionismo nazi. Una ceguera puede costarnos mucho si no reaccionamos de inmediato.

—No debería serte muy difícil con tu oratoria. Gran Bretaña y Alemania han sido viejos enemigos desde siempre.

—Hoy por hoy, soy una voz en el desierto. Nadie quiere creer lo terrible que está por sucedernos. La guerra anterior cambió las convicciones y fortalezas de muchos en los círculos políticos. Harán todo por evitar una segunda guerra mundial. Hasta los pocos que me escuchan con algún interés, piden luego evidencias de lo que digo: de que Hitler y el nazismo son tan terribles como los describo.

—Ver para creer, como Santo Tomás en los evangelios —dijo mi padre.

—Solo que, cuando vean algo tan indudable como para que finalmente se convenzan, podríamos estar perdidos. Los nazis se mueven con rapidez, debo reconocer eso. Por eso si realmente existe eso que me has dicho, podría significar una gran diferencia en todo el asunto.

Un empleado llegó a donde estaba el amigo inglés de papá, llevando un teléfono en una mano y su cable enrollado en la otra. Tras conectar el cable a una pequeña caja en la pared, le extendió el aparato. Lo buscaban de una cadena de radio estadounidense.

Churchill tomó el teléfono. Escuchó por unos momentos, antes de decir:

—Sí, por supuesto. No tengo problema en hablar unos quince minutos sobre la situación en Europa, pero les costará quinientos dólares.

Discutió un par de minutos más sobre la hora de la entrevista y dónde sería emitida. Luego colgó el aparato y se volvió a mi padre.

—Si no fuera por este tipo de ingresos, estaría viviendo bajo un puente aquí en Londres.

Papá se rio del comentario. Nosotras aprovechamos ese lapso para entrar a pie juntillas. No estaba bien interrumpir conversaciones de mayores, pero Fiamma me aguijoneó hasta que lo hice.

Ninguna de las dos pasamos desapercibidas, aun a medio camino de donde continuaban tomándole las medidas a papá.

—Creo, mi amigo, que tenemos un par de bellas compañías.

Papá se volvió a mirar y ambas saludamos. La conversación entonces mudó a temas mucho más ordinarios. Vi, en los rostros de ambos, cierta aprensión al descubrir que estábamos allí. Tal como si temieran que hubiéramos escuchado algo que no debíamos.

Miro en derredor al despertar, busco comprobar que todo se ha tratado de un sueño. La cabecera de la cama de dorado metal lustrado, el ropero lleno de caoba brillante, un escabel tapizado en azul, y Hermann que me observa con ojos escrutadores a un lado mío, desnudo como yo, en la cama.

No, no se ha tratado de un sueño.

La luz tenue de esa mañana de invierno se cuela entre los pliegues de la cortina color crema para darme directamente en los ojos. Me incorporo un poco para ponerme a salvo de esos rayos.

Descubro que me siento bien por primera vez en un par de semanas. Vuelvo a ser yo misma sin todas esas molestas cuestiones.

Entonces caigo en la cuenta del tiempo pasado desde el encuentro la tarde anterior con Hermann.

—He estado toda la noche fuera de casa. No sé qué pueda llegar a decirle el personal de servicio a Ignacio o Constanza.

Él sonrío.

—Nadie dirá nada.

—Estás muy seguro.

—Por supuesto. Todos ellos trabajan para mí.

Había escuchado sobre la costumbre de infiltrar espías en el servicio de las casas de los diplomáticos. Ignacio me había prevenido sobre ello. En su momento, pensé que se trataba de meras fantasías. Ahora descubro que todo era verdad.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras —me dice Hermann, advirtiéndome mi salida de la cama para ir a buscar mis prendas—. No volverán de Inglaterra hasta mañana.

Lo miro con sorpresa, no exenta de inquietud. ¿Hasta dónde sabe él de nuestras vidas? Pienso si además del personal del servicio, no tendría micrófonos o algo así instalados en nuestra casa.

—Me dijo que debía medirse para renovar sus trajes —dije a la defensiva.

Mi amante negó con la cabeza.

—¿Ir hasta allí solo para tomarse unas medidas? Henry Poole tiene una sucursal aquí, en Berlín. Podría haberlo hecho perfectamente en ella sin salir de la ciudad. No, Liebchen, su viaje tiene otras razones.

Al parecer, Hermann conoce al detalle la vida de mi marido. Ni quiero saber a qué fines. Pienso en cambio, en esa descarriada de Fiamma, tan contenta de partir con él. Siento, de improviso, celos e inseguridad. La sola idea que ellos tengan algo me da náuseas. Pienso en Magda, que resolvió su problema con la intervención del propio Hitler, que puso las cosas en su sitio, llamando al orden a Goebbels y expulsando discretamente del Reich a esa actriz checa. En mi caso, no tengo un Führer en manos de quien poner la solución del asunto.

Sería una terrible humillación, tener que pasar de mi parte por algo similar.

—Si tienes algo que decirme, debes hacerlo.

El tono de mi voz suena molesta. Trato de esconder en la ira el miedo. A él eso parece divertirlo.

—No es lo que piensas, Liebchen. Fue a reunirse con su amigo Churchill y con otros embajadores. No hay mujeres de por medio si eso es lo que quieres saber.

—No tendría por qué haberlas —respondo, altiva—: es mi marido. Está casado conmigo.

—Es su mirada sobre el Tercer Reich lo que debería preocuparte. Es algo distinta de la tuya, y espero que me tengas al tanto de lo que puede hacer en virtud de esas ideas. Por lo otro, no debes tener

preocupación alguna. Te es fiel. Nunca hemos sabido de ninguna relación paralela, ni siquiera encuentros con mujeres de una noche o prostitutas.

—Es tal como debe actuar —le digo mientras me visto. Procuro disimular, sin éxito, el sentimiento de alivio que eso me provoca—. Sería bastante poco caballeroso de su parte mantener una situación de ese tipo.

En el elegante restaurante del Waldorf, en donde nos hospedábamos, nuestro embajador en Inglaterra, Miguel Ángel Cárcano conversaba con su par de Estados Unidos, Joe Kennedy y mi padre.

El hombre semicalvo de sonrisa fácil y pequeños anteojos redondos sobre su nariz hablaba sin parar. Participaba de la corriente en ese país que abogaba por entenderse con Hitler. Ni Cárcano, ni mi padre, compartían esas impresiones.

Había un nuevo gobierno en Argentina, del mismo signo político que el anterior, pero con distintos hombres. José María Cantilo era el ministro de Relaciones Exteriores del nuevo presidente, Roberto Ortiz, y no comulgaba con algunas de las ideas de mi padre. En especial, sobre dar asilo a personas perseguidas por el nazismo.

Meses atrás habían tenido una discusión cablegráfica sobre eso. Papá fue de los pocos embajadores que se opusieron a la circular que se envió a los embajadores argentinos en Europa ordenando negar cualquier tipo de visa “aún a título de turista o pasajero en tránsito, a toda persona que fundadamente se considere que abandona o ha abandonado su país de origen como indeseable o expulsado, cualquiera sea el motivo de su expulsión”⁷.

Como de costumbre, Fiamma fue quien me puso al tanto de ello. “Nadie quiere en Buenos Aires indisponerse con Hitler”, había sido su análisis. También me contó que, tras esa discusión, papá se las había ingeniado para disimular algunos otorgamientos de ese tipo. Por eso mismo, su continuidad en la embajada pendía de un hilo. Solo el apoyo de la abuela y el hecho de que tío Mariano integrara el gobierno lo salvaban, al menos por ahora, de ser cesado en el cargo.

Estaba orgullosa de él, pero verlo en todas esas reuniones políticas, conociendo su honestidad y frontalidad, me hacían temer por lo que pudiera pasarle. Sabía, a pesar de mis pocos años, que mi padre era una persona demasiado buena, y hasta con cierta candidez, para el mundo terrible a que nos enfrentábamos.

Nos acercamos para despedirnos y cambiamos unas breves palabras, solo las indispensables para conservar las formas. Ya nos habíamos quedado allí, inmóviles, por más tiempo del que sería respetable, pispeando el rumbo de la conversación. Cárcano murmuró el comentario de rigor, acerca de lo crecida que estaba su ahijada. Esa era yo.

Papá, por su parte, nos dio una vez más su recomendación de comportarnos y no llegar tarde.

Por primera vez, veríamos las bondades nocturnas de Londres. Con Fiamma habríamos deseado ir a un sitio donde pudiera escucharse jazz, pero mis hermanos, los que no habían siquiera llegado con nosotros a Alemania, los que se habían quedado a estudiar en Inglaterra, en su cruzada por acaparar a las hermanitas Kennedy, habían arreglado todo para ir a cenar y bailar al Berkley. No era que se ocuparan de nosotras, solo éramos una parte más de su plan para encajarnos con los varones de esa familia yanqui a cambio de recibir de ellos a las suyas. No éramos más, como podría decirse, que una mercancía de canje en un machista intercambio de hermanas.

Pudimos haber descartado la invitación, pero eso equivalía a quedarnos la noche en el hotel. Más temprano, papá había rechazado de plano, nuestras insinuaciones al efecto de que nos dejara salir solas.

—Una mala salida es preferible a no salir en absoluto y quedarnos aquí como unas ostras —sentenció mi amiga con su habitual filosofía para la parranda.

Más de una vez, en esa noche, me arrepentí de hacerle caso. La primera de ellas, cuando íbamos en el taxi por Piccadilly Street. Mis hermanos hablaban de sus planes nocturnos de conquista sin prestarnos siquiera atención.

Yo, por mi parte, todavía rumiaba por dentro la tontería que había hecho con Dieter. Lamentaba no haber podido arreglar para verlo otra vez.

Nos detuvimos frente al hotel Ritz. El jefe de camareros del Berkeley parecía conocer a mis hermanos mayores como si se tratara de clientes habituales. Tal vez su dedicación a Oxford no fuera tanta como escribían en sus cartas a mamá. Sobre todas, en aquellas que pedían que ella cubriera ciertos gastos imprevistos.

Yo no era una santa, por cierto. Pero cada vez caía más y más en la cuenta que formaba parte, en mi familia, de una generación mucho más amplia de pecadores nocturnos.

Mientras preparaban nuestra mesa, pasamos unos momentos a la barra, en donde ya estaban los hermanitos Kennedy con la otra parte del acuerdo de varones.

Kathleen (apodada “Kick” por su familia) y Eunice me parecieron sosas; y los varones Kennedy, demasiado pretenciosos hasta para ser yanquis acomodados.

A mitad de la cena, mi paciencia no daba para más. Y, a juzgar por la cara ausente de Fiamma, a ella le ocurría otro tanto.

Jack y Joe no paraban de darse autobombo, compitiendo entre sí por ver quién era más brillante que el otro. Para peor, se creían irresistibles. Mis hermanos no eran de ninguna ayuda, entregados completamente a festejar cualquier comentario bobo de Kick o Eunice.

Cuando no peleaba con su hermano para poner en claro quién era mejor que el otro, Jack se le insinuaba a Fiamma. Ella soportaba estoicamente sus avances que incluyeron un par de movimientos, nada caballerescos, por debajo de la mesa.

Ambas mirábamos al estrado de la orquesta, esperando que la aparición de los músicos nos diera la oportunidad de sacudirnos tan incómoda compañía. Pero no había por allí muchos solteros como para intentar un cambio en tal sentido.

Una salva de aplausos anunció el ingreso de la orquesta, dirigidos por un hombre de mediana edad, cuyo escaso cabello estaba peinado hacia atrás con exceso de gomina, pegado al cráneo.

Apenas comenzaron con la música, la pista comenzó a llenarse de parejas. Los acordes de *Night and Day*, me recordaron que estábamos lejos de nuestra casa fuera de casa, en Alemania. En el territorio del Reich, ninguna canción de Cole Porter, un autor de raza negra, habría sido considerada como una interpretación ni mínimamente aceptable.

Mis hermanos nos habían abandonado para ir a bailar con sus insulsas parejas. Joe había ido al baño y tras eso se demoró en la barra, riendo con una rubia poco vestida y con dudoso gusto. Entonces Jack con media botella de champagne encima, intentó deslizar su mano por la falda de Fiamma. El subsiguiente sonoro cachetazo se sintió hasta en las mesas vecinas.

El menor de los Kennedy se quedó aturdido sin saber por qué lo habían abofeteado.

—¿Sabes quién soy, querida? ¡Mi padre es el embajador de Estados Unidos en este país! —le echó en cara con el orgullo de semental herido a mi amiga.

—Jack, querido —cuando ella decía esa palabra indicaba que sentía todo lo contrario respecto de la persona con quien la empleaba. Más aún si era acompañada de una sonrisa sobradora suya—, aun si fueras el último hombre sobre esta tierra, preferiría hacerme lesbiana antes que permitir que me tocaras un solo cabello.

Obviamente, el aludido quedó aún más herido por esa frase. En el modo más impensado, la noche estaba abandonando el aburrimiento de hasta entonces.

—¿Me permite esta pieza, señorita?

La frase, dicha cerca de mi oído, me sobresaltó un tanto. Había sido pronunciada en un pésimo castellano con marcado acento alemán.

Al volverme, pude observar a Dieter, que extendía el brazo hacia mí.

Su sonrisa amplia, el traje de etiqueta impecable, un smoking negro que parecía calzarle a la perfección, y la insoportable perspectiva de tener, en caso contrario, que permanecer allí junto a ese patán me convencieron de aceptar y levantarme de mi asiento.

Me aferré entonces a su mano como el náufrago que busca subir a un barco que lo rescata y me dejé llevar a la pista de baile.

—Te advierto que no soy muy bueno en esto —murmuró.

Sonreí, por primera vez en la noche. Era reconfortante ver un gesto de humildad de esa clase, luego de soportar todo el circo de vanidades de los chicos Kennedy.

—No te preocupes —le dije—. Yo guiaré. No es un ritmo que se baile mucho en donde vivimos.

Pese a su opinión de sí mismo, Dieter tuvo un desempeño por demás aceptable. Entendió rápidamente los pasos y no pisó mis pies ni una sola vez. Por mi parte, me divertí dirigiendo la danza, asunto que a mi pareja no le molestó en lo más mínimo.

¿Por qué me empeñaba en no corresponder sus gestos románticos? Había aprendido que dentro de mí existían sentimientos que muchas veces ignoraba que estuvieran allí. Parecía el mejor de los prospectos. Era alemán, de buena familia y pertenecía a la más aristocrática de las ramas en las fuerzas militares del Reich. Eso conformaba a mi madre. También, era católico y apolítico. Eso satisfacía a mi padre. Se trataba de una buena persona, capaz de soportar estoicamente mis días de mal humor. Aparte, me adoraba, era abierto y sincero en sus puntos de vista y nunca me había tratado como otra cosa que una igual. Eso debería bastarme a mí. Todo indicaba que era un buen hombre con quien poder iniciar una relación afectiva con visos razonables de permanencia en el tiempo. Pero, aun después de todos esos motivos, me resistía a llevarlo a cabo. Temía que estuviera demasiado dedicado a su carrera como para poder aspirar a una igualdad de consideraciones respecto de mí. Vivía por accidente en Alemania y ni siquiera me gustaba en lo que se había convertido ahora el país. ¿Dieter me seguiría a la Argentina, de pedírselo? ¿O siempre sería la eterna segunda, luego de los antojos que la marina de guerra tuviera para él? Por más que me apasionara la ingeniería y las máquinas que eran fruto de ella, no estaba dispuesta, en absoluto, a competir con un submarino o cualquier otro buque de guerra por los afectos de nadie.

Para empeorar más las cosas, en cuanto a lo que fuera a decidir sobre él, bailábamos como si fuéramos dos almas gemelas con su rostro demasiado cerca del mío. Era un hombre guapo, y eso aturdiría mi mente. Me resultaba, tonta de mí querer negar eso, alguien demasiado apuesto y atrayente para poder mantenerme tranquila. Pese a todas mis firmes declaraciones de amistad, estar con él me provocaba ciertos extraños sentimientos a los que no conseguía enfrentar, ni acostumbrarme.

Papá y mamá se habían enamorado durante un baile. Al menos, eso era lo que mi padre decía. No era nada descabellado que pudiera pasarme algo similar.

La canción concluyó con su última nota y la gente se puso a aplaudir sin todavía decidirme yo a cómo actuar con él.

Pronto, la orquesta empezó a tocar *Smoke Gets in Your Eyes*. Esbocé una sonrisa. Dieter me preguntó el porqué de ella, en tanto volvíamos a bailar.

—Jerome Kern compuso esta canción. Un neoyorkino, hijo de judíos alemanes inmigrantes.

—Es una bonita canción.

—Jamás la podríamos escuchar en Alemania.

Él me miró con ojos muy serios pero nada hostiles frente a mi velada argumentación política.

—Entonces, es una suerte que ambos estemos en Londres. Adoro las cosas que te ponen de buen humor, Coti.

Yo quería marcar las diferencias que hacían imposible algo entre nosotros y él las pulverizaba. Sí que sabía con esa gentileza impecable, frustrar todos mis intentos de poner distancia entre

nosotros.

—Quien sea que te haya dejado ir, es un tonto —me dijo con una sonrisa. Le había contado durante el anterior baile sin saber bien por qué, acerca del fin de esa relación por la que lo había rechazado la primera vez que vino a casa.

—Él no lo ve de esa forma —respondí con cierta tristeza, incapaz de dar mayores explicaciones. Quería alejar todo eso de mi mente, olvidar que esa víbora traicionera hubiera existido y solo disfrutar de ese baile con Dieter.

—No existe otra forma de verlo. Sé cuánto vale la mujer con la que estoy bailando.

—Gracias —murmuré con satisfacción. En ese momento en que me sentía derrotada en mi buena fe y sentimientos, escuchar eso era algo por demás reconfortante.

—De hecho —miró el suelo y luego a mí—, si fuera listo debería aprovechar la ocasión y ocupar ese lugar, antes que otro lo haga.

Contuve la respiración. Nunca habría esperado que dijera eso.

—Nada indica que no lo seas. Los demás siempre alaban tu inteligencia en las construcciones navales —dije en voz baja e insegura. Trataba de evadir el tema al mismo tiempo que me devoraba la ansiedad por saber qué más diría.

Él sonrió con picardía al advertir ese conflicto en mi rostro.

—No suelo serlo para este tipo de cosas. Pero creo que por esta vez tendré que hacer una excepción.

—¿Te estás declarando, Dieter?

—¿No se nota?

—Me gustaría asegurarme. Sería imperdonable cometer un error de interpretación en un asunto tan importante.

Él se rio brevemente.

—Siempre tan práctica, Coti. Pues bien, sí, esto es una proposición formal de compromiso o como quieras llamarlo.

Sus ojos reflejaban cierta ansiedad como si no pudiera esperar por demasiados instantes más por una respuesta mía.

Él me gustaba más de lo que me era cómodo admitir. Eso no me facilitaba para nada las cosas. Medí mentalmente mis palabras con una regla llamada culpa.

—Me siento muy honrada —dije al fin con tacto.

—¿Debe suponer que eso es un “sí”, Coti?

Tragué con dificultad. No había esperado encontrarme en esa situación: que él insistiera tan abiertamente para punzarme respecto del tema que más temía tratar.

—La pregunta, Dieter, es que estarías dispuesto a hacer por mí.

Era mi turno de observarlo buscando en sus ojos una respuesta.

—Está más que claro que haría lo que fuera.

—¿Dejar la marina e irte conmigo a la Argentina? ¿Harías eso también por mí?

Él, para mi sorpresa, no dudó su respuesta.

—Claro que sí.

Sacudí involuntariamente la cabeza. También lo pisé. Pasaba eso cuando algo me sorprendía, me volvía una torpe. Procuré retomar el ritmo del baile antes de contestarle:

—Me cuesta creerte. Es decir, te espera una carrera más que promisoría y conozco tu amor por tu país. No es fácil decir eso. Apenas si nos conocemos.

—Sé exactamente lo que digo, Coti. Lo haría sin dudarlo. Estoy seguro que sería más feliz a tu lado, en el lugar que fuere, que estar cumpliendo tareas que no terminan de gustarme. Pero también tengo muy claro que no estás de acuerdo en que haga eso. Solo estás buscando hallar un obstáculo para justificar tu negativa.

Tal vez yo fuera una persona, pensé, por demás predecible, pero no podía decir que estuviera errado en nada. Palabra por palabra, esas habían sido mis intenciones.

—No estoy preparada, Dieter. No para una relación como querrías.

—¿Y qué relación sería esa?

—Ser la esposa de alguien que cuida de la casa y los niños mientras espero en el horizonte que vuelvas del mar. No me interesa, al menos por ahora. Quizás, nunca.

—Tal vez... tampoco yo quiera eso.

Seguía dejándome descolocada, respecto de mis cálculos previos sobre cómo reaccionaría. Estaba claro que en ese tipo de operación era mucho más deficitaria que en los cálculos de la ingeniería.

—Lo siento, Dieter. Tengo muchas cosas por hacer antes de pensar en ser la esposa de alguien.

Vi cómo mis palabras lo decepcionaban y me odié por eso. Tal vez me mereciera que un truhán como Sergei me hubiera engañado como lo hizo. Sobre todo si, cuando un hombre bueno se cruzaba en mi camino, lo ahuyentaba de esa forma.

La música cesó, como si estuviera coordinada con mis palabras. Pude ver en su rostro cómo entendía haber terminado esa vez sin obtener lo que buscaba. Volvimos a nuestra mesa, ambos en silencio.

Jack estaba contándole a Fiamma, cada vez más borracho, sobre su triste infancia en Brookline, Massachusetts, y luego toda la soledad que vivió en ese internado de varones llamado Canterbury School. Había pasado, con toda claridad, del bebedor achispado al sombrío. Por lo menos, Fiamma parecía divertirse ahora.

—Pobre niño rico. Por lo menos tiene buenas anécdotas sobre su desdicha —nos dijo al vernos llegar.

Miré a la barra. No había rastros de Joe ni de su rubia de cabello platinado y cejas por demás oscuras, claramente artificial. Tampoco de mis hermanos y sus parejas.

—Cada cual se halla ocupado en lo suyo, amiga. —Fiamma pareció escuchar mis pensamientos—. Estamos los que somos, y nada más.

Tomó otro sorbo de su aflautada copa de champagne. Luego, le hizo beber otro a Jack, que ya ni eso podía hacer. Realmente era una persona de cuidado con quienes no le caían en gracia. Pero yo, después del incidente del sombrero, no podía juzgarla demasiado.

Ya no éramos seres inocentes, pero todavía, por ensayo y error, aprendíamos de la vida. Ya fuera por orgullo o por no tener esa confianza, había cosas que no preguntábamos, por las que no pedíamos el consejo a un mayor. Teníamos, a pesar de nuestra inexperiencia, una gran confianza en nosotras mismas. Percibíamos

los peligros, aun sin saber exactamente de qué se trataban. Avanzábamos a tientas, en esa habitación oscura que eran las experiencias de nuestra vida.

No terminábamos de aprender, y ya teníamos cicatrices de esa experiencia. Crecíamos a prisa, bastante por delante de los años que teníamos marcados en nuestros calendarios.

Miré el rostro serio de Dieter antes de irnos de allí para dejar en su casa al hijo borrachín del embajador Kennedy. Lo había herido, bien lo sabía. Esperaba que, alguna vez, la vida me deparara algo más que decepciones y decisiones difíciles.

CAPÍTULO 33

Descubrimientos

Lo que no me destruye me fortalece.

Friedrich Nietzsche

Usualmente no voy a la embajada, pero esa vez era distinto. Me horrorizaba que alguien en casa pudiera escuchar lo que tenía que decirle. La perspectiva de que Hermann llegara a enterarse por esa vía era peor que la revelación a mi propio marido. Le temía tanto como me atraía.

Mis peores dudas, de un tiempo a estar parte, habían terminado por confirmarse.

Encontré a Ignacio guardando cosas personales suyas, que antes tenía en el escritorio, en su portafolio. Había otras cajas más allá con varios otros objetos dentro. Libros, estatuillas, un reloj.

Vestía, como era usual en él, de modo impecable. Estaba, además, terriblemente atractivo con ese traje de rayas de tono amarronado con chaqueta cruzada con doble botonadura y anchas solapas. Calzaba perfectamente con su camisa de cuello americano, corbata oscura, y pañuelo blanco de bolsillo.

—¿Estás reformando el despacho? —le pregunté, más para entrar en charla, que porque realmente me importara.

—Van a reemplazarme como embajador.

No supe qué decir, por unos momentos.

—No me lo dijiste.

—Acabo de enterarme. Al parecer, mi familia no tiene tanta influencia en este gobierno como en el anterior. Quedará un encargado de negocios, mientras deciden a quien nombrar.

Pensé para mis adentros: no es la mejor oportunidad para decírselo. Pero ya estaba allí. Y, ciertamente, no podían ni mis nervios, ni mi cuerpo, seguir disimulando toda la situación.

Sentada en frente suyo con un gran escritorio de por medio, me sentí como un reo declarando ante el juez.

No tenía sentido prolongar la agonía, ni diferir lo inevitable. Aun a costa del momento inoportuno. Así que lo hice:

—Estoy embarazada.

No espere tan poca reacción de su parte. Solo se quedó mirándome, sopesando lo que acababa de enterarlo. Supuse que, como buen médico, echaba mano a sus conocimientos, respecto de las posibilidades de que ello ocurriera muy bien entrada en mis cuarenta o cosas así. En todo caso, prefería no enterarme de lo que pensara. Hice el además de levantarme, pero sus palabras me interrumpieron en ello.

—¿Qué tan segura estás?

—Un mes de retraso. Siempre he sido regular por demás. Además de tener las usuales náuseas y jaqueca de los primeros meses.

Él pensó unos momentos qué decir antes de finalmente preguntarme:

—¿Y quién es el padre?

Su pregunta me molestó. No sé por qué, dadas las circunstancias, pero ese fue su efecto. Ignacio seguía siendo el único hombre que podía sacarme de las casillas.

—No seas vulgar. Soy tu esposa.

Intenté parecer ofendida, pero él se mantuvo incólume en su tranquilidad.

—Lucrecia, estamos grandes para ese tipo de escenas. Así que voy hacer como que no dijiste esas palabras para no tener que contestarlas, y te lo pregunto de nuevo: ¿quién es el padre?

—Y si te digo que vos, ¿qué dirías?

—Sería lo obvio, en circunstancias normales. Pero ambos sabemos que no es así.

Bajé la cabeza, avergonzada.

—No lo sé.

Por semanas, luego de cesar mi período, me había devanado la cabeza haciendo cuentas de los días con uno y con otro. Eran demasiado cercanas como para poder estar segura de nada.

Él se quedó aturdido por mi respuesta. No la esperaba. Pero se recompuso rápidamente.

—Entonces, asumiré mis responsabilidades.

Era el tipo de frases formales, en que se refugiaba cuando no sabía muy bien cómo actuar.

—¿Qué quiere decir eso?

—Lo que acabo de decir. Sea como sea, mío o no, no voy a complicarte las cosas.

El mismo caballero en brillante armadura de siempre. Para peor, no era una pose. Realmente estaba dispuesto a eso, a tragarse su orgullo. Por mí, por la criatura o tal vez por ambos.

—¿Por qué lo harías?

—¿Importa acaso? No quiero ver tu respetabilidad ensuciada. Sé cuánto te importan esas cosas.

—¿Y qué debo dar a cambio?

—Nada. No quiero nada de vos.

—Tanta generosidad... No sé qué decir.

—Creo que no hay mucho para decir. Simplemente hago lo que entiendo correcto.

Me sentiría mejor si me hubiera repudiado o alguna cosa semejante. Su bondad solo hacía destacar más mi error y mi insensibilidad. No me gustaba ser como soy, pero tampoco tenía el remedio para eso.

Debería haber estado agradecida con él, pero en cambio sentía ira por lo que acaba de decirme. Me sacaba que fuera así, tan sensible con mis errores. Me habría sentido mejor si me castigaba, si me daba algún motivo para odiarlo, algo que echarle en cara. Lo que fuera para equilibrar un poco la balanza de todos mis yerros.

Me acerqué a él. Sentí el impulso de abrazarlo, pero él lo percibió y se alejó unos pasos, fingiendo tener que sacar unos libros de la biblioteca ubicada en una esquina.

—Si no tenés otro asunto, estoy algo ocupado en estos momentos.

—Sos demasiado bueno conmigo —le dije.

—Sí —me aceptó sin volverse de dónde aparentada buscar un libro —. Creo que ese es precisamente mi problema.

Me volví para irme con un extraño sentimiento creciendo dentro de mí. Estaba afectado. Sí, definitivamente lo estaba. Por alguna razón encontré una cierta satisfacción, perversa, en eso.

Von Meltka no solo me había agradecido por mis servicios y cumplido con lo que le pidiera. Me dio además, al volver a Berlín, la dirección donde vivía Hans Krauth. Era en la zona de Breitscheidplatz, junto a la avenida Kurfürstendamm, a un paso de la iglesia luterana y neorrománica de Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche.

Era evidente que buscaba congraciarse conmigo. No entendía la razón, pero estaba segura que no era para nada bueno.

De cualquier forma, tenía cuestiones pendientes con Hans por lo que el dato me vino de perlas. No era demasiado complicado para llegar desde la universidad, así que fui a verle luego de clases. Tomé un tranvía hasta allí y, tras enfilear por la avenida Kurfürstendamm, pronto divisé la torre principal de la iglesia, que en forma de aguja se elevaba largamente hacia el cielo.

Me bajé en una parada cercana a ella y no tardé en ubicar la calle lateral en que él vivía en un edificio de varias plantas de departamentos. Cuando llamé al timbre en la gran puerta de ingreso,

que me hacía parecer una pigmea, los ojos entre gris y celeste de un portero, se asomaron a mirarme a través de una mirilla de la puerta.

—¿A quién quiere ver? —me preguntó una voz ronca.

—Busco a *Herr Krauth*.

Los ojos me miraron con una indisimulada desconfianza. Luego sentí la puerta que se entreabría, pero solo por un par de centímetros del marco. Quedó así, y yo por unos instantes no supe qué hacer. Luego la empujé. Era pesada y tuve que hacer peso con el cuerpo para terminar de abrirla. Tras pasar, se volvió a cerrar con un ruido seco, y pude ver que tenía, en la parte de arriba, uno de esos mecanismos que la vuelven a cerrar por contrapeso.

El portero había desaparecido. Supuse que no quería tener mucho trato con una persona que venía a buscar a alguien recientemente liberado por la Gestapo. Por fortuna sabía el piso y número del apartamento. El maldito amante de mi madre me lo había dado con la dirección. Crucé un patio minúsculo, antes de encontrar la escalera. Tres tramos de escalones empinados y dos descansos más arriba, estaba ante la puerta de aquel por quien había intercedido.

Realmente, no sabía a qué había ido. Supongo que a cerciorarme por mí misma respecto de su libertad. Pero no estaba segura de lo que hacía, tal como me pasaba últimamente. Actuaba por impulsos... Como mi madre. Primero con Dieter en Londres y ahora ante esa puerta. Nada parecía contentarme, y siempre me hallaba buscando algo más. Me desagradó caer en la cuenta hasta qué punto teníamos formas de actuar parecidas.

Cuando la puerta finalmente se abrió, pude comprobar que estaba entero, en cuanto al cuerpo por lo menos. Su espíritu era otra cosa. Su mirada adusta, aplomada, lo había abandonado. No había miedo en esos ojos, pero sí acusaban una derrota en lo profundo. Vestía un

pantalón y una camisa, caminaba lento y tenía magulladuras en el rostro, así como un ojo hinchado, que parecía iba a salirse de esos párpados contusos y de color azul violáceos por la inflamación.

No me había creído al decirle mi nombre a través de la puerta ¿Quién podía culparlo? Me miró un buen rato, antes de decidirse a invitarme a pasar.

El suyo era un departamento bonito con muebles viejos pero impecablemente conservados, sin ostentación alguna. Me indicó que me sentara en un sofá, a un lado de una ventana que daba a ese patio de baldosas negras y blancas, como tablero de ajedrez, que había cruzado para llegar a la escalera.

Fue hasta el otro extremo, en donde sobre un pequeño mueble de dos puertas, se ubicaba un tocadiscos. Abrió las puertas del mueble dejando ver de un lado una colección de discos, y una radio del otro.

Mientras buscaba entre sus ordenadas hileras de discos, divididos por separadores de alambres, mi mirada se posó en el aparato de radio. Era uno de los *Volksempfänger*. El ministro nazi de propaganda, Joseph Goebbels, gustaba llamarlas de esa forma: “radios del pueblo”. Se trataba de un immaculado modelo VE301, de parlante redondo y cuerpo rectangular de baquelita marrón oscuro, que había sido presentado con todo estruendo en la feria internacional de la radio de Berlín, en el año que Hitler se hizo con el poder. Otto Griessing lo había creado para la empresa Seibt a petición expresa de Goebbels. Se trataba de la versión que se conectaba a la corriente eléctrica y que solo costaba setenta y seis Reichsmark, los que podían pagarse a plazos.

—¿No escucha la radio? —le pregunté por preguntar. Él solo se volvió a mí: negó con la cabeza y, tras llevarse un dedo a los labios, me hizo un gesto para que me callase.

Al fin Hans halló el disco que buscaba, y lo puso en el tocadiscos. Colocó la púa encima y giró una perilla. Pronto, los acordes de la “Oda a la Alegría” de la *Novena Sinfonía* de Beethoven nos envolvían.

Solo con esa música de fondo, él se acercó para hablar conmigo.

—¿Para qué escucharla? Solo dicen mentiras. Prefiero la música — me dijo al sentarse a mi lado.

Tenía razón. Los nazis habían hecho accesible para todos lo que antes de su llegada al poder solo era un lujo de personas acomodadas. Pero no era un gesto magnánimo. A la par de colocar una radio en cada hogar de Alemania, se aseguraban que solo pudiera oírse una voz: la suya.

—Usted fue quien hizo que me liberaran, ¿verdad?

La pregunta me sorprendió, aunque al mismo tiempo me facilitó las cosas. Aun no terminaba de entender por qué había decidido ir hasta allí.

—¿Cómo sabe que alguien intercedió por usted?

—En esos lugares, a uno lo liberan por influencias o un milagro. Y no creo en los milagros.

Me sonrojé como hacía tiempo no me pasaba. Ese hombre tenía en esos ojos tristes, algo que me sacudía por dentro. Como si pudiera verme.

—Sí, pedí por usted.

—Es una mujer poderosa, *Fräulein*.

Negué con la cabeza. No me veía de esa forma en lo absoluto. Todo lo contrario: me sentía como una hoja entre vientos cruzados de un cúmulo de situaciones que no terminaba de entender ni, muchos menos, sabía cómo debía lidiar con ellas. Una madre nazi, una traición amorosa, una amiga que pretendía quedarse con mi padre.

—Solamente buscaban algo de mí y puse un precio a cambio.

Krauth me miró pensativo.

—Eso es precisamente el poder: ser capaz de fijarle un valor a los actos de uno, forzando a los demás a que lo respeten.

Cerró los ojos de improviso y se llevó una mano al costado de su pecho.

—Disculpe —me dijo al volver a abrirlos y mirarme—. Me quebraron dos costillas la prisión de Plötzensee antes de transferirme a Dachau. Nunca recibí atención médica, así que no han soldado en la mejor forma. Duelen, a veces, en especial cuando estoy en una misma postura mucho rato. Espero que no haya tenido que hacer nada malo por mí.

Evadí su mirada para contestarle.

—Lo que hice ya no tiene remedio.

Él se mostró comprensivo ante el indudable significado de mis palabras.

—Quizás, en una sociedad malvada, uno no pueda evitar serlo también. Al menos, en ocasiones.

Alargó entonces su mano, y la puso por encima de la mía, aferrándola.

—Gracias. Usted es una mujer maravillosa, ¿lo sabe, verdad?

Sus palabras sonaron demasiado cercanas al “*wunderliches Fräulein*” del traidor que había entregado por él como para sentirme cómoda. Me paré de improviso.

—Veo que está bien dadas las circunstancias. Tengo que irme.

Él comenzó a incorporarse de donde estaba sentado. Con caballerosidad, buscaba acompañarme a la puerta. Le costaba hacerlo y vi de nuevo esa mueca de dolor en su rostro.

Quise ayudarlo, pero él me atajó cortés con un movimiento de su brazo.

—No se moleste, no es necesario —me dijo cuando terminó de ponerse en pie—. Ya ha hecho más por mí de lo que podría pedirle. Le debo mucho, por lo que no me gusta decirle esto: necesito pedirle un favor más, *Fräulein*.

Estaba atrapada. Me sentía condenada por eso que crecía dentro de mí.

Hermann estaba exultante cuando se lo había dicho. Nunca esperé que recibiera la noticia con la emoción que lo hizo. Aún recuerdo sus palabras: “¿Te imaginas, Liebchen, la clase de ser superior que puede ser un hijo de nuestro?”. Sentía que había cumplido en la mejor forma ese mandato de los alemanes en general, y de los hombres de las SS en particular, de engendrar hijos lealmente para el Führer.

A él no le cabía la menor duda que era suyo.

Ignacio, por su parte, estaba decidido a tomar a ese hijo como propio. Mi relación con Hermann y la posibilidad de que no fuera suyo se hallaban borradas de su mente.

Ambos se entendían padres de un hijo que yo no quería. Tampoco me dejaban opción alguna al respecto. Uno por católico, el otro por nazi; ninguno me apoyaría en lo que pensaba hacer.

Tenerlo significaría estar tironeada entre dos hombres que se disponían a ejercer los derechos como padres. Solo era el prolegómeno de un desastre, en el que quedaría mal parada.

Encontré apoyo de la persona menos esperada. Me abordó con esa frontalidad y atrevimiento que eran su marca distintiva. Ella reconoció, como si fuera una entendida, todos los signos de lo que me estaba ocurriendo.

No sé por qué le dije lo que iba a hacer. Tal vez, necesitaba, por primera vez en mi vida, compartir mi soledad con alguien. Quizás, por no tener amigos a quien recurrir en todo esto, terminé por sincerarme con una adversaria.

Me preguntó si sabía de alguien que hiciera ese tipo de cosas. Negué con la cabeza. Entonces, me ofreció su ayuda. Le pregunté por qué lo hacía.

—Porque sé exactamente por lo que está pasando. —Fue toda su incómoda respuesta.

Se encogió de hombros al contestar. Buscaba restarle importancia al asunto, disimular lo que en realidad representaba para ella este tipo de asuntos.

Temí preguntarle.

—Es que has...

Por suerte, ella atajó mis palabras.

—Lo que sea, es cosa mía, señora.

Acepté eso con un movimiento de cabeza. No era cuestión de disgustar a quien podía sacarme de mi atolladero. Quise ser gentil con ella, por eso mis siguientes y muy destempladas palabras. No estaba acostumbrada a reconocer a nadie por el hecho que me ayudara.

—Está bien, no voy a insistir. Pero, bueno, quiero decir que valoro lo que estás haciendo por mí.

Mi esfuerzo por ser amable no pareció conmoverla en lo absoluto.

—Esto no cambia nada entre nosotras. Tenga en claro eso.

—Aun así.

—No es por usted. Lo haría por cualquier mujer que estuviera en su situación. Antes que nada, soy mujer.

Lo dijo como si estuviera pronunciando un juramento. No quise pensar en por qué lo sentía de esa forma. Tenía razón, no era mi asunto.

Envidié su seguridad en venir a plantearme el tema y su ofrecimiento sin exhibir duda alguna. Me sentía avergonzada por toda la cuestión. Era una situación extraña dentro de otra. Yo parecía la niña y ella la adulta.

Fiamma lo arregló todo. Yo no hice preguntas. Simplemente, me puse en sus manos. No era algo cómodo, pero tampoco yo tenía otra salida.

Fuimos en tren hasta Köpenick, un pueblo de casas antiguas, en una isla acurrucada sobre la unión de los ríos Spree y Dahme, al sudoeste de Berlín. Caminamos por sus calles adoquinadas, sin cambiar palabra, hasta llegar a una casa en las afueras. Casi en el límite mismo entre la traza urbana y el comienzo de la campiña.

Cuando tocamos, un hombre joven, de cabello pajizo y rostro alargado, nos abrió la puerta.

—Buscamos al doctor Brahms.

No estaba. Había tenido que ir de visita a unos parientes en Turingia. Íbamos a irnos, cuando él nos dijo que era el médico que estaba en su reemplazo. Si teníamos un problema, él podía solucionarlo.

Fiamma asintió, y él nos hizo pasar a una especie de habitación de espera, de esas que existen en los consultorios médicos.

—¿Por cuánto? —le preguntó ella.

—Mil Reichsmark.

Cuatrocientos dólares americanos. Unos ocho meses de salario mínimo.

—Brahms cobraba seiscientos.

—El doctor no está. Ochocientos. Veo sus ropas, pueden pagar eso y aún más. —El joven mostró una sonrisa mordaz—. Pero claro, todo depende de qué tan grande sea su problema.

Saqué el dinero y se lo entregué. Fiamma me miró con ojos de reprobación, pero yo quería terminar de una buena vez con todo.

Pasamos a una especie de consultorio médico con una camilla en el centro de metal, y diversos gabinetes alrededor. Me hizo subir a la camilla y me indicó lo demás que debía hacer: debía levantarme el vestido, sacarme la prenda íntima, recoger las piernas y abrirlas.

Trajo una pequeña mesa con rueditas y la colocó a un lado de la camilla. Sobre ella, había varios tipos de instrumentos médicos y una especie de recipiente ovalado de metal gris. Se lavó las manos en una pileta y se colocó unos guantes largos, color blanco junto a un delantal del mismo color y un barbijo en su rostro.

—¿No va a dormirla? —preguntó Fiamma, de mal modo. Se había colocado a mi lado, y me había tomado la mano.

El médico le alcanzó una botella.

—No tengo éter. Cuesta demasiado y es difícil conseguirlo en estos días sin tener que dar explicaciones. Emborráchela si quiere.

Vi la preocupación en su rostro. Me miró, la miré. Como ya dije, es extraño cómo la vida invierte los roles, a veces. Ella parecía la mujer madura, y yo la jovencita en problemas. Mi rostro estaba lleno de dudas, pero no el de ella.

—Cambiamos de idea —envidié la firmeza de su voz. Mi usual aplomo parecía haberme abandonado—. Nos vamos.

Se acercó a mí para ayudarme a bajar de la camilla. El doctor la miró con ojos inexpresivos. Luego se encogió de hombros.

—No voy a devolverle el dinero —nos dijo al fin.

Entonces, sentimos los ruidos. Un golpe seco, un sonido a madera que se quebraba. Los pasos apresurados por el angosto pasillo se hicieron más cercanos. El médico parecía asustado, nos gritó que lo

habíamos entregado y se volvió contra Fiamma, golpeándola en el rostro con la palma abierta.

Ella retrocedió por el golpe, trastabilló con la mesa del instrumental y cayó al suelo, en medio del estrépito del metal de los instrumentos al tocar el piso. Por poco me arrastró con ella, pues me tenía aún tomada del brazo, pero su mano se soltó cuando la golpearon.

Entraron uno, dos, tres hombres de civil a la habitación. Llevaban pequeñas pistolas en sus manos. El médico trató de huir a una habitación contigua, pero lo detuvieron tomándolo por detrás de los brazos; lo estrellaron de cara a la pared.

Ingresó entonces otra persona más. A esa sí la conocía. Era Hermann, vestido de traje, que se aproximó hacia mí con el rostro muy serio.

—No pensaste que iba a dejar que hicieras una locura, ¿verdad, Liebchen?

Empezó a reprenderme como si fuera una niña. O, peor aún, algo de su propiedad. Pero yo no atendía a sus palabras. Mis ojos estaban fijos en Fiamma, a la que uno de sus hombres ayudaba a incorporarse del suelo. Tenía una expresión de dolor en su rostro, y sangre, bastante de ella, en su mano.

CAPÍTULO 34

Decisiones de vida o muerte

*Todo el mundo lo sabe.
Si alguien pudiera haberme salvado,
habrías sido tú.*

Virginia Woolf

Abrí la puerta blanca y entré a una habitación de igual color. Las paredes, el marco de la ventana, las puertas y los estantes de su único armario, las partes metálicas de la cama, sus sábanas y frazadas, todo era igualmente blanco.

Fiamma estaba acostada allí con los ojos cerrados; respiraba con esfuerzo y tenía el rostro perlado de agua por el sudor. Se la veía demacrada y con el cabello revuelto. Cada tanto, murmuraba algunos sonidos inteligibles; volvía a uno y otro lado la cabeza, capturada por completo por los delirios de la fiebre.

Papá se encontraba a su lado. No la observaba solo como un médico a una paciente, la veía como alguien que se conmueve por el sufrimiento de otro. Secaba con un paño el sudor de su rostro. Estaba en mangas de camisa y hasta se había quitado el chaleco, lo que revelaba sus tiradores por encima de la prenda arrugada, fruto de las muchas horas pasadas allí. Siempre tan pulcro y ordenado, había

dejado su saco doblado en el respaldo de una de las sillas sin el menor cuidado. Esa inobservancia de sus pautas más características de aliño revelaba su preocupación.

Una nota de papá en mi cuarto, que encontré al llegar a casa de la universidad ese día, me había puesto al corriente. No entendía nada sobre cómo había sucedido, y él fingió ignorarlo también. Supongo que sus estudios en medicina hacían que se comportara como doctor: diciendo solo lo imprescindible del caso y, en ninguna forma, entrando en detalles personales respecto del paciente, aunque fuera Fiamma quien pasaba por ello. Las reglas eran las reglas y no podía salirse de su estructurada personalidad que lo llevaba a la aplicación mecánica de tales normas. Me molesté con él, pero no mucho. Más me preocupaba mi amiga. En todo caso, estábamos en un país en que la abrumadora mayoría de la gente hacía precisamente eso: seguía las reglas que les marcaban sin preocuparse mucho sobre si estaban bien o mal.

En cierto punto, me culpaba a mí misma por lo ocurrido. Debía haber sabido que esa indisposición suya de la mañana por la que no fue a clases era falsa. La había visto fingirla otras veces. Pero ella podía ser tan convincente cuando se lo proponía que me engañó incluso cuando sabía sus trucos.

Ya en el hospital, papá fue muy parco en sus explicaciones. Se había cortado por accidente en una consulta al médico junto a mi madre y se le había infectado la herida.

—¿Qué hacía mi madre en el médico? ¿Está enferma de algo?

Él me miró por unos instantes; dudaba de dar una respuesta:

—Está embarazada.

Lo dijo como si se tratara de una cuestión molesta, humillante. En medio de mi sorpresa, pude avizorar que tal estado de cosas no le agradaba en lo absoluto. Recordé entonces a mamá con ese hombre en el auto, en el Tiergarten.

—Lo siento —dije. No sabía que más decir. Él supo que yo sabía más de lo que había pensado: eso lo desconcertó un tanto.

Tocaron a la puerta y pude ver cómo mi padre se irguió rápidamente para ir a abrirla, como si esperara con ansiedad a alguien. Por otra parte, eso lo liberaba de seguir teniendo esa conversación incómoda conmigo.

Cuando papá abrió la puerta, vi cómo el médico amigo suyo, a quien habíamos ido a ver a Leverkusen, entraba por ella. Traía consigo un maletín de viaje; su traje también estaba arrugado. Parecía como si hubiera tenido que salir de improviso con lo puesto.

—¿Pudiste conseguirlo? —le preguntó mi padre.

Strasser asintió al tiempo que se pasaba una mano por el cabello para acomodar los mechones rebeldes de su frente.

—¿Qué forma farmacéutica tiene?

—Tabletas. Era lo que estaba ya a la mano. No me diste mucho tiempo para preparar algo más. Tomé el primer tren que había a Berlín luego de que me llamaste.

Papá miró a Fiamma, inconsciente y sudorosa, con la respiración que se agitaba por momentos.

—Tenemos que disolverlas en líquido. Quiero inyectarla, en teoría tendríamos que tener así mejores efectos. Aparte dudo de que en su estado pueda tragar algo. O retenerlo, incluso.

—Tengo que conocer a alguien en el laboratorio. Bayer siempre te proporciona buenos contactos. Pero no sé si van a hacerme caso.

—Te acompaño —dijo mi padre colocándose su saco.

—Vamos a pedir ayuda para inyectar una sustancia en experimentación en una paciente que no puede expresar su voluntad. Nos jugamos la reputación, la matrícula médica y hasta ir a la cárcel en esto. Pero supongo que has considerado todo eso, ¿verdad?

—Tiene una infección estafilocócica por un corte en la mano que se contaminó. Morirá si no le administramos esto. Ambos sabemos que funciona.

—¿Con qué dosis? ¿Cada cuánto se la administramos? No se ha usado nunca en humanos, desconocemos todo eso.

—No me vengas a decir que después de experimentar por años no has podido calcular una somera idea sobre cómo deben ser las dosis, Heinrich.

—Es solo eso, Ignacio: una teoría. Por Dios, estamos haciendo algo prohibido. No podemos experimentar con humanos.

Vi que papá se puso serio. Mucho más que hasta allí en la charla.

—No estamos en ningún experimento. Tratamos de salvar una vida. Hice un juramento, ambos lo hicimos. Y no voy a tolerar que un protocolo de investigación nos impida evitar una muerte.

Strasser estaba igualmente serio en su rostro.

—Solo lo hago porque se trata de alguien de tu familia, Ignacio.

—Ya sé, y me va a faltar vida para agradecértelo. No quiero complicarte más. Solo necesito que me ayudes a poder disponer un rato del laboratorio. Yo voy a asumir toda la responsabilidad.

El amigo de mi padre esbozó una sonrisa preocupada.

—Creo que ya es tarde para preocuparme por eso. Te dije muchas veces en la universidad que este sentido nuestro de la amistad iba a ponernos en problemas algún día.

Mi padre no le respondió nada a eso y salieron juntos de la habitación.

Me trató bien, dadas las circunstancias y lo grueso de mis errores. Estaba furioso conmigo por lo que hice. Pero no me golpeó, simplemente me recordó, iracundo, mis deberes respecto a la raza superior a la que ambos pertenecíamos.

Estaba tan avergonzada por todo lo sucedido que nada pude decirle acerca de cómo me había estado vigilando o siguiendo por detrás mis pasos.

—Hay que elegir; es tu deber —me dijo.

Para entonces, ya el grueso de su furia había amainado, aunque seguía mostrándome su enojo.

—Es tu deber —repitió sin mirarme.

Sabía que no era una pregunta. Su tono no admitía dudas. Tampoco estaban dadas las cosas como para que yo pudiera esquivar el tema.

—Son el Reich y los deberes para con tu Führer; o ellos.

Lo observé con ojos muy serios, acongojados. Estaba buscando su perdón por lo que había hecho. Eran ciertas todas sus palabras, no tenía derecho a hacer lo que había hecho. Había sido un acto propio de un ser inferior. Me dejé llevar por mis miedos, por mis culpas. Los arios no tenemos miedos ni culpas.

Lo seguí con la mirada, en silencio, hasta que logré que volviera sus ojos hacia mí. Seguía molesto, pero sabía que la posibilidad de esa paternidad también lo entusiasmaba. Un ser superior engendrado por otros seres superiores que nacería en un lugar acorde a él: ese Reich al que debíamos cuidar y acrecentar.

—No voy a castigarte por lo que hiciste, pero quiero que demuestres que ya no hay nada en tu persona de esa criatura débil e insatisfecha.

Sabía que no tenía opción. Debería estar complacida por sus palabras. Demostraba lo bondadoso que resultaba conmigo y mis errores. Recordé lo que me dijo alguna vez: debemos olvidar todo lo que éramos. En mi caso, no tengo mucho para dejar atrás. Solo una vida con objetivos no logrados.

Él abrió, hace tiempo, mis ojos. Ya no podía seguir con mi anterior vida. No conducía a ninguna parte porque me mentía a mí misma respecto de lo que era.

Ahora que lo recuerdo, comprendo que no debo, ni quiero, seguir rehuyendo mi destino. Soy una aria, un ser superior y debo comportarme como tal. Estoy harta de sentir lástima de mí misma, cansada de ver cómo los otros se quedan con lo que a mí me habría correspondido, agotada de lidiar con una familia que no me reconoce en lo absoluto.

No quiero seguir viviendo una existencia que no se corresponde a mi naturaleza. No hay nada que elegir. Simplemente debo dejar de escapar a mi destino.

Lo único que no entiendo en todo esto es por qué, si estoy haciendo algo conforme a mi naturaleza, me cuesta tanto dejarlos atrás.

Volvieron luego de unas dos horas. No quise preguntar de qué forma habían conseguido convertir alguna de esas tabletas rojas de Prontosil, encerradas dentro de un frasco que Strasser le dejó a mi padre, en una ampolla de líquido.

En todo caso, no debió haber sido nada muy regular, pues el amigo de papá se quedó afirmado contra la puerta cerrada, en tanto él inyectaba a Fiamma. Lentamente, vació el contenido de la jeringa en su brazo.

La examinaron a intervalos, por un par de horas. Luego Strasser dijo que tenía que volver a Bayer, antes que su ausencia comenzara a generar preguntas incómodas. Aceptó de buen grado el ofrecimiento de mi padre para llevarlo a la estación. Yo quedé sola con Fiamma.

Para entonces, había pasado ya unas seis horas en aquel hospital, estaba en pie desde la mañana y mi cuerpo comenzaba a experimentar signos inequívocos de cansancio.

Aun sentada en una silla de madera de respaldo recto, bastante incómoda, se me cerraban los ojos. Debía luchar contra ello. No quería dormir. Aunque estuviera rendida, por todas las emociones del día. Papá no volvía de alcanzar a Strasser, y Fiamma podía necesitarme. Le veía allí, tan indefensa en esa cama, enfrente mío. Además, sabía que no tendría un sueño tranquilo, como siempre me ocurre cuanto estoy en esos estados de culpa, reproche y ansiedad.

Todo junto, y respecto de casi todos. Me culpaba a mí, por no estar, a mi madre por haber consentido que la ayudase, a ella misma por meterse en el dichoso asunto. No sabía qué era peor: que mi madre estuviera embarazada, que lo hubiera ocultado o lo que pretendió haber intentado con un médico desconocido y lejos de donde siempre acudíamos. No entendía por qué Fiamma había ido con ella. O, más bien, no quería imaginar nada acerca de las razones. Sabía que las ideas de mi amiga, ahora convaleciente a mi lado, sobre la maternidad no eran las mejores: la consideraba una forma de esclavizar a las mujeres.

No debía dormirme, aunque estuviese cansada. Solo sería sufrir en la inconsciencia de los sueños con toda clase de fantasmas acosándome. Pero estaba extenuada y, finalmente, caí en esa oscuridad; me perdí en mí misma, dentro de ese oscuro abismo.

No dormí bien. Soñaba cosas pavorosas, otra vez. Cosas terribles, que me sacudían sin poder escapar. Volví a recordar la muerte de Sofía, Fiamma se moría, y yo a su lado no podía hacer nada; luego, yo mataba a mi madre. A veces me decía que era un sueño, que debía despertar, pero no lo lograba. Me ordenaba sin éxito abrir los ojos para escapar de allí, pero no podía. De pronto estaba en el lugar de Fiamma, en el mismo cuarto y cama de ese hospital, donde unos médicos hablaban alrededor mío, dándome por muerta. Quería decirles que no, pero no podía.

Estaba en uno de esos remansos de quietud, entre una pesadilla y la siguiente, cuando sentí de repente que me sofocaba. Algo me oprimía la boca. Pensé que era otra de las visiones perversas de mi mente dormida y una vez más luché por despertar. Me sacudían levemente, y una voz con acento, desde las sombras, mencionaba mi nombre. Esta vez sí conseguí abrir los ojos sin poder evitar sobresaltarme al ver el rostro de un hombre justo enfrente del mío, a no más de un palmo de distancia.

—No se asuste, Constanza.

Lo conocía de alguna parte. Parpadeé un par de veces más, antes que mi cabeza comenzara a funcionar y terminara de despertar por completo. Tenía enfrente a la persona menos pensaba: el doctor Luther me miraba con nerviosismo, mientras tapaba mi boca con una mano.

Por lo visto, no le había sido fácil despertarme.

Me dijo que todo estaba bien, que no gritara. Asentí. Entonces retiró su palma abierta de mi boca y dio unos pasos hacia atrás. Yo estaba demasiado asustada, sorprendida o lo que fuera. En todo caso, eso me hacía latir el corazón como si fuera a salirse de mi pecho para impedirme discutirle, enojarme o recriminarle algo.

Antes de pronunciar otra palabra, me mostró un maletín médico, levantándolo con su otra mano. Luego me lo entregó.

—Dele esto a su padre. Aquí está todo, como le prometí.

Se retiró hacia la puerta luego de dejarlo entre mis manos. Entonces pude observar que tenía puesto un delantal blanco de médico.

—No puedo quedarme mucho tiempo. Ya venir hasta aquí ha sido difícil, pero no podía dejar de cumplir con lo que dije a su padre. Ahora estoy en sus manos.

No entendí esas palabras. ¿Papá se había reunido con él y no lo sabía? ¿Existía algún tipo de acuerdo entre ellos?

Fue hasta la puerta; la abrió un tanto para ver qué sucedía en el pasillo.

—Lamento haberla despertado de ese modo, *Fräulein* —me dijo antes de perderse por el hospital.

CAPÍTULO 35

Un maletín misterioso

Tres clases hay de ignorancia: no saber lo que debiera saberse, saber mal lo que se sabe, y saber lo que no debiera saberse.

François de La Rochefoucauld

Los nervios por ese extrañísimo encuentro, no bastaron para devolverme al estado de completa conciencia. De hecho, todo el encuentro con Luther estuve medio dormida sin terminar de despertar totalmente. Regresé luego de su partida a tratar de luchar con mi agotamiento para perder de nuevo. Revisé el contenido de la pequeña maleta, pero solo encontré instrumental sanitario. Me volví a dormir, aferrada al maletín de médico. Pero esa vez, mis pesadillas no hicieron acto de presencia para atormentarme.

Cuando desperté, ya era de día. Papá había vuelto y estaba poniéndole otra inyección a Fiamma. Ella parecía más tranquila ahora. Estaba sin agitarse, sin hablar en medio de las brumas de su mal, sin sudor a la vista en el rostro. Era como si solo estuviese durmiendo.

Luego de dejar la jeringa de vidrio en una pequeña bandeja de metal, papá percibió que estaba despierta y me dijo con una inequívoca expresión de alivio en el rostro:

—La fiebre está cediendo.

Observó por unos momentos el maletín al que seguía abrazada. Pareció como que iba a decirme algo al respecto, pero luego se volvió hacia Fiamma y comenzó a tomarle el pulso.

—Creo que podemos irnos por un rato. No es seguro tener aquí eso.

Supe que esa decisión suya era por el maletín. Ni tiempo me dio a contarle lo que recordaba, entre las brumas del sueño, de la visita de Luther. Tal vez, no necesitara que le diera ninguna noticia al respecto. Solo se puso su saco, me quitó el maletín de las manos y salimos de la habitación en silencio. Vi a mi padre mirar por el corredor, como si buscara signos que lo alertaran de un peligro.

Entonces percibí a los policías que iban y venían por todas partes y a esos hombres de rostro serio y largos abrigos oscuros de cuero que se hallaban apostados en el final de ese pasillo blanco interminable. Parecía como si hubieran estado esperando por nosotros. Nada más al vernos, comenzaron a caminar hacia nosotros.

Reconocí de inmediato a uno de ellos, el que caminaba por delante de los otros dos. Era Von Melka. La piel se me erizó de inmediato y pensé que el corazón iba a detenérseme. Instintivamente me aferré al brazo de mi padre.

Cuando llegaron hasta nosotros, fue él quien habló.

—*Herr* embajador, espero que me recuerde soy...

Vi la mirada de odio en los ojos de mi padre.

—Sé perfectamente quién es —lo interrumpió en su presentación con tono brusco de una forma que nunca le había visto emplear antes.

—Un conocido suyo estuvo aquí anoche.

—No estuve en la noche.

—Ludwig Luther.

—Hace años que no lo veo.

—Vestía un delantal de médico y llevaba un maletín de cuero. Exactamente como el que trae usted.

Procuré disimular los nervios. Me esforcé por parecer calmada, cuando no lo estaba en lo absoluto. Miré a papá. Pasara lo que le pasase por dentro, mantenía su aplomo de siempre.

—La mayoría de los médicos tenemos maletines de este tipo al igual que un delantal blanco. No es nada fuera de lo común. Simples elementos de trabajo.

—Entiendo que no ejerce desde hace tiempo, *Herr* embajador.

—Tengo un miembro de mi familia enfermo y lo traje por cualquier cosa. No me gusta pedir a otros cosas tan básicas como un estetoscopio o un tensiómetro que me permiten controlarla a mi satisfacción.

Vi cómo la mirada del oficial de las SS se encendía. Había aparecido en sus ojos ese mismo brillo que había visto antes de que me convenciera de entregar a mi amante ruso. Ese traidor a quien había, a su vez, traicionado.

—Entonces no tendrá inconveniente en que observemos su contenido.

Fue la suya una petición realizada en términos amables. Apelaba a esa engañosa mezcla de simpatía y firmeza que yo conocía tan bien.

—Me temo que sí. —Pude comprobar con satisfacción que mi padre no se quedaba atrás, en la firmeza de sus palabras—. Como personal diplomático, tengo deberes. Y tanto la ley internacional, como las

normas de mi país, me imponen hacer respetar la inmunidad de registro respecto de mi persona y cosas que lleve conmigo. Supongo que sabrá de esto, así como que no estoy autorizado a poder acceder a lo que me pide.

—Al doctor Luther se lo vio entrar con un maletín como ese, pero no salió con él de este lugar.

—Sigo sin entender cómo eso, si es que es así, se relaciona conmigo.

—*Herr* embajador, como usted dijo, sus objetos personales tienen protección diplomática. Solo los suyos. ¿Tiene algún modo de probar que ese maletín es suyo?

—Lo llevo conmigo.

—Si no lo declaró al entrar en el Reich, me temo que deberé pedirle algún tipo de constatación de su propiedad sobre el mismo.

El rostro de mi padre se endureció.

—Se está pasando de la raya, Von Meltka. No tengo nada que hablar con la Gestapo. En todo caso, es su Ministerio de Asuntos Exteriores quien debe cursar esa petición descabellada suya.

—Créame que tengo la autoridad suficiente para solicitárselo, *Herr* embajador. Puede llamar al ministerio y corroborarlo.

Papá lo pensó por unos instantes antes de decirle:

—No será necesario. Terminemos con esta tontería suya de una buena vez. Tomó entonces el maletín con ambas manos y le mostró la pequeña placa de metal que tenía por debajo de la cerradura. Había allí unas palabras grabadas, en castellano, que decían: “Dr. Ignacio G. López de Madariaga. Médico”.

Vi cómo el rostro de su interrogador perdía su pátina de confianza para evidenciar la incredulidad por lo que estaba observando.

—¿Conforme? —preguntó mi padre.

El oficial de la Gestapo intentó balbucear alguna clase de disculpa, pero no tuvo oportunidad de finalizarla. Nosotros ya habíamos seguido nuestro camino, y salimos del edificio.

Pobre jovencita. Tendría que haber ido al hospital a verla, pero Hermann me lo ha prohibido. Ya demasiado revuelo he causado y demasiadas gestiones ha debido hacer él para disimular lo ocurrido. Tampoco, de poder ir, sabría qué decirle, en el supuesto caso de que pudiera hablar con ella.

No es mi culpa lo que le ha pasado. Yo no la obligué a nada. Ella fue quien se ofreció.

Vi el rostro de Ignacio preocupado por ella y sentí celos. Ha dejado, por estos días, sus asuntos de lado para atenderla. Es algo extraño lo que me pasa con esa jovencita. Nunca antes lo había experimentado por ninguna otra. Jamás había perdido la seguridad de ser la única mujer en la vida de mi marido.

Lo odié por eso, por dejarme de lado por otra.

No hubo reproches ni cuestionamientos de su parte sobre lo que hice. Hace como que yo no existiera, como si nada hubiera ocurrido. Sé que es algo deliberado de su parte. Se preocupa por esa niñita y a mí me abandona.

Soy, ahora, una tormenta de sentimientos por dentro. Como siempre, no comento o exhibo nada de lo que me pasa interiormente. Mi indiferencia es tan solo exterior, aunque casi todos la perciban,

desde siempre, como completa.

Culpa, vergüenza, dolor y odio: eso es lo que me pasa. Luchó contra tales sentimientos con los fracasos de mi vida con todas mis insatisfacciones. Estoy harta de sentirme insatisfecha de todo y de todos.

Sé perfectamente que son emociones subalternas. Signos de debilidad provenientes de una vida errada, no acorde al sentido de mi raza. Hermann tiene razón en eso: el dolor y la insatisfacción son los signos más visibles en mí, de un camino errado del que debo alejarme antes que persistir en él. Solo que no es nada fácil.

En mis días de soledad, vuelvo a ver a esa niña con aislada, poblada de rechazos, de la que busqué desprenderme y procuré condenar en el olvido. La misma que, una vez entrada en la pubertad, desarrolló ese don de la belleza al que echó mano para lograr casi todo lo que se proponía. Nada más opuesto esa joven a la que todos procuraban consentir que aquella niña de la cual provenía.

Tal vez sea la forma en que deba suceder, otra vez. Mutar ahora en una distinta persona con una vida acorde a lo que soy y merezco.

Sé que ello traerá aparejada una lucha con mi antigua existencia, una guerra dolorosa y no exenta de pérdidas. Pero los arios somos guerreros y estoy dispuesta a luchar y vencer en ella. No quiero ser, nunca más, una presa de esos sentimientos terribles que siempre me han asaltado.

No debo tener vergüenza, ni culpa por lo que hice, por lo que hago ni, en particular, por lo que haré por mi naturaleza. Ya no soy parte de ellos. He sido rescatada para mi raza; eso impone actuar en consecuencia.

Los débiles nunca entenderán, ni podrían hacer aquello que ahora debo llevar a cabo.

Había un pequeño café a una cuadra del hospital. Allí se dirigió mi padre. Nos cruzamos en la acera con un grupo de niños que no tendrían más de diez años, uniformados todos ellos con camisas marrones de bolsillos cuadrados, pañuelos negros al cuello y pantalones cortos del mismo color.

—Links, rechts, links, rechts.

Izquierda, derecha, izquierda... Su paso era marcial y rítmico, marcado con voz estridente por el niño un poco mayor que se situaba a un lado de las dos filas de cinco en que marchaban.

En sus brazos izquierdos, llevaban la insignia de la esvástica dentro de un rombo rojo y blanco, de las juventudes hitlerianas. La única organización juvenil a la que se podía pertenecer en Alemania. Todas las demás habían sido prohibidas, incluyendo hasta los mismos boy scouts.

Parecían soldados en miniatura. Me dio ternura y tristeza a un mismo tiempo verlos marchar así, de ese modo. Mi padre contempló su paso con enojo.

—Qué puede extrañarme que haga con los niños un gobierno que considera peligrosos y declara fuera de la ley hasta a los scouts —me dijo por lo bajo a un paso de la puerta del bar.

Entramos y nos ubicamos en una de las mesas del fondo. No estaba muy concurrido. Sobre la pared, a un lado de nuestra mesa, habían colocado un aviso. El cartel con las infaltables letras góticas, estaba en la pared decorada en madera, por encima de las cabezas de los comensales de la mesa de esa esquina.

“Die deutsche Frau raucht nicht”. La mujer alemana no fuma. Por supuesto, de los hombres no decía nada. “Malditos nazis machistas”, pensé para mis adentros.

A un lado y un tanto por debajo del cartel, se había colocado un cuadro del Führer.

Mi padre se detuvo a mirarlo antes de sentarse.

—Debe ser en casi lo único que concuerdo con Hitler —dijo con cierta expresión de sarcasmo.

Pude ver que continuaba molesto. No podía saber si era por la conversación con Von Meltka, los niños soldados o por descubrir que pensaba lo mismo que Hitler respecto del tabaco. Quizá, por todas ellas.

No era el mejor momento para decirle que yo fumaba. Me morí de vergüenza por dentro, esperando que no lo hubiera descubierto ya. ¿Sabría? Esperé que mi apariencia exterior no me delatara. Eran los momentos en que, a pesar de todas las decisiones tomadas en solitario, y todo aquello que había ya vivido de mi parte, descubría que seguía siendo, en más de un sentido, la niña de papá.

Él dejó su abrigo en una de las sillas vacías al igual que el mío cuando me ayudó a quitármelo, pero conservó el maletín aun luego de sentarse: lo aferraba ahora con ambas manos. Pidió al mozo un coñac para él y un refresco para mí. Al quedar solos, sacó por un instante del maletín una de sus manos y extendió sus dedos para observarlos con cuidado. Temblaban levemente.

—No quiero que tu madre me vea así y le vaya con el cuento a su amiguito de que consiguió intranquilizarme.

Me quedé sin saber qué decirle. Era evidente que papá sabía quién era ese hombre. Yo observé su rostro más detenidamente, él me miró. Bastó con eso para convencerme que sabíamos ambos respecto de la conducta de mi madre. Los dos conocíamos perfectamente lo que ocurría y, aun así, no nos decíamos palabra al respecto. Así éramos en la familia: gentes de palabras silenciadas.

—¿Cómo podés soportarlo tan tranquilo? —le pregunté al fin. Mi interrogación tenía más de reproche que otra cosa—: Es un monstruo, papá.

—No es el momento para ser egoísta, Constanza. Hay muchas más cosas en juego en este momento que mi orgullo viril. No puedo darme ese lujo.

—No te entiendo.

—Tampoco trates de hacerlo. Es lo mejor, dadas las circunstancias. No confundas paciencia con debilidad, hija. Solo confiá en tu padre. Únicamente aguardo el momento.

Sus últimas palabras sonaron algo amenazantes. No respecto de mí, sino en general. No parecían dichas por mi calmado padre de siempre. Probablemente él no era el de siempre.

—¿Qué hablaste con él, papá? Me dijo que cumplía su parte de algún tipo de acuerdo al darme ese maletín.

Él solo me miró, imperturbable.

—Lo que no sepas no podrá hacerte daño.

—¿Fue antes de ir a Inglaterra? ¿Hicimos por él ese viaje?

Su rostro se intranquilizó un tanto. No me respondió tampoco a eso. Mis preguntas se diluyeron en el silencio subsecuente.

Cuando llegaron las bebidas, tomó su coñac de un trago y pidió otro. Para entonces, tenía el suficiente ánimo como para preguntarle lo que en realidad había sucedido en ese pasillo.

—No entiendo lo del maletín —le dije—. Ambos sabemos quién me lo dio.

Papá esbozó una sonrisa, la primera en varios días, que trasuntaba una inequívoca satisfacción.

—Le regalé mi maletín a Luther cuando volví a la Argentina. Evidentemente y, a Dios gracias, lo ha conservado todos estos años.

—Me pidió que te lo diera. Dijo que allí estaba todo.

Papá pensó por un momento en lo que le había dicho.

—¿Lo abriste?

Asentí.

—Solo vi instrumental médico. Pero no quise revisar mucho.

Mi padre apuró su coñac.

—Hiciste bien. Lo que hay dentro es demasiado peligroso para mucha gente, empezando por el mismo Luther.

—¿Ese instrumental médico? Es lo único que tiene.

El negó con la cabeza.

—No. Contiene algo más. Solo debe buscarse en el lugar correcto.

CAPÍTULO 36

Documentos oficiales

*La indiferencia ante la muerte se nutre
de la indiferencia ante la vida.*

Octavio Paz

Apenas llegados a casa, papá se dirigió a su estudio conmigo por detrás. Cerró la puerta y depositó el maletín encima de su escritorio. Se dedicó a vaciar el contenido. Un estetoscopio, un estuche negro con instrumental y otros elementos médicos más fueron retirados de su interior. Cuando nada quedó dentro, mi padre tomó un abrecartas, y se dedicó a remover la parte inferior.

—Tiene un doble fondo. El profesor Domagk nos cargaba de tareas y odiaba que sacáramos papeles del laboratorio. Esconderlos era la única forma de poder seguir trabajando cuando llegabas a tu casa.

Sacó una especie de carpeta con hojas mecanografiadas sobre papel que tenía en el borde superior izquierdo impreso el águila aferrada a la esvástica y debajo de ella, la leyenda de *Rassenpolitisches Amt*. Era el organismo de política racial del Reich, que dirigía Walter Gross y del que el escurridizo Luther formaba o había formado parte. En la parte superior central del papel, se había impuesto un sello en todas ellas: *Geheime Reichssache*. Ultrasecreto.

Se trataba de documentos oficiales del Estado alemán, clasificados con el más alto nivel de seguridad.

La puerta del estudio se abrió, y mi madre entró. Pude ver el gesto de desagrado en el rostro de mi padre por su presencia.

—El almuerzo está listo —le dijo más a él que a mí.

Papá recogió los papeles apresuradamente y los colocó dentro del cartapacio de cuero marrón con el escudo argentino grabado en oro que siempre tenía sobre su escritorio.

—Tengo trabajo. Voy a comer aquí en el estudio.

—Puedo acompañarte, Ignacio, si querés.

—Prefiero estar solo.

Había ahora entre ellos una hostilidad apenas disimulada por los modos impecables de ambos.

Me sentía en un mundo extraño. Mamá nunca se había tomado esas tareas de avisar sobre las comidas. Siempre delegaba esa tarea en el servicio. Tampoco recordaba que se hubiera ofrecido alguna vez para acompañar a papá mientras trabajaba. Por otra parte, nunca había visto a mi padre tan cortante con ella.

—Haré que te traigan algo —dijo, molesta, antes de irse.

Una vez solos, mi padre me dijo:

—Mejor vas a comer con ella.

—Preferiría ayudarte, papá.

—La mejor ayuda, pequeña, es que me saques a tu madre de encima mientras leo esos papeles. —Su expresión se dulcificó entonces un tanto y me acarició en la mejilla—. Aparte, si se trata de lo que temo, es mejor que no tengas idea de lo que está allí escrito.

Asentí sin muchas ganas. Obedecía más por obligación que por convencimiento. Al salir y cerrar la puerta, noté que mi padre le echaba llave desde dentro.

El almuerzo con mamá estuvo dentro de lo predecible. Ella no dijo una sola palabra y, por mi parte, hice lo mismo. Se enfrascó en su mundo. Apenas se probó un par de bocados de la entrada y el plato principal sin perder sus exquisitos modales.

Fingí atender a lo que tenía en mi plato, pero mi mente estaba en otro sitio. No podía refrenar la curiosidad por lo que decían aquellos papeles. Sentía que papá había sido injusto al excluirme de esa forma.

No toqué mi postre, y pedí permiso para retirarme. Mi madre no tuvo problemas con ello. Un gesto de leve asentimiento fue toda su respuesta. Estaba tan en otro mundo como yo.

Soy la persona menos querida en mi propia casa. Constanza me detesta, e Ignacio también. Él no ha querido escuchar nada de mí desde que pasó lo de Fiamma.

Sigue sin tocar el tema respecto de mi intento de abortar. Hace como si nunca hubiera sucedido. Tampoco pregunta nada sobre mi embarazo. Es, cuando quiere, un gran disimulador. Encuentro a su silencio más mortificante que todos los reproches y enojos de Hermann.

Ha cambiado y no es solo conmigo. Desde que esa niñita casquivana empezó a rondarle no ha sido el mismo. Por algún motivo busca ocultarlo, pero lo conozco lo suficiente como para ver que ha cambiado, es como si se tratara de otra persona. Se ha vuelto huraño, medido. Sus actos, antes siempre conciliadores, tienen ahora una firme determinación. No intenta acercar posturas ni calmar las aguas. Se mueve por sus deseos y actúa en función de ellos.

Tal vez, finalmente, le haya contagiado mi frialdad y cálculo. Pero eso no va a afectarme. Estoy, luego de un tiempo terrible, mucho mejor. Reconciliada con mi naturaleza y destino, ya no me pesa la culpa, ni la vergüenza. Somos, como dice Hermann, conquistadores por derecho. Por eso podemos hacer y tomar lo que mande nuestra voluntad sin tener que sentir nada por ello.

Salí a caminar por el parque sin poder sacarme de la cabeza mis pensamientos. Encendí un cigarrillo cuidando que nadie me viera, y me dediqué a contemplar las copas desnudas de los árboles en tanto meditaba sobre qué hacer.

Sin quererlo especialmente, mi andar me condujo hasta la parte de la casa en que estaba el estudio. A través de la puerta ventana que daba al jardín, pude ver la cabeza de mi padre, que sobresalía de un sillón. Al acercarme más, vi sus ojos cerrados con los lentes de lectura aún puestos. Se lo veía, incluso en sueños, exhausto. Supuse que no había dormido demasiado, por haber llevado a su amigo hasta la estación de tren y, luego, por haber aguardado la evolución de Fiamma en el cuarto del hospital.

Vi entonces la oportunidad de salirme con la mía. Me acerqué aún más a la puerta ventana. Fiamma alguna vez me había comentado de lo fácil que era hacer saltar el pestillo de la cerradura si se introducía algo rígido entre las hojas.

Eso hice con ayuda de una horquilla del cabello. Fallé el primer intento y el segundo, pero al tercero un chasquido seco me anotició de mi éxito.

Entré procurando no hacer ruido. Con cuidado tomé los papeles de la pequeña mesa junto al sillón en donde mi padre había ido dejando las partes del documento que ya había leído.

Hojeé los papeles en extremo silencio para no despertarlo. Me sorprendió aquello que leí. Era el diseño de un plan para la supremacía de la raza aria llevado a cabo por un comité que presidió el propio Luther. Se trataba de un proyecto eugenésico que abarcaba varios aspectos; dirigido, en todos los casos, por la idea de afirmar la supervivencia del más fuerte. A medida que leía, entendí el porqué de sus remordimientos. Como especie humana superior, a los arios les correspondía afirmar su predominio sobre las otras razas de humanos y, en particular, sobre aquellos a los que calificaba como infrahumanos.

La natalidad aria debía promocionarse, aun por fuera de los carriles del matrimonio o cualquier tipo de pareja humana. Mujeres jóvenes, racialmente aptas, que hubieran aprobado un proceso estricto de selección, serían empleadas a tiempo completo, en lugares especiales, para que se aparearan con miembros de la SS. El fin de estos encuentros era poder concebir y cuidar en los primeros años de vida a nuevos miembros de la raza perfectamente saludables. Los bebés estarían bajo la tutela directa del Reich y serían formados en instituciones con exclusión de cualquier idea de familia. Con ello se lograría, con tiempo, tener personas que solo reconocieran lealtad al Reich y a su Führer.

Cualquier niño, que a su nacimiento, o con posterioridad, evidenciara signos de debilidad física, malformaciones o mala salud, sería descartado de forma inmediata.

Respecto de las personas con discapacidades físicas o mentales, se propiciaba que fueran esterilizadas y concentradas en establecimientos especiales, donde juntas de médicos determinarían si sus vidas “eran indignas de ser vividas”. En tales casos, se los eliminaría como en el caso de los bebés débiles o con malformaciones. Las familias recibirían las cenizas y una breve nota en que se comunicaba una muerte por causas naturales.

Por último todo elemento infrahumano como judíos, gitanos, homosexuales o eslavos debían ser desplazados a otros sitios o directamente eliminados de los territorios del Reich.

Me restaban algunas páginas más por ver, pero descubrí que no podía hacerlo. Tenía el estómago revuelto ya con lo leído.

Quise acomodar los papeles en donde los había encontrado, pero la mirada de mi padre, que acababa de despertar, me detuvo en tal tarea.

—Te dije que no los leyeras —me reprochó.

Musité una disculpa rápida para luego preguntarle:

—¿Realmente todo esto es cierto?

Él asintió.

—¿Qué clase de persona puede pensar de esa forma?

Papá se incorporó del sillón, y se dirigió a la ventana. Corrió levemente la cortina con una mano para ver hacia el parque.

—Alguien que ha dejado su humanidad de lado. Lo peor no es que lo hayan escrito. Estoy seguro de que van a llevar a cabo todas esas atrocidades.

—No puedo creer que haya gente tan mala.

Papá me miró con tristeza antes de contestarme.

—Por eso no quise que lo leyeras. La maldad humana es algo terrible. Es un abismo oscuro que nos marca sobre todo a edades como la tuya.

Quise protestar por lo que implicaba la referencia a mi edad, pero sus palabras se me adelantaron.

—Es terrible que haya personas que abjuren de su humanidad para convertirse en animales predadores. Porque eso es lo que son, a pesar de sus música, carteles de propaganda y uniformes. Simples bestias.

Se lo veía conmovido. Salvo por los días de la muerte de mi hermana, nunca lo había visto así. Una mezcla de enojo y desilusión anidaba en su alma.

—Alemania está en manos de una banda de desquiciados. Simples criminales que se esconden tras una ideología estúpida. Y lo peor es que poco podemos hacer para evitar lo que vendrá.

—Tenés las pruebas. Son documentos oficiales. Podrías...

Papá sonrió con amargura.

—¿Darlos a conocer? ¿A quién? Nuestro gobierno ya ha decidido ser neutral en todo lo que pase en Europa. Y, aun cuando quisiera hacer algo, no tenemos el peso internacional para provocar ningún efecto. Solo somos proveedores de otros. En cuanto a difundirlo aquí, ningún diario o persona de este país, podría o querría lidiar con esto.

Me quedé mirándolo. Como si tuviera que darme algún tipo de respuesta. Él volvió a su escritorio y, tras tomar los papeles, fue hasta el armario de caoba que estaba a un lado, contra la pared. Al abrirlo, vi la caja fuerte de acero cuadrangular, pintada de verde. Fiamma me había contado de ella. Para resguardo de los documentos delicados,

que el embajador llevaba a su residencia para trabajar o consultar, la cancillería argentina había hecho instalar una caja de seguridad Schützling.

No tenía cerradura ni discos con números o picaporte alguno. Una lisa plancha de metal. Me preguntaba cómo se abriría cuando papá apretó con su mano en uno de los extremos del marco, retirándolo a un lado y dejando a la vista los mecanismos de apertura: cuatro cerraduras de llave, dispuestas verticalmente, la primera de ella simple y las otras con combinación de contadores.

Tomó entonces una llave que siempre llevaba aferrada con una pequeña cadena al interior de su saco y me pidió que me volviese. Un minuto después oía el ruido provocado por la puerta al abrirse.

Cuando volvió a cerrarla, mi padre parecía aún más apesadumbrado.

—Por ahora están seguros. Pero por más cerraduras y combinaciones que tenga, no existe una caja fuerte que no pueda abrirse. Es solo cuestión de tiempo antes que sepan que están aquí y hagan algo para llevárselos.

—¿Aquí? Creía que la casa del embajador tenía soberanía extraterritorial. Como la embajada misma.

—Eso no va a detener a gente como Von Meltka. Hallará el modo si le doy la oportunidad.

Era cierto. Por desgracia, lo conocía lo suficiente como para no tener la menor duda al respecto.

—Estoy en una situación de compromiso. Puedo resguardar esos documentos para entregarlos a quien pueda hacer algo con ellos. O puedo descartarlos y tratar de salvar a Luther. Pero no sé si pueda llevar a cabo ambas cosas.

—¿Qué vas a hacer entonces, papá? —le pregunté.

—Ya se me ocurrirá algo. Al menos, eso espero.

Entré en su sacrosanto estudio apenas vi salir a Constanza, que cerró tras de mí la puerta. Estaba enojada, lo reconozco. Nunca antes había dejado de ser el foco de su atención. Para bien o para mal, en los buenos o malos tiempos de la relación, él nunca había dejado de considerarme... Hasta ahora. Y esa novedad, ciertamente, me tenía descentrada.

—¿Vas a seguir así por siempre, ignorándome como si no existiera? —le reproché apenas quité mi mano del picaporte.

Él me miró con ojos fríos. Fue una mirada que me sobresaltó. La había visto antes, muchas veces. Era igual a la mía al contemplarme usualmente en el espejo.

—¿Cómo pudiste? Es una vida lo que llevás dentro, como lo has hecho con todos nuestros hijos.

Su pregunta tenía el mismo tono de reproche que la mía. Percibí la ira contenida detrás de ella. En la estructura de valores tan particular de Ignacio, no le dolía tanto que lo hubiera engañado con otro hombre como que hubiera pretendido abortar un embarazo.

—Creí que era la mejor solución.

—Matando a un ser indefenso.

—Disponiendo de una parte de mi cuerpo.

—No es parte de nada tuyo. Es otra persona, gestándose, que depende de vos. Son dos cosas distintas.

—Por favor, Ignacio. No me vengas con esas cosas. No has sido el que ha tenido seis partos. Creo que ya contribuí más que suficiente a la vida o como le quieras decir.

Él negó con la cabeza.

—Nunca la vida es suficiente. Por Dios, Lucrecia si pudieras escucharte.

—Pienso perfectamente lo que digo.

—Ese es el problema. Ser una creída y egoísta.

—Sabías perfectamente cómo era, desde un principio. Y lo aceptaste todos estos años, así que no me vengas con esas.

—Digamos que tus últimas actitudes me colmaron la paciencia.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se supone que vas a hacer?

Lo desafié como pocas otras veces. Siempre, ante esa circunstancia, él había buscado aplacar los ánimos y entendernos. Eso llevaba a que yo me saliera con la mía, por regla general. Pero esta vez no sucedió así.

Me tomó por el brazo y abriendo la puerta me sacó de su despacho.

—Ya vas a enterarte.

La blanca hoja de la puerta se cerró entonces, sin más, justo delante de mis narices.

CAPÍTULO 37

Una pelea particular

*El amor depara dos máximas adversidades de opuesto signo:
amar a quien no nos ama
y ser amados por quien no podemos amar.*

Alejandro Dolina

Fiamma fue la primera sorprendida porque yo hubiera ido a buscarla al hospital. Esperaba ver a mi padre, su ángel salvador, según me dijo, para agradecerle. En una situación normal, sus palabras, aun siendo inocentes, me habrían molestado por aquello que, a la corta o a la larga, implicaban respecto de papá. Pero, en esa oportunidad, no le dije nada. No soplaban buenos vientos para ella en casa. De hecho, ese era el motivo por el que solo yo había acudido a acompañarla de regreso a la residencia.

Aun repuesta, se la veía pálida y algo demacrada. En el viaje de vuelta me preguntó si recordaba cuando habíamos ido al cine a ver *Saratoga*, casi un año atrás. Sinceramente, tuve que hacer memoria para ubicar ese día. Era habitual que, muerta la vida nocturna en Berlín, el ir al cine fuera nuestra salida más espectacular de esos últimos tiempos.

A mi amiga le gustaban ese tipo de películas, comedias románticas que se desarrollaban en escenarios lujosos con hombres apuestos de trajes a la medida y mujeres fatales de cuerpos despampanantes y

vestidos soñados. Amaba por igual a sus dos protagonistas: Clark Gable y Jean Harlow. El guion, por añadidura, había sido escrito por una de sus escritoras favoritas, Anita Loos. Prácticamente, apenas fue puesta en cartel, me arrastró para verla.

No descubrí, en mis recuerdos, la menor indicación que algo fuera de lo común nos hubiera pasado al ir a verla.

—No te acordás de lo que te comenté —me dijo con leve tono de reproche.

Negué con la cabeza.

—Jean Harlow estaba ya muerta cuando la exhibieron.

Seguía sin entender a qué se refería, pero el dato refrescó mi memoria sobre ese particular. La rubia platinada de cejas finísimas y curvadas que todos adoraban había fallecido en un hospital de Los Ángeles, seis días después de que se desmayara en el plató de filmación de esa película. Una enfermedad renal, fruto de una escarlatina mal curada, padecida durante su niñez, había sido la causa.

—Tenía apenas veintiséis años. Solo cuatro más que yo ahora. Murió sin conocer el amor de nadie, pese a todos los romances que tuvo.

Sabía que Fiamma tenía una admiración por “Baby” o “La rubia platino”, como le decían a Harlow. Le gustaba el modo en que era irreverente con la pacata sociedad estadounidense. Aún conservaba entre sus cosas, la nota que *Time* le había hecho con sus frases directas sobre el sexo. Fue la primera vez que una actriz tuvo lugar en esa revista. Adorada por el público, la crítica la despedazaba como si siempre actuara mal.

—Pensé mucho en eso mientras estuve en el hospital. Podría haber muerto, también sin haber encontrado nadie que entendiera mi amor. Como Jean, deseada por todos, incomprendida por la mayoría y amada por nadie.

Se la notaba muy afligida. Era la Fiamma real quien me hablaba. Muy a su pesar, había dejado de lado esa máscara irreverente que usaba la mayoría de las veces para mostrarse tal como era. Una persona buscando, sin hallar, alguien que la quisiera. Su confesión no era tampoco voluntaria; simplemente, ya no podía seguir guardándose los miedos y el desamparo que arrastraba desde vaya a saber cuánto tiempo atrás. La entendí perfectamente. Se trataba de un sentimiento al que yo no era extraña.

Cuando llegamos a casa, todo pareció ir de mal en peor. Sabía que papá, luego de poner a salvo su vida, se disponía a recriminarle sobre lo que había hecho junto a mi madre. Me faltó valor para advertirle en el camino. Me sentí, entonces, tan entregadora y traicionera como mi madre hizo conmigo en los cuarteles de la Gestapo.

Papá no salió a recibirnos. Solo mandó al mayordomo a decirle que esperaba a Fiamma para hablar con ella. Quise acompañarla, pero el severo hombre de servicio me indicó que se trataba de una reunión a solas, tras lo cual cerró la puerta del estudio, después de que mi amiga entrase.

Me quedé por allí cerca, a la caza de alguna novedad. No tardé en tenerlas. Incluso con la puerta cerrada, podía escucharse la discusión entre ambos. Luego de casi media hora de pelea, mi padre salió con mala cara, y mandó a llamar a mi madre. Cuando ella entró, un par de minutos después, la puerta volvió a cerrarse.

En más de una oportunidad, tuve que refrenar mis ganas de ir a escuchar junto a la puerta. No entendía lo que ocurría allí dentro. Tampoco comprendía cómo las cosas habían llegado a este punto en

nuestra familia.

Entonces fue cuando escuché el grito de Fiamma.

No entendí, ni entonces ni ahora, por qué quiso que estuviera allí. Mi presencia supuso una humillación adicional e innecesaria para ella. Ignacio fue especialmente cruel en eso. Nunca antes le había visto hacer algo semejante. Jamás se me había pasado por la cabeza que podía llegar a ser tan terrible.

La echó de nuestra casa detrás de un rosario de recriminaciones. Le achacó ser desleal, ingrata, desubicada, haber abusado de su confianza y no recuerdo cuántas otras cosas más. Ella lo miraba en su violenta diatriba con total estupor, como si no terminara de aceptar lo que él le estaba diciendo.

—Tu estadía en Berlín con nosotros ha concluido. Saqué un boleto a tu nombre para Hamburgo en tren, y de allí cruzarás hacia Inglaterra. Esperarás por tu padre con tus parientes de allí.

—¿Qué voy a hacer en Inglaterra? Tengo todo acá y no he terminado mis estudios. Tampoco conozco a esa gente, jamás mi abuelo quiso saber sobre mí.

—Deberías haber pensado eso antes de instigar a Lucrecia a que abortara.

Ella se sorprendió por esas palabras. Me buscó con la mirada, supongo que pidiendo ayuda, que aclarara las cosas. Yo, por toda respuesta, le devolví una mirada inexpresiva antes de ver a otra parte, sin darme por aludida. Las cosas con Ignacio ya estaban lo suficientemente mal como para empeorarlas por una tercera persona.

Fiamma se volvió a verlo. Lo hizo en silencio, boquiabierta, por unos instantes. No terminaba de caer en lo que le estaba ocurriendo.

Cuando se terminó de convencer de que le hablaba seriamente, ella le contestó con enojo:

—Tengo veintidós, casi veintitrés años. Soy una mujer mayor de edad, así que voy a donde quiero. Y hago lo que me da la real gana. Le guste o no, señor López.

—No cuando existe un delito de por medio. Y el aborto es precisamente eso, aquí y en Argentina. En atención al cargo de tu padre, se ha arreglado con la cancillería alemana una expulsión discreta.

—¿Y si no quiero avenirme a eso?

—Van a enjuiciarte en los tribunales alemanes.

—¡No pueden! ¡Tengo inmunidad diplomática!

—Ya no. He comunicado tu cese de la nómina de familiares a cargo de personal diplomático a relaciones exteriores. Será efectiva la semana entrante.

Fiamma le dirigió una mirada furibunda.

—¿Lo has planeado todo verdad?

Ignacio no le contestó nada ni hizo gesto alguno. Siguió de pie por delante del escritorio. Entonces ella se paró de donde estaba sentada, en uno de los sillones de cuero reservado a las visitas, y fue a donde se ubicaba mi marido. La desilusión había reemplazado al enojo en su rostro.

—¿Estás haciendo todo esto por ella, verdad? —le preguntó mientras lo miraba fijamente a los ojos. No pude dejar de sentirme aludida, aunque nadie pareciera reparar siquiera en mi presencia en esa habitación.

Ignacio no le contestó nada, pero pude ver su incomodidad por esas palabras. Por un momento, pensé que iba a abofetearlo o algo parecido; en cambio, se echó de improviso a llorar, arrodillándose delante de mi esposo y abrazando sus piernas con desesperación. Y, entre sollozos, le suplicó:

—Por favor, sé que serías feliz conmigo si me dieras una oportunidad. No veo por qué tenés que seguir con alguien que ya no querés ni te quiere. Pero tenés que intentarlo; hacer un esfuerzo. Solo dejame quererte. Yo puedo hacerte feliz, estoy segura. Mi vida carece de sentido si me apartás de tu lado.

No sabía si conmoverme o sentirme insultada. Esa jovencita expresaba su amor por mi marido con tanta desesperada intensidad que no podía permanecer indiferente a ello, por más que quisiera aparentar lo contrario.

Tampoco podía evitar las preguntas en mi cabeza. ¿En verdad lo quería de tal forma? ¿Se trataba de un sentimiento sincero o era simplemente un arrebatado producto de su impulsividad juvenil? ¿Podía Ignacio interesarse en ella, aceptarla como alguien con quien poder llevar adelante una relación?

—Te amo, Ignacio, te amo con locura. —Ella continuaba con su desesperado alegato, ante el rostro incólume de a quien se lo dirigía—. Sé que no me tomás en serio, que te parezco una niñita. Pero te amo realmente, como una mujer. Solo te pido una oportunidad para demostrártelo.

Decía lo que pensaba, mostraba sus sentimientos. No podía ser más distinta a mí.

Mi marido solo se zafó de sus brazos sin decir palabra y la levantó apelando a los suyos. La llevó entonces hasta la puerta del despacho y, tras abrirla, le pidió a Constanza que la ayudara a ir a su cuarto y preparar su equipaje.

Cuando quedamos solos, lo observé. Podía ver, en sus gestos, que estaba más que afectado. Se trataba de una de las situaciones más incómodas por las que había pasado en mi vida. Procuré ser condescendiente con ella.

—Es solo una niña confundida, Ignacio. Tal vez fuiste demasiado duro.

Él me miró con fiereza. Quizá más que la utilizaba cuando habló con Fiamma.

—No te atrevas a decir nada sobre ella, Lucrecia. Se trata de la única mujer que verdaderamente me ha amado en mucho tiempo.

Me sentí muy extraña cuando me miró. Quizá fuera porque ese día estaba particularmente susceptible. La tarde anterior acababa de despedir a Fiamma: lloramos las dos como Magdalenas. Antes de eso, había reñido ferozmente con mi padre. Jamás lo había enfrentado en esa forma. Me parecía una tremenda injusticia lo que estaba haciendo con ella, y no reparé en expresiones al respecto. Le había dicho cosas terribles, de las que ahora me arrepentía, pero no sabía cómo remediar.

Estaba sufriendo por mis propios actos. Quizás ese día no habría salido de mi cuarto, pero la llamada de Krauth me sorprendió. Me había encariñado con ese hombre silenciosamente valiente. Aun así,

no habría accedido a encontrarme con él ese día si no hubiera sido por el hecho de que era, también para él, una partida. Dejaba su propio país a causa de ir contra la corriente política.

Nos encontramos en la misma estación de trenes de Friedrichstrasse, cerca de la plataforma de trenes de larga distancia de donde debía embarcar. Vestía un abrigo largo marrón, por encima de su traje, y un sombrero de ala corta del mismo color. Solo llevaba consigo una pequeña valija negra. Supuse que habría despachado ya el equipaje.

Por esos días parecía que mi vida era una sucesión de despedidas.

Me saludó con la formalidad de siempre. Pese a todo lo pasado entre nosotros, seguía utilizando conmigo ese modo que se reserva para el trato social respetuoso.

A nuestro alrededor, la estación era una inmensa multitud que iba y venía en todas direcciones. Rostros serios, rostros alegres, todo tipo posible de ellos. Era la vida que seguía su curso, a pesar de lo que le pasara a una por dentro. Que yo me sintiera el ser más infeliz y perverso sobre la tierra, nada detenía ni a nadie importaba. El mundo de los otros siempre sigue su curso, en tanto el propio se desbarranca. Y una no tiene ninguna opción o protesta al respecto.

Hans Krauth me miraba con cierto fulgor en los ojos que no terminaba de entender. Quizás fuera agradecimiento, quizás el alivio de dejar un país que ya no era su hogar, sino un sitio peligroso. En su mano, aferraba con fuerza al pasaporte del Reich, expedido a su nombre por la intervención de mi padre. Era un favor que le había pedido yo a ese mismo hombre que había sido objeto de mis frases venenosas el día anterior. Estaba enojada con él, furiosa por haber echado así a Fiamma de nuestro lado. No debí ceder a mis impulsos e ir a enfrentarlo luego de volver de despedirla. Lo había hallado en la parte trasera del jardín, quemando unos papeles. No había que ser un

genio para saber que se trataban de los que le había hecho llegar Luther. Estaba allí, al pie de ese fuego minúsculo, y yo no pude contenerme en mis sentimientos. Colérica y fuera de mí, le había dicho que no era justo lo que había hecho con mi amiga. Que no era la única culpable, ni siquiera se trataba de la principal responsable de todo lo pasado. Que en realidad debía echar a mi madre y no a ella. Que no entendía cómo seguía al lado de una mujer tan terrible, sin ningún sentimiento, que lo había traicionado con otro y vaya a saber de quién estaba embarazada.

Papá se limitó a dejarme hablar con expresión seria. Y antes de indicarme que me fuera y lo dejara solo, me dijo una sola frase: “Algún día entenderás”.

Había intentado seguir furiosa con él. Pero, conforme pasaba el tiempo, sabía que no tenía ningún derecho a juzgarlo y condenarlo como lo hice. Aun cuando entendiera que erraba en sus actos. Carecía de ese derecho por haber sido una beneficiaria constante de su afecto y generosidad.

Sí, las mujeres de mi familia eran seres inquietos, exigentes, ásperos y dominantes, como decía mi abuela y hasta mi madre. Mujeres con iguales rasgos que el invierno. No solo formaba parte de ellas: decididamente estaba en lo peor de esa categoría.

—He pensado en alguna forma de agradecerle a usted y su padre, *Fräulein*. Créame que lo he hecho bastante. Pero no encuentro ni las palabras, ni la forma para hacerlo.

Las palabras de Hans me devolvieron a la realidad desde mis tristes pensamientos respecto a la despedida de mi amiga solo para caer en que estaba en otra de igual tipo. Al parecer, la gente por la que guardaba afecto se separaba de mí.

Le sonreí con esfuerzo. Estaba claro que mi ánimo no era el mejor aquel día. Papá, contradiciendo una vez más la circular que lo prohibía, había intercedido ante Von Ribbentrop, ahora Ministro de Asuntos Exteriores del Reich para que dejaran salir a Hans del país.

—¿Adónde va a ir? —le pregunté por iniciar alguna conversación que me alejara de los pensamientos oscuros que tenía encima.

Él se encogió de hombros.

—No lo he decidido aún. Tengo un boleto a París, pero dudo mucho que un peluquero alemán encuentre allí trabajo. Creen que el arte en el cabello les pertenece en exclusiva. Quizá vaya a Inglaterra. Los colegas son terribles allí. O, tal vez, haga honor a la visa de su padre y me dirija a su República Argentina.

—Le deseo toda la suerte, Hans. Se la merece.

Odiaba hablarle así, desde esa distancia social. Pero era como él me trataba, y no quería parecer una desubicada correspondiéndole de otra forma.

Guardó su pasaporte en un bolsillo interior de su abrigo, y llevó su mano a mi cabello. Había crecido desde la última vez que lo había cortado, ahora me llegaba cerca de los hombros.

—Nunca pensé que una de mis obras más logradas me salvaría la existencia.

Sus dedos me tocaban por debajo de la oreja, en el comienzo del cuello. Ello me provocó un extraño y excitante escalofrío por todo el cuerpo. Él pareció notarlo y retiró su mano presuroso, algo incómodo.

—Debe de ser electricidad estática —dije con una sonrisa tonta, tratando de salvar la situación.

Parpadeé una par de veces con rapidez. Escuché cómo los latidos de mi corazón se aceleraban.

—Por Dios, es tan bella. Querría creer que soy autor de parte de esa belleza, pero no es así. Simplemente saqué a la luz algo que ya tenía en su interior. Es una mujer maravillosa, *Fräulein*. Nunca lo olvide, ni deje que le hagan creer otra cosa.

Era la segunda vez que me decía eso, y sonaba delicioso escucharlo. Esperaba, para tranquilidad de mi espíritu, que en verdad fuera así. El mundo a nuestro alrededor seguía su curso, pero ya no me afligía. Lo estaba mirando ahora como él me miraba con los mismos ojos de devota admiración.

Me sentía, de improviso, como una de aquellas heroínas de los libros románticos que leía. Era como si la vida real se copiara de alguno de esos momentos de ensueño por lo que había suspirado de jovencita, momentos que aún esperaba.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Era un instante tan atractivo como incómodo, pero ninguno se atrevía a decir o hacer algo.

Veía en sus ojos cómo luchaba por decirme o no algo. Cada vez más expectante, esperaba que lo hiciera.

—Ya no tengo país, mis amigos piensan que soy un traidor, y he tenido que reducir todas las cosas de mi vida a una valija. Pero, ¿sabe lo que me apena más de todo esto? La perspectiva de que no volvamos a vernos y...

Se detuvo, de repente.

Lo miré intrigada, aguardando por lo que iba a decir. Él se sonrió apenas.

—Olvídelo, es una tontería.

—Por favor, Hans.

—Me pone celoso pensar que otro va a tocar ese cabello suyo. Es decir...

Fue mi turno de callarlo.

—Entiendo perfectamente lo que quiere decir.

Un guarda de estación, en uniforme azul con gorra de visera roja, pasó cerca de nosotros anunciando el tren a París.

Era el momento de la despedida.

—Volverás a tocarlo, Hans —le dije—. Y ningún otro va a hacerlo entretanto. Aunque deba dejármelo tan largo como lady Godiva.

Yo misma me sorprendí del atrevimiento de mis últimas palabras. Él se sonrió débilmente, en tanto comenzábamos a caminar hacia donde estaba el tren. Pude verlo en sus ojos: no creía que lo prometido por mí fuera a suceder.

Odié que hubiera llegado ese momento de tener que separarnos. Él me tendió la mano, siempre tan formal, y yo maldije en mi interior ese rasgo suyo. Esperaba que fuera, dado las circunstancias, un tanto más desubicado, y hasta atrevido.

Cuando aferré su mano, vi sus ojos brillantes. Entonces él tiró de mí hasta tenerme en sus brazos. Todo sucedió muy deprisa. Fue un gesto imprevisto que me descolocó totalmente. Tenía su cuerpo pegado al mío, pero no hice amague de separarme. Quizá por la sorpresa o porque, en el fondo, era eso lo que quería.

Dejó caer su valija al suelo, y sus manos recorrieron mi nuca, mezcló los dedos en mi cabello. Seguía mirándome y su piel olía a perfume de pino. No podía pensar en nada, solo me sumergí en mis sentimientos. Quería que me besara. Cerré los ojos y esperé que lo hiciera. Sentí, por un instante, sus labios juntos a los mismos. Fue solo un instante, antes de retirarlos, presuroso. La pasión es un fantasma que se encuentra y se pierde en el lugar y con la persona menos pensada.

—No sé qué me pasó —me dijo él con ojos de asombro—. No quise...

—Yo sí —le dije con resolución y, también, cierta molestia. Un beso interrumpido antes de nacer, eso era todo a lo que habíamos llegado. Un punto en nuestra relación, más imaginada por mí que llevada a cabo por ambos, algo que no me conformaba en lo absoluto.

—Es una locura, ya lo hemos hablado. No tiene sentido que la arrastre a un imposible. No debe hacerse ninguna expectativa sobre mí.

Una vez más, ponía distancia entre nosotros. Supuse que no quería complicar más las cosas, sobre todo para mí con promesas que no sabía si podía o no cumplir.

Sonó el silbato de una locomotora en alguna parte. Llamaron de nuevo para abordar el tren a París. Me abrazó entonces, como se abraza algo que va a perderse. Eso me impresionó un poco.

Cuando nos separamos, un guarda montado sobre el estribo de uno de los vagones, nos miró con un gesto de desaprobación. La gente que estaba terminando de subir en él, también nos observa con rostros serios. Un poco más allá, cerca de donde terminaba la plataforma e iniciaba la parte pública de la estación, había dos agentes con uniforme verde que nos miraban, por debajo de sus negros y

lustrosos chocó con el águila de la policía con expresión dudosa, sin decidir si debían o no hacer algo con nosotros. Era curioso verlos así. Pero tal como estaban las cosas en Alemania, no me sorprendía nada de ello. Quizás, en breve, sería un delito abrazarse o besarse en público. Si es que no lo era ya.

Hans debía partir, pero todavía yo lo sujetaba de una mano. Entonces él retiró la suya y me dijo:

—Te pido una última cosa. Por favor, Constanza, solo quiero que me olvides. Es lo mejor para los dos.

Se lo veía emocionado, pero no pude decir ni hacer nada. Sus palabras me habían dejado petrificada. Él entonces me volvió la espalda, subió al tren. Y ya no lo vi más.

Traté de ubicarlo por alguna de las ventanillas recorriendo el andén hasta su fin. Pero el tren partió sin que hubiera podido lograr eso.

Solo me quedé allí, donde la plataforma terminaba para abrirse a un mar de vías. Permanecí por un buen rato con la vista fija en esos vagones que se hacían más y más pequeños hasta desaparecer.

Estaba conmocionada. Una vez más era rechazada, aun cuando fuera con las mejores intenciones. A veces una no se da cuenta de cuánto le importa alguien hasta que lo pierde. Fue allí, la primera vez que entendí eso.

CAPÍTULO 38

La sorpresa menos pensada

Es un gran mal el de no saber decir con resolución sí o no.

Otto von Bismarck

Esa noche pendía sobre nosotros una luna gloriosa. Inmensa, clarísima, con un pálido toque de oro, redonda. Procuraba, sin éxito, emular al sol en derramar su luz sobre nosotros.

El invierno era dueño y señor de todo alrededor nuestro, y estaba particularmente gélido en esa parte del puerto. Aun con mi abrigo sentía frío. Dieter se sacó entonces el capote naval azul oscuro con botones muy dorados y lo colocó sobre mis hombros.

Agradecí ese gesto, y no solo por el calor que me proporcionó. Desde la partida de Fiamma y mis hermanos, me sentía muy sola. Lo pasado con Hans, ese rechazo suyo antes de irse también, me había dejado con el ánimo y la entereza por el piso.

Era imposible no poblarse de nostalgia y tristeza, no rememorar ciertas cosas, por estar donde estábamos. En ese mismo puerto de Hamburgo arribamos a este país, años antes. Los recuerdos se adherían a mi mente como abrojos en el campo a las ropas.

Los recuerdos de la Argentina eran cada vez más borrosos. La designación de papá como embajador ante el Reich alemán se había prolongado más de lo esperado. La niña que era entonces, ahora había

mutado en una joven que buscaba ser reconocida como mujer.

Había llegado con mi familia a la ciudad puerto para una visita oficial en respuesta a una invitación de la Cancillería. Prometía ser para mí uno más de esos aburridos actos de auto-exaltación del régimen. Pero todo eso cambió cuando Dieter llamó a nuestro hotel y pidió permiso a mis padres para visitarme. Ambos, por supuesto, aceptaron. Él era de las pocas cosas, acaso la única, en que papá y mamá concordaban.

Tras un encuentro a tomar el té en el mismo hotel donde nos hospedábamos, me había invitado a salir a cenar aclarando, tras su invitación, que era solo “como amigos”. Luego de comer, tendría una sorpresa para mí, en otro lugar. Lo dijo muy serio, enfundado en su elegante uniforme azul oscuro de oficial naval. Tal como haría cualquier comentario importante respecto del servicio en la marina.

Había en sus insignias una nueva y fina franja de oro entre las dos gruesas que le había visto, anteriormente, en sus mangas. Suponía el ascenso a un grado superior, revelador de los buenos vientos que impulsaban a su carrera naval.

Había prometido mostrarme inmune a sus aires de misterio, pero, como era usual, me perdió la curiosidad.

—¿Adónde vas a llevarme?

El dejó de lado, entonces, su seria apostura para sonreír un tanto. Me había atrapado en su red, y lo sabía.

—Ya lo verás. —Fue toda su respuesta.

Luego de recogerme y cenar en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, tomamos un taxi al puerto, del que bajamos para caminar por los muelles. Estaba oscuro y, salvo por la luna y las siluetas de los barcos, nada más se veía por dónde íbamos.

—Todo esto es un poco extraño —le confesé. Estaba tentada de tomar su brazo, pero no lo hice para no tener malos entendidos. Él me amaba, pero yo no a él. Debía combatir mis temores ante lo desolado de donde estábamos de otra forma.

—Es algo tarde para tenerme miedo —me dijo él con esa expresión intermedia que sabía tener, entre serio y divertido. Odiaba cuando se ponía con esos modos. Sobre todo porque nunca sabía realmente si decía en broma o no las cosas.

—¿Acaso debería temer algo de un oficial naval alemán? —le retruqué.

No me contestó nada a eso. Lo vi detenerse en un gran portón para golpear la gruesa madera con sus nudillos. Se abrió luego de unos instantes y salió un adormilado soldado en uniforme de marinero con casco de acero azul y un fusil al hombro. Se saludó militarmente con Dieter y cambió con él unas palabras antes de revisar los documentos de ambos y dejarnos pasar.

Entramos en un amplio muelle que finalizaba en una serie de diques secos. Pude sentir el aroma al mar proveniente del lugar en la oscuridad a donde estábamos yendo.

Allí estaba su sorpresa, todavía en el dique seco, entre las grandes columnas de acero pertenecientes a inmensas grúas tipo pórticos que se elevaban al cielo, intercaladas con otras del tipo cigüeña. La luna derramaba la luz suficiente como para poder apreciarlo, aunque con claroscuros.

Lo habían engalanado a sus costados con larguísimas guirnaldas blancas y rojas, una bandera nazi inmensa se extendía cubriendo su proa. No era grande, ni muy grande, sino inmenso. Poseía tales

dimensiones ese casco desnudo situado delante de nosotros, destinado a ser un buque de guerra, que a su lado parecíamos del tamaño de simples insectos.

Mantenido en la posición correcta por los gigantescos soportes que conformaban su cuna o cama de construcción, pronto sería botado al mar para terminar de construirlo.

Estaba maravillada. Nunca había podido imaginar que un buque pudiera ser tan grande en todo sentido: tan alto, tan largo, tan ancho de manga.

—Constanza, te presento al *Bismarck* —dijo Dieter con un timbre de orgullo inocultable en su voz—. Por ahora solo tiene su casco, pero un día será el acorazado más poderoso y moderno que haya surcado los mares de Europa.

Me había dejado sin palabras. Solo me quedé allí, absorta ante la vista a la luz de la luna de esa inmensa mole de acero, pintada su parte inferior en rojo y la superior en gris.

—Me propuse mostrártelo antes que lo vieran todos. Quería que lo tuvieras para ti sola.

Era adorable. Sí que sabía cómo deslumbrarme. Debería habérselo agradecido, pero mis pensamientos, en ese momento, solo estaban dirigidos a fascinarme con la inmensidad de la técnica naval que tenía enfrente de mí.

—¿Podemos subir?

Fue una pregunta estúpida de mi parte: saltaba a la vista que me había llevado precisamente para eso. Ascendimos por una escala, despojada yo de mis zapatos. No volví a colocármelos hasta que mis

pies pisaron la madera de teca de la cubierta. No quise preguntar a Dieter cuántas regulaciones militares estaba rompiendo al llevarme justo a dónde nos hallábamos.

El ahora *Kapitänleutnant* Lüth me dio un recorrido completo por la desierta y plana cubierta del navío. A diferencia de su parquedad en la base de submarinos, esta vez fue mucho más amplio en sus comentarios.

—Tendrá poco más de cuarenta mil toneladas de desplazamiento normal y diez mil más a plena carga. Doscientos cincuenta metros de eslora, y treinta y seis de manga. Una gruesa cubierta acorazada y mamparo anti-torpedo.

—¿Y su planta motriz?

—Doce calderas Wagner y tres turbinas de vapor Blöhm & Voss que accionarán tres hélices de tres palas. Alcanzará con facilidad una velocidad de treinta nudos.

Me indicó, a la luz de la luna, los lugares en donde se situarían las cuatro grandes torretas blindadas, de dos cañones cada una, que compondrían la batería principal.

—Sus nombres son “Anton” y “Bruno” las situadas en la proa, y “Cæsar” y “Dora” las de popa, todas ellas con cañones dobles de trescientos ochenta milímetros. Luego tendrá dieciséis cañones de ciento cincuenta milímetros como batería secundaria, también en montajes dobles y otros cuarenta y cuatro de diversos calibres para protección contra aviones. Todos ellos dirigidos por tres radares y asociados a los telémetros de proa, popa y en la cofa del buque.

Entendí por qué la *Kriegsmarine* depositaba tantas esperanzas en este barco. Sería, en el mar, una verdadera fortaleza flotante con lo más avanzado que se hubiera visto, desde técnicas de construcción a

instrumentos de puntería.

—¿No te asusta que pase todos estos datos a nuestro agregado naval?

—No lo harías. Aparte, los argentinos no son nuestros enemigos ni podrían serlo nunca. Por lo demás, cualquiera que vaya en un par de días a la ceremonia de botadura, podrá deducir la mayor parte de lo que te he dicho.

—¿Crees que no traicionaría al Reich?

Lo estaba probando, quería ver hasta dónde conservaba esta tranquilidad. Dieter me miró con ojos serios.

—Si revelarás algo de todo esto, Coti, no estarías traicionando al Reich, sino a mí. Y nunca harías eso.

Bajé la vista, abrumada ante la sola perspectiva de eso. Mi actitud confiada y hasta canchera me abandonó por completo. Descubrí, entonces, lo mucho que él me importaba. Más de lo que habría querido reconocer a nadie, especialmente a él.

—Es cierto. Quién habría dicho que me conocerías mejor que yo misma.

Él me miró más y más cerca de mí.

—Y eso no te gusta. Te hace pensar que te quita ese aura enigmática que preside siempre tus encantos con esa mezcla de niñita y *femme fatale*.

También estaba en lo cierto respecto de eso, pero no se lo dije.

En ese instante, me besó. Supongo que aprovechó mi momentánea guardia baja, por saberme descubierta en aquello que prefería reservarme sobre mi forma de ser. Se aproximó rápido y sin aviso previo. Era lo esperable en un submarinista, aunque podía ver que los lobos grises gustaban de ese tipo de gestos no solo para hacer entrar en acción a sus buques sumergibles. La tibieza y presión de sus labios sobre los míos me disparó algunas emociones que no preveía. Besaba bien, más que bien.

—¿Aún seguimos siendo solo amigos? —me dijo al terminar. Le brillaban sus ojos. Solo Dios podía saber por cuánto tiempo había tenido entre manos hacer eso.

Miré a algún punto más allá de él. Temía que, si lo veía de frente, no diría lo que pensaba decir.

—Por supuesto que sí. No debiste hacerlo.

Procuré adoptar cara de molesta.

—No te vi abofetearme —replicó él.

—Debería haberlo hecho. Todavía estoy a tiempo, así que no me tientes.

Ahora sí podía verlo a los ojos, porque estaba molesta. Pocas cosas me sacaban más que un hombre se hiciera el irresistible conmigo, Dieter incluido.

Me gustaba tener el control. Desde hacía tiempo había descubierto que esa mandona dentro mío no cesaba de tomar cuerpo y hacerse más y más presente. Corría con pasos muy grandes hacia ser alguien bastante distinto de esa niña con ilusiones que había llegado, un par de años atrás, a este país. No sé si para bien o para mal, pero el tiempo pasado en Alemania me había cambiado, quizá para siempre.

—Sé perfectamente lo que has querido hacer: seducirme con todo este ambiente. Abusaste de mi debilidad por las grandes máquinas — le reproché.

Él no acusó el golpe.

—Si así fuera, ¿podrías culparme por ello? —me retrucó sonriente. Se veía que disfrutaba de estar allí, conmigo, como un niño al hacer una travesura.

En ese punto, mis sentimientos eran, cuándo no, ambivalentes. Por una parte le estaba agradecida por haberme compartido ese momento. Contadas personas ajenas a su construcción podían caminar por esa cubierta antes de que el barco fuera botado. Por la otra, me fastidiaba lo que representaba: una nueva constatación de que los nazis avanzaban a pasos de gigantes en la supremacía de todo tipo de técnicas de guerra.

Miré a derecha e izquierda, por delante y por detrás nuestro, para asegurarnos que estuviéramos allí realmente solos. No era muy fácil, ni muy saludable por esos días, expresarle lo que tenía en mente:

—Dieter, te considero una muy buena persona. No entiendo cómo alguien así puede servir tan tranquilo a los nazis.

Por fin, le había dicho lo que me molestaba desde hacía ya tiempo. Justo desde la época en que empecé a sentir que abrigaba sentimientos respecto de él.

—Alemania es mi Patria, Coti. Juré servirla, sea quien sea el que esté al mando.

—Aunque unos patanes como los nazis sean quienes la gobiernen con un loco ambicioso como Hitler a la cabeza de todos ellos.

Él no se inmutó por mi comentario, tampoco hizo esfuerzo alguno por desmentirlo, pero siguió sin variar de opinión.

—Es a quien los alemanes han elegido para que los gobierne. Debo respetar eso.

Era un hombre que me exasperaba. Sobre todo, cuando no compartía mis ideas. Por alguna razón, no me importaba cómo pensaban los demás, pero sí él. Sonrió entonces. Como era usual, mi molestia por nuestras diferencias parecía ponerlo de buen humor.

—Veo que te encanta hacerme enojar —le recriminé.

—Me divierte el hecho de que una mujer tan libre no soporte que el hombre que la acompaña tenga otro punto de vista sobre algunas cosas.

—Sabés que tengo razón —insistí sin poder rebatir lo que acababa de decirme. Sobre todo, porque era una más de las contradicciones que llevaba por dentro. Esperé que no fuera tan transparente a sus ojos en otros temas.

—El nacionalsocialismo no salió de un repollo, Coti. Tampoco de una revolución ni de un golpe de estado. Fue votado en elecciones. Eso me basta, sobre todo cuando, como militar, debo guardarme mis opiniones de si me gusta o no un determinado gobierno.

—Es una locura lo que estás diciendo.

—No. Simplemente es lo correcto, lo único honorable. Puede no gustarme Hitler, Coti, pero cada decisión suya ha sido refrendada en plebiscitos por el pueblo alemán. Me parece mucho más democrático que servir a un rey, solo porque es hijo de otro rey, como pasa con los ingleses.

—Es decir que, si hay una guerra, pelearás por Hitler.

Él me miró muy serio.

—Sinceramente espero que no la haya, Coti. Pero si es así, no dudes que voy a luchar por Alemania con mi mayor esfuerzo. Sea quien sea el que dirija al país.

Podía ser tan irritante a veces con ese insensato e ingenuo sentido de la obediencia. Supongo que eso, fuera una virtud o un defecto, resultaba un rasgo del carácter típicamente alemán. Además, debía reconocerle que, más allá de ser un experto en ingeniería naval, resulta también un profesional orgulloso de serlo, un auténtico exponente del marino apolítico y enteramente volcado al mar. Descubrí que no podía molestarme demasiado con él por creer sinceramente en algo. Pero no me gustaba lo que eso conllevaba en el presente.

—Esa honorabilidad tuya, Dieter, va a llevar al mundo al abismo.

Luego de decirla, me pareció una frase algo exagerada. Estaba siendo injusta con él. Dieter solo actuaba según los dictados de su conciencia, de buena fe. Aun cuando estuviera terriblemente equivocado.

—Si estuvieras junto a mí en ese abismo, no dudaría en ir directamente a su encuentro.

Touchée. Aun cuando había escuchado antes frases de ese tipo, y resultaba algo almibarada para mi gusto, no dejó de tener un gran efecto en mí. Tal como esos torpedos que me había comentado que tenía idea de hacer: primero atraviesan el casco del buque para luego estallar muy dentro de sus entrañas.

Me odié por no poder amarlo como él me amaba. Siempre había sido una enorme tentación que podía dar por tierra todos mis proyectos de mujer independiente. Corresponder a sus sentimientos

era repetir la historia de mi madre, de colocarse al lado de un hombre para acompañarlo en su vida en lugar de transitar la propia. Todo eso lo sabía, pero allí estaba él. Frente a mí con su rostro a un palmo del mío, tan apuesto y seductor en ese uniforme suyo a la luz de la luna. Quería escapar, pero no podía, mis piernas se negaban a moverse. Mi lógico cerebro de cuasi ingeniera podía darme mil razones para no ceder a sus encantos, pero las emociones y la excitación crecían dentro de mí, hundiendo toda posibilidad de raciocinio. No era justo para él corresponderlo en ese lugar solo porque me sentía muy triste por mi situación familiar; no era justo alentar falsamente sus esperanzas cuando sabía que nada cambiaría entre nosotros.

No debía hacer nada de lo que tenía en mente. No era justo ni conveniente. Todo eso lo sabía, pero igual terminé haciéndolo.

Esta vez fui yo quien lo besé. Sabía que iba a arrepentirme luego, en la mañana, cuando pensara las cosas con más calma. Una relación con él podía ser un hermoso sueño, pero carecía de todo viso de razonabilidad. Solo podía ser eso, un sueño que no iba a tener asidero alguno en el mundo real. Pero ahí, en ese momento, con mi cuerpo presionando sobre el suyo y mi boca buscando engullir sus labios sedosos y firmes, eso no me importó en lo absoluto.

Fue mucho más que una gran ceremonia. Se trataba de otra muestra palpable de que Alemania volvía a tomar el lugar en el mundo que le correspondía.

El genio de nuestro Führer se ha demostrado una vez más al negociar un nuevo acuerdo con Inglaterra, que reemplaza y amplía el firmado en 1935, liberándonos de las últimas cadenas impuestas por el oprobioso Tratado de Versalles.

La reciente Conferencia Naval en Berlín entre los representantes del gobierno Alemán, Joachim von Ribbentrop y del gobierno Británico, Samuel Hoare, ha liberado al Reich de las limitaciones de tonelaje en cuanto a los buques de guerra. Ya no deben ocultarse ciertos avances en la materia y pueden ser abiertamente mostrados al mundo con legítimo orgullo.

El astillero Blohm & Voss de Hamburgo se engalanó para la ocasión. Ignacio no tenía muchas ganas de asistir, pese a estar invitado formalmente al igual que todo el cuerpo diplomático. Nuestra relación no pasaba ya hace mucho por un buen momento, pero sé dónde tocar para lograr lo que me interesa. A Constanza no le gustaría para nada enterarse de que ha sido ella la causa que su padre finalmente nos trajera a ella y a mí.

—No voy a seguir aparentando lo que ya no somos —me dijo a mi sugerencia de asistir.

—No te pediría que lo hagas por mí, pero deberías pensar en tu hija. Ella es una apasionada de los barcos y no todos los días botan a uno de tales dimensiones en Alemania.

Logré, a regañadientes, convencerlo con eso. A la llegada al hotel en Hamburgo, me di con la primera sorpresa: nuestro cuarto tenía camas separadas. Fue un pequeño precio a pagar por poder estar allí en ese día glorioso.

La ceremonia ha sido muy emotiva. Una gran multitud asistió, banderas con la esvástica y guirnaldas con los colores nacionales habían sido colocadas por todas partes. Dorothee von Löwenfeld, nieta del canciller Otto von Bismarck, fue a quien le cupo el honor de bautizar la nave con el nombre de su abuelo estrellando la botella de champagne de rigor contra la proa del buque. El Führer dio un

discurso que emocionó a todos. Habló de lo que quiere Alemania y de lo que espera conseguir en un muy próximo futuro: la grandeza a la cual nunca debió renunciar.

Ha estado completamente a tono con el motivo del festejo: el Bismarck será el acorazado más grande jamás construido por Alemania y uno de los mayores botado por cualquier armada europea.

Constanza ha estado en su salsa, ya que pudo conversar con quienes diseñaron el acorazado. Dieter Lüth, ese apuesto y joven capitán de la Kriegsmarine no se ha separado un minuto de su lado. Hacen una buena pareja. No me molestaría, en lo absoluto, verla comprometida con ese hombre. Tal vez el matrimonio, esa palabra que aborrece en sus fantasías de independencia juvenil, no esté tan lejos en su vida como a ella le gustaría creer.

Ignacio ha sido bastante frío conmigo en todo momento. Han contribuido a ello, supongo, las felicitaciones que recibe a causa de mi embarazo, que ya empieza a evidenciármeme.

Al parecer, estoy recibiendo lo que por tanto tiempo he brindado. Es una sensación extraña. Nunca pensé que él, le hiciera lo que le hiciera, podría estar así de distante conmigo.

CAPÍTULO 39

Arrepentimientos

*Para qué sirve el arrepentimiento,
si eso no borra nada de lo que ha pasado,
ni puede cambiarlo.*

José Saramago

Al siguiente día de volver a Berlín, cuando papá fue a salir para la embajada, le pedí si me podía acercarse a la *Technische Hochschule*.

Ya estaba dentro del auto, y por cerrar la puerta nuestro chofer, cuando terminé de juntar valor para llevar a cabo lo que venía, desde hacía horas, dando vueltas en mi cabeza.

No era que necesitara que me llevara. Mis clases empezaban mucho después. Solo buscaba una oportunidad para poder aplacar mi culpa. La había esperado por días, en Berlín, y también cuando fuimos a Hamburgo, sin que se me presentara. En vistas de eso, decidí, poblada de dudas y remordimiento, provocar yo mismo esa ocasión.

Parada allí, mientras sostenía mis libros con ambas manos y tenía que sostener, también, su seria mirada, no podía ser más desdichada todavía. Aún no sabía por qué le dije lo que había dicho. Amaba a mi papá y, por eso mismo, apenas podía tolerar el hecho de estar peleada de esa forma con él. Sin embargo, aquel día, el último que Fiamma estuvo entre nosotros, lo había tratado como si lo odiara. No fueron solo palabras duras aquellas que le dije. Buscaba herirlo.

Quizá mi madre tuviera razón sobre las mujeres de la familia y me estuviera convirtiendo en ese ser terrible que había predicho.

Mi padre se tomó su tiempo antes de contestarme. Nunca antes lo había visto tan sombrío en relación a mí. No parecía enojado, sino dolido. Eso no hacía más fácil el tener que lidiar hacia dentro con mi conciencia.

Supongo que se compadeció de mi expresión, pues unos momentos después me hizo un gesto seco para que entrase al auto.

Me acomodé junto a él, en el asiento trasero del auto. El chofer cerró la puerta y se dirigió a su lugar, detrás del volante. Unos instantes después, partíamos en medio de un silencio incómodo.

Mi padre desvió la mirada al otro lado de donde estaba, hacia la ventanilla, contemplando el cansino tráfico de Tiergartenstrasse a esa temprana hora. Yo seguía mortificándome en mi interior sin saber cómo decir lo que necesitaba hablar con él.

—Lamento todo lo que dije, papá —al fin las palabras salieron de mi boca.

Él se volvió a mirarme sin perder la seriedad en su expresión.

—Está bien.

—No, no lo está. Fui cruel.

—A veces es difícil separar la crueldad de la honestidad. Es terrible, pero no deja de ser cierto.

—Quería lastimarte.

—A veces necesitamos conmover con una sensibilidad fuera de lo común para transmitir un mensaje. No seas tan dura con vos misma. Estamos pasando tiempos difíciles; todos. Nos sobrepondremos.

En verdad quise creerle; pero no estaba muy segura de que fuera a ser así.

—Sabés que podés contar conmigo. Es más, quiero ayudarte.

Él buscó mostrarse sorprendido.

—Gracias, lo tendré presente.

—Papá, te conozco —insistí, por lo bajo, acercándome a él. Ese agradecimiento tan diplomático suyo era signo de que no iba a participarme de nada de lo que tenía en mente—. Sé que estás en algo.

—No quiero que te mezcles en todo esto —me dijo en voz tan baja como yo se lo había dicho.

Noté que mi expresión se endurecía.

—No me trates como una niña, papá. Te lo he dicho muchas veces.

—Ya has vivido demasiado a tu edad, Coti. Quiero creer que fue algo inevitable. Tu abuela enseñaba como maestra en una escuela distante de la ciudad con solo dieciséis años. Tu madre dirigió sus cosas desde que murió su padre a los veinte años. Pero, aun así, no dejo de culparme un poco por ello.

—Papá, por lo que sea, he vivido lo que he vivido. No vamos a poder cambiar eso. No puedo dejarte así, solo con todos tus problemas. No es correcto y nunca me lo perdonaría.

—El mundo es un lugar devastador, Constanza. Tenés que aprender a proteger tus emociones si no querés que las adversidades de la vida te destruyan. Puedo hacerlo solo, no te preocupes. Hice lo que hice, porque quiero dejarte a un lado de todo el asunto. Olvidarlo todo y seguir adelante.

Yo, por mi parte, me mantuve firme.

—Ya soy parte de lo que sea que esté pasando, papá. Y no voy a dejar de estar a tu lado.

Él no me contestó. Habíamos llegado al edificio principal de la *Technische Hochschule*. Cuando bajé para fingir que iba a las clases, papá bajó conmigo y despidió al chofer.

—Pensé que tenías que ir a la embajada.

—Puede esperar. Solo cuestiones de rutina antes de entregar el cargo. Además, no quiero testigos de lo que voy a decirte.

—¿Desconfías de Gerber? Ha sido nuestro chofer desde que nos instalamos aquí. Y del anterior embajador también.

Él se mostró especialmente cauto. Caminábamos, como dos peatones más, por la avenida.

—Desconfío de todos. Sería muy inocente pensar que la Gestapo no tenga algún informante en casa.

No supe qué contestarle a eso. La idea de tener a alguien en casa que informara sobre nuestra vida me hacía sentir ultrajada.

—Mi deber es protegerlos... Hice lo que tenía que hacer, aunque no lo entiendas.

Supuse que me hablaba de quemar los papeles de Luther. Dios, era un hombre tan idealista que me daba miedo lo que pudiera ocurrirle. Estaba descubriendo a pasos agigantados que el mundo podía convertirse en un lugar terrible para esa clase de personas. Hans Krauth era un ejemplo de eso. Preso, golpeado y obligado a autoexiliarse solo por no pensar como la mayoría.

—Sabés que podés contar conmigo.

—No quiero meterte en nada de todo esto, Constanza.

Había algo más. Todavía nada estaba concluido. Sus palabras me rebelaron eso.

—Yo estoy con vos —le dije—, en lo que sea que tengas en mente hacer, y no quieras contarme.

—De ninguna manera.

Mi padre fue rotundo en su respuesta. Trataba de ponerme a salvo de lo que fuera a venir. Si hubiera sabido entonces en todo lo que me metía, creo que lo habría pensado dos veces. Pero lo ignoraba y por eso me negué de plano a dejarlo que hiciera de Quijote en solitario.

—Un hombre solo es siempre algo sospechoso. Con una mujer joven pasa más desapercibido.

Él me miró, indeciso. Cedió al fin, luego de unos momentos de pensarlo:

—Es como renegar con un espejo de uno mismo —me dijo, y yo me llené de orgullo. Una pequeña chispa de luz en la oscuridad de los sentimientos que vivía por esos días.

Me abrazó, y yo lo aferré con fuerza también. Volvía a sentirme a salvo en sus brazos. Entonces él me miró. Papá no solo era mi héroe. Era mi luz y mi conciencia última. Aquel que me decía de forma inapelable si algo era bueno o malo. Cualquier cosa que me ocurriera, valdría la pena por esa mirada suya de orgullo, que ahora posaba sobre mí.

Desde el exterior, la nueva cancellería presentaba un aspecto severo, inspirado tanto por el neoclasicismo cuanto por el art decó sobrio que tanto caracterizaba a la arquitectura en boga en el Reich nazi. Tenía tres niveles, ventanas cuadradas y varias astas para banderas.

Ingresamos desde la Wilhelmplatz, a través de las grandes puertas destinadas para el acceso vehicular; se detuvo nuestro auto en el majestuoso Ehrenhof o patio de honor. La entrada principal del edificio estaba flanqueada por dos estatuas de bronce del escultor Arno Breker: el Wehrmacht y el Partei, las fuerzas armadas y el partido.

Descendimos del vehículo en medio de los consabidos saludos protocolares. Ignacio y Constanza iban con sus rostros muy serios, como si se tratase de asistir a un entierro. Fuimos conducidos entonces a una sala de recepción de mediano tamaño, cuyas puertas dobles resultaban altísimas, de casi diecisiete metros de altura, y que, al abrirse, nos dieron acceso a una gran sala revestida en mosaico y mármol rojo.

Subimos por varias amplias escaleras. En el rellano de una ellas, pude ver la sorpresa de ambos al observar en el cuadro colocado en una esquina el parecido que la valquiria retratada tenía conmigo.

Tras cruzar una sala redonda con techo abovedado, llegamos a una gran galería, de un centenar y medio de metros de largo, cuyas ventanas daban a la Vossstrasse. Allí nos esperaban para llevar a cabo aquello para lo cual habíamos ido.

Habría deseado que mi padre viera a su hija ser condecorada por la cabeza del estado alemán. Yo misma, ni en mis más remotos sueños, lo habría creído posible.

Ignacio tenía sus prevenciones respecto del evento. Tanto que solicitó la autorización a nuestra cancillería para recibir la medalla e insistió en que fuera una ceremonia privada. Esto último no me ha gustado especialmente, pero no puedo culparlo. Soplan vientos de guerra en Europa, y las instrucciones de Buenos Aires son mantener una prescindencia en las actitudes que puedan comprometer futuros alineamientos o neutralidad del país.

La cancillería alemana se encargó de despejar cualquier prevención al respecto. No se trata de un reconocimiento oficial, propiamente dicho, sino de una muestra de la estima del Führer a mi persona. Nada de ello quitaba un ápice a la importancia del galardón. Es la mayor honra que una mujer puede obtener en el Reich. Y me alegra especialmente que se me distinga por la maternidad. He dejado todos mis sueños de independencia personal, y he consagrado una vida por esos seis hijos con un séptimo en desarrollo.

Ehrenkreuz der deutschen Mutter. Esa cruz de honor de la Madre Alemana, ahora pende de mi cuello, sujeta por una cinta azul con dos franjas blancas a cada orilla. Es asombroso su parecido con la cruz de hierro. Se trata de una cruz latina, cuyos brazos con de color azul con bordes blancos, se ensanchan hacia los extremos terminando en una suerte de pequeño arco hacia dentro.

En el centro de la cruz se halla un escudo con la inscripción “Der deutschen Mutter“, a la madre alemana, alrededor de una cruz gamada en esmalte negro, bordeada por un hilo de color bronce.

Detrás del escudo y entre los brazos de la cruz hay una proyección de rayos, en plata. En su revés puede leerse la inscripción “Das Kind adelt die Mutter”, el niño ennoblece a la madre.

La merezco sobradamente por todo lo que he debido perder por ser madre. En el futuro, las madres alemanas con seis o siete hijos tendrán una igual. Y las con ocho o más, una versión en oro. Magda Goebbels ha sido la primera en recibir ese oro.

No entendí por qué, en medio de la situación que estábamos, papá accedió al siguiente día a cumplir con un deseo largamente pedido de mi parte: enseñarme a conducir.

En una situación normal, mamá habría dicho que las mujeres no deben conducir. Que es a cargo del hombre llevarlas a donde necesiten. O procurarse ellas que las lleven. Pero en las actuales circunstancias de tirantez, no dijo palabra.

Mi ánimo no era el mejor. Traté de negarme, pero él no admitió excusa alguna y pronto salimos de casa a buscar un lugar donde mi inexperiencia en la materia no conspirara contra el tránsito de la ciudad.

Mi padre había prescindido del chofer, por lo que éramos solo nosotros en auto esa mañana de sábado. No podía evitar, pese a mi ansiedad porque finalmente llegáramos a dónde tenía pensado cederme el volante, una cierta nostalgia. Fiamma ya no estaba, papá y mamá apenas se dirigían la palabra, mis hermanos ya habían partido. En pocos días, él dejaría de ser embajador, y Berlín posiblemente

sería un hecho del pasado. No me atrevía aún a preguntarle qué iba a ser de nosotros, cuando, finalmente, no hubiera una razón oficial para quedarnos allí.

Parecíamos un huracán que expulsaba de sí a todos. Había en nuestra casa más silencio que en una iglesia. Se trataba de un silencio triste, incómodo, que distaba de cualquier carácter sagrado. No me atrevía a decir quién era el responsable de todo eso. Lo más fácil era adjudicar la culpa a mi madre por todo lo que nos pasaba, pero presentía que estábamos inmersos en una situación mucho más compleja.

Tal vez fuera yo, involuntariamente, quien provocaba todo. Temía pensar que eran mis rebeldías las que habían destruido la poca unión que quedaba entre mis padres.

Solo mi madre parecía encantada de la vida por esa estúpida medalla que le habían entregado. Debí guardar las formas en la ceremonia, mi padre me había hecho jurarle que me portaría como correspondía y no iba a decepcionarlo, pero me costó, y mucho. Todo el acto tuvo un brillo por demás pretencioso y la hipocresía estuvo a la orden del día. Ver a Hitler colocando la cruz de la maternidad alemana de segunda clase a mi madre era demasiado para asimilar. A esa altura, sabía por demás lo terrible que era esa persona, pero más me indignaba otra cosa. Que mi madre fuera condecorada por su maternidad me sonaba tan ridículo como que Atila el Huno fuera reconocido por su pacifismo con el Premio Nobel de la Paz. Más aun, cuando estaba embarazada en esas condiciones tan peculiares.

Volví a estar a un palmo de Hitler y ser saludada por él sin poder desentenderme del influjo que su presencia provocaba. Pese a todo lo que aborrecía su régimen y, además, lo que sabía de él, no era inmune al encanto que desplegaba.

Navegaba en un mar de incógnitas y pérdidas. Eso era mi vida entonces. Por eso, pese a ser algo añorado desde hacía tiempo, las clases de manejo no me emocionaron demasiado.

Dejamos atrás Tiergarten y luego Charlottenburg. Mi padre miraba tanto al espejo retrovisor como hacia adelante. Supongo que por si nos seguían. Nos adentramos en Grunewald y estuvimos allí dando vueltas. Luego cruzamos el Havel hacia el oeste, por la Heerstrasse, hasta entrar en el distrito de Wilhelmstadt para luego torcer al sur.

A esa altura, había olvidado mis ganas de conducir. Sabía que estaba formando parte de algo mucho más importante.

Pasamos por la *Luftkriegsschule II Berlin-Gatow*, la escuela de formación para la nueva fuerza aérea alemana, abierta un par de años atrás, y ubicada, como no podía ser de otra forma, en un aeródromo. Según mi padre, una mera imitación de su similar inglesa, la Royal Air Force College, que se encontraba en Cranwell.

—¿De qué se trata todo esto, papá? —le pregunté al fin.

—Solo lo que me pediste, hija.

Esa fue toda su respuesta. No pregunté nada más, estaba claro que no me contestaría. Miré por la ventanilla y vi que bordeábamos el Havel hacia el sur, por un camino arenoso en medio de prados y arboledas.

Terminamos en el ingreso de una casa señorial, de estilo francés con un gran parque por delante y que daba al río Havel por detrás. Parecía abandonada, pero la verja de ingreso estaba abierta.

—Es aquí —me dijo papá como si con ello fuese suficiente para contestar todas mis preguntas.

De pronto, vi claras las cosas. Nunca antes, que recordara, habíamos estado en ese sitio.

—No solo había esos documentos en ese maletín. También te decía dónde encontrarlo.

Mi padre solo asintió en tanto llevaba el auto hasta el frente de la casa. Una persona salió presurosamente de ella e indicó por señas que siguiéramos a un lado de la edificación principal. Papá disminuyó la velocidad, y el hombre se acercó a la ventanilla para indicarle un punto entre unos árboles.

—Lo mejor es dejarlo dentro de ese cobertizo, Ignacio. Ahí estará resguardado de miradas indiscretas.

A pesar de que se había dejado crecer la barba y de que llevaba una gorra de campesino en su cabeza, pude reconocer de inmediato a quien había dicho esas palabras.

No era otro que el escurridizo doctor Ludwig Luther.

Por esos días, Hermann insistió en que conociera su nueva casa.

Se hallaba en el sector de Grunewald, justo junto al lago. Una sólida mansión construida en piedra gris con techo de tejas rojas, erigida entre lánguidos árboles añosos y una verde alfombra de césped que descendía hasta la orilla del agua. Tenía en el jardín trasero una cancha de tenis dispuesta detrás de un jardín con parterres de plantas en flor, alrededor de una fuente de mármol con grandes peces de colores.

Dentro de la casa había alfombras orientales, grandes retratos antiguos con marcos dorados, una mesa de comedor de nogal con dieciséis sillas tapizadas en azul y un alargado salón lleno de

elegantes piezas francesas. La casa disponía de cinco dormitorios en el piso de arriba y tres cuartos de baño revestidos en mármol.

—Muy bonita, no quiero pensar en lo que puede haberte costado.

—Muy poco, en realidad.

La había adquirido por una suma simbólica por intermedio del órgano del Reich que administraba las propiedades de los judíos.

El 26 de abril de 1938, el gobierno alemán había exigido que todos los judíos registraran los bienes que excedieran los cinco mil Reichsmarks, los que luego pasaron a disposición de Hermann Göring, el “comisionado del plan cuatrienal”, para utilizarlos “en provecho de la economía alemana”. Menos de ocho meses después, el 3 de diciembre, se emitió el Decreto para el Uso de la Propiedad Judía, Verordnung über den Einsatz des jüdischen Vermögens, por el cual “arianizaban” en forma obligatoria todos los comercios judíos. Muchos prefirieron vender a un precio por debajo del valor del mercado que perderlo todo.

El último de los decretos había sido una directa consecuencia del asesinato, el 7 de noviembre de 1938, de Ernst von Rath, secretario de la embajada alemana en París por un joven judío polaco de origen alemán, Herschel Grynszpan.

—Fue un golpe de suerte absoluto —me dijo Hermann por aquellos días—. Casi tendríamos que darle las gracias a ese justiciero estúpido. Von Rath no solo no era nazi, sino que lo vigilábamos por sus ideas opositoras. En realidad, fue matar dos pájaros de un tiro.

A la muerte de Von Rath, convertido ahora por la propaganda de Goebbels en un dedicado servidor del Reich, le siguieron las represalias contra los judíos alemanes.

La primera de ellas fue la orquestada reacción en la noche del 9 al 10 de noviembre llamada Kristallnacht o noche de los cristales rotos, en que grupos del partido y la Gestapo habían atacado y quemado comercios y viviendas de judíos, golpeando, apresando y hasta eliminando a muchos de ellos.

Luego, fueron forzados a pagar una multa colectiva de mil millones de marcos al gobierno nazi. La casa de Hermann era una de las propiedades vendidas para abonar esa suma.

Caminé por esas estancias sin inquietarme mucho por su origen. Todo estaba impecable, aunque la veía algo desprovista de, cómo se diría, personalidad. Parecía como si su nuevo dueño no lograra imprimirle ese carácter que hacía que el lugar donde se vivía reflejara la personalidad del propietario.

Por supuesto, no le comenté lo que pensaba.

Hermann dejó el cuarto reservado a sí mismo para el final. Tenía las paredes recubiertas por paneles de madera. En el centro se ubicada una ancha cama con una exquisita cabecera talada con imágenes de caza y un pie de cama de petit-point francés.

Enfrente de ella, un cuadro dominaba la vista. Su primera vista me dejó inmobilizada en donde estaba, cortó mis pasos en seco. Me quedé sin aliento al advertir de qué obra se trataba: la valquiria triunfante para el cual había posado.

Volví a observarla, como si no pudiera comprender lo que pasaba. Un segundo vistazo arrojó otros detalles que la sorpresa de la primera impresión había dejado pasar desapercibidos. No, no se trataba exactamente de esa obra, la que por lo demás el gobierno había comprado para decorar la nueva cancillería del Reich. Era una

muy similar, la misma figura con igual pose e idénticos elementos, solo que esta valquiria no vestía túnica sino que se hallaba, por completo, desnuda.

—Como verás, pedí al pintor que hiciera otro bajo mis especificaciones.

Observé el lienzo sin saber si sentirme insultada o halagada. Era mi cuerpo, ciertamente. Uno que, a pesar del tiempo, conservaba razonablemente los poderes de seducción que lo habían destacado desde siempre. Era evidente que Hermann debió de brindar detalles al maestro Hilz. No me ruborizó el hecho de pensar lo que habría sido tal conversación. En cambio, me hizo despertar cierto orgullo.

Vi que Hermann no quitaba tampoco los ojos de la obra. Entonces, él recitó los antiguos versos del Helgakvida Hjörvardssonar, en la parte que refieren a la espada de Sváva.

Conozco espadas

en Sigarsholm,

cincuenta hay

guarda solo cuatro;

hay una

que es la mejor de todas,

la destructora de escudos,

de oro brilla.

En su empuñadura está la fama,

*y el coraje,
en su punta el temor,
de los enemigos de su dueño;
en su hoja yace
una víbora con manchas de sangre,
y una cola de serpiente
alrededor en su hoja se enrosca.*

Se acercó adonde yo había quedado plantada, por la impresión de la sorpresa. Deslizó la mano con rapidez sobre mi cadera y la llevó hacia abajo. Experimenté entonces, un cierto rechazo. Fue un sentimiento impensado, instintivo, pero claro y firme. Algo en mí lo rechazaba. Tardé unos momentos en darme cuenta el porqué. Lo mismo que me había atraído a él ahora despertaba mi resquemor: su poder.

Hermann no era Ignacio, no gastaba esfuerzo en seducciones ni, incluso menos, en agradar. No le importaba nada de mí, mi estado o mis sentimientos. Tomaba y gozaba como se conquista un campo de batalla, entraba en mi cuerpo como quien asaltaba una fortaleza.

Tuve que usar todo mi tacto para poder refrenarlo un tanto, mientras me quitaba las ropas, cada vez más excitada y asustada al mismo tiempo. Desde esa noche en Bavaria, nuestros encuentros habían sido cada vez más aplastantes por parte suya. Pero ese creciente sentimiento de dominación no impedía que el deseo me

punzara por dentro. No me gustaba, no me resultaba grato, obedecer su voluntad. Lo que menos deseaba era complacerlo, pero el deseo era cada vez más y más intenso.

Me empujó hacia atrás, sus ojos centelleaban. Separó los labios y vi el brillo de sus dientes en una sonrisa que tenía poco de afecto y mucho de conquista.

Me echó sobre la cama, enfrente de su bendito cuadro. Lo hizo a lo largo de la cama. Sentí entonces esa salvaje presión sobre mis muslos y la embestida, fortísima, de su cuerpo sobre el mío. No buscaba, como mi marido, fundirnos en uno. Yo solo era el instrumento de su placer.

A pesar de todo eso, de su poder sobre mí, de estar sometida por debajo suyo, me desbordaba. La presión, particularmente en mi vientre, allí mismo donde germinaba otra vida, hacía explotar en mí extrañas sensaciones. Había algo en todo eso que me embriagaba, acallando todas las prevenciones de mi conciencia. Era algo extraño, inentendible. Solo estaba allí, provocándome un placer culposo, temeroso, marcado por el signo de lo inevitable.

La idea de que se me estuviera castigando por algo, que no lograba entender, pero que no pudiera hacer otra cosa que aceptarlo, me excitaba. Lo asociaba a esa niñez mía y a mi padre con su continuo reproche desde el silencio, que fingía que yo no existía. Aquí, como en ese entonces, disfrutaba cuando me castigaba sin importar la intensidad del golpe. Era la constatación de que yo existía para él, aunque más no fuera a su pesar, pero existía.

Por un momento me perdí en tales rememoraciones angustiantes. Se trató de un instante que duró una eternidad, que ni los jadeos ni las embestidas de Hermann pudieron interrumpir.

Cuando volví allí, advertí que, aun con su frenesí por poseerme, no me miraba. Su vista parecía clavada en la mujer del cuadro, hecha a mi imagen y semejanza.

Eso debería haberme excitado, haberme satisfecho, como me pasaba a mí cuando me contemplaba en el espejo, en los días que Ignacio gustaba de complacerme. Pero no pasó nada semejante. En su lugar, sentí miedo.

Apenas acababa cuando sentí cómo él quitaba la presión de mi cuerpo, separándose de mí. Se replegó a un lado de la cama, exhausto y pronto cayó en el sueño.

Pensé por unos momentos si conformarme o disgustarme por eso. Tal como me pasaba últimamente, no supe qué decidir. Hermann me anulaba, me quitaba toda posibilidad de actuar por mí. No fue la primera vez que me descubrí pensando en hacer lo que a él le gustaría que hiciera. Mi carácter independiente parecía haber entrado en un cono de sombras.

Salí entonces de la cama. Quería separarme de él, aun cuando supiera que se trataba de algo imposible. No podría hacerlo, ni Hermann lo permitiría.

Me quedé un momento de pie ante el cuadro, desnuda y descalza. Lo volvía a recorrer con la mirada. Era una copia casi exacta del otro con la salvedad de que esta que observaba carecía de túnica: mostraba aquí todo su cuerpo sin la velada insinuación de la otra pintura.

Siempre había visto en su rostro joven una emanación de la satisfacción por el triunfo, pero esa vez no lo percibí de tal forma. En cambio, se me antojó que la valquiria estaba sumida en un estado de

profunda tristeza. Sus armas dejadas de lado; su casco, quitado adquirirían otro sentido: el hartazgo de ser algo que ya no quería, la necesidad de escapar de lo que era.

Ojalá no fuera así. Lo deseé con todas mis fuerzas sin terminar de engañarme al respecto.

CAPÍTULO 40

Monos desnudos

*Amurallar el propio sufrimiento es arriesgarse
a que te devore desde el interior.*

Frida Kahlo

La residencia, por dentro, se hallaba amoblada, aun-que olía a encierro en varios sitios y faltaba aseo en otros. Me pregunté cómo un perseguido del estado, podía vivir así, en un lugar de lujo.

Por suerte para mi curiosidad, papá le preguntó sobre ello.

—Es una de las propiedades confiscadas a los judíos. Tenía a un conocido en el departamento que se encargaba de disponer de ellas. Un día fui a verlo con cualquier excusa y aproveché un descuido de su parte para revisar el archivo. Desaparecí con la carpeta de esta propiedad. Que mejor lugar para esconderse que en una finca propiedad del Reich.

—Hasta que se den cuenta de la carpeta faltante.

—Están atestados de trabajo. Para cuando alguien caiga en la cuenta de que falta una, pasarán meses. Por no decir que solo tendrán un número de carpeta que no encuentran.

Habíamos sido conducidos, durante la charla, al sector de las cocinas. Allí nos invitó a sentarnos en la mesa que alguna vez habría usado el personal de servicio.

—Las despensas están llenas con buenas reservas de casi todo. Más allá empiezan los cuartos del personal. Uso uno de ellos: son más discretos que las recámaras de los pisos superiores. Todo allí da a un patio interno que nadie puede ver desde fuera. —Señaló una puerta a su derecha—. No puedo quejarme, de momento.

Se levantó y alcanzó a la mesa, sobre una bandeja de metal, una tetera de porcelana con tres tazas que estaban sobre una mesada. Al parecer, lo había preparado antes de nuestra llegada.

—Lamento no poder brindarles algo más elaborado.

—No estamos aquí para ser agasajados, Ludwig —le dijo mi padre en tono comprensivo.

—Me pregunté muchas veces, en estos días, si aceptarías mi pedido de venir. Sé que te pongo en riesgo, pero realmente deseaba verte por última vez.

—Pusiste no solo el día, sino hasta la hora. ¿Por qué la exactitud?

Luther se encogió de hombros. Buscaba aparentar una tranquilidad que internamente no tenía.

—Quería estar en libertad de acción. Probablemente habría esperado un día más o dos, antes de apresurar lo inevitable.

—Son palabras que suenan trágicas —le recriminó mi padre. Pero él le sostuvo la mirada muy serio antes de decirle:

—Estoy precisamente en esa situación. Van a atraparme y no sé si podré aguantar lo que habrán a hacerme antes de matarme para saber a quién he contado algo y qué cosas. Tampoco quiero traicionar a mis amigos.

—Lo habrías pensado antes de mezclarse con esa clase de gente —le dijo mi padre. Y entendí entonces que no estaba dispuesto a tenerle contemplaciones, pese a tratarse de un amigo. O, tal vez, precisamente a causa de ello.

Luther me miró entonces. Vi la expresión de un hombre cansado, no solo físicamente. Parecía haber agotado su espíritu y hasta la fe en la condición humana.

—Nunca tuve tu suerte, Ignacio, de poder formar una familia maravillosa como la que tienes. Una bella esposa, rica además, e hijos que harían cualquier cosa por ti. Nunca pude encajar con nadie, ni sentirme cómodo haciendo otra cosa aparte de teorías científicas.

—Fuiste el que escribió esos papeles —le dijo mi padre indiferente a las palabras que acababa de oírle decir. No se trataba de una pregunta.

—Sí.

—Me preguntaba cómo es que habías podido elaborar semejantes aberraciones.

Era una pregunta incómoda. Lo noté en el semblante de ambos.

—Yo mismo no lo sé —noté que Luther pensaba en lo que decir al mismo tiempo que hablaba. Y que no le era cómodo hablar de ello—. Supongo que me enamoré de una teoría. Era trasladar a Darwin y su selección de especies al nacionalsocialismo. Sinceramente, creí que podía lograr algo útil, al menos al principio.

—¿Y luego?

—No quería reconocer que había errado. Me asusté de hasta dónde había llegado. Caí en la cuenta de lo que realmente implicaba. Tarde, lamentablemente. Ya otros conocían en lo que estaba trabajando; y todos a mi alrededor, empezando por Gross, me alababan por eso.

—El orgullo es el peor pecado del hombre —lo reprendió mi padre. Él asintió en silencio—. Eran seres humanos, Ludwig, sobre los que escribías, no células o bacterias. Tampoco entiendo cómo otros, todo un gobierno, han podido aceptar esas locuras que pensaste.

—Hay ciento noventa y tres especies vivientes de primates, Ignacio. Ciento noventa y dos de ellas están cubiertas de pelo en el cuerpo.

Me quedé mirándolo sin comprender lo que decía. Por lo que vi, mi padre estaba tan desorientado como yo.

—¿Y la otra? —pregunté.

—Somos nosotros. Los monos desnudos que se pusieron a sí mismos el nombre de homo sapiens.

—¿Te has vuelto zoólogo, Luther? —la pregunta de mi padre no estaba exenta de cierta dosis de molestia. Estábamos en riesgo por quedarnos allí, en su compañía. El tiempo pasaba y nada parecía rebelarme el sentido por el que estábamos allí. Como todo científico, mi padre desconfiaba de aquello que no podía entender. Y a la charla de su antiguo amigo de estudios, como podía ver en su expresión, no la entendía en absoluto.

—Solo somos eso: unos monos desnudos. No hemos perdido ninguno de nuestros impulsos animales. Procuramos disimularlo con el hecho que tenemos el mayor cerebro de todos los primates, pero nada quita que siguen existiendo y nos gobiernan todos esos impulsos animales primarios. Solo pensamos un poco más

ordenadamente, porque hace miles de años nos hicimos carnívoros y las proteínas aumentaron el volumen de nuestro cerebro. Pero nunca hemos dejado de ser animales. O, peor aún, seres con impulsos bestiales.

—¿Es esa tu disculpa por lo que escribiste?

El negó vehementemente con su cabeza.

—No intento disculparme. No pido, ni espero, perdón. Me avergüenzo de lo que hice. No es sobre mí que lo digo, es por ellos. No esperes nada halagüeño, Ignacio. Pierde toda esperanza de que tengan algún rasgo de humanidad si es que eso aún existe. Van por todo. Y, si se salen con la suya, el mundo será bastante distinto de cómo lo conocemos. Por supuesto que para peor.

No era necesario que precisara en absoluto a quienes se refería.

—Como sea, lo que se pretende hacer está en esos documentos que te di. No sé si logre conseguir detener algo. En todo caso, ya no es una cuestión mía, sino tuya.

Mi padre lo miró muy serio.

—Sigue siendo un asunto tuyo. Los quemé.

Luther lo miró primero con extrañeza y, luego, con estupor. Mi padre contestó a la pregunta que le rondaba en la cabeza de su antiguo amigo antes de que se animara a formularla.

—No voy a permitirte dejar morirte así como así.

Noté que el rostro de Luther comenzaba a enrojecerse. Sangre de ira.

—¡Los quemaste para forzarme a irme de Alemania!

Se lo dijo como si fuera una acusación.

—Los quemé, entre otras cosas, para salvar a un amigo. De sí mismo para empezar.

—¡No tenías derecho!

—No me hables de derechos, Ludwig. Siempre fuiste el mismo bastardo insensible. ¿Es tu egolatría, verdad? Si no te alcanza el coraje para el trabajo de verdugo, has decidido inmolarte como una víctima. En uno y otro caso, sin importarte lo que les pase a las personas que te aprecian.

Él pareció más sereno al contestarle:

—No entiendo tus palabras.

—Yo creo que sí. Al demonio con tu pretendida autosuficiencia. Voy a intentar ponerte a salvo, quieras o no.

—Estás loco. No podría dar un paso en la calle sin que me arrestaran.

—Entonces estoy rematadamente insano, porque vas a salir de Alemania.

Luther sonrió entonces. La suya era una sonrisa a media, no exenta de acidez.

—¿Viniste hasta acá con un plan, verdad? Como en los tiempos de la universidad. Y supongo que vas a hacerte el misterioso hasta que lo lledes a cabo. No vas a decirme nada para que lo descubra a medida que van pasando las cosas como eras en el laboratorio.

—Veo que la memoria no te falla —dijo papá sin perder la seriedad que había tenido en toda la charla.

Se encaminó hacia la puerta y me hizo señas que lo siguiera.

—Vendré en uno o dos días. Estate preparado. Solo podrás llevar lo puesto.

La conversación había terminado.

Volvieron muy silenciosos. Se demoraron demasiado para tratarse de una primera práctica de manejo.

Sé que él planea algo y que mi hija es parte de ello, pero desconozco qué es.

Realmente, ha sido cuidadoso en sus arreglos. Pero existen pequeños detalles que lo delatan. No está su pasaporte, ni tampoco el de Constanza en el lugar donde deberían.

Hermann me presiona por respuestas. Quiere que cualquier cosa que sepa se la informe sin pérdida de tiempo a través de nuestra ama de llaves, Frau Flüßen.

No sé si está bien lo que hago. Hay momentos en que me siento una traidora y otros en que entiendo que solo cumplo con mi deber. No es fácil pensar ni decidir nada, más en mi estado de creciente gravidez, que siempre nubla un tanto la claridad de mis determinaciones. Estoy entre dos hombres, muy distintos; entre dos banderas. Recordé las palabras de Ignacio cuando nuestro hijo partió a su unidad en Baviera: no se puede servir a dos señores.

Como sea, no tengo otro sitio en esta historia que resultar la malvada. No con ellos. Es una muestra más de que ya no pertenezco aquí. Mi familia ha dejado de serlo, como también mi casa. Busco entonces a Frau Flüßen para decirle que arregle un encuentro con Hermann. La encuentro preguntándole al chofer por el kilometraje

del auto. No me cabe duda de que es Hermann quien le ha pedido que averigüe eso. Me mira con distancia, y hasta con cierta superioridad. Pareciera que ella, y no yo, es la que realmente manda en la casa.

Probablemente sea así, mal que me pese admitirlo.

Un poco más tarde, salgo a caminar por el Tiergarten, como se ha convenido, hasta divisar su auto en donde habíamos establecido encontrarnos.

Hermann, en el estrecho habitáculo de pasajeros, me mira al entrar y sentarme junto a él. Me besa con decisión, pero eso no me conmueve como otras veces. Tengo la cabeza en otro sitio. Él se muestra sorprendido de mi parquedad. Finjo no reparar en eso, pero su voz no me deja otra alternativa.

—Estás algo distante hoy, Liebchen. No me dirás que todavía sientes algo por él.

Lo dice con la certeza de los vencedores. Ha cambiado, de un tiempo a esta parte, conmigo. Su idea de una compañera es estar totalmente subordinada a él. La igualdad que he disfrutado con Ignacio durante años ahora se esfuma. La extraño, pero no voy a reconocerlo, y menos a él.

—Lo nuestro terminó hace mucho. Solo que ninguno de los dos quiso concluirlo.

Es lo que debo decir, más frente a un hombre de tanto cuidado como él. Para mis adentros, no sé si realmente sea de esa forma.

—Pues que bien. A nadie conviene que terminen.

Lo miro sin entender.

—Tu valor para el Reich depende de estar a su lado. Su familia es influyente en Argentina. Y creemos que lo será aún más en el futuro inmediato. No por tu esposo, sino por su hermano.

Fijo la vista en él sin terminar de asimilar lo que implica todo cuanto acaba de hablarme. Tal vez nunca me quiso por mí, puede ser que solo se acercara a mí por Ignacio y su puesto.

—Tu misión es permanecer a su lado.

—Tal vez ya no sea posible.

Él me mira antes de hablar, como el amo que imparte una orden.

—Deberás hacer lo que tengas que hacer, pero seguirás a su lado. Y, sobre todo, deberás hacer que te diga dónde está ese maldito traidor, amigo suyo. Sé que lo sabe.

CAPÍTULO 41

El peor de los cumpleaños

*El miedo a envejecer nace del reconocimiento
de que uno no está viviendo la vida que desea.
Es equivalente a la sensación
de estar usando mal el presente.*

Susan Sontag

Por esos días cumplí mis veintiún años. No podía creer el número. Antes, se me antojaba estar a una eternidad de mi mayoría de edad. Ahora, me parecía muy poco. Con todo lo vivido en los últimos tiempos, me sentía, al menos, una década mayor.

Una joven vieja. Así me percibía, en esa jornada, a mí misma, en tanto abría los ojos. Se suponía que estaba en una época de sueños y esperanzas, pero en lugar de ello solo podía experimentar tristeza y una desilusión sobre muchas cosas.

Vivía mi cumpleaños como una especie de condena.

Luego de terminar de espabilarme, observé que papá había dejado su regalo justo a un lado de la cama. Hacía eso desde que era niña. Se trataba de un paquete con moño y todo, sin tarjeta, pero con un sobre de carta cerrado. Siempre ansiosa por las sorpresas, dejé a un lado el sobre y abrí la caja: descubrí un par de zapatos negros de fiesta dentro.

Eran hermosos. No estaban, claro está, a la última moda, sino se los veía más bien clásicos. Así era papá, y ese detalle no me importó en lo absoluto. Prefería un padre cariñoso e ignorante de lo que usaban las mujeres a todo lo contrario como era mi madre.

Hasta no hace mucho, habría empezado a planear en dónde los estrenaría. Pero ese día, no tenía ánimo ni compañía con quien salir para eso.

Pensé en Fiamma, en dónde estaría en ese momento y en por qué no me había escrito. Era como si la tierra se la hubiera tragado. Claro que, de la forma en que papá la había echado de casa, no podía culparla por esa distancia.

Un par de golpes discretos a la puerta me sacaron de esos pensamientos. Era nuestra ama de llaves, *Frau Flüssen*, que venía a entregarme varios telegramas y un recado escrito de mi madre. Ella había escrito en una de sus tarjetas de visita social de su mano: “Feliz cumpleaños, hija. Tu madre”.

No supe si reír o llorar por tan medida muestra de su pasión por guardar las formas. Tomé una pluma de mi valija universitaria y escribí detrás de la tarjeta: “Gracias por acordarte, Constanza”. *Frau Flüssen* volvió a llevársela con el encargo de entregarla a mi madre, no sin antes decirme que ninguno de mis padres se hallaban en casa. Papá había debido ir imprevistamente a la embajada por un tema urgente y la escritora de esquelas de visita tenía una reunión, cuando no, en lo de Magda Goebbels.

Mi padre le había, asimismo, dado instrucciones de llamarlo cuando despertara para saludarme.

Le dije que no lo hiciera, que luego lo llamaría yo. Lo que fuere que lo había hecho ir hasta allí debía de ser algo grave y no quería distraerlo ni importunarlo. No por ahora, al menos.

Con la indicación de que nadie me molestara, me quedé sola en el cuarto. Miré a la cama que había sido de Fiamma, sobre la cual todavía se hallaba el gran paquete en que tía Julia y tío Mariano habían despachado desde Argentina mi regalo, casi un mes atrás y que solo por un día se anticipó a la fecha pensada de recibo. Un abrigo largo de visón con solapas de seda negra. Muy a la moda, pero con ese toque de elegancia clásica que le gustaba a la tía.

Esboqué una sonrisa triste al comparar todas las preocupaciones que debían haberse tomado para enviarlo con la parca frase de mi propia madre.

Reparé entonces que, en medio de esa cama desocupada, había una carta. Era la que tenía, encima, el regalo de papá y que había dejado allí en el apuro por abrir su obsequio. Al tomarla, reconocí de inmediato la letra de mi padre en el sobre, en donde había escrito: “Para mi hija muy amada”.

Desgarré el papel y la leí. Papá, pese a todas sus responsabilidades y problemas que lo ocupaban, no se había olvidado escribir algunas palabras para mí:

Mi muy querida niña: no te ofendas porque utilizo este término. Sos para mí tan querida, y tu felicidad a lo largo de esta vida compleja ha sido tanto motivo de mi preocupación como un gran consuelo ante la adversidad. En mi corazón, nunca dejo de sentirte como esa niña optimista que aún está creciendo, aunque, sin embargo, sepa los años que tenés y admire tu inteligencia y tu madurez. Ya no tengo una niña, bien lo sé, aunque intentaré disimular ese hecho cuanto pueda.

Has vivido, has acertado y has errado. Puedo asegurarte que acertarás y errarás mucho más aun en los años venideros. Tu camino recién comienza. No te desilusiones por la adversidad, por las malas

personas que conozcas, por los fracasos o decepciones que tengas. Mientras haya vida siempre va a existir la posibilidad de revancha de todo eso. Te quiero, te adoro y te amo con fuerza. Sos un verdadero alivio, cuando descubro que mi camino en la vida se halla tan avanzado que ya empiezo a vislumbrar las sombras que vendrán, más pronto que tarde, a cernirse finalmente sobre mí. Inicio el descenso de esa montaña que vos solo principiás a ascender. Has sido y sos la alegría de mi vida. Solo espero poder asistir a muchos más festejos como este. Feliz cumpleaños y mayoría de edad. Te ama con todo el corazón, tu padre.

Me fue cada vez más difícil su lectura. La emoción me ganó desde sus primeras palabras. Terminé de hacerlo con lágrimas en los ojos.

Pobre papá, para él seguía siendo la de siempre. Yo ya no era así para mi desdicha y creciente preocupación. Una creciente apatía había ganado últimamente mi carácter.

Luego de lagrimear por un buen rato, todavía con la carta de papá en la mano, mucho más sosegada, me dediqué a los aspectos formales de la fecha. Había telegramas que agradecer.

Me dediqué a leerlos, por fortuna, sin experimentar tanta emoción como la pasada. Alguna antigua amiga del internado y otro, muy extenso, de mi abuela. Me enviaba sus bendiciones y un pedido de cuidarme sin ceder a la impulsividad familiar. También me pedía que, en las próximas vacaciones, fuera a verla a Córdoba. “Supongo que puedes faltar unas semanas de ese país sin que revoquen tu autorización de ingreso”, me decía con ese tono afable y jocoso que siempre empleaba conmigo. Quería darme, en persona, mi regalo por la mayoría de edad. Concluía esperando que estuviera cumpliendo

todos mis sueños sin hacerme mala sangre por aquellos que no podía lograr. Era joven y tenía toda la vida por delante. Concluía brindándome “su mejor afecto y cariño más profundo”.

Me puse a escribir la respuesta. Estaba en eso e intentaba disimular mis verdaderos sentimientos para procurar conseguir unas líneas que parecieran alegres, cuando tocaron a mi puerta.

Era *Frau* Flüssen, otra vez.

—Dije que no quería ser molestaba.

—Sí, *Fräulein* pero el capitán Lüth insistió en que se le avisara que está abajo.

El buen Dieter. Me alegró que la fecha no le pasara desapercibida.

—Dígale por favor que bajaré en un momento.

Saqué de mi armario una pieza del guardarropa, comprada al efecto de mi cumpleaños y que muchas veces había pensado en qué sentiría cuando me la pusiera. Lo hice sin sentir nada en particular, salvo la extraña sensación de tener las piernas enteramente cubiertas. Al verme en el espejo, noté con alivio que los pantalones color arena me sentaban. Con una camisa blanca y un pañuelo al cuello, combinaría perfectamente.

Lástima que mi madre hubiera salido. Le habría dado un ataque verme vestida así. En su idolatrado Reich, tal prenda era patrimonio exclusivo de los varones.

Al bajar por la escalera, Dieter me estaba esperando al pie de ella. No vestía uniforme, ni traje de calle, sino un atuendo por demás informal: zapatillas de tenis blancas, pantalones de dril blanco, camisa blanca y chaqueta de caza de cuero marrón.

—Veo que ya te has vestido para la ocasión.

Lo miré extrañada. Escondía sus manos por detrás de la espalda.

—¿De qué ocasión hablas, Dieter?

—Pensaba llevarte de picnic, por tu cumpleaños, aprovechando el buen tiempo. Supongo que no festejarás hasta la noche.

En realidad, si fuera por mí, no iba a festejar nada. Pero era más que probable que papá terminara haciéndome cambiar de idea cuando llegara.

—¿No tendrías que haberme preguntado primero?

—Por supuesto que no. Eso habría arruinado la sorpresa.

Sonreí, de verdad, por primera vez en el día.

Fue entonces cuando él me reveló lo que se traía entre manos: su regalo. Me extendió un estuche forrado en terciopelo azul. Lo abrí y me asombré de inmediato por su contenido. Un par de aros tipo lágrima y un collar, estilo art decó, ambos en oro y perlas.

—Son preciosos —le dije e intenté no ceder a la tentación de ponérmelos allí mismo.

—Me alegro que sean de tu gusto. Esta vez renuncié a tener cualquier tipo de asesoramiento para elegirlo.

La velada acotación a lo pasado en Londres punzó mi conciencia. Muy a mi pesar, era un hombre que seguía provocándome sentimientos. Quité la mirada del conjunto para observarlo a los ojos, en tanto cerraba, muy a mi pesar, el estuche.

—No sé si pueda aceptarlos. Debe de haberte costado una fortuna.

Entendía no era justo aceptar ese tipo de presentes, tan onerosos, de un hombre con el que trataba de poner distancia.

—Por supuesto que vas a aceptarlos. Ese hecho no te obliga a nada, Coti, si eso es lo que te preocupa. Solo se trata de una muestra de mi parte de que solo quiero lo mejor para ti —fue su respuesta.

Sus palabras me hicieron poner feliz e incómoda al mismo tiempo. Dieter tenía, frecuentemente, ese efecto en mí. No podía dejar de conmoverme por sus sentimientos, pero tampoco corresponderlos.

—¿Adónde iremos? —pregunté procurando disimular el conflicto de emociones que libraba por dentro.

Él me guiñó un ojo.

—Es una sorpresa. Tengo todo previsto, así que no te toca preocuparte por nada. Solo no olvides traer tu ropa de natación.

Eso hice. Fui hasta mi cuarto y bajé con ella en un pequeño bolso de viaje. Solo a Dieter se le podían ocurrir esas cosas; únicamente él podía hacerme cambiar tan pronto de humor. Pasar un tiempo en su compañía, donde fuera, era algo infinitamente mejor que permanecer en una casa poblada de silencios. Necesitaba un amigo, alguien con quien poder hablar y desahogarme de ciertas cosas.

Dieter me ofreció su brazo y juntos salimos. En tanto subía a su Opel descapotable, vi cómo sobre el asiento trasero había colocado una manta y una cesta de mimbre.

Mi amigo con aspiraciones a más condujo por Berlín respetando con docilidad los semáforos y los límites de velocidad. A nuestro alrededor, la ciudad comenzaba a despertar con el calor incipiente de aquel día. La primavera parecía haberse adelantado en aquel año de 1939. Los berlineses comenzaban a aparecer por sus calles;

caminaban con toda tranquilidad mientras se ocupaban de sus quehaceres. Todo ello distaba mucho de los planes en marcha sobre los que cierto excondiscípulo de mi padre nos había hablado.

Sentí un escozor por dentro. Toda esa placidez, toda esa tranquilidad, acabaría pronto y de la peor forma. Podía sentirlo.

Conforme dejábamos la zona céntrica atrás, la aguja fue subiendo y subiendo hasta superar los cien kilómetros por hora.

Dieter soportó estoico mi silencio durante todo el trayecto. Lo miré de reojo un par de veces. Procuraba aparentar que nada pasaba conmigo. Lo conocía lo suficiente como para saber que su concentración en el camino era algo hecho adrede para darme espacio. Era su forma de respetar lo que me estuviera ocurriendo. Lo adoré por eso. Luego de mi padre, era quien más me comprendía.

El paisaje urbano pronto dejó paso al verde y los árboles de la zona de Wannsee, al sudoeste de Berlín. Como vio que los nubarrones de mi mal ánimo habían menguado, Dieter empezó a darme charla. Me dijo que esa parte era un lugar para citas románticas, pero que tenía un pasado turbulento. Precisamente allí por donde atravesábamos, en ese lago llamado Kleiner Wannsee, el Pequeño Wannsee.

—Es bello —le dije sin salir por entero de mi ensimismamiento.

—Tiene una historia terrible por detrás —me comentó Dieter sin quitar la vista del camino—. Fue por aquí donde el poeta Heinrich von Kleist se pegó un tiro en 1811, después de matar a su amante, que padecía una enfermedad terminal.

—Supongo que mucho de lo que vemos hermoso solo es una máscara para ocultar otras cosas inconfesables.

Él se volvió a verme, por solo un instante, con cierta preocupación. Noté, en sus ojos, que lamentaba haber hecho ese comentario.

Pude ver, a la distancia, la gente en las orillas, haciendo lo mismo que nos proponíamos. Observé también, los carteles colocados un tanto por delante de las zonas de playa: “Prohibido bañarse a los judíos”.

—No vamos a detenernos aquí. Iremos a un lago pequeño y algo más oculto, hacia el norte, llamado Gross Glienicke. Es uno de mis lugares preferidos, desde que era niño.

Como era usual, tenía razón. No había nadie en el lugar y pudimos dejar el auto y extender nuestra manta en el lugar que nos vino la gana. Fui hasta detrás de unos árboles a cambiarme. Me puse, lo más rápido que pude, la malla enteriza negra con los colores argentinos en el centro del pecho que Jeanette me había regalado al despedirse, luego de las Olimpíadas. Al volver, observé que Dieter había hecho lo propio. Con los brazos y piernas al descubierto, se me antojó aún más apuesto que lo usual.

Era un día hermoso, de cielo sereno y azul. El lago brillaba y resplandecía ante nosotros con tonos de plata. Sobre donde estábamos, un sol pleno nos hacía sentir su fulgor. Probablemente la temperatura estaría cerca de los treinta grados ese día.

Nadamos un rato, jugamos a echarnos agua y luego salimos para ponernos al sol un rato. Dieter buscó una toalla grande y me envolvió en ella. Con una más pequeña, me sequé el cabello. Luego nos tendimos sobre la manta, uno junto a otro, ambos con lentes oscuros.

—Podría quedarme aquí todo el día —dije.

—No sería algo muy saludable, el sol está muy fuerte hoy.

—Mejor. Dicen que tener la piel morena está de última moda.

Lo dije con ese acento de las niñitas de sociedad que siempre andan pendientes de eso. A Dieter tal forma de pronunciar mi comentario lo hizo reírse. Terminé riendo yo también.

Él fue hasta el auto en busca de la cesta de picnic. Parecía más aplacado que cuando estuvimos juntos en Hamburgo. Al volver, bromeé sobre eso:

—Estás muy caballeroso conmigo hoy día.

Él se encogió de hombros.

—¿Querías que lo fuera un poco menos?

No contesté nada a eso porque no supe muy bien qué decir. No terminaba de decidir qué era lo que sentía por él. Debería complacerme que se comportara como yo le había dicho, simplemente amigos, sin intentar besarme ni nada parecido. Pero, por alguna razón, esa corrección suya me resulta molesta. Estaba claro que podía comprender cómo funcionaba cualquier artefacto mecánico, pero no por eso entenderme a mí misma.

Dieter sonrió mientras dejaba la cesta sobre la manta. Había algo de tristeza y de frustración. Seguramente, habría preferido alguna palabra mía de respuesta a su pregunta, en vez de mi silencio.

—Puedo ser lo que quieras, Coti —me aclaró—. Siempre he sido claro en mis sentimientos. Solo quería que fueras igualmente clara sobre ellos, ya fuera a favor o en contra de mis intenciones.

Tenía razón, toda la maldita razón, pero yo no podía ser muy clara respecto de eso. No sabía, en realidad, qué era lo que sentía por él. O, quizá, luchaba por no enterarme dándole vueltas al asunto.

Hubo un silencio incómodo luego de eso. Lo percibimos ambos y los dos buscamos, cada cual a su modo, superarlo. Él se refugió en su silencio, y yo en abrir y acomodar el contenido de la cesta en la manta.

Luego, sin romper ese silencio, bebimos cerveza y comimos algo de lo que ese particular amigo mío había preparado: bocadillos de atún, *Bretzeln*, rodajas de zanahoria y de pepino y palitos de queso.

—Siempre pensé en qué haría al llegar a tener esta edad. Ahora que la tengo, es como si ya no me interesara —le confesé.

Estábamos echados de lado, uno enfrente de otro con la comida y la cerveza en medio. Dieter alargó una mano y me recogió el cabello por detrás de las orejas, primero en la izquierda y luego en la derecha. Fue un gesto que me descolocó.

—Nada te conforma, Coti, por eso es que te pasa eso. Una vez que has conseguido algo, tu interés en eso se desvanece, y ya estás pensando en la siguiente meta por alcanzar.

Lo miré; esperaba que mis anteojos negros, muy grandes y redondos con todo su marco blanco, bastaran para encubrir la sorpresa en mi mirada.

Sí, era de tal forma. Pero no sentía que hubiera logrado mucho en mi vida.

Volvimos a ese silencio incómodo entre nosotros. No queríamos separarnos, pero tampoco podíamos seguir relacionados sin terminar de saldar ciertas cuestiones pendientes. Los demonios de temprano volvieron a poblar mi interior. También algo pasó con Dieter, porque dijo entonces que el sol terminaría por abrasarnos si no volvíamos.

Recogimos todo y subimos al auto. Para entonces, eran ya más de las cinco. Como siempre, Dieter había vuelto a acertar sobre lo del sol. Mi cuerpo, desacostumbrado por el crudo invierno de nieve, comenzó a arderme. A diferencia de cuando fuimos, ahora mi compañero de paseo manejaba con mucha menor velocidad, como si no quisiera terminar de llegar a la ciudad.

Muchos de quienes habían tenido la misma idea nuestra de ir allí, ahora también retornaban a Berlín.

Varios ciclistas pasaron junto a nosotros, y aun se nos adelantaban. Alguno de ellos eran familias que llevaban a sus niños pequeños metidos en una cesta encima del guardabarros por detrás o que se apoyaba en la parte central del manubrio.

A los costados del camino, mujeres con flores y cestas y hombres con mochilas mostraban esa pasión alemana por las caminatas enérgicas, casi a paso de marcha.

Llegamos a la ciudad alrededor de las seis. En el camino, la expresión de Dieter se había vuelto más y más sombría, pero apenas me di cuenta de ello. Estaba un poco aturdida por el sol y el cuerpo me ardía. Al entrar en Tiergartenstrasse, cruzó por delante de nuestra casa, sin detenerse, acelerando de improviso.

—¿Adónde estamos yendo? —pregunté, pero no me respondió.

Pasamos a lo largo del límite boscoso y espeso del parque, hasta llegar a la puerta de Brandeburgo y a Unter den Linden con toda su anchura de sesenta metros atestada de automóviles cuyos faros la transformaban en una serie de gruesos hilo de luz, entre las cuatro hileras de blancas columnas coronadas por el águila nazi.

Dieter miraba el espejo retrovisor tanto como hacia delante, como si buscara indicios de si alguien nos seguía.

Volvió entonces a la zona del Tiergarten; entró a uno de sus caminos interiores.

—Me estás asustando —le dije completamente anonadada por su insólita actitud.

Al fin, estacionó el auto a un lado de la vereda, en un camino interno desierto, se volvió a mirarme:

—Vigilaban la casa, Coti.

Sentí que se me helada la sangre del miedo. ¿Acaso sabrían...?

—¿Cómo te diste cuenta de eso?

—Los vi casi al llegar. Un auto, unos metros antes de la entrada. Y dos hombres, cerca de la esquina.

—¿Cómo estás seguro de que estaban allí para eso?

Parecía molesto.

—Solo digamos que sé de estas cosas.

—Por Canaris y la *Abwehr*.

Se molestó aún más al oírme decir eso. Juro que no lo estaba haciendo a propósito, solo buscaba entender lo que me estaba diciendo. Pero cada gesto, cada palabra mía, parecía tener el efecto contrario.

—No te salgas por la tangente, Coti. Semejante despliegue de vigilancia no es por capricho.

Lo vi en sus ojos: quería respuestas. Justamente, eso que yo no podía darle.

—Me temo que no tengo la menor idea de lo que me estás hablando.

—Y yo tengo miedo de que hagas algo estúpido. O ayudes a tu padre a llevarlo a cabo.

No le contesté nada.

—Se trata de Ludwig Luther, ¿verdad? —me preguntó para mi asombro. Al parecer, todos tenían ese tema en mente.

—¿Acaso estoy siendo interrogada? —Era mi turno de estar molesta—. De ser así, preferiría que lo hiciera en algún lugar oficial, *Kapitänleutnant Lüth*.

Vi cómo el enojo crecía dentro de él sin que moviera un músculo. Nunca lo había visto ponerse así. Luego volvió la vista hacia adelante y arrancó el auto.

—Solo trato de salvar de sí misma a una niñita ilusa, señorita López de Madariaga. Pero es totalmente en vano.

Ya no dijo una palabra más luego de eso. Simplemente me llevó a mi casa; estacionó en el frente. De pasada, pude ver el auto que decía.

Quise arreglar las cosas entre nosotros, pero, como me temía, ya era muy tarde para enmendar nada de lo ocurrido.

—Dieter, yo...

Él bajó para abrir mi puerta y, hecho eso, retornó al lugar del conductor sin la menor palabra ni saludo. Nunca antes lo había visto tan molesto.

Bajé y entré a la casa en silencio. Solo esperaba que terminara pronto ese maldito día de mi cumpleaños.

Ahora estoy frente a él; había estado esperándolo por un buen rato, recostada en el diván blanco, iluminado por una lámpara de pie.

Enfrente de mí el espejo de la antecámara me devuelve mi imagen. Creo estar lista.

Llevo puesta una larga bata de satén, color perla, convenientemente amplia para disimular el embarazo iniciático. También deja al descubierto mis hombros, lisos y blancos como el mármol.

Siento mi cuerpo desnudo acariciado por la suavidad de la tela cada vez que me muevo. Estoy cómoda de esa forma, me predispone a lo que tengo por hacer.

Me he recogido el cabello en la nuca, manteniéndolo sujeto con un prendedor de nácar salpicado de minúsculos diamantes.

Estoy arreglada como a él le gusta. Mi maquillaje, mi peinado y hasta mi actitud está encaminada a resultarle agradable. Hasta he depilado mis cejas, que ahora son una línea fina, arqueada pero bien delineada, que cae hacia el final.

He acentuado, aún más, la palidez de mi piel con polvos. Contrasta con el rojo oscuro de mis labios, pintados a la moda, de forma que el labio superior quede un poco más grande que el inferior.

Mis ojos azules destacan contra la sombra color violáceo con que he cargado las pestañas de arriba.

El embarazo había aumentado mis pechos y agregado curvas a mi figura. Mi vientre, aun revelando mi estado, no dejaba de ser, todavía, una colina cerrada. La gravidez nunca supuso un obstáculo para mis encantos, más bien los acentuaba.

Sí, estoy lista, luego de horas de prepararme. El espejo me lo confirma. Todavía puedo, pese al paso del tiempo, acudir a mi belleza cuando la necesito.

Fijo mis ojos en él apenas entra. Noto, casi de inmediato, su deseo. A pesar de todo, y para ventura de mis planes, no le resulto indiferente. Le sonrío con calma. En realidad, el gesto es un reflejo de la satisfacción que me corre por dentro. Sigo pudiendo, como siempre, aguijonear sus instintos. Poco importa, nada le interesa ahora lo que haya pasado. Tampoco mi embarazo lo detiene. Los apasionamientos tienen ese efecto. Hombre al fin y al cabo, no es más que un animal que anula todo pensamiento frente a una bella hembra que lo atrae.

Esa fuerte y turbadora atracción física entre nosotros permanece firme en ambos. No importa el paso del tiempo, ni cuánto nos desilusionemos el uno al otro: allí sigo estando, agazapada, esperando a ser invocada.

—No me gusta que estemos peleados —le digo y me muestro a mí misma como ofrenda de paz.

—Te ha sido bastante indiferente hasta ahora.

Excitado y todo, no va a rendirse sin pelear.

—Tal vez, he estado equivocada.

Mi frase lo confunde. Es lo más cerca que he estado en años de ensayar una disculpa.

Lo veo venir hacia mí y me encuentro deseando que me tome entre sus brazos. Hace tiempo desde la última vez que ocurrió, y me descubro a mí misma que lo añoro. No es parte de mi plan, solo el sentimiento que fluye.

Descubro con inquietud que, tal vez, él tampoco me sea tan indiferente. Es un sentimiento inoportuno que confirmo al tener su piel sobre la mía. Su fogosidad vuelve, luego de mucho tiempo, a despertar cosas en mí. Tal como en los primeros años, cuando me enorgullecía de ser poseída por un hombre que consideraba llamado a lograr las mayores famas y honores.

Dejo de ver en el espejo, cierro los ojos y me concentro en eso que está sucediendo dentro de mí. Un sentir que me sacude como un latigazo, que me hace dejar en el olvido todos mis cálculos previos. Me descubro en ese estado de placer que me embriaga como nunca.

Me siento jadeante, ebria de sensaciones, desfalleciente de ese embate que, de continuo, me arrasa. Finalmente, luego del goce supremo, exhausta y satisfecha, en esa delgada línea entre la conciencia y los sueños, me acurruco en sus brazos. No tardo en dormirme allí.

Me despierto, mucho después, tocada por el sol en el rostro. Estoy, por una vez, extrañamente feliz. Tal vez cumplir con mi deber no va a ser tan dificultoso, ni exento de gratificaciones, como había pensado en un principio.

Alargo entonces el brazo buscando su presencia sin sentirla. Abro los ojos y recorro el cuarto. Él ya no está allí.

Fue algo tonto, innecesario y arriesgado. Pero no podía dejar así las cosas con Dieter y no sabía qué más hacer para arreglar la situación de peligro en que mi cercanía a él podía haberlo situado. Así que lo esperé a la salida de la misma *Abwehr*, en el 74-76 de la Tirpitzufer8.

Papá, como era usual, había acudido en mi ayuda. Una llamada suya a Canaris obtuvo lo que ninguno de mis llamados ni recados consiguieron: que Dieter volviera a dirigirme la palabra.

—Estás loca viniendo a verme justo aquí.

Seguía enojado conmigo, era algo que saltaba a la vista. Lo entendía perfectamente.

El almirante en persona, junto a sus perros, también por pedido de mi padre, me había explicado sobre Dieter. No era parte de la *Abwehr*, aunque sí usaran, a veces, sus conocimientos para que analizara ciertas cuestiones técnicas.

No era un espía ni me había estado vigilando. Solo un amigo con mayor cariño hacia mí que el que yo le prodigaba, preocupado por mi suerte futura. Esa había sido la razón de su comportamiento al volver a casa el día de mi cumpleaños.

—No quise complicarte, Dieter, pero tenía que verte.

—Por Dios, Coti; no es por mí. Es por tú dichoso estatus en este país. Las hijas de los embajadores no vienen a los cuarteles generales de la inteligencia militar. Tampoco hacen llamar a un oficial a esos cuarteles sacándolo de su destino habitual. No sin que alguien empiece a hacer preguntas y eso es lo que menos conviene ahora.

Lo miré con ojos tristes.

—Arruiné todo entre nosotros, ¿verdad?

Él me devolvió la mirada. Tenía la misma tristeza que yo. Por alguna razón, eso me dio cierto consuelo. Aun sentíamos lo mismo.

—No me has hecho muy feliz en este último tiempo —me dijo al fin.

—Solo vine a pedirte disculpas.

Él no cambió su expresión seria.

—Aceptadas. ¿Algo más?

—No parece que me hayas perdonado en lo absoluto, Dieter —le insistí.

—Es porque no es el mejor lugar para vernos. Aquí, en la calle, justo saliendo de donde salí. No quiero meterte en problemas, Coti, si alguien nos viera y supiera lo que hay entre nosotros.

Todo lo dijo con la misma seriedad de antes, pero ahora sabía que se trataba de una máscara. Reconocerlo me llenó de alegría por dentro y lo habría abrazado, pero no era posible.

En lugar de eso, debía hacer todo lo contrario.

—Espero que también me perdones por esto, Dieter —le dije.

—¿Perdonarte por qué?

Le di entonces una sonora bofetada antes de volver sobre mis pasos. Me sentí mal de hacerlo, pero habría sido peor dejar lugar a dudas, a quien pudiera vernos, que había algo entre nosotros. Buscaba protegerlo de lo que estábamos por hacer con papá.

Al dar vuelta la esquina, no resistí la tentación de volver un tanto la vista y verlo de soslayo. Allí estaba, todavía con los ojos clavados en mí con la mano en su mejilla.

No era improbable que esa fuera la última vez que nos veríamos. Tomé un tranvía una cuadra más adelante. Todo el camino de vuelta a casa, experimenté el temor de haberme equivocado, de haber dejado a ese hombre bueno a un lado de mi vida. Pero lo hecho, hecho estaba, y no había tiempo para lamentos. Tenía demasiado por delante para eso.

CAPÍTULO 42

El viaje

La falta más grande es la falta de intentar.

William Arthur Ward

Luther observó el estrecho baúl del auto sin demasiado convencimiento.

—Es algo inútil —dijo.

Papá hizo caso omiso de sus palabras. Había revestido el interior del baúl con una manta, despojado de todo objeto con la excepción de una botella vacía de leche.

No habían pasado ni uno ni dos días desde la primera vez que nos habíamos encontrado, sino toda una semana.

Advertido por mí de que vigilaban la casa, había fingido llevar el auto al taller para poder recogerlo allí, luego de que nos escapáramos subrepticamente antes del amanecer por las mismas discretas salidas que tomábamos con Fiamma en nuestras antiguas escapadas nocturnas.

—No se atreverán a revisar un vehículo con patente diplomática —le dijo mi padre.

—No se detienen ante nada, parece que no los conocieras.

Metió entonces una mano en uno de los bolsillos de su abrigo y nos mostró, solo por un instante, un pequeño revólver color oscuro.

—¿Qué demonios vas a hacer con eso, Luther?

—Es mi plan B, Ignacio. Por si falla el tuyo. No van a tenerme vivo.

—Dame esa arma.

—De ninguna forma. Voy con ella o no voy.

Lo dijo muy seguro de sí. Aun así, papá discutió con él un par de minutos más, antes de darse por vencido y aceptar que viajase con el arma en su abrigo.

Luego de que Luther se introdujo en el estrecho baúl del auto, papá le alcanzó la botella vacía con tapa a rosca. Él la miró con perplejidad.

—¿Para qué me das esto?

—No pienses en que podamos parar para ir al baño —le contestó mi padre antes de cerrar con cuidado el baúl.

Nos miramos al ir a subirnos en la parte delantera del auto. No dijimos nada, pero ambos sabíamos el viaje que teníamos por delante. Lo habíamos repasado un sinnúmero de veces en los últimos días. Distancias, lugares, paradas para cargar combustible. Procuramos prever la mayor cantidad de posibilidades, solo para darnos cuenta de que eran muchas más las cuestiones que no podíamos mensurar.

Quinientos diez kilómetros hasta Holanda. Cortos trechos por las modernas *Autobahnen*, pero la mayoría del trayecto por rutas inmejorablemente pavimentadas. Nuestra meta era un lugar llamado Enschede en los Países Bajos.

—Llegar hasta allí nos tomará la mayor parte del día —dijo papá al ponerse al volante.

—Van a detenernos en la frontera. ¿No revisarán el auto? Le pregunté.

—No a aquellos con patente diplomática. Solo verificarán los papeles y todo está en perfecto orden.

El tráfico fue intenso hasta salir de las cercanías de Berlín. Íbamos hacia el sur. Luego de sortear los anillos de lagos en derredor de Brandeburgo, apareció la campiña y el tráfico se hizo mucho menor. Torcimos entonces en dirección al oeste, hacia Hanover.

Recorrimos aquella llanura que nace al occidente de Berlín, y que resulta una de las principales zonas agrícolas y forestales del país, donde los ríos se ensanchan como lagos. Nuestro camino estaba salpicado a distintos intervalos por pueblecitos de casas bajas, invariablemente blancas con calles adoquinadas.

—Alemania siempre es la misma —me dijo mi padre con la vista en el camino. Todo está como cuando lo recorrí antes que nacieras. Solo han cambiado la bandera imperial por la nazi, y supongo que han colgado el cuadro de Hitler en el mismo sitio donde antes estaba la foto del káiser, en las oficinas públicas y aulas escolares. La república solo fue un breve lapsus entre dos autocracias de distinto origen.

Circunvalamos Hanover por su zona industrial para evitar entrar a la ciudad. Atravesamos por grandes galpones de paredes rojizas de piel de ladrillo invariablemente con altas chimeneas de las que salían columnas de humo negro.

—Son feos —le dije a papá.

—Marcan la economía del país, y aun de Europa. De allí ha salido el primer planeador del mundo para todos los tipos de aire, o el *Kommissbrot*, primer auto producido en serie en el continente. Y hasta el *Schienezepelin*, un vehículo ferroviario de alta velocidad impulsado por una hélice.

—¿Cómo gente tan brillante ha podido aceptar que los gobierne esa banda de matones que son los nazis? —me pregunté en voz alta. Por primera vez en mucho tiempo, estaba en un sitio y con una persona que podía hablar libremente.

Vi a papá encogerse de hombros.

—Sinceramente, no lo sé. Tal vez la gente necesite, a veces, creer en mentiras y simplificar las cosas. Les evita tomar decisiones difíciles sobre sus vidas.

No supe si hablaba en general o si estaba diciéndome algo respecto de él. De pronto, me sentí incómoda. Dejé la charla y me dediqué a mirar por la ventanilla hasta que los conglomerados fabriles cedieron el paso a las planicies verdes otra vez. Estábamos a mitad de camino y ningún tropiezo nos había retrasado o puesto en riesgo nuestro viaje. Tan seguros estábamos que hasta nos habíamos salido del camino un par de veces para entrar en algún bosquecillo cercano de modo que Luther pudiera estirar las piernas, vaciar su botella, así como tomar y comer algo. Poco y nada de eso llevó a cabo. Su ánimo seguía igual de abatido que al inicio del viaje. No era difícil ver que nosotros poníamos en la empresa que llevábamos a cabo más esperanza que la suya por salvar el cuello.

Procuré desterrar esos pensamientos de mi mente. Ya teníamos bastante con llevar a cabo lo que estábamos haciendo. Luther volvió a su baúl y el auto a la carretera. Los kilómetros pasaban sin mayores novedades. Comenzó a crecer en mí la ansiedad por llegar al fin a la frontera.

Fue unos cuantos kilómetros más adelante cuando pasó. Me había quedado dormida, luego de comer, sin detenernos, unos sándwiches y una taza de café de un termo que había preparado de una canasta puesta en el asiento trasero.

Entonces, sonó un estampido seco que me despertó. Vi cómo papá giraba de pronto el auto. Su rostro mostraba una expresión de contrariedad. Los neumáticos chirriaban, y él sujetaba el volante con firmeza, apretaba el freno pausadamente, mientras intentaba recobrar el control del auto. Nos salimos de la ruta y avanzamos bastantes metros por la banquina de tierra antes de llegar a detenernos.

Pude ver la expresión de impotencia en mi padre al bajarse y comprobar que uno de nuestros neumáticos estaba reventado. La parte de la rueda que no habíamos dejado atrás, se aplastó al suelo con rapidez.

—Podemos cambiarlo —le dije para animarlo.

Él me negó con la cabeza.

—Saqué la rueda de auxilio al hacer lugar para Luther en el baúl.

Papá fue a la parte de atrás a ver cómo estaba su amigo. Preguntó sin abrir el baúl y, desde dentro, una voz de ultratumba lo insultó por haberlo sacudido tanto. Por fortuna, se lo escuchaba bien.

Donde estábamos varados no había ninguna población a la vista ni tan siquiera una casa. Habíamos quedados librados a nuestra suerte en el medio de una autopista desierta. No importaba adónde dirigiéramos la vista. Solo campos y pequeños bosques eran todo cuanto encontrábamos.

Nuestras perspectivas no se mostraban halagüeñas. Estábamos en el medio de la nada y ni siquiera se veía el menor tráfico en la ruta.

No están, se han ido. No importa que estén aquí todas sus cosas, ni que nada falte de sus guardarropas. Los conozco, ya han partido.

También sé que esta misteriosa desaparición está relacionada con Ludwig Luther.

Reviso el cuarto de Constanza sin dar con nada que me oriente. Todo está como siempre. Es demasiado parecida a mí para dejar algún rastro de lo que están por hacer. Bajo entonces y abro el estudio de Ignacio con el juego de llaves maestras de la casa.

Hurgúeteo en cajones y papeles de su escritorio. Nada. Mi marido, quien nunca ha podido esconderme nada, ahora, sorpresivamente, parece un maestro del ocultamiento.

Me siento en su propio sillón del escritorio, frustrada por mi falta de respuestas. A mi derecha, contra la pared, se halla un antiguo y gran aparador. Hace muchos años, había estado en la casa de los padres de Ignacio; él lo había convertido, al mudarnos, en su biblioteca personal. Ubica allí decenas de libros de los temas más diversos desde cuestiones médicas hasta botánica y geografía. Él siempre dice que la profesión médica, con su demanda continua de estar actualizado al detalle, lo termina dejando a uno como dentro de una burbuja sin saber mucho de aquello que no tenga relación con la medicina.

De pronto, hay un volumen que llama mi atención. No sé qué libro es, solo que su lomo está un poco más retirado que los otros. Voy hasta ese lugar y lo tomo del estante. Se trata de un atlas de rutas de Alemania y los países vecinos. Entiendo entonces que he dado con algo que puede tener las respuestas que ando buscando desde hace rato. Al hojearlo, un pequeño papel, libre de su apresamiento entre las páginas, cae al suelo.

Al levantarlo, puedo reconocer en él la letra de mi marido. No dice mucho y, en realidad, lo dice todo. Hay una serie de ciudades, seguidas de números. Veo el mapa y deduzco que son distancias de una a otra. Juntas trazan un recorrido desde Berlín hasta la frontera holandesa.

Es una locura. Intentarán sacarlo del país, de alguna forma, por auto. Tal vez el coche no esté tan en reparación como Ignacio se cuidó de hacerme saber.

Sé lo que harán, pero no por qué lo llevan a cabo. Me resultan un misterio sus razones. Está fuera de toda razón, resulta demasiado arriesgado y carece de toda utilidad o sentido ayudar a alguien ya condenado.

Harán eso con toda exactitud. Es cómo piensan, cómo sienten. No pueden obrar de otra forma. Es como son.

Mi hija no puede ser más idéntica a mí en lo físico, pero es por entero opuesta en su forma de pensar. Debo reconocer que, a ese respecto, ha salido a su padre. Toda esa rigidez en los valores, toda esa hidalguía con que corre para abrazar causas tan ideales como perdidas. Nada de eso ha sacado de mí. Todo ese sentido devoto de la vida, de los amigos, de las conductas. Ignacio ha sido siempre igual en eso.

Voy hasta la sala y veo el teléfono ante mí. Debería llamar a Hermann y contarle de mi hallazgo. Pero, en cambio de eso, solo me siento allí, frente a ese aparato blanco, cuyo auricular con terminaciones doradas luce allí, sobre las horquillas que lo sostienen, como tentándome a tomarlo.

Por primera vez en mucho tiempo, no sé qué hacer. Me asaltan, como nunca antes, los nervios y la indecisión. Puedo callar o puedo revelar lo que sé, pero no las dos cosas juntas. No puedo quedar bien

con ambos. Estoy en una encrucijada.

Voy hasta el cuarto y regreso con la cigarrera que he ocultado de Ignacio por tanto tiempo. Enciendo un cigarrillo y vuelto a sentarme donde estaba. Es la primera vez en años que fumo dentro de la casa. Una residencia tan majestuosa como siempre quise y tan vacía como nunca habría pensado.

Solo me quedo allí, mirando al teléfono mientras fumo, como si se tratara de un objeto amenazante. Lo veo como si allí estuviera la respuesta a mi indecisión.

Recuerdo con envidia a esa joven decidida, dispuesta a llevarse el mundo por delante. Aquella que hacía lo que fuera necesario para conseguir sus objetivos.

Ahora, solo me debato en mis dudas, asediada por mis culpas. No sé qué hacer.

Muy por encima de nosotros, un aeroplano daba vueltas en círculos, perezosamente, en el cielo. Era, por lo que alcancé a ver, un monoplano de un solo motor.

“Demasiado alto para que pueda hacer algo por nosotros”, pensé.

Luego de un rato, un punto apareció en el horizonte, por detrás de nosotros. Quizá pudieran ayudarnos.

Cuando estuvo lo bastante cerca como para distinguir las formas, mi corazón dio un vuelco y pareció detenerse. Se trataba de una motocicleta con sidecar con dos hombres uniformados en ella.

Ambos llevaban el *Polizeiadler*, el águila de la policía, en la gorra y en la manga izquierda de sus uniformes gris verde. Del cuello de ambos, colgada la gola metálica plateada, que los identificaba como agentes en servicio.

—Son de la *Verkehrspolizei* —me dijo mi padre. Procuraba dar a sus palabras, una nota de tranquilidad—. Es la policía de carreteras.

Pensé que todo estaba perdido. Pero papá una vez más hizo gala de una sangre fría y dominio de sí mismo que me asombró. Les mostró sus credenciales de embajador y les pidió ayuda. Reconoció que había sido tonto de su parte emprender un viaje tan largo sin revisar si tenía o no un neumático de auxilio. También, al buscarlo, había descubierto que tampoco tenía las herramientas para cambiarlo. Un olvido sobre otro olvido.

Los policías fueron a la población más cercana y trajeron un neumático nuevo, e insistieron en colocarlo ellos con sus propias herramientas. Cuando retomamos nuestro camino, con papá apenas podíamos creer nuestra suerte.

En los tramos más tranquilos, le insistía que me dejara a mí el volante para que pudiera descansar un rato. La ruta continuaba tan desierta como en el lugar que nos había ocurrido el percance.

La llanura había cedido paso a leves estribaciones, antes y después de pasar por la ciudad de Osnabrück, situada entre esas dos sierras de Wiehengebirge y Teutoburger Wald. Pasamos el río Hase y pronto volvimos a recorrer una llanura.

Estábamos a un palmo de nuestro destino sin contratiempos a la vista. Tal vez sí lo lograríamos.

Apenas he tomado mi decisión y ya me siento desilusionada de ella. Habría querido, como usualmente lo llevo a cabo, quedar más o menos bien con todas las partes involucradas.

No va a resultar de esa forma en esta ocasión. Tal vez no lo sepa de inmediato, pero, a la larga, lo sabrá. No es un hombre tonto y sé que no mostrará piedad por mí al enterarse.

Nada queda ya de esa joven que era y siempre he recordado con tanta añoranza.

Avanzada la tarde, detuvimos el coche en el cruce de fronteras. La bandera con la esvástica ondeaba sobre el puesto de aduanas. Un par de miembros de la *Grenzpolizei*, policías de fronteras, con sus uniformes verdes y sus gorras de visera, se acercaron a nosotros. Papá bajó la ventanilla y me pidió mi pasaporte tras sacar el suyo del interior de su saco.

Uno de los policías se acercó a la ventanilla del conductor en tanto el otro inspeccionaba alrededor del vehículo.

—*Heil* Hitler! —saludó con el brazo en alto para luego pedir nuestros papeles. Su pronunciación tenía un fuerte acento sajón. Mi padre le pasó ambos pasaportes.

—Apague el motor y los faros principales —nos dijo en tanto revisaba ambos documentos.

Luego de observarlo por unos momentos, le hizo señas a su compañero y se los entregó. Este se dirigió hacia el edificio donde ondeaba la bandera con ellos en la mano.

—¿Pasa algo? —le preguntó mi padre.

—Debo pedirles que me acompañen a la *Kommandatur*.

—Son pasaportes diplomáticos.

—Por eso mismo. Debemos verificar con Berlín. Puede estacionar su auto allí, *Herr* Embajador —nos indicó con su mano un espacio libre a un lado de los edificios. Solo se veía allí un camión de tropas—. No demorará mucho.

Estacionamos el auto en el playón de cemento a un lado de los edificios. Lo único detenido allí, aparte de nuestro vehículo, era un camión verde de la fuerza de fronteras de caja de madera cubierta por una lona oscura en la parte trasera.

Cuando salimos del auto, el aire frío nos golpeó en el rostro. La tarde corría, veloz, a extinguirse, y la temperatura descendía con rapidez.

Caminamos hacia la comandancia. En el trayecto, pude ver, en el prado que se extendía por detrás de ellos, un avión monoplano detenido. Igual al que había visto más temprano en la carretera.

Una vez dentro, nos hicieron sentar en un par de sillas de madera. Enfrente nuestro un cuadro del Führer, en uniforme marrón, nos contemplaba adusto. A un lado, un capitán procuraba comunicarse a algún sitio con un teléfono de campaña, en tanto tenía nuestros pasaportes abiertos sobre la mesa.

La comunicación se demoraba. Cada tanto, el capitán volvía a levantar el auricular mientras hacía girar la manivela a un lado del teléfono. Una chicharra sonaba entonces.

Mi padre estaba nervioso. Sería una cruel paradoja que, tan cerca de lograrlo, un traspié burocrático nos impidiera cruzar.

Se levantó de su asiento, y le pidió al oficial que se apresurara. Luego caminó unos pasos, hasta detenerse en la puerta interna a un lado del retrato de Hitler. Era como si algo le hubiera llamado la atención. Permaneció allí por un par de minutos, antes de volver a sentarse conmigo. Lo miré, inquieta por su comportamiento.

—Debo de estar volviéndome paranoico. Ahora siento aromas imposibles —contestó, por lo bajo, a mi mirada.

Luego de un par de intentos, el oficial a cargo de nosotros logró dar con alguien al otro lado de la línea. Su expresión permaneció seria, en tanto escuchaba. Tras colgar, nos devolvió nuestros documentos sin relajar su mirada.

—Todo está en orden, embajador. Disculpe por la demora. *¡Heil Hitler!*

Estábamos saliendo del puesto de control de fronteras, cuando mi padre se paró de improviso, como si recordara algo. Luego de un instante de duda, comenzó a caminar nuevamente y, cuando nos hubimos alejado lo suficiente como para hablar sin que nos oyeran, me dijo:

—Sabía que algo estaba mal.

—¿Qué cosa?

—Solo hay policías de frontera. No hay ningún miembro de las SS a la vista.

Me quedé mirándolo sin entender.

—Todos los puestos de fronteras están reforzados por al menos un contingente de las SS, desde que Hitler asumió el poder. ¿Por qué aquí no?

Al llegar hasta donde nos habían hecho estacionar el auto, nos esperaba otra sorpresa, mucho más desagradable. Alguien había violentado el cerrojo del baúl. Papá lo abrió sin poder reprimir un insulto al ver que estaba vacío por dentro.

El camión ubicado cerca de nuestro auto ya no estaba allí. Lo habían situado en el extremo opuesto a la barrera del puesto, cruzado en el camino. Por delante del mismo, una decena de soldados con uniformes negros de las SS, armados con fusiles y con cascos de acero sobre sus cabezas, cortaban el paso.

Por detrás de ellos, un Mercedes negro se alejaba a toda velocidad de nosotros y de la frontera. Creí ver a través de su gran vidrio trasero, unas figuras humanas que se agitaban en su interior.

Todo había sido una trampa. El sacarnos del auto y, antes de eso, la policía que nos ayudó con el neumático. Siempre supieron dónde estábamos y hacia dónde nos dirigíamos. Quizá con la ayuda del aeroplano.

Entonces, sonó un disparo. Al parecer, desde el interior del Mercedes que se alejaba. El auto se detuvo a un costado. Permaneció unos momentos así hasta que un hombre de civil y abrigo oscuro salió de su parte trasera con el rostro desencajado. Llevaba en el frente de su abrigo, una mancha de sangre. Luego una cabeza y parte del torso de una persona cayó, inerte, por esa misma puerta abierta. Quedó ahí, a medio salir, sin tocar el suelo. Tenía los ojos muy abiertos, aunque sin vida. La sangre le cubría la mayor parte de ese rostro que no era otro que el de Ludwig Luther. A fin de cuentas, estaba en lo cierto sobre las posibilidades de poder huir del país. Por alguna extraña razón, me sentí aliviada que papá no hubiera insistido en quitarle su arma y hubiera podido llevar a cabo su plan B.

Me volví a observar a mi padre algo conmocionada por esa visión de muerte. Descubrí que él se encontraba con el rostro desencajado por la ira.

—Sabía que me era conocido ese aroma —dijo.

Entonces fue hasta dentro de la comandancia y, antes que cualquiera de los policías que estaban allí pudieran atravesarse en su paso, abrió la puerta que estaba a un lado del retrato del Führer.

CAPÍTULO 43

La noche del mundo

*Un traidor es un hombre que dejó su partido
para inscribirse en otro.
Un convertido es un traidor que abandonó su partido
para inscribirse en el nuestro.*

Georges Clemenceau

***M**e sobresalté, al ver cómo Ignacio abría la puerta, y se quedaba mirándome. Nerviosa, me levanté de mi asiento.*

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le pregunté.

—Por tu perfume.

Hermann, que estaba a mi lado, también se había levantado de su asiento. Noté en su expresión que no sabía bien qué hacer en esa situación. Supongo que no era algo que hubiera planeado, de la forma meticulosa en que dispuso todo para aprehender a Luther.

—Voy a conversar a solas con mi esposa —le comunicó Ignacio con un tono que no admitía otra cosa que aceptar lo dicho. Me miró, dubitativo. Yo asentí.

—Estaré fuera —me dijo, antes de salir y cerrar tras de sí la puerta. Por un instante, vi a Constanza en la habitación contigua. Me miraba con ojos de sorpresa y odio.

Él se quedó observándome. Tenía una expresión dura que pocas veces le había visto antes y que nunca había tenido conmigo. Eso me hizo sentir terriblemente incómoda por lo que le dije:

—¿Y bien? Querías hablar conmigo.

—No sé por dónde empezar.

—Yo en cambio no creo que haya mucho qué decir. Lo has descubierto ya todo. Me extraña que no lo hicieras antes.

—Me resistía a creerlo.

—Ese fue siempre tu problema, Ignacio. El mundo es como es, y no del modo en que buscás que sean las cosas.

En el fondo, me sentía aliviada. Ya no tenía ningún secreto para ocultarle. Solo debía llevar, como en otras ocasiones, la discusión hacia un lugar conveniente. No era la primera vez que discutíamos. Su amor por mí siempre hacía terminar sus reclamos en una claudicación más o menos disimulada. Contaba con eso. De hecho, en mi presente situación, era lo único que tenía.

—Al adulterio, al parecer, le has sumado la traición —me reprochó.

—Alemania es mi patria. Lo que hice no tiene nada que ver con nosotros. Más aun, deberías agradecermelo.

—Una persona murió, Lucrecia. Tuvo que quitarse la vida simplemente porque dejó de pensar como ellos, ¿no te parece terrible eso?

—Por favor, Ignacio. Siempre tomándote todo a la tremenda. No es algo... agradable, por supuesto, pero muere gente todos los días con peores sufrimientos.

—Pero no por tu culpa.

—Sabés que no tuve nada que ver con su muerte.

—No creo que estés precisamente en este lugar por turismo. Te trajeron para que nos identificaras, ¿verdad?

—Nunca me dijeron lo que iban a hacer. Simplemente me pidieron que cooperara y lo hice.

—Sabías que no iban a hacerle nada bueno cuando lo hallaran.

—En todo caso, es culpa suya. Quien traiciona al Reich sabe a qué se enfrenta. Lo habrían hecho sin mí. Nos pusiste en riesgo a todos por ayudarlo, Ignacio. Yo tuve que arreglar las cosas.

—Me temo que tengo otro punto de vista —me respondió ácido.

—Cómo quieras. No voy a discutir con vos; cuando te ponés así, sos insufrible. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé.

—¿Abandonarme?

—Vos me abandonaste mucho antes.

—Hermann... fue una aventura. Lamento si te hizo daño. Pero no implica que quiera dejar de ser tu esposa. Vos tampoco sos un santo, has coqueteado en más de una oportunidad con esa niñita descocada amiga de tu hija.

—Terminamos, Lucrecia. Lo nuestro se acabó.

Lo decía en serio. No quise creerle.

—¿Vamos a separarnos, entonces? La gente como nosotros no se separa, Ignacio. Encuentra una forma razonable de seguir adelante, de superar racionalmente las pasiones del momento.

—Estoy harto de ser razonable con vos, Lucrecia.

—Alguna vez dijiste que no podías dejar de amarme.

Vi que él asentía en silencio.

—Eso dije. Y ahora espero, por mi bien, que no sea cierto.

—No quiero terminar de esta forma, ni estar peleada con vos.

Nunca había visto tanta tristeza en sus ojos. Jamás. Era incluso más fuerte que cuando murió nuestra hija.

—No veo otra forma de acabar.

—Tampoco quiero quedar como la culpable de todo.

Ignacio solo me siguió mirando, impertérrito. Pasaron unos instantes interminables antes de que dijera:

—No creo que pueda hablarse de culpas en lo que a nuestro matrimonio se refiere. Pero eso no quiere decir que cada quien no deba hacerse cargo de las consecuencias de sus actos.

No pude evitar esbozar una sonrisa irónica.

—El buen chico de mamá. Nunca pudiste cambiar eso.

Lo conocía lo suficiente como para saber que eso le dolería. Me descubría a mí misma, tratando de herirlo, de sacarlo de las casillas. El porqué de esa intención lo desconocía.

—Es todo lo que soy. En todo caso, es una mejor situación que aquella en la que me has puesto todo este último tiempo. Me encantaría creer que soy un poco más que un hombre al que su mujer tomó por tonto.

—Por favor, Ignacio. Siempre tan ególatra. Lo que hice fue por mí. Creo en esta nueva Alemania como nunca he creído antes en nada. Pero eso no cambia mis sentimientos para con vos.

—Acostarte con otro hombre no es la mejor manera de demostrarlo.

—No voy a justificarme por eso. Ni tampoco pedir que me perdones. Pasó y ya. Un simple tema de atracción física. Si accedí a cooperar con él fue por otro motivo muy distinto. No quería que les ocurriera nada a ninguno de ustedes dos en su quijotesca aventura salvadora. Esa fue mi única condición. La protegí a Constanza como madre y a vos como esposa.

—Por Dios, Lucrecia. No entiendo cómo podés torcer así las cosas. No hiciste nada más que traicionarnos a todos, hasta a vos misma, por puro egoísmo.

—Veo que no tiene sentido seguir esta conversación. Estamos demasiado alterados ambos. Otro día...

—Ningún otro día. Me marché de Alemania, Lucrecia.

Lo miré con cierta afectación. No entendía muy bien si me decía, en verdad, lo que creía entenderle entre líneas.

—No voy a acompañarte, Ignacio. Este es mi país ahora.

Vi entonces la furia en sus pupilas.

—No te he pedido que lo hagas, ni lo aceptaría tampoco.

Sí, era así como temía. Me repudiaba. A mí. Un sentimiento de dolor me recorrió por dentro. A pesar de todo, y a mi modo, lo seguía queriendo. Más allá de lo que tuviera que hacer por mis deberes con el Reich.

—Podríamos haber logrado muchas cosas juntos —le confesé.

Mis palabras estaban teñidas de cierta nostalgia. Siempre he sido muy práctica para aceptar lo inevitable, pero ahora me sorprendía lo sentimental que me había puesto todo el asunto. Tal vez, por el bendito embarazo. Reparé entonces en un detalle sobre mi postura: no había dejado de mantener ambas manos sobre mi vientre, durante toda la charla. Fue algo involuntario y descubrirlo me sorprendió.

—Hicimos grandes cosas juntos —replicó él con vehemencia, casi de inmediato—. Un hogar con seis hijos. Solo que eso no parece suficiente para tus expectativas.

—Creo que siempre tuvimos distintos objetivos.

—Ahora veo eso claramente y me preguntó cómo es que no pude verlo antes.

—Es un adiós definitivo, entonces —le dije. Me ponía incómoda cuando hablaba de esa forma. Me hacía sentir como si fuera una traidora de alguna especie.

Él solo asintió a mis palabras. Vi que estaba también conmovido, pese a sus esfuerzos por parecer sereno.

—Al menos, podemos concluir esto como personas civilizadas, ¿me darías un beso de despedida?

Él me miró por unos instantes. Supe que no era duda, sino enojo. Luego me dijo con firmeza, mientras abría la puerta para irse:

—No.

Ni Von Meltka ni yo dijimos palabra alguna, mientras esperábamos que mi padre y mi madre terminaban lo que fuera que estuvieran hablando.

Solo nos sentamos muy civilizadamente, uno al lado del otro, en un banco largo de madera a un lado de la puerta.

Mientras esperábamos, vino un hombre con ropas de piloto y, tras cuadrarse muy militarmente, le dijo al oficial de las SS que el aeroplano estaba listo para volver a Berlín apenas lo ordenara. Von Meltka casi no le devolvió el saludo y lo despidió con otro gesto sin decirle palabras. Lo miré con indisimulado goce. Se notaba la tensión en su rostro y que estaba refrenándose para no hacer lo que fuera que daba vueltas en su cabeza.

En cierto sentido, nos encontrábamos en lo que el ajedrez se denomina una situación de tablas. Ni nosotros habíamos podido sacar del país a Luther, ni él capturarlo.

Asimismo, por cómo se habían dado las cosas, forzando subrepticamente un auto diplomático, él no podía acusarnos de nada sin confesar una gruesa infracción al derecho internacional. Tampoco nosotros podíamos protestar por eso, dado que llevábamos una persona en forma clandestina.

Ninguno podía poner al otro en evidencia, y eso nos molestaba a los dos.

Luego de un rato, papá abrió la puerta tan de repente como lo había hecho la primera vez.

El oficial de la Gestapo no perdió tiempo en ir hacia él.

—Los acompañaremos hasta la línea de frontera —dijo.

Mi padre se negó rotundamente.

—No es necesario. Podemos encontrar solos el camino.

—Insisto.

Tras de él, dos sujetos fornidos con sombreros oscuros y abrigos de cuero estilo Sam Spade esperaban expectante las indicaciones del amante de mi madre.

—Y yo insisto en que salga de mi vista, Von Meltka. No soy un pobre ciudadano a su merced. No se olvide de con quién está hablando. Todavía soy un funcionario diplomático, embajador de un país soberano ante el suyo. Así que guárdese sus tácticas de matón y regrese sus gorilas al zoológico. O le juro que voy a iniciar tal incidente diplomático que va a terminar del otro lado del cerco en esos campos de concentración que tienen.

—Habla con mucha decisión, *Doktor*, para ser alguien que ayudaba a un enemigo del Reich.

Mi padre le sonrió como quien se sabe vencedor de algo.

—No se habría tomado tantas molestias si hubiera podido hacerlo abiertamente. Ultrajó propiedad de la República Argentina, Von Meltka. La clase de cosas por lo que ciertos países dejan de apoyar a otros países. Sus superiores no estarían particularmente contentos de saber que no tendrán los granos y las carnes nuestros por una antojadiza operación para lucirse usted.

El oficial nazi se quedó sin saber qué decir. Vi el rostro de mi padre enrojecido; jamás lo había visto ser tan terrible con alguien.

Al fin y al cabo, mi padre era un hombre. Y no dejaba de estar delante de quien lo había retado en ese dominio que pocas mujeres podemos advertir y ninguna entender acabadamente. Más allá del puesto en la Gestapo de uno o del rango diplomático del otro, más allá de los estados a los que servían y de todo el asunto político involucrado, no dejaban de ser dos machos cabríos que se marcaban mutuamente el territorio.

Hombres. Quién los entiende. Seres tan exasperantes como terriblemente necesarios. Todo lo pasado, en particular mis cicatrices sentimentales, me lo habían dejado más que claro.

Para mi satisfacción, papá ganó la contienda. Luego de un momento de indecisión, Von Meltka hizo una seña discreta a los suyos; acto seguido, todos salieron de nuestra vista sin decir palabra.

Lo tomé por el brazo, orgullosa. Al salir del puesto de fronteras, me volví a ver su rostro y entonces vi las lágrimas que caían por sus mejillas.

No era de amargura, sino de furia. Me conmovieron. Pensé en el dolor y desamparo que tendría por dentro.

¿Había algo más horrible que descubrir que ese ser a quien se ha querido, la persona con quien se ha estado casada toda la vida adulta y a quien se ha entregado toda su confianza y lealtad, lo había traicionado sin importarle nada de eso?

No, no lo había. Y conocía la respuesta por propia experiencia.

Subimos al auto y volvimos al camino. Unos metros después, un guardia de la policía de fronteras con dos hombres de las SS a su lado, levantó una barrera roja y blanca para dejarnos pasar. Podía verse, si se seguía el curso del camino, un pequeño puesto con la bandera holandesa encima del techo.

Descubrí, entonces, que papá no era el único en ese auto, a quien le rodaban lágrimas, por pura bronca, a lo largo de sus mejillas.

En circunstancias normales, el municipio de Enschede me habría parecido pintoresco. Habría echado un vistazo al lugar, a sus cuidadas casas de no más de dos plantas con sus grandes ventanales y techos de pizarra con forma de paralelogramo. Pero estas no eran circunstancias para nada ordinarias.

Todo me parecía triste, descolorido, porque así me sentía por dentro.

Me resistía a aceptar lo que a estas alturas era evidente respecto de mi madre. Le gustaba el riesgo. No cabía en su ego llevar una existencia normal como cualquier otro mortal. Una vida respetable como esposa de un hombre distinguido y apreciado durante, una vida respetable durante toda su adultez, intachable en su comportamiento hizo, ante la primera crisis, que violentara una parte de su personalidad. Sacó entonces, desde lo profundo de sí, esa parte oscura que todos, mal que nos pese, soportamos.

Pasamos con el auto por sobre el encajonado curso de agua del Twentekanaal, un canal que conectaba a la ciudad con la red nacional de ríos y canales. Holanda era un país pequeño, ordenado, limpio, de gente sencillas y, al parecer, sin problemas. Todo lo contrario al lugar de dónde veníamos.

Me maravillé de cómo perdemos la noción de lo que es correcto o no frente a la cotidianidad. Sentía algo raro al observar la vida de los lugareños que pasaban ante mí, a través del cristal del auto. Transcurrió algún tiempo antes de que entendiera la causa de ese sentimiento. Allí no había esvásticas a cada paso, la gente se saludaba

como nosotros acostumbrábamos en Argentina: sin ponerse rígidos ni levantar marcialmente el brazo y, salvo por los guardias en la frontera, no vimos otras personas con uniforme.

Toda la parafernalia nazi había hecho, de alguna forma, mella en mí. Y todavía, pese a haber salido ya de Alemania, el Reich seguía allí, dentro de mí, en alguna forma. Me hice, en ese momento y lugar, el firme propósito de sacudírmelo fuera lo más pronto que pudiera.

Tras llevar a cabo esa promesa, mi mente volvió a caer en pensamientos aciagos. Seguía sin poder creer cómo se habían dado las cosas, rabiosa por cómo se había salido ese condenado de Von Meltka con la suya. Tal vez, eso me enojaba más que los vergonzosos actos de mi madre.

Papá no había dicho palabra desde que cruzamos la frontera. Sabía que tras ese exterior apacible que buscaba presentarme, los sentimientos lo sacudían por dentro.

—¿Así es el mundo en verdad, papá? ¿Una sucesión de egoísmos, engaños y traiciones? —le pregunté exasperada por mis amargas dudas.

Él no me contestó nada. Es lo que pasaba cuando no tenía una respuesta para dar.

—Espero que no —me dijo, al fin, luego de pensarlo un rato.

Se notaba la pesadumbre en el tono de su voz.

—Es una traidora —dije con rabia.

—No la odies, hija. Te prohíbo que lo hagas.

—No podés decir eso, papá, ni pedírmelo, después de todo lo que te hizo; lo que nos hizo.

Él se mostró inflexible en su posición.

—Aun así.

Eso me crispó un poco más, pero logré refrenarme. No era con él con quien debía enojarme. Tampoco era justo que buscara descargar mi frustración discutiendo con quien era tanto o más perdedor en todo el asunto que yo misma. Eso por no decir que era de las pocas personas por las que conservaba afecto en esos días. Pero no iba a dejarme convencer así como así, ni abandonar la justificación del derecho a odiar que sentía tener sobradamente. Sí, era una cabeza dura. Como todos en la familia. Al menos, esa parte de la familia a la que todavía me sentía conectada.

—Papá, ella no se merece tu compasión.

—Tampoco la tiene, Coti. No te lo digo por defenderla. No es por ella que como padre te prohíbo que la odies.

Me tocó afectuosamente la mejilla. Como para corroborar que se trataba de ese tipo de directivas paternas que nacen del afecto y no del rigor.

—¿Entonces, por qué es? —le pregunté.

—Odiar no conduce a nada. Solo te destruye por dentro.

Lo abracé de la misma forma que él había hecho conmigo tantas veces. La vida es una rueda y, más tarde o más temprano, dejamos de ser hijos para convertirnos en apoyo de nuestros padres.

Apenas me reconocía. Ahora era muy distinta de aquella niñita que había llegado a Alemania. Todos lo éramos. Para bien, para mal, nuestros cambios no tenían remedio.

A papá no le quedaba alegría alguna, solo una fría fortaleza. Verlo así, me provocaba, a la vez, admiración, cierto temor por lo que pudiera hacer y una dosis inmensa de compasión.

Supongo que nos hallábamos en uno de esos momentos en que lo mejor era no pensar en nada. Incluso no sentir si eso fuera posible. Dejar, aunque fuera por un momento, de ser parte de ese mundo que se había vuelto algo tan cruel como loco.

Pasamos la noche allí, en Enschede, y en la mañana seguimos a Rotterdam, donde tomamos un ferry a Inglaterra.

El mañana no existía, solo un interminable presente cargado de pesares. Y para intentar soportarlo, únicamente nos teníamos el uno al otro.

Esperé que a dónde fuéramos, dejásemos, en alguna parte del trayecto, ese profundo dolor que, sabía, ambos sentíamos en el alma.

CAPÍTULO 44

Confesiones en la borda

*Estamos aquí para aprender a amarnos unos a otros.
Yo no sé para qué están los otros aquí.*

Wystan Hugh Auden

Papá no quiso comer, pero insistió en que yo lo hiciera. Me lo ordenó afectuosamente, incluso. Yo cumplí con su exigencia a regañadientes. No quería dejarlo solo, en el estado meditabundo en que se hallaba.

En el comedor del barco tomé un té, pero no pude probar bocado. En la mesa a mi lado, dos parejas de edad madura hablaban en inglés sobre las noticias que acababan de escuchar en la radio. Ese día, el último de marzo de 1939, el primer ministro de Gran Bretaña, Chamberlain, había repentinamente cambiado su postura conciliadora hacia Hitler y ofrecido, para sorpresa de todos, a la república polaca una garantía incondicional de ayuda militar, en caso de ser atacados por Alemania. A todos les llamaba la atención el cambio. Habría deseado que mi inglés fuera mejor para no perderme los detalles de la conversación de la que solo podía captar a rasgos generales. Se suponía que tal modificación de su conducta había sido por la anexión germana de Checoslovaquia.

Como fuera, era bueno que el mundo empezara a tomar en serio lo que pasaba en Alemania con su bendita aventura del Reich. Terminé mi taza de té y volví hacia la popa, en donde había dejado a mi padre. No quería que estuviera tanto tiempo solo. Solo Dios sabía lo que le había costado terminar con mi madre, incluso tras haber sido traicionado por ella. Desde siempre, había sido un enamorado suyo. Pero, como yo había podido comprobar en mi propia piel, el amor de uno solo nunca es suficiente en ninguna relación.

Cuando salí a cubierta, el aire fresco y levemente salobre del canal me golpeó. Miré a popa sin conseguir divisarlo. Por algún motivo eso me intranquilizó. Un pensamiento extraño me acompañaba desde hacía rato. Papá había tomado todo, tras los primeros momentos en la frontera con demasiada frialdad. Traté de calmarme, me decía que, quizás, estuviera por la otra banda. También me dije a mi misma que, puesto que mi padre era un católico devoto, eso descartaba que pergeñara pensamientos locos como saltar por la borda o cosas así para acabar con su existencia, aunque sin lograr convencerme demasiado.

Para ese momento, ya había llegado a popa y podía apreciar hacia el otro lado, que antes la superestructura del ferry me ocultaba, cuando caminaba por el estrecho pasillo en la borda de estribor.

Vi entonces a papá contra la baranda, exactamente en esa parte, mirando desolado hacia algún punto del horizonte. Los latidos de mi corazón se apaciguaron y pude volver a respirar con tranquilidad. No estaba pasando nada malo, o mejor dicho, no estaba ocurriendo otra cosa que no fuera todo lo malo que ya nos había caído encima.

Mi padre no dirigía su mirada hacia el puerto del que habíamos partido, sino más allá, al Norte, donde estaba aquel otro país del que tan mal y tristemente habíamos partido. Podía apostar hacia dónde se encaminaban sus pensamientos. Todo lo había perdido allí. El renombre, su cargo de embajador, la posibilidad de una ulterior

designación diplomática en otro sitio y hasta su esposa. Pero a pesar de todo lo malo que nos había pasado allí, Alemania era un lugar difícil para poder dejar atrás. A mí me pasaba algo similar.

Pobre papá. Yo había llorado medio camino hasta allí, más por él que por cualquier otra cosa. Ahora, sentía esa opresión en el pecho que en mí precedía usualmente a las lágrimas.

Absorto en sus pensamientos, no había reparado en que el abrigo Chesterfield, que llevaba puesto sobre los hombros había caído por detrás de él, sobre el tablado de la cubierta. Tenía toda la intención de acercarme a levantárselo cuando otra mujer se me adelantó. Solo pude verla desde atrás, mientras levantaba la prenda gris de lana con cuello de terciopelo negro para luego devolverla a los hombros de mi padre. Era de mi estatura, llevaba su cabello negro muy corto, pegado al rostro con rizos. Vestía un abrigo de piel negro hasta los tobillos con bajo y cuello de visón.

Papá permaneció inmóvil, mientras ella le colocaba con todo cuidado la pesada prenda. Luego se abrazó a él, desde detrás. Se elevó mínimamente sobre sus puntas de pie, le dio un beso entre el cuello y la mejilla. Al ladear un tanto su rostro para hacerlo, pude finalmente ver su rostro: era Fiamma.

Mi padre se volvió hacia ella y le sonrió antes de besarla en los labios. Entonces ella se aferró a él, de esa forma en que las mujeres lo hacemos solo con lo que sentimos imprescindible para ser felices o seguir vivas.

No la había reconocido de espaldas. Estaba algo distinta. Nunca antes había vestido ese tipo de abrigos “de viejas” como ella me decía. Tenía el cabello más corto, lo había rizado y eliminado su flequillo. Apenas si llevaba muy discretamente maquillaje. Una mínima pátina sombra marrón en sus ojos, muy poco de rubor en los párpados y había pintado sus labios de un rojo apagado. Todo lo contrario de

cómo era hasta entonces. Parecía como si buscara disimular su juventud, como si persiguiera pasar desapercibida o parecer más madura.

—Deberías haberte quedado en Chartwell —la retó afectuosamente mi padre, luego de terminar de besarla—. Míster Churchill prometió que te cuidaría hasta mi llegada.

Ella lo miró con ojos afligidos.

—No podía esperarte más. Me sentía muy sola en ese lugar. Tu amigo ha ido a Londres con el mejor de los humores. Se dice que tendrá un puesto en el gabinete, el de Primer Lord del Almirantazgo.

Eso lo ponía a cargo de la marina real, el principal instrumento de guerra de los británicos. Al parecer, el verborrágico Winston volvía a las cumbres políticas por la más amplia de las puertas posibles.

—Quería hablar de lo nuestro con Constanza, antes que llegáramos a Inglaterra.

—No es necesario, papá —lo interrumpí. Ensimismados en sus cosas, había podido acercarme hasta unos diez pasos de ellos sin que repararan en mi presencia.

Ambos me miraron con cierta sorpresa, pero no advertí culpa o bochorno en ninguno de sus rostros. Yo, por mi parte, había reemplazado mis ganas de volver a lagrimear por un estado de sorpresa total.

—Es un buen momento para entrar y tomar algo caliente —dijo mi padre que asió por el brazo a Fiamma e hizo lo mismo conmigo cuando llegó hasta donde estaba.

Entramos de esa forma al comedor del ferry y nos sentamos los tres, muy civilizadamente, alrededor de una mesa vacía. Papá ordenó chocolate para nosotras dos sin consultarnos, y pidió un coñac para él. Desde que habíamos salido de Alemania, se había vuelto más retraído e imponía su sola voluntad hasta en cuestiones nimias que antes consultaba. Supuse que era un síntoma más del dolor que acarreaba por dentro.

Estábamos sentados en una pequeña mesa circular, muy juntos unos de otros. Mi antigua amiga rehuía mirarme. Tampoco me había saludado al descubrirla con mi padre. La cercanía entre nosotras era por demás incómoda.

Por ese entonces, mi sorpresa inicial se había transformado en un disimulado enojo. Tal vez, ese sentimiento extraño de rato atrás no hubiera sido porque mi padre estuviera en peligro, sino por el secreto que acababa de revelárseme.

Vi cómo Fiamma sacaba del bolsillo de su abrigo una cigarrera en un movimiento reflejo para luego volver a guardarla al caer en la cuenta de lo que estaba haciendo. Sonreí con cierta dosis de malignidad. En tanto estuviera con él, debería dejar a un lado su vicio.

—¿Desde cuándo? —pregunté sin saber muy bien si quería escuchar la respuesta. Tampoco pude evitar que en el tono de voz se evidenciara mi molestia por habérmelo ocultado.

—Desde que te lo dije —Fiamma tenía la expresión seria. Estaba preocupada por no predisponerse mal conmigo, supongo.

—Terminé de convencerme después de que padeció esa infección —respondió mi padre, luego de dejar hablar a mi amiga o lo que fuera ahora en primer lugar—. Antes, me parecía una locura. Pero la posibilidad de perderla, me aclaró bastante las cosas. Y terminó de remover mis prejuicios de viejo.

—No hables así —le recriminó, afectuosamente y de improviso, Fiamma, que no se perdía detalle de sus gestos o lo que decía—. Sos el hombre con espíritu más joven que he conocido.

Papá sonrió ante su comentario y yo la miré de malos modos. No me gustaba que otra lo contradijera. Supongo que buscaba mantener esa exclusividad respecto de mi persona. Pero Fiamma no captó mi gesto, porque no me veía. Tenía su mirada fija en la sonrisa de mi padre. Supe, entonces, que estaba realmente enamorada.

Sí, mi padre tenía ese efecto en las mujeres. Era capaz de remover nuestros más negros nubarrones y pintar de colores el alma femenina más reacia. Pensé, por un momento, en por qué mi madre había rechazado todo eso.

Aun con toda mi inquina respecto de ella, habría preferido que estuviera allí, en lugar de Fiamma. Eso habría implicado, al menos, que seguíamos siendo una familia. Pero ya no era algo posible de ocurrir.

Era raro ver a papá con otra mujer. Y más raro aun, que fuese una amiga mía. Verlos así, debo confesarlo, me chocaba un poco. Que papá me lo hubiera ocultado me enojaba. A pesar de habérmelo advertido, que Fiamma hubiera cumplido con su palabra, hacía que me sintiera traicionada por ella.

Pero sintiera lo que sintiera, mi curiosidad por saber de ciertas cuestiones era más fuerte que esos sentimientos, así que seguí con mis averiguaciones.

—No entiendo, entonces, toda esa escena de la pelea —dije a ninguno en particular. Luego de eso, me dirigí a él—: Papá la echaste de casa, en la peor forma. Pocas veces te había visto enojado de esa manera.

—Tenía que ser de ese modo.

Ambos sonrieron, cómplices. No me gustó constatar que me había perdido de algo ni que me habían dejado fuera.

—Fiamma no debía tener problemas para salir de Alemania. De haberse ido de otra forma, habría levantado sospechas, y podrían haber sido más exhaustivos con ella y sus cosas.

—¿Le diste los papeles de Luther?

—Exacto.

Tal vez mi antigua amiga si tuviera razón en eso de poder ser una buena actriz. Su papel durante la expulsión de casa no había despertado ni la más mínima duda de que estuviera fingiéndolo todo. Pero seguía teniendo cabos sueltos en el tema, y no quería quedarme con esas dudas.

—Entonces, los que sacaste de la caja fuerte y quemaste en el patio...

—Papeles sin importancia, solo para desorientar. Lamento no habértelo contado todo en su momento, pero no podía. No con varios espías en casa.

“Más si mamá era uno de ellos”, pensé al tiempo que asentía y experimentaba una cierta emoción; por supuesto, negativa.

Eso lo cambiaba todo, aunque no el triste destino de Luther. Pero, por lo menos, su destino no había sido en vano.

La conspiración de papá no se había reducido a ese solo asunto, ni había sido una decisión de último momento. La orden del ejército para Guillermo volviera a Buenos Aires y la admisión de Otto en el Pasteur, esta última ayudado por las influencias de Churchill,

también habían sido obra suya. Ya no confiaba, por entonces, en mamá. Temía que Guillermo se imbuyera de la ideología nazi si pasaba más tiempo en sus fuerzas armadas. En el caso de Otto, procuró compensarlo por lo pasado con Fiamma, a la vez de alejarlo de la influencia de su madre. Fue una fortuna tenerlos a ambos fuera del Reich cuando se presentó lo de Luther. Más aun si cabía la posibilidad que falláramos como finalmente sucedió.

—Solo restaba ponerte también a salvo a ti, Coti. Por eso, finalmente y a falta de una mejor solución, consentí en que me acompañaras.

Descubrí que mi afectuoso padre podía ser también un ser maquiavélico. Nunca lo habría pensado de esa forma. Cada persona, en el fondo, es un misterio para los otros. Fiamma era un buen ejemplo de eso. Lo que no pensaba era que alguien tan cercano a mí pudiera serme tan desconocido.

—Te tomaste muchas molestias para salirte con la tuya. —Mis palabras seguían revelando mi molestia por no haber sido parte del plan. En rigor de verdad, por no haberme participado de todo el plan. Quise agregar algo en ese sentido, pero finalmente decidí callármelo. Todo era ya suficientemente extraño como para complicar la conversación con otras cuestiones.

—Valía la pena.

—Eso espero.

No pude evitar cierto escepticismo en mi comentario. Acababa de descubrir que el único hombre en que todavía confiaba me había ocultado todo eso y hasta que había reemplazado a mi madre por una amiga mía.

Sí, estaba celosa. No sabía bien por qué, pero lo estaba, mal que me pesara.

—Ahora esos documentos están en las manos adecuadas. Winston podrá ser un poco ególatra y cascarrabias, pero sabe cómo moverse en las esferas del gobierno. No tenía a otro a quien recurrir con posibilidades de éxito.

Así que míster Churchill también era parte del plan, y yo no. El golpe a mi ego lo atemperó, bastante, el hecho de tener que reconocer que había sido un engaño brillantemente ejecutado.

Como era usual, papá advirtió el tenor de mis pensamientos.

—No hay ninguna razón para que te sientas dejada de lado en algún sentido, Coti. Nunca fue esa mi intención; simplemente quise protegerte. Lo que no supieras no podía hacerte daño. Y respecto de mis cuestiones personales, busqué el momento adecuado para decírtelo. Claro que los acontecimientos terminaron por marcar otro rumbo.

Miró entonces a Fiamma con seriedad. Conocía ese tipo de miradas tuyas. Era un silencioso reproche por no haberle hecho caso, por no quedarse en Chartwell tal como habían acordado. La aludida, por su parte, bajó la vista como si la hubieran reñido formalmente. Nada había en ese gesto de la rebelde con quien había compartido habitación por un largo tiempo. Quizás, a fin de cuentas, había encontrado la horma de su zapato. Sentí cierto perverso placer en pensar eso. Seguía molesta con ella. También con papá, pero sus últimas palabras habían disminuido mi enojo con él.

—Parece que estás disculpándote conmigo —le dije a mi padre todavía seria, sin terminar de bajar la guardia con él.

Él me sonrió con una de esas sonrisas de complicidad que siempre habíamos tenido. Luego, me besó en la frente. Vi cómo Fiamma miraba hacia otra parte.

—¿Disculparme yo por hacer lo que debía hacer para mantener segura a mi hija? ¡Nunca!

Lo dijo en un tono tan afectuoso y sonriente que terminó por comprarme. Dios santo, esperaba que ningún hombre con el que me relacionara tuviera, ni de cerca, ese don suyo para hacerme mudar tan pronto de ideas y sentimientos. De ser ese el caso, estaría a su merced, como me pasaba con mi padre siempre que desplegaba ese particular tipo de encanto conmigo.

A partir de allí, la conversación fue más relajada. Papá confiaba en que el gobierno inglés, primero, y luego los demás países, incluido el nuestro, cambiaran su modo de tratar al Reich luego de analizar esos documentos. En ese punto de la charla, me pregunté si lo oído respecto del cambio de actitud del primer ministro Chamberlain con los polacos no obedecía precisamente a eso.

Pero la política pasó pronto a un segundo plano. Los veía delante mío y todavía no terminaba de creerlo. Nunca antes había visto a papá con esa expresión de felicidad en su rostro. Ni a Fiamma tan devota de alguien. Seguía aferrada por el brazo a él, como si temiera que yo fuera a quitárselo.

Por lo visto, la vida no se detenía y sus problemas tampoco. No pude evitar pensar en lo que vendría para papá. Al hecho de ser literalmente despedido como embajador por contravenir directivas de su gobierno, le sumaría el espinoso asunto de una separación de su esposa y de emprender un romance con una mujer que tenía la edad para ser su hija. Lo defenestrarían con toda seguridad, más por las cuestiones de familia que por su actuación pública. Nuestra sociedad pacata podía tolerar casi cualquier idea política, por más ruin que

fuera. Inclusive, admirar algunas de las más radicales, confundiendo, como de costumbre, autoridad con autoritarismo o libertad con libertinaje. Nunca tuvimos mucha conciencia de los límites en ambos casos. Pero dar por terminado un matrimonio, formar una pareja estando casado o hacerlo con alguien con mucha diferencia de edad suponía un escándalo de proporciones.

Le pregunté si estaba seguro de lo que estaba haciendo; si tenía conciencia de lo que vendría, apenas se supiera lo de ellos. No me importó que Fiamma me mirara con ojos mudos, como suplicándome dejar el tema de lado. Debía decírselo, era mi deber, no tanto como hija, sino por todo el afecto que le tenía.

—Si uno tiene el suficiente amor, el resto del mundo no te importa en lo absoluto —me contestó muy firme en sus palabras.

Esperé sinceramente que tuviera razón.

Fiamma lo miró antes de besarle por lo dicho. Había mucha dulzura en su mirada, y una serenidad de haber encontrado finalmente lo que buscaba. Ella no dudaba en lo absoluto de toda la situación. Se acurrucó aún más en él, y apoyó la cabeza contra su cuerpo.

Parecían felices. Quizás, realmente lo fueran. No terminaba de aceptar la situación, pero, después de todo, ¿quién era yo para juzgarlos? Solo podía envidiarlos: ellos tenían lo que yo no.

A fin de cuentas, pensé, en la vida solo importa el amor. Las otras cosas nobles apenas sirven para dignificarlo. Hay quienes jamás lo encuentran, y otros que lo pierden. Pero aun así, aunque fuera una estrella fugaz que iluminaba por poco tiempo, bastaba para dar sentido a toda una existencia. Por eso, ellos eran afortunados de poder sentir en el cuerpo y el espíritu el fuego de esa chispa.

Antes de irse del brazo con mi padre, Fiamma se volvió hacia a mí y puso algo en el bolsillo de mi abrigo mientras me abrazaba.

—Siempre serás mi amiga, quieras o no —me susurró en el oído para luego darme un beso en la mejilla—. Además, esta permanente no la hice únicamente por tu padre, como ya verás.

Observo llover sobre Berlín desde mi nueva casa. Todo es gris allá fuera, pero pasará la lluvia y volveremos a tener los colores de siempre.

Ahora este es mi país. Alemania se levanta sobre la faz de la tierra para volver al sitio que le corresponde por derecho. Es el despertar de una nueva era, de la cual elegí ser parte.

Será un antes y un después en la historia de la humanidad, y debo hacer mi parte en ello. Vuelvo a tener, como con mi padre, deberes a los que no cabe controvertir. El primero de ellos dar a luz a esta criatura que llevo en mi vientre.

He telegrafiado a Londres sin que Ignacio o Constanza contesten. Fue una simple cortesía de mi parte, para saber si habían tenido un buen viaje. Pero veo que no quieren tener relación alguna conmigo, ni siquiera en los términos más formales.

Todavía estoy impresionada por cómo actuó Ignacio con ese amigo suyo. Recuerdo, cada tanto, mi última conversación con él en la frontera. No había rastros, en esa persona, del hombre tranquilo y conciliador con quien viví por tanto tiempo. Se lo veía tan firme, tan decidido, absolutamente dispuesto a llevar sus intenciones hasta las últimas consecuencias. ¿Por qué no pudo ser de esa forma mientras estábamos juntos?

Lamento haber flaqueado delante de él en esa charla. Pero algo dentro de mí me ganó, algo que buscaba restaurar los buenos términos entre nosotros. Es lo poco que va quedando de mi antigua vida de debilidad.

Me he mudado a vivir con Hermann. Pronto tendré, por sus oficios, mi ciudadanía alemana. Empiezo una nueva vida.

A veces me siento tentada de ver hacia atrás e imaginar qué habrías sido de mí, de haberse dado las cosas de distinta forma. Pero nunca lo llevo a cabo, me refreno de hacerlo. Carece de sentido práctico ver hacia el pasado. Ya todo ha ocurrido y nada puede cambiarlo. Soy lo que soy, lo que ahora tengo.

El futuro, al igual que al Reich del que soy parte, me pertenece.

EPÍLOGO

Pondera en tu corazón cómo te corresponde ser.

Bahá'u'lláh

Seguí a mi padre y a Fiamma unos cuantos pasos por detrás, aunque no por mucho tiempo. La melancolía se había apoderado de mí, de improviso. Me detuve entonces, me volví hacia la borda como mi padre antes. Miré hacia el continente, más allá de ese canal que atravesábamos. En algún punto, cada vez más diminuto y borroso, luego de la costa holandesa, quedaba esa Alemania, más y más cubierta por las sombras de una ideología demencial. Apoyé mis manos en la baranda de la borda sin poder dejar de pensar en muchas cosas: lo que a mí me horrorizaba, a demasiados cautivaba, mi madre incluida. Quizá nunca podría volver allí. Tampoco me atraía hacerlo con los nazis como dueños y señores de un orden que aborrecía. Pensé en Dieter, pensé en... Por un instante, la imagen de mi madre vino a mi mente. Había conseguido que la detestara, pero, al mismo tiempo, me lamentaba por no haber tenido nunca la oportunidad de llevar una relación como se suponía que fuera entre madre e hija.

Allí había vivido los mejores y los peores momentos de mi corta vida. Jamás, pasara lo que pasara, para bien o para mal, podría sacar a esa Alemania de dentro de mí.

Había llegado a ese país, que ahora dejaba con lo puesto, cargada de ilusiones sobre empezar a vivir una vida, dejando atrás la niñez. Ahora me iba con mucho que lidiar sobre esa vida que había conseguido.

Pensé que vivir era lograr cosas ese día que pisé tierra germana en Hamburgo. Ahora, cada vez más lejos, expulsada de allí por el odio, descubría que la existencia de uno se trata, más bien, de aprender de los errores y tratar de remediar las heridas que una tiene y hasta las que ha provocado a otros.

Existía una palabra en alemán, *Gesinnung*, intraducible como otras tantas al castellano, que propiamente designaba la esfera más íntima del ser, donde se fusionaban sentimientos, pensamientos y voluntad. Se trataba de una especie de madre tierra, de la que todo surgía en la persona. Allí se generaban los actos, el proceder de la persona. Se trataba de esa parte invisible de uno que da cuerpo a esa otra que expresamos a los demás.

Tenía allí, como ya era costumbre, una lucha interna de sentimientos. Cuanto más vivía, menos me conocía. No importaba por cuantas experiencias pasara, cada vez estaba menos segura de mis decisiones. No parecía haber llegado ningún sol a mi espíritu que disipara viejas brumas de temores y fantasmas. Tal como mi madre había dicho, al igual que lo era ella, seguía siendo, a pesar de todo lo pasado, una mujer de invierno.

La vida, entendí, entonces, apoyada en esa borda, no se trataba tanto de obtener triunfos, sino de cómo enfrentábamos nuestros fracasos. Tal vez, de cómo lidiábamos con ese frío lado oscuro que todos tenemos como seres humanos. Mi madre lo había adoptado, no sé si voluntariamente o por no tener otra opción. Yo, en cambio, lo rechazaba. Pero no debía hacerme ilusiones al respecto: habitaba en mí con fuerza, pese a todos mis rechazos.

Entonces saqué del bolsillo lo que Fiamma había puesto. Fue más un gesto reflejo que un acto intencionado. Sencillamente, caí en la cuenta que tenía eso allí sin saber lo que era.

Se trataba de un sobre. Lo abrí. Dentro había una tarjeta, en inglés. Se trataba de una invitación a un salón de peluquería y belleza hacía poco inaugurado en Londres. A cargo del reputado estilista Hans Krauth, discípulo de Antonie de París, nada menos.

En su parte superior, alguien había escrito con letra manuscrita, en tinta roja: “Perdón por ese beso a medias. Espero que, aun así, hayas cumplido con tu promesa”.

Entendí entonces lo que Fiamma me había dicho sobre su permanente. Al principio, lo interpreté como uno más de sus juegos conmigo. Ahora estaba segura de que tenía una parte no menor en el hecho de que mi más antigua ilusión romántica alemana hubiera escrito esas frases en la tarjeta.

Quizás, el invierno dentro de mí estuviera por terminar. Al menos, esa era mi férrea intención. Y estaba segura de que Hans me ayudaría en eso.

Quería, en ese momento, pensar mi vida de esa forma: que nada había terminado, que todo estaba por empezar. Y perdonar, por amor, no era una mala forma de iniciar ese nuevo sendero.

Me toqué mi cabello con un gesto reflejo. Claro que asistiría. De pronto, descubrí que, por primera vez en muchos días, estaba sonriendo.